

BONITA AVENUE
PETER
BUWALDA



A finales de los noventa, Siem Sigerius es uno de los personajes públicos más notorios y extravagantes de su país. Antiguo campeón de judo, genio matemático de renombre internacional, amante del *jazz* y rector de una universidad emergente de provincias, su nombre suena como favorito para ocupar la cartera de ministro de Educación; y a su acogedor domicilio conyugal, una granja cercana al campus, acuden todo tipo de curiosas personalidades. En este contexto tan favorable, la irrupción de Aaron, un joven fotógrafo con ansias de éxito que ha tenido la osadía de enamorarse de Joni, la hija mayor de Sigerius, desencadena una crisis devastadora en el seno de esta familia aparentemente modélica.

La vida desenfadada de Joni y Aaron, gracias a una fortuna obtenida de modo instantáneo, y la reaparición de un hijo de un matrimonio anterior que se ha pasado una buena temporada en la cárcel, provocarán la turbulenta desintegración de Siem Sigerius y su entorno. Y como contrapunto de la malsana espiral de pulsiones soterradas que anidan en el núcleo familiar, surge el recuerdo de los años idílicos vividos en la casa de Bonita Avenue, en Berkeley, cuando Sigerius era un apasionado profesor novel, cargado de proyectos e impulsado por unas inconmensurables ganas de vivir.

Calificada como «magistral» por el semanario *Die Zeit*, galardonada con los premios Académica, Selexyz, Tzum y Anton Wachter en los Países Bajos y traducida a más de una decena de idiomas, esta narración envolvente e inmisericorde se ha convertido en una novela de culto de la literatura actual. Tanto por la atenazante morosidad de la trama como por su ambicioso despliegue de recursos, *Bonita Avenue* ha situado a su autor entre las voces más relevantes del momento.

Lectulandia

Peter Buwalda

Bonita Avenue

ePub r1.0

Karras 13-05-2019

Título original: *Bonita Avenue*
Peter Buwalda, 2010
Traducción: Julio Grande

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Sobre el autor

Mi talento es innato. Y ya sé que hacerse autobombo no está bien visto, pero es la verdad. El yudo es un deporte durísimo, requiere mucha sangre fría. Y aunque a mí me han tomado el pelo muchas veces en la vida, porque soy un ingenuo, es cierto, en el tatami es otra historia. Allí soy una máquina.

WIM RUSKA

Para ti soy como un gladiador para un ciudadano romano, ¿verdad?

SASHA GREY

1

Un domingo por la tarde de 1996 Joni Sigerius lo llevó a la granja para presentarlo oficialmente a la familia. El apretón de manos que le dio su padre le produjo el mismo efecto que una mordaza. «Tú sacaste la foto», le dijo el hombre. O puede que fuera más bien una pregunta.

Siem Sigerius era un tipo bajo, robusto, moreno y con unas orejas que llamaban poderosamente la atención. Eran grumosas, como si se hubieran freído en aceite. Aaron, que había practicado yudo, supo en el acto que estaba frente a unas míticas «orejas coliflor», producto del roce rápido y constante del algodón áspero de las mangas del kimono con los pabellones de las orejas, que aplastados contra músculos con vendajes y colchonetas rugosas van acumulando sangre y pus entre el cartílago y la piel, suave como la de un bebé. Si no te los cuidas, te quedas de por vida con esos bultos y ampollas encallecidos. Las orejas de Aaron eran perfectamente normales, como de piel de melocotón, y estaban intactas. Las coliflor estaban reservadas a los campeones, a los monomaniacos que se restregaban noche tras noche en el tatami. Las coliflor tenías que ganártelas, y muchos se dejaban la vida en ello. No le cabía duda de que el padre de Joni las exhibía como una condecoración, una demostración de fortaleza y hombría. En el pasado, cuando en un torneo Aaron debía enfrentarse a una de esas bestias de orejas grumosas, lo invadía un sudor frío. Cruzarse con unas coliflor siempre era señal de mal augurio. Y él no estaba hecho para competir. Así, para no mostrarle su admiración, le contestó: «Me paso la vida haciendo fotos».

Las orejas de Sigerius se movieron ligeramente. El pelo, rizado y muy corto, parecía un trozo de fieltro pegado a su cráneo, ancho y plano. Aunque solía vestir de traje, o con pantalones de pana y polos Ralph Lauren —el uniforme del jefe, del triunfador—, con esas orejas y ese cuerpo de búfalo nadie hubiera imaginado que dirigía una universidad, y mucho menos que estaba considerado el matemático holandés más importante desde Luitzen Brouwer. De un hombre con su aspecto uno se esperaba que trabajase en la

construcción o de noche, en alguna autopista, enfundado en un chaleco reflectante, conduciendo un volquete cargado de alquitrán. «Sabes perfectamente a qué foto me refiero», le dijo.

Joni, Janis, su otra hija, y Tineke, la madre, y esposa de Sigerius, todos en aquel gran salón sabían a qué foto se refería. Hacía poco más de un año que había salido publicada a toda página en la revista de la Universidad de Tubantia, cuyo pequeño campus estaba edificado en medio del bosque, entre Hengelo y Enschede, y donde Sigerius era rector. En la imagen salía él en la orilla del canal Ámsterdam-Rin, de pie, con las piernas abiertas y los pies descalzos y hundidos en la hierba fangosa y pisoteada, con una corbata como única vestimenta y los genitales claramente visibles bajo una barriga incipiente de cincuentón. Al día siguiente la foto aparecía en casi todos los diarios de tirada nacional, desde el *nrc* hasta *De Telegraaf*, e incluso en el *Bild* alemán y un periódico de Grecia.

«Puedo imaginármelo», admitió Aaron, al tiempo que se preguntaba si Joni se lo habría contado a su padre, o si éste lo habría reconocido sin más: el fotógrafo alto y calvo del *Tubantia Weekly* que en los actos públicos revoloteaba, zumbando como un tábano, con una cámara réflex alrededor del rector. Esta segunda opción le resultaba más halagadora. Cualquiera en el campus se habría sentido halagado por haber llamado la atención de ese hombre tan carismático que en ese momento le estaba estrujando los dedos.

Desde su toma de posesión en el cargo, en 1993, Siem Sigerius era el Helio de la Universidad de Tubantia, un sol ardiente en torno al cual giraban plácidamente en elipse ocho mil estudiantes y profesores tan sorprendidos como agradecidos de que hubiera elegido calentar su campus y no La Haya, donde había rechazado una secretaría de Estado, o una de las prestigiosas universidades norteamericanas que se disputaban sus favores. Al padre de Joni lo había visto por primera vez en televisión, unos años antes, cuando aún vivía en casa de sus padres, en Venlo. Era agosto y habían terminado los exámenes de acceso a la universidad. Su hermano y él se habían aficionado a ver *Zomergasten*, un programa de entrevistas maratonianas en el que se discutía con el ilustre invitado de turno sobre los fragmentos que éste había elegido como contenido ideal para una tarde de televisión. Una de esas noches de domingo apasionantes y didácticas frente al presentador Peter van Ingen se había sentado un yudoca matemático, o tal vez fuera un matemático que practicaba yudo. En cualquier caso, un hombre que comentaba con la misma soltura todas las imágenes que había seleccionado, fueran de Wim Ruska, de jazz suave, de los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964 y del cómico André

van Duin, o de unos documentales sobre números primos y el último teorema de Fermat. Aaron recordaba un fragmento en el que aparecía un físico muy locuaz; éste había logrado que su hermano y él, ambos de letras puras, tuvieran la sensación de haber entendido algo de mecánica cuántica. («Era Richard Feynman; habíamos ido a su entierro por la mañana», le dijo Sigerius más adelante). En cuanto a él, la estrella del programa, no dejaba de acariciarse el mentón, hirsuto, mientras hablaba de informática, del universo o de M. C. Escher, como si hacer otra cosa fuera una absoluta pérdida de tiempo. Aunque en el tatami se había enfrentado a Geesink y Ruska, al programa lo habían invitado sobre todo por haber conseguido la medalla Fields, que Van Ingen definió como el Premio Nobel de Matemáticas.

A partir de entonces, Sigerius se convirtió en el científico preferido de los holandeses. Era habitual que el rector, después de la jornada en el campus, se sentara a la mesa del telediario de la noche, o de alguna tertulia, como *Barend & Van Dorp*, para comentar las noticias de actualidad desde un punto de vista científico, haciendo gala de una inteligencia deslumbrante, pero al alcance de todos, y sin usar una sola palabra de jerga. Como fotógrafo del *Weekly*, Aaron lo había seguido de cerca desde que había tomado posesión del ala del campus reservada al rectorado, y lo que su cámara había captado era lo que habían visto todos: el hombre que necesitaba Tubantia. Sólo con su presencia, Sigerius había logrado que la institución, acomplejada y anquilosada, se deshiciera de su pusilanimidad provinciana. Ya en el discurso de investidura, el rector prometió convertir Tubantia en la universidad científica más importante de los Países Bajos, y sus palabras se escucharon esa misma noche por la radio en las noticias de la emisora con más audiencia del país. Era un imán para los medios de comunicación: tan pronto como se oía la palabra «universidad», esas orejas tuberosas aparecían en la pequeña pantalla, y el rector daba su opinión, en nombre del claustro, sobre la competitividad de los programas de investigación científica de los Países Bajos, sobre mujeres y tecnología, sobre el futuro de internet, sobre lo que fuera. Con la misma facilidad, atraía a eruditos de todas partes del mundo. Era una lástima que la medalla Fields no fuera un Nobel, era una verdadera lástima, pero su aura de genio de las matemáticas cautivaba por igual a inversores duchos en proyectos de ciencias puras, a parlamentarios negados para las matemáticas con carteras de educación, a gigantes de la telefonía y a fabricantes de microchips, que instalaban sus laboratorios en los alrededores del campus. Y también a los estudiantes; todos los que acababan de graduarse habían visto la cara mal afeitada de Sigerius por televisión. Sin olvidar a los mocosos de pelo

rubio a los que año tras año había que seducir y arrastrar hasta ese rincón de Twente dejado de la mano de Dios. Había que dar con la manera de atraerlos hasta allí, de atraparlos.

Y nada mejor que el flautista de Tubantia enseñando la polla en todos los periódicos. «Buen trabajo», le dijo antes de soltarle la mano.

Aaron había hecho la foto un domingo por la tarde en Houten, justo después de las Varsity, las regatas de remo interuniversitarias. Blaauwbroek, el redactor jefe del *Weekly*, le había dicho que algo iba a pasar: la tripulación de la embarcación de Tubantia contaba con un remero olímpico en categoría individual y con un chico que formaba parte del equipo nacional y que había sido seleccionado para los Juegos de Atlanta. Y uno no veía todos los días que un rector universitario sacrificase un festivo para ir al canal Ámsterdam-Rin en un autobús lleno de estudiantes borrachos. En regatas menores, Aaron había estado observando con el rabillo del ojo a Sigerius, que siempre se situaba entre el bar y la tribuna de madera que levantaban sobre la hierba húmeda de la ribera alta del canal, rodeado por un *rat pack* de estudiantes eternos, los lameculos de Siem, los típicos tíos que están dispuestos a todo para ganarse el favor del rector. Sin embargo, Sigerius se mostraba encantado de contar con su compañía. Él los había sacado de la ciudad, de sus casas adosadas, y ahora todos pululaban por el campus, al acecho de un trabajo de media jornada en el Departamento de Administración o en la Oficina de Prensa, pavoneándose por haber sido invitados a la barbacoa de Sigerius, la que organizaba cada año en el jardín de su granja. Aaron sintió una punzada de celos. No sabía si aquel tipo estaba actuando o de verdad lo divertía estar allí.

Blaauwbroek había acertado con su intuición: fue un domingo para recordar, ya que por primera vez en los ciento doce años de historia de la competición ganó un cuatro con timonel de Enschede. Aaron se encontraba en la tribuna cuando el júbilo estalló a su alrededor con una explosión de vítores roncós y el crujido del plástico de los vasos de cerveza. En la orilla, la panda de fanáticos de las hermandades se habían arrancado la ropa, se habían tirado al agua, como manda la tradición, y nadaban desnudos como gusanos hacia el bote. En ese momento su mirada se topó con el rector, y lo que éste hizo a continuación fue todo menos seguir la tradición. Sigerius, después de tirar al césped con un gesto brusco su vaso medio lleno de cerveza, había cruzado el lodazal que lo separaba de la orilla —Aaron ya había bajado de la tribuna y, ajustando la lente de la cámara, seguía al rector con el objetivo— y se estaba quitando el traje con una sonrisa de oreja a oreja. Todo fuera: camisa,

calcetines, calzoncillos. Todo salvo la corbata, la del equipo de remo, por supuesto. ¿Cómo no iba a dejarse puesta una de las corbatas del equipo si era miembro de honor de todos los clubs con licencia para vender alcohol? Poco antes de que saliera corriendo hacia el canal para zambullirse con los chicos, Aaron gritó su nombre y lo fotografió de cuerpo entero a unos cuatro metros de distancia.

El padre de Joni tenía razón, era un buen trabajo, una fotografía fantástica en todos los sentidos. Rebosaba dinamismo. El hombre, único protagonista de la imagen, estaba de puntillas agitando los brazos en el aire y, mientras con el torso parecía ya inclinarse hacia la resplandeciente franja de agua del fondo, miraba a cámara con la boca abierta en un grito y los ojos furiosos. El sol de tarde incidía oblicua e intensamente sobre el cuerpo desnudo, y la composición parecía pensada hasta el mínimo detalle: daba la sensación de que la mano izquierda de Sigerius señalaba el barco a lo lejos en el canal y, como en una elegante fotografía deportiva, la atmósfera vibraba con reminiscencias de la Grecia olímpica. Pero todo esto no son más que cuentos de fotógrafo: resulta evidente por qué los diarios querían la imagen. Antes de irse de Houten, Aaron había estado discutiendo durante más de un cuarto de hora con una chica del Departamento de Relaciones Públicas de la Universidad de Tubantia: estaba empeñada en que Aaron llevara la foto a la Oficina de Prensa para ver si obtenía el visto bueno para su publicación. Autorización que nunca iba a conseguir, obviamente. Por contra, a la mañana siguiente, en la redacción lo habían recibido como si fuera el mismísimo Robert Capa. «¡Por supuesto que la publicaré! —había rugido Blaauwbroek—. La llevaré a la imprenta en un coche blindado, y si hace falta me quedaré al lado de la máquina para protegerla con mi propia vida».

A partir de entonces, la foto del rector desnudo apareció por todas partes: ampliada sobre la barra del bar del club de remo, estampada en las camisetas de un grupo de debate de la ciudad, como imagen del póster publicitario de la gran fiesta de verano del campus... Aaron la había visto incluso en las puertas de los lavabos de la residencia de estudiantes. Y, casualidad o no, Sigerius empezó a protagonizar rumores cada vez más salvajes, que se propagaban desde los bares de la plaza mayor de Enschede, durante las fiestas del campus. Se decía que el rector y Ruska habían viajado a Japón cruzando la Unión Soviética y China, y que habían destrozado cada taberna rusa que se habían ido encontrando a su paso; que después de su espectacular irrupción en el mundo de las matemáticas lo habían sometido a un tratamiento de electrochoques en un manicomio de Estados Unidos; que tenía hijos de un

matrimonio anterior que nunca habían dado un palo al agua... Sólo había que mirar fijamente la foto para que las dudas se apoderaran de uno. Todos podían ver que lo que anunciaban las orejas de Sigerius se prolongaba, intensificándose si cabe, vestido con esos trajes impecables, casi siempre de un monótono azul marino, otras veces gris claro con raya diplomática; el cuerpo, expuesto de una forma tan vergonzosa, tenía un aspecto sorprendente de tan vigoroso y firme, fuerte, indestructible, «fibroso», para expresarlo en términos deportivos. Era inevitable elucubrar sobre ese cuerpo, al igual que sobre el tatuaje que llevaba en el pecho izquierdo: dos caracteres japoneses trazados con tinta azul barata, de marinero, en el corazón. Aaron sabía que significaban «yudo». Esas marcas producían un efecto desconcertante, como si hubieran sido hechas con hierro candente, y más teniendo en cuenta que en 1995 los tatuajes no sólo eran bastante raros sino también considerados algo de lo más vulgar. Por lo demás, quedaban de maravilla en el físico de Sigerius, el hombre mono al que durante las reuniones con el consejo de administración le gustaba balancearse sobre las patas traseras de la silla hasta que no le quedaba más remedio que agarrarse al borde de la mesa; que en las pausas para tomar café se desentumecía los hombros haciéndolos rotar como un trapequista mientras miraba a su alrededor como si quisiera apalear a sus interlocutores antes de retomar la conversación... Esos tatuajes eran cerraduras oscuras a través de las cuales el campus podía entrever fragmentos de un Sigerius que había quedado relegado al olvido, un patán, un fortachón que había empezado su impresionante carrera con dos títulos de campeón de Europa, un luchador para quien los Juegos Olímpicos de Múnich deberían haber significado el punto culminante de su vida.

Por las entrevistas en la prensa se habían enterado de que en el año 1972 el rector había sido uno de los candidatos favoritos para ganar una medalla de oro, junto con Ruska, pero que apenas un mes antes de los juegos la desgracia lo había golpeado: Sigerius estaba cruzando la Biltstraat de Utrecht para ir a comprarse un bollo relleno de crema, relamiéndose al pensar en el dulce, cuando lo atropelló una Vespa que le atravesó la espinilla con el estribo de hierro. Crac. Punto final a su carrera como deportista de élite. No hubo periodista, estudiante o científico que no comentara que si no fuera por ese bollo que Sigerius nunca se llegó a comer jamás se habría producido el verdadero milagro de su carrera profesional. El «Milagro de Antonius Matthaeslaan», como él mismo lo llamaba, tomando el nombre de la avenida de Utrecht donde se encontraba el pequeño apartamento en el que estuvo postrado en cama escayolado hasta la ingle. Ese invierno especialmente

sombrío, después de los Juegos Olímpicos, el padre de Joni, física y mentalmente destrozado, encontró en una caja de cartón, entre números antiguos de *Panorama*, *Libelle* y demás revistas femeninas, un libro titulado *Olimpiadas Matemáticas, campeonato de los Países Bajos*, en el que se recopilaban enunciados de problemas particularmente difíciles para los estudiantes de secundaria con más talento, y, para pasar el rato, había empezado a garabatear los cálculos en el margen de las hojas. A la mañana siguiente los había resuelto todos.

Lo más probable es que nunca sepamos qué ocurrió durante esas veinticuatro horas, qué compuertas se abrieron en su cerebro de atleta traumatizado, pero los hechos hablan por sí solos, y lo cierto es que en menos de tres años terminó sus estudios en la facultad de Matemáticas de la Universidad de Utrecht con matrícula de honor, defendió la tesis doctoral con una brillantez increíble y a principios de los ochenta se trasladó a Berkeley con su familia. Y allí, por fin, alcanzó la cima olímpica. El Ramanujan de los suburbios de Utrecht hizo una aportación a la teoría de nudos, rama de las matemáticas que intenta descubrir de cuántas maneras puede anudarse un trozo de cuerda —su obra matemática no podría resumirse de forma más clara y concisa—, por la que recibió la medalla Fields en 1986, durante el congreso que la International Mathematical Union celebra cada cuatro años.

Todos estos recuerdos cruzaron su mente como un fogonazo al darse cuenta de quién era la mujer que tenía delante. A pesar de lo cambiada que estaba, Aaron la había reconocido al instante. En diagonal, frente a él, al lado de una chica con el uniforme rojo ladrillo de una cadena de tiendas cualquiera, estaba sentada la madre de Joni. Lo cegó la luz blanca estroboscópica propia de un ataque de pánico.

Se había despertado con brusquedad de una cabezada árida de sueños, y aunque seguía en el tren expreso a Bruselas —ya habían pasado Lieja—, el panorama a su alrededor había cambiado drásticamente durante la media hora que había dormido. Ahora el vagón estaba abarrotado, y la luz de ese domingo por la tarde entraba densa y plomiza por las ventanillas; era una luz belga, turbia, quebradiza a merced de la ondulación del paisaje. «Tineke Sigerius», había pensado nada más verla, con la frente apoyada en el cristal, absorta, aire ausente, viendo pasar colinas y pueblos valones con campanario. Su primera reacción había sido huir, largarse de allí, pero los pasajeros bloqueaban la salida y llegar al otro extremo del tren habría sido una misión

imposible. Físicamente, Aaron se sentía como si estuviera subiendo una montaña a toda velocidad, sudando y con la respiración desbocada. Y así permaneció varios minutos, esforzándose por mantener la calma mientras esperaba la confrontación.

Sin embargo, no ocurrió nada. Cuando Tineke Sigerius salió de su ensimismamiento por culpa de una sacudida o un ruido inesperado, Aaron sintió que sus ojos se deslizaban sin detenerse sobre su figura nerviosa. «Finge que no me reconoce. Tampoco sabe qué hacer, y parece que la situación la incomoda tanto como a mí», se dijo. Se había sentado delante de él por casualidad, contenta de haber encontrado un asiento libre en aquel tren que iba repleto el domingo por la tarde, y era probable que lo hubiera visto una vez que ya se había instalado en su sitio. Seguramente se había sentido aliviada al ver que él dormía; dentro de lo malo había tenido suerte, así le había dado un poco de tiempo a pensar cómo actuar. A él le parecía muy raro que hubiera subido en Lieja; más que el hecho de que se dirigiera a Bruselas. ¿Qué se le había perdido a Tineke Sigerius en Lieja? Hacía ocho años que no se veían, que no sabía nada de ella, y muchos aspectos de su vida podían haber cambiado. Quizá ella y Sigerius se habían ido de Enschede, quizá él era ya comisario europeo y vivían en Bélgica. Aquella casualidad le pareció injusta y lo abrumaba. Quizá se habían separado y vivía sola. Lo que era seguro es que tendría otro yerno, uno rico y exitoso. Revolcándose en la autocompasión, Aaron fantaseaba con la idea de que Tineke no se dirigía a Bruselas, sino a París, la ciudad donde vivían sus nietos, donde Joni vivía y trabajaba desde hacía mucho (la aventura norteamericana le habría durado un par de años a lo sumo, creía él) y había formado una familia con algún capullo francés, un tipo de cara ancha, pelo negro engominado hacia atrás y gemelos de platino... Se lo imaginaba abriendo la puerta de madera barnizada de su casa y dando la bienvenida a la suegra en lo alto de la escalera de granito de la entrada.

¿Y si se estaba equivocando? Miró con el rabillo del ojo hacia la ventanilla con la esperanza de que el inconsciente le hubiera jugado una mala pasada. No, ésa era la madre de Joni. Pero ¡qué delgada estaba! ¡Se había quedado en la mitad! Sus caderas, increíblemente estrechas, estaban enfundadas en un pantalón marrón a rayas finas, a conjunto con una chaqueta entallada, una blusa de color crema y unas elegantes botas de tacón de aguja con las que la Tineke Sigerius de antaño habría perforado el suelo del vagón. La media melena había encanecido de manera bastante favorecedora, y la llevaba recogida con gracia en un moño alto; la cabeza, como siempre,

extrañamente erguida, algo que la gente solía interpretar como una señal de su carácter enérgico, independiente e incluso simpático. Sin embargo, él ya dudaba al respecto cuando salía con Joni. ¿Era una mujer ruin o simplemente irascible? En ese instante se descubrió el pastel: junto con la grasa había desaparecido también el último atisbo de ternura; sin duda, para siempre. Había ganado en femineidad, pero a costa de un excedente de piel flácida alrededor de las mejillas y el mentón, y de los párpados, mal pintados de rosa, que le colgaban sobre las pestañas de un modo patético. Tenía el aire pérfido de una víbora.

Los Sigerius no pintaban nada en un tren belga, su lugar estaba en la provincia de Twente, donde él los había dejado ocho años atrás. Si se había batido en retirada era justo para evitar ese tipo de encuentros. Y si se había instalado en Linkebeek, un pueblo a menos de cinco kilómetros al sur de Bruselas donde uno podía empezar de cero —o eso pensaba hasta hacía unos minutos— y pasar tan desapercibido como en Asunción o Montevideo, no había sido precisamente por su gastronomía. Él pensaba que allí estaba a salvo, que nadie lo espiaba. Linkebeek tenía más árboles que habitantes, y todo lo que allí había levantado la mano del hombre, por absurdo que fuera, quedaba camuflado por el bosque, que susurraba, crujía y rechinaba.

De reojo, miró las manos de Tineke, que descansaban sobre su regazo, extrañamente finas y huesudas, muy nudosas. ¿Cuántas mesas, cuántas sillas, cuántos armarios habrían fabricado hasta ese día? La madre de Joni hacía muebles en el taller de detrás de la granja, al menos en aquella época; piezas de diseño que acababan en mansiones, oficinas y casas señoriales en las riberas de los canales, repartidas a lo largo y ancho de los Países Bajos, a cambio de sumas de dinero considerables. En ese momento, una de las manos agarraba un dedo de la otra y le daba pequeños tirones. Con rabia, supuso él.

Él y Tineke nunca se habían llevado bien. No hacían buenas migas. Se acordó del día en el que Joni y él decidieron pasar la noche en la granja; él, como tantas otras veces, no podía dormir pensando en la bodega de Sigerius, y al final se levantó de la estrecha cama de la habitación de invitados, bajó la escalera, cruzó el recibidor, que estaba congelado, y entró en el salón. Una vez en la cocina —se notaba que conocía el camino—, se dirigió por la escalera de madera, entre crujidos, a la bodega, donde cogió del botellero de hierro forjado una de las botellas de vino que el propio Sigerius encorchaba, decidido a abrirla en la encimera y bebérsela a morro allí mismo, toda de golpe si era posible, con la esperanza de que eso lo dejara fuera de combate. Mientras subía de la bodega, oyó pasos y tuvo que agazaparse detrás de la

puerta del sótano. Alguien había entrado en la cocina; oyó cómo abría y cerraba armarios. De puntillas, se asomó por la rendija y vio algo impactante y desagradable: una espalda repugnante, una pared montañosa como las que se ven en documentales sobre Sudáfrica o las praderas de Arizona, con la diferencia de que ese macizo era de carne. Se trataba de Tineke. Contó seis michelines enormes y colgaderos entre las axilas y las nalgas, en cuyo centro se veía una especie de toldo naranja que, ni con la mejor de las intenciones, podías llamar «bragueta».

La madre de Joni sujetaba un envase de cartón con ambas manos y volcaba directamente en su enorme boca el contenido, que se le escurría por las comisuras en forma de fideos de chocolate y caía sobre las baldosas. Cuando terminó, estrujó el envase y lo hundió en el cubo de la basura. Luego se arrodilló, y el impacto de toda esa masa de carne en el suelo hizo que Aaron diera un respingo. Para limpiar los fideos de las baldosas, se mojaba con saliva la yema de los dedos y la palma de las manos. Ante aquella imagen, Aaron olvidó esconderse, y ella, de pronto y sin dejar de lamerse las manos, giró la cabeza noventa grados y se topó con él. «Hola, tenía sed», dijo cuando ella se recuperó del susto. Tineke no contestó, aunque al menos podría haber dicho: «Y yo hambre». En lugar de eso, se incorporó con dificultad y salió de la cocina sin decir palabra. Hasta que oyó cerrarse la puerta de su dormitorio, él no se atrevió a volver a la cama.

¿Y ahora? ¿Qué podían decirse ahora? El tren estaba demasiado lleno para montar un escándalo, pensó, tratando de convencerse, y eso lo llevó a imaginar cómo podrían protagonizar una versión amable del encuentro. «¿Qué tal te va, Aaron?». Dios, no soportaba que le hicieran esa pregunta. Prefería continuar el viaje en el techo del vagón antes que contarle la verdad. Había pasado el fin de semana en casa de sus padres, en Venlo; iba una vez al mes, por prescripción facultativa, como todo lo que acontecía en su vida últimamente. Era horrible tener que admitir que estaba enfermo, que dependía de los neurolépticos y los antidepresivos. ¿Cómo le dices a alguien que eres un loco certificado? ¿Cómo iba a decirle a esa mujer que era un demente? «Tineke, eso soy yo: una prescripción facultativa».

Tras el desastre de Enschede, había estado un tiempo haciendo fotografías para los mejores periódicos de Bruselas, pero en 2002, después de sufrir un segundo brote psicótico que casi acaba con él, los médicos, y él mismo, decidieron que ya era suficiente. Desde entonces recorría los colegios de Bruselas, Beersel, Ukkel y Waterloo con una furgoneta Volkswagen transformada en estudio fotográfico, haciendo fotos de carnet y de las clases

al completo. Sobre una caja de luz, de cada foto de grupo dibujaba una plantilla y numeraba la silueta de las caras. Y en una página web que actualizaba regularmente, papás y mamás, abuelos y abuelas podían pedir más impresiones seleccionando el tipo de formato, y si querían marco o leyenda. El resto del tiempo —horas, días, semanas, meses en los que la gente de su edad se había dedicado a reproducirse, a labrarse un futuro, algunos incluso a asaltar los cielos— no hacía más que holgazanear y, como un jubilado, durante las horas de oficina, cuando todo el mundo estaba trabajando, bajaba arrastrando los pies los peldaños musgosos de la escalera de la plaza del pueblo, compraba un periódico en el quiosco que llevaba el apropiado nombre de *Once Upon A Time* y recogía la medicación en la farmacia frente al plátano centenario. A veces se comía un pincho en el restaurante francés que había en la parte alta de la plaza, y luego volvía a callejear, ayudado de un andador imaginario, hasta la cima de la colina, o se dejaba engullir por su espléndida casa libre de hipoteca.

En opinión de los médicos, era un paciente que «reconocía y admitía» su estado, lo que significaba que se tomaba las pastillas de forma voluntaria; de ahí que fuera capaz de vivir solo. Y con eso estaba todo dicho. Llevaba una existencia carente de toda ambición. Lo que lo movía ahora era evitar cosas: evitaba las emociones, evitaba las tensiones, evitaba todo aquello que pudiera empujarlo a no evitar más cosas.

Se miró las rodillas. ¿Qué pasaría si empezara a hablar de sus miserias allí mismo, en medio de aquel vagón repleto de gente? ¿Si soltara un monólogo, detallado pero resumido, y sin morderse la lengua, sobre los ataques de pánico que se sufren durante un brote psicótico? ¿Si diera una clase magistral, relatara una epopeya, un poema épico sobre los miedos descomunales e irracionales que lo habían atenazado? Los pasajeros, colgados de las correas en ristra del techo, pegados los unos a los otros, no tenían forma de huir. A poco que se esforzara, y si conseguía ser lo bastante elocuente, quién sabe, quizá su auditorio acabaría embargado de ese mismo miedo del que les iba a hablar, primero Tineke, luego la chica con el uniforme demasiado estrecho, y luego los pasajeros del resto de los vagones y pasillos. Todos morirían mil muertes. Su miedo se convertiría en el miedo de todos. Sentirían un pánico tremendo, como si el cerebro les explotara.

Con Sigerius se llevaba de maravilla. En el invierno de 1995, Aaron se había echado una novia inteligente, testaruda y bellísima llamada Joni, que resultó

ser una Sigerius de pura cepa. Al cabo de dos meses, para su sorpresa, estaba tomando té con ese tipo y su familia. Había sucedido lo imposible: el hombre a quien todo el campus hacía la pelota, el hombre a quien él había estado viendo embobado en la tele el último año de instituto en Venlo, ese hombre le había tendido su mano callosa de yudoca. Y él se la había encajado, ansioso y perplejo a la vez. Se hicieron amigos, pero Aaron siempre se cuidó muy mucho de no preguntarse el porqué.

Joni y él comían un sábado al mes en la granja de los Sigerius, que estaba completamente reformada y enjalbegada. Situada en las afueras del campus, era tan bonita que los transeúntes les dejaban en el buzón de la puerta principal, de color verde oscuro, notas con sus datos por si algún día se decidían a venderla. Aunque criticaba con malicia a Joni por lo dependiente que era de sus padres («Ni se te ocurra llamar a papi»), le dijo un día que habían saltado los plomos en la residencia de estudiantes donde vivían, en De Heurne, y su habitación se había quedado totalmente a oscuras), Aaron disfrutaba mucho de esas visitas. De camino a la granja, Joni y él cruzaban en bicicleta el centro de Enschede y luego los bosques de Drienerlo, que se fundía con el campus, escenario de su relación durante cuatro años. Esos sábados Tubantia parecía una mujer en estado de gracia. Los prados, envueltos en zumbidos, se veían más verdes que entre semana. En sus recuerdos, los senderos serpenteaban con suavidad entre las colinas, y ellos pedaleaban sobre el terreno boscoso, saturado de polen, sin sorprenderse de la cantidad de lagunas que había. El agua resplandecía y se concentraba en las zonas más bajas, igual que los cientos de eruditos y miles de estudiantes que habían confluído allí, justo en ese lugar, para brillar con más intensidad. Podías oír el crepitar de sus cerebros echando chispas; el campo, los árboles y las colinas parecían cargados con la electricidad estática de los miles de millones de bits y *bytes* de la red del campus que fluían disparados bajo sus pies. Y cuando emprendían el camino de vuelta a casa en bicicleta, a altas horas de la noche, reinaba una oscuridad prehistórica; las colinas se convertían en pendientes suaves, y el prado y los bosques en nidos para los edificios de las facultades durmientes. La de Matemáticas yacía como un brontosaurio en su lago, y el *Tiranosaurio rex* de Ingeniería Física sobresalía entre los árboles más altos, con la cabeza dormida entre una infinidad de estrellas.

A veces también se quedaban a dormir en la granja y por la mañana desayunaban cruasanes calientes con mermelada y bebían grandes vasos de zumo de naranja que Sigerius, después de haber hecho cuarenta largos a braza

en la piscina del campus, les preparaba mientras sonaba el Bill Evans Trio, el Modern Jazz Quartet o Dave Brubeck, *jazz* suave para los domingos por la mañana que, como decía él, era un bálsamo para el humor de perros que lo invadía por la mañana. «Baja un poco el volumen del bálsamo», se quejaba Joni, pero Sigerius la ignoraba. Levantaba un dedo índice, guiñaba un ojo y les gritaba con la boca llena:

—¡Escuchad!

Su mujer y sus dos hijas se callaban, dejaban de masticar obedientes y prestaban atención. Aunque no les interesaba en absoluto, lo hacían para sacárselo de encima lo antes posible, pero al cabo de unos diez segundos Sigerius las liberaba con frases como:

—Es maravilloso el modo en el que Scott LaFaro toca envolviendo a Evans. ¿Lo oís? Es envolvente. Sí, ahora, esto, ese contrabajo con sus meandros, escuchad.

—Papá, odio el *jazz* —decía Janis entonces, o Joni, o las dos.

—¡Escuchad esto! Increíble. Acompañamiento y solo al mismo tiempo; lo sigue pero con virtuosismo. No puedo bajar el volumen. Sería un pecado.

En momentos como éstos era Aaron (y ahí radicaba el fundamento de su alianza, en el simple hecho de que él era un chico y no una chica, aunque existan infinidad de chicos que odian el *jazz*, a los que el *jazz* los pone de los nervios y les parece un aburrimiento) quien lamentaba que Scott LaFaro hubiera fallecido en un accidente de circulación y recordaba que, después de su trágica muerte en 1961, Bill Evans no había vuelto a encontrar a un contrabajista de su calidad, aunque Chuck Israels se acercara bastante, desde luego, sobre todo en *How My Heart Sings!* Y poco antes de terminar aquel comentario, otro corazón se ponía a cantar: el de su suegro, que dividía el mundo en dos categorías, los amantes del *jazz* y los ignorantes, y que con frecuencia había confesado, incluso en público, que nunca se había encontrado con un joven que supiera tanto de *jazz*; unas flores que no sólo apreciaba que le echara, sino que además a menudo, cuando estaba a solas, le gustaba recordar.

Los sábados por la tarde empezaban casi siempre en el comedor acristalado —nuevo en aquella época, un año después de las obras—, abierto a la cocina con isla, donde Tineke preparaba comidas sencillas pero sabrosas. Luego se trasladaban, discutiendo con vehemencia o riendo por alguna tontería, al salón, a lo que otrora habían sido las zonas nobles del señor de la granja, con Tineke cerrando el cortejo con una bandeja llena de panecillos de pasas con mantequilla y tazas de café a punto de derramarse. Joni abría las

puertas del mueble que escondía un pequeño televisor, y Sigerius cumplía su parte del trato y no atendía al móvil durante la hora siguiente. Las veces que Janis (casi siempre después de *Frasier*, cuyos últimos cinco minutos veía de pie y ya con el abrigo puesto) se iba a tomar algo con sus amigos a uno de los bares del centro de Enschede, y Tineke y Joni decidían ver la película del sábado por la noche, a eso de las diez, Sigerius preguntaba: «¿Un poco de música?»; Aaron jamás decía que no, sino que respondía con un «estupendo» y desaparecían con una botella de *whisky*, como dos colegas, hacia el «cuarto de la música», una habitación en la planta baja con dos sillones chéster de color morado, un amplificador NAD carísimo, un reproductor de cedés, un tocadiscos Thorens y dos altavoces B&W de dos metros de altura que descansaban sobre unos soportes metálicos y unos trozos de espuma de poliuretano de la NASA que Sigerius se había agenciado del Departamento de Ingeniería Física, y allí, entre fotos enmarcadas de Bud Powell, Thelonious Monk y Bill Evans, escuchaban los discos que elegían democráticamente — con derecho de veto recíproco—, unos vinilos originales que el anfitrión guardaba en unos armarios de haya natural, altos y estrechos, diseñados y fabricados por su esposa.

Cosas de chicos, como lo del yudo. En el recibidor de la granja había una foto enorme de cinco hombres descomunales con el torso desnudo que cargaban con un tronco de árbol colina arriba; «Geesink, Ruska, Gouweleeuw y Snijders», le había contado Sigerius. El segundo por la izquierda, el de los pectorales marcados y el pelo negro y rizado cortado al uno enmarcando una cara chata, ése era él. El equipo nacional de yudo entrenándose para el campeonato del mundo; allá por el sesenta y cinco o sesenta y seis. Geesink, a la vez entrenador y miembro del equipo, se llevó a la selección a un bosque cerca de Marsella; según Sigerius, era una mala bestia, pero cuando se trataba de subir troncos hasta la cima de una colina, él iba el primero. Una vez arriba, mientras los otros se esforzaban por recuperar el aliento, Geesink agarraba el tronco por un extremo y lo levantaba, tembloroso, unas diez veces, luego se quitaba la ropa y, con el cuerpo humeante, se zambullía en el lago. «Si le pasábamos la botella de agua, la rechazaba; no quería ceder tan rápido ante la sed», le había contado Sigerius, que poco después descubrió que Aaron había practicado yudo hasta los diecinueve años. Al enterarse de que era cinturón negro, lo había animado a retomarlos; primero, como miembro del grupo sénior al que él entrenaba los jueves por la noche en el polideportivo del campus, y luego, seis meses después, cuando Aaron volvió a sentir esa «vieja

sensación», como él decía, le había preguntado si le apetecía entrenar con él para prepararse para el examen de dan.

El yudo es un deporte extrañamente íntimo. A lo largo de dos años, Sigerius y él se habían encontrado como mínimo dos veces a la semana en el tatami, uno en brazos del otro; horas intensas, de concentración, en las que tenían la sala del gimnasio para ellos solos y apenas hablaban. Se habían dado un año para pulir las llaves y el trabajo de suelo: Sigerius se preparaba para su cuarto dan y él para el segundo. Todos los entrenamientos terminaban con combates salvajes que aún hoy en día le gustaba recordar. Y después de cada sesión se metía en la cama con Joni, la niña de los ojos de Sigerius, a la que habían educado con todo el esmero del mundo. A veces lo hacían en la habitación de invitados de la granja, y entonces Aaron notaba que la joven olía ligeramente como su padre, tal vez fuera por el jabón para la ropa que utilizaba Tineke, no habría sabido decirlo. Y mientras mezclaba feromonas — era un transmisor de olores corporales, un zángano que iba y venía entre dos cuerpos de la misma marca—, notaba que aquella extraña sensación de felicidad se multiplicaba con el polvazo silencioso que seguía al entrenamiento, con los gemidos que amortiguaban en la cama de invitados de Sigerius, a veces con una mano tapando con firmeza la boca cálida de Joni, para no despertar a ese inesperado amigo que dormía en el piso de abajo.

El tren pasó por Lovaina. Tineke había cerrado los ojos, se hacía la dormida, así no tenían que admitir la existencia del otro. Él admiró su sangre fría. Desde noviembre de 2000, el año en el que todo había estallado en pedazos, no había vuelto a ver a nadie de la familia Sigerius. Sin embargo, ellos se empeñaban en aparecer en su subconsciente; todavía soñaba con el campo de Enschede, y nueve de cada diez veces era en una pesadilla.

Empezaba a anochecer, el cielo se veía púrpura, y plateado en los bordes del rosario de nubes. Vio su calva en el reflejo de la ventanilla. Se sentía más calmado, pero también más sombrío. Una aldea se extendía a lo largo de un canal, y en el cielo había aparecido sorprendentemente pronto una luna escuálida. En breve estaría camino de casa a través de la oscuridad mohosa de Linkebeek. Allí lo esperaban el ambiente sepulcral y las habitaciones frías y de techos altos que tanto había echado de menos en Venlo. Daba gracias de que fuera Tineke y no Sigerius quien estaba sentada ignorándolo.

Nunca había logrado relajarse del todo. En presencia de Sigerius podía congelarse, literalmente, quedarse paralizado por completo: las mandíbulas se

le atornillaban y la tensión, que apenas podía controlar, se le extendía desde las cervicales y los hombros por todo el cuerpo. Durante horas luchaba, como una estatua de sí mismo, contra la petrificación total, hablando sin parar y rezando para que no se le quebrara la voz. Si Sigerius le hubiera dado un empujón en uno de esos momentos, se habría hecho añicos como un jarrón de porcelana china.

Para él, su amistad era un milagro (antes de llegar al campus para estudiar fotografía, había suspendido sus estudios de Filología Neerlandesa en Utrecht, y no tenía posibilidad de retomarlos; su propia ciudad universitaria le había dado calabazas, lo había rechazado, ¿y ahora penetraba sin más hasta el corazón del santuario académico?). Sin embargo, se sentía un impostor. No se mostraba tal como era en realidad. Todo había empezado con sus comentarios sobre *jazz*. Un domingo en la granja, poco después de haberse conocido, tomando café en unas tacitas de asas minúsculas, Sigerius, ausente, con la cabeza en otros asuntos, se levantó y abrió un armario de acero modernísimo, en cuyo interior había un tocadiscos, y puso un vinilo. *Jazz*. Antes de que se hubiera vuelto a sentar junto a su mujer en el largo sofá de color rosa palo del salón, Aaron había reconocido la música. Para estar seguro, había esperado un poco, pero sí que era: el tema, la ronda, la delicada melodía de piano, se trataba de Sonny Clark y el álbum se llamaba *Cool Struttin'*. Desde su sitio podía ver la famosa funda de Blue Note, en la que un par de piernas de mujer caminan sobre el asfalto de Nueva York (o eso suponía él).

—¡*Cool Struttin'*, un disco precioso! —dijo de repente por encima de las cabezas de Joni y Tineke.

Sigerius, con una barba matutina asombrosa —a Aaron le habría costado una semana conseguir semejante espesor—, había abierto como platos sus ojos castaños.

—*Cool Struttin'* es un disco fantástico —contestó en voz más alta, con claridad y un timbre un poco más estridente—. Así que lo conoces... *Cool Struttin'* es con diferencia el mejor elepé de Clark Terry.

¿Clark Terry? Sigerius se había equivocado; estaba confundiendo a Sonny Clark con Clark Terry. Era un error bastante gracioso, pero Aaron decidió no restregárselo por las narices. En ese momento, cuando él todavía era un peón sustituible, no era buena idea enmendarle la plana a su nuevo suegro en su propia casa. No obstante, era demasiado orgulloso para hacerse el tonto.

—Estoy contigo —dijo—, fue la mejor banda de Sonny Clark, con Philly Joe Jones por una vez poniendo freno a la batería. Nada que ver con esos *hooligans* que aporrean los platillos.

En ese instante, los ojos como platos de Sigerius se achinaron.

—Terry. Es Clark Terry.

—No, es Sonny Clark al piano —insistió Aaron, con más énfasis del necesario—. Terry es trompetista.

—¿Estás seguro? —le preguntó Joni.

Sigerius se levantó de golpe y pasó por delante de su esposa, ligero como un leopardo, taconeando sobre las baldosas, directo al curioso armario de acero que, Aaron se enteraría más tarde, había diseñado Tineke. Sacó la funda, echó un vistazo a las dos caras, la puso de nuevo derecha al lado del tocadiscos y cerró el armario. Volvió al sofá con una lentitud exasperante y se sentó.

—Tienes razón. Muchísima razón. Si además vi a Terry en el Kurhaus de Scheveningen... Y luego en Boston. Señoras, a partir de ahora mediré mis palabras.

Y justo eso fue lo que hizo Aaron durante el cuarto de hora restante: medir sus palabras. Sigerius nunca fue consciente de que sus nociones de *jazz* eran limitadas, que había dado con ese disco de Sonny Clark por un golpe de suerte. Conocía tan bien *Cool Struttin'* por aquellas piernas. Lo había comprado en un mercadillo de ocasión el Día de la Reina precisamente por la cubierta, que tuvo colgada un par de años con cuatro celos en la puerta de su armario mientras el vinilo cogía polvo en el tocadiscos. Sí que le gustaba el *jazz*, pero en realidad prefería el *blues* y el *rock and roll*.

Sin embargo, la sinceridad no era su fuerte. Y en cuanto Sigerius lo había proclamado experto en *jazz*, alguien con un conocimiento desmedido y enciclopédico nada menos que en su propio terreno, un espíritu afín, se puso manos a la obra como un poseso. Esa misma semana permitió que un muchacho nervioso con un jersey negro de cuello de cisne le encasquetara la *Penguin Guide to Jazz on cd* en la librería Broekhuis, una biblia del *jazz* de más de quinientas páginas que, según el cuello de cisne, no sólo recogía toda la historia del *jazz* sino que además separaba el grano de la paja con un práctico sistema de estrellas. En la librería de segunda mano De Slegte, frente a la Broekhuis, compró una biografía de Miles Davis, un ejemplar de *Jazz para Dummies* y un libro titulado *Billie y el presidente*, de un tal Martin Schouten, que versaba sobre *jazz*. Desde hacía un par de años llevaba en la cartera la tarjeta de visita de un dentista jubilado de Boekelo, un hombre de cabello canoso que vestía pantalones rojos. Un día, haciendo cola detrás de él en la fonoteca del campus, el hombre había visto que Aaron cogía prestado un disco de Bud Powell y lo había abordado; le había dicho que tenía en casa

ochocientos elepés originales de *jazz* —prensado norteamericano, vinilo grueso negro azabache, fundas de cartón duro—: «Son tuyos por un florín cada uno». Aaron casi se había desmayado de la emoción. «Llámame», le había dicho el hombre, y así lo había hecho esa misma noche y las semanas siguientes. Primero dos veces por semana y luego dos veces al mes. Habían mantenido conversaciones breves, educadas y apresuradas en las que el tipo siempre le decía que estaba demasiado ocupado, o a punto de salir de viaje a Estados Unidos, o que estaba enfermo, o a punto de estarlo. «Llámame otro día», le decía, pero ese otro día siempre surgía algún impedimento y éste era cada vez mayor, como su irritación, que aumentaba con cada llamada, hasta que dejó de creérselo. «Métete los discos por ese culo de viejo», se dijo. Y decidió tirar por la calle del medio: cogió la bicicleta e hizo todo el tramo hasta Boekelo, unos diez kilómetros. Cuando llegó al final del pueblo, llamó al timbre de la residencia de ancianos que había en la dirección que aparecía en la tarjeta de visita, que ya empezaba a desteñirse. Le abrió la puerta un turco.

Aaron acabó por quedarse todos los discos, y cuando no estaba con Joni, se dedicaba a estudiar la historia del *jazz* como si tuviera que programar el festival de North Sea ese verano. Concentrado, devoraba los capítulos dedicados a los artistas; primero los pesos pesados, a los que se consagraban la mayoría de las páginas: Parker, Ellington, Monk, Coltrane, Davis, y después el resto de las celebridades de los dorados años cincuenta: Fitzgerald, Evans, Rollins, Jazz Messengers, Powell, Gillespie, Getz. Escuchaba sus discos, apuntaba en un cuaderno detalles de sus biografías, memorizaba sellos discográficos: Blue Note, Riverside, Impulse!, Verve, Prestige. Era como cuando estudiaba su antigua carrera, sólo que en la jodida novelita de *El camino de la capillita* tenías que invertir tres semanas y en *Giant Steps* treinta y siete minutos y tres segundos. Los libros habían llenado su vida durante la primera mitad de los noventa; leía como un poseso, durante noches enteras, en las paradas de autobús y las salas de espera, se pasaba las noches sin dormir listando títulos, empapándose de las obras, cinco años de trabajos forzados para enmendar la humillación que había sufrido en Utrecht. Esta vez lo había masticado y digerido todo en cinco semanas. Ni eso. Fue entonces cuando se sintió seguro para lanzarse de nuevo a la piscina, y cinco semanas después estaba sentado con Sigerius en el DeTor, un club de *jazz*, escuchando el cuarteto del saxofonista Piet Noordijk, tomando *whisky* y con toda la confianza puesta en su implante de *jazz* de silicona.

¿Engaño? Sí, claro. Pero en esa granja todos hacían trampas. Eran una familia de mentirosos compulsivos. Aunque sabía que se trataba de una excusa poco convincente, se decía a sí mismo que allí todos tenían su secreto; Sigerius, Tineke, Joni, él, todos tenían algo que esconder. ¿Cuánto tardó en saber que Janis y Joni no eran hijas biológicas de Sigerius? Mucho. Y de ser por ellos, jamás lo habría sabido. Nunca hacían referencia a su verdadera relación de parentesco. De hecho, uno tenía la impresión de que ellos mismos la habían olvidado.

Pasó más de un año antes de que Joni, durante un fin de semana en los bosques de Drenthe, le contara que sus «padres biológicos» se habían separado cuando ella contaba cinco años. Más que el hecho en sí, lo había sorprendido que hubiese tardado tanto tiempo en sacar a colación algo tan común como ser hijo de padres separados, pero como ella se lo había contado con tanta solemnidad, tan inusualmente seria, no había dejado que se le notara. Habían alquilado una cabaña de madera a unos veinte kilómetros al sur de Assen y, por lo visto, el aislamiento y la estufa de leña habían propiciado un clima romántico que daba pie a las confesiones. Durante un frío paseo invernal por el bosque, ella le había hecho adivinar cuál de sus progenitores era el «auténtico».

—Vamos, di: ¿Siem o Tineke?

—Buena pregunta —contestó, aunque en realidad lo tenía muy claro—. Sigerius, sin duda.

—¿Y por qué crees que es él?

—No lo sé, lo creo y ya está. Me arriesgo. Es cierto que físicamente no te pareces a él, pero tampoco a tu madre. Los dos sois deportistas y tenéis una complexión atlética.

La verdad era que no se parecían en nada. Sigerius era moreno, tenía los ojos del color del café frío y un aspecto agitado un poco inquietante. La barba le crecía con tanta rapidez que dejaría con la boca abierta a los teóricos de la evolución. Joni, en cambio, era rubia, de tez clara, y ligera como una mariposa; sus facciones eran tan finas, tan simétricas, que costaba imaginar que Sigerius hubiera intervenido en algún aspecto de su creación. Sin embargo, había en ellos un denominador común: su dinamismo. Padre e hija hacían gala de la misma energía frenética, no soportaban que la gente dudara y la procrastinación, no concebían la idea de darse por vencidos, y no podían entender que otro (el propio Aaron, por ejemplo) lo hiciera. Joni, como Sigerius, era inteligente, fuerte y emprendedora. Quizá se debiera a los genes.

—Entonces, como no estoy gorda, crees que Siem es mi padre biológico.

En realidad, nunca se había cuestionado que Sigerius no fuera su padre biológico, y hasta ese momento no se daba cuenta de ello. No había tenido ninguna razón para ponerlo en duda.

—Sí —dijo—. No... También por la manera en la que os relacionáis. Entre vosotros hay mucha complicidad, se ve a los diez minutos de conoceros. Janis es la niña de mamá. Tú tiras más a tu padre.

—Pero Janis y yo somos hermanas de verdad. Así que eso no significa nada.

—Dímelo ya.

—¿Sigues pensando que es Siem?

—Sí. Eso creo, sí.

—Pues ¡te equivocas! —exclamó ella entre risas, dando patadas a las ramas secas de las hayas y los restos carcomidos de hojarasca, como si la solemnidad de su confesión se evaporara en ese mismo instante sólo porque él había fallado.

Joni no lo dijo, pero viendo la agitación extraña con la que había reaccionado, él dedujo que le había gustado que él se hubiera decantado por Sigerius; incluso llegó a sospechar que ella habría preferido no sacarlo de su error. Él mismo tuvo que admitir que se sintió un poco decepcionado —era una lástima que ella y Sigerius no compartieran genes—, pero no se lo mencionó, obviamente. Y Joni debía de pensar como él, porque, camino de la húmeda cabaña, su humor eufórico se transformó en un mutismo nada propio de ella.

Mientras calentaba en silencio un poco de leche con cacao en la hornalla de la cocina y ella apolillaba el sofá con un número antiguo de *Panorama* en el regazo, mirando un espectáculo de patinaje sobre hielo, Aaron pensaba en la naturalidad con la que ambas hermanas llamaban «papá» a Sigerius. Le decían «papá» con una sonrisa pícaro o de admiración, o le susurraban al oído «por favor, papi» cuando querían algo, o se quejaban con un «papaaá» alargado cuando las hacía rabiar. Cuando se lo comentó, ella le contó, con cierto orgullo, que había sido así desde el primer día; desde el día de 1979 en el que Siem Sigerius y Tineke Profijt, sin perifollos, sin trajes de boda, sin Rolls ni Bentley, sin celebración, habían contraído matrimonio en el ayuntamiento de Utrecht, ellas habían llamado «papá» a su padrastro. Joni tenía seis años y su hermana tres. Y desde la boda había empezado a llamarse a sí misma Joni Sigerius. Tras cubrir de hormigón su verdadero apellido —Beers, el cual pronunció de mala gana—, había dejado que se hundiera en el río Vecht.

Tiempo después, en su habitación de estudiante, le mostró algunas polaroids de tono ocre en las que aparecía una Joni increíblemente pequeña, con dos coletas rubio platino, una niña de seis años que para su sorpresa tenía un aspecto de lo más normal, un poco feúcha incluso, y que sacaba la lengua, colgada de la pierna de un Sigerius joven, la pierna de su nuevo padre, que se dejaba crecer una barba asilvestrada. La madre, llamativamente delgada aún, no escuálida como ahora, sino delgada, con un sobrio traje pantalón verde oscuro y Janis llena de mocos en los brazos, llevaba en esas fotos unas gafas de sol marrones enormes porque la semana anterior el oculista le había raspado con un bisturí un herpes del globo ocular izquierdo.

Dejando definitivamente atrás el pasado, madre e hijas habían seguido a su nuevo guía a Estados Unidos, a Berkeley, donde Sigerius se convirtió en profesor ayudante en el Departamento de Matemáticas. Joni Sigerius nunca había dicho una palabra de su padre biológico, ni en ese campus, ni en ningún otro. Aaron tuvo que insistir para sacarle su nombre de pila. «Theun». «Theun —repitió él—. Theun Beers. Muy bien. ¿Y a qué se dedicaba?». Era representante de una empresa que importaba artículos para fumadores. En la placa de la puerta de entrada de su casa, debajo de su nombre, se leía: ARTÍCULOS PARA EL FUMADOR, y en un aparador enorme, tras dos puertas pequeñas, almacenaba cartones de cigarrillos que ordenaba por marca. Beers los conseguía de manera algo turbia y los vendía en el mercado negro a tipos que fumaban como carreteros y que irrumpían, con voces roncas, y en cualquier momento del día, en el cuarto de estar para recoger sus pedidos, casi siempre cuando Joni ya estaba en la cama. Su padre solía llegar a casa pasadas las nueve, después de haber cenado unas albóndigas o unos escalopes a la cazadora en cafés y restaurantes de carretera frecuentados por representantes y camioneros. Los fines de semana también lo veían poco, le contó ella, porque entonces ensayaba o actuaba con su grupo, una banda de *blues* que había tenido cierto éxito y en la que él cantaba y tocaba la guitarra.

—¿*Blues*? ¿Y grababa discos?

—Yo qué sé. Sí, creo que sí.

(¿*Blues*? Le entraron ganas de ir corriendo a la Vluchtestraat para revisar las tres ediciones de su *Enciclopedia de los años dorados del pop* en busca de Theun Beers. ¡Una banda de *blues*, joder! Y lo decía ahora. Y, en efecto, a la mañana siguiente encontró en su vieja enciclopedia del pop, bajo el título «*Blues de los polders*», una reseña de tres líneas sobre Beers y su banda: «Mojo Mama, formación de *blues-rock* en torno a su líder y guitarrista, Theun Beers, que fue durante unos años una figura de culto local. Eran los Cuby +

Blizzards de Utrecht. Aunque grabaron tres elepés, de calidad bastante irregular, forjaron su fama con sus actuaciones en directo». Tras leer esto, se imaginó a Tineke de *groupie*; la madre de Joni, delgada como ahora, con el cabello lleno de flores, plataformas, sentada sobre las rodillas del gran Theun en el camerino).

Aunque en los cumpleaños y las celebraciones los tíos de Joni seguían haciendo la broma de que al menos Theun no había dicho «ahora vengo, voy a comprar tabaco»; lo cierto es que se había largado de casa mucho antes de divorciarse y dejando a Tineke a punto de dar a luz. Joni no recordaba que ese hombre hubiera dormido alguna vez en la misma casa que ella, lo que, naturalmente, no podía ser verdad, pero bueno.

—¿Piensas alguna vez en él?

—Nunca. Sólo con este tipo de conversaciones. Pienso en mi padre biológico cuando alguien me pregunta si pienso alguna vez en mi padre biológico.

Si él le preguntaba por la razón de ese mantra («Pero ¿por qué nunca piensas en Theun Beers?»), por ejemplo, un día que estaban viendo *Spoorloos*, un programa de familiares desaparecidos, en su casa, en la Vluchtestraat, ella le aseguraba que no era por resentimiento o venganza, que no le reprochaba nada, y que tampoco era algo que «reprimiera», no, su progenitor había desaparecido de su vida sin dejarle impresión alguna, eso era todo.

Hasta el domingo de ese fin de semana que pasaron en Drenthe —bastante tarde en realidad, y eso que la pregunta venía al caso— no le preguntó si Sigerius también había estado casado.

—Sí —respondió ella de mala gana.

Regresaban del museo de dólmenes —una de las visitas culturales típicas de la zona, con la que se habían tronchado de la risa como dos colegiales—, e iban uno al lado del otro pedaleando por el carril bici que corría paralelo a la carretera regional. Él apretó los frenos de la bicicleta de alquiler.

—¿Y por qué no me lo has dicho? ¿Por qué no me cuentas las cosas?

—Te lo estoy contando ahora, ¿no? —soltó ella sin detenerse—. También tiene un hijo.

—¿Qué dices?

—Que tiene un hijo.

Joni aminoró la marcha y, sin poner un pie en el suelo, de forma algo inestable, describió un semicírculo para volver a su lado.

—Se llama Wilbert. Wilbert Sigerius —añadió.

—Así que tenéis un hermanastro...

—Si quieres llamarlo así... Pero no lo vemos nunca. Él tiene su vida. Y nosotros la nuestra.

Aaron la acribilló a preguntas, pero ella no podía o no quería decirle mucho sobre el tal Wilbert, aunque de pequeña había sido su vecina de abajo. («¿Eras su vecina de abajo?! —exclamó él—. Explícamelo»). Ella le contó una historia complicada que a él le costó un rato llegar a comprender bien. En los años setenta, las dos familias habían vivido en la avenida Antonius Matthaeslaan de Utrecht. Sigerius con su primera mujer, una tal Margriet, y su hijo, Wilbert; los tres en el piso de arriba del número 59, en el 59-B. Debajo, en el 59-A, vivía Tineke con sus dos hijas.

Joni recordaba las peleas en las que Sigerius y Margriet se enzarzaban sobre sus cabezas, broncas que ella escuchaba palabra por palabra mientras se comía un yogur azucarado en la larga barra que tenían en la cocina, sentada al lado de Tineke y con Janis en la trona, al igual que los chillidos terribles de Wilbert, el pataleo histérico y estrepitoso, y la voz estridente y llorosa de Margriet. Al cabo de un par de años, esa vecindad desembocó en un caso clásico y dramático de divorcio: Tineke y Siem, vecina de abajo y vecino de arriba, se enamoraron, e incluso fueron pillados en flagrante delito de adulterio por la madre de Wilbert, es decir, la famosa Margriet, aunque Joni no conocía los detalles.

«¡Malditos adúlteros!», exclamó Aaron.

Antes de que todo estallara, aquel chico escandaloso del piso de arriba pasaba a menudo por la planta baja para ir al jardín interior de azulejos, y allí pisaba los fresales y volcaba los tiestos. Olía a jabón dulce. Después del divorcio, Wilbert se había quedado a dormir con ellos una sola vez, creía recordar Joni. Cuando Sigerius se las llevó a Estados Unidos, eso también se terminó.

En el álbum de fotos de aquella época, Aaron vio a un robusto duendecillo con el pelo del color del carbón, los ojos entintados de negro y muy separados, como el padre, y unos labios increíblemente carnosos; sólo con observar la foto te dabas cuenta de que era un insolente. Joni no se enteró hasta más adelante de que había sido el terror del vecindario, un niño que los tenía a todos atemorizados, incluso a los chicos mayores. Un día los obligó a comerse los sapos que había cazado. Fabricaba pequeñas bombas con gasolina que extraía de coches aparcados y meaba en los buzones de las residencias de ancianos. A la hija pequeña de una familia que vivía más adelante en su misma calle la obligó a robar dinero del monedero de su

madre. El único recuerdo que Joni conservaba del ímpetu de Wilbert se remontaba a una noche de verano en la que irrumpió en su dormitorio junto con el compinche con el que callejeaba, probablemente después de empujar a toda prisa la puerta de su piso, que debía de haber quedado abierta. Cada uno arrastraba una enorme bota de goma verde llena a rebosar con arena del parque —seguramente fueran las botas de agua de Sigerius, que por entonces todavía era sólo el vecino de arriba—. Los muy canallas empezaron a golpear con un tubo de PVC amarillo los barrotes de su cama hasta que la hicieron llorar, y cuando su boca de niña de tres años estuvo bien abierta, le echaron la arena a la cara. Aún recordaba la textura granulosa, cómo se le había metido la arena en la garganta, en la nariz y los ojos, como un puño, húmeda, fría y oscura; casi estuvo a punto de asfixiarse, le dijo.

Un tren de mercancías pasó retumbando por la vía paralela. Tineke se despertó sobresaltada y se quedó mirando fijamente a Aaron durante dos segundos atronadores. En Venlo se había tomado un oxazepam, pero sintió que debía apretarse aún más la camisa de fuerza que le envolvía el miocardio. Uno podía verlo todo en esos iris azules estriados: desaprobación, desprecio, decepción. Arrogancia. Con un estremecimiento, se juntó las solapas del abrigo y volvió a cerrar los ojos mientras él acumulaba saliva en la boca y sacaba con dificultad la cartera del bolsillo de atrás del pantalón. Sin dejar de mirar los párpados cerrados de Tineke, extrajo un blíster de oxazepam y apretó para que dos comprimidos salieran de la lámina plateada. La chica del uniforme rojo lo observaba; por primera vez se dignaba a mirarlo y dejaba de masticar chicle un momento. Llevaba el contorno de los labios perfilados con una línea fina de lápiz negro, vulgar y pasado de moda; «mamadas de cinturón negro», habría dicho Joni haría un siglo. Se metió las pastillas en la boca y las hizo deslizar, envueltas en una pompa de saliva, hasta el estómago.

Poco tiempo después de las confidencias de Joni, Sigerius y él estaban sentados a la esquina de la larga barra del bar del polideportivo del campus, con la piel arbolada por la ducha de agua caliente que habían tomado tras el entrenamiento del jueves por la tarde; él con una cerveza y un cigarrillo, Sigerius con una tónica, porque tenía que seguir trabajando. Su suegro iba vestido de modo informal: un jersey azul marino impoluto encima de una camisa que llevaba abotonada, un pantalón de pana planchado que le resaltaba las pantorrillas abultadas y unos mocasines en sus anchos pies, que descansaban apoyados en las barras del taburete. A las patas, como si se

tratara de un animal perezoso, tenía pegada su abultada bolsa de deporte de cuero. Cada dos minutos, Sigerius levantaba una mano para saludar a alguien. Aaron se sentía un tanto incómodo, como siempre que estaba junto al rector en un espacio público.

La cafetería era amplia, de un gris estilo años ochenta; le recordaba una pantalla de Comecocos, con unas aralias japonesas mendigando luz entre los muretes de hormigón a media altura. Había también dos mesas de billar y un futbolín. La zona de estar, con unos sofás bajos tapizados de franela, estaba vacía a esa hora de la tarde y los vapores del cloro procedentes de la piscina cubierta, en algún punto de las entrañas del complejo, se mezclaban con el olor de las bandejas de aperitivos y el suelo de linóleo. Hablaban sobre el entrenamiento, de la universidad, pero sobre todo del consejo de estudiantes, «una piedra en el zapato» en palabras de Sigerius. «Esto que quede entre nosotros», le decía a cada rato. Sin embargo, Aaron había estado dándole vueltas a otro asunto durante las últimas semanas, y en ese momento se decidió a abordarlo:

—Por cierto, Siem, ¿sabes que no tenía ni idea de que tuvieras un hijo?

Sigerius lo escuchó mientras daba un trago a la tónica; luego dejó el vaso sobre la barra, se limpió la boca y guardó silencio durante un par de segundos antes de contestar.

—Vaya, vaya, así que te lo ha contado. Era de esperar.

—Me quedé de piedra, la verdad. No tenía ni idea.

—¿Te impresionó?

—Pues un poco. Claro, no me lo esperaba. Sois la viva imagen de la familia feliz. Nunca me lo hubiera imaginado.

—Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente, de hecho. Joder, no es para tomárselo a la ligera.

Aaron, sorprendido por el tono grave que había adoptado Sigerius, escogió las palabras con cuidado.

—Bueno —respondió—, estas cosas pasan... Las estadísticas hablan por sí solas. Hoy en día es algo muy frecuente.

Sigerius se atusó la barba, inspiró profundamente y, con fuerza, expulsó el aire por la nariz.

—Eres muy amable —dijo—, pero no creo que eso sea cierto.

—¿El qué? ¿Que la gente se divorcia? —preguntó Aaron perplejo.

—¿Divorciarse?

Sigerius lo miró extrañado, las orejas se le habían agitado por la sorpresa, pero los ojos adquirieron de repente un halo de fatiga absoluta; envejeció allí

mismo. Con una sonrisa de oreja a oreja, se quitó un pelo de la manga del jersey y lo dejó caer al suelo. Luego se quedó con la mirada perdida, como si estuviera sopesando algo.

—Aaron —dijo—, no sé muy bien a qué te refieres tú, pero yo te estoy hablando de homicidio. De un asesinato brutal que la ley quiere que llamemos «homicidio». Ese cabrón mató a un hombre. Lleva ya cuatro años en prisión. ¿No lo sabías?

Eran las once de la noche aproximadamente, y el estudiante larguirucho al que le tocaba atender la barra se encontraba a unos diez metros de ellos, fregando vasos con la camisa remangada. A excepción de los dos de chándal que cuchicheaban junto a la mesa de billar, la cafetería estaba vacía. Todo lo que decían penetraba por los poros de los muretes de hormigón. Un silencio breve, como un objeto pesado, cayó al suelo entre ellos. ¿Un asesino?

—Siem, estás bromeando, ¿no? Me estás tomando el pelo —dijo Aaron, ruborizado.

—Ya me gustaría a mí estar tomándote el pelo.

Haciendo un esfuerzo por mantenerse impassible ante los acontecimientos que había vivido, Sigerius le habló de su único hijo, que a esas alturas tenía más o menos la edad de Aaron. Nada de lo que enorgullecerse. Una vida llena de delitos, consumo de drogas y recaídas.

El pequeño Wilbert, de cuya existencia lo había informado Joni con sorprendente desinterés, se convertía en la versión de Sigerius en un criminal que, como un sacacorchos, había ido hundiéndose en la miseria. Un día de 1993, Wilbert había tocado fondo al matar a golpes a un hombre de cincuenta y dos años.

—Los Países Bajos son una gran nación —afirmó Sigerius—. Aunque no quieras hacer nada de provecho en esta vida, existe un amplio círculo de buenos profesionales que están dispuestos a ayudarte. A quien no tiene cojones para ponerse a trabajar, a ése le concedemos un trabajo subvencionado fabuloso, así, sin más, aunque tenga antecedentes.

Su tono desprendía una amargura impropia de él y una tendencia bastante más conservadora de lo que era habitual en él; se trataba claramente de una cuestión que lo tocaba muy de cerca y ante la cual sus principios socialdemócratas saltaban por la borda. Aaron se alegraba de que Sigerius no estuviera mirándolo, tal vez no lo hacía por vergüenza, para darle tiempo de digerir la información, pues era lo único que podía hacer; era presa de un nerviosismo extraño que por un lado le provocaba placer y una sensación de agradecimiento, por el hecho de que Sigerius estuviera confiando en él, y por

el otro incomodidad, a causa de esa intimidad tan repentina. Era como si estuvieran bailando una lenta allí mismo.

—Le entregaron un mono y le asignaron un salario decente para que se presentara cada mañana en algún lugar con una fiambreira. Tras fastidiarla una y otra vez, situaciones de las que ahora no hablaremos, le dieron una segunda oportunidad. ¿Qué más se puede pedir? Y en la metalurgia nada menos. En una empresa excelente, donde en los últimos cien años decenas de miles de holandeses se han ganado el pan de forma honrada. Se podría decir que fue un golpe de suerte. Sin embargo, a la primera de cambio, a raíz de una tontería, el muchacho coge una maza y golpea a su superior inmediato, al que le faltaba poco para jubilarse, y lo deja más plano que una tabla tras propinarle quince mazazos. Yo estaba en la sala cuando el fiscal describió lo que habían visto los diferentes testigos, lo que le ocurre a alguien cuando lo golpeas reiteradamente con una maza de cuatro kilos.

Sigerius se humedeció el bigote con el labio inferior, y luego se lo atusó con el pulgar y el índice. Aaron no sabía qué decir. Aquello ya no era una confesión. Era una maldita bomba. Creía saber bastantes cosas de Sigerius, pensaba que conocía lo que motivaba a ese hombre, a quien admiraba a pesar de lo mucho que se esforzaba por no hacerlo, creía saber qué engranajes del destino habían puesto su vida en el camino hacia el éxito, cuál era su naturaleza, pero en ese momento se daba cuenta de que en realidad no sabía nada. (Una sensación de ignorancia, pensó después, a la que habría hecho bien en acostumbrarse ya entonces y que no lo había abandonado en Enschede. Él nunca se enteraba de nada).

—Ocho años —dijo Sigerius, alzando la voz.

El chico de la barra estaba un poco más cerca que hacía un instante, pasando la bayeta por las parrillas.

—El fiscal pedía diez años y prisión incondicional, pero en los exámenes psiquiátricos preliminares que le realizaron en el centro Pieter-Baan obtuvo buenos resultados. Por primera vez en su vida. —Sigerius bajó de nuevo la voz—: Fue declarado totalmente responsable de sus actos. Mi hijo no es ningún imbécil.

Entonces, como si de un chupito se tratara, se llevó la tónica a los labios y se la acabó de un trago. Luego, con cuidado, dejó el vaso vacío sobre la barra de madera de cerezo.

El tren aminoró la marcha, las afueras de Bruselas desfilaban tras los cristales, el pasillo se llenó de pasajeros que, con la cabeza inclinada hacia delante, contemplaban los edificios grises dispuestos de cualquier manera. Tineke, que había vuelto a abrir los ojos, sacó de su bolso de cuero rojo un espejito y un pintalabios, y con movimientos rápidos se pintó de carmín los labios arrugados, guardó de nuevo el tubo y el espejo y, frunciendo el ceño, clavó la mirada en un punto entre Aaron y el hombre que estaba sentado a su lado.

Wilbert Sigerius. No había llegado a conocerlo, y la curiosidad había desaparecido con el tiempo. Sin embargo, era consciente, por lo poco que había conseguido saber sobre el hijastro de Tineke durante los años que Aaron había pasado en Enschede, de que aquella situación tenía que haber sido tan dura para ella como para Sigerius. Ella le había aportado dos hijas sanas, a las que habían dado una educación excelente, por no decir exquisita, gracias a la cual Joni y Janis, cada una a su manera, se habían convertido en unas adultas alegres, centradas y razonables, a veces hasta el aburrimiento. En cambio, Sigerius le había endilgado esa escoria.

El tren hizo su entrada en la estación Central de Bruselas y se detuvo con una sacudida. La multitud, en el pasillo, avanzaba despacio hacia las puertas todavía cerradas: cientos de cabezas aisladas en sus plegarias esperaban en silencio para la salvación. Tineke no hizo ademán de moverse. A él le iba mejor bajarse en Bruselas Norte, aunque también salía un tren a Linkebeek desde la estación Central. La chica se sacó el chicle de la boca perfilada de negro y estiró un brazo por encima del regazo de Tineke para alcanzar la papelera de hierro. Luego se puso en pie, rozó la rodilla izquierda de Aaron y se unió a la hilera de gente que se dirigía ahora con rapidez y en masa hacia la salida. La madre de Joni también se levantó. Con la espalda vuelta hacia Aaron, tiró de una maleta pequeña con ruedas que descansaba en la rejilla para el equipaje. Vista desde atrás, con esas caderas estrechas y puntiagudas, nunca la habría reconocido.

De repente, sintió el impulso irrefrenable de bajarse él también. ¿Debía permitir que una casualidad semejante se disolviera en la nada? Si se quedaba allí sin más, con el culo pegado al asiento, ese encuentro ni siquiera habría existido. Bajó del tren con el corazón disparado. El ambiente pétreo del andén le llenó los pulmones. Caminando detrás de Tineke, a cinco pasos de ella, subió por la escalera de mármol hasta el vestíbulo. Seguía mecánicamente a esa mujer que cargaba el equipaje con pasitos presurosos. Una vez en la sala de mármol marrón oscuro, dejó la maleta con ruedas en el suelo y la arrastró hacia la vorágine. Poco antes de llegar a la salida principal, sacó un móvil de

un bolsillo del abrigo de lana de color burdeos, marcó un número y se puso a hablar. La vio adentrarse en Bruselas, casi desaparecer. Y de nuevo le asaltaron las dudas.

En lugar de darse la vuelta y regresar al andén, en lugar de no vivir, decidió correr tras ella, hacia el exterior de la estación. Escrutó las zonas de sombra al margen de las luces artificiales de la calle. No la vio entre la riada de personas que esperaba en el cruce para adentrarse en la plaza mayor. Se acercó al borde de la acera y miró a su alrededor. Allí estaba, había girado a la derecha, en dirección a la Putterij; a paso rápido, Aaron cubrió el agujero negro de veinte metros que los separaba y cuando quiso darse cuenta estaba tocando con la mano el tejido grueso de su abrigo. Ella se detuvo, dio media vuelta. Lo miró sorprendida, asustada. La piel, maquillada con esmero, parecía papel arrugado alrededor de los pómulos y las mejillas.

—Tineke —murmuró—, yo...

—¿Perdón? —preguntó ella con amabilidad.

—Tineke —repitió él con más énfasis—, no sé si esto es muy buena idea, pero...

Sólo entonces ella le prestó atención. Él vio cómo enfocaba la mirada y alargaba una mano hasta rozarle el brazo, como si necesitara añadir un sentido más a aquel momento.

—¿No iba usted sentado frente a mí hace un...?

La expresión de su rostro mudó de repente; levantó los párpados caídos tanto como pudo y con la boca dibujó una «O» de sorpresa rojo carmín.

—¡Aaron! —exclamó—. Eres Aaron Bever, ¿verdad? Pero, chico, qué...

Soltó el asa de la maleta, que basculó hasta quedarse derecha. Dio un paso hacia él, lo agarró por los hombros y le plantó dos besos. Por encima de los hombros flacos de Tineke, vio que un coche subía al bordillo y se detenía, un BMW deportivo azul marino que les hizo luces un par de veces. Ella volvió la cabeza y levantó una mano, después lo miró de nuevo.

—Tenemos prisa. Debo subir al coche. Pero, Aaron, ni por asomo te habría reconocido. Estás... cambiado. Hace mucho tiempo que no paso por Enschede —le dijo, luego lo cogió por el antebrazo y mirándolo a los ojos exclamó—: ¡Ay, chico!, ¿qué tal estás? Terminó todo tan mal...

Él se sentía demasiado abrumado para articular palabra. En cualquier momento la puerta del BMW podía abrirse y Sigerius se les acercaría. Se quedó sin aliento, notó que se mareaba. Y balbuceó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Cómo se encuentra Siem? ¿Es él?

Y señaló, como un tonto, el coche que esperaba con impaciencia.

Ella lo soltó tan rápido como lo había agarrado, retrocedió un paso y su rostro se cerró como si de una puerta blindada se tratara.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le preguntó de repente—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No. ¿Por qué?

Aaron sintió que se le humedecían los ojos.

—Malnacido —le dijo—. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué me has seguido?

La puerta del coche se abrió y se apeó un hombre. Era bajo, de unos cuarenta y cinco años. La cabellera negra ondulada y la barba recortada le resplandecían bajo la luz de las farolas. Se miraron. El hombre sonrió cortésmente. No era Sigerius, lo que provocó en Aaron un sentimiento de inquietud y violencia. En ese instante, un coche adelantó al BMW tocando la bocina y un minibús se detuvo detrás y encendió las luces intermitentes.

Tineke palpó la puerta del copiloto en busca de la manija.

—¿No lo sabes? —le preguntó—. ¿De verdad no te enteraste? —Sonrió incómoda, esbozando una mueca escuálida de incredulidad—. ¡Siem murió! —le gritó para hacerse oír por encima del estruendo del tráfico—. ¡Ya hace ocho años! ¡Lo enterramos a principios de dos mil uno! ¿Acaso estás intentando hacerme daño?

—No —dijo él.

Y ella subió al coche.

Según su currículum, Sigerius sabe mucho de azar. En la época de Berkeley, y después en Boston, daba clases prácticas de Cálculo de Probabilidades y Optimización Aleatoria a los estudiantes de primer año de Matemáticas y Física. Le pagaban para que aulas llenas de matemáticos emocionalmente reprimidos fueran capaces de entender el orden matemático que subyace en el caos. Eran jugadores de ajedrez, especialistas en Spectrum, magos del cubo de Rubik, que ni por asomo tenían la intención de jugar en un equipo universitario, ni de baloncesto ni de béisbol. Iban a Berkeley porque estaban al servicio de la física cuántica, porque querían desencadenar la revolución digital. Antes de abrumar a los chicos, y a la única chica que había en clase, con procesos estocásticos, axiomas de Kolmogórov y teoremas de Bayes, les preguntaba cuál había sido la casualidad más espectacular que habían vivido. «¿Qué es lo más chocante que te ha ocurrido?». De las anécdotas más asombrosas hacía un cálculo de probabilidades en la pizarra, para entrar en materia.

Sigerius se dio cuenta de que se las estaba viendo con jóvenes realmente inteligentes el día en el que un estudiante que estaba sentado al fondo del aula levantó una mano y contó una historia sobre la luna de miel de sus abuelos. El chico, pálido y serio, explicó que a su abuela se le había caído el anillo de bodas por la borda, frente a la costa chilena, durante el crucero por Sudamérica que los recién casados habían hecho en los años treinta. Sesenta años después, para conmemorar sus Bodas de Diamante, el matrimonio volvió a hacer el mismo viaje. Un día, un aficionado a la pesca deportiva pescó un atún y lo izó a bordo justo en el momento en el que los dos ancianos se encontraban en cubierta. «El abuelo insistió en que abrieran el vientre del pez, ¿y qué creéis que pasó?». (Aunque hacía más de quince años, casi veinte, que Sigerius había dado esa clase, siempre que evocaba aquel «¿y qué creéis que pasó?» seguía acudiendo a su memoria el olor a tiza y la mirada solemne del chaval recorriendo toda la clase). En su recuerdo, las cortinas naranja, que él

siempre corría después de comer, se henchían sobre las ventanas, que estaban abiertas de par en par. En aquella aula, en la novena planta del Evans Hall, hacía tanto calor que los veranos parecían durar seis o siete meses.

¿Y bien? Pues que ni rastro del anillo.

Cuando poco después le contó ese chiste a Aaron Bever, éste asintió con la cabeza, luego se levantó, cogió un libro de la estantería y le mostró el pasaje en el que Nabokov había hecho la misma broma medio siglo antes.

El azar nos impresiona aún más si se manifiesta bajo la forma del verdugo; él y sus estudiantes estaban de acuerdo en eso. Una vez que se apagaron las risitas sofocadas, el mismo muchacho de tez pálida contó otra anécdota de un viaje muy distinto. El de su hermano, que había decidido hacer una travesía por Europa con su novia. El plan era partir del punto más septentrional de Escandinavia para llegar a Gibraltar tres meses después. Volaron a Kirkenes, una pequeña ciudad en los confines de Noruega, alquilaron un coche y pusieron rumbo a Suecia por una carretera larga y llana de doble sentido. Durante el trayecto, a través de paisajes blancos y silenciosos, sólo se cruzaron con un vehículo, un camión Scania con matrícula de Dinamarca que circulaba en sentido contrario arrastrando un remolque pesado y bamboleante. Justo en el momento en el que pasaban por su lado (en realidad fue unos segundos antes, a menos que el azar ya se hubiera puesto en marcha hacía unos minutos; aunque no, probablemente se tratara de la corrosión, que llevaría afectando desde hacía años a tuercas y tornillos), el camión perdió el remolque. Cuando éste se soltó, la barra de tiro congelada, perpendicular a las ruedas pivotantes, salió despedida como la lanza de un caballero en pleno torneo en dirección al pequeño coche de alquiler y se incrustó en el parabrisas de delante. Mientras el remolque volcaba estrepitosamente, el coche se estampaba en el arcén nevado como una lata de cerveza vacía. La chica terminó decapitada. El chico, que iba al volante, con una contusión en la muñeca.

El alumno había contado la historia con aplomo, sentado en el banco, más derecho que una vela. Siem lo observaba desde la pizarra. Llevaba una camisa de cuello ancho y puntiagudo, y mientras hablaba no dejaba de alisar la misma página de un cuaderno cuadriculado lleno de cálculos matemáticos. «Qué casualidad, ¿no?», concluyó. Las semanas siguientes no apareció por clase. En la pausa para el café se rumoreaba que, en realidad, el hermano en cuestión era él.

¿Qué había querido enseñarles Sigerius? ¿Y ahora de qué trataba de convencerse? ¿De que hay muchas probabilidades de que ocurra lo improbable y las casualidades supuestamente inverosímiles suceden cada dos por tres? ¿De que un matemático debe ser capaz de otorgar a este azar absurdo un valor numérico, es decir, reducirlo a un cálculo de probabilidades en lugar de conferirle un significado mágico? Sigerius clava la mirada en la lluvia que resbala por los cristales del restaurante donde se ha reunido el grupo de trabajo. El local, decorado con colores chillones, parece un autobús en un túnel de lavado. Las langostas y los centollos, en el muro de acuarios superpuestos de la entrada, de un gusto pésimo, confían en la llegada de un diluvio que invierta las relaciones de poder. Sus tenazas están cubiertas de pecas, y a veces mueven una, como si tuvieran una comezón.

Intenta concentrarse en la conversación con Hiro Obayashi, sentado a su izquierda a la mesa de formica donde se han reunido los once eruditos. Llevan años cenando en la misma mesa del mismo restaurante en la avenida Huaihai Zhong Lu, cada sábado por la noche después de la reunión vespertina en la universidad Jiao Tong. Sigerius suele disfrutar de estas reuniones, igual que de estos viajes a Shanghái con todos los gastos pagados, un regalito adicional, porque eso es lo que son, y es justo reconocerlo. Su afiliación a la Asian Internet Society es anterior a su nombramiento como rector, y una de las condiciones que puso a la hora de aceptar el cargo fue la de conservar este «valioso vínculo con Asia», pues era de vital importancia para el prestigio de la Universidad de Tubantia, argumento que adujo entre otros muchos. Ellos lo comprendían, por supuesto que lo comprendían, cómo no iban a hacerlo. Todo lo que él quisiera. Aunque, en realidad, no era más que palabrería, pero ya en aquel entonces él sabía que estas escapadas a Shanghái le sentarían bien. Para largarse unos días del campus, alejarse de todas las miradas.

—A decir verdad —contesta Sigerius—, los rompecabezas me han parecido un poco... cómo lo diría... un poco aburridos.

Los ojos de Obayashi, catedrático de Tecnología Informática en la Universidad de Tokio, se abren como platos y la piel de su cuero cabelludo se tensa como una máscara de color mayonesa sobre su enorme cráneo.

—Pero tal vez no sea yo la persona más adecuada para opinar —añade Sigerius.

Luego se limpia la boca con la servilleta y mira a su alrededor intentando escapar de su compañero de mesa.

Como cualquier local de postín en China, éste también es feísimo. La iluminación es despiadada, sobre todo ahora que parece que alguien haya

cubierto Shanghái con un edredón gigantesco, y la decoración carece de criterio: ninguna mesa tiene la misma forma o altura, e incluso los fluorescentes, que parpadean y zumban, emitiendo una luz de rayos X sobre las fuentes humeantes de comida, que por lo demás está deliciosa, proceden de fábricas estatales de diferentes épocas. En la mesa de al lado hay un grupo de chinos escandalosos que se están poniendo hasta las cejas de comida, hombres de negocios sin duda: van en mangas de camisa, tienen las axilas sudadas, y llevan el nudo de la corbata deshecho, mastican haciendo mucho ruido, eructan, tiran los huesos al suelo y lanzan gritos guturales.

Obayashi asiente con la cabeza. Deja los palillos en la mesa y, sin decir palabra, clava la mirada en el cuenco de plástico con arroz.

—Lo que quiero decir —matiza Sigerius— es que es muy posible que a otros holandeses, y por tanto a otros europeos, sí les gusten los rompecabezas.

Su vecino levanta la cabeza afeitada y mira hacia el otro lado de la mesa, donde John Tyronne conversa con Ping.

—Pero ¿conoces a algún editor? —le pregunta Obayashi con voz monótona—. Preséntame a uno, Siem. Tengo mucha fe en este juego, creo que va a ser un éxito.

En la última reunión de la Asian Internet Society, que tuvo lugar en 1999, Obayashi lo había llevado aparte después de la presentación para hablarle de lo que denominó un «asunto privado». Su yerno era el director comercial de Nippon Fun, una empresa japonesa que publica unas revistas de pasatiempos que tienen mucho éxito en Japón. Uno de ellos, Number Place, un rompecabezas numérico, llevaba un par de años haciendo furor en Nueva Zelanda. Allí alguien había desarrollado un programa informático para crearlos sin esfuerzo y poder publicarlos a diario en un periódico, por ejemplo. Obayashi no llevaba ningún número encima, pero enviaría a Sigerius unos cuantos libritos de Number Place para que le diera su opinión. Estaba convencido de ello, incluso más que su yerno; ya era hora de que el mundo viera ese pasatiempo. Poco tiempo después, en el felpudo de Enschede le dejaron un sobre procedente de Tokio: dos libritos japoneses, cada uno con sesenta rompecabezas, y una carta en la que el hombre le explicaba en un inglés básico que el de las cinco guindillas se titulaba Kamikaze y que ya entendería por qué.

Sin embargo, hasta que estuvo en el avión rumbo a Shanghái, cansado de tanta teoría y de darle vueltas al asunto, no sacó los libritos del equipaje de mano para echarles un vistazo. Como tantos otros pasatiempos numéricos, éste se basaba en los cuadrados latinos de Euler. Se trataba de una matriz de

nueve por nueve casillas, algunas de las cuales contenían números naturales del uno al nueve. Había que conseguir rellenar las casillas restantes de tal manera que en cada fila y cada columna apareciera una sola vez cada uno de los números del uno al nueve. Además, el rompecabezas estaba subdividido a su vez en nueve cuadrículas, de tres por tres, que también debían contener cada una los números del uno al nueve sin repetirse.

«Tal vez no sea muy cortés por mi parte decirle la verdad a Obayashi», piensa ahora.

—Todavía me queda un libro por resolver —le comenta de repente en tono amable—. Se lo daré a mi esposa.

Pero lo cierto es que los había resuelto todos en el avión en menos de un cuarto de hora, porque después de hacer los cinco o seis primeros se había ventilado el resto en un pispás. Empezó a divagar. ¿Cómo funcionaban esas cuadrículas? ¿Number Place se iba haciendo más difícil conforme disminuía el número de cifras iniciales? Casi siempre sí, razonó, pero no necesariamente. La elección de las cifras dadas era determinante, aunque sospechaba que por lo menos se necesitaban dieciocho. ¿O diecisiete? Hizo una reducción al absurdo partiendo de un rompecabezas con dieciséis posiciones dadas. Y después de varios intentos, llegó a la conclusión de que se necesitaban, como mínimo, ocho números diferentes. Después intentó calcular cuántos rompecabezas distintos se podían llegar a completar correctamente, un problema interesante que lo mantuvo absorto un buen rato (y que le había dado como resultado una cifra situada entre un seis y un siete, seguido de veintiún ceros; pero ¿hasta qué punto eran diferentes todos esos miles de trillones de pasatiempos, teniendo en cuenta que en esas tramas las simetrías y los reflejos se daban de forma natural?). De hecho, se llevó un susto de muerte cuando una voz femenina amortiguada le habló al oído. Entonces se dio cuenta de que en la cabina de primera ya habían apagado las luces y, a su alrededor, los hombres de negocios dormían con el antifaz puesto.

Ese par de horas de avión que había dedicado a buscar las leyes matemáticas que subyacen en los pasatiempos le habían sentado de maravilla. Como si hubiera estado volando en un pequeño *jet* privado, muy por encima del Boeing 747 de Singapore Airlines, en los límites de la atmósfera. Las matemáticas seguían siendo una medicina eficaz. Sin embargo, antes de que la azafata regresara con el *whisky*, volvió a caer presa de un desasosiego sombrío.

—Si me ayudas a encontrar un editor —dice Obayashi—, podríamos negociar un porcentaje. Para el mercado holandés, por supuesto. Pero sólo con ese mercado ya te harías rico, Siem, créeme.

Después de que Tineke lo dejara en la estación de Enschede, una vez descargada la tensión que había ido acumulando por la celebración del cuadragésimo aniversario de la universidad, que había durado una semana, Sigerius se puso a cavilar sobre lo que había visto. Camino del aeropuerto de Schiphol, había empezado a hacerse preguntas, preguntas ridículas (¿tenían la misma estatura?, ¿tenían la misma edad?, ¿eran igual de delgadas?), luego entró en razón («no puede ser, sería demasiada casualidad, esto es a lo que se refieren los psiquiatras cuando hablan de “paranoia”»). Estaba relativamente tranquilo cuando facturó su equipaje, tampoco pensaba en ello cuando cogió algunos superventas de la librería AKO en la zona libre de impuestos y luego los dejó en su sitio en el acto, pero en el momento del embarque se sorprendió con preguntas todavía más absurdas (¿ella sería capaz de hacer algo así?, ¿lo llevaba en la sangre?, ¿en los genes?); ése era el flujo y el reflujo, de pánico, sosiego, pánico, sosiego, que venía arrastrando desde hacía tres días.

El cuarenta aniversario de Tubantia había transcurrido como solían transcurrir para él esa clase de celebraciones públicas, sin apenas un respiro: los días se habían sucedido tan irreales como si fueran sueños; y como en un sueño, no había tenido la oportunidad de mirar ni hacia delante ni hacia atrás. Había tenido que ocuparse de agasajar a cuatro doctores *honoris causa* y sus esposas; de reescribir, aprenderse y ensayar en voz alta su discurso sobre nanotecnología, un tema bastante soporífero; de desayunos, comidas y cenas con los invitados, y de hablar, hablar sin cesar, total para no decir más que gilipolleces. Por poco muere de tanto parlotear.

El jueves por la tarde, durante la recepción de clausura, las cosas empezaron a torcerse. Después de colgar las insignias de Tubantia a sus cuatro galardonados en la iglesia de San Jacobo, el circo al completo se desplazó al teatro de Enschede. Sigerius y Tineke se habían subido al escenario engalanado con terciopelo negro, junto con los doctores *honoris causa* y sus esposas, para recibir las felicitaciones de los cientos de invitados. Unos iban cogiendo copas de vino y canapés, que se servían en bandejas de plata, y otros se apostaban sin más en la cola, que alcanzaba ya una longitud desalentadora. El rector estuvo allí de pie durante más de tres horas,

estrechando manos y soltando comentarios ingeniosos, mientras la fila larga y paciente se le iba reflejando en los zapatos de charol.

Cuando apenas había pasado una hora vio a Wijn. Menno Wijn, su ex cuñado y ex compañero de entrenamientos, cuya cabeza y hombros destacaban por encima de los cientos de estudiantes y de casi todos los catedráticos embutidos en sus togas. Daba la sensación de encontrarse un poco desubicado, fuera de lugar, mirando a su alrededor con un botellín de agua mineral en la mano, como si estuviera a punto de irse. Sin embargo, cinco minutos después, lo vio en la fila como un golem de barro. «Mira a tu izquierda, con discreción», le susurró a Tineke, que soltó su mano regordeta del brazo de una amiga que era esposa de un catedrático. «A tu izquierda», le había repetido. Tineke, con expresión divertida, deslizó la mirada sobre los que formaban la cola y se quedó de piedra. «¡Joder!». Se encogió de hombros y se atusó el pelo, recién cortado y con olor a cigarrillos y agujas de pino.

Wijn tenía la mirada perdida, como si estuviera en la sala de espera de un dentista. Antes de su aparición, el salón ofrecía un aspecto abigarrado, con tantas personas distintas, de tantas nacionalidades..., pero desde que su ex cuñado había hecho acto de presencia, Sigerius tenía la sensación de que todos los personajes del mundo académico se parecían entre sí. En otra época, cuando apenas contaban veinte años, Wijn tenía un rostro tosco, ligeramente sonrosado, y la risa fácil, sobre todo para burlarse de las estupideces ajenas, siempre y cuando a él no lo afectaran demasiado y no tuviera que sufrir las consecuencias. Esos que iban cometiendo estupideces eran su hermana Margriet y Wilbert, pero, sobre todo él, Siem Sigerius, el traidor que había contribuido a que Margriet saltara al abismo. O eso pensaba Wijn. ¿Qué estaba haciendo allí? Él no lo había invitado, así que debía de haberlo leído en algún sitio. ¿Había ido desde Culemborg expresamente para la recepción?

Mientras besaba las mejillas empolvadas de las señoras y atendía a los halagos, Sigerius notaba que el hermano de su difunta ex esposa iba ganando terreno. El resentimiento y la irritación se expandían por el teatro como gas mostaza. ¡Habían pasado ya veinticinco años, maldita sea! Los primeros meses tras la separación de Margriet, su antiguo colega lo había ignorado por completo, pero tan pronto como su hermana y Wilbert se instalaron en el ático del gimnasio que Wijn había abierto en Culemborg, el ambiente se volvió irrespirable. Hostil. Durante años, Margriet permitió que su hermano, con dos dedos de frente pero colérico, le sacara las castañas del fuego; la hermanita necesitaba dinero, la hermanita quería comprar alcohol. Y Wijn, de repente propietario, abogado y padre adoptivo a un tiempo, pensó que no le venía de

establecer contacto de nuevo para amenazarlo. Sigerius estaba con Tineke y las niñas en Estados Unidos cuando, cerca de la fecha del cumpleaños de Wilbert, apareció un sobre en el buzón de su casa. Contenía una tarjeta que decía «Felicidades por el aniversario de tu hijo» y una hoja escrita a máquina con notas de gastos: facturas de cristaleros, multas, visitas médicas, sesiones con una psiquiatra juvenil, de todo, y al final, el número de cuenta del gimnasio Menno-Wijn. Así quedaba inaugurada la serie de conversaciones telefónicas anuales, por supuesto a cobro revertido, con las que Wijn, en su lenguaje barriobajero y plagado de reproches, lo ponía al corriente de las últimas correrías que había cometido el «canalla de tu hijo», del colegio y los motivos por los que lo habían expulsado, de que ese «hijoputa» molía y vendía pastillas para la tos como si fueran hachís, de cómo Menno se veía obligado a echar del gimnasio a los «payasos» que iban a saldar sus deudas, de las trifulcas en las fiestas, los robos a tiendas... «¿Cuándo vas a volver, papá?». El bueno de Menno no acababa de asumir que se hubiera ido a Estados Unidos. Sin embargo, cuando era Sigerius quien llamaba, se volvían las tornas, y entonces Wijn lo excluía de todo; con sutileza, hacía que se sintiera como un desertor, que ya no pintaba nada allí, y le restregaba por la cara cuánto se parecía Wilbert a su fiel y responsable tío. «En el fondo es un buen chico; ahora tenemos veinticuatro canarios. Dice que son bonitos. Y ratitas también, y cobayas... El ático parece un zoo».

Sigerius no había permitido que eso lo afectara. Aunque, evidentemente, se preocupaba. «Ahora estás aquí —le decía Tineke—. Estamos en California». Hasta que falleció Margriet, el hermano no había parado de llamar. A partir de entonces, sólo habían vuelto a hablar por teléfono una vez: Menno suspiraba y se quejaba en su papel de tutor, y él, en tanto que padre desilusionado, trataba de librarse del pago de la pensión alimenticia. Conversaciones pragmáticas, el veneno de siempre, a través de la línea telefónica.

Ahí estaba. La luz que entraba por los ventanales del teatro recortaba la silueta de su ex cuñado mientras subía los anchos peldaños del escenario hasta detenerse delante de él. Algunos podrían haber pensado que se trataba de un repartidor y no se hubieran extrañado de haberle visto un albarán en las manos; otros podrían haberse preguntado de quién era chófer y por qué iba a molestar a su jefe. Iba más derecho que una escoba, con los brazos arqueados a ambos lados del cuerpo fibroso y el peso recayendo sobre los dedos del pie, igual que en otra época se plantaba en el tatami: «Aquí estoy, inténtalo si te atreves». No se estrecharon la mano.

—Menno —dijo Sigerius.

Wijn levantó la barbilla.

—Veo que te va bien —dijo con el mismo acento con el que se hablaba desde hacía cuarenta años en los barrios populares del centro de Utrecht—. Pasaba por aquí. Vengo a decirte que han soltado a tu hijo.

Sigerius carraspeó.

—¿Cómo?

—Reducción de condena. Por buena conducta. Está libre.

A veces las palabras lo afectaban físicamente, como si le echaran un jarro de agua fría desde una altura de varios metros.

—Vaya... —dijo a media voz—. Menuda noticia. Es terrible.

Wijn se rascó una costra del tamaño de una moneda a la altura de la mejilla, probablemente se debiera a la rozadura con el tatami, un gesto vacilante que por un momento le recordó a su hermana muerta. No tenía uña en el dedo corazón. Era un dedo ciego.

—Pensé en venir a contártelo. Y a decirte también que no voy a hacerme cargo de él.

—Lo condenaron hasta dos mil dos —intervino Tineke, mirando a Wijn con unos ojos como balas de cañón.

Pero él la ignoró como llevaba ignorándola desde hacía veinticinco años.

—¿Y dónde va a vivir? —preguntó Sigerius.

—Ni idea. Y tampoco me importa.

Luego, el rector de universidad y el director de gimnasio se quedaron mirándose en silencio. Dos cincuentones que durante años se habían duchado juntos tres veces por semana después de mezclar su sudor en todos los *dojos* de la zona comprendida entre Ámsterdam, Utrecht y La Haya. No había servido de nada. De repente, sin motivo alguno, Wijn acercó una mano a la cara de Sigerius y, con su dedo de topo, lo empujó a la altura de la frente con fuerza.

—Perro —le soltó.

Antes de que a Sigerius le diera tiempo a decirse que no debía reaccionar, que no estaba en situación de agarrar a ese hombre por las solapas, de sacudirlo y, mientras gruñía, estrangularlo allí mismo, Wijn se había marchado. Sin mirar a nadie, pasó por delante de la hilera de laureados sorbiéndose ruidosamente la nariz, vestido con ese traje barato que le sobraba por todas partes, y bajó del escenario haciendo resonar sus pasos.

Más adelante, Sigerius pensó: «Tal vez sea culpa de Wijn. De ese muñón suyo, de ese asqueroso dedo mugriento». Quizá por eso había empezado a ver

las cosas de manera distinta. Aquel taco de billar carnoso le había perturbado la percepción.

El hecho es que apenas un minuto después vio a Joni y Aaron en la cola; su hija, casi de espaldas, escuchaba con interés y admiración a su novio calvo. ¿Qué le llamó la atención? De entrada, nada en especial. Que estaba preciosa, así de perfil. Que sabía perfectamente cómo debía vestirse cuando su padre tenía que pavonearse. Llevaba un jersey de lana de cuello de cisne, ajustado pero elegante, y un toque de oro blanco y reluciente en las orejas y la muñeca. Siempre vestía con mucha clase; llevaba ropa más cara y tenía más estilo que las demás estudiantes. Nunca parecía una provinciana vestida de domingo, y por mucho que se llenara de perlas jamás tendría el aire de una pequeñoburguesa, en todo caso se vería más chic, con más clase. Llevaba el pelo recogido bajo un gorrito, uno de esos rusos tipo Nikita, y sólo se revelaba que era rubia por la nuca.

Un instante después, Sigerius se inclinaba hacia delante para escuchar lo que le decía la esposa de un antiguo rector, una mujer con el pelo plateado y la voz dulce. Con los ojos como platos y la cabeza cerca de la oreja de la mujer, Siem se ladeó y miró a Joni casi sin querer. Le guiñó un ojo y le sonrió, pero ella no lo vio. Su maravillosa mirada se concentraba en otra cosa, probablemente en su madre, que estaba a su lado.

Fue entonces cuando lo vio. El gorrito siberiano marrón que encuadraba el rostro de Joni activó algo en su memoria. Por lo visto, su boca emitió un sonido, un suspiro o un quejido, u otra cosa, porque la mujer, sobre cuya oreja él estaba inclinado, dio un paso atrás. Él se enderezó y, con expresión atónita, hizo un gesto con la cabeza a la señora, luego abrió la boca del todo, y así se quedó unos segundos. El parecido que creía ver le penetró, candente, en la conciencia, como un fluido que intentara dejarlo fuera de juego. Plomo fundido. Se mareó. Es increíble la capacidad que tiene la mente para reconocer caras, sin dificultad, sin vacilar. Era algo que siempre lo había fascinado, pero en ese momento lo estaba matando. No se trataba de un simple reconocimiento, a todas luces era algo más. Una... identificación. La mirada atenta de Joni, a cinco o seis metros de él, el gorro de pelo oscuro, cuyo borde le enmarcaba la frente y a sus ojos la hacía morena por primera vez. El maquillaje más intenso de lo habitual, el carmín irregular de los labios. Todos sus rasgos, la piel inmaculada de su rostro vigoroso y rebosante de seguridad, todo lo que en conjunto formaba la identidad de su hija, se deslizaba como una sobreimpresión hacia aquel otro rostro, que, en cierto

sentido, él también se sabía de memoria... Algo hizo clic en su cerebro. «Es ella».

—Siem, cariño, ¿estás bien?

Tineke lo había cogido por la muñeca con su mano fría y trataba de captar su atención. Él intentaba mirarla, pero no podía enfocar bien, sólo veía la granulosa sombra de ojos violeta de su mujer. Oyó que le decía que estaba pálido, que había dormido poco las últimas semanas. Ella le apretó el hombro, dio un paso adelante y le dijo algo a la mujer que tenían enfrente, mientras él se quedaba mirando fijamente la espalda ancha de Tineke, que llevaba el vestido púrpura que había hecho confeccionar especialmente para la ocasión.

—Mañana estarás volando tan tranquilo a Shanghái —le susurró cuando volvió a su lado—, ya casi hemos terminado. Lo estás haciendo muy bien. La noticia de Wilbert te ha afectado. Te lo noto en la cara.

Su ángel de la guarda, el rasgueo amoroso del segundo violín. Tineke desempeñaba ese rol desde hacía mucho tiempo, desde que él estuvo postrado en la cama de la avenida Antonius Matthaesuslaan como un náufrago y ella iba por las mañanas a tomar café y hacerle compañía. Ya entonces lo ayudaba a sobrellevar los momentos de depresión con un poco de charla, consolaba al inconsolable con su empatía y su temperamento alegre. Ahora seguía ofreciéndole esa comprensión inagotable, aunque esta vez, gracias a Dios, ella no tuviera la menor idea del asunto que lo inquietaba.

—Sí —murmuró él—. Me preocupa. Odio a ese hombre. Y odio a mi hijo.

—Te conozco muy bien —repuso ella—. Olvida a ese chico. Olvídote de los dos. Menno alberga toneladas de rencor. Ha venido hasta aquí para sacarte de tus casillas. Y si han soltado a Wilbert es porque ya está preparado para ocupar su lugar en la sociedad.

Por supuesto, la fiesta conmemorativa de la universidad estaba por encima de sus preocupaciones personales. Un mascarón de proa está sujeto a la proa, y la proa al barco. Ese jueves todo transcurrió con normalidad, empezando por la cena de gala en la antigua oficina de correos Schutterveld, donde volvió a encontrarse presidiendo la mesa. «Mantén la calma», le susurraba una voz interior mientras todos brindaban por la universidad, luego mientras engullían el besugo y mientras pronunciaba el discurso durante la sobremesa. «Es imposible —pensaba—. Estadísticamente imposible, moralmente imposible, prácticamente imposible». Bebía vino blanco para silenciar el coro de voces de su cabeza. A la una y media de la madrugada, Tineke y él llegaban

agotados a la granja. Y cuando se dejó caer extenuado en la cama, dando la espalda a su mujer, se quedó profundamente dormido. Durante toda la velada no se había preocupado ni un segundo por la puesta en libertad de su hijo. Había estado pensando única y exclusivamente en Joni.

No tuvo tiempo de comprobar sus suposiciones. A la mañana siguiente, Tineke lo llevó temprano a la estación de trenes de Enschede. Los primeros ordenadores que vio estaban en un cibercafé del aeropuerto de Schiphol, todos confiscados por mochileros, y sin pensarlo se puso a la cola. Pero se salió antes de que le tocara el turno. No se atrevió. Once horas más tarde, constataba que en el recientemente inaugurado aeropuerto internacional de Pudong, en Shanghái, no había cibercafé.

Después de que el taxi lo llevara bajo una lluvia torrencial hasta el corazón de la metrópoli, atravesando empobrecidos barrios periféricos de hormigón, y lo dejara por así decirlo casi dentro del mismo vestíbulo del Okura Garden, antes incluso de deshacer las maletas, quitó el cable de teléfono de la habitación e intentó conectarse con el portátil. Al no conseguirlo, se afeitó, se puso una camisa limpia pero arrugada y bajó en ascensor al vestíbulo. Cruzó el mausoleo de mármol vetado en oro, dejó la llave en recepción y preguntó dónde podía conectarse a internet un cuarto de hora. Una chica de uniforme lo condujo a un zulo tenuemente iluminado por unas lámparas de colores. Había tres ordenadores Pentium comunistas separados por unos vidrios opalinos enmarcados en nogal. Se sentó en el ordenador que estaba más alejado. La chica le indicó con un gesto que debía esperar, se inclinó por encima de él (emanando un sudor algo dulzón) y encendió un minuterio digital. Junto al teclado, tan diferente del *qwerty* que exasperaba, había un bolígrafo atado con un cordel y una caja pequeña de plástico con papel para tomar notas. Tras varios intentos, encontró un buscador que funcionaba, pero acto seguido se topó con lo que hoy en día se conoce en todo el mundo como «Gran Muralla Virtual China». Maldijo en voz alta. El boli seguía allí, pero la caja de plástico había caído al suelo cuando había empujado con enfado el borde de la mesa. Ni siquiera conseguía que la página se abriera, y aunque no se le escapaba la ironía del asunto (lo habían hecho ir a esa retrasada dictadura para enseñar a sus represores colegas amarillos cómo reforzar su cortafuegos criminal; querían saberlo todo — internet de banda ancha, el futuro de la animación— para después poder censurarlo, así de sencillo), mientras recogía en cuclillas los papeles que se habían diseminado por el suelo de mármol, explotó contra tanto retraso.

—Yo no necesito dinero, querido Hiro —le dice—, ya tengo.

Tal vez porque no ha avanzado un paso, y ya han pasado dos días desde la recepción, descarga su frustración sobre Obayashi. Y, amablemente, con una sonrisa forzada, añade:

—Para ser honesto, no creo que vuestros pasatiempos vayan a tener éxito en los Países Bajos. ¿Recuerdas el Go? Nosotros ya lo hemos olvidado. Era un juego de mesa apasionante, pero en mi país ya sólo puede conseguirse en los mercadillos.

No tiene ni idea de si eso es verdad, pero si no se lo deja bien claro ahora, se ve el próximo verano haciendo de viajante con sus juegos bajo el brazo.

Durante un par de segundos, el hombre parece dudar de su capacidad para comprender la lengua inglesa, y contesta:

—Nippon Fun tiene una versión de Go para ordenador. Puedo enviártela también. Son dos cedés.

Una camarera está rodeando la mesa de al lado con una tetera en la que se aprecia el pico de un pájaro tropical, un pico curvo y estrecho de al menos un metro que le permite llenar los cuencos a distancia. John Tyronne, el joven profesor de Stanford, le hace señas con una mano. Tyronne, un chico con talento pero algo ingenuo, había sido reclutado por el grupo de trabajo un poco a bombo y platillo, sobre todo por haber sido de los primeros en hablar del problema de los ordenadores con el cambio de milenio en artículos técnicamente bien fundamentados. Sin embargo, ya estaba un poco pasado de vueltas y se había hecho un flaco favor con los artículos que había publicado hacía un año sobre el parón informático del Y2K. Aparecieron en la prensa estadounidense y eran cada vez más apocalípticos; en pocas palabras vaticinaba que la Tierra dejaría de girar. Como Tyronne decía que a partir del 31 de diciembre de 1999 no iba a poner un pie en un avión, habían tenido que retrasar el primer encuentro del año 2000. «¡Ah! ¡Aquí tenemos a nuestra Casandra! ¿Sigue usted alimentándose de comida enlatada?», le había dicho sonriendo Gao Jian, presidente del grupo de trabajo, cuando volvieron a encontrarse en un mundo sin cambios. Esa tarde, durante su ponencia sobre tecnología háptica, Sigerius había ironizado acerca de que pronto ya no haría falta que Tyronne cogiera ningún avión. «John, dentro de poco conectaremos una mano de goma a tu portátil, y cuando la estreches en casa, tu ordenador enviará aquí, a Shanghái, a otra mano de caucho, una muestra de tu perfil con el sello especial de Johnny Tyronne. Será como darse un apretón de manos en el ciberespacio. El problema es que nos encontraremos con un desfase horario de una fracción de segundo». Tras dirigirse a Tyronne, que estaba sentado en

primera fila, le había tendido una mano tan flácida como un pez muerto. «Desagradable al tacto, ¿eh?». Un segundo después, le estrechaba la mano, aunque demasiado fuerte.

—¿No sería mejor utilizar un nombre japonés? —continúa para complacer a Obayashi—. ¿Otro que no sea «Number Place»?

El murmullo que obtiene por respuesta se le escapa por completo. Por un momento no oye nada, y es el absurdo comentario que su colega le acaba de hacer, sobre los cedés de Go, lo que, con retraso, prende como la llama de un fósforo en su cerebro. Sigerius está ahí, a punto de comerse un pato laqueado, mientras su portátil descansa encima de la cama del hotel. «Tal vez el cedé esté en la bolsa del ordenador. Tal vez te hayas traído las fotos». Tiene que reprimir el impulso de levantarse de un brinco de la mesa, atravesar el tabique de agua de mar y langostas, y salir corriendo, en línea recta, hasta el hotel Okura. En lugar de eso, sonrío a Obayashi, se limpia los dedos grasientos con la servilleta de papel y cierra los ojos. «Piensa. ¿Metiste el disco con las fotos que te descargaste en la bolsa del portátil?». Ni idea. Se imagina en su despacho, con ese olor tan familiar a polvo y papel, en la paz de su celda monacal. Ve la mesa frente a él. También podría estar en el cajón de acero con cerradura.

Consulta el reloj y coge el móvil del bolsillo interior de la chaqueta. Sin mirar a Obayashi, desbloquea el teclado y, pensativo, clava la mirada perdida un par de segundos en la pequeña pantalla iluminada.

—*Excuse me* —susurra, poniendo una mano grasienta en la muñeca del japonés.

Sin saber aún qué excusa les va a dar, se levanta y se abotona la americana. Por la cabeza le pasa, como un relámpago, la idea de decirles que ha recibido una llamada de la policía, ahí, en China, para comunicarle que Wilbert ha sido decapitado. El enganche de un remolque que se ha soltado. Ha muerto en el acto. Todavía con ese pensamiento en mente, carraspea y dice:

—Caballeros, lamento interrumpirlos, pero por desgracia debo abandonarlos. Tengo que irme. Acabo de recibir un mensaje que... Algo ha ocurrido en Enschede...

—¡¿Énsjede?! —exclama Tyronne, a quien esa tarde tal vez haya estado tomando demasiado el pelo—. *Éns-je-de*... Sigerius, ¿esa universidad tuya está en Nueva Zembla?

Gao Jian apaga el cigarrillo, luego enciende otro, deja escapar el humo por la comisura de los labios y lo escruta con la mirada.

—Colega —le dice serio—, ¿qué ha pasado? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Me temo que no —se oye decir.

Y pensando en la tromba de agua que tendrá que atravesar dentro de un momento, añade:

—Acabo de enterarme de que el campus de Enschede se ha inundado. Hay un temporal en los Países Bajos, con lluvias torrenciales. Como hoy aquí, pero peor.

—Vas a perderte el programa de la noche.

—Mañana será otro día. En Enschede están esperando que haga una declaración pública sobre los... daños.

Una cortina de gotas tibias tamiza el crepúsculo en Shanghái. Con un gorgoteo continuo, el agua busca desagües y alcantarillas, arremolinándose contra las aceras de la Huaihai Zhong Lu, por las que cientos de chinos se apresuran a paso decidido, protegiéndose el pelo lacio con paraguas o carteras. Los taxis ocupados levantan abanicos de agua relucientes; los clientes de las tiendas, con racimos de bolsas y paquetes en los brazos, se guarecen dentro de los portales y bajo las marquesinas, con la mirada perdida en la lejanía o conversando en lenguaje codificado. La avenida, por lo general pletórica, vibrante y llena de vida, plagada de comercios, galerías, hoteles y restaurantes, está tan oscura que parece cubierta por una lona pesada.

Sigerius se salta un semáforo en rojo para peatones en un cruce inundado, esquivando *rickshaws* y taxis que aceleran bruscamente. Lleva la chaqueta del traje empapada y los zapatos empantanados de agua tibia. Camina dando grandes zancadas mientras lo invade un nerviosismo extraño que lo propulsa hacia el hotel. Por una parte, confía en que su sospecha le revele más de sí mismo que de Joni, que lo que ha visto sólo haya sido una proyección de sus miedos. Por la otra, ha vivido demasiadas contrariedades como para no albergar dudas. Por muy distintas que fueran sus hijas, nunca se había cuestionado que fueran buenas chicas; un padre con un hijo en la cárcel de Scheveningen nunca llega a preguntarse algo así. Por las hijas de Tineke, a las que quiere como si fueran sus propias hijas, pone la mano en el fuego: la izquierda por Janis y la derecha por Joni. La mayor, que lo tiene todo, a quien la vida sólo puede sonreírle, que es inteligente, ingeniosa, ambiciosa, adorable, en fin, sobre todo adorable, que lo quiere con locura, y lo lleva escrito con letras doradas en la frente, por no mencionar su jodido encanto, su belleza extraordinaria. No, el padre de un criminal no se preocupa de una hija

como Joni. Si en su casa estuvieran preocupados por la progenie de Tineke, sería por Janis. La menor no destaca como su hermana: Janis se ha propuesto no caer bien a nadie; profesa un odio programático, a menudo insoportable, contra todo lo que supuestamente es injusto; mantiene una guerrilla individual contra todo lo que es falso, postizo, hipócrita. Por eso no se pone a régimen, por eso lleva ropa de chico, por eso odia con tanta convicción el dinero, a quienes comen carne, las películas de Hollywood, los caballos ensillados, la universidad, las vacaciones. Rompe en mil pedazos las tarjetas de Navidad que le envían sus tías y tíos. Y el desodorante... Su madre tuvo que obligarla a usarlo. En la adolescencia, Janis consideraba deshonesto ocultar su propio olor, una falsedad, algo hipócrita, en fin, creía que el desodorante era algo burgués. «Por lo menos es sincera», se decían Sigerius y Tineke.

Una nube se desgarró, el aguacero se transforma en granizo, y el ruido es tan intenso que el tráfico parece avanzar en silencio. No le queda más remedio que refugiarse bajo una marquesina que gotea. Se apretuja con otros peatones, y el olor a sudor lo transporta a los tatamis del pasado. Uno de los hombres señala las piedras que rebotan; puede que nunca haya visto granizo, en cualquier caso, nunca el 13 de mayo.

Durante casi dos años, Sigerius había enseñado a correr a las chicas del club de Joni. Cuando regresaron de Estados Unidos, ella se apuntó a un club en Enschede, el Sportlust, y un buen día le preguntó si quería hacerse cargo de los entrenamientos para enseñarles a correr. «Me parece bien», le había dicho, y se lo parecía de verdad: salir a correr una vez a la semana por los bosques de Drienerlo con trece niñas de trece años. Poco antes de las vacaciones de verano, la presidenta del club y el entrenador se reunieron en el despacho de éste para ultimar los detalles de los entrenos, y muy pronto, un miércoles por la tarde, la granja se había llenado de chicas delgadas en chándal y con corrector dental, afluencia de la que Joni se arrepintió muy pronto porque esas chicas no acudían con regularidad, cada dos por tres ponían excusas para no aparecer: tenían deberes, estaban enfermas, débiles o se mareaban. Siem había trazado un recorrido de unos cuatro kilómetros que no fuera demasiado aburrido. Tomaban el camino de Langekampweg hacia el sur, cruzaban parte del campus, incluida la duna del club automovilístico («¡Oh, no, por la arena no!»), para después seguir un trecho más por el bosque, hasta que volvían a salir junto a la granja, donde Tineke les servía limonada con jarabe de saúco.

Joni todavía era lo bastante joven como para estar orgullosa de su padre deportista, y también él hubiera recordado con placer esos entrenos si no

hubiera sido por aquel incidente. Como cada año, Sportlust participaba en la colecta que se organizaba para luchar contra el cáncer, y Joni y Miriam, una chica menuda pero muy avispada que para correr siempre se sujetaba los rizos rubios con una diadema, dedicaron dos tardes a recorrer con sendas huchas las casas y los apartamentos de la zona de Boddenkamp. «Un barrio del que se esperaban donaciones muy generosas, vistos los resultados de la colecta en años anteriores», le había dicho la presidenta la tarde que él la telefoneó, después de que Joni, al llegar a casa tras el entrenamiento, le hubiera contado, primero farfullando, luego llorando, que la habían acusado de robar dinero de la hucha.

Cuando se había realizado el recuento de la colecta, aseguraba la mujer, al tesorero de Sportlust le había llamado la atención que las huchas de Miriam y Joni no tuvieran ni un solo billete de cinco o de diez, y que su colecta no sólo hubiera sido más de cuatro veces inferior a la de años anteriores, sino que también fuera la más baja de todas las huchas, incluso menor que las de los «barrios desfavorecidos», como ella los llamaba. Miriam hacía gimnasia con el grupo de los martes por la tarde; la habían llamado aparte y en menos de diez segundos había confesado. Según su versión, ella y Joni habían logrado sacar los billetes de las huchas precintadas valiéndose de una escuadra y después se habían repartido el botín, algo más de ciento cincuenta florines.

Joni estaba furiosa. ¡No soportaba tanta mentira! Ella no tenía nada que ver con todo ese asunto. ¿Cómo podía ser alguien tan malvado? Odiaba a Miriam; siempre había sabido que era una mala persona y nunca tendría que haber confiado en ella. Cuando terminaron de hacer la colecta ya era de noche, le contó Joni con lágrimas en los ojos, era la hora de cenar, y Miriam se había ofrecido para entregar las dos huchas al tesorero, en el punto central de la colecta, que estaba cerca de donde ella vivía.

Él también estaba furioso. «Tengo a mi hija aquí, llorando en el salón — dijo a la presidenta—, la conozco mejor que nadie, y estas acusaciones son ridículas, un despropósito. Puedo asegurarle que Joni no se dedica a ir por ahí desvalijando huchas de colectas». Quedaron en que iría con Joni para que ésta contara su versión de los hechos, propuesta a la que ella accedió poniendo morritos pero que rechazó el mismo día en el que tenían que presentarse en el gimnasio. Tenía miedo de ponerse a llorar, o de perder los nervios por el enfado, así que fue él solo. La conversación fue agotadora; la mujer insistía en que era la palabra de Miriam contra la de Joni, y él seguía manteniendo que quería limpiar el nombre de su hija. Cuando llegó a casa, a las diez y media,

le contó que les había dado a elegir: o creían en su palabra o se acababan las clases de correr, y ya se vería si no la sacaba del club.

Todavía se acuerda perfectamente de dónde estaban: en el recibidor, él con el abrigo puesto y el pie derecho en el primer escalón de la escalera de caracol; Joni a medio tramo, con el cepillo de dientes, ya con dentífrico, en la mano. Nunca olvidaría el momento en el que ella se desmoronó. Después de habérselo contado todo, ella se quedó callada un instante. Luego se sentó en un peldaño y el cepillo de dientes, clic, clic, se le cayó al suelo. Se tapó la cara con el camisón y, tras lanzar un suspiro prolongado, dijo:

—¿Papá?

Él arqueó las cejas.

—Escucha, no te sobresaltes, papi. Bueno, yo... cómo te lo digo... En fin, que lo que dice Miriam es cierto.

De camino al Okura las hojas de los plátanos siguen goteando. Choca adrede con el codo de un hombre de negocios que está hablando por teléfono, sorteando puestos de verdura y bolsas de basura que los perros callejeros han destripado en la acera agrietada. De una calle lateral salen, como una exhalación, cinco chinos que extienden una sábana morada sobre las baldosas del pavimento, todavía mojadas. En un abrir y cerrar de ojos la cubren de bolsos de charol, gafas de sol Ray-Ban, tops de Gucci, camisetas Adidas, cedés, deucedés y juegos. Falsificaciones. Se detiene un momento porque siente unos pinchazos en la pierna que le dañó la Vespa, y se da un masaje en la pantorrilla. Uno de los vendedores, un muchacho de porte arrogante, le gruñe algo en mandarín.

—Vete a tomar por culo —le contesta él, sonriendo.

¿Qué es peor: vender falsificaciones o robar la hucha de una colecta? ¿Qué pasa con los matices del gris? ¿Tiene alguna lógica, algún sentido, romperse la cabeza pensando en Joni, en un problema hipotético (mientras que no esté seguro, el problema no existe), cuando acaba de enterarse de que han soltado a Wilbert? Cruza los cuatro carriles de la Huaihai Zhong Lu zigzagueando entre los coches, tuerce a la izquierda cuarenta metros más adelante y pasa frente a la derruida escalinata *art déco* del teatro Cathay, un cine donde un enjambre de chinos hace cola para ver *Misión imposible 2*. ¿Qué va a pasar ahora que lo han soltado? ¿Cómo habrán afectado seis años en chirona a alguien como Wilbert Sigerius?

«Eso ya lo sabía Hitler —le había contestado Rufus Koperslager en una época en la que hacía esa pregunta cada dos por tres, casi siempre de forma

velada, a quienes podían darle una respuesta de alguna manera sensata—. Hitler consideraba la cárcel una universidad para delincuentes. ¿No lo sabías? Una alcantarilla donde las viejas glorias enseñaban el oficio a los jovenzuelos». Le vino a la mente la primera conversación a solas con el excéntrico de Rufus, un encuentro que habría preferido olvidar. «¿Sabes de qué hablaba Hitler durante las comidas?». No, no sabía nada de las conversaciones que mantenía Hitler durante las comidas. Pues sí, Koperslager, un comisario condecorado que hacía gala de la rectitud iracunda del policía arquetipo, había asumido la presidencia del consejo de administración de Tubantia a finales de 1995. El nombramiento fue controvertido: un poli en el campus, un hombre demasiado directo, impaciente, acostumbrado a dar órdenes, a las líneas jerárquicas inamovibles. Sin embargo, con los pies en el suelo. Durante el proceso de selección, Sigerius había aguzado el oído cuando Koperslager había contado que a principios de los ochenta había sido director no sólo de una, sino de dos cárceles, proeza que lo intrigó de tal manera que no dudó en confiarle a su nuevo colega todo lo referente a su hijo criminal mientras se zampaban un bocadillo de queso en una comida improvisada para conocerse mejor. Así era él en aquella época. Decía todo lo que le dictaba el corazón. Por entonces, Wilbert llevaba más de un año en la cárcel, y durante ese tiempo Siem había desarrollado una obsesión por todo lo que sucedía tras las rejas que ni siquiera trataba de ocultar: devoraba artículos de periódicos, libros, documentales, todo lo que pudiera enseñarle algo sobre los regímenes penitenciarios y las costumbres del trullo.

—Me pareció entender que vienes del sistema penitenciario, ¿no? Mi hijo está en la cárcel.

—¿En cuál?

Resultó que Koperslager también estaba muy interesado en aquel tema; un velo oscuro ensombreció el rostro de aquel garante de la ley, que se tocó brevemente el mentón bien afeitado. Sigerius lo vio descender hasta un inframundo que lo fascinaba más de lo que le hubiera gustado reconocer.

El rector, impasible, enumeró las tres instituciones penitenciarias en las que hasta el momento se había mantenido a Wilbert a buen recaudo.

—¿Traslados? —le preguntó Koperslager.

—Creo que sí.

—Bien. ¿Quieres que te sea sincero?

—Lo más sincero posible —contestó Sigerius.

Para Koperslager, aquella respuesta fue el pistoletazo de salida para hacerle un esbozo tan desalentador como convincente de la «carrera» que, según su humilde opinión, Wilbert se estaba cimentando «dentro».

—Sólo trasladan a los cabecillas —dijo—. Los traslados cuestan dinero y dan trabajo; nunca fui muy partidario, pero a veces era necesario.

Según su análisis, Wilbert debía de ser un chico que se hacía respetar; una figura clave en su bloque, un cabecilla, uno de los «tiburones».

—A éstos los teníamos siempre controlados —prosiguió Koperslager—, porque son los que minan la autoridad, los que intimidan y sobornan a los vigilantes, que andan todo el día con trapicheos dentro y fuera. Así que están moviendo a tu chico, ¿eh? Bueno. Tal vez tenga talento. Habrá salido a su padre: ni un pelo de tonto, curtido físicamente... Lo más probable es que ya haya aprendido todos los trucos y sepa arreglárselas.

El criminólogo Koperslager tenía unas ideas interesantes sobre la cárcel.

—Hitler se manifestó en repetidas ocasiones en contra de la prisión y a favor del castigo corporal. Con un chico de veinte años lo mejor que puedes hacer es darle una buena paliza o cortarle una mano; eso lo decía en 1942, y es muy posible que sea verdad. En el trullo lo único que hacen es continuar formándose. Las cárceles, Siem, son escuelas superiores de criminalidad, congresos sobre violencia, laboratorios de testosterona. Allí la virilidad es palpable, machismo en estado puro. Todos se odian. Tienen veinticuatro horas al día para dividir y vencer, formar bandas, hacer favores. Falta la perspectiva femenina, no existen los cuidados, sólo el poder. Se chantajea, hay abusos sexuales, te dan palizas. Entrás como un pipiolo y sales hecho un gánster. Es más eficaz cortarle un pie a un chaval. Ésa es mi opinión.

Ésa era la pesadilla con que se había estado atormentando, y Koperslager no era precisamente la persona indicada para tranquilizarlo. Cuando tenía que ir a La Haya, o a Ámsterdam, o a donde fuera por asuntos de la universidad, conducía hasta los centros penitenciarios locales, sin contárselo a nadie, como si fuera a visitar a una puta en una casa flotante. Era su obsesión: al menos cinco veces estuvo frente a la cárcel de Scheveningen, con la mirada clavada en aquella puerta que por desgracia era tan conocida, con las almenas medievales, y las cinco se había sentido tan mal, tan profundamente deprimido, tan indispuesto y deprimido que de un día para otro decidió que estaba harto. Ya bastaba de autocomplacencia. ¡Era suficiente! Las tesis doctorales sobre el sistema penitenciario, las revistas especializadas para detectives, los libros de historias carcelarias, los documentales, toda esa porquería paranoica acabó en la calle, dentro de una bolsa de basura.

Y, joder, se le despejó la cabeza más rápido de lo que había previsto. Se dio cuenta de que era verdad: sólo debemos temer al propio miedo. Se rió de sí mismo, por haberse creído las historias para no dormir de Koperslager, por esa atracción latente por la prensa sensacionalista, y sintió que recuperaba la confianza en el poder corrector del Estado de Derecho, su confianza en la humanidad.

Ya casi ha llegado. Ahora oscurece con rapidez, y las farolas del jardín afrancesado del Okura ya están encendidas. A cien metros se alza el hotel, como un pavo real de cristal y piedra blanca, tras la fuente desbordante. (En el restaurante de la Universidad de Tubantia hay un cocinero que, en tono muy serio, siempre pregunta a los estudiantes que ayudan a lavar los platos: «Dime, tú que estás estudiando, ¿no tienes miedo de que algún día se acabe el agua en todo el mundo?»). El esplendor del modernismo siempre lo impresiona, incluso ahora que una caja negra está esperándolo en una de las mil habitaciones del hotel. De camino a la decimocuarta planta, se agarra con fuerza a la llama ardiente de la esperanza y desea que el disco no esté en la bolsa del portátil. Cuando el ascensor se detiene, se nota un nudo en el estómago.

En la habitación huele a toallas recién traídas de la lavandería. La cama, en la que esa mañana ha estado una hora dando vueltas en vano, está hecha. La camisa y el traje que había llevado en el avión están colgados en el armario. El portátil ya no descansa en la cama, sino encima de la mesa ovalada de la sala de estar. Lo enchufa. Para sofocar el hormigueo del estómago se da una ducha. Se lava con el líquido de un sobre morado que abre con los dientes. Todo es posible, él lo sabe muy bien. Puedes estar seleccionado para los Juegos Olímpicos y al final no ir. De las tres toallas que hay en la habitación, elige secarse con la más grande y luego se pone un albornoz. Y puedes engendrar una serpiente de cascabel.

Pone el aire acondicionado a 19 grados. Coge la bolsa del portátil y se sienta en el borde de la cama. Busca en los bolsillos laterales y saca una carpeta que contiene tres cedés. Dos parecen vírgenes, pero en el tercero puede leerse escrito con rotulador negro: «ACTAS DEL CONSEJO DE ESTUDIANTES». Bingo. Es ése. Respira hondo y aprieta los puños. Se levanta, va hasta la ventana, corre las cortinas dobles, pesadas, y luego se sienta e introduce el disco en el portátil. Windows ya se ha iniciado y escribe la contraseña, pero se equivoca, porque se hace un lío con las mayúsculas. El

programa le pregunta si desea ver los archivos en una presentación de diapositivas. No, nada de presentaciones. Windows ordena los jpg, iconos pequeños en los que un velero negro navega rumbo a una puesta de sol naranja. Hay muchas fotos, tal vez cuatrocientas. Algo así como una cuarta parte de esas imágenes las ha conseguido de páginas gratuitas, mientras que el resto proceden de la web de una rusa y de lindaloveslace.com. Esas últimas son las que quiere. Selecciona al azar uno de los iconos y ve a la rusa sentada en un sofá con las piernas abiertas. Se apodera de él una excitación vaga, el eco de una lascivia que le resulta familiar, la lascivia de un viejo mono apolillado.

¿Dónde está? Al final decide que una de esas presentaciones con diapositivas será lo más práctico: hacer desfilas las imágenes y clicar sobre las que te interesan es más efectivo. Desde el principio hace pasar las fotos a toda velocidad; primero las que son gratis, después las de la rusa, a una velocidad de vértigo: arrodillándose, inclinándose, tumbándose, de cuclillas, metiéndose el dedo... Sí, aquí está. Retrocede hasta la foto. Aparece con un pie encima de una butaca de formas redondeadas, el codo apoyado en la rodilla, la boca fruncida, los pechos contenidos en un sujetador rosa claro. Jadeando de angustia, aparta el portátil del regazo. El parecido es más funesto de lo que pensaba. Se acerca al minibar y coge una lata de Budweiser. Ya sabía que se parecían. Se pasea de un lado a otro por la alfombra mullida. La cerveza está tan fría que se le humedecen los ojos al beber. Hay que enfocarlo de manera analítica. Como un científico. Como un detective. ¿Conoce bien la silueta de Joni? Las chicas delgadas, con buen tipo, y menores de veinticinco años son difíciles de distinguir unas de las otras. Pero esa cara...

Vuelve a sentarse. Toca analizar. Por suerte se conoce las fotografías. Y como se las conoce, puede mirarlas con cierta distancia. La primera serie está tomada en una habitación de hotel. Debe buscar la habitación que se repite constantemente, un sitio que parece salir a menudo. ¿Un barco? Sí, también hay un camarote, un camarote que se repite... También hay una serie de trece fotos que se ha sacado en la misma habitación; está claro que no es la de un hotel, porque al fondo se ve un ordenador, una librería llena, plantas, un póster de dos gatitos en una hamaca de playa, Céline Dion, la ventana de un desván...

Linda. Linda de Tennessee, o Kentucky, o Utah, o a saber de qué triste estado. La sesión empieza con ropa de los locos años veinte, un vestido cortito y recto de color verde y uno de esos gorritos redondos y blandos que te tapan las orejas, guantes largos de satén blanco, labios rojos. Joder, cómo se

parece a Joni. Después, el vestido desaparece y ella permanece en medio de la habitación con unos zapatos negros de tacón con un lacito en la puntera, ligas blancas y medias de color caramelo. En la foto siguiente está sentada en una butaca, tapándose los pechos desnudos con las manos, sin el gorrito, con el cabello suelto, de un azabache que parece teñido, casi azul de tan negro. También podría ser una peluca. Cierto. En la foto siguiente aparece sin tanga, está sentada en el sillón con las piernas abiertas, tiene...

Aparta de nuevo el portátil y se deja caer hacia atrás sobre el colchón. ¿Por qué demonios quiere saber la verdad? El lunes, cuando esté de regreso en Enschede, se dará de baja de la página y ya no volverá a pensar en todo esto. Por desgracia, él no es así. Se queda mirando las aspas de madera del ventilador de techo. «Estás ofuscado. Tal vez Tineke tenga razón. Todo se debe a la noticia de Wilbert. Es todo una paranoia. Soy un tipo realista». Las probabilidades de que Joni se parezca a esa chica son mucho mayores que las probabilidades de que sea ella en realidad. Todo el mundo tiene un doble. Sin ir más lejos, quizá haya cien como él deambulando por ahí. Las chicas jóvenes de piel tersa se parecen como gotas de agua. Se incorpora y vuelve a colocarse el portátil sobre el regazo. La base está muy caliente. «Dale la vuelta a todo este asunto... Se lo debes, dale la vuelta. Busca pruebas que lo desmientan».

Al ampliar la foto, enfoca el estante central de la librería. Lee el lomo de los libros. Títulos en inglés, ediciones de bolsillo y de tapa dura: Mary Higgins Clark, Harold Robbins, Barbara Taylor Bradford, Tom Clancy, Danielle Steel, John Grisham, Sue Grafton. Basura. Debajo hay libros más grandes, también en inglés, de jardinería (*The Practical Rock & Water Garden*), de cocina (*Eating by the Book, what the Bible says on Food; Fat, Fitness & Faith*), bazofia de autoayuda (*Narcissism; Denial of the True Self*). ¡Pues claro! Es una biblioteca típica estadounidense. Esta sarta de libros estúpidos se encuentra en Utah. Es de alguien que no tiene nada que ver con ella. ¿Qué clase de chica es esta Linda, por cierto? Vive todavía en casa de sus padres; no, la ha educado su tía abuela sorda y éste es el desván al que ya nunca sube nadie. Con el cursor, arrastra la fotografía hacia arriba para poder ver el estante inferior. Por detrás de un tobillo esbelto y una pata de la butaca aumentados ve cuatro libros cuyas cubiertas reconoce rápidamente por su color amarillo y negro. *Beekeeping for Dummies, bbq Sauces, Rubs & Marinades for Dummies, Jazz for Dummies...*

Jazz for Dummies. Lo asalta una idea nueva: ¿quién está ayudando a esta chica a montar todo este numerito de perversión? Aleja el *zoom*, vuelve a

observar el conjunto, pasa un par de fotos: están hechas por un profesional, son casi... perfectas. No puede haberlas hecho ella sola, desde luego que no. Piensa... piensa por un momento que la chica es Joni, entonces, debe de ser... entonces hace... entonces el chico con el que se revuelca un par de veces por semana sobre el tatami sería el responsable de... No, ahora sí que tiene que parar. ¿Joni y Aaron?

Sigue avanzando con el ratón y se detiene en una de las fotos que se han tomado en lo que parece un camarote de barco. Ella está tumbada en una cama redonda, sobre un edredón rojo, desnuda, excepto por la parte de arriba de un bikini verde (¿sabe cómo son los bikinis de Joni?, no, por supuesto que no). Al fondo ve unos armarios de madera con unas puertas abombadas, una puerta transparente, detrás de la cual seguro que hay una ducha, y más arriba, unos ojos de buey de un tono rosa palo. Lleva el pelo negro recogido (¿una peluca puede recogerse?), con la punta de la lengua se toca el labio superior y mira a la cámara con indiferencia. En la foto siguiente está de rodillas delante de la cama, con la mejilla izquierda sobre la alfombra de color crema, la espalda arqueada y los pechos en el suelo. Con las rodillas separadas, empuja el culo hacia atrás sin dejar de mirar a la cámara, la planta de los pies es lo más cercano al objetivo; a la izquierda, junto a su rostro, un par de tacones plateados. La nitidez de su expresión le permite ver los grumos de rímel que le han quedado pegados a las pestañas. La flexibilidad impúdica con que ofrece el culo y lo mira, esa mirada sincera, arrolladora, indiferente. En otra fotografía mantiene abiertos con los dedos índice y anular los labios bien afeitados de la vulva. En la siguiente aparece un consolador: de repente, se introduce esa cosa grande y negra hasta el fondo, y a medida que separa las nalgas con las dos manos las imágenes siguientes lo van mostrando cada vez menos profundo, hasta que el pene de plástico cae sobre la alfombra. En la última foto, en primer plano, la cara y sus ojos.

Tarda un rato en darse cuenta de que los ojos son azules. De un azul grisáceo. Y lo inunda una oleada de felicidad. ¡Los ojos de Joni son marrón oscuro! Aparta el portátil, se levanta y se pone a andar de un lado a otro entre las cortinas y la cama. Entra en el cuarto de baño, se lava la cara con agua fría. No es ella. Por supuesto que no. Vuelve a la cama, sale de Windows, apaga el portátil. Fin de la historia.

Coge el pantalón de la silla y busca el móvil. Tiene que llamar a Joni, decirle algo agradable. Son las diez y media... por tanto, las cuatro y media en los Países Bajos. Busca su nombre entre los contactos y llama. Una voz china le dice algo, después se corta la comunicación. ¿Sin cobertura?

Encuentra el número de la residencia de estudiantes, lo marca. Silencio, un silencio aún más profundo, señal de comunicando.

Todavía aliviado, tira el albornoz y se acerca, desnudo, al minibar. Coge una segunda Budweiser y se sienta en la cama con una almohada en la espalda. Pone la televisión y da unos buenos tragos a la cerveza. Hace *zapping*: una ópera china, una película de Kevin Costner y Whitney Houston y un torneo de *kick boxing*. Se queda enganchado a un boletín informativo. Una periodista china cuenta primero algo sobre el presidente Jiang Zemin, ve a Madeleine Albright descender por la escalerilla de un avión en algún lugar. Después hablan de un accidente que ha ocurrido en alguna parte del extranjero. En un barrio residencial de aspecto europeo lanzan fuegos artificiales por encima de las casas en pleno día. Qué alivio, por Dios. En la televisión el ruido de los petardos y las explosiones aumenta, la imagen se vuelve borrosa... se le cierran los ojos. Hasta ese momento, en que ya ha pasado la desgracia, no se había dado cuenta de lo cansado que está. Deja caer el mando a distancia y se acuesta de lado.

3

Hasta esta mañana, mi hermana era la única persona de la época de Enschede de quien había sabido algo. Y de eso hace ya más de cinco años. Fue a principios del otoño de 2003, poco antes de que me instalara en Los Ángeles y desapareciera definitivamente del alcance de los radares. En esa época todavía disfrutaba de mi vida de pequeño burgués junto con Boudewijn y Mike en San Francisco. Janis se había tomado un mes de vacaciones para viajar por la costa Oeste con un tal Timo, y los dos se quedaron a dormir una noche en nuestra casa de la colina. Desde la muerte de Siem, era la primera vez que alguien de la familia intentaba ponerse en contacto conmigo.

Janis llevaba ya dos semanas en California cuando me llamó por teléfono para preguntarme si podía pasar a verme. Tardé un poco en reconocer su voz, tal vez porque me dolía la cabeza. Me llamaba desde una cabina de Monterrey, estaban muy cerca, e iban camino de San Francisco, ¿no era allí donde vivía yo? Se habían gastado más de treinta dólares en averiguar mi número de teléfono; un maratón de llamadas de lo más complicado que había empezado en las oficinas de McKinsey en Ámsterdam. Me conmovió que se hubieran tomado tantas molestias.

A la mañana siguiente, un Ford azul de alquiler subió traqueteando por el camino de entrada. Janis, roja como un cangrejo, se apeó del coche seguida de un chico que llevaba el pelo negro y deslucido recogido en una larga trenza. Iba demasiado abrigado para el calor que hacía, y la ropa, toda negra, le cubría por completo las extremidades. Para mayor contraste, Boudewijn se les acercó en chanclas, con un polo rosa chicle y un bañador minúsculo. Mientras charlaba con ellos alegremente, los condujo alrededor de nuestra casa típica del barrio de Russian Hill hasta el jardín resguardado. Yo estaba allí, en el borde de la piscina con forma de riñón, y nada más verla nos fundimos en un abrazo torpe. Había engordado, tenía el cuerpo de nuestra madre.

—Así que tú eres la famosa Joni —masculló Timo, sin quitarse las gafas de sol de su rostro pálido.

Les enseñé la sala de estar, decorada al estilo que se llevaba en Nueva York, y sentí un nerviosismo extraño cuando se acercaron al ventanal y se quedaron en silencio contemplando las vistas panorámicas sobre el barrio de Marina. Allí nunca había entrado nadie que no hubiera soltado una exclamación de sorpresa, embelesado ante tamaño espectáculo. El cristal doblaba la esquina, prolongándose hasta la cocina; a uno le daban ganas de salir hacia el mar volando en un ala delta.

—A la izquierda, a lo lejos, se ve el Golden Gate Bridge —les dije—; a la derecha, la isla de Alcatraz.

Pero seguían sin pronunciar palabra. Los llevé a la planta inferior, donde había preparado una cama de matrimonio en la habitación que daba al jardín. Timo pasó un dedo por el polvo que cubría la Seeburg V200 de Boudewijn y preguntó si teníamos alguna habitación sin gramola. Les mostré el cuarto de baño, y luego abrí las puertas que daban al césped en pendiente. Janis pisó la hierba con torpeza, observó los arriates y las palmeras podadas, y metió, retorciéndose, sus nalgas enormes en el columpio evolutivo que Toys'R'Us había instalado para Mike.

—¿Tenéis jardinero? —preguntó.

Cuando, un poco más tarde, volvimos a entrar se oyó un lloriqueo suave. El ruido de las botas de Timo al subir por la escalera había despertado a Mike. Una mueca de sorpresa se dibujó breve pero intensamente en el rostro enrojecido de Janis. ¿Un bebé? Entramos en el dormitorio azul claro, se inclinó sobre la cuna de Mike sin decir nada y con un dedo le acarició la barriguita.

—No sabía que Janis fuera tía —dijo Timo para romper el silencio.

—No sabía que Mike tuviera un tío —contesté.

Tras un almuerzo incómodo en un salón de té japonés, donde Timo pagó con una sonrisa forzada, dimos un paseo por el Golden Gate Park: de dos en dos, yo junto a Janis, y Boudewijn empujando el cochecito del niño y dándole charla a mi cuñado, al «comunista paliducho», como lo apodó después en la bendita intimidad de nuestro coche. Pronto noté que Boudewijn apretaba el paso para concederme un poco de tiempo con Janis. Mientras ellos iban convirtiéndose en muñequitos —Timo parecía un indio con la trenza—, mi hermana y yo deambulamos por el decorado de sauces en flor y robles viejos. Hacía un calor sofocante, y a Janis le transpiraba la cabeza bajo el pelo corto, que llevaba teñido con henna. Cuando vivíamos en Berkeley con nuestros padres, veinte astronómicos años atrás, a veces nos traían a este parque; a primera hora de la mañana salíamos de Bonita Avenue y cruzábamos el Bay

Bridge, Janis y yo en el pringoso asiento delantero de la camioneta, encajadas entre mi madre y mi padre. Le pregunté si se acordaba.

—Apenas tengo recuerdos de California.

La pendiente se acentuaba. Nuestros pasos crujían al unísono. Calculé la edad que debía de tener Janis en 1982: ¿cinco años?

—Tineke llenaba de comida aquella cesta roja de mimbre —dije para refrescarle la memoria—, la que estuvo durante años en la terraza de delante en la granja, en Enschede.

—¿Por qué llamas a tu madre por su nombre de pila? ¿A qué se debe?

Respiré hondo y le pregunté:

—Janis, ¿por qué crees que Siem se suicidó?

Se detuvo un segundo, se quitó las gafas de sol del pelo enmarañado y se las ajustó sobre la nariz, que entretanto había adquirido el color de una salchicha cocida.

—¿Creéis... tú y mamá, que yo tuve algo que ver? —añadí.

Ella se detuvo y me puso una mano húmeda en el hombro.

—Se me ha metido algo en la zapatilla —dijo.

Tambaleándose, se quitó una All Star y mantuvo levantado el pie hinchado. Alguien (quizá el Pocahontas a lo lejos) había garabateado con bolígrafo azul un símbolo de la paz sobre la lona verde. Janis sacudió la zapatilla, de la que salió una china, y luego hincó una rodilla en el suelo para volver a ponérsela.

—Joni —dijo hablando a la altura de mis muslos—, mamá y yo hemos estado tres años sin saber nada de ti. No viniste al entierro. No es que aparezcas mucho en nuestras conversaciones, pero si alguna vez pensamos en ti, preferimos creer que no tuviste nada que ver.

Después de acostar juntos a Mike, Bo y yo, y sintiendo de forma casi palpable la espera pasiva de esos dos en la sala de estar, Bo se instaló en la cocina americana para preparar, con el ánimo de impresionar a su familia política, veinte años más joven, pasta con centollo fresco de la bahía. Yo estaba sentada frente a Timo y Janis en una esquina del salón, escuchando el relato caprichoso de la visita guiada que habían realizado por los estudios «grotescamente comerciales» de Hollywood, y luego todos los detalles de la financiación de la casa adosada que acababan de comprarse en Deventer. Tenían un problema con el permiso que querían que les concedieran para talar un árbol del jardín del vecino, o quizá el árbol estaba en su propio patio, o tal

vez lo que no querían era talarlo. Tampoco recuerdo si Timo estaba a punto de emprender acciones legales. A todas luces el chico congeniaba lo suficiente con mi hermana como para profesarme una aversión enraizada en motivos ideológicos. Yo era demasiado rica, demasiado guapa, tenía un novio despreciable y McKinsey también se lo parecía. El aire concentrado con que asentía con la cabeza cada vez que yo hablaba, o la forma en la que se manoseaba el puño negro de la camisa sin decir palabra, o de quitarse un padastro en silencio... todo indicaba que los nueve mil kilómetros de distancia que separaban San Francisco de Deventer le parecían estupendos.

La puesta de sol alargaba la sombra de nuestras siluetas por las baldosas, y a nuestros pies las luces de las casas de la Marina resplandecían como miles de velas de té, mientras nosotros seguíamos hablando, de un modo forzado, de trivialidades. Yo estaba deseando irme a la cama cuando Janis empezó a hablar de la época tan terrible por la que había pasado nuestra madre, sobre lo triste que fue tener que vender la granja medio año después de la muerte de Siem y de cómo se preocupaba de llamarla por teléfono todos los días al apartamento que tenía alquilado en Hengelo, para charlar un poco, aunque en realidad lo que quería comprobar era que siguiera viva.

—Me odia porque dejé colgada a mi madre —le dije poco después a Boudewijn, cuando estábamos en la cama—. Me odia porque no le conté que tuve a Mike.

En ese momento, con esos dos en el piso de abajo, ensuciando nuestras sábanas, sentí cómo iba creciendo la ira en mi interior.

—Una hermana no piensa esas cosas —repuso Boudewijn desde su mitad de la cama—. Tenéis que volver a acostumbraros la una a la otra. No viene a visitarte con mala intención. Estás obsesionada. No ha estado tan mal. Mañana, después de desayunar, vamos a Chinatown y soltamos a Timo entre sus camaradas. Verás cómo se relajan.

A las cuatro, cuando me levanté porque Mike había empezado a llorar, el enfado ya había desaparecido. Mientras tranquilizaba al bebé, me dije que Bo tenía razón, que había sido mi hermana quien había dado el primer paso, no yo, aunque no lo hubiera dado con mucha decisión. Ya antes, desde que teníamos uso de razón, nos peleábamos por los temas más diversos, nos enzarzábamos en discusiones acaloradas sobre armamento nuclear, dinero, música, capitalismo... daba igual, lo importante era que fueran cuestiones delicadas y que tocaran principios fundamentales. Así podíamos enfrentarnos, cara a cara, como dos verduleras irreconciliables. Después, de manera natural y como por arte de magia, seguía un período de calma y de distensión llena de

arrepentimiento, probablemente porque estábamos en el mismo barco genético.

Por la mañana saqué a Mike de su habitación y lo metí en nuestra cama, al lado de Boudewijn. Luego, con un vestido ligero de algodón, bajé la escalera sin hacer ruido y fui a la cocina. Un impulso extraño me empujó a venderles a los cuatro vientos los supuestos encantos de nuestro «sueño americano» burgués. El viernes, nada más recibir la llamada de Janis, había salido de Silicon Valley con una migraña palpitante y en el viaje de vuelta, siempre interminable, había parado a hacer la compra en un supermercado Safeway, para luego seguir conduciendo hasta una tienda de productos holandeses que había en Palo Alto, un local ridículo con un zueco grotesco, del tamaño de un coche, en la entrada. Compré gouda, pan de miel, bollos con pasas y pan de jengibre. Mientras pagaba me había despreciado a mí misma por lo ridículos que resultaban mis esfuerzos por agradar, pero ahora me alegraba de haber comprado todo aquello. Si después Janis echaba pestes sobre mí en nuestro pequeño país de mierda, allá ella, por mí no iba a quedar.

El sol de la mañana calentaba las capas de barniz del suelo de nogal y hacía resplandecer el color verde menta de los armarios, la máquina de café expreso y las hileras de platos. La albahaca, la mejorana y el laurel, en unos tiestos sobre el alféizar de la ventana, absorbían con avidez la luz del día. En la mesa de madera reciclada extendí mi mantel favorito, dudando por un instante qué vajilla poner: la de diseño o la clásica. Finalmente me decidí por la porcelana alemana que había pertenecido a la abuela de Boudewijn. Eran casi las nueve. Encendí el horno para calentar las chapatas, repartí los *bagels* y las tostadas en cestas pequeñas y puse unas cuantas magdalenas de arándanos y pera con miel en una fuente ovalada. Fruta fresca, salchichas de buey, tres clases de jamón en papel celofán, mermeladas en sus potecitos, cereales y *muesli*, leche, yogur y miel. En una mesa auxiliar coloqué una isla holandesa con bollos de pasas, queso, paquetitos de copos de avena y fideos de chocolate. Ya de cuclillas frente al equipo de música, me lo pensé mejor: quería oír la ducha en el cuarto de Janis. Escalfé cuatro huevos y me preparé, de entrada, un expreso para mí, porque me apetecía y por el aroma. No faltaba de nada.

Un poco antes de las nueve y media, Boudewijn bajó con Mike ya vestido. Me los habría comido a besos a los dos en ese ambiente tan sosegado y exageradamente hogareño: Mike sobre su alfombra de juegos, riendo y babeando, y Bo agachado a su lado, con la piel sonrosada, recién afeitado, y el cabello gris ondulado peinado hacia atrás con gomina. Llevaba sus

zapatillas Church de fieltro, las que solían sacarme de quicio, con las iniciales «BS» bordadas en las punteras. Hacía algún tiempo que nuestra relación no iba demasiado bien, pero ahora estaba ganando puntos.

—¿Se han despertado ya nuestros invitados? —preguntó con una sonrisa.

Recordaba a Janis como una dormilona que no llevaba bien las noches cortas, así que tomamos té y hojeamos un poco el *San Francisco Chronicle* para hacer tiempo. Cuando ya eran un poco más de las diez, Boudewijn me guiñó un ojo.

—Ve a despertarlos —me dijo—, seguro que te lo agradecerán. A mí no me gustaría que se me pegaran las sábanas en casa de unos amigos.

Bajé por la escalera y di unos golpecitos suaves en la puerta de la habitación contigua al jardín. Me pareció oír murmullos, así que esperé, y volví a llamar.

—¡Buenos días, dormilones!

Como no obtuve respuesta, entreabrí la puerta. Una oleada de claridad y aire fresco me acarició la cara. Asomé la cabeza y eché un vistazo a la habitación, grande y de techo bajo. La cama estaba vacía, las mantas revueltas encima y una de las puertas del jardín abierta de par en par. Entré y recogí del suelo de pino una toalla húmeda. Tampoco había nadie en el cuarto de baño, donde los focos de encima de los lavamanos estaban encendidos y de la alcachofa de la ducha caía un chorrito de agua tibia. Mientras rastreaba el suelo húmedo en busca de mi hermana y Timo, como si fueran del tamaño de unos bastoncillos de algodón, comprendí que ya hacía varias horas que se habían marchado.

Para ser primera hora de la mañana no había tráfico en Sunset Boulevard, sin embargo, un par de veces estuve a punto de chocar contra el Chevrolet de delante. Si el recuerdo de Janis me alteraba, no digamos ya el de Aaron Bever. Durante el desayuno había estado revisando una dirección antigua de Hotmail, una cuenta con la que muy de vez en cuando vendía vestidos y zapatos en eBay, y para mi sorpresa me topé con un correo electrónico que Aaron me había enviado tres semanas atrás. Me sobresalté. Cuando pasas tanto tiempo sin tener noticias de la gente, terminas por creer que ya no existen. ¿Aaron? Mi primera reacción fue de rechazo, así que envié el mensaje a la papelera sin leerlo. Nunca había sentido la necesidad de retomar el contacto, pero a raíz de la estúpida visita de mi hermana había renegado oficialmente de Enschede y todos sus fantasmas. Llevaba desde 2000 sin

volver a los Países Bajos, no seguía las noticias de allí, no me relacionaba con neerlandeses y, después de abandonar a Boudewijn y Mike, ni siquiera había vuelto a hablar el idioma. Había cortado los vínculos con la patria. Y quería que todo siguiera igual.

En ese sentido fue estupendo que me esperaran grandes noticias en la Coldwater Canyon Avenue. Aún no había cerrado la puerta del despacho cuando desde recepción me pasaron una llamada con un asistente de Víctor Sotomayor. Lo que estaba esperando, lo que todos llevábamos esperando desde hacía una semana, había ocurrido: la compra seguía adelante, habíamos llegado un acuerdo; por 16,3 millones de dólares íbamos a ser los nuevos propietarios de la antigua caserna de la guardia nacional de Los Ángeles. Cómo no, luego vinieron las celebraciones.

El primero en irrumpir en mi despacho fue Rusty, que me besó como si estuviéramos en Año Nuevo. Cinco minutos después, los cincuenta estábamos brindando en el viejo vestíbulo por la sede nueva de la empresa. Rusty, que me daba empujoncitos para que subiera los primeros peldaños de la escalera, me sirvió champán tres veces de unas botellas doradas que llevaban varios días enfriándose.

—Bebe —gruñó en su irlandés nasal de la costa Oeste—, por haberme hecho pasar tantas noches de insomnio. —Y entonces me hizo los honores—: Queridos todos, brindemos por nosotros. Brindemos por el éxito que nos deparará la Caserna. Brindemos por los nuevos colegas a quienes daremos la bienvenida. Pero en especial quiero que levantemos nuestras copas por Joy, esta mujer extraordinaria.

Me agarró por la cadera con la mano que le quedaba libre y me zarandó tan fuerte que tuve que cogerme a la renqueante barandilla de cerezo.

—Esta supermujer, qué puedo decir... ha multiplicado nuestras expectativas de futuro.

A continuación tiró de mí, haciendo que casi me cayera de la escalera, y después de darme dos besos me cedió la palabra. Pese a llevar tantos años en la dirección, seguía ruborizándose cuando pronunciaba un discurso. También a mí me impresionaron todos aquellos rostros que me miraban. Cámaras, directores, maquilladores, informáticos, un grupo de actores con albornoces blancos y las caras a medio maquillar. Gente excéntrica, apasionada, leal, prometedora, a menudo razonablemente bien formada, apretujada en el recibidor revestido de madera de nuestra ruinosa mansión victoriana en medio de Studio City (desde el momento en el que yo había empezado a querer irme de allí, Rusty se había empeñado en llamarlo «Hollywood»); él quería

quedarse). Les expliqué otra vez por qué la Caserna, en Los Ángeles, iba a marcar la diferencia. Volví a prometerles que en poco más de un año nos situaríamos los primeros a nivel mundial. Y debo admitirlo: lo sentí como un triunfo personal, me merecía el éxito, tras sacar adelante aquel trabajo con el sudor de mi frente. Durante una hora la granada de mano que me había lanzado Aaron desapareció de mis pensamientos. Me producía una satisfacción enorme haber logrado convencer no sólo a un pez gordo sino a dos, y de los más testarudos: al propio Rusty primero, y después a Sotomayor.

Rusty seguía sin tenerlas todas consigo, y era normal. Incluso para Rusty Wells 16,3 millones de dólares eran una fortuna, unas diez veces más de lo que había invertido nunca en una empresa.

—Joy, ¿eres consciente de lo mucho que amo Hollywood? —me había dicho suspirando un día, al final de la jornada, cuando de nuevo intentaba convencerlo de que debíamos comprar la Caserna—. ¿Te haces una ligera idea de lo que significa para un muchacho de Belfast ganarse el pan a un tiro de piedra de la Metro Goldwyn Mayer?

—¿Quieres un *kleenex*? —le respondí imperturbable.

Sin duda, aquella casa de madera, erigida a finales del siglo XIX por unos colonos británicos que la habían explotado durante décadas como hotel familiar, tenía mucho encanto. Veinticuatro habitaciones repartidas en tres plantas, ninguna de ellas nivelada, que olían a mohó; de los techos de los pasillos colgaban unas lámparas verde jade como tulipanes marchitos, el mostrador de recepción brillaba como un Steinway y en el vestíbulo tenías la impresión de que Paul Newman y Robert Redford debían de estar en algún lugar de la planta de arriba fumándose un puro en una bañera con patas de león. En 2001, tras pagar poco menos de un millón, Rusty y nueve operarios, unos tipos que apenas sabían cómo hacer una película, se habían instalado en el inmueble. Pero eso era el pasado. A día de hoy, cuando por las mañanas encendías los cincuenta ordenadores a la vez, los tejados grises a cuatro aguas y los voladizos azules amenazaban con desplomarse. No daba para más, y eso Rusty también lo sabía.

—Pero ¿por qué un maldito cuartel de dieciocho mil metros cuadrados? —preguntó—. ¿Y por qué el doble de lo que ganamos en dos mil siete, ¡joder!?. El año pasado apenas conseguimos ocho millones; ocho, no dieciocho. ¿Y por qué en Compton, Joy? ¿Por qué precisamente en Compton? ¿Quieres acabar con nosotros o algo así? ¿Por qué un edificio histórico? ¿Por qué precisamente un monumento protegido? ¿Quieres perder el tiempo

negociando con dieciséis historiadores aficionados, discutiendo con la mitad del consejo del Ayuntamiento?

Cuando decidimos asociarnos en 2003, Rusty y yo llegamos a un acuerdo: «Podemos discutir, debemos discutir, pero nunca más de veinticuatro horas seguidas. Después nos ponemos a ganar dinero otra vez». Unas tres semanas atrás alquilamos una pista de *squash* en Irving Drive. Jugábamos de vez en cuando, y el acuerdo tácito era no hablar de negocios durante los tres cuartos de hora que dura el partido. Sin embargo, antes de que se calentara la pelota, ya estábamos discutiendo sobre la vieja caserna, por enésima vez. Allí estaba nuestro director general y socio fundador, con su camiseta descolorida de Guinness, las piernas blancas bien separadas y la raqueta como una daga en su puño pecos: «Yo no voy a pagar veinte millones por un caserón embrujado de ladrillo, no necesito que mi cara aparezca en *Los Angeles Times*, y no te he cedido parte de mi empresa para que me lleves a la ruina». Era la primera vez desde que trabajábamos juntos que nuestras opiniones divergían radicalmente.

Aunque ya veía venir la explosión, me quedé atónita. Los cambios, a menudo costosos, que se me habían permitido llevar adelante en los últimos años demostraban que Rusty tenía plena confianza en mi capacidad empresarial. Por iniciativa mía, habíamos pasado de gestionar una página web general a seis más especializadas; poco a poco, por supuesto, pero con éxito. Fui yo quien insistió en comprar cámaras mejores e instalar conexiones de alta velocidad, de manera que ahora nuestros platós eran técnicamente tan buenos como los de los grandes estudios de Hollywood y Burbank. Me había dado carta blanca para seleccionar al personal, y no sólo a los artistas. Tampoco protestó cuando quise contratar a gente de *marketing*, a un auditor e incluso a un gerente de personal, al que se pagaba para que contratara planes de pensiones o seguros de enfermedad. Desde entonces habíamos pasado de ganar unos penosos tres millones de dólares a conseguir ocho el año anterior.

Las pistas de *squash* son trampas mortíferas muy ingeniosas: nadie te oye, es imposible huir y la luz es implacable. Fui a por su talón de Aquiles: Europa.

—Wells —dije, a punto de perder la paciencia, pues llevaba un mes entero desplegando todos mis argumentos—, eres tan conservador, eres tan lento, te arriesgas tan poco... parece europeo.

De vez en cuando, a Rusty le gustaba despotricar sobre las grandes multinacionales de lo que él llamaba la «vieja economía»: Shell, Barclays, Renault, Total, una y otra vez la misma ristra de nombres de la época en la

que había trabajado para Goldman Sachs, y una y otra vez la misma exposición pseudointelectual basada en una regla de tres cualquiera y que sacaba a colación con tanto aplomo que no sabías si te hablaba en serio o te estaba tomando el pelo. Rusty, sentado en la esquina de su mesa, como un gurú, echando un rapapolvo a la industria y al comercio europeos.

—Los directivos de la vieja escuela no tienen ni idea, Joy. Cualquiera de esos gallinas piensa: «Tengo que innovar, tengo que tirar hacia lo sostenible, hacia lo ecológico, tengo que esto, tengo que lo otro». Luego abre una lata de directores en conserva, y un año después descubre que esos estúpidos han diseñado un proyecto que no tiene nada que ver con el que él tenía en mente. Así que dice: «Vamos a pararlo todo y a ver qué pasa».

—¿Qué quieres —le pregunté en la pista de *squash*—, volverte a Belfast o añadir un cero a tus beneficios anuales? En dos años, o facturamos cincuenta millones, Wells, o estamos fuera. Lo que estamos haciendo ahora puede hacerlo cualquiera. Debemos ir más allá. Debemos crecer. Diferenciarnos. Y eso lo sabes tú también.

—¡Yo no sé nada de eso! —dijo, nervioso.

Las pocas veces que perdía su delicada paciencia pasaba del inglés al irlandés, concretamente al gaélico. Rusty Wells: si había alguien que a pesar de todos sus esfuerzos por ocultar su procedencia no lo conseguía, ése era él. Se había criado en Belfast, en el seno de una familia de católicos moderados que en los años ochenta había vivido como una verdadera pesadilla el giro radical del IRA. No tanto por la posibilidad de ser víctimas de un acto terrorista como porque los terroristas parecían estar actuando en su nombre. Una vez me habló de la repulsión y el sentimiento de culpa exacerbado que habían empañado su juventud. Pensé que eso explicaba su sonrisa perpetua. Cuando estaba relajado se le veían unas arrugas finas en la cara, en las comisuras de los labios rosados y en el rabillo de los ojos gris pardo, arrugas que, curiosamente, le desaparecían al reír, lo que hacía a menudo y a carcajadas, tan a menudo que la sonrisa era en realidad el estado en reposo de su rostro.

—No puedo —dijo con la vocecilla aflautada de un actor de serie B que supuestamente quiere expresar tristeza.

Se dejó caer con la espalda pegada a la pared hasta que su pequeño culo irlandés estuvo sentado, con la cabeza apoyada en el cemento encalado, justo por debajo de la franja roja.

—Rusty, no sé si te he entendido.

—Que no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Correr tantos riesgos.

No me podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y todo ese rollo de las propiedades?

Llevaba años dándoselas de niño rico con su mansión de gánster en Bel Air y con el puñado de inmuebles que había adquirido con fines especulativos, todos en Beverly Hills o cerca de Sunset. Yo misma le había comprado, gracias a mis bonus, una casa fantástica, apuntalada por unos pilares de varios metros de altura que sostenían la mitad que sobresalía de la pared rocosa. Un clon de Frank Lloyd Wright, al principio de Sunset Boulevard, y que él quería que «se quedara en la familia».

—¿Y tu Rembrandt?

Rusty era un asiduo de las subastas de arte. En el ala de maestros holandeses del Getty había un lienzo muy pequeño, no mayor que un azulejo de baño, pero era un Rembrandt, uno verdadero, uno auténtico, y ese Rembrandt auténtico era propiedad de Rusty Wells. ¿Correr riesgos? A Rusty le salían los dólares por las orejas.

—Eso no tiene nada que ver —había dicho—. Es personal.

Hacia el año 2000, poco antes del colapso financiero de las puntocom, se había enriquecido de golpe al vender una página web de contactos. Le gustaba contar que nada más concluir la transacción había salido corriendo de su apartamento de dos habitaciones en Redondo Beach, se había subido a un taxi y le había ordenado al conductor que se dirigiera a Mulholland Drive: «Quiero ver árboles, y rápido, por favor, pero aminore la marcha cuando pasemos por delante de mansiones que estén en venta...». Cuando vio la casa de sus sueños, se bajó del coche y ofreció a los propietarios casi el doble de lo que pedían. «Esta misma noche tendréis el dinero —les dijo—, pero a condición de que desaparezcáis *ipso facto*». No se le volvió a ver el pelo por la chabola de Redondo Beach, ni siquiera se molestó en venderla; los platos sucios de ese día probablemente seguían allí. Pero a mí todo eso me parecían pamplinas, como lo que me estaba contando en ese momento.

Me agaché frente a él y le clavé la mirada más penetrante de la que fui capaz en sus ojos azul pálido.

—¿Dónde está el valiente que me sacó de McKinsey en cinco minutos? —le susurré con vehemencia—. ¿Qué ha pasado con aquel Wells con tanto empuje?

Empezó a parpadear nervioso; las pestañas rubias hacían que sus párpados parecieran demasiado cortos.

—¿Cómo crees que se han hecho grandes en eBay? ¿Y en Amazon? ¿Cagándose en los calzoncillos?

En vez de enviarme a paseo, que era lo que quizá me merecía, me salió con una historia sobre su padre:

—Como veo que tienes ganas de hablar de Belfast —me dijo—, mi viejo...

Aún recuerdo lo que pensé: «Lo que menos me apetece ahora mismo, Rusty Wells, es que me cuentes una historia sentimentaloides sobre tu padre. En el Valle de San Fernando la gente no tiene padres. Olvídalos, yo también los he olvidado», quise decirle, pero me contuve.

—Mi padre... —murmuró.

Estaba convencida de que estaba actuando.

—... trabajó veinte años como representante de suelos de linóleo. En Islandia. Nueva Zelanda. Indonesia. De pistas de patinaje de linóleo, es de lo que hablaba a todo aquel que quisiera escucharle. Cuando por casualidad estaba en casa, claro.

He de admitir que por nada en el mundo me hubiera gustado perderme el relato que siguió a continuación. Me di cuenta de que hasta ese momento Rusty había sido como un egipcio en un rollo de papiro, un bravucón de tomo y lomo con todas las de la ley, pero plano, sin relieve. Sin embargo, salió del pergamino cuando me contó que su padre tenía una gran «pasión»: la magia. Se había pasado buena parte de la infancia de Rusty en la buhardilla, entre conejos blancos y cartas marcadas, y en las horas muertas de sus viajes de negocios compraba trucos en tiendas recónditas, lejos del centro de las ciudades. A los cincuenta y dos años, y con una angioplastia a sus espaldas, toma una decisión. El hombre, que según Rusty se había pasado la vida rabiando, no, mejor dicho, furioso por tener que aguantar a su jefe, deja el negocio del linóleo. Se enamora de un pequeño teatro cerca del centro de Belfast y pide un préstamo de cuatrocientas mil libras al Banco de Irlanda. Un teatro pequeño pero caro.

—Así que llevas el negocio del espectáculo en los genes —le dije—. ¿Cómo se llamaba?

—Wellington's Magic Venue.

Sonreí y le toqué la rodilla con la raqueta, pero él no reaccionó.

—Era un cuchitril en ruinas. Y caro. Por entonces yo trabajaba en la City evaluando planes de inversión, así que mi padre tomó el primer vuelo a Londres para saber mi opinión sobre el proyecto. «¿Comprar o alquilar?», me preguntó; le aconsejé que comprara. ¿Qué podía salir mal?

—¡Déjalo! —le dije.

Estaba empezando a subir frío del suelo. Pero Rusty, al que no le costaba explayarse, menos aún durante las reuniones, continuó con su relato. Contó que su padre se había pasado dos meses ensayando para perfeccionar su número, que había hecho imprimir folletos, a color y por ambas caras, y que su esposa y él los habían repartido por todo Belfast. Cuatro meses después de haber dejado el trabajo, inauguró la sala de teatro. No me atreví a preguntar por el final de la historia.

—Tres años más tarde, mi madre, sentada en una silla de jardín de plástico duro en un teatro completamente expoliado, seguía traumatizada por la subasta pública. Habían arrancado incluso las butacas de terciopelo con asiento abatible. Mis viejos lo intentaron todo, pero no hubo manera de hacerlo funcionar. Al menos no lo suficiente. La magia es un negocio delicado.

—Ya —dije—. ¿Y tu padre?

—Muerto. Un infarto. El estrés de la hipoteca. Fue como una losa cancerígena para su corazón. Entonces... ¿lo comprendes?

No comprendía nada. Nunca había escuchado un argumento tan disparatado, y tampoco veía la conexión entre la Caserna y el Magic Venue del difunto padre de Rusty; de hecho, no tenían nada que ver. Me estaba dando cuenta de que mi socio tenía un lado sensible que no conocía. Bajo la apariencia dura, jovial y rebelde de Rusty, había un corazoncito blando e irracional. Lo que él no sabía, al menos no con todos los detalles, era que yo llevaba semanas trabajándome a Sotomayor, el capo inmobiliario más poderoso de los estados del Sur, según *L.A. Business Journal*, y actual propietario de la caserna de Los Ángeles. El hombre ardía en deseos de deshacerse de ella, lo que era un secreto a voces. Todos en la ciudad sabían que Sotomayor llevaba cuatro años intentando vender aquella antigua caserna de la guardia nacional a toda clase de promotores inmobiliarios e incluso a unos húngaros. Todos en la ciudad sabían también que en un principio se iban a construir apartamentos de lujo, luego viviendas sociales, después una clínica de rehabilitación, más adelante un garaje, pero una y otra vez, en las asambleas de participación ciudadana, las asociaciones de vecinos se oponían. Y todos en la ciudad sabían asimismo que la oferta más alta que le habían hecho era de catorce millones. «Nosotros la superaremos», le prometí. Días antes había visitado en secreto esa mole de ladrillo acompañada de una ayudante de Víctor Sotomayor, sin ningún compromiso por ambas partes, y me había conquistado: era una maravilla.

—Te comprendo, Rusty —le dije—. Pero tendrías que ir por lo menos una vez a verlo.

Una semana después del partido de *squash* lo llevé a ver la Caserna; el primer paso lógico, pero que aún no habíamos dado porque él hasta entonces sólo había estado dispuesto a ver planos y fotografías. En compañía de otra ayudante de Sotomayor, después de circular durante casi una hora para cruzar Los Ángeles, llegamos frente a un conjunto arquitectónico que no sólo parecía una fortificación medieval sino que lo era. La Caserna, construida en 1916, imitaba una fortaleza árabe con un estilo tan sombrío y perverso que te ponía la piel de gallina. Durante más de sesenta años, en las torres de las esquinas, a treinta y cuatro metros de altura, había ondeado la bandera de la guardia nacional; Sotomayor había añadido tres banderas con barras y estrellas y una bandera cubana. Tras esas almenas habían desfilado cadetes y las bodegas acorazadas con plomo habían almacenado munición y material militar. Las fachadas poseían una piel áspera de ladrillo rugoso; cada cinco ladrillos apilados sobresalía uno atravesado, a veces inclinado, a veces medio roto. Le conté a Rusty que, en los años treinta y cuarenta, en el patio de instrucción, cubierto por una gran bóveda cilíndrica, se habían enfrentado boxeadores de renombre. «Joe Louis y Max Schmeling», dije, y Rusty empezó a boxear con su sombra. En 1978 el ejército había abandonado las instalaciones y las ciento sesenta estancias habían quedado vacías; dormitorios comunitarios de piedra, comedores con revestimiento de madera de nogal, salones de roble, escaleras, una cocina industrial, una piscina, un campo de instrucción cubierto, cuartos de baño, salas de máquinas, bodegas, calabozos. ¡Todo para Rusty!

Tenía yo razón. Vi cómo se le iluminaba la cara a medida que nos adentrábamos en el laberinto de la Caserna; una caminata de más de una hora por habitaciones mugrientas, oficinas con estantes combados por el peso de archivadores medio oxidados y habitaciones de oficiales donde aún se veían chaquetas de regimiento olvidadas en sillas polvorientas. Sus pasos habían empezado a resonar en el suelo y su mirada iba adquiriendo un brillo codicioso mientras charlaba cada vez más animado con la asistente de Sotomayor. Cuando volvimos al patio de instrucción cubierto, con las dimensiones de cuatro campos de *hockey* sobre hielo, la chica dijo: «Aquí rodó el famoso director de cine George Lucas varias escenas espaciales de *La guerra de las galaxias*», justo cuando encendía un fluorescente sobre la cabeza de Rusty.

Sin embargo, después de la visita de ese jueves por la tarde en Compton, Sotomayor dejó de contestar. No había manera de hablar con él por teléfono ni respondía a mis correos electrónicos. Sólo recibí respuesta de uno de sus secretarios y porque le envié tres faxes a su oficina central en Dallas; después de muchos rodeos y florituras, resultó que, de la noche a la mañana, la Caserna ya no estaba en venta. «Que te den, Víctor». Supongo que le habían llegado rumores acerca de nuestro proyecto y probablemente preveía una oleada de protestas en el vecindario, mala prensa, qué sé yo. Consciente de la situación, en mi siguiente fax le propuse llevar a cabo la venta en secreto. A partir de ahí, la clase media y el proletariado de Compton ya no serían su problema sino el nuestro. «Todo está a la venta, no creo que haga falta explicárselo a Víctor Sotomayor, y la prensa no tiene por qué saber todos los detalles», escribí en otro fax. De todos modos, que los periódicos se hicieran eco de la noticia tampoco tenía por qué ser negativo. Le recordé que a nadie se le había escapado que Sotomayor y Villaraigosa, desde que este último había sido elegido alcalde de Los Ángeles, se habían hecho muy amigos. Un par de años antes, el rey de la industria inmobiliaria se había visto obligado a admitir en *Los Angeles Times* que había subvencionado generosamente la campaña de Villaraigosa. Latino, como él. Desde entonces, en las licitaciones públicas que concurrían en la ciudad todo jugaba bastante en su contra. «Querido Víctor, tal vez sea ésta tu oportunidad de hacer algo que no le parezca bien al alcalde. Piénsatelo. Te ofrecemos quince. Puedo estar el lunes que viene a las cuatro en Dallas», le escribí.

No recibí respuesta. Evidentemente. El tono impertinente que había empleado no le había gustado. Sotomayor era un cubano que había llegado a la cima, con una nariz sudorosa de boxeador, y no estaba acostumbrado a negociar con mujeres. De cuerpo voluminoso en forma de gota, solía llevar trajes holgados en tonos pastel, como en el que se limpió los dedos llenos de anillos antes de tenderme una mano floja y tibia.

«Esta vez lo tenemos en el bote», le dije a Rusty. El lunes de la semana siguiente cogí un vuelo chárter a Texas. A las cuatro menos cinco de la tarde, en la planta undécima de la Stone Tower, en el centro de Dallas, estaba saliendo de un ascensor en cuyo espejo había un montón de huellas marcadas. No tenía cita. Aun así, llamé a la puerta de vidrio esmerilado del despacho de Sotomayor.

Mis colegas se quedaron brindando, pero yo desaparecí para seguir con el trabajo y dar buen ejemplo, aunque en realidad se me había formado de repente un nudo en el estómago. Por el correo electrónico. Con cada peldaño que subía, el alboroto de abajo se iba debilitando y crecía mi curiosidad. ¿Era sensato no leerlo? ¿Qué quería Aaron? Cuando cerré la puerta del despacho, en otros tiempos una *suite* nupcial, sólo se oía el zumbido suave del ordenador sobre la mesa. ¿Qué quería? «No va a pasar nada por leerlo», reflexioné. En cuanto a responder o no, ése ya sería el siguiente paso, sin duda decisivo. Recuperé el mensaje de la papelería. La euforia por el éxito y el efecto desinhibidor de las tres copas de champán Armand de Brignac «Ace of Spades» por lo visto neutralizaban la repugnancia. Sin pensármelo más, abrí el correo de Aaron.

(Sin asunto).

De: Aaron Bever (a.bever@hetnet.be).

Enviado el: jueves 17 de abril de 2008 04:49

Para: Joni Sigerius (jonisigerius74@hotmail.com).

seguramente te quedaste muy sorprendida cuando tu madre te contó que había estado hablando conmigo en la estación central de bruselas. nos vimos por pura casualidad ya que sin saberlo habíamos estado sentados uno frente al otro desde maastricht, pero no nos reconocimos hasta el final. había pasado mucho tiempo desde que la vi por última vez. me va bien, espero que te lo haya contado. ella también tenía buen aspecto, oye, se la veía tan delgada, tan alegre, tan femenina. me sorprendió bastante verla en bruselas, pero imagino que fue recíproco, porque cómo iba a saber ella que ahora vivo en linkebeek. no te diré dónde exactamente, porque soy muy celoso de mi tranquilidad. de hecho, te escribo por eso, porque tú conoces como nadie el palo que me llevé con lo que ocurrió en 2000, entonces me ayudaste mucho, me enteré por la señora haitink, ¿fui al menos cariñoso contigo? cuando vi a tu madre con tu marido apenas podía creer que tú también te hubieras instalado en bruselas, qué casualidad, ¿no?, y como suele pasar con estas cosas, un par de días después te vi caminando por el patio de recreo del colegio klimop, ESE DÍA ESTABA HACIENDO FOTOS DE LAS CLASES POR AZAR, AUNQUE ¿QUÉ ES EL AZAR?, ¿QUÉ ES EL AZAR, JONI? Y TE VI PASAR POR EL PATIO, EMPUJANDO UN CARRITO DE NIÑO, ESTABAS CON TU MARIDO, EL MISMO TIPO QUE VINO A RECOGER A TU MADRE A LA ESTACIÓN con su bmw, fue extraño, los dos nos miramos y en el acto supimos que éramos rivales, os deseo toda la felicidad del mundo. no fue difícil reconocer a tu hija en la foto, enseguida identifiqué a la pequeña juliette, tercer curso, la de la señorita jeanne, la segunda niña de la primera fila, la mismita cara de testaruda que tú, dos trenzas rubias, y qué apellido tan fardón, jalabert, juliette jalabert, desde luego que suena mucho mejor que bever, quizá también más bonito que sigerius, pero *what's in a name*, sólo es un nombre. ese amiguito rico tuyo seguro que es muy cariñoso con juliette. pero no te escribo por eso, te escribo porque estos últimos días he vuelto a tener una recaída, sólo te aviso, en realidad estoy fatal, vuelvo a dormir muy mal, cariño. tineke me dio la terrible noticia, hace años que siem murió, me dijo, sólo me lo creí a medias, pero me lo creo, debo creérmelo. no tenía ni idea, no lo sabía, de veras que no, lo siento mucho, me entran ganas de llorar sólo de pensarlo. me ha vuelto a venir todo a la cabeza, lo tengo zumbando todo el rato, me invade por las noches constantemente, me pregunto otra vez cómo ocurrió todo, de quién fue la culpa, las peleas

que teníamos, etcétera, etcétera, y ES LÓGICO. ¿NO CREES TÚ TAMBIÉN que todo empezó con la catástrofe de los fuegos artificiales? eso lo destrozó todo. después pasó todo muy rápido, todo se fue a la mierda, joder, joder, joder. lo que quiero preguntarte es si puedes decirme aproximadamente dónde vives y dónde trabajas, así sabré a qué lugares puedo ir o no, para no tropezarme contigo, porque la otra vez, junto al klimop, me sentí al borde del colapso, oye, os seguí por sint-jansmolenbeek, cruzando el parque scheutbos hasta casi llegar a anderlecht, pero allí te perdí, hasta que te vi en un autobús verde que iba a koekelberg. en fin, tardé horas en llegar a casa, estaba de barro hasta las ingles. pues eso. por lo demás, espero que a ti también te vaya bien, tienes un buen hombre, y una niña preciosa, qué putada tan grande que su maravilloso abuelo

¿«Su maravilloso abuelo»? Un velo cubría el Valley, una mezcla de niebla y *smog*. Abajo, en la acera ancha de Coldwater Canyon Avenue, un chico asiático con una camiseta de beisbol de los Dodgers había abierto con cuidado la verja de hierro forjado de nuestro jardín delantero, y subía por los peldaños de arenisca del sendero con un periódico que había sacado de su bolsa bandolera.

«Su maravilloso abuelo». Salí del despacho. Danny y Deke estaban apoyados en el umbral de la puerta de Recursos Humanos con una copa en la mano; los saludé, bajé en silencio dos tramos de escalera enmoquetada y en la cocina de la primera planta encontré una bandeja con copas de champán usadas. Cogí la que estaba más limpia y me serví de una botella abierta que había en la nevera. Volví tomando sorbos a mi mesa. Frente al ordenador, abrí el correo y escribí a Sotomayor, para responderle de forma oficial y dejarle entrever que esta vez no tenía pensado volar a Dallas. Así que ya podía ir buscándose un notario en Los Ángeles.

Me quité la goma del pelo, me sacudí la melena y me quedé mirando la avenida Coldwater. El chico de los periódicos abrió una cancilla al otro lado de la calle. Con las zapatillas de deporte se pisaba el borde deshilachado de los vaqueros.

Entonces, Aaron seguía estando loco de remate... Volví a abrir el mensaje, y mientras releía su relato absurdo me invadió una mezcla de sentimientos muy desagradable: compasión, alivio y repugnancia. El alivio era, por el momento, la sensación más fuerte; tenía la impresión de que se trataba de un correo electrónico totalmente inofensivo, de alguien sin planes ni intenciones de ninguna clase. El pobre chico se había puesto a escribir en un arrebatado de confusión. Había olvidado que tenía esta dirección de correo; la había abierto cuando estaba de prácticas en McKinsey, creo que para el escaso intercambio de correos que mantuve con mi tutor del trabajo final de carrera. Había visto a Aaron por última vez a finales de diciembre de 2000, y

ya entonces estaba como una regadera. Llevaba así media vida; me daba mucha pena, la verdad, que todavía estuviera...

O que lo estuviera de nuevo, claro. Examiné por tercera vez el texto y comprendí que la frontera entre la verdad y la locura era muy fina, si es que podía hablarse de «verdad». Lo que yo podía confirmar era un disparate aterrador: para empezar, estaba soltera, era madre de un niño y hacía treinta años que no ponía un pie en Bruselas. Me había dado un vuelco el corazón al leer sobre esa tal Juliette; ¿de dónde la habría sacado?

¿Y qué quería decir con todo lo demás? ¿De verdad había hablado con mi madre? Por supuesto que no. ¿Tineke delgada? Ésa era la prueba definitiva de su locura: Aaron la había confundido con una absoluta desconocida, a saber por qué, al igual que creía haberme visto a mí. No tenía ni idea de psiquiatría, pero me parecía todo una alucinación de manual.

Por otro lado, utilizaba un servidor belga, pero eso, a lo sumo, significaba que vivía en Bruselas, como en efecto él mismo decía en el mensaje, aunque no comprendía qué se le había perdido allí. Me vino a la mente una imagen perturbadora: la de un autobús pequeño lleno de locos procedentes de Enschede que iban a pasar un día de excursión a Bruselas, y luego a Aaron vagando solo por la ciudad durante un par de horas, sin que las enfermeras pudieran dar con él.

Me llevé a los labios la copa de champán y miré a través de su forma esbelta las manchas de humedad que había en el techo. Lo que tampoco entendía era por qué contactaba conmigo ahora, al cabo de ocho años de silencio. Debía de haber un motivo. ¿De verdad no sabía que Siem había muerto? ¿Era eso posible? ¿Podría no haberse enterado? ¿Tal vez acababa de leer algo al respecto, o lo había visto en televisión, y por eso había empezado a darle vueltas? Me pareció muy raro, tremendamente irónico, que Aaron, el presidente de su club de fans en persona, no supiera nada. Releí el fragmento en el que hablaba de él. Me tomé el tiempo para reflexionar sobre la cuestión que planteaba: que el accidente pirotécnico hubiera desencadenado todas las desgracias. Tampoco era tan descabellado. Si te ponías a pensar en lo que había ocurrido entre nosotros tres a partir del 13 de mayo de 2000, la respuesta podría ser muy bien que sí.

El día en el que Fireworks saltó por los aires los tres estábamos fuera de Enschede. Siem, si no recuerdo mal, había viajado a Shanghái por asuntos de la universidad, y Aaron y yo teníamos una boda en Zaltbommel. Estábamos a salvo. Ninguno de nosotros se había quedado sin casa (aunque Aaron estuvo a escasos quince metros de quedarse sin techo), nadie había perdido las piernas

ni los brazos. Sin embargo, yo también me inclinaba a pensar que esa catástrofe había tenido un efecto perturbador en nuestras vidas. Quizá haya una ley que diga que una explosión de esa magnitud desencadena mecanismos impredecibles, propulsa ondas de choque que a su vez provocan acontecimientos caprichosos, crean malentendidos, obligan a tomar decisiones. Como si, a esa escala, las catástrofes se comportaran como *big bangs* en miniatura, dilatándose y creando espacios llenos de susurros, de consecuencias, de intrigas, de posibilidades e imposibilidades. Una desgracia como el accidente pirotécnico sería un vivero donde germinan nuevos desastres.

No es que nos diéramos cuenta ese mismo día, al contrario. Ese día no teníamos ni remota idea. El sábado 13 de mayo de 2000, Aaron y yo estábamos sanos y salvos alrededor de la tarta nupcial de mazapán de un tal Etienne, el único amigo de la adolescencia con el que Aaron seguía en contacto, y allí, en Zaltbommel, nos costó mucho esfuerzo darnos cuenta realmente de lo que estaba ocurriendo en casa, a ciento cincuenta kilómetros. Como pertenecíamos al grupo que había sido invitado para todo el día, cuando los novios se retiraron para hacerse la sesión de fotos, decidimos ir a pasar esa hora a nuestra habitación de hotel. En la escalinata del ayuntamiento, Aaron había pellizcado la cintura enfajada de Etienne Vaessen y le había dicho que íbamos a desaparecer un momento.

Poco antes de que las normas del decoro nos obligaran a ir a la casa de campo donde se celebraba el banquete, puse la televisión. Debían de ser las cinco y acababa de ducharme; Aaron estaba intentando ponerse los gemelos en el cuarto de baño. Mientras hacía *zapping*, vi en tres canales diferentes las mismas imágenes de una ciudad, como a vista de Boeing, de la que sobresalía una columna de humo negro; eso fue lo que vi, y la ciudad se llamaba Enschede, eso también lo registré. Cuando Aaron vino a sentarse a mi lado, vimos imágenes de la calle, con coches ardiendo bajo un cielo tiznado, policías que evacuaban a gente en pantalón corto, aturcidas, por una calle cubierta de escombros. Se fijó más y vio que se trataba de la Lasondersingel, a menos de ciento cincuenta metros de su casa. «Tenemos que volver —había dicho él—, hay que saquear la fábrica de cerveza Grolsch», una broma que me hizo sonreír, simplemente porque no podía imaginarme que las aceras desgastadas que conducían a la fábrica de Grolsch, las calles adoquinadas por las que solíamos arrastrar los pies los sábados para ir al barrio de Roomweg y comprar arroz tres delicias con carne y verduras en el minúsculo chino de la ciudad, o un poco más allá, en la cafetería De Roombeker, patatas fritas

industriales con sal de hierbas, o sea, la red de calles que Aaron transitaba en el día a día... no podía imaginarme que esa realidad inerte, intocable e inmutable ya no existiera.

Mi móvil estaba sin batería, y Aaron en aquella época no tenía. En la habitación del hotel había un aparato pseudoclásico de baquelita, de color negro mate, con un dial giratorio y el cable rizado. Intenté localizar a mis padres, pero llegué a la conclusión de que la red que servía a Enschede y los alrededores estaba colapsada. A Aaron no le pareció necesario llamar a Venlo. Luego sus padres nos contaron que numerosos amigos, familiares y conocidos no habían compartido nuestra despreocupación al respecto. Un tío, un conocido de su madre, su abuelo, su hermano, Sebastian, un compañero de la universidad, su antiguo profesor de yudo, la madre de una ex novia, un redactor del *Tubantia Weekly*... gente preocupada, sinceramente y con razón, que con diferentes tonos de voz había hecho la misma pregunta: ¿sigue vivo el chico? La madre pudo hablar con nosotros al día siguiente, gracias al teléfono de mi residencia de estudiantes. Estaba muy agitada, se había pasado la noche en el salón, viendo el teletexto y las retransmisiones de los telediarios de todas las cadenas, confiando en ver una señal de esperanza. Su padre, me contó Aaron en un tono casi burlón, se había mostrado menos paciente. «Voy para allá», había dicho a las nueve y media, y pude imaginar fácilmente a ese hombre amarillento y barbudo agarrando de la mesa del comedor el tabaco y las llaves del Toyota Corolla verde rana con que solía recogernos en la estación de Venlo cuando bajábamos al sur. El pobre hombre, un pastelero con cicatrices en los antebrazos por los cientos de miles de bandejas de horno incandescentes que había manipulado, estuvo deambulando durante una hora frente a las vallas de contención y los cordones de seguridad, sin ningún resultado, abordando a bomberos y policías hasta que lo mandaron de vuelta a casa.

—Tu padre está furioso —le había dicho la madre.

—Pero ¿a quién se le ocurre ir en plena noche, a la buena de Dios, a Enschede?

—Deberías comportarte un poco. Que hayas olvidado llamarnos es lo de menos... ¡Podrías estar muerto!

Muerto de un coma etílico a lo mejor. Mientras el padre se encontraba haciendo la ronda por un Enschede en llamas, el hijo pródigo estaba de fiesta en Zaltbommel, desatado, fuera de control, vaciando copas de champán rosado, el que no te hace mear sino bailar. Mientras en su barrio iban y venían las ambulancias, Aaron predicaba a todo aquel que quisiera oírle que en esos

momentos Roombeek era un trozo de carne frita en margarina: «No salpica, pero hay que estar atento». Cuando lo vi tumbado en el suelo entre globos y vasos de cerveza de plástico, imitando una ristra de petardos chinos, lo agarré del cuello y lo saqué a rastras de la pista de baile.

A la mañana siguiente, en el coche, las emisoras de radio no informaban de otra cosa que no fuera el campo de batalla al que nos dirigíamos. Una vez en Enschede, condujimos con un nerviosismo extraño hacia los alrededores del barrio de Roombeek. Al igual que su padre había hecho doce horas antes, aparcamos junto a una valla en la mediana del Lasondersingel, pero fue imposible acercarnos. Se respiraba olor a pólvora, nos quedamos mudos mirando las tejas rotas que habían salido disparadas y las chimeneas derrumbadas de las casas que habían resistido milagrosamente a la onda expansiva y nos ocultaban el auténtico cráter. En el césped de la mediana se había incrustado un contenedor que sólo podía haber llegado allí describiendo un arco por encima de aquellas viviendas. Frente al maltrecho Rijksmuseum había un hombre, sentado en una sillita de pescador, mirando a través de la valla metálica. Nos contó que el fuego había respetado la Vluchtestraat. Al lado tenía un termo de café, pero no era un turista de catástrofes: su casa, en la avenida H. B. Blijdensteinlaan, estaba a punto de derrumbarse, según decían los expertos. Condujimos en silencio hacia el centro. En la cocina comunitaria de De Heurne escuchamos las historias de mis compañeras de piso. En el momento de la explosión, una de ellas pasaba con la camioneta de la residencia por la Deurningerstraat y vio cómo un bloque de hormigón perforaba el techo del coche que iba delante. «Qué lástima que no estuviéramos en casa —había dicho Aaron sin poder disimular la decepción—. La verdad es que es un fastidio perderse algo así».

A Ennio se lo habían llevado en helicóptero al Hospital Universitario de Groninga con quemaduras y cortes graves. Me lo contó mi madre como quien no quiere la cosa una semana después de la catástrofe pirotécnica. Estábamos en la galería de la cocina de la granja, originalmente la despensa, que ahora utilizábamos como lavadero y trastero. Aaron y yo llevábamos un par de días durmiendo en casa de mis padres. Mientras hablaba, Tineke iba llenando la centrifugadora con ropa de cama, pero en realidad era a mí a quien estaba centrifugando. La noticia me zarandeó y me secó la sangre de las venas.

Ennio Aaltink, un italiano de corazón y alma nacido en Forlì, regentaba una tienda de productos ingleses *delicatessen*, cosa bastante extraña, en el

Haverstraatpassage, en un local largo y estrecho detrás de cuya caja registradora me pasé todos los miércoles del principio de mi época de estudiante. Los dos orientábamos a excursionistas alemanes y clientes autóctonos, que eran lo más parecido a una aristocracia de provincias en Twente, entre tarros de Colman's English Mustard y Haywards Pickled Onions, paquetes de Shredded Wheat, Honey Nut Cheerio's, latas de judías con salchicha, guisantes tiernos, judías negras, guisantes secos y chutneys en todas las gamas de color caca de niño. Pero la mayor parte del tiempo estábamos los dos solos.

Ennio había navegado por todos los mares del mundo desde los dieciséis hasta los treinta años, los últimos como cocinero de a bordo, y coleccionaba historias exóticas. No sé si lo hacía aposta, pero en todas ellas siempre se planteaba un dilema, se cuestionaban diferentes maneras de vivir. «¿Qué sentirías si estuvieras deprimido y atrapado en un carguero frente a la costa de Sajalín?». «¿O si te hubieras escapado por los pelos de casarte con una angoleña?». «¿O si tu capitán te hubiera obligado a llevar a treinta filipinas de contrabando?». «Dime, Joni, ¿qué habrías hecho tú?». Era un cuarentón guapo, moreno, con una nariz tan larga como un dedo y unos resplandecientes ojos castaños, también como dedos, que cada miércoles hacían cosquillas a mi alma inocente.

Mezclaba de un modo encantador el neerlandés de Twente con palabras en italiano, que aparecían en los momentos más inesperados. Me hablaba de su juventud, de sus padres, unos majaretas de mucho cuidado que los habían educado, a él y a su hermano, con mano dura, siguiendo la estela de Benito Mussolini. Desde la muerte de Il Duce, todo se estaba yendo a la mierda, en una Italia corrupta, blanda y democrática, opinaba el padre de Ennio, un vocinglero atormentado que confundía discrepancia de opiniones con *vendetta* y que en su época había vendido periódicos en la estación de Forlì, en un quiosco descolorido por el sol, que poco a poco había ido empantanándose con libelos fascistas, hagiografías de Il Duce y estampitas de cartón del gran dirigente a caballo. Todos los domingos la familia se subía a un Fiat rojo tomate y visitaba, con rosas frescas en la bandeja trasera del coche, el pueblo natal de Mussolini, que, cosa bastante curiosa, estaba a tiro de piedra de Forlì, para finalizar la jornada delante del sepulcro familiar, donde el padre recitaba uno de los discursos de Il Duce con la cabeza bien alta.

Ennio llevaba ya más de dos años en la *scuola media* cuando un joven profesor de historia le contó la verdad sobre Mussolini. Tardó un par de

semanas, pero comprendió que sus padres honraban a un payaso perverso, megalómano y destructivo, que su padre no sólo era tonto sino que probablemente era también una mala persona. Renegó de la familia. Una noche, mientras el hermano menor dormía, les escribió una carta de despedida; me resultaba fácil imaginarlo allí sentado, a la luz de una vela, veinticinco años más joven, escribiendo ese adiós. A la mañana siguiente, llegó al puerto de Rávena haciendo autoestop y embarcó en un carguero rumbo a la India.

A cambio de tanta franqueza, entre tarros de mermelada y pilas de cestas de pícnic forradas con fieltro yo le hablé de mis orígenes, un relato muy deslucido comparado con el suyo, al menos por aquel entonces. Como todos, él también me preguntó si seguía viendo a mi padre biológico, y cuando le dije que no sentía ninguna necesidad su reacción fue distinta de la que yo esperaba. Me llamó estúpida, despegada, descarada e incluso despiadada. Fue lo que dijo. Le parecía fría y distante. ¡A él, nada menos! Al hombre que durante todos esos años había navegado lo más alejado posible de las costas italianas, que había engendrado, con una profesora de Gimnasia de Boekelo, una hija delgaducha que ni siquiera sabía que tenía abuelos italianos, a un hombre que para más inri había tomado el apellido de su esposa. «Mi padre puso a un fascista en el Parlamento italiano, ésa fue la razón, Joni. Si no hay una razón de peso para abandonar a la familia, no lo hagas».

Me gustaba. Estuvimos hablando durante un año, charlando y rozándonos al pasar, hasta que una tarde le abracé el torso delgado. Apreté los pechos contra ese cuerpo acorazado de autodeterminación, tenacidad, de ansias de aventura y autenticidad e independencia, pensaba yo con mi cabecita de colegiala enamorada, de libertinaje por principios, pensé también, porque esa apariencia exterior dura y seca me parecía que por dentro era untuosa, plagada de nomadismo y ganas de escapar. Un hombre desarraigado. Él me aupó y me besó. «Me quiere —pensé—; si se lo pido, mañana pondrá en venta esta tiendecita tan cursi y me llevará a Nueva York o Río de Janeiro».

Se rió de mí en la cara. Ni hablar, no tenía ni un pelo de tonto. Y yo no era consciente de lo mucho que amaba a su profe de Gimnasia. Y a su hijita. «Pero si prometes no enamorarte, podemos cerrar la tienda al mediodía», me dijo. Eran las seis en punto y yo estaba cuadrando la caja. «Piénsatelo con calma». En fin, no había nada que pensar, el deseo me hacía arder como una mecha y sólo tenía la cabeza en el próximo miércoles al mediodía. Durante la pausa del almuerzo, una vez a la semana, de los dos años siguientes, comíamos juntos en el sofá de dos plazas de terciopelo negro de Ikea que

había en el almacén trasero; una hora acalorada justo en mitad de la semana que emergía como un chorro de aceite en un vaso de agua, e incluso seguía flotando sobre nuestra vida diaria como una burbuja cuando empecé a enrollarme con Aaron. A veces me llamaba para que sustituyera a su nueva empleada, un par de veces al año, y siempre seguía cerrando con llave la puerta de la tienda a las doce.

En la despensa, frente a mi madre, aún no sabía exactamente lo grave que estaba Ennio, pero me resultó insoportable la idea de que la violencia ciega de unos escombros proyectados por el calor extremo hubieran dañado su piel tersa de color caramelo, su pecho un poco hundido, sus hermosas piernas, incluso (Dios no lo quisiera) su cara de facciones adustas. «Pero ¿cómo es posible? —le pregunté sollozando—. ¿Qué demonios se le había perdido en Roombeek?». «Yo sé muchas cosas, cariño —me contestó ella—, pero no lo sé todo».

En Coldwater, pasé el resto del día en un estado de embriaguez cada vez más oscuro. Enschede, Aaron, Ennio, mi padre, toda la flota de barcos de Twente que había quemado tras de mí salían de nuevo a la superficie. Aunque estaba muy ocupada cerrando la compra —llamadas telefónicas con el notario, con la gente de Sotomayor, firma en Los Ángeles o no (por un momento existió el peligro de que fuera en Dallas), con Sotomayor en persona o sin él, y sobre todo: cuándo—, los recuerdos de Enschede acudían a mi mente una y otra vez mientras charlaba con mis colegas durante el almuerzo organizado en el cenador carcomido del jardín. Después de comer, escribí dos correos a Aaron, pero los borré enseguida. ¿Qué ganaba yo con eso? Tal vez mis dudas fueran percibidas al otro lado del Atlántico porque, a las tres y once minutos, recibí un segundo mensaje.

—Si insiste en saberlo —dijo bruscamente—, mi padre ha muerto. De forma repentina.

La mujer, que se había presentado como la directora del colegio Klimop, sin más, aunque él se había pasado toda la conversación telefónica tratando de recordar su nombre, se llevó un buen susto al escuchar su mentira. Por un instante él no percibió más que un estremecimiento, con el que ella tomó conciencia de su propia mortalidad. Sí, a la gente le asusta la muerte. Aaron se había topado ya tres veces con su voz chillona en el contestador, cada vez más aguda y cada vez más fría, y aunque reconocía que estaba en su derecho (era cierto que había incumplido los acuerdos y que debería haber entregado las fotos hacía una eternidad), le sacaba de quicio la asertividad con que lo reprendía.

—Lo lamento mucho, señor Bever —dijo ella, que se había calmado en el acto—. Lo acompaño en el sentimiento. —La mujer dejó que se produjera un segundo silencio, una señal de respeto cogida por los pelos que hizo durar lo máximo posible. Luego carraspeó—. ¿Por qué no informó al colegio? Tendría que habernos llamado.

Debía de tener más o menos su edad, le pareció a él, incluso podía ser un poco más joven. Dirigía una escuela de primaria grande con una mayoría de alumnos inmigrantes, en una zona empobrecida de Molenbeek-Saint-Jean. Ya en la primera entrevista, y también el mismo día de las fotos, él se había percatado rápidamente de que se trataba de una idealista con los pies en la tierra, un tipo de persona con el que se había topado varias veces. A medida que iban pasando por delante de su cámara clases enteras de niños africanos, vociferantes y revoltosos, su admiración por el valor y el sentido de la responsabilidad de esa mujer no dejaba de aumentar. Con cualquiera que hablaras sobre las escuelas rurales de los alrededores de la ciudad siempre hacía un comentario negativo sobre los colegios de inmigrantes de Bruselas, pero a esa mujer, había que reconocérselo, no se le caían los anillos por estar

allí. Sin embargo, lo exasperaba sumamente su persona. El corte de pelo a lo paje, blanca como la leche, la cara grande y asexuada, el calzado con cierre de velcro, detalles que a él le sugerían que quería apartarse poco a poco del mundo adulto. Su manera de ar-ti-cu-lar las palabras era exagerada, le repetía por lo menos tres veces todo aquello de lo que estaba segura; se lo repetía a él y sin duda también lo hacía en las reuniones de padres.

—He pasado dos semanas muy tristes y agitadas —respondió—. Mi padre era también mi socio. He tenido que cerrar el negocio durante un tiempo.

Prefería no pensar en la impresión que le había causado. Estuvo fotografiando a los niños la mañana siguiente de encontrarse con Tineke y ya entonces le bullía bastante la cabeza. Eso al menos fue lo que dedujo de un correo electrónico febril y delirante que se había encontrado en la carpeta de «Enviados» y que, al parecer, había escrito a Joni Sigerius. Si había comprendido bien su propio mensaje —al que por suerte Joni no había respondido, si es que lo había recibido—, nada más terminar la sesión en el Klimop había emprendido una enfermiza peregrinación por Bruselas. Por si acaso, la tarde anterior había lanzado un breve mensaje de disculpa al agujero negro y, como consecuencia, llevaba toda la tarde esperando una respuesta que tal vez nunca llegaría.

—Pero tiene usted razón —añadió—. Tendría que haberles informado.

La directora respiró sonoramente. Su despacho olía a ceras para niños y estaba lleno de libros infantiles. Ella leía exclusivamente literatura infantil, por eso le seguían creciendo el mentón y el cráneo. Leyendo libros para los más pequeños había arruinado su entendimiento, al igual que podías arruinar la vista leyendo con poca luz, o el oído cuando los bajos eran demasiado graves.

—¿Por qué llamaste por teléfono a los padres de Juliette Jalabert?

—¿Cómo?

El tuteo lo cogió por sorpresa. Y la pregunta. Recordaba haber mencionado a esa niña en el mensaje que había enviado a Joni. ¿Había estado molestando a unos desconocidos? ¿De qué le estaba hablando?

—Ya me has oído. El padre de Juliette vino a verme ayer. Los has molestado hasta en tres ocasiones con preguntas extrañas.

Como un perro policía huele un cadáver, empezó a escarbar en su memoria. El padre de Juliette Jalabert... ¿Se le estaba pasando algo por alto? Supuso que se había ausentado por lo menos un par de días enteros, como le solía ocurrir después de una recaída. Desde que aquel BMW se había alejado

de su vida con Tineke Sigerius dentro, una guerra se había desencadenado en su cabeza.

—Señora... —dijo—, de verdad que no sé de qué me está hablando.

—Pues piensa un poco más —repuso ella—. Y ya puedes ir olvidándote del encargo. Queda anulado.

—Pero...

—Y esto sólo lo diré una vez: no quiero ver ni una fotografía de nuestros alumnos en tu página web.

Aaron colgó con un gruñido, se separó de la mesa impulsándose con fuerza con los pies, y la silla salió rodando por el cuarto. Se encendió un cigarrillo. En la pantalla del iMac tenía una de las fotos de clase del puto Klimop con las que había empezado a trabajar esa misma mañana. Bajo las fotografías de grupo, había escrito en mayúsculas doradas el nombre del colegio, el número de la clase y el año al lado; en los retratos individuales, los nombres propios en una bonita cursiva. A Juliette Jalabert todavía no había llegado. Cerró el programa sin guardar los cambios y se mordió el labio inferior.

Tras el encuentro desconcertante con la madre de Joni, se había subido al tren que llevaba a Linkebeek aturcido, presa de una mezcla de tristeza e indignación. La noticia de la muerte de Sigerius, aunque no fuera reciente, había sido un golpe duro, y en el trayecto a casa había empezado a sentir las piernas pesadísimas y el torso extrañamente vacío. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué coño nunca se enteraba de nada?

Como llevaba una vida en la que raras veces se enfadaba, no relacionó la ira que por momentos estaba apoderándose de él con la enfermedad. Y en lugar de subir corriendo por la escalera y coger del botiquín del cuarto de baño un blíster de Seroquel, se dirigió a la cocina y se calentó en el fogón de inducción una lata de sopa de tomate china: ¡craso error! Después subió a la buhardilla por la escalera de caracol, mientras le castañeteaban los dientes por el resentimiento, y se dejó caer a lo largo sobre la cama sin hacer. ¿Cómo podía llevar ocho años muerto sin que él se hubiera enterado? Estuvo dando vueltas en la cama toda la noche; durante las horas más oscuras, se quedó mirando fijamente el arco de madera de la ventana, que crujía por encima de su cerebro encendido. Habían enterrado a Sigerius a principios de 2001, le había dicho Tineke. ¡Claro, ya sabía lo que había ocurrido! Sigerius debía de haber muerto durante las tres semanas que él había estado ausente del mundo.

Desde finales de diciembre de 2000 hasta junio de 2001, más de medio año, había permanecido internado en la Tulp de Twente, una clínica psiquiátrica a las afueras de Enschede. Las tres primeras semanas las había pasado en una celda de aislamiento. Justo entonces, cuando se encontraba en lo más hondo del pozo, debió de haberse difundido por todo el país la noticia de la muerte de Sigerius.

Nada más entrar en la Tulp, para que se calmara, lo habían metido en una «habitación separada», como osaban llamar a aquellos establos de hormigón y sin paja. Había un colchón desnudo de plástico gris en el suelo y un orinal de acero inoxidable. De una de las frías paredes insonorizadas colgaba una pizarra de colegio con tiza blanca. Allí no entraba ni salía nada. Con una camisa de yute y unos calzoncillos de papel, había gritado hasta destrozarse las cuerdas vocales. ¿Y entretanto habían enterrado a Sigerius?

Lo irónico era que en su celda, privado de las noticias de todo el mundo, de las previsiones meteorológicas, de sí mismo, se había sentido un visionario. La miríada de burbujitas en el hormigón de las paredes lo rodeaba como una nebulosa galáctica. Cuando estaba tumbado en la rebanada de plástico y respiraba hondo, el espacio se contraía y las estrellas se le clavaban en la piel como alfileres. El cosmos era su pulmón, disponía de tiempo y espacio, penetraba en cualquier cosa sin importar la escala del objeto. Sabía con la precisión de un picosegundo cuándo y en qué grado de longitud y latitud lo habían engendrado sus padres, la causalidad exacta de esa inacción, la cadena de acontecimientos que se sucedían desde hacía miles de millones de años vinculados al Big Bang. Lo sabía todo.

Pero, por lo visto, no sabía absolutamente nada. Ni siquiera se lo habían contado cuando salió del cubo de la locura. ¿Por qué?

El sol de tarde incidía en el *parquet* de pino estadounidense que revestía el suelo de su despacho y parecía una pista de patinaje que llevara días sin barrer. La ventana que había sobre el escritorio estaba abierta y una ráfaga de viento levantó un sobre con el recibo de unos impuestos. Brillaba el sol, pero hacía fresco. Intentó leer un libro, escuchó tumbado en el suelo un disco de Monk y se quedó traspuesto. Cuando se despertó, abatido y amuermado, fue a sentarse a la mesa y abrió por enésima vez el correo electrónico. Una pareja de palomas blancas aleteó por la habitación: «Me ha escrito». Su nombre en negrita en la pantalla le golpeó el corazón. Abrió el mensaje con dedos temblorosos.

Aaron, sí, desde luego que ha pasado mucho tiempo. Ojalá no me recuerdes como alguien que se asusta a la mínima, pero he de admitir que me sorprendió bastante tu primer correo.

Comprenderás que de vez en cuando me siga preocupando por tu salud. Por fortuna, sólo fue una depresión pasajera, ¿verdad?

También comprenderás que para mí es un poco complicado saber si te encontraste realmente con mi madre. Sólo puedo decir que llevo muchos años sin tener apenas contacto con ella. Y no, no vivo en Bruselas, sino en Los Ángeles, desde hace unos cinco años. Trabajo para una empresa que fabrica *frisbees* y tablas de *windsurf*. Y tampoco estoy casada. (Estuve viviendo un tiempo en San Francisco con Boudewijn Stol, no sé si le recuerdas).

Sí, si lo miras así, la catástrofe pirotécnica desencadenó muchas cosas. En ti, en mí y en mi padre. Sin embargo, Aaron, como conozco un poco tu alma sensible, no olvides que, igual que todo el que se suicida, fue su elección. No me preguntes por qué, pero Siem lo quiso así.

Pienso poco en ello. Y si puedo, nada en absoluto.

Que te vaya bien,

Joni

Se fumó dos cigarrillos. Luego, con el cuerpo anquilosado después de pasar tanto rato sentado, se adentró en las entrañas del salón trasero, con molduras y rosetones en el techo, pero no vio ninguna paloma. «¿Suicidio?». La alegría arrolladora que había sentido hacía un momento había desaparecido por completo. Del cajón superior del aparador cogió una cajita de oxazepam y se la llevó al cuarto de baño. Se metió tres pastillas en la boca; se las tragó con medio tazón de agua calcárea. «¡Madre mía!».

Anocheía. Tras las cortinas corridas, tramaba nuevas reconstrucciones, variaciones breves e intensas que pivotaban en torno a la idea de que no sólo no se había enterado de la muerte de Sigerius, sino también de una tragedia. Una desgracia. Habían conspirado contra él (¿personas, organizaciones, partidos, sindicatos, servicios secretos?), le habían mentido, engañado. Esos cabrones le habían impedido el acceso a información vital. Siem Sigerius, en aquella época ministro de Educación, su puto ex suegro, va y se suicida, ¿y nadie le dice nada? Se preguntó demasiadas cosas, demasiado rápido, demasiado profundas. ¿Qué papel había desempeñado la clínica Tulp de Twente en todo eso? ¿Quién había tapado la boca a las pocas personas que habían ido a visitarlo? ¿Acaso estaba permitido, jurídica, éticamente hablando, convocar reuniones secretas en las que los psiquiatras se ponían de acuerdo para ocultar la verdad al paciente Bever? ¿No les pagaban para que aceptara su situación? Podía oír cómo cuchicheaban esos batas blancas: «mantened la boca cerrada con el tonto de Aaron», «no le dejéis periódicos cerca», «nada de tele para el calvo».

Estuvo un par de horas sentado, inmóvil, en uno de los sillones de cuero rojo del salón, con los ojos cerrados, haciéndose a la idea de la nueva realidad a la que el mensaje de Joni lo había trasladado, resistiéndose con todas sus fuerzas a los razonamientos demasiado acalorados, luchando por no volver a hundirse en el océano psicótico. A medida que transcurrían las horas, fue calmándose un poco, los delirios de referencia se estabilizaron, el remolino de sus pensamientos se relajó, se hizo más lento. «Sé realista, inténtalo. ¿Un manicomio entero representando una función para evitar que Aaron Bever recibiera una mala noticia?». Debía de haber argumentos más plausibles.

¿Qué debía pensar de Elizabeth Haitink? Su confidente, la persona que dirigía su recuperación, la terapeuta que lo había guiado a través de la locura. La había colocado en un pedestal desde la primera sesión. Y había mantenido el jodido pico bien cerrado. En la Tulp de Twente había sido la única en quien había confiado por completo, quizá porque lo trataba siempre como el chico sano e inteligente que a pesar de todo él creía ser, a diferencia de los enfermeros de mente estrecha que le sacaban sangre, o le llevaban la comida, y en cuyos ojos se veía reflejado como el idiota en el baño del poema de Vasalis.

En la primavera de 2001, Haitink debía de rondar los sesenta años. Así que ahora debía de estar jubilada: al imaginarse a una Elizabeth Haitink fuera del manicomio, liberada de esos imbéciles y retrasados, lo había invadido una sensación de alivio ajeno. Delgada, frágil, acentuando su femineidad con trajes chaqueta de pura lana virgen o elegantes vestidos en crepé de seda... A alguien así le habrías deseado algo más alegre que tratar con tipos como él mismo, como por ejemplo dirigir una revista de moda con sede en una mansión a orillas de un canal de Ámsterdam, pero a ella ese mundo no la atraía en absoluto. Le gustaba su trabajo y lo consideraba importante.

Todos los martes y jueves por la mañana, ella iba a recogerlo a su dormitorio con vistas a las acacias y los olmos inmóviles del exuberante jardín de la institución (naturaleza recreada, falsa, ostentosa, para restregarle por la cara que el caos estaba en su cabeza y que debería ser como ese jardín, cuando él sabía perfectamente que la naturaleza era en realidad un montículo de termitas aterrorizadas en el que un oso hormiguero había metido el hocico), y él la seguía como un perrito faldero, andando detrás de su figura frágil, cruzando la galería y la sala de estar comunitaria con tulipanes gigantes en las paredes, hasta la cocina, donde se servían sendas tazas de café

descafeinado, y luego lo dejaba ir delante cuando subían la escalera, removiendo la leche en polvo, hacia los despachos del personal, donde al final de un pasillo desnudo se encontraba su consulta, correcta, sin más. Durante unas cincuenta horas intensivas, ella había estado tirándole de la lengua bajo un ventilador de cobre inmóvil en el techo; sabía cómo abordar las cuestiones delicadas, como si te estuviera ayudando a salir de la resaca de una ola gélida, y ahora que pensaba en ello caía en la cuenta de que esas conversaciones versaban sobre Sigerius. La diferencia era que él pensaba que estaba hablando de alguien vivo y ella sabía que hablaban de un muerto.

Por aquel entonces sus preguntas no habían levantado sus sospechas, parecían las protocolarias de cualquier psicólogo. Quería saber qué pensaba de Sigerius, las cosas que hacían juntos, la frecuencia exacta con que practicaban yudo y qué pasaba durante esos entrenamientos, qué le parecía a Joni su amistad, si le hablaba al suegro de su relación con ella, si alguna vez había llegado a comparar a Sigerius con su propio padre, tal vez conscientemente no, pero ¿inconscientemente? Si discutían, si tenía amigos de su edad, si le parecía que mantenían una amistad sana, etcétera, etcétera. Haitink no se cansaba de preguntarle por la fascinación que sentía por ese hombre, ningún detalle le parecía superfluo, y él no se cansaba de responder. Sólo ahora comprendía lo recto que había enfocado hacia su objetivo. Desde el primer día, Haitink había sospechado que bajo el esmalte de su devoción por Sigerius se escondía cierta podredumbre. Algo no encajaba. Él desviaba su atención de algo esencial enterrándolo en admiración por ese hombre en el que ambos estaban tan interesados. «Aaron, cuéntame —le pidió una mañana poco antes de llegar al punto de inflexión en la terapia—: ¿de dónde proviene esa capacidad tuya de admiración desbordante? Hablas de Sigerius como si fuera el dalái lama en persona. ¿A mí también me tienes en un pedestal?». «¿A ti? Tú me pones verraco», había pensado él, ofendido, pero no dijo nada. «¿De quién estabas enamorado en realidad?», le soltó luego, una pregunta fastidiosa que incluso le dolió. Tras un silencio embarazoso, él había contestado con una sugerencia: «Cómprate en la librería Broekhuis *Quién es quién en los Países Bajos* y léete las páginas sobre el dalái lama».

Quién es quién era un librito editado por el periódico *Volkskrant* que en esa época llevaba ya un año en las tiendas. Haitink asintió con la cabeza, lo conocía de oídas; describía los méritos de los cien neerlandeses más importantes del siglo xx. A la semana siguiente ella lo llevó envuelto todavía en el papel marrón de Broekhuis, y mientras él la miraba ella se sumergió en las páginas que glorificaban a Siem Sigerius y sus matemáticas, un capítulo

insertado entre *laudatios* a Ruud Lubbers, algo mayor que él, y a Freek de Jonge, un poco más joven. Era un artículo de lectura fácil que definía a Sigerius como una figura pintoresca de florecimiento tardío, con unos curiosos inicios como yudoca de élite, tras lo cual se había forjado una carrera científica deslumbrante. Básicamente contaba que Sigerius, a menudo de forma espectacular, y siendo ya un estudiante entradito en años, había logrado demostrar teoremas conjeturados —algunos con décadas de antigüedad— en todos los campos de las matemáticas, y cómo eso había cimentado su reputación de solucionador de problemas a lo Houdini, encauzando luego esa reputación para convertirse en un importante teórico matemático. Y, cómo no, en el capítulo se mencionaba, aunque de manera superficial, su crucial aportación a la teoría de nudos, que le había valido la medalla Fields.

Mientras Haitink leía en su austera silla de hierro, Aaron no quitaba ojo al movimiento de su boca, a cómo fruncía los labios y volvía a relajarlos, a los granitos de pintalabios que tenía entre las arrugas. Más derecha que una vela en aquel pequeño asiento, no dejaba de mover el tobillo, haciendo oscilar un elegante zapato de tacón alto de estilo parisino. «Así aprenderá», pensó él. En el silencio poco habitual que llenaba la consulta, recordó las veces que había pedido a Sigerius que le explicara el funcionamiento de esos nudos.

—¿Qué quieres saber? —respondía él.

—Pues, lo normal... Todo.

—Pero si a ti no te interesa.

—Por supuesto que sí —insistía Aaron.

—Es de una complejidad incomprensible, o chocante de tan simple.

—Pues dame la explicación simple.

—Está bien. Me recliné durante años con unos círculos que están enredados en un espacio tridimensional. ¿Sigues sintiendo curiosidad?

—Ahora mucho más.

—Bien. Imagínate que haces un nudo en un cordón y coses los extremos entre sí hasta formar un círculo cerrado. Sólo entonces obtendrás un nudo matemático. ¿Vale? Dos nudos diferentes a simple vista son idénticos cuando puedes transformar uno en otro sin que para ello sea necesario cortar el cordón en dos. El número de nudos únicos puede llegar a ser ilimitado, no lo sabemos. Por otro lado, resulta que, la mitad del tiempo, los nudos que parecen diferentes en realidad son idénticos. ¿Cómo se distinguen? Durante más de sesenta años la investigación permaneció estancada. Y entonces alguien formuló un polinomio, una fórmula algebraica con la que puedes dar a

cada nudo una identidad propia. Ese alguien fui yo. No puedo contártelo de una manera más sencilla.

Y a continuación, como si su explicación hubiera sido suficiente para transmitir el conocimiento, escribió su fórmula en el borde de un periódico con la rapidez con que la escribiría un médium, un entramado de cifras, letras, llaves y signos masónicos.

Como solía ocurrir con las teorías matemáticas revolucionarias, el polinomio de Sigerius (así se llamaba oficialmente la ristra) no sólo fue útil para los vasos capilares de las matemáticas sino también para desentrañar la estructura de los polímeros plásticos, para la investigación sobre el ADN, para la teoría de cuerdas y, también, para la teoría del todo. «Así pues, eres una especie de Einstein —le había dicho Aaron—. Igual que Tonny Eyk es una especie de Beethoven, ¿no?».

Cuando Haitink hubo terminado de leer, cerró el libro con un golpe seco y, meditabunda, acarició la portada.

—Odio las matemáticas —dijo.

Sigerius echaba chispas cuando una persona inteligente soltaba una estupidez como ésa y además se sentía orgulloso. «Con eso quieren decir que son de sangre caliente —decía él entonces, manoseándose con furia las orejas—, amantes del arte, es-pi-ri-tu-a-les, que aman más a las “personas” que a la “técnica y los números”. Entretanto, Aaron, caen a ciegas en la trampa de la charlatanería pseudocientífica y pseudorreligiosa porque no tienen nociones, ni la más remota idea, acerca de las relaciones numéricas simples. Son unos estúpidos, Aaron. Estúpidos. Quieren ser unos estúpidos. Odian las matemáticas, pero se vuelven locos con Uri Geller. Te mostraré cómo puedes cargarte a ese Uri Geller con un sencillito cálculo de probabilidades».

Él se quedó mirando a Haitink.

—Y Sigerius me odia a mí —dijo.

Ella frunció el ceño.

—Sé que es lo que piensas. Pero ¿por qué?

¿Por qué confiaba en ella? ¿Porque hablaba la lengua del mundo civilizado, la lengua del campus del que él había sido desterrado? ¿Porque era la única mujer normal en ese lugar horrible? (Las mujeres de su pabellón tenían los brazos tan arañados como la tabla que usaba su abuelo para cortar el salchichón; se las daban de concubinas de Sadam Hussein, aunque por encargo de la CIA y con la misión de sonsacarle dónde estaban las armas de destrucción masiva). ¿Era consciente de que Haitink simplemente se debía al secreto profesional, que en realidad él no estaba hablando con una persona,

sino con un cañón lanzapelotas, con una mercenaria que lo ignoraría si se tropezara con él en el supermercado?

No, confiaba en ella porque la hacía reír. A veces, cuando él decía algo divertido, una sonrisa iluminaba su cara arrugada y huesuda, no por indulgencia ni, peor aún, por compasión, sino porque su seriedad clínica era incapaz de imponerse al humor. Si él tenía un día bueno y afloraba algo de su antiguo ingenio, podía hacerla estallar en carcajadas, una risa efervescente que la convertía en una chica de dieciséis años en lugar de en la mujer de sesenta y uno que era. Para él, un chico destrozado hasta la médula, con la autoestima tirada por el césped de la clínica como un balón reventado, esa risa, a la que ella se entregaba sin reservas, era más sanadora que todos sus truquitos psicoterapéuticos juntos. Aunque sólo se le habían movido las aletas de la nariz cuando ella le había hecho esa pregunta («¿Por qué piensas que Sigerius te odia?»), la mente de Aaron esprintó tanto como le fue posible hasta el borde de su antiguo secreto, tomó impulso en la arena polvorienta y saltó agitando los brazos por encima del profundo abismo de silencio en el que había conseguido mantenerse durante cuatro años.

—Porque soy el chulo de su hija —dijo—. Por eso lo pienso.

Haitink no movió ni un músculo, nunca movía un músculo, estaba entrenada para no mover ni uno. Se limitó a coger con el pulgar y el índice una mota de polvo de su media de lana.

—Explícate —pidió.

Le contó breve y claramente que en 1996 él y Joni habían montado una página web de sexo en plan *amateur* y que ésta había funcionado hasta que los desenmascararon en 2000. Era una página de pago para la que él estuvo haciendo fotos una semana tras otra, imágenes en las que podía verse cada centímetro cuadrado del cuerpo de Joni en las posturas más provocativas. En una palabra: porno. Y a veces también podía verse un poquito de él.

—¿Un poquito de ti? —preguntó Haitink, con cara de sorprendida.

Bueno, sí, en fin. Sin entrar en detalles escabrosos, lo confesó todo. Después de cuatro años de secreto profesional, no salió de su boca más que lo necesario. Ella tenía preguntas y, como siempre, las formuló con mucha diplomacia; quería saber de qué estaban hablando exactamente. Él se dio cuenta de que había dejado de tomar notas.

—¿Fue idea tuya? —le preguntó.

—Sí. No, de los dos —respondió él, obviando que en realidad la idea había sido de ella.

—¿Daba...?

—Joni.

—¿Daba Joni su nombre verdadero en la página web?

—No, por supuesto que no.

—¿Cómo se presentaba entonces?

—Como una chica del Medio Oeste estadounidense. Así aparecía en la página.

—De modo que fotos, ¿eh?

—Internet es demasiado lento para las películas.

—¿Y eran fotos muy picantes?

—Usted ya sabe lo que es el porno, ¿no?

—Pues... me hago una ligera idea.

—Bueno, pues así. «Imágenes licenciosas», las llamaban antes.

—¿Y había que pagar para poder ver esas... imágenes licenciosas?

—Para verlas todas, sí, claro.

—Ajá. ¿Y cómo se llamaba la página?

—Lindaloveslace.

—¿Y Joni era la tal Linda?

—No, era yo si le parece.

—Bueno, sólo pregunto.

—Es la primera vez que le cuento esto a alguien.

—Es muy valiente de tu parte, Aaron. ¿Y funcionó?

—Como un reloj suizo. Fue tremendo. Tuvimos un éxito increíble. Nos pilló totalmente por sorpresa.

—¿Tan guapa es Joni?

—De una belleza deslumbrante.

—Para ti.

—Para miles de hombres.

Le contó que un buen día se despertaron y se percataron de que el «asunto» había crecido más que su relación.

—Un día nos fuimos a la cama como pareja y al despertarnos nos habíamos convertido en socios. Nos dimos cuenta de que éramos una junta directiva, una junta directiva con un secreto. La junta directiva de un secreto.

—Y durante todo ese tiempo te aterraba la posibilidad de que tu famoso suegro descubriera el secreto.

—Sí. Bastante, claro.

Él trató de explicarle lo tremendamente complicado que era mantener ese secreto; fingir que algo tan fuerte y exitoso, por incorrecto que fuera, no

existía. No sólo era todo un arte sino también una tarea que requería estar siempre alerta.

—Llevábamos una doble vida. Y entretanto mi amistad con Sigerius se afianzaba cada vez más. Gozaba de la confianza plena de su amado y cariñoso padre. Era un despropósito. En realidad, fue horrible.

—¿Por qué tenías tanto miedo?

Aaron no pudo reprimir un quejido. «¿No ha entendido nada?». Lo enfurecía tanto la pregunta como la forma brusca de desacreditar a su admirado Sigerius. «¿Es esto lo que se enseñaba cien años atrás en la facultad?». Se dijo que no tendría que haberle aconsejado leer *Quién es quién* sino un librito muy distinto, un manual del joven yudoca que Sigerius había escrito para los chicos de su *dojo* y que en su día encargó imprimir y encuadernar en la imprenta de Tubantia que editaba los programas de las asignaturas. Desde finales de los ochenta, todos los jueves por la tarde, Sigerius daba una hora de yudo gratis a los niños de Tweekelerveld, un barrio de clase trabajadora con el que te topabas al salir del campus por la entrada principal y cruzar la Hengelosestraat. Con ilustraciones torpes dibujadas por él mismo y textos escritos en un lenguaje llano, el librito de Sigerius versaba sobre los principios básicos del yudo y la filosofía subyacente, pero lo que no se le iba a Aaron de la cabeza eran las tres páginas con las normas de comportamiento para el «yudoca deportivo». Probablemente, Sigerius redactó aquella lista porque sentía que era su deber inculcar a esos niños, hijos de inmigrantes en su mayoría a los que con toda razón consideraba desfavorecidos, unos valores distintos de los que aprendían en los portales hediondos, apestosos de meados, de los edificios donde se veían obligados a vivir. «Cuando inmovilizo a mi compañero de yudo con una llave, no debo lastimarlo gratuitamente», «Prometo ante todo combatir con deportividad», «Cuando gano a un compañero de yudo, no tengo que jactarme de ello», «No me tumbo en el tatami, sino que me siento bien recto para escuchar las explicaciones del *sensei*», «Debo lavarme los dientes antes de ir a clase de yudo».

Haitink lo miraba fijamente. Su expresión había cobrado un aire un tanto burlón: era la mirada de una mujer que durante su juventud, en los años sesenta, se las había dado de tía progre. Muy bien. En lugar de intentar hacerle entender de qué grado de traición estaba hablando, así como los pasos y la astucia que se requería para diseñar una página web porno que tuviera éxito y mantenerlo en secreto, le preguntó si tenía hijos.

—Uno —respondió ella.

—Bueno, no importa. ¿Está casado?

—Ingmar tiene novio.

—Bien. Tanto mejor. Supongo que Ingmar y su novio son gente maja y refinada que destaca en el trabajo y también fuera de él. Seguro que es un chico guapo.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—Sí —confirmó.

—Bien. Imagine que un día le dicen: «Debería echar un vistazo por internet». Usted lo hace y descubre una página web diseñada con esmero, una página en la que su hijo cuelga fotos todas las semanas. Imágenes bien nítidas de Ingmar empalmado. No me voy a andar con rodeos. Y si hace una transferencia tendrá acceso a miles de fotos en las que podrá ver, entre otras cosas, los golpes de carne y plástico que recibe el ano húmedo de saliva de Ingmar, una y otra vez, hasta que su bonito rostro empieza a hacer muecas y su polla depilada eyacula. El domingo siguiente, vuelve a verlos, a su hijo y a su yerno, pero esta vez en persona. Van a comer a su casa.

Por una minifracción de segundo ella se descompone, tal vez por la imagen esbozada, tal vez por su lenguaje vulgar, y durante ese instante él disfruta intensamente viendo esa boca rojo ladrillo abierta y un hilillo de saliva tensarse tras sus dientes pequeños de vieja. Sus ojos sabios, verde pistacho, miran al frente desconcertados, a un punto indefinido... Pero vuelve en sí con rapidez.

—Pues no me pondría a dar saltos de alegría, la verdad —dijo—. Pero...

—Sigerius se hubiera vuelto loco —la interrumpió él, más bruscamente de lo que pretendía—. Hubiera perdido los estribos. ¿Siem Sigerius descubriendo que la niña de sus ojos está haciendo de puta en internet...?

Se sorbió el labio superior hasta rozarse los orificios nasales.

—Primero a mí; primero me cortaría el cuello a mí y después se lo cortaría él. ¿Sabe? Si no estuviera aquí, seguro y a buen recaudo, ahora estaría en el fondo del lago Rutbeek. Y él a mi lado.

Ella lo miró meditabunda, como si reflexionara. Y en ese momento, ocho años después, él comprendió por qué: debía de estar pensando en el cadáver de Sigerius. Pero en lugar de decirle que la persona que hubiera querido cortar el cuello ya no vivía, le preguntó:

—¿Y por qué no lo dejaste sin más?

Había empezado a llover. Unas gotas frías salpicaban la pantalla del ordenador y el papel de revelado que había en la mesa. Él se levantó tiritando y cerró la ventana con un golpe seco.

La pregunta del millón, en efecto. ¿Por qué no lo había cortado? No supo qué contestar, al menos no con exactitud, pues eran varias las razones, algunas más claras, otras más turbias, que le habían impedido parar, a pesar de la virulencia de sus ataques de culpa y las dudas. Había seguido. Semana tras semana. Habría podido dar a Haitink cinco respuestas distintas, sin mentirle, como si fueran unos flotadores ordenados de claro a oscuro, de comprensibles a difícilmente imaginables, de valientes a cobardes y vuelta a empezar.

Para quitársela de encima, se sacó de la manga la respuesta más superficial, el motivo apto para todas las edades: la pasta. El dinero. Las perras. La increíble montaña de dólares que ganaban. Desde el primer día, en cuanto la página estuvo colgada en internet, se habían suscrito tipos de todos los continentes —al menos él daba por hecho que eran hombres— y el dinero había entrado a raudales, primero de mil en mil y muy pronto en decenas de miles de dólares, un mes tras otro y durante cuatro años. Ganaban tanto dinero que ya no sabían qué hacer con él. Pasta que llevaban a todo gas en su flamante Alfa Romeo a un banco de Luxemburgo, pasta con la que se habían comprado un yate de lujo que nunca llegó a salir del Mediterráneo, pasta de cuya existencia nadie salvo ellos tenía el menor conocimiento. Para ella era un sueño hecho realidad, un sueño que se hacía realidad tremendamente pronto. Él no conocía a nadie más que estuviera abonado al *Financial Times*. Cuando empezaron, Joni tenía veinte años y ya poseía acciones y opciones financieras. Y cada principio de trimestre se convertía en una agente de cambio y bolsa. «Ey, zorrита —le había dicho Aaron la primera vez que la encontró a las cuatro de la tarde en camisa de dormir, sentada con las piernas cruzadas en el suelo de su habitación, en la buhardilla de la residencia De Heurne, al lado del teléfono y con las páginas del mercado de valores delante, con las persianas bajadas y los platos con restos de pasta de espinacas del día anterior—, ¿no deberías ducharte?». Todavía conservaba ese olor delicioso a noche. «Hoy he ganado seis mil florines —le contestó ella sin levantar la mirada de la pantalla—. ¿Y tú?». Cuando él le preguntó en la primera cita por qué estudiaba Administración de Empresas, ella no respondió «porque quiero un trabajo que integre los recursos humanos en el sistema empresarial», como la mayoría de los estudiantes de primer año de carrera, sino «para forrarme lo más rápido posible». Él se partió de risa pensando que no lo decía en serio, pero sí lo decía en serio. «En una escuela de hostelería aprendes a llevar un hotel, en una academia de baile aprendes a bailar y en Administración de Empresas —añadió sonriendo— aprendes a forrarte». Y eso es justo lo que

hizo más adelante. Joni Sigerius se veía poniendo en marcha su propia empresa, sacándola a bolsa y vendiéndola antes de cumplir los cuarenta.

—No sé cómo le iba a usted cuando tenía veintiséis años —le dijo a Haitink—, pero a mí no me parecía nada mal ganar tanto dinero como Dennis Bergkamp.

—¿Ése no es un futbolista? Odio el fútbol.

—Haciendo fotografías una sola noche a la semana ganábamos el sueldo de un futbolista de élite. En el punto álgido, en mil novecientos noventa y ocho, teníamos once mil *subscribers*...

—¿*Subscribers*?

—Miembros de pago. Hombres que ya se habían aficionado lo bastante como para transferirnos veinte dólares al mes. Once mil. Haga usted la cuenta.

Haitink cruzó sus piernas esbeltas y se puso a calcular en un ábaco que imaginó en la pared detrás de él.

—Sí —dijo al cabo de un par de segundos, poco tiempo en realidad para haber hecho las cuentas—, un montón de calderilla. Increíble. ¿Así que lo que te importaba era el dinero?

—Sí. Bueno, también. Sobre todo era...

—Espera un momento —dijo interrumpiéndolo.

A continuación se inclinó sobre el escritorio y alargó un brazo para coger una calculadora grande. Después de tocar algunas teclas, levantó la mirada con una excitación infantil.

—Once mil miembros a veinte dólares al mes por cada miembro —dijo—, durante todo un año, eso me da... dos coma seis millones de dólares, eso son casi... no, son más de cinco millones... ¡Aaron, estás tomándome el pelo!

—No. De verdad que no. A Sigerius, a él sí que le tomé el pelo.

—Pero eso es... Quiero decir...

—Era una locura, algo increíble, descomunal... Es lo que estoy intentando explicarle. Y el hecho de tener que guardar un secreto como ése era tremendamente... adictivo. Nadie lo sabía, pero a la vez había once mil desconocidos que estaban al corriente de todo... Era alucinante, siempre estábamos confabulando y eso nos... eh...

Ella lo miró pensativa.

—¿Excitaba? —propuso.

—Nos ponía cachondos, sí. Eso era lo que quería decir.

Llamó al tailandés que había a las afueras del pueblo, pidió *curry* verde con arroz y se duchó en media hora, el tiempo que tardaría el repartidor en subir la cuesta hasta su casa.

Te ponía cachondísimo. Por supuesto. Cada semana salían empapados del ático, o de donde fuese que realizaran la sesión fotográfica: el Barbara Ann, un hotel de cinco estrellas, o un albergue en Zelanda o en el este de Groninga, con publicidad de museos junto al hervidor del agua. Siempre estaba bien. Durante esos años, sus semanas habían sido un ciclo de lujuria que empezaba con preparativos trepidantes —Aaron buscaba una localización nueva y Joni salía a comprar lencería en tiendas elegantes, o todo lo contrario— y acababa casi siempre los martes o miércoles por la noche en una sesión extática. Tardaban horas en hacer las cien o ciento cincuenta fotografías que necesitaban para atender a su clientela, y al día siguiente, exhaustos pero profundamente satisfechos, miraban con expectación lo que se estaba viendo en once mil ordenadores (en 1998 ésa era una cifra fabulosa), y cuando ya tenían bastante de mirarse a sí mismos, comprobaban el saldo de la cuenta bancaria, sacaban mil florines y se iban a París, o a Berlín, o a Ameland para realizar la siguiente sesión. La fuente de excitación parecía inagotable. A veces, Aaron tenía la impresión de vivir en un sueño, en un campus en el que sólo estaban de fiesta... hasta que la borrachera remitía. Tan pronto como la euforia decaía, reaparecía el campus auténtico, uno con césped en el que había una granja auténtica, y en esa granja vivía un rector de carne y hueso: su suegro, junto al que compartía dos veces por semana las duchas del polideportivo.

Cerró el grifo. Sí, pensó, todo aquello también tenía un lado peligroso, algo masoquista incluso. El riesgo iba aumentando, paulatinamente, a medida que él se acercaba a Sigerius. Como si en realidad quisiera que lo pillara.

Pagó la comida y se la llevó al despacho. Cuando el plato estuvo vacío, se sentó frente al iMac y leyó de nuevo el correo de Joni. Se dio cuenta de que no podía ignorarlo porque había un comentario que lo había herido enseguida. Sin embargo, aún no había tenido tiempo de enfadarse.

«Estuve viviendo un tiempo en San Francisco con Boudewijn Stol —había escrito—, no sé si le recuerdas».

Boudewijn Stol. Así que había tenido una historia con ese fantoche... Tras el golpe tremendo que le había supuesto enterarse del suicidio de Sigerius, ahora lo reconcomía algo distinto. Era casi un reflejo antiguo, pero

no podía dejar de pensar en lo que él consideraba una provocación por parte de Joni, con ese «no sé si le recuerdas». Por supuesto que se acordaba de Stol. De modo que se habían arrejuntado... Cada vez que imaginaba a Joni viviendo con ese arrogante saco de grasa estallaba una ampolla en algún punto de su flujo sanguíneo. ¡Sus ataques estaban unidos indisolublemente a aquella época! Lo sorprendió la facilidad con que volvía a hacerle mella ese espasmo, ese mal de amores, atenuado pero intacto: un dolor que no había sentido en años. Su historia con Joni era también una historia de cuatro años de celos enfermizos. Celos por su parte, no por parte de ella. El miedo continuo a que lo abandonara. El miedo a ser repudiado, a que otro ocupara su lugar. En la granja. Tras la cámara fotográfica. (Él: «¿Sabe?, también continué porque era muy consciente de que no era insustituible». Haitink: «¿Quieres decir que no te atrevías a dejarlo porque tenías miedo de que ella siguiera con otro?». Él: «Sí». Haitink: «¿Crees que ese miedo era realista?». Él: «Entonces me parecía algo evidente»).

Los recuerdos de la boda de Etienne Vaessen lo cogieron desprevenido; de nuevo sintió una fatiga inmensa en las piernas, su osadía, la humillación... Todo regresó. Los celos que lo habían asaltado durante la cena que los había mantenido lejos del barrio de Roombeek el 13 de mayo de 2000.

Habían estado viendo la televisión demasiado rato en la habitación del hotel, así que de repente tenían prisa. Al tiempo que los jinetes del apocalipsis galopaban por su barrio, ellos conducían a ciento cuarenta kilómetros por hora hacia la finca Groeneweide. Llegaban un poco tarde. Joni le arreglaba la pajarita torcida mientras él conducía con cierta acritud hacia la abundancia ostentosa del banquete que los aguardaba. Aparcaron el Alfa Romeo junto a un estanque enorme lleno de cisnes. «No sembremos el pánico», le insistió él mientras subían presurosos los peldaños anchos de mármol. Unos chicos en librea les dieron cortésmente la bienvenida, y uno de ellos los precedió a toda prisa por un vestíbulo frío, con frisos dorados y retratos al óleo de tamaño natural. En las salas laterales, otros lacayos se ocupaban de los preparativos de la fiesta que tendría lugar por la noche; en las profundidades de la mansión una orquesta ensayaba música klezmer. Se detuvieron delante de una puerta revestida de terciopelo que el chico abrió con cautela. Detrás había un comedor tan suntuoso, de techos tan altos y tan grande, que el grupo de invitados que cenaba a lo lejos parecía una clase de párvulos jugando en el comedor. La extravagancia de la decoración superaba sus expectativas. Unos ramos de girasoles de tallo largo llenaban las ánforas, había retratos y escenas de caza pintados al óleo, ornamentos de estuco, las paredes estaban cubiertas

de colgaduras con galones en tonos azules y dorados, y un mosaico geométrico de diferentes tipos de madera revestía el suelo, sobre el que los camareros iban y venían deslizándose en patines.

Sus sillas Luis XVI debieron de permanecer vacías unos buenos veinte minutos, embarazosamente vacías, y como si quisiera hacerse perdonar, Joni aceleró el paso, cruzó taconeando el suelo resbaladizo y se sentó sonriendo en su sitio. Él también había hecho crujir el *parquet* al rodear las mesas engalanadas, mirando por encima de las espaldas de los comensales, que alternaban hombros negros y hombros descubiertos, hasta inclinarse sobre la oreja roja del novio para excusarse, de forma concisa, eufemística, en un susurro: «Hay un poco de follón en Enschede, pero sigue comiendo tranquilo, no pasa nada». De camino a su sitio, por el otro lado del grupo de mesas, vio con alivio que la noticia sobre el almacén de fuegos artificiales había caído como un guijarro en la resaca marina. Vaessen se reía a carcajadas.

Joni, entretanto, había iniciado una conversación con un hombre mayor de americana blanca que le estaba contando algo que la hacía reír: «... y esa noche, al llegar a casa, vi que había vuelto a comprar uno con enchufe», llegó a oír Aaron. Al lado del hombre había una mujer mucho más joven, con el pelo castaño recogido, que hizo un comentario que él no llegó a oír. «Total, estaba claro que aquello no podía durar mucho, porque al final bañaba dos veces al día al enano del jardín...», continuó el tipo, que se dirigía sólo a Joni. Aaron arrimó su silla a la mesa y carraspeó, pero pasó una fracción de segundo antes de que el hombre se fijara en él y se callara de golpe, como si Aaron hubiera ido a inmiscuirse.

—Boudewijn Stol —dijo, tendiendo por encima de la mesa una mano bronceada que Aaron estrechó en un apretón firme y seco.

Observó los curiosos rizos de Stol, pequeños y peinados hacia atrás con algo grasiento, gomina lo más probable. Al cabo de unos cuatro centímetros se transformaban en unas ondas distinguidas, clásicas, entrecanas, de manera que su frente amplia quedaba despejada. Estaba sentado con la espalda recta, enfundado en un esmoquin blanco, elevando su romo mentón cartaginés; por un instante todas las chaquetas negras de la sala desentonaron. Antes de saber quién era aquel Boudewijn Stol, ya le desagradaba.

—Trabajo con Etienne —le dijo Stol a Joni; probablemente, en respuesta a una pregunta que acababa de hacerle—; soy su jefe, en realidad. En la división de McKinsey en los Países Bajos.

Aaron sintió que se le cortaba la respiración al escuchar esas palabras. Joni, toda oídos, se revolvió en la silla y sus tacones arañaron el *parquet*. Él

miró fugazmente a su alrededor y confirmó que lo percibía todo con mucha intensidad en aquel salón de cuento de hadas: los más de cincuenta cubiertos, el repiqueteo de los cuchillos y los tenedores, las fuentes centelleantes, los vestidos y las joyas resplandecientes, el parloteo de decenas de bocas, las cejas y los pómulos moviéndose... Todo a la vez.

—¿Su jefe de equipo? —oyó que Joni le preguntaba.

«No sigas por ahí», le rogó mentalmente Aaron con la mirada clavada en el plato. El olor a sudor del hombre que estaba sentado a su lado, un tipo con barba y sin bigote, lo estaba atormentando; los pelos de la barba le raspaban el cuello de la camisa del esmoquin como una escobilla de fregar los platos.

—¡Vaya, la joven sabe del tema! —exclamó Stol—. No, no soy su jefe de equipo. Soy gerente en Ámsterdam. O director de la sucursal, como quieras llamarlo.

—El jefazo —propuso Joni—. El jefazo de McKinsey en los Países Bajos.

—No se lo digas a nadie —susurró Stol.

Mientras que una hora antes no había experimentado ninguna emoción viendo arder Enschede, ahora a Aaron lo asaltaban sensaciones de todo tipo: todas malas. Litros de sangre empezaron a bombearle con la fuerza de un elefante en la cabeza, la espalda y las manos, y las nalgas, la cara y los pies le ardían como cerillas. El calor se extendía hasta los retratos al óleo, cuyos rostros empolvados y tristes sobre los cuellos de encaje habían empezado a transpirar dentro de sus marcos dorados. «El jefazo de McKinsey —pensó—, ¡mierda!». Y como si alguien estuviera girando una lente, toda la sala y su decoración a lo Sissi se desenfocó hasta convertirse en una mancha borrosa. Aaron se centró en el cuello poderoso de Stol, donde veía parpadear un músculo; ese hombre tenía un roble por cuello, un tronco centenario que echaba raíces en unos hombros que se percibían redondeados y poderosos bajo la chaqueta blanca. En el sótano de la sucursal seguro que había un gimnasio donde hacía pesas media horita al día; era uno de esos tipos que levantaban sesenta kilos pero dejaban la máquina con ciento veinte para asestar un golpe en la moral del siguiente pringado. Aaron se restregó los ojos con ambas manos. «Llevo las lentillas mal puestas», murmuró. Bajo la lengua seca tenía un trocito de carne de ternera, fibroso como una cuerda, que había absorbido toda su saliva. Se quitó una lentilla y observó el plástico diminuto como si lo viera por primera vez.

—¿A cuántos consultores dirige usted? —oyó preguntar a Joni.

—No me llames de «usted», tutéame —dijo Stol—. Aproximadamente a ciento cincuenta hombres.

Ella rió, exultante de admiración.

—Pero, como seguramente sabes —continuó él con su voz engreída—, los consultores son personas independientes. Al pequeño Vaessen, por ejemplo, lo dejo salir a jugar solo cada día. No hay problema. Lo ato corto una vez por semana y con eso ya es suficiente.

De nuevo, esa risa cristalina que Joni reservaba para las ocasiones especiales, una risa que empezaba en lo más profundo de su garganta, en la que no se percibía ninguna concesión de cortesía; lo que él escuchaba era entrega sin reservas. No es que ese hombre tuviera un sentido del humor extraordinario, hacía bromas burdas y fáciles, pero tenía el poder de activar los engranajes de la risa de Joni por una puerta secreta. Los botones de la chaqueta de esmoquin blanca que Stol había cogido esa mañana de su vestidor se tensaban con el poder untuoso con que se había cebado. Se había puesto aquella chaqueta para que no hubiera malentendidos, igual que un mono dominante te pone enseguida el culo en la cara. El prototipo del dominador, había leído Aaron en las revistillas con ofertas de trabajo que tiraba a la papelera tras echarles un vistazo, obligaba a sus subordinados a lamerle los pies porque estaba convencido de que sabían a tarta de frambuesa. Volvió a ponerse la lentilla. Si Joni se daba cuenta de que estaba contra las cuerdas, la cena se convertiría en su Waterloo. Ella no debía notar que ese hombre lo tenía acojonado.

¡Aunque se lo tenía bien merecido! Él, que siempre se estaba metiendo con esa clase de tipos. «Los consultores son unos charlatanes, unos ladrones, no tienen ni idea», le decía cada vez que se ponía a pensar en voz alta sobre un futuro en el sector de la consultoría, un futuro para el que además, como estudiante de Administración de Empresas, ya se había formado, que ya había elegido, un futuro que conquistaría al asalto. En lugar de apoyarla, cada vez que ella decía algo positivo sobre una empresa como McKinsey, él fruncía el ceño hasta que le salía un cuerno de fauno ladino, y le contaba todas las historias falsas que le venían a la mente. «El ramo de la consultoría es una excrecencia decadente —le decía, por ejemplo—, una basura, hablando claro», era un epifenómeno de la sociedad de consumo que se evaporaría al instante con el próximo *crack* bursátil, entre otras afirmaciones gratuitas. Y si Joni se rebelaba y le refutaba todos esos tópicos, él se ponía a despotricar contra los chicos y las chicas sin talento que se consideraban demasiado buenos para estudiar una formación profesional y preferían hacer de parásitos en las universidades. Sin ninguna convicción, empezaban a estudiar Derecho, Economía, Ciencias de la Comunicación, o cualquier otra carrera de

chichinabo, y hacia los veintidós añitos, según soplara el viento, se ponían a vender consejos.

Para apoyar su crítica constructiva no le importaba arrastrar por el lodo a sus propios amigos. A Etienne, por ejemplo. Le gustaba ponerlo como arquetipo de su especie: en su día estudió Biología, pero lo dejó sin ningún reparo porque la rima «todo lo que crece, florece y siempre nos enriquece» no era aplicable a su salario de biólogo. ¿Y ahora? Ahora Etienne escribía informes por encargo con un lenguaje pésimo y retorcido de los que se desprendía que los despidos eran inevitables, que la fusión era la única opción, o cualquier delito de guante blanco, todo resumido en una presentación de PowerPoint de mierda con la que uno de esos jefes de dirección sería capaz de decir a los trabajadores: «Queridos amigos, lo siento mucho, pero debo despediros; leed, lo dice aquí». ¿Quería Joni malgastar su talento en ese tipo de empresas? ¿Ser una experta en venta de patrañas? ¿Para eso había estudiado? «Aaron —decía ella entonces, lanzando un suspiro de hastío—, voy a ser jefa», y ese suspiro era su forma de demostrarle indulgencia, porque lo que él intentaba venderle eran majaderías cansinas, y los dos lo sabían.

Aaron vació de un trago la copa de Corton-Pougets y se quedó mirando fijamente los racimos de uva de escayola que sobresalían en el techo. ¿Y ahora? La conversación debía desviarse del tema McKinsey a toda costa. A una pregunta de Joni que él se había vuelto a perder, Stol respondió que sus consultores eran los mineros de hoy en día; todas las empresas tenían algún valor si excavabas a la profundidad suficiente. Esto dio pie a una conversación acerca de la manera más rápida y eficaz de excavar. Por primera vez, Aaron se fijó en la mujer que estaba sentada al lado de Stol. Era bastante más joven que su marido, de una palidez transparente, un poco demasiado musculada y excesivamente perfumada: debía de ser su perfume el que se podía oler en toda la mesa, por encima de la carrillada de ternera con caracoles de viña salteados.

—¿A qué se dedica su hija? —se oyó preguntar con voz ahogada.

La mujer sobre la que los tres fijaron la vista estaba lastrada a la silla por una cantidad considerable de oro: pendientes rectangulares, cuatro anillos grandes, una pulsera gruesa y un collar que se mantenía a la temperatura de su cuerpo gracias a un escote francamente ordinario: la parte superior de su vestido azul oscuro consistía en una banda de terciopelo suelto que le cubría los pechos, como la cinta negra que tapa los ojos de un criminal. Su rostro, inteligente y apenas maquillado, sembraba confusión; se negaba a participar

de la voluptuosidad impuesta. Tenía las manos largas, pálidas y cubiertas de pecas.

—Brigitte es mi esposa —dijo Stol—. Le estaba contando ahora mismo a tu simpática hermana que hace un par de años le compré una escuela de equitación al borde de la quiebra. Un edificio ruinoso que a día de hoy, dicho sea de paso, nadie reconocería. Ella...

—También sabe hablar —interrumpió entonces Brigitte, mirando a Aaron con unos ojos castaños y amables en los que no podía diferenciarse el iris—. Pero tiene razón, mi sueño se hizo realidad. Los caballos son lo mío.

Tenía acento de La Haya.

Stol la corrigió:

—«Me gustan los caballos», querrás decir.

—Cuando lo compramos, el picadero tenía una sola estrella, pero ahora ya tiene tres. De verdad que es lo mío, como estaba diciendo.

¿O era acento de Leiden? En cualquier caso, sonaba tan corriente como un plato de gachas. Pero lo importante era que él le había tocado una fibra sensible, la de los caballos, porque arrimó la silla a la mesa como si se dispusiera a mantener una conversación interesante. Tenía que darle cuerda.

—¿Cuántos caballos tenéis? —quiso saber—. Ay, no, perdón, mejor ¿dónde estáis? ¿Dónde está el picadero? Eso lo primero que quería preguntar.

Joni, sorprendida, lo tanteó con la mirada.

—Entre Scheveningen y Wassenaar —respondió Brigitte—, justo al lado de la playa. El lugar no puede ser más bonito, así entre las dunas. «Escuela de equitación Furia», se llama. ¿Os acordáis de la serie? Nos pareció un buen nombre. Se lo puso él.

Señaló a Stol; en el dedo índice llevaba un anillo de oro con un relojito ridículo.

—Yo de niña siempre veía *Furia* —comentó Joni—. Me encantan los caballos.

—Lo que mola un montón —continuó Brigitte, embriagada con su propia historia— es que cuando los reyes Máxima y Guillermo dan un paseo por la playa siempre paran en el picadero a tomarse un café, una vez a la semana por lo menos. —Esperó un instante para medir el efecto que producía la anécdota—. Es entonces cuando pienso que no lo estamos haciendo mal, ¿no?

Apoyó suavemente su hombro en el de Stol.

—Desde luego que no —confirmó él—. De todas maneras, en algún lugar tiene que parar Guillermo Alejandro a tomarse un café, pichurri.

Luego miró con pereza hacia algún punto por encima del hombro de Aaron. La neblina de aburrimiento entre esos dos era tan densa y húmeda que jamás llegaría a diluirse. Joni pensaba lo mismo, dedujo él al ver la mirada centelleante de insolencia con que ella había interceptado la mirada de Stol.

—Yo monté a caballo hasta los dieciséis años —dijo Joni—. ¿Tú también montas?

«Fíjate —pensó Aaron—, qué arte tienes para desplazar la atención hacia quien te interesa». En realidad, ni él ni pichurri importaban, sólo estaban allí de sujetavelas.

—Un poco —respondió Stol—. Seguro que tú montas mejor. Ya te imagino sobre un caballo al galope...

Los dientes de Aaron rechinaron.

—¿Desnuda y a pelo? —dijo, y aunque hubiera preferido que la pregunta sonara sin malicia, su voz se había quebrado como por una punzada de dolor.

Stol y Brigitte se miraron. Joni dejó el cubierto sobre la mesa, se limpió la boca con la servilleta y se volvió hacia él como si estuviera conmovida.

—Llevamos ya cuatro años juntos —dijo—, pero la fantasía de Aaron se desboca con tanta facilidad como al principio.

Stol emitió una risita estúpida y queda.

—Dime —preguntó en un intento falsamente jovial por salvar la conversación—, ¿qué estás estudiando para saber tanto sobre McKinsey?

Antes de que Joni respondiera, intervino Aaron:

—Tiene un ordenador con conexión a internet —dijo de nuevo con esa voz ahogada—. Y gracias a eso navega ella solita por la página web de McKinsey. Por eso sabe tanto.

Se instaló otro silencio, éste más largo que el anterior. Aaron se arrepintió en el acto de no haber sabido mantener la boca cerrada. Lo que acababa de soltar era la variante verbal de un bofetón, de lo que las personas bien educadas denominaban «tener la mano suelta», una absoluta falta de control. A la mínima, golpeaba como un salvaje. Stol lo observaba con una expresión socarrona, un tanto divertida. Con sus ojos azules y duros decaaba el esmalte desconchado de su interior. Y Aaron sabía muy bien lo que estaba viendo Stol, nadie era más consciente que él de los celos enfermizos que lo reconcomían. Era un desastre. ¿Qué cara pondría Stol si le contara lo que hizo la noche antes de que Joni acudiera a una entrevista para hacer unas prácticas en Bain & Company? Hacía ahora un año aproximadamente. Después de haber estado devanándose los sesos durante horas, se había levantado de la cama neurótico perdido y había cogido toda la ropa que ella se había dejado

preparada para la mañana siguiente. La había llevado al cuarto de baño y había manchado sutilmente la falda azul y la blusa blanca con un gajo de mandarina, además le hizo carreras en lugares estratégicos de las medias. No lo pudo evitar. Para él estaba claro que Joni se desharía de su pequeño fotógrafo freelance tan pronto como pusiera un pie en una de esas torres de cristal espejado. En algún lugar había un rascacielos que se la arrebataría, en Londres, Nueva York o Tokio. Iba a perderla por un puesto en una consultora.

Claro que se preguntaba de dónde provenía ese miedo, una y otra vez. Al principio lo había considerado un acceso agudo de sus celos habituales: en sus relaciones la euforia de los primeros meses siempre había ido acompañada del miedo desproporcionado a que un rival pusiera fin a su felicidad. Pero con otras novias la paranoia se había esfumado al cabo de unos tres meses, junto con el enamoramiento. En el caso de Joni nada se esfumó. Por supuesto, quien quisiera estar con Joni Sigerius debía tener mucho aguante, pues era excepcionalmente guapa, insoportablemente guapa. Ya fuera de forma consciente o inconsciente, Joni disparaba partículas beta al núcleo mismo de la decencia masculina, el decoro se volatilizaba en cuanto ella aparecía en escena, y de la fisión nuclear surgían cazadores agresivos. ¿En cuántas ocasiones habría visto producirse ese proceso? Un par de veces al año se ofrecía voluntaria para una sesión de *body painting* con un profesor de la academia de bellas artes a la que asistía Aaron, y había ganado dos ediciones del concurso Miss Camiseta Mojada que se celebraba en el campus. Los fotógrafos la abordaban por la calle para proponerle sesiones supuestamente artísticas. ¿De quién eran los mensajes de texto que recibía por la noche mientras dormía? ¿Y los nombres y números de teléfono desconocidos que había en su agenda? En las discotecas, tipos de voz ronca le bufaban al oído que había llegado su momento. Durante años, un acosador, que resultó ser el director de estudios de su carrera, la había despertado con jadeos al otro lado del teléfono. ¿Cómo era posible que el masajista al que iba no le cobrara? Unas cuantas noches al año, cuando Enschede se le hacía demasiado pequeña, salía de fiesta por Ámsterdam con un amigo homosexual, vestida con una camisa tan transparente que incluso Ray Charles se lo habría visto todo. Él se quedaba en casa viendo la televisión y comiendo tarta de manzana. Se volvía loco.

—¿Algo que quieras contarme? —preguntaba cuando ella regresaba a las seis de la madrugada.

—No, nada especial. Nos ha costado un poco conseguir entrar.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—He tenido que quitarme el sujetador.

—¿Cómo?

—El sujetador. He tenido que quitármelo.

—Pero ¿qué estupidez estás diciendo?

—Me lo ha pedido el portero.

—¿El portero? ¿Qué clase de portero es ése? ¿Y qué has hecho?

—Pues quitarme el sujetador.

Él era un desastre... pero ella también.

Y ahora el desastre estaba sonriendo a Stol.

—Si quiero saber algo sobre McKinsey —dijo aparentemente relajada—, siempre puedo preguntárselo a este de aquí. Aaron lo sabe todo sobre consultores.

No sabía qué técnica iba a elegir Joni para ejecutarlo, pero estaba claro que lo ejecutaría. Sus celos enfermizos producían un efecto enfermizo en ella. Ojalá pudiera largarse de allí.

—Éste —continuó— tiene claro que McKinsey no es independiente. Cree que sois unos corruptos. En opinión de Aaron, cagáis informes por encargo.

Sintió su mano en el hombro, por lo visto ella quería añadir algo, pero en ese momento alguien lo llamó por el apellido.

Los cuatro miraron hacia la derecha y vieron que el novio, largo como un poste eléctrico, se había levantado e iba hacia él andando por detrás de los invitados, que comían y hablaban animadamente. Vaessen llevaba un teléfono en la oreja, pero no uno de esos móviles delgaditos sino un teléfono de los de casa, con una antena de goma; le hizo un gesto con el mentón, un ademán arrogante, como su cabeza rubia. «Gilipollas —pensó Aaron—, a quién se le ocurre invitar al jefazo a su propia boda, mamón, calzonazos».

—Sí, está aquí... Un momento —dijo Vaessen—. Bever, es para ti.

Le pasó el aparato por encima de la mesa, tras lo cual se puso de cuclillas entre Stol y Brigitte y empezó a charlar con ellos.

—¿Sí? Soy Aaron.

—Aaron, no hay quien te encuentre, tío.

Tardó un poco en reconocer la voz de Thijmen Akkerman. Era su médico personal. Había estudiado Medicina en Utrecht, pero trabajaba de director de ventas en una empresa que fabricaba prótesis de alta tecnología, miembros dirigidos por ordenador, caderas con el plástico de los Playmobil. Thijmen llevaba años suministrándole somníferos con el recetario de su padre, del que sí podía decirse que era médico. Sonaba como si estuviera hablando desde un ala delta.

—¡Thijmen, tienes que hablar más claro, que te oigo mal! Estoy en una boda. ¿Cómo me has encontrado?

—¡Te he llamado al fijo —gritó su amigo—, pero no lo cogías, tío! Y he venido a buscarte, estoy cerca de tu casa, pero me he acordado de que estabais en Groeneweide.

Era cierto, Aaron le había hablado de la boda y resultó que, durante su época de estudiante, Thijmen había trabajado de lavaplatos donde se celebraba el convite.

—Es que todo tu barrio está en llamas. Es increíble.

—¿Qué tal mi casa?

Vio que Vaessen había vuelto a irse. Y que Stol y Brigitte lo miraban con atención mientras Joni seguía comiendo imperturbable. Precisamente por eso, precisamente porque seguía devorando de manera tan irritante, supo cómo debía encarar el asunto.

—¡Aquí sólo hay fuego! —gritó Thijmen—. Frente a tu casa. Esto es un mar de llamas, en serio. Pero dicen que no se va a propagar. Los bomberos han asegurado que la dirección del viento es favorable. O sea, que te llamo para tranquilizarte. Debéis de estar de los nervios.

—¿Que hay fuego por todas partes?! ¡Mierda! ¿Y mi casa?

Aaron sólo oía sirenas y alboroto de fondo.

—Thijmen, ¿sigues ahí?

—Sí, sí. Perdona, está pasando un camión cisterna. Espera. Tu casa todavía está en pie, pero la parte acristalada se ha roto, ¿sabes cuál te digo? La...

—¿La puerta corredera?

—Sí, exacto. Ha caído hacia fuera. Espera. Me están echando. El vidrio entero se ha hecho añicos. Tío, esto es una locura.

Aaron se volvió hacia Joni y le hizo una señal con el pulgar hacia abajo. Cubrió el auricular del teléfono con una mano y dijo:

—Creo que deberíamos regresar. —A continuación se tapó el oído con un dedo y siguió hablando con Thijmen—: Oye, tranquilízate. Calma. Joni y yo estamos aquí, en Zaltbommel. Estamos bien. Estamos cenando. Pero gracias por llamar. Sí, es terrible. Sí. Sí... estamos cerca. Con el coche tardaremos menos de una hora.

Thijmen lo estaba escuchando en silencio.

—¿Aaron? —dijo de pronto con extrañeza—. No puedes hacer nada, tío. Quédate allí, anda. Da gracias por estar lejos. Pásatelo bien. Ahora voy a colgar, chaval, que quiero largarme de aquí.

—De acuerdo, Thijmen, muy bien. Tienes toda la razón. Así lo haremos. Sal de ahí. Hasta luego, chaval.

Thijmen colgó.

—¿Cómo? —preguntó Aaron al tono de marcar. Se quedó mirando un momento a Boudewijn a los ojos—. Sí, Thijmen, tranquilízate. Cuenta con ello. Llegaremos enseguida. Salimos ya para casa. Adiós.

Colgó y dejó el teléfono junto al plato.

—¿Y bien? —preguntó Brigitte—. No parecía nada bueno.

—Pues no. Ha ocurrido algo terrible en Enschede. Ha estallado una fábrica de pirotecnia. Lo acabamos de ver en la televisión del hotel. Somos de allí, de Enschede. Yo vivo cerca de la fábrica. Es mucho más grave de lo que creían. Lo están transmitiendo por tres cadenas distintas.

—¡Vaya! —dijo Stol.

«Buen análisis —pensó Aaron—: “Vaya”».

—La puerta corredera de mi casa ha reventado y...

—Si sólo es eso... —lo interrumpió Joni, mirándolo mientras seguía cortando un trozo de ternera; luego lo mojó en la salsa, pinchó una legumbre y se lo llevó todo a la boca.

—De momento eso es todo, sí —dijo él—. Pero la calle está en llamas. Sólo tiene que cambiar el viento para que mi casa arda. Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Se limpió la boca con la servilleta y corrió la silla hacia atrás ostensiblemente. Joni seguía con la vista clavada en el plato mientras masticaba. Él, crispado, miraba cómo comía. Joder, se trataba de su casa, nadie podía asegurar que su casa no estuviera a punto de calcinarse. Ella seguía masticando. Un mechón dorado le cayó sobre la mejilla y, con un movimiento sereno, se lo recogió tras la oreja. Entonces, como si se hubiera cansado de que la estuvieran observando, dejó el cubierto encima de la mesa y lo miró.

—Aaron —dijo—, no seas tan infantil. Estamos en la boda de uno de tus mejores amigos. No podemos irnos sin más. Cálmate un poco, cariño.

Le guiñó un ojo a Stol.

—Por suerte, no tienes un picadero.

Aaron respiró hondo.

—No, Joni —dijo temblando, mientras sentía crecer su ira—, no tengo caballos, pero sí dos mascotas, ¿recuerdas?

—Conejillos de indias —puntualizó ella.

Brigitte disimuló una risita con la mano.

—Y cuarenta elepés originales de *jazz* de tu padre que están junto a mi tocadiscos —añadió deprisa—. Y un portátil. Y una fortuna en material fotográfico. Y dos mil libros. Tal vez podamos salvar algo. ¿No crees?

—Ve por el coche —dijo Joni—, y yo, mientras tanto, lleno un cubo con agua del estanque.

Stol los interrumpió con actitud indulgente.

—Comprendo a tu novio —dijo.

Durante la trifulca había estado entreteniéndose con el pañuelo rojo de la chaqueta; echándose hacia atrás relajado, se lo había sacado del bolsillo de la chaqueta blanca como un mago, había extendido la seda sobre la mano izquierda y levantado el trozo de tela por el medio como si estuviera sucio. Luego lo había sacudido con un movimiento, y con la mano que le quedaba libre lo había cogido por la parte de abajo, doblado dos veces con cuidado y agarrado como a una cobaya. Con el índice y el pulgar mantuvo abierto el bolsillo superior de la chaqueta para dejar caer dentro al animalito de seda, mientras seguía examinando a Aaron.

—Su instinto le dice que debe dirigirse al foco del incendio. Allí es donde está pasando todo y él se encuentra aquí. Su posesión más preciada, una casa que contiene todo lo que lo define, está en juego. Y eso no es poca cosa, por supuesto.

Aaron parpadeó. ¿Por qué el oráculo no hablaba directamente con él? ¿Acaso le había preguntado algo a ese hombre?

—Si permites que te dé un consejo —dijo Stol como si pudiera leerle el pensamiento—, deja las emociones a un lado y piensa: «¿Qué está ocurriendo en Enschede? ¿Y qué papel puede desempeñar Arend en su resolución?».

—Me llamo Aaron.

—Eso es lo que debes preguntarte. Y mejor ahora que luego. Para descubrir aquí si allí tu contribución será nula, o incluso negativa.

—¿Quién está hablando de que mi contribución vaya a ser negativa?

—Yo —dijo Stol—. Allí están en medio de un incendio. Hay peligro de derrumbamiento y nubes tóxicas. Y todo el tinglado. Lo único que los profesionales piden a los ciudadanos es que procuren mantenerse apartados.

—¿Y tú qué sabes?

Stol se quedó mirándolo con una sonrisa.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Tú. Eres un chico muy gracioso —dijo, y, tirando un par de veces de los gemelos, se los sacó un poco más de debajo de las mangas y se dirigió a Joni—: Pero imagínate que tu novio se va a pesar de todo. ¿Qué pasaría

entonces? Arend vagaría por la zona de la catástrofe, sin lugar donde dormir, sería un estorbo. Y supongamos que el viento llega a cambiar: entonces se quedaría mirando cómo su casa se ve reducida a cenizas, impotente y ofuscado. Hay que tener mucha entereza para soportar algo así. Y si me pides mi opinión, no será capaz de aguantarlo. Ya está fuera de sí.

Stol cogió su tenedor, en el que había pinchado un trozo de ternera, y se lo llevó a su pequeña boca.

—Si vas hasta allí —añadió, masticando y señalando a Aaron con el cubierto vacío—, te arriesgas a sufrir un trauma.

Joni estaba con un codo apoyado en la mesa; volvía a mirar su plato y mantenía una mano sobre los ojos a modo de visera. Aaron respiró hondo. «Estupendo. Ríete en mi cabeza, y gracias por ayudarme». Estaba quedando en ridículo. No, ya no se iban. Había perdido. ¿Por qué lo observaban ahora con la boca abierta? Se quedó mirando la comida que se enfriaba en su plato y se frotó el ojo derecho.

—La lentilla —dijo—, tengo algo.

Intentó sacársela, pero las manos le temblaban demasiado. Los ojos de Stol le abrasaban el cuero cabelludo.

—¡Escuchad! —gritó, levantándose de la silla—, quiero que todos sepan que estoy a favor de la familia y en contra de las drogas.

Y sin mirar a nadie se dirigió hacia la puerta doble por la que habían entrado con la lentilla en la palma de la mano. Le ardía la cara. El comedor se balanceaba como la bodega de un galeón, con los cañones tirando de las cadenas y las lucernas bailando un vals en el techo. Sintió el cansancio de las semanas que llevaba sin dormir como es debido. A causa de su andar vacilante, pateó sin querer un bolso que se deslizó por el suelo de madera. «Perdón», masculló, y cuando se volvió hacia atrás con un movimiento brusco, vio a lo lejos que Stol, Brigitte y Joni ya habían retomado la conversación. Reían con ganas.

El frío de una celda de mármol, el olor a ambientador de rosas. Se encerró en el primer lavabo que vio y se dejó caer sobre la tapa del váter, de color negro mate, sin quitarse los pantalones. La cisterna perdía un poco de agua. Descansó la cabeza sobre las manos, todo le daba vueltas, cerró los ojos y se puso a escuchar el suave gorgoteo. El agua se reía de él y oía risas sofocadas por encima de la cabeza...

Cuando volvió al comedor, le pareció más pequeño que hacía un momento: el techo estaba más bajo y los bordes, ennegrecidos por las velas. Mientras se dirigía apresuradamente a su sitio, se dio cuenta de que Stol se

había quitado la americana blanca. Seguía teniendo buen aspecto. Pero ¿qué diablos...? Se había quitado también la camisa, estaba sentado a la mesa con el torso desnudo y le sonreía. En la mano, o en realidad en el brazo doblado, llevaba un plato empapado en salsa que mantenía como un *frisbee* ante su pecho peludo. Un trozo de ternera resbaló del plato y cayó con un golpe sordo en la mesa. Como obedeciendo a una orden, todos en la sala dejaron de comer y hablar. Todos miraban a Aaron.

—¡No! —gritó—. ¿Qué haces?

Con expresión desencajada, Stol lanzó el plato con todas sus fuerzas hacia él. Aaron se agachó en un acto reflejo y se cayó de la taza del váter, zas, golpeándose la cabeza contra la puerta blanca.

—¡Ay, ay, ay, ay, ay, ay! —gemía.

La coronilla le latía de dolor. Al tocarse, notó que estaba sangrando.

Sigerius está petrificado en el vestíbulo. Acaba de recoger el correo. Pensaba pasar al salón, pero en lugar de eso se ha quedado tenso, mirando a través de la puerta abierta el perfil de su hija. Joni está sentada en el reposabrazos mullido del sofá y lleva un pantalón vaquero corto; hace muchísimo calor, y con una de las piernas desnudas doblada bajo el regazo, concentrada, se quita el esmalte de las uñas de los pies. Está discutiendo con Aaron, pero a él no alcanza a verlo.

—Ven conmigo —oye que éste le dice—. Creo que te vendrá bien.

—¿Por qué coño iba a venirme bien? —contesta ella, y por un segundo levanta la mirada del pie—. Explícamelo.

—Porque tendrás una visión real, en lugar de limitarte a creer tus imaginaciones.

Están hablando de mañana por la tarde. Aaron ha recibido una invitación doble para recorrer en un autobús del ayuntamiento los restos de Roombeek, en calidad de residente del barrio siniestrado y de fotógrafo de prensa. Sin preguntárselo a Joni, la ha inscrito como su acompañante.

—Mi novio presta ayuda a las víctimas —dice ella—. Ponte al lado de la casa carbonizada y en ruinas de tu antiguo jefe, que, por cierto, está medio muerto. Te vendrá bien.

Una arruga le cruza la ancha frente, sus labios carnosos siguen apretados, porque está enfadada o porque está absorta en el ritual de pintarse las uñas. En realidad, no está nada bien que él no haya sacado el tema en toda la semana.

Cuando regresó de Shanghái, Sigerius se había quedado atónito al cambiar de una cadena a otra para ver todas las ediciones de las noticias. Tineke le había propuesto acogerlos en la granja. Como el chico no podía volver a su casa, estaban durmiendo en la calurosa buhardilla de Joni. «Desde luego que son bienvenidos —había dicho él—, siempre que quieran», pero ¿no llevaban años durmiendo en la buhardilla? En su opinión, Joni rechazaría el ofrecimiento; tal vez fuera mejor no ponerla entre la espada y la pared. Luego

se habían peleado, algo muy poco habitual en ellos. Tineke había dicho que a ella no le parecería mal, que le gustaría la idea. ¿Que a ella le gustaría?, repitió él, ¿que le gustaría? Pues a él le gustaba haber educado a sus hijas para que fueran personas capaces de valerse por sí mismas. ¿Por qué tenía que ponerse así?, le había replicado su mujer. Ella quería tener a Joni en la granja. Y punto. Él siempre había admirado el sentido común de Tineke y sabía que lo de «querer algo y punto» no iba con ella, por eso le preguntó si había algo más.

—No —le respondió.

—Vamos, cuéntamelo.

Suspirando, Tineke se dejó caer de golpe en el sillón giratorio frente a él.

—No te lo vas a creer —le respondió—, pero ayer llamó por teléfono.

Cientos de personas llamaban a diario preguntando por él, sin embargo, supo enseguida que se trataba de Menno. ¡Mierda! No iría a comenzar de nuevo, ¿verdad? En su cabeza resonó esa voz que hablaba el dialecto de los barrios bajos de Utrecht.

—No hablarás en serio... ¿Qué quería? ¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Cariño, el domingo no me pareció el mejor momento. Quiero decir, que con la catástrofe de los fuegos artificiales ya tenías suficiente. No he olvidado lo compungido que te quedaste durante la recepción. ¿Lo entiendes?

—Tine, tendrías que haberme llamado a Shanghái. Enseguida. ¿Qué quería?

—Quería... quería saber si Joni estaba viva.

—¿Quién, Menno Wijn?

—¿Menno Wijn? No, Wilbert. Fue Wilbert el que llamó.

—¡Joder!

—¿Lo entiendes ahora? Me dio un susto de muerte. Llamó a la hora de la cena, yo estaba aquí sola.

—¿Y cómo sonaba? ¿Desde dónde llamaba?

—Sonaba tranquilo. Pero antipático. Muy seco.

—¿Dónde vive?

—Cariño, no se me ocurrió preguntárselo. Lo entiendes, ¿no? Todo pasó muy deprisa. Hacía diez años que no hablaba con ese chico.

Así que él estuvo de acuerdo con su propuesta. Por supuesto que lo estuvo, en cuanto supo toda la historia; tampoco a él le parecía una idea tan descabellada que Joni se quedara un tiempo con ellos en casa. A petición de él, decidieron no comentarle que Wilbert había llamado. Por lo que Tineke

podía recordar, éste tampoco se lo había pedido, así que en realidad no estaban ocultando nada.

—Es decisión nuestra —dijo Sigerius.

Los evacuados se presentaron en la casa el martes por la noche, por lo visto nada descontentos ante la perspectiva de una confortable cama de invitados y una ducha para ellos solos en la misma planta. Sigerius llevaba ya dos días yendo de un estudio de televisión a otro, desviviéndose por conseguir alojamiento en el campus para los estudiantes que se habían quedado sin techo. El ajetreo era considerable. Desde que se había enterado de la catástrofe pirotécnica no había vuelto a pensar ni un segundo en Linda ni en su página web... hasta que Joni y Aaron soltaron sus bolsas en el recibidor. Lo saludaron, y tras sentarse frente a él en el sofá largo del salón, los tres se pusieron al día de todo lo referente al barrio de Roombeek. Sigerius escuchaba cómo habían vivido la catástrofe, y ellos lo escuchaban a él, que a su vez no dejaba de preguntarse: «¿O sí que es ella?».

—Incluso si es peor de lo que pensabas, al menos sabrás qué es lo que te está quitando el sueño —oye decir a Aaron—. Pero no te parecerá tan terrible como te imaginas. A mí no me pareció que fuera para tanto.

—¿Que no te pareció que fuera para tanto? —Joni niega con la cabeza y continúa con sus uñas—. ¿No tenías que ir a comprarte un kimono? Anda, ve, y deja de dártelas de psicólogo.

Sigerius se pone en movimiento. Deja de espiar. Lleva ya cinco días espionando a su hija. La estudia como si fuera un antropólogo; no, como un inquisidor. A menudo, como ahora, no ve nada raro: Joni está sentada, conmovida por la terrible noticia sobre Ennio, mostrando su lado frágil, nada más. Sin embargo, cuando tropieza con ella en el pasillo o se la encuentra en el sendero junto a la granja, o cada vez que se cruzan, o lo mira de repente, él se queda con la mosca detrás de la oreja. Cada vez que aparece, ve lo que vio por primera vez en la recepción: una semejanza exasperante. Sigerius abre la puerta del salón, busca la mirada de Aaron y dice:

—Ni hablar de comprarte un kimono. Ven conmigo.

Lo más irónico es que se había metido en internet porque le había parecido una alternativa segura. Hasta hace poco pensaba que cualquier opción sería mejor que volver a pasar por la pesadilla de hacía año y medio.

Todo había empezado en la despedida de Jaap Visser, jefe del Departamento de Comunicación desde principios de los ochenta. Visser había

permanecido diez años de más en el puesto, y a él no le había quedado más remedio que despedirlo en cuanto lo nombraron rector. Sigerius pronunció un discurso breve pero cálido. La despedida se celebró en La Bastille, un local oscuro, de paredes de ladrillo y objetos de cobre de aspecto apagado. Sigerius, acodado en la cabecera de la barra, estaba charlando con Vlaar, su portavoz, y cuatro de sus adjuntos. Y había una camarera que no dejaba de pasar por su lado bandeja en mano. Era una asiática de porte delicado, rostro simpático y atractiva, que cada vez que le servía agua o vino blanco lo miraba a los ojos, breve pero intensamente. Como si le hubiera contado algo malicioso y estuviera esperando su respuesta.

A eso de las siete, la gente parecía no querer irse todavía, pero Sigerius juzgó que ya era hora de retirarse. Se dirigió al rincón más lejano del local, donde a Visser y su esposa los rodeaban tres hijos de expresión huraña y algunos antiguos colegas. Repartió apretones con firmeza, deseó lo mejor al homenajeado e intentó alcanzar la salida sin quedarse atrapado en ningún grupo. La chica estaba al principio de la barra fregando unos vasos. Se puso la bufanda, introdujo un brazo en el abrigo y percibió que ella lo miraba. «Espera un momento», le dijo cuando sus miradas se encontraron.

Más tarde, en la época en la que disfrutaban analizando una y otra vez su primer encuentro, él le decía que en su recuerdo ella no había rodeado la barra, sino que había saltado por encima, como un dibujo animado, a lo que ella respondía que no le gustaba que la comparasen con un personaje de dibujos.

—¿No me reconoces?

Sus ojos castaños con trazas cobrizas lo miraban un poco desde abajo. No era muy alta, aunque sí esbelta. Ahora que estaba un palmo por debajo de su nariz y podía olerle el pelo recogido, negro como el azabache, le recordaba a todo menos a un personaje de dibujos animados. Hacía mucho que no estaba tan cerca de una mujer joven y desconocida.

—Dame una pista —pidió él.

—No, es muy fácil. Esfuérzate un poco.

—A ver, déjame adivinar. Estás en la junta de la asociación de estudiantes.

Sabía que no formaba parte de la asociación, pero había querido hacerle un cumplido.

—No, eso no ocurrirá hasta dentro de dos años. Piensa.

Él miró su reloj y explicó que tenía que irse a casa. Ella le contestó que el rector de la universidad bien podía decidir a qué hora se iba.

—Te daré una pista —añadió—. Fue hace... espera que cuente... seis años.

Él hizo como si seis años le parecieran muchísimo y se sorprendió a sí mismo al contestar:

—Hace seis años tú estarías haciendo la prueba de acceso para la enseñanza secundaria.

Ella le clavó un dedo índice en la barriga.

—Como castigo, tendrás que beberte una copa de vino.

Se deslizó sin dificultad tras la barra, descorchó una botella y llenó dos copas sin derramar una gota.

—¿Te dice algo el nombre de Marij Star Busman? —le preguntó sin levantar la vista.

«¡No jodas! —pensó él—. ¿Es la hija de Marij Star Busman?». No era de extrañar que no la hubiera reconocido; Marij Star Busman era una mujerona genuinamente holandesa, pelirroja y regordeta, con un aspecto bastante más fecundo de lo que en realidad era. A principios de los ochenta, ella y su esposo habían adoptado a esa chica tailandesa, y luego a un chico de Birmania. Toda la información fue ordenándose en su cabeza. Él había conocido a la familia años más tarde, en su primer curso como rector, durante el que se había propuesto aumentar el nombramiento de catedráticas. Tubantia contaba sólo con una en esa época, una cifra vergonzosa superada incluso por las universidades del mundo islámico. En Ingeniería Química había una joven doctora que publicaba asiduamente en *Nature*, entre otras, y había sido elegida profesora del año por los estudiantes. Debía ganársela, había pensado al instante, y el almuerzo informal al que la invitó no hizo más que confirmárselo. Marij Star Busman era una científica ambiciosa, inteligente y extremadamente profesional que, según él, debía obtener una cátedra *ipso facto*.

No había pasado ni una semana desde que consiguiera el apoyo de la junta directiva cuando lo informaron de que se había producido una colisión en cadena por culpa de la niebla en la A1, cerca de Zwolle, en la que se había visto involucrada su flamante protegida: dos choques metálicos que en modo alguno se neutralizaron. Al principio, Marij Star Busman pareció salir del accidente sólo con la nariz rota, pero un par de semanas después el dolor de espalda y cuello apenas la dejaban moverse. Tuvo que resignarse a quedarse en casa tumbada en el sofá con un collarín, cambios de humor y la memoria llena de lagunas. Durante los seis meses que estuvo de convalecencia, Sigerius fue a visitarla cada dos semanas, en sólo una ocasión acompañado de

Tineke, y poco a poco surgió entre ellos una cordial amistad. Además de un marido encantador y de su hijito, por el chalet pareado de Schothorst revoloteaba una niña flacucha y tímida de ojos rasgados, y ahora que esa misma chica, transformada en mujer, le estaba tendiendo una copa de vino, volvía a recordar también cómo se llamaba.

—Isabelle —dijo—. Bienvenida de nuevo a Enschede.

Para su frustración, al final la familia tuvo que mudarse al oeste del país cuando el decano de Ingeniería Química se opuso al nombramiento de Star Busman (demasiado joven, demasiado inexperta, demasiado molesta); un conflicto del que, para colmo de males, se hizo eco el periódico universitario. Como cabía esperar, la Universidad Técnica de Delft aprovechó la ocasión y le ofreció de prisa y corriendo una cátedra. Tres años más tarde, Star Busman recibió el Premio Spinoza por su trabajo en el campo de la construcción de moléculas complejas y catalizadores selectivos, una confirmación de su valía que él no se cansó de echar en cara a su pequeña camarilla de químicos conservadores.

—Chin-chin —dijo la hija adoptiva de Star Busman.

Y acto seguido la reaparecida Isabelle lo hizo blanco de un bombardeo de preguntas. La chica mostraba un interés desenfrenado por su vida y milagros, que alternaba con comentarios maliciosos y encantadores ataques de risa que lo cohibían cada vez más. Qué le parecía Enschede, por qué no lo habían nombrado ministro (¿cómo sabía eso?), cuántas recepciones de este tipo se tenía que «currar», si seguía practicando yudo. ¿Se acordaba de cuando su hermano le había preguntado qué le había pasado en las orejas? Él dijo que no sonriendo, y se calló que tampoco podía recordar mucho de la Isabelle de trece años. Le contó que su madre seguía estando muy agradecida por lo que había hecho por ella, aunque por aquel entonces todo se había desarrollado de una manera bastante rara. Ella estudiaba Administración de Empresas, vivía en un piso del campus que estaba «bastante decente» y pertenecía al mismo «club» que Joni, quien de hecho le había gastado unas cuantas novatadas. Durante la conversación, Isabelle no había apartado la mirada una sola vez. Cuando, media hora después, salía de La Bastille para dirigirse al Langekampweg, pasando por el centro polideportivo y el pequeño supermercado, sí se sintió un poco extraño... ligero.

Al cabo de dos días, su secretaria le reenvió un correo electrónico de una tal Isabelle Orthel. ¿Isabelle Orthel? Hasta que leyó el mensaje («Hola, Siem, ¿te sentó el vino tan mal como a mí? Era una porquería. En el Appel de Hengelo tienen un tinto mucho más rico») no cayó en que «Star Busman» era

el apellido de soltera de la madre. Sin embargo, «Isabelle Orthel» tampoco parecía nombre para una tailandesa, sino más bien para una chica francesa, una filósofa o poeta del siglo XVII. ¿Debía contestarle? Estaba teniendo un miércoles ajetreado, así que dejó que sus dudas y su curiosidad se cocinaran a fuego lento durante el resto de la mañana y la tarde. En realidad había decidido dejarlo ahí, pero de repente, poco antes de irse a casa, escribió una respuesta: «Ni gota de resaca. A partir de ahora será mejor que me escribas a sigerius@xs4all.nl. Adiós, Isabelle».

No volvió a pensar en ella hasta la mañana siguiente, a las siete y media, mientras atravesaba el gélido edificio del rectorado. Al llegar, en lugar de prepararse un café, se puso a mirar su correo personal. Le había enviado dos mensajes. El primero era un párrafo considerable donde le contaba lo «inspirador» que le había resultado hablar con él, además de informarle acerca de su militancia en las juventudes del partido D66, donde el nombre de Sigerius solía aparecer a menudo. Eso lo alarmó. Durante su época de soltero le resultaba difícil reconocer el coqueteo de las mujeres; sin embargo, ahora le costaba diferenciar entre el interés sincero, ya fuera o no de naturaleza erótica, y lo que se denomina «crear una red de contactos».

El segundo mensaje era breve y claro: «¿A ti te gusta realmente el vino tinto?».

Estaba desesperado. Llevaba veinticinco años reaccionando de la misma manera a ese tipo de insinuaciones: las ignoraba. Sin embargo, se dio cuenta de que durante todo el fin de semana sus pensamientos habían fluido a través de un embudo hacia esa chica. Por la noche, junto a una Tineke profundamente dormida, se imaginaba que estaban sentados a una mesa, frente a frente, en el café Appel. Tumbado de espaldas, intentaba evocar partes de su cuerpo. El lunes por la mañana, en el rectorado, bajó la guardia y tecleó: «Isabelle, estoy loco por tomarme una buena copa de vino».

Los días posteriores intercambiaron correos electrónicos cada vez más intensos, y al final llegaban a escribirse unos treinta por día. Ella siempre mostraba ese interés insinuante, lo colmaba de párrafos y frases divertidas, ingeniosas, dejando ver una curiosidad insaciable por todo lo que él hacía; le preguntaba por el trabajo, por sus hijas, por la opinión que le merecía esto o aquello, por películas y libros que había visto o leído o que no, indagaba sobre su pasado, sobre su juventud... Así se pasaban el día, hasta que él ya no pudo más y empezó a desviar el contenido de sus conversaciones. Sí, fue él quien empezó a coquetear abiertamente. A relajar el tono. Dos semanas después incluso sus puntos y sus comas estaban cargados de doble sentido. Si

ella le contaba que iba a la piscina, él le pedía que le describiera el bañador; cuando ya le había descrito el bañador, él le preguntaba qué ropa interior llevaba, por ejemplo, en ese momento.

«No llevo ropa interior», respondía ella.

«¡¿Nunca?!».

«Pues claro que llevo ropa interior».

«¿De qué clase?».

«¿De qué clase te gustaría que la llevara?».

A Sigerius lo impresionaba su propia lascivia. No era el tipo de hombre que permite que su trabajo se resienta por las servidumbres de la tensión erótica, mucho menos le da a una colegiala de diecinueve años la posibilidad de minar su vida privada, estable y sosegada desde hacía tanto tiempo. No es que nunca hubiera corrido riesgos, de hecho a él le parecía que lo hacía continuamente, pero los peligros le llegaban a plena luz del día y nada tenían que ver con los impulsos adúlteros. Él era un hombre sin secretos eróticos. Tal vez, incluso, sin deseos eróticos.

Sin embargo, las primeras semanas se dedicó a rastrear el campus como un perro neurótico, con la esperanza febril de divisar a Isabelle Orthel. Examinó el anuario del club al que pertenecía, un ejemplar del cual descansaba en la librería de su despacho porque había escrito el prólogo, y encontró dos fotos: joder, sí, era ella. Eso no lo salvó de llevarse un susto tremendo cuando la vio en primera fila durante la inauguración de la nueva cantina del club de *hockey* a finales de esa semana. ¿Tan guapa era? Su cara pálida parecía iluminada como la fachada de un monumento histórico. Había olvidado la forma descuidada con que se recogía el pelo lacio y negro en la parte alta de la cabeza. También que se metía el pulgar en la parte de atrás de la cintura de los vaqueros cuando escuchaba a alguien, y la mueca impaciente que fruncía con sus labios jugosos, como ansiosa por contestar.

Por suerte, no lo abordó hasta pasada una hora, que por lo visto era el tiempo que incluso ella había necesitado para armarse de valor. Le pareció tan agradable que incluso se sintió ridículo. Sólo después se preocupó por el espectáculo que habían ofrecido: gestos exagerados, roces falsamente inocentes de hombros y brazos, susurros al oído, carcajadas estentóreas... Incluso, en un momento dado, ella llegó a propinarle un cachete en la mejilla, «granujilla», le había dicho riéndose de algo que él ya había olvidado.

Entre las malas decisiones que tomó en 1999 había una cita en un pequeño restaurante francés de Almelo, el sitio más cercano donde él se atrevía a encontrarse con ella en público. Desde 1974 no había tocado a ninguna mujer

que no fuera Tineke, y durante toda la velada se sintió como si estuviera en el cielo. Hablaron de la aburrida juventud de Sigerius en Delft, de los emocionantes planes de futuro que tenía ella, de las diferencias entre el *jazz* y la música clásica (hubo una época en la que ella había pensado estudiar canto en el conservatorio), de corbatas, de las ventajas de ser una chica, de la curiosa aversión que ella sentía por Tailandia, de fidelidad e infidelidad, y lo supo: «Estoy enamorado». Ya de noche, mientras caminaban hacia la estación de Almelo (él iba en primera clase, por precaución; «por cobardía», según ella), Isabelle lo metió de un empujón en una callejuela entre dos tiendas y empezó a besarlo. Él le apoyó sus manos gélidas en los hombros y sintió cómo las de Isabelle se abrían camino bajo su ropa, le tocaban el torso, se detenían en las nalgas y, al cabo de un par de minutos, para su espanto, empezaban a desabrocharle la bragueta. Ella se había quitado los guantes de piel de ciervo, pero él le apartó los dedos. Aun así, ella, con un movimiento ágil de «no seas meapilas», le cogió el pene y lo masturbó. Como le sacaba una cabeza, él pudo evitar su mirada cobriza y zorruna y sentirse incómodo sin que se diera cuenta.

En el viaje de vuelta el paisaje nocturno lo sumió en un estado de ánimo sensible y contemplativo. Desde su compartimento de primera clase, donde era el único ocupante, con el miembro caliente, todavía un poco duro y pegado a la cara interior del muslo, miraba fijamente la luna casi llena, sabiendo que en algún otro lugar del tren una chica intrépida, dulce e increíblemente atractiva estaba contemplando esa misma bola de helado y pensando en él. Su audacia lo había deslumbrado, su vitalidad, su fuerza. Ni rastro de la deferencia a la que él estaba acostumbrado, aunque sólo fuera porque era treinta y cinco años mayor que ella, por ejemplo, y el rector de la universidad donde ella estudiaba su primer año de carrera. Isabelle Orthel tenía plena confianza en sí misma y rebosaba coraje. Como todavía era tan joven, la comparó inconscientemente con Margriet Wijn, la única chica de diecinueve años que alguna vez lo había arrastrado a un callejón. Las diferencias entre ambas eran tan grandes que llegó a pensar que se había enamorado del contraste.

Había frecuentado lo suficiente la casa de Marij Star Busman como para saber que a Isabelle no le pesaba el prestigio de la familia donde había encontrado cobijo por un capricho del destino: su abuelo putativo, miembro del Tribunal Supremo y en su tiempo libre biógrafo de Maarten y Cornelis Tromp, los héroes de la Marina, era un hombre que no engendraba hijos sino catedráticos. Al igual que su madre, la impresionante camada de tíos y tías

que Isabelle solía mencionar, doctorados en una u otra materia, como si su doctorado fuera colectivo, eran personas serias con cargos serios en universidades, tribunales y organizaciones defensoras de los derechos humanos. Y por si eso no bastara, los Star Busman solían pintar o esculpir con el suficiente talento como para ser expuestos. El viejo roble se había ramificado durante dos generaciones de tal manera que la mayoría de las corporaciones del país contaban en sus filas con un primo o una prima de Isabelle. Formaban el potente clan Star Busman, que se reunía por lo menos dos veces al año en la mansión de los abuelos en La Haya, seguramente, imaginaba Sigerius, para informar de sus avances en la sociedad. Al igual que todos los miembros de su familia adoptiva, esta chica privilegiada, que aprobaba los exámenes sin pestañear, que se ganaba el dinero para sus gastos trabajando de camarera y cantante en un piano-bar, y había organizado un viaje de estudios a Praga (con visita al campo de concentración de Terezín incluida), que podía elegir entre tres clubs distintos de estudiantes, sabía muy bien lo que quería hacer con su vida.

¿Y Margriet? ¿En qué pensaba Margriet Wijn cuando tenía diecinueve años? En el alcohol no, o por lo menos no durante todo el día. No sabía lo que había pasado por la cabeza nebulosa de su primera esposa, pero sin duda nada que tuviera que ver con proyectos de futuro. Problemillas cotidianos, preocupaciones banales, complejos, un lodazal de emociones capaz de engullir hasta lo más profundo las oportunidades de las que todo el mundo se benefició en esa Holanda de posguerra, en plena reconstrucción del país, ya fuera pobre o rico, tonto o inteligente, privilegiado o no.

Sigerius se levantó y, acompañado de la luna, recorrió los vagones de primera y segunda clase hasta que vio a Isabelle sentada leyendo un periódico. Con el índice en los labios para que guardara silencio, se deslizó a su lado y estuvo besando su piel milagrosamente dulce hasta que tuvieron que bajarse del tren en Drienerlo. «Las damas primero», le susurró. Dejó entre ellos una distancia de apenas cien metros y luego la siguió, por el campus oscuro, sin apartar ni un momento la vista del abrigo de cuero verde y los cabellos con reflejos azules bajo la luna. Ella no volvió la cabeza cuando torció a la derecha, en la Calslaan, y él continuó en línea recta hacia la granja. ¿Cómo podía saber Sigerius que ése había sido el momento culminante de su historia?

Camina delante de Aaron. El chico aún lleva los zapatos de la boda y taconeando con ellos las baldosas de pizarra. Hace dos días que le oye decir que quiere comprarse un kimono y Sigerius trata de frenarlo como puede. «Espérate un poco, chico». Al no tener una respuesta definitiva le resulta difícil ser amable. Cada vez que ve esa cabeza calva y esos ojos azules acuosos, no puede evitar pensar: «¿Quién eres tú en realidad? Y en el caso de que todo sea cierto, ¿cuál es tu papel?». Percibe una división curiosa en su rabia, aunque por otro lado resulta lógica: a pesar de que está preocupado por Joni, se siente, sobre todo, furioso con Aaron. Es un rencor prematuro, lo sabe. Así que se obliga a dejar en suspenso sus juicios. Los «y si, y si, y si». Necesita pruebas. Certezas. Y después: reflexionar. Se ha propuesto estar tranquilo y ser analítico. Nada de reacciones primarias.

—Es muy amable de tu parte, Siem —dice el chico—, pero de verdad que no me supone ningún problema comprármelo.

—No te preocupes, hombre.

Desde que están con ellos, Sigerius vaga como un intruso por su propia casa. La llegada repentina de la pareja lo ha cogido por sorpresa, el llanto de Joni por el hombre que se ha quemado, la llamada de Wilbert, el olor a hollín que emana de la zona de la ciudad devastada, todo penetra en la granja. La mano del destino la ha transformado en una casa de campo propia de una Agatha Christie de segunda fila. Tiene guasa que justo ahora tengan que estar todos apretujados. Por culpa de su indulgencia, está obligado a permanecer atento al teléfono, porque teme que Wilbert vuelva a llamar. Tampoco está tranquilo sabiendo que el teléfono está en el salón, fuera de su alcance. En silencio y sin mirarlo, entran en el dormitorio conyugal. Tineke ha hecho la cama y descorrido las cortinas de color terracota. La alfombra amarilla mostaza convierte los zapatos de Aaron en unas pantuflas insonoras. «Ven», le dice, abriendo la puerta del vestidor.

La noche anterior, a las dos y media, de pie y totalmente despierto al lado de la cama, se había sacado la cartera del bolsillo del pantalón, con un oído atento al sueño de Tineke y el otro a la ciudad intranquila, y se había deslizado por la escalera hasta la planta superior, al amparo de la oscuridad. Todas las ventanas de la casa estaban abiertas y el ambiente veraniego, henchido de calor, se respiraba en todas las habitaciones. Pasó de puntillas por delante del cuarto de invitados en el que dormían esos dos; al final del pasillo, abrió la puerta de su despacho, cerró las ventanas de encima del escritorio, desplazó una pila de documentos, encendió la lámpara de la mesa y abrió el portátil. Entró en la página web por primera vez después de muchos

meses. Tuvo que hacer acopio de valor. Una pared de siete centímetros de grosor lo separaba de la pareja que dormía en la cama de invitados. El módem se conectó con un repiqueteo como de carillón. Sabía perfectamente que no avanzaría mucho y, además, ¿qué iba a hacer? ¿Atravesar el muro y sacarlos a rastras de la cama? ¿Darles una paliza soberana? ¿Lanzarse llorando entre los dos? La página de inicio lo sobresaltó de nuevo, provocándole una sensación diametralmente opuesta al placer autosuficiente que le había provocado, lo recordaba muy bien, los dos o tres meses en los que había estado navegando por ella de manera inocente, como un hombre obsceno, satisfecho y sin escrúpulos. La foto elegante de la chica lo sumió en un desespero lleno de un pánico atroz (ahora comprendía algo evidente: no tenía que buscar el parecido en el color de los ojos ni en el pelo, sino en las facciones, en las líneas del rostro, en el triángulo inconfundible que tenía entre las comisuras de los labios y la curva del mentón, en el ángulo de luz que dibujaban sus mandíbulas pronunciadas, los arcos finos de las cejas). Sacó la tarjeta de crédito de entre sus otras tarjetas bancarias para rellenar los datos de pago; una tarea precisa, con series arbitrarias de cifras y letras, en la que fracasó hasta tres veces, primero porque pasaba algo por alto y luego porque el módem se desconectaba. El asiento de cuero de la butaca giratoria se le pegaba a los muslos desnudos.

Cuando estaba intentando conectarse por cuarta vez, oyó, por encima del horrible concierto de pitidos y chirridos del aparato, el ruido de una puerta que se abría. Había alguien en el pasillo. Joni o Aaron. Se le disparó el corazón. Apagó la lámpara del escritorio, y con una mano sudorosa en el ratón, intentó salir de la página, pero fue en vano, ésta se había bloqueado, así que cerró el portátil de golpe.

Sigerius aguzó el oído en la oscuridad, ahora carente de zumbidos electrónicos. Al cabo de unos instantes angustiosos en los que veía una y otra vez abrirse la puerta, oyó a lo lejos un crujido, el de los peldaños inferiores de la escalera que daba al recibidor. No comprendía por qué, ya que tenían su propio lavabo en el pequeño cuarto de baño que había al principio del pasillo. En la mano izquierda sostenía un perforador de papel que apretaba suavemente una y otra vez, hasta que el aparato se le escapó de la mano y se cayó a la alfombra con un golpe sordo. Se agachó y tanteó para comprobar que el plástico transparente del depósito seguía en su sitio. Estuvo esperando un buen rato hasta que empezó a sospechar que el regreso se le había pasado por alto. Esperó un poco más, y luego se escabulló, como un ladrón en un almacén, hasta su dormitorio, donde, para mayor preocupación, se encontró

con una cama vacía. Se acostó en su lado y se hizo el dormido cuando volvió Tineke, que entró en el cuarto de baño a lavarse los dientes a oscuras.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ella al regresar a la habitación.

Él guardó silencio. Y cuando se metió en la cama respirando pesadamente, le dijo:

—Sé que estás despierto.

—En el baño.

—No es cierto —respondió ella.

—Sí que lo es... arriba. El de abajo estaba ocupado. ¿Y tú? ¿Ya has estado comiendo?

Cuando Sigerius llegó a la granja, después de su aventura en Almelo, todos estaban ya durmiendo. Se desnudó en la galería de la cocina y metió la ropa en el cesto de la ropa sucia. En la ducha, eliminó con pena el leve perfume de Isabelle de su cuerpo y luego se acostó junto a Tineke. También en esa ocasión se pasó toda la noche despierto en su cama. Estaba tan excitado por lo que había hecho que no podía dormir. Lo que le crepitaba por el cuerpo hacía que se sintiera mucho más feliz, mucho más vivo que cualquiera de sus logros profesionales, que cualquiera de esos acontecimientos oficiales tan importantes; tanto era así que por primera vez en la vida dudó seriamente de su utilidad. ¿A cuento de qué esa disciplina intelectual que se había impuesto durante la mitad de su vida? ¡Toda esa dedicación solitaria! Imaginó a Isabelle durmiendo en ese instante en algún lugar del campus, y se habría querido morir de tanta sublimación consciente. En un arrebato de culpabilidad, colocó una mano sobre la montaña en coma que yacía a su lado. Después de notar el cuerpecillo frágil del callejón, la espalda y las caderas de Tineke parecían el cadáver aún caliente de un rinoceronte. Estuvo horas dando vueltas en la cama, imaginándose que el cuerpo esbelto y cálido de Isabelle era el que estaba a su lado, y cada vez que se daba la vuelta se excitaba un poco más.

Esa noche se levantó de la cama y subió la escalera hasta su despacho, pero esa vez en bata y calcetines de esquí. Ya sentado a su escritorio, con un frío gélido, hizo algo que iba en contra de su naturaleza: le envió un mensaje de texto en plena madrugada. Le escribió que le había gustado mucho, que quería más. Eran casi las tres y media y estaba enviando un mensaje a una chica de primer curso. ¿Acaso se había vuelto loco?

Para su gran sorpresa, la respuesta llegó al instante: también a ella le había gustado mucho la comida. ¿Cómo? «Guasona —respondió él mientras sus labios dibujaban una amplia sonrisa—; ¿te he despertado?». Al cabo de veinte minutos, que le parecieron una semana en el polo Norte, ella contestó que había ido a «desahogarse» a la peluquería. ¿«A desahogarse a la peluquería»? Necesitó un par de segundos para resolver el acertijo: la Peluquería era una discoteca que había detrás de la Oude Markt. El estremecimiento de celos que sintió no lo generó esa discoteca, ni la clara imagen de Isabelle sudorosa en medio de la pista de baile, sino el hecho de que su amante oriental, después de su cena para dos, había sentido la necesidad de salir de marcha. Se la imaginó retocándose el maquillaje, poniéndose un vestido seductor y pedaleando hasta Enschede. ¡Joder!

Se sobrepuso y le escribió que seguro que sabía bailar muy bien. Esperó en vano una buena media hora. Muerto de frío, terminó por bajar para beberse un vaso de *whisky*. De vuelta en la cama, dejó el teléfono a su lado en el suelo, en modo silencio, y lo estuvo mirando cada dos minutos para ver si recibía respuesta. Al cabo de hora y media, sintiéndose desgraciado, se quedó dormido.

La tarde del día siguiente, Sigerius recibió un mensaje de correo en su despacho del rectorado. Ella le decía formalmente que todo había terminado. Le había estado dando muchas vueltas, pero «se sentía desbordada». Hasta entonces, ella había conseguido obviar el hecho de que estaba casado, pero él era a todas luces «un estafador», «un tramposo», «un adúltero», «un hombre en el que no se podía confiar». Ahora que habían llegado a algo más «íntimo», le parecía que se trataba de un «obstáculo insuperable». Lo lamentaba. «No me escribas más correos ni mensajes de texto».

Al día siguiente estuvo dando vueltas alrededor de su ordenador como si llevara cuarenta años fumando y lo hubiera dejado justo entonces. Todas las fibras de su cuerpo, todas las neuronas de su cerebro gritaban reclamando su contacto. Por la noche, en la granja, oía que su teléfono recibía mensajes, todos imaginarios. Tres días después de ese correo electrónico demoledor, un poco antes de las cuatro de la tarde, con el corazón acelerado, tecleó: «Considera este mensaje como no enviado», y nada más. Cuando hubo mandado la línea, se despreció por haberlo hecho, pero al mismo tiempo confiaba en que a ella le resultase gracioso y se ablandara. Las últimas horas de la jornada laboral se las pasó mirando fijamente, como un pescador la superficie del río, el buzón de entrada del ordenador, actualizando la página cada pocos segundos, hasta que a su alrededor se cernió la más absoluta

oscuridad. El edificio bajo del rectorado, donde, al fondo, se encontraba su amplio despacho, era un pie plano que alargaba la torre del Departamento de Administración, junto a la entrada principal del campus. Miró por el gran ventanal el aparcamiento vacío. «Si enciendo la luz —pensó—, pareceré un loco en un escaparate».

Durante los siguientes días: nada. Por las noches apenas podía pegar ojo. Sobre las tres o cuatro de la madrugada, solía encerrarse en su estudio, con un vaso de *whisky* y un paquete de pañuelos de papel, y se masturbaba en la butaca de cuero con la foto del anuario. Escribió dos cartas largas y patéticas en su portátil que no envió, no por sensatez sino por miedo. Lo había impresionado el tono moral de Isabelle. Después del fin de semana, tras una reunión que se había suspendido y ya sentado a su escritorio hacia las once de la mañana, comprobó por inercia su correo personal, sin muchas esperanzas, e Isabelle Orthel apareció en la pantalla como una zarza ardiendo. Se tocó la oreja izquierda y abrió el mensaje.

«¿Sabes qué es el pavo frío? Tener el mono y saber que no vas a tener más dosis. Ése es tu problema, ¿no te parece?».

¿Cómo estará? ¿Seguirá viviendo en el campus? Tal vez se encontraba en Roombeek en el momento de la catástrofe. Aaron y él llegan al fondo del vestidor, un espacio en forma de «L», nada práctico. En la esquina, en la base de la «L», hay unas baldas poco profundas para los zapatos; las hizo su esposa a medida y las fijó a la pared. El armario del fondo, de nogal, tiene los estantes de chapa fina de acero. La mitad izquierda es un colgador y ahí están las togas y un frac. Huele a la lavanda seca que Tineke ha metido entre las prendas dentro de unos saquitos diminutos. Al ponerse en cuclillas, le chasquean las articulaciones. Del estante más bajo alza dos kimonos como si fuese una carretilla elevadora.

—De éste —le dice a Aaron, señalando con el mentón el que ha quedado arriba— probablemente no te quedará bien la chaqueta. El que hay debajo es mi antiguo kimono de competición. Puedes quedarte con la chaqueta de éste.

Le entrega el montón de ropa a Aaron.

—¿Me lo pruebo aquí?

—¿Duermes bien? —contesta, y se da cuenta de que a Aaron le sienta mal la pregunta—. Te veo desmejorado.

—Más o menos. Hace calor por las noches.

Sigerius se da la vuelta y estira el brazo por encima del estante superior para pescar un cinturón negro viejo, una tira elástica con partes desgastadas en los puntos donde año tras año se ceñía el nudo. Aaron se quita con dificultad los zapatos. Sigerius espera hasta que ha dejado caer los vaqueros nuevos y se los saca saltando sobre una pierna.

—Toma —dice entonces—, aquí tienes mi cinturón de la suerte.

Y se lo lanza con cierta brusquedad sobre el hombro, como si hubiera querido golpearlo. Es un gesto ridículo, pero Aaron no se da cuenta de nada, o simula no hacerlo.

—Gracias —le dice, y se agacha para recogerlo del suelo—. ¿Tu cinturón de competir?

—También. Mi antiguo cinturón, sin más.

Observa cómo Aaron se sube el pantalón blanco del kimono sobre sus piernas largas levemente bronceadas, se ciñe el cordón a sus caderas huesudas y lo anuda. En esa postura, su torso también largo parece un signo de interrogación. Aaron nunca haría algo así. Es de muy mal gusto de su parte descargar sus paranoias sobre el chico. Es la misma historia de siempre, ¿no?, se pregunta de repente. ¿Él y el sexo? ¿Acaso no son sus sospechas la transferencia de un sentimiento de culpa, como siempre que se trata de sexo? ¿No será su superego quien le ha metido esas ideas estúpidas y paranoicas en la cabeza para castigarlo por haber navegado por esas páginas web? Isabelle diría que sí.

Más adelante, cuando retomaron la relación, ella le contó durante una de sus largas conversaciones telefónicas devoradoras de baterías que tenía que agradecerse a su madre. «¿Qué tengo que agradecerle yo a tu madre?». Ella le explicó en un tono divertido que su madre la había visto languidecer durante cuatro días y le había dicho: «Lo mejor que puedes hacer es escribirle un correo electrónico a ese hombre».

—¿Tu madre?! —exclamó él sorprendido—. ¿Tu madre sabe lo nuestro?!

—Sí, claro —contestó ella—, ¿qué te creías?

—No estás hablando en serio, ¿verdad? Algo así no se le cuenta a una madre. Lo que hay entre nosotros es estrictamente confidencial, Isabelle.

Ella se desternilló de risa.

—Acostúmbrate, muchachito, en nuestra familia nos lo contamos todo.

Nunca pudo acostumbrarse. E incluso ahora, año y medio después, se le encoge el estómago sólo de pensar que Marij Star Busman sabe lo de su aventura con su hija adoptiva. Al cabo de un par de semanas de que Isabelle le hubiera contado que no le escondía nada, él escribió a su madre un cauteloso correo electrónico para sondearla: «Marij, tu hija es una joven adorable y divertida». Su respuesta no sonó en absoluto moralista, sino muy seria: «Confío en ti, Siem, sé que tus intenciones son honestas, pero no me gusta ver triste a mi hija por tu culpa».

¿«Triste»? ¿De qué estaba hablando? Su hija no daba la impresión de estar triste, en todo caso tensa. Después de lo que Isabelle y él habían empezado a llamar entre ellos el «pavo frío», sus conversaciones telefónicas y correos versaban cada vez con más frecuencia sobre lo que ella enunciaba como «su habilidad cobarde para cometer adulterio». Sobre todo cuando la conversación —después de Almelo todo se desarrolló por correo electrónico o teléfono— viraba hacia lo sexual. Entonces ella le enviaba un mensaje tipo: «¿No te resulta difícil?». O: «¿Qué dirían tus hijas?». O: «¿No crees que eres un verdadero cabrón?». Aunque habría sido mejor explicarle que ella, en su papel de amante, no estaba en la mejor posición para sermonearlo, él se esforzaba en enderezar con la palabra lo que ella se empeñaba en retorcer. Si le preguntaba si Clinton era un cabrón, ella le contestaba que no debía escudarse en otros. Si intentaba explicarle lo que significaba despertarse desde hacía veinte años al lado de la misma mujer («justamente el tiempo que tú llevas viviendo, Isabelle»), ella decía: «Pues todavía no has llegado ni siquiera a la mitad. Por lo menos te quedan otros veinte, tío». Ella era su Monica Lewinsky y con ella, empaquetado en plástico, venía un Kenneth Starr de regalo.

Pero ahora resultaba que Monica y Kenneth estaban tristes. En lugar de preguntarse si no habría llegado el momento de plantearse qué estaba haciendo, Siem salió del edificio del rectorado en plena jornada de trabajo y la llamó con los ojos húmedos de preocupación. ¿Por qué no le había dicho que estaba triste? «¿Y por qué estás triste, cariño?». Ella respondió que no era su cariño y que, por lo visto, él era incapaz de comprender su sufrimiento. Que ella siempre estaba sola, dormía sola, iba sola a casa de sus padres, sola a las fiestas... y mientras tanto se pasaba todo el santo día pensando en Siem Sigerius.

—¿Y yo qué? —repuso él—. Yo también pienso siempre en ti, Isa. Y lo que pienso es que tú sí que eres libre, que vas a la Peluquería cuando quieres,

que sales tres veces a la semana a alguno de tus tugurios hasta las cuatro de la madrugada. Tienes una cita tras otra.

Era verdad, ella lo mantenía muy bien informado acerca de los estudiantes que la acompañaban cada dos por tres a galas y fiestas por todos los Países Bajos.

—Siem —dijo lanzando un suspiro—, son unos pelmazos con espinillas.

—Pero te acuestas con ellos. Esos pelmazos con espinillas sí pueden tener sexo contigo.

Clic.

Fue él quien suspiró entonces, cruzó el asfalto mojado de la carretera principal y volvió a llamarla.

—Pero es cierto, ¿no?

—Claro, ¿es que no puedo? Tú duermes todas las noches con esa mujer tuya.

—Y sin embargo estoy feliz con lo nuestro. Vamos, Isa, intenta comportarte como una adulta por un momento. ¿Cuándo quedamos? El Appel nos espera.

—Qué cobarde eres, tío.

—¿Cobarde? Te deseo. ¡Podemos hacer lo que queramos!

Hablaba por teléfono extendiendo un brazo, como si fuera el actor de una obra de Shakespeare. Estaba plantado en medio del carril central que llevaba al centro cultural Vrijhof. Hacía frío, se secaba las ridículas lágrimas que le nublaban la vista e intentaba enfocar las ramas desnudas de los robles y los olmos.

—Siempre que guardes silencio.

Ella no se derritió, estalló. Estalló como estallaría un año más tarde el Fireworks. Era precisamente eso lo que la ponía siempre tan furiosa, chilló. ¡¿De verdad que no lo comprendía?! Ella no era el segundo plato de nadie. Le repugnaban sus mentiras, le repugnaba que le hubiera pedido que no les contara nada a sus padres.

—¡Cobarde! —rugió—. Haz el favor de no volver a prohibirme, nunca, pero nunca, que sea sincera con las personas que me salvaron la vida, ¿vale?

—Querida Isa, escucha...

—No, no escucho nada. Sé muy bien qué clase de manipulador eres. Estoy en casa, leyendo la «biblia» en esta materia. Este libro nunca miente ¡y justo dice que nunca hay que escuchar a los impostores como tú!

¿Libro? Para su sorpresa, resultó que la compañera de piso de Isabelle, una chica que mientras ellos hablaban se quedaba sentada en la esquina de la

cama de Isabelle bebiendo manzanilla, le había pasado un libro titulado *Nunca satisfechas: Cómo y por qué los hombres nos engañan*. Era la biblia en su residencia de estudiantes, y ella se había pasado la noche entera subrayando con un bolígrafo frases «con las que se sentía identificada».

—Pero Isa —repuso él, apenado—, dime entonces por lo menos qué tengo que hacer.

Ella se quedó en silencio, como un piano caído desde un décimo piso, pero en lugar de estrellarse y hacerse añicos, respondió melosa:

—Te doy un mes para que dejes a tu esposa.

Ni hablar. Un hombre de su posición, un hombre cuyos hombros cargaban con la solemne responsabilidad de dirigir un campus, un hombre a la cabeza de una familia cuyos miembros, si les preguntaras, responderían que lo había dado todo por ellos... De un hombre así se esperaría que pusiera punto final a su locura. Pero no. Lo único en lo que podía pensar era en la manita de Isabelle, aquella manita delgada de asiática que tanto lo había sorprendido en Almelo; día y noche podía sentir esa manita fantasma acariciando su sistema nervioso, volviéndolo loco, loco de deseo. Había momentos en los que estaba incluso dispuesto a morir por esa manita. Durante el frenético mes de marzo de 1999 intentó imaginarse viviendo en un futuro aún más frenético, pero apenas era capaz, porque él mismo se hallaba absorbido por ese frenesí.

A menudo, por la noche, después de pasarse una hora contemplando desde su lado del lecho conyugal cómo Tineke se desnudaba y, jadeando, se desplomaba en la cama, junto a él, lo veía todo claro: iba a dejarla, a la mujer que tan bien lo comprendía, que durante años se había sacrificado por él, a la mujer que amaba de una manera sólida, cómoda, que le aportaba una felicidad tranquila y profunda, debía apartarla de su vida. Desde que Isabelle le había dado el ultimátum, le resultaba difícil conciliar el sueño; revolviéndose en la cama, se perdía en cavilaciones prácticas y racionales sobre pisos de alquiler en el centro de Enschede a los que podría trasladarse aun antes de la separación. Se proyectaba a sí mismo imaginando su vida cotidiana con Isabelle: se veía por la mañana, un día laborable cualquiera, sentado en la cocina del piso de estudiantes, con el traje tan arrugado como él, bebiendo café de un tazón sin asa. Se veía los domingos conduciendo a través de una niebla espesa, rumbo a Delft, para visitar a su futura suegra, quince años más joven que él. Se imaginaba entrando los dos en la iglesia, cogidos del brazo, para la inauguración del año académico, Isabelle llevando para la ocasión un

sombrero propio de una mujer menopáusica. Un hombre de mediana edad con una jovencita tailandesa, ¿era eso aceptable?... Guiones elaborados que al final dejaba que terminaran apresuradamente, sin concluir, en la lenta y arremolinada corriente de sus fantasías cada vez más permisivas: viajes a Barcelona y París, románticos paseos nocturnos por parques de ciudades europeas, hoteles u hostales donde él pedía la cuenta, y sólo cuando por fin dejaba de darle vueltas, sólo después de estos castos preliminares, se entregaba a su manita. Sudado y encorvado como una gamba gigante, yacía en su mitad del colchón Auping, lo más cerca posible del borde, como en una coraza alrededor de su erección. Apenas se tocaba, por miedo a que Tineke se despertara asustada por sus movimientos mecánicos, se conformaba con imaginar lo que Isabelle haría con su cuerpo, unos actos lascivos que, aunque le doliera, era muy improbable que se hicieran realidad. ¿Qué pasaría después? Porque si para algunas cosas de la vida Siem Sigerius era muy hábil, un hacha incluso, un campeón, en la cama era un fracaso.

Él ni siquiera podía considerarse un amante. El único momento de su vida en el que había podido aspirar a esa calificación había sido después de que Tineke lo hubiera conquistado, a mediados de los años setenta, cuando durante un año y medio más o menos, completamente hechizados, hicieron el amor como se supone que debe hacerse. Para él había sido una época de confusión absoluta, una apática tierra de nadie en la que, sin ser consciente de ello en ese momento, estaba sustituyendo una ambición sagrada (convertirse en el mejor yudoca del mundo) por algo distinto, algo más incierto, algo completamente absurdo, algo parecido a una fantasía particular, con problemas matemáticos y papel cuadriculado. A la deriva, perdido, frustrado, así se sentía en el punto culminante de su carrera sexual; en una baja forma desesperante, eso era cierto, pero también emocionado, excitado, satisfecho. De hecho, fue la única etapa de su vida en la que le había apetecido tener sexo.

En el período anterior, cuando durante años además de tener diferentes trabajos se ejercitaba tres y hasta cuatro horas al día (yudo, correr, lucha japonesa, *jiu-jitsu*, pesas; tenía los músculos de un gorila pero el nivel de proteínas de una persona en huelga de hambre, y siempre iba con los bolsillos de la trenca cargados de pasas y plátanos y chocolate puro para no desfallecer por el agotamiento; luego, vuelta a ayunar varios días para pasar el control de peso, correr con un impermeable puesto alrededor de la pista de atletismo, y despertar en una pensión junto a un pabellón deportivo con los ojos hundidos y la lengua rasposa), durante en esos años, la libido le pendía de la conciencia

como un colgajo desalentador, un hilillo que a lo sumo dos veces al mes le hacía cosquillas en los riñones, lapsos nocturnos en los que despertaba a Margriet de su sueño ebrio, toqueteándola y montándosele encima como un lagarto.

Ésa es la triste verdad, sólo puede jactarse de haber tenido una vida sexual de año y medio, algo menos del tiempo que pasó en la mili; después, se acabó. El interés físico que sentía por Tineke fue declinando con una rapidez aterradora. El amor por las matemáticas lo absorbió, lo cogió por el cuello y ahogó el deseo. Con el tiempo ha llegado a pensar —dicho pensamiento bajo ningún concepto puede cruzar la frontera de su cráneo— que su resurgimiento sexual fue una forma lenta de desengancharse del deporte; una válvula para descomprimir la energía corporal que había ido acumulando en el catre de su cocina-sala de estar, una trasmutación mental de la intensa actividad física de sus años de entrenamientos y combates. ¿Primero yacía sobre Kiknadze, Ruska y Snijders, y después se descargaba sobre Tineke?

En ese aspecto, era decepcionante lo rápido que había vuelto a convertirse en su antiguo yo, obsesivo y solitario. En nada, ya estaban en Estados Unidos, donde para él y Tineke todo fue a mejor. Crecía y florecía de todo en California: guayabas, mandarinas, limones, sus nuevas hijas, el amor que sentían el uno por el otro... Todo salvo su «media», una palabra que seguía poniéndolo nervioso cada vez que se la encontraba en el *Marie-Claire*, o en cualquier otra revista femenina de esas que te dicen cómo llevar una vida plena. En Berkeley y Boston, él vivía para los números. Los hombres de su especie se llamaban ahora Quillen, Wiles o Erdős, esqueléticos poetas de los números hechos de papel de arroz transparente que se habían retirado a los confines de su propio cráneo. En aquel entonces, cuando Paul Erdős pasaba por Berkeley a veces se alojaba en su casa de madera de Bonita Avenue. En esas ocasiones, el maestro y Siem se adentraban juntos en terrenos baldíos; resolvían un teorema e inmediatamente escribían un artículo en jornadas laborales de dieciocho y hasta veinte horas seguidas. Un día en el que ellos dos continuaban hablando de matemáticas sentados entre la hierba alta del jardín trasero de la casa después de una de esas jornadas maratónicas, Tineke le había dicho a Erdős en tono sarcástico (aunque, en realidad, el comentario iba dirigido a Sigerius, claro): «Los matemáticos sois como máquinas que transforman café en teoremas, ¿no te parece? Siempre con esos teoremas vuestros, estoy hasta las narices de esa palabra». Erdős asintió riendo a carcajadas y aplaudiendo con sus manos temblorosas.

En aquella época, cuando estaban en la cama que Tineke había diseñado con tanto amor para ellos, ella aún deslizaba alguna que otra vez la mano por debajo del elástico de su pantalón de pijama, y ésa era la señal para que él empezara hablar de álgebra, del muro de cristal que lo separaba de la evidencia que estaba buscando y de cómo podría hacerlo añicos a la mañana siguiente sentado en su despacho del Evans Hall. Y sí, se sentía culpable e incompleto. Pero Tineke parecía aceptar sus evasivas; siempre al corriente de los extraordinarios logros de Siem, quizá se convenció a sí misma de que una explosión de genialidad así exigía tales sacrificios. Tal vez se daba por satisfecha con que todos los días, de siete a nueve, se desviviera por ser un buen padre para Joni y Janis. Cuando se trasladaron a Boston, excusándose en su repentino éxito, Sigerius se quedaba a dormir a menudo en una colchoneta de su despacho en el MIT, y hablaban de sexo como quien habla del césped que ya toca cortar. Y desde hacía unos diez años ya ni siquiera hablaban de ello. El tema erótico había sido pospuesto y finalmente abandonado. Respetaban la vida privada de cada uno. Se besaban en la mejilla cuando se despedían y cuando se reencontraban.

Él nunca entraba en casa sin avisar, sin hacer ruido o por sorpresa, desde que había visto por casualidad que Tineke tenía un aparatito gris de plástico, gris como un viejo teléfono de disco, del que salía una barrita de acero con una bola de goma dura en el extremo. Cuando lo encendías se movía rápidamente arriba y abajo, vibraba con ímpetu y con un sonido de traqueteo. Una maquinita ruidosa con la que se podrían cascar nueces pero que su mujer utilizaba para masturbarse después de un duro día de trabajo en el taller, como comprendió la tarde en la que el sonido lo atrajo hacia el dormitorio.

Por lo que recuerda, las noches del mes siguiente al ultimátum de Isabelle las pasó medio desnudo en su estudio. Fue el mes en el que descubrió las páginas web. Su estudio es como un cubo, pero la ligera pendiente que hace el techo junto con las revistas amarillentas y los libros polvorientos que se apilan en los rincones y a lo largo de las paredes hacen que parezca un nido de pájaros lleno de mierda. Es la única habitación de la granja que ha escapado a la mano de ebanista de Tineke. Ése es su territorio. El cuarto donde se masturba papá.

Isabelle había abierto los grifos al máximo, y el agua herrumbrosa que llevaba décadas acumulándose en las cañerías salía ahora borboteando. En esa época habían cogido la costumbre de enviarse mensajes de texto después de

que Tineke se durmiera (Isabelle nunca se acostaba antes de las tres, ¿dormía en realidad?), y tan pronto como obtenía una respuesta, la gamba salía deslizándose de la cama, subía nadando por la escalera hasta el estudio y encendía el portátil. Entusiasmado, le enviaba mensajes sobre el futuro que había estado ideando para ellos. Deducía que a ella le gustaba por las ensoñaciones que le enviaba: quería que hicieran un viaje largo, quería vivir con él en una casa de verdad, le preguntó si se había hecho la vasectomía, y utilizó más palabras que, al no salir de su propia boca, le parecieron un poco excesivas.

Ahora que se comunicaban tan explícitamente a veces lograba que con uno de sus mensajes de texto saliera de la sede de la asociación de estudiantes y en su apartamento del campus, en su habitación, se quitara la ropa y, al igual que él, se sentara desnuda ante el ordenador. «Cuéntame exactamente qué me vas a hacer dentro de nada, cuando estemos de viaje», le dijo un día. Y la tarde siguiente se dio cuenta de lo literalmente que Isabelle utilizaba la expresión «dentro de nada». «Cariño —le escribí—, ¿cómo se lo ha tomado T.?». «¿Cómo se lo ha tomado T.?». Le había dado un mes, ¿no? «Estoy esperando el momento adecuado», le contestó él.

Con el transcurso de los días y las noches, la actitud de Isabelle volvió a cambiar. Pasó de la admiración y la espontaneidad a la pedantería y el moralismo; se convirtió en una criatura despiadada. Sus mensajes de texto se hicieron más cortos y entre uno y otro se producían agujeros en el tiempo. «¿Cuándo vas a decírselo?», respondía cada vez que él le preguntaba si estaba excitada. A veces lo ponía caliente y luego permanecía en silencio un cuarto de hora, una hora o el resto de la noche. Como al final Sigerius siempre se quedaba con mal sabor de boca, porque ella nunca colaboraba hasta el final (pero también porque él nunca abandonaba, adicto como era a esas misivas digitales), llevado por la desesperación, empezó a navegar a fondo por internet. Frenético por la satisfacción postergada, buscaba fotos en las que pudiera ver lo que Isabelle le negaba. Lo sorprendió la cantidad de chicas, asiáticas o no, que podían aparecer en la pantalla como por arte de magia poniendo tan sólo un par de palabras en el cuadro de búsqueda. Pero funcionaba... y de qué manera. Para cuando Isabelle se iba a dormir, siempre de repente, sin darle siquiera las buenas noches, su portátil estaba a punto de derretirse por todas las páginas de sexo que tenía abiertas, fotografías de putitas en todas las posturas imaginables, menús emergentes y extraños programitas que hacían que el módem llamara a números eróticos; en fin, fuentes inagotables de virus. A veces tardaba un cuarto de hora en limpiar el

disco duro, tras lo cual le tocaba a él limpiarse el pingajo de carne que llevaba entre las piernas en el cuarto de baño al final del pasillo. Terminada la descarga, sentía una melancolía relajada que le permitía dormir las últimas horas de la noche.

—La cuestión es si alguna vez llegaré a ver esa casa por dentro —dice Aaron.

Se pone la chaqueta del kimono, del que sus manos y antebrazos salen como palos de escoba, y se cruza las solapas.

—No te pongas tan pesimista.

Oyen el suave chancleteo de alguien que se acerca por el pasillo.

—¿Chicos? —Joni—. Papá, Aaron, ¿venís a comer? La mesa está puesta.

Aaron se agacha y recoge del suelo el cinturón, que descansa entre sus pies descalzos.

—¿Dónde estáis?

Pasa repiqueteando por delante del cuarto de baño, levemente ventilado, y entra en el vestidor.

—¿Interrumpo algo?

Su rostro no expresa ironía, sino irritación.

—Tú nunca interrumpes, cariño —murmura su padre con una dulzura exagerada.

—Enseguida vamos —dice Aaron.

Joni se sorbe la nariz y se va sin decir nada. La última vez que lo interrumpió fue a finales del mes que le había dado Isabelle. Él estaba en el rectorado, como un cadáver dentro ya de la bolsa, tras haberse pasado la noche en vela. Y ocurrió algo muy raro: de repente, su secretaria anunció que Joni estaba allí. ¿Por qué habría ido a verlo? Aún recuerda que se la veía optimista. La primavera se resistía a estallar, pero ella ya llevaba un vestido de verano. Su aparición lo animó; se dieron dos besos y se sentaron a una esquina de la mesa de reuniones. Le dijo que parecía cansado.

—Tengo un trabajo muy exigente —respondió él.

—Cuando uno está enamorado, es capaz de todo —dijo ella.

—¿De qué estás hablando?

—Papá, no quiero meterme donde no me llaman, pero vengo a avisarte.

—¿Sí? ¿Y de qué?

Ella se inclinó hacia su bolso y sacó una página de periódico doblada. La desdobló, la alisó y se la tendió. Sigerius conocía de memoria la foto que

había en el centro de la página: allí estaba él, desnudo en la orilla. ¿Dejaría de perseguirlo algún día?

—¿Sabes que fue Aaron quien hizo esta foto? —comentó por decir algo.

—La he sacado de la puerta del baño de nuestra residencia. Mírala bien.

Ya la había visto. Pero, sin perder la compostura, observó con una atención exagerada los comentarios escritos a mano que, al parecer, habían ido poniendo sus compañeras. De la boca abierta del todo salía un bocado de rotulador en el que alguien había escrito: «Chicas, ¿se está portando bien Joni?». Bajo los pies descalzos en la hierba habían escrito en grandes letras mayúsculas: «ERECTOR MAGNÍFICO».

—Ésa es buena —murmuró—. Ésta es la que no comprendo.

Dio unos golpecitos sobre el círculo rojo que rodeaba su pollita friolera. «Propiedad de Isabelle Orthel», podía leerse al lado.

—Lo sabe todo el campus, papá. Si escriben algo así en mi propia residencia, en mi propio baño, puedes estar seguro de que todo el mundo sabe que te lo estás montando con una estudiante de primero.

—Y si fuera así, ¿qué?

De pronto se dio cuenta de que Joni era unos cinco años mayor que Isabelle.

—Por mí puedes hacer con tu vida lo que quieras, pero...

—Pero ¿qué? ¿A qué has venido, Joni? ¿A sermonearme?

—No. Vengo por mamá.

—Ella no está aquí.

—No quiero que tenga que leer en nuestro baño todo lo que estás haciendo por ahí, papá.

Aaron se ha atado el cinturón con un bonito nudo llano y examina el interior de la chaqueta.

—He oído que en la Vluchtestraat se han abierto grietas en paredes maestras —dice—. Quieren inspeccionar una por una todas las viviendas para ver si hay peligro de derrumbamiento. Llevará una semana o dos. Es lo que dicen en el centro de información.

Sigerius traga saliva e intenta decir algo que suene amable. Antes de que pueda colocar el comentario de rigor sobre que Aaron es bienvenido todo el tiempo que necesite, empieza a sonar un teléfono móvil.

—Es el mío —dijo Sigerius.

Se sacó el Nokia del bolsillo de su pantalón caqui y miró ceñudo el número que aparecía en la pantalla.

—Soy Sigerius —anunció, y dejó vagar la mirada por el vestidor—. Hola, Thom. No, no molestas... Terrible, no das crédito. Pero Enschede tiene mucha capacidad para reponerse... Sí, claro, nosotros estamos bien, Thom, estamos muy bien. ¿Y tú? Sí... Te escucho.

Aaron no, por lo menos al principio. Él inspeccionó aquel espacio de pocos metros. A ambos lados había unas estanterías de aluminio de un par de metros de altura con ropa, a la izquierda los trajes y las americanas ordenados por colores, a la derecha la exposición el doble de larga de los vestidos y trajes de Tineke. Ya estaba acostumbrado, con Sigerius era casi imposible mantener una conversación seguida de más de diez minutos. Sin embargo, ahora debía acostumbrarse al que él llamaba el «Sigerius cotidiano», pues nunca habían convivido durante tanto tiempo. Lo sorprendía que fuera tan reservado; se retiraba de buenas a primeras a la sala cuando todo el mundo estaba en la terraza. Durante las comidas se mostraba claramente irritado. Tal vez la catástrofe estuviera provocando un estrés adicional en Tubantia, o tal vez Sigerius percibiera la tensión entre Joni y él, aunque a Aaron le costaba imaginarse que algo tan trivial lo influyera. Para entretenerse, olió las mangas del kimono; el algodón blanco olía a fresco, un fresco antiguo, como si proviniera directamente de los prehistóricos años sesenta. Ruska y tal vez Geesink también lo habrían agarrado, tirando del cuello sobre la cabeza de Sigerius, mientras combatían con él en los entrenamientos.

—... me parece muy interesante —oyó decir a Sigerius, que se había vuelto unos noventa grados para apartarse de él, y en ese momento apretaba levemente con la mano que le quedaba libre las punteras de un par de zapatillas de deporte que había en el vestidor—. Pero qué pronto reaccionasteis, oye... Sí... Lo entiendo, sí... Por supuesto que lo consideraré.

Se volvió de golpe hacia el joven y clavó su mirada oscura y severa en sus ojos. Aaron esbozó una sonrisa estúpida, pero la mirada de Sigerius lo atravesó sin que éste la viera.

Aaron sintió que le flaqueaban las piernas. Llevaban una semana viviendo en la granja y aún no había dormido bien ni una sola noche. La cama de invitados en la que estaban condenados a dormir juntos, el uno al lado del otro, era estrecha y crujía como si se encogiera poco a poco; cada noche se pasaba hasta las cinco de la madrugada haciendo unos esfuerzos sobrehumanos para evitar los crujidos y ruiditos molestos. Bastaba con que tragase saliva para que la cama crujiera, y para cuando despuntaba el alba él mismo se había convertido en un pedazo de madera gimiente.

Al principio le había parecido bien pasar un par de semanas con los suegros, y sentía curiosidad por ver cómo se desarrollaría el día a día en la casa de Langekampweg. Pero ahora que estaba allí se daba cuenta de lo incómodo que era. Y las discusiones con Joni todavía le resultaban más agotadoras que el insomnio. Justo ahora que se alojaban en casa de sus padres, era cuando más ganas tenían de estrangularse. Jamás se habían peleado tanto, y por cualquier tontería. Parecía que continuaba enfadada por lo de la boda. Además, él se estaba volviendo loco de remate con todos los comentarios que ella hacía sobre Boudewijn Stol y su fantástico programa de prácticas para recién licenciados.

Desde hacía un par de días, a todo eso se le había añadido un tal Ennio. Como cientos de otros habitantes de Enschede, el pobre infeliz yacía en el hospital como una pasa, magullado y quemado. Bastante mal, en realidad. Aaron comprendía muy bien que esa desgracia repentina hubiera tocado «muy de cerca» a Joni, pero lo que menos soportaba... bueno, había muchas cosas que no soportaba, pero lo peor no eran sus constantes lloriqueos y gimoteos. Lo peor era que se sentía excluido. Sólo hacía que pasar por el salón rumbo a la terraza para fumarse un cigarrillo y allí estaba ella, a menudo en compañía de su madre, moqueando y con la cara roja de llorar, manteniendo lo que parecía una conversación profunda que se interrumpía de pronto. Cuando le preguntaba si estaba un poco mejor, obtenía por respuesta un «sí, claro, de maravilla». Por lo visto, él no era la persona adecuada con la que desahogarse cuando se trataba de otros hombres. Sigerius le había contado el día anterior que Ennio se había ido a vivir a la Kievitstraat porque su mujer lo había puesto de patitas en la calle. Según decían, por liarse con una estudiante que trabajaba en la tienda.

—¿Cuándo necesitas una respuesta? —preguntó Sigerius—. Bien... Estrictamente confidencial. Entendido. Vuelvo a telefonarte dentro de unas dos semanas. De acuerdo. Hasta pronto. Adiós. Adiós, Thom.

Mantuvo el teléfono a la altura de los ojos, se quedó mirando fijamente la pantalla un momento y bajó despacio el aparato. Miró a Aaron y le dijo:

—Vaya, vaya.

—Me queda que ni pintado —respondió Aaron.

—Dos semanas.

—¿Dos semanas?

—Si no ocurre antes. —Sigerius lo observó pensativo—. Aaron, escucha, ¿puedes guardar un secreto? Sí, claro que puedes. De todas formas, ya has oído la mitad.

Y sin esperar respuesta le confió (su voz grave y tranquila transmitía cierta carga emocional) que lo había llamado Thom de Graaf; se esperaba que en un mes defenestraran a Kruidenier, el ministro de Educación, o que fuera él mismo quien dimitiera, lo que en realidad no era ninguna sorpresa: en La Haya llevaban semanas sin hablar de otra cosa que no fuera ese asunto.

—Me preguntan si estoy disponible.

Por regla general, su suegro hablaba despacio, como si pusiera un punto tras cada palabra, pero ahora las frases fluían de su boca como de un arroyo, con las aletas de su pequeña nariz tensas por el triunfo.

—Podría ser para empezar la semana que viene. O dentro de seis meses.

Sigerius se quedó mirándolo, expectante. Aaron rastreó su cerebro en busca de algo apropiado que decir, pero no se le ocurrió nada. La noticia lo había cogido desprevenido, más de lo que había sorprendido a Sigerius, y tuvo un efecto físico en él, como si le hubieran propinado un puntapié en la rabadilla. ¡Sigerius ministro! En algún lugar de su cuerpo cansado se puso en marcha un aspersor de adrenalina. Debería haber dicho algo sobre Kruidenier y la bronca que protagonizó en el Parlamento, pues sabía bastante del asunto; el hombre había informado mal en la cámara baja sobre un supuesto fraude en la enseñanza superior no universitaria. Pero tenía la boca demasiado seca para hablar. Se quedó con la mirada clavada en las baldas con zapatos que había junto a la cabeza de Sigerius, una mancha oscura que empezaba a mostrar extrañeza e incluso incompreensión. Enfocó la mirada en un par de zapatos negros de tacón alto.

—Si acepto, claro —oyó decir a Sigerius—. El partido, en cualquier caso, ya está harto de Kruidenier. Quizá sea él mismo quien empaquete los bártulos. Es lo que espera el partido.

Aaron tenía calor y la mandíbula tensa. Los zapatos habían padecido el peso de Tineke y estaban destrozados. Sigerius se sorbió la nariz con una breve aspiración. De la entrada del pasillo subió un grito liberador. Tineke.

—¡Chicos, a la mesa! ¡Nosotras empezamos!

—¡Ya vamos! —respondió Sigerius.

Puso una mano en el hombro de algodón de Aaron y pasó por delante de él.

—Les diré que aún te estás cambiando. Mantén la boca cerrada, ¿vale? — le pidió desde el umbral de la puerta.

De pronto, Aaron se sintió agradablemente solo y dejó caer al suelo la chaqueta del kimono, que le resbaló por el torso empapado en sudor. Se quitó el pantalón blanco de algodón y se puso los vaqueros nuevos, que por el contrario estaban tiesos. Se dirigió al dormitorio. Entre dos mesillas de noche de color cobrizo, llenas de libros apilados en orden, se encontraba una cama de matrimonio bastante alta con mantas y sábanas anticuadas. No se veía ropa tirada por ninguna parte. Metió los brazos por el polo que Sigerius le había prestado y se colocó delante del espejo de la puerta del armario. Se observó la cabeza, la tenía caliente. La costra pequeña seguía en la coronilla: un recordatorio de su caída contra la puerta del baño.

Desde el salón —donde unas pesadas cortinas de terciopelo azul impedían el paso de los rayos de sol vespertino y el *Financieel Dagblad* de Joni estaba doblado en cuatro sobre el sofá— le llegaba el ruido de tenedores y cuchillos. La voz de Sigerius zumbaba como un bajo.

—... así que lo conozco bastante bien, una vez le encargué que estudiara algo para el Consejo Estatal de Planificación Económica y Social, hará unos... ¿seis años? Ya por aquel entonces trabajaba en McKinsey. Vino a hacernos una presentación, y debo decir que...

Aaron se detuvo en medio de la estancia, mucho antes de que pudieran verlo desde el mirador acristalado, y se agarró al respaldo del gran butacón giratorio. ¿Estaban hablando de Boudewijn Stol?

Siguió allí quieto en silencio. Sigerius no terminó la frase, tal vez porque lo habían oído llegar. Con un suspiro, volvió a ponerse en movimiento, rodeó los dos helechos enormes que montaban guardia en la cocina americana de Tineke y entró en el mirador. «Que aproveche», dijo. Tineke le sonrió y Sigerius le sirvió ensalada, mientras que Janis y Joni siguieron comiendo sin

mirarlo. Se sentó al lado de Joni, justo enfrente de su padre. Ella tragó la comida que tenía en la boca y dijo:

—Adivina adivinanza.

—Me rindo —respondió él, distante.

La puerta corredera estaba abierta, los ovillos de pelusa de los chopos titubeaban en el umbral, oyó el crujido del viejo castaño bajo el fuerte viento de mayo.

—Cuando estabas duchándote ha llamado Boudewijn y me ha preguntado si quiero ir a hacer las prácticas con él a Ámsterdam. —Lo dijo impertérrita, pero la voz se le ensortijaba en los bordes.

Él notó que volvía a encenderse, esta vez de rabia e impotencia.

—¿Ámsterdam? —dijo con voz ronca—. Pensaba que querías hacer las prácticas en el extranjero. ¿Por qué tendrías que quedarte en una de esas oficinas de Ámsterdam? Francamente, me parecería... una lástima.

Ella sonrió a sus padres, que estaban al otro del mantel blanco.

—Aaron y Boudewijn no hicieron muy buenas migas —les explicó.

—Hicimos unas migas estupendas —replicó él.

—¿Ah, no? —preguntó Sigerius con la boca llena, ignorando su objeción—. Justamente les estaba contando que conozco un poco a Boudewijn... —Tomó un sorbo de vino y continuó—: Es un tipo afable, y muy bueno en lo que hace ahora. Me parece que podría aportarte mucho, Joni.

—Yo también lo creo —dijo Aaron sin apenas voz—. Por supuesto. Pero yo estoy hablando de que Joni no debería sacrificar una experiencia enriquecedora en el extranjero por algo así.

Ése era el inconveniente con Sigerius: era el amigo al que nunca se quería disgustar. A veces una vocecita en su interior hacía que se cuestionara si esa clase de amigos eran amigos de verdad.

Sigerius, que asintió pensativo, se sobresaltó con el golpe metálico del tenedor que Joni había dejado caer con violencia sobre la mesa. Su hija se volvió hacia Aaron, que se había echado para atrás, y ahora lo miraba con una sonrisa burlona.

—Vaya, vaya... —dijo Joni—, ésta sí que es buena. Cuando te dije que me gustaría irme un par de meses a Estados Unidos, empezaste a lloriquear. Casi te me cuelgas de las piernas. ¿Y ahora me vienes con esto?

Se produjo un silencio incómodo. Aaron vio que Janis, que nunca lo había tragado, lo miraba con una satisfacción perversa. Para disimular su turbación, cogió la fuente de porcelana de las croquetas de manzana y se sirvió un par en el plato con mano trémula.

—Os voy a contar una historia curiosa de Stol —intervino Sigerius para romper el hielo.

Parecía animado por la noticia que acababa de recibir de La Haya, aunque de momento tuviera que guardársela para sí.

—Después de esa reunión del SER, me llevó en su coche a la estación central de Utrecht. Fue un viaje extraño. Todavía me río al recordarlo.

—¿Qué coche tenía? —preguntó Joni.

—Uno de esos deportivos. Un BMW, creo.

—Pero ¿qué pasó? —preguntó Janis.

Tras apoyar sus antebrazos anchos y peludos en el mantel, Sigerius empezó a contar con tono alegre que, nada más salir de La Haya por la A12, los había adelantado de forma temeraria un Golf en el que iba una pareja aparentemente normal. Él, sentado en el asiento del copiloto, se llevó un susto de muerte, y Stol más, si cabe; no sólo pegó un frenazo tremendo, sino que además tocó el claxon con insistencia. Esto último no fue sin duda lo más acertado porque el Golf redujo la velocidad hasta quedar a la altura del BMW de Stol. Entonces vieron cómo la pareja bajaba la ventanilla derecha y una mujer teñida de rubio se asomaba más o menos hasta la cintura y arrojaba un cucurucho de patatas fritas contra el parabrisas de Stol.

—Fue increíble —declaró Sigerius—. Estuvimos durante un cuarto de hora limpiando en el arcén la mayonesa, el *curry* y las cebollitas con un pañuelo. ¡Qué locos están en las grandes ciudades de Occidente!

Janis rió.

—Bo me parece uno de esos tipos capaces de llevar a cabo una persecución salvaje de una hora —dijo Joni.

—¿Bo? —preguntó Tineke.

—Boudewijn —le aclaró—. Me ha dicho que lo llame «Bo».

Aaron creyó que se volvía loco. Por segunda vez esa misma semana se encontraba contra las cuerdas por culpa del payaso de Stol. Además de estar hasta las narices, se lo veía venir: era evidente que Joni se moría de ganas de contar a sus padres cómo se había comportado él durante la cena de Vaessen. Nada podía hacerle más ilusión a ella, pues consideraba que él se había puesto en evidencia, que había sido grosero y se había portado como un impresentable. Y aunque él tenía una opinión muy distinta al respecto, no hubiera estado bien ponerse a discutir con ella en la mesa. Cuando oyó a Sigerius decir que era necesario parar los pies a «esa gentuza», se le ocurrió de pronto otra batallita, una situación semejante que había padecido su

hermano. Cuando quiso darse cuenta había tomado la palabra. «A la mierda con el maldito Bo. Basta. Se acabó».

—Yo tengo otra —anunció, y esperó a que los cuatro lo miraran—. Cuando estaba estudiando Filología Neerlandesa me pasaba los fines de semana conduciendo un taxi en Venlo...

—No me digas que fuiste taxista... —Joni se sorprendió.

—Durante poco tiempo —mintió él con más seguridad que hacía un momento—. Apenas un año.

En realidad era Sebastiaan, su hermano, dos años mayor, quien durante años había conducido cada sábado un microbús regional en Venlo. Pero contó que había sido a él a quien un sábado por la tarde, en la autovía que lleva a Tegelen, un pueblo a orillas del Mosa, al sur de Venlo, casi embisten poco antes del desvío del hospital. Un Ford Escort rojo con alerones negros cambió de carril quemando rueda poco antes de los semáforos; el coche pasó a toda velocidad por delante del microbús, casi rozándolo, y saltó al carril en dirección Sint-Maartensgasthuis.

—Faltó un pelo para que se me llevara por delante, así que toqué el claxon y levanté el puño.

Justo en ese punto la anécdota enlazaba con la de Sigerius, y vio que, por lo menos, contaba con su atención y con la de Joni. Tineke le pidió a Janis que le pasara la fuente de la coliflor.

—Así que, mientras estoy esperando a que el semáforo se ponga en verde —continuó—, veo cómo el Escort, en lugar de ir hacia el aparcamiento del hospital, cambia de sentido invadiendo el arcén y aparca. Se abre la puerta de golpe y sale un tipo de unos treinta años. Tira la colilla del cigarrillo y se dirige hacia mi vehículo. Enseguida me doy cuenta de que es chusma. Mientras recorría los veinte metros que nos separaban, mantuvo la cabeza bien erguida y el mentón en alto, dándose aires. Me miró por encima de los pómulos, con la lengua entre los dientes. Miré aquella lengua ancha, que parecía un trapo enmohecido de blanco. Tenía el pelo grasiento, negro como el petróleo, y llevaba una chaqueta de ante y un pantalón de chándal rojo brillante, Kappa, los que llevan los del Milan de Gullit y Van Basten.

—Y Rijkaard —añadió Janis.

—Y Rijkaard —repitió él.

Conocía hasta el último detalle de la anécdota; había oído la historia por lo menos tres veces de boca de Sebastiaan —«vamos, cuéntala otra vez»— y él la había vuelto a contar muchas más, así que se la sabía de memoria.

—El tipo —continuó, de repente más seguro de lo que se había sentido hasta ese momento— llevaba unos zuecos de cuero negro con unos calcetines blancos. Con esas pintas van los gitanos de Venlo. Vi de inmediato que era el tipo de persona que más vale tener lejos. Cuando es gentuza de verdad, te das cuenta enseguida.

Y añadió que llevaba la ventanilla del copiloto bajada del todo (porque hacía una temperatura estupenda de finales de verano), pero que, obviamente, lo más prudente era subirla: se avecinaba tormenta.

—Así que mantengo apretado el botón, pero la ventanilla sube despacio. Justo antes de que se cierre, el tipo logra meter los dedos entre el marco y el borde de la ventanilla, y escupe una flema verdosa en el cristal. Se queda allí colgado apoyando todo su peso. Mientras nos miramos, sigo apretando el botón. Él grita: «¡¿Qué pasa, tío?! ¡¿Qué coño te pasa?!». Por un instante los dedos parecen atrapados, pero luego, de un golpe brusco, baja la ventanilla a la fuerza.

Aaron imitó el movimiento con ambas manos, poniendo una mueca malévol.

—«Crac», hizo el motorcito. Entonces consiguió meter medio cuerpo dentro del coche y me agarró por la corbata de la empresa.

—Qué ser más repulsivo —dijo Tineke, que seguía llenándose el plato y lo miraba con desinterés.

Sin embargo, Sigerius aguzaba el oído, y eso era lo más importante.

—¿«Repulsivo»? —dijo a su esposa, sonriendo de oreja a oreja—. Pero si todavía no ha pasado nada...

—Papá, no te hagas el chulo —soltó Janis—, que tú también te cagarías en los pantalones.

—Me cagaría en los de él —respondió Sigerius.

Aaron lo miró, satisfecho por dentro, porque no lo había visto así, liberado por un momento de aquella seriedad irascible, en toda la semana. Ahí estaba su carácter de luchador, recuperándose enseguida, sin contemplaciones, algo atípico para su edad y posición. Janis movió la cabeza pelona con actitud despectiva.

—¿Y qué hizo el tipo? Pues me retorció la corbata y se dispuso a atizarme un buen puñetazo —continuó—. «Me va a partir la cara», pensé. Me veía llegando a urgencias a trompicones. Pero no me pegó. Me insultó a gritos y se apartó empujando el puño contra mi garganta. Reculó por la ventanilla, volvió a su coche y se fue al aparcamiento del hospital.

Aaron se quedó atónito por la locuacidad y el desparpajo lingüístico que había empleado, se sentía muchísimo mejor que diez minutos antes.

—¿Qué te gritó? —preguntó Sigerius, sosteniendo en el aire la salsera de porcelana, cinco centímetros por encima del damasco, como un galeón fantasma.

Se lo quedó mirando, concentrado, haciendo círculos con la lengua en la parte interior de la mejilla, gris por la barba incipiente.

—Déjalo —dijo Joni—. Creo que no me apetece saberlo.

Aaron la miró brevemente y distinguió una pátina de censura en su expresión. Los demás quizá pensaran que la irritaba la actitud de su padre. Pero no, qué va. La zorrilla de la familia se avergonzaba de él, del chico que estaba con ella; le preocupaba el espectáculo que pudiera ofrecer esa vez. En teoría, una semana como ésa habría sido ideal para mostrar a sus padres la pareja tan bonita y agradable que hacían. Ella solía ser muy buena en ese tipo de cosas: fingir en casa de papá y mamá que todo marcha como la seda, hacer como si no hubiera nada que ocultar. Los secretos, el teatro, mentir con gracia la divertían. Hasta entonces. Entonces se atrincheró en el regazo de mamá, lo observó a través de los ojos de sus padres y vio a un gilipollas celoso que por las noches vagaba por la casa donde ella había pasado su juventud.

—Vamos, dilo —insistió Sigerius.

Por extraño que pareciera, de manera hiperconsciente, Aaron sabía que había llegado a la parte buena de su fatiga: los temazepam que se había tomado la noche anterior ya los había eliminado de la sangre y se sentía extremadamente lúcido.

—Primero me escupió otra flema asquerosa, esta vez en la oreja. Y luego gritó: «¡Calvo de mierda!». Muy fuerte. Los ciclistas que estaban esperando en el semáforo se volvieron. Y al instante miraron de nuevo al frente.

—A eso me refería —dijo Joni.

Sigerius negó con la cabeza al tiempo que resoplaba.

—Y, entonces, mientras estaba allí sentado con tres coches pitándome detrás, me enfadé. La furia se apoderó de mí. No por el insulto, ni por el hilillo de baba verde que me recorría la cara, no; bueno, sí, por eso también. Pero, sobre todo, por la ventanilla. Ese cabronazo me había estropeado la ventanilla.

La falta de sueño hacía que se identificara al cien por cien con Sebastiaan.

—Me veía frente a De Zwart, mi jefe. Nada comprensivo. Adiós a las horas extra, esos tipos son así. «Bever, esto lo pagas tú». De Zwart no te

pregunta qué tal estás. De Zwart te retiene el sueldo. «Joder», pensé. Así que aparqué el taxi al lado del Escort y me dirigí al hospital.

En el rostro de Sigerius se dibujó una sonrisa cómplice; la salsera efectuó un aterrizaje seguro, por fin, y con la mano que le quedó libre se palpó una de sus famosas y deformadas orejas, lo que auguraba cero tolerancia.

—Así que fuiste detrás del tipo —dijo—. Bien hecho.

El sol, ya en el ocaso, caldeaba el mirador acristalado donde estaban sentados, teñía de rojo sus caras y de reflejos anaranjados los platos y cubiertos. Aaron explicaba, también a sí mismo, que en el hospital, a mano derecha había un mostrador de recepción bajo y alargado, y a mano izquierda un restaurante *self-service* que estaba abarrotado.

—No vi al tipo por ningún lado. En recepción no estaba, así que pensé que tal vez hubiera entrado en el vestíbulo, que era enorme. Y justo cuando iba a información a preguntar adónde habían enviado al del pantalón de chándal rojo, veo a ese patán.

—¿Lo ibas a preguntar así: «el del pantalón de chándal rojo»? —quiso saber Sigerius.

—Claro que no —dijo Joni.

Sin mirarla, Aaron le hizo un gesto con la mano izquierda para que callara.

—Allí está el tipo, con los zuecos y la espalda producto de los anabolizantes vuelta hacia mí, en medio de la muchedumbre hambrienta, deslizándose una bandeja por la vitrina del *self-service*. Me dirijo a él. En la bandeja lleva dos cervezas heladas Heineken de medio litro y un plato con tres frankfurts. Me llega un tufo a sudor y pis. Le doy un golpecito en el hombro y vuelve la cabeza hacia mí; es un poco más bajo que yo y me mira como si no me hubiera visto en la vida. Le digo: «Acabas de romperme la ventanilla del coche. ¿Cómo vamos a solucionarlo?». Ahora me miran sorprendidas incluso las espinillas de su frente. «¿Yo?», dice. «¿De qué estás hablando?». «Hace un momento, fuera», le digo, «ese Ford Escort rojo es tuyo». «Te equivocas», me dice él, «yo a ti no te conozco; vengo de estar con mi mami, que está enferma».

—¿Dijo «mami»? —preguntó Sigerius, abriendo mucho la boca, entornando los ojos castaños hasta convertirlos en dos rayas y riéndose por lo bajo.

—¿No tuviste miedo? —preguntó Janis—. Podrías haberte ido sin más al trabajo y llamar al seguro.

Eso más o menos fue lo que le dijo Aaron a su hermano. En ese momento se había sentido fascinado, pero también preocupado. Había sentido miedo ajeno.

—También podría haberse puesto a llorar en el taxi —añadió Sigerius—. También podría haber gritado «¡Socorro!». Pero algunas personas actúan cuando es necesario.

Su cara, morena y sin afeitar, una cara que no parecía la de un rector universitario porque le faltaba solemnidad, que no parecía la del ganador de una medalla Fields, la de un genio ensimismado, y que en absoluto podía ser la de un ministro de Educación, había mudado la expresión. Ahora uno podía atisbar la cara de un Sigerius de otra época, perteneciente a un pasado lejano, más pasional, provinciana. Un hombre capaz de dejarse llevar por la rabia, un hombre impulsivo, que un día le contó con deleite algo que había ocurrido en la cafetería de una piscina en Estados Unidos mientras esperaba a Janis y Joni, que estaban en clase de natación. Quería un café y llamó tres veces y con educación la atención del camarero que parloteaba al otro extremo de la barra con dos madres. Sigerius era un padre que no iba a intentarlo una cuarta vez, así que estiró el brazo por encima de la barra, cogió una bayeta amarilla de dentro del fregadero, la lanzó mojada y hecha un gurrúño, y, describiendo una parábola perfecta, alcanzó la oreja de aquel gallito. «Un café, por favor».

—Un poco de miedo sí que tuve —contestó a Janis—. Bueno, entonces le digo al gitano, porque no podía ser más que un gitano, le digo: «Pues sí, hace un momento estabas fuera, junto a mi taxi. Me has roto la ventanilla». El tipo mira a su alrededor y dice: «Voy a comer. Así que deja de hacer el gilipollas y deja que coma tranquilo», y vuelve a deslizar la bandeja. Hablaba de esa manera tan sucia y vulgar típica de Venlo. Un dialecto que tuvo que ser inventado por los gitanos.

—Eso es cierto —dijo Joni secamente—. Hecho por y para gitanos.

Aaron había llegado a la parte heroica de la historia. Y no conforme con robarle el heroísmo a su hermano, decidió adornarla un poco.

—Me inclino hacia su cuello sudado —continuó— y le digo al oído: «Me la vas a pagar». Entonces, el tipo se vuelve de repente y me suelta: «¿Sabes con quién estás hablando, hijo de puta?». El vestíbulo se quedó en silencio. «Soy Manus Pitte», dijo, de nuevo a volumen de megáfono. Sí, me sonaba de algo. Los Pitte tienen bastante fama en Venlo, y no precisamente por lo bien que cocinan. Son una familia de locos, la mitad está entre rejas por agresiones, drogas y prostitución.

—Sabemos muy bien a qué te refieres —dijo Sigerius.

—Habla por ti —replicó Joni.

—Joni también sabe muy bien a qué te refieres.

La silla de Tineke crujió, Aaron la miró. Se había recostado y lo observaba con actitud fría y distante.

—Antes de que pudiera responder algo, Pitte, de un empujón, mandó la bandeja a medio metro de distancia y una de las botellas de cerveza cayó al suelo, «crac», y se hizo añicos.

—¿Una cerveza? ¿En un hospital? —dijo Joni.

—Envía una queja al Servicio de Atención al Usuario. Entonces, Pitte basculó el torso sesenta grados, no hacia delante sino hacia un lado, con la cintura. A pesar de todas las albóndigas y los pinchos morunos picantes que iba a zamparse, el tipo era un manojo de nervios y músculos, y mientras aguantó así, como un gimnasta, fue sólo un segundo, pero no olvidaré la postura en la vida, me agarró del pantalón por encima de la rodilla, y con la otra mano de la manga de mi chaqueta de taxista. Y empezó a tirar de mí en dirección a la salida. «¡Pa' fuera! ¡Pa' fuera!», gruñía, «¡Vamo' a zurrarnos!». Cruzamos el vestíbulo, que seguía en silencio. «¡Pa' fuera! ¡Hostias!».

—Salgamos fuera a pegarnos. —Joni, traductora intérprete, veinticinco años, soltera.

—Hace un momento has dicho que reconoces a la chusma en cuanto la ves —dijo Sigerius—. Yo también, esté donde esté, en Róterdam o Shanghái. Desde siempre. Africanos, rusos, asiáticos, no importa, los detecto enseguida. Aunque estén frente a mí en pelotas, los reconozco. ¿Tú también?

—La verdad es que creo que nunca he visto a ninguno en pelotas.

Sigerius sonrió de oreja a oreja.

—Yo sí. Todos los días durante casi un año. ¿Y sabes en qué se les nota?

—Siem —lo avisó Tineke, que raras veces lo llamaba por su nombre de pila.

Sigerius daba palmaditas en el aire como si estuviera golpeando una espalda.

—No te metas —le dijo él.

Joni se levantó de la mesa.

—Voy a mear. Esto no lo aguanto.

Tiempo después, al recordar el modo desastroso en el que había terminado todo, Aaron ubicó en ese momento el punto de inflexión. Recordaba con total claridad cómo Sigerius se había hecho el sueco. Había ignorado por completo a su hija mayor, había cogido la servilleta, retirado el aro cobrizo que la

sujetaba y dado con ella un golpe en la mesa, entre él y Aaron. Se le dibujó un rictus déspota en la boca y sus ojos brillaban negros y fanáticos.

—Imagínate a ese Pitte desnudo —le dijo—. ¿Puedes ver que es pura chusma?

Aaron respondió que creía que sí, que quizá fuera algo congénito, y añadió:

—Sí. Se le nota en la mirada. Es la manera que tienen de mirar. Miran con estupidez y agresividad al mismo tiempo. No... con arrogancia y estupidez. ¿Puede ser?

—La manera en la que cada uno mira también es una cuestión de educación —dijo Sigerius—. ¿No crees? Hasta ahí al menos sí que hemos llegado, aunque haya sido un siglo después de Lombroso. Lo determinante es la proporción de la mezcla. Lo innato y lo adquirido. A los que son chusma por naturaleza sin duda se los puede meter en vereda.

Joni volvió sorprendentemente rápido; era difícil imaginar que le hubiera dado tiempo de ir al baño, más bien parecía haber estado escuchando escondida detrás de los helechos.

—No lo dirás por ti —soltó cuando pasó deslizándose por detrás de Aaron para sentarse de nuevo.

¿Cómo? ¿Había oído bien? Eso a Aaron le pareció un ataque frontal, aunque no sabía muy bien a quién iba dirigido, ni por qué. Pero tanto reproche... ¿por qué ahora? ¿Se le estaba escapando algo? Sin embargo, más sorprendente que la pulla de Joni le pareció la reacción de Sigerius o, mejor dicho, la ausencia de reacción. Una mueca cruzó su expresión concentrada, una vacilación breve, apenas perceptible. Luego dejó en la mesa el cubierto, con el mango de plata maciza, y se limpió la boca utilizando el reverso peludo de la mano.

—Aaron, cuéntale a Joni con el máximo lujo de detalles lo que ocurrió. No te ahorres nada. Quiero que nos cuentes cómo le diste su merecido a ese gamberro.

No. Por supuesto que Aaron Bever no le había dado su merecido a Manus Pitte, ni siquiera había visto u olido a ningún Manus Pitte. Casi lo había olvidado. Y en caso de que Pitte hubiera aparcado su Escort en el arcén para partírsela la boca a Aaron Bever, éste no habría tardado ni un segundo en pisar el acelerador y salir pitando, quemando rueda, antes de que el feriante, el chatarrero, el camorrista hubiera podido acercarse a su taxi. ¿Salir a pegarse?

No habría tenido ninguna posibilidad, ninguna, al igual que su hermano tampoco la habría tenido. Si Pitte hubiera arrastrado a Sebastiaan por la puerta giratoria del hospital, le habría saltado todos los dientes en un santiamén y lo habría estrujado como a un tubo de dentífrico. Lo habrían encontrado en el descampado de caravanas, donde Pitte lo habría rellenado con pelo de caballo y periódicos viejos y le habría asignado un pequeño lugar en la parte posterior de su autocaravana, entre el equipo de karaoke y el pastor alemán disecado del abuelo.

—Por suerte no pasó nada —dijo—. Me arrastró hasta cerca de la puerta giratoria y, justo cuando iba a agarrarme del marco, me soltó de repente. Nos caímos los dos hacia atrás. Sí, en ese preciso instante Pitte se asustó por algo. Y cuando vi lo que lo había asustado, me asusté yo también. Pero Pitte se asustó más, él sí que se dio un susto de muerte. Por la puerta giratoria había entrado un hombre horrible, probablemente en busca de tratamiento, o quizá iba a que le pusieran una inyección, o le dieran la pastilla de la eutanasia. Tenía un aspecto espantoso. Pitte y yo lo miramos al mismo tiempo. Los dos vimos un monstruo. El hombre elefante. No es que tuviera quemaduras, era otra cosa, un paisaje desconocido, el lado oscuro de la Luna, y desde esa masa de carne nos espiaba un ojo, porque el otro lo tenía cubierto de tumores, una orgía de excrecencias, un revoltijo de verrugas y bultos...

Joni escupió la carne en el plato. Una bola regurgitada por un pájaro.

—Aaron, hazme el favor.

—Házmelo tú a mí —dijo Sigerius—. Continúa.

Aaron dio un trago de vino.

—Bueno, pues nuestro hombre se levantó con dificultad y empezó a retroceder hacia el hospital. Por extraño que parezca, recogió la bandeja del suelo y volvió al vestíbulo con los frankfurts, que se los estaba llevando sin pagar, y mirando un par de veces hacia atrás.

—¿Y tú qué hiciste?

—Pues seguirlo, naturalmente.

Cuando Aaron describió cómo se lanzó a perseguir a Pitte, escaleras arriba y abajo, saliendo y entrando de los ascensores, provocó una avalancha de regocijo en su público. Con el móvil pegado a la oreja (ese detalle se lo inventó sobre la marcha, ya que en realidad su hermano había pedido al personal del hospital que llamara a la policía; de todas formas, ninguno de los que estaban sentados a la mesa reparó en que por entonces todavía no existían los teléfonos móviles), lo obligó a subir a las plantas superiores: una batida en toda regla.

—Y Pitte dejó la bandeja delante del ascensor.

La cara de Sigerius se puso morada de risa cuando Aaron añadió que había cogido los frankfurts.

—¿Y les hincaste el diente?

La última palabra se perdió en una carcajada que le había nacido en lo más profundo de la garganta, por donde había ascendido como el magma de un volcán.

Sin embargo, las mujeres de la mesa no se reían. Joni alternaba la mirada entre Aaron y su padre, al que se le saltaban las lágrimas mientras reía crispado por la irritación. Y Janis mojaba en salsa una croqueta de patata fría.

—Dios mío... —masculló Tineke.

Se levantó de la mesa y se dirigió a la cocina con una fuente vacía de porcelana de Wedgwood. La oyeron sacudir bruscamente la cesta de la freidora eléctrica.

Sigerius deslizó la silla hacia atrás, aún riendo a carcajadas, sujetándose la barriga con ambas manos.

—Papá, compórtate, ¿quieres? —dijo Joni, a quien le habían salido unas manchas rojas en el cuello que se perdían en la «V» de su elegante blusa.

Sin embargo, Sigerius parecía no oírla, y seguía desternillándose. Aaron notó que su sensación de triunfo empezaba a desvanecerse. Allí estaba ocurriendo algo que se le escapaba. Tineke volvió al mirador con la fuente llena de croquetas de patata. Observaba a su esposo. Con la cara hinchada, enmarcada por los rizos rubio ceniza, parecía inexpresiva, como a menudo le pasa a la gente gorda. Quizá por eso les sorprendió tanto el golpe con que dejó la fuente encima la mesa.

—¡Siem... basta!

Silencio.

Sigerius se quedó mirándola, callado y con gesto triste; su cara había empezado a parecer un almacén abandonado.

—¡Maldita sea! Cuéntales la verdad, y déjate ya de risitas.

—¿Qué verdad?

—Joder. No te hagas el tonto. Cuéntaselo, tú que sabes tanto de todo.

—Venga, calmaos. —Janis los apaciguó.

Su madre no la oyó.

—Si tan hombre eres, Siem Sigerius, cuéntales quién llamó el sábado. Qué clase de escoria.

—Tine, no me hagas esto. No nos hagas esto. ¿Qué tiene que ver lo del sábado con esto? Por favor.

—Mucho. Todo. Y lo sabes pero que muy bien. Díselo. O se lo digo yo.

Sigerius no movió un músculo de la cara. Aunque, bueno, en su cabeza de rector, bajo el pelo muy corto y ligeramente encanecido, sí que se movió uno. Un músculo que estaba muy nervioso y escondido.

—Estás estropeando la cena —dijo entonces—, y lo sabes.

—Entonces lo cuento yo. —Miró al otro lado de la mesa, a Joni y Janis, y dijo—: Niñas, no os asustéis. Llamó Wilbert. Nuestra ración de chusma particular. El sábado por la noche, expresamente para preguntar por vosotras. Wilbert Sigerius. Quería saber si habíais sobrevivido a la catástrofe.

Aaron sintió un escalofrío. Había estado tan concentrado en sus cosas —en fanfarronear, comprobar la aceptación que recibía por parte de Sigerius, vengarse de Joni y sus amiguitos— que no había pillado lo que estaba ocurriendo. No entendía nada. Resultaba evidente que había dejado de ser el centro de atención de su propia historia; mientras él se esforzaba por crear un escenario que lo ensalzara, la representación real se estaba desarrollando en el patio de butacas. Había muchísimas cosas que no comprendía: por qué ninguna de ellas se sentía aliviada por el hecho de que el estado de ánimo de Sigerius hubiera mejorado tanto, por qué Tineke había sacado a colación lo de la llamada telefónica cuando su marido se había opuesto rotundamente, por qué el rencor se mascaba entre Joni y Sigerius. Y lo peor de todo: ¿cómo era posible que se le hubiera escapado que mientras él contaba su historia ellos no pensarán en Manus Pitte sino en Wilbert Sigerius?

A él, que se jactaba de saber bastantes cosas del aporreador de Ijmuiden y la familia sobre la que arrojaba su sombra. Desde aquella tarde en la cafetería del polideportivo, hacía ya tanto tiempo, en la que Sigerius lo había puesto al corriente del currículum de la ración de chusma particular de la familia, Aaron había estado investigando. Wilbert lo tenía fascinado. Había empezado con Joni, tirándole de la lengua con suma prudencia: ¿qué sabía ella sobre Wilbert, aparte de los retazos que ya le había revelado? Al parecer, poco. Menos incluso de lo que ya le había confiado el padre. Sí, ella sabía que estaba en la trena, pero desconocía los detalles. No le gustaba hablar del asunto, de eso sí se había percatado Aaron; en realidad, a nadie de la familia le gustaba, y todos habrían preferido que les arrancasen la lengua antes que hablar del vergonzante pariente que tenían en el talego, y él los comprendía. Por eso se había puesto a hacer averiguaciones por su cuenta. Una mañana se fue con la bici a la biblioteca pública, en la Pijpenstraat, y estuvo buscando en

la hemeroteca un informe judicial sobre la condena de Wilbert. La sentencia debía de haberse dictado en 1993, había dicho Sigerius, en el Tribunal de Haarlem. No disponía de más información. Pero tenía tiempo. Como en Enschede no conservaban ningún *Haarlems Dagblad*, el periódico local de Haarlem, repasó cronológicamente todos los ejemplares de 1993 de *Het Parool* en la mesa de lectura ovalada que había frente a la máquina de café. No obtuvo resultados, así que encargó que le llevaran del almacén un buen montón de ejemplares del *Telegraaf*. Justo antes de empezar a desmoralizarse, se topó con una reseña. Y más adelante encontró un artículo extenso lleno de detalles que no le había dejado pensar en otra cosa el resto del día.

Wilbert S. había sido juzgado el 16 de noviembre de 1993 por haber golpeado con una maza de acero de cuatro kilos, ciego de rabia, a un tal Barry Harselaar, capataz de cincuenta y dos años en los altos hornos, hasta acabar con su vida. Por mediación del Servicio de Asistencia para la Reinserción Social en Holanda del Norte, leyó Aaron, el «delincuente habitual S.» estaba trabajando como chico para todo en el turno de mañanas en el complejo fabril del tren de laminación en caliente número 2. Las primeras dos semanas todo había transcurrido con normalidad, hasta que su jefe, Harselaar, observó que Wilbert S., que ya había estado en prisión por violación, estaba acosando sexualmente a la mujer de cuarenta y un años que gestionaba el puesto de laminación. Después de que la mujer se hubiera quejado a Harselaar porque S. le había «sobado los pechos», éste decidió gastarle una broma al nuevo para «darle una pequeña lección». Según dos testigos, Harselaar estaba apoyado en una maza junto a un barril de hierro vacío de un metro de altura cuando llamó a Wilbert S. «Oye, escucha, se me ha caído el paquete de picadura al fondo. Seguro que tú llegas con esos dedos largos que tienes». Cuando Wilbert S. se inclinó sobre el barril, con el borde de hierro a la altura del vientre, Harselaar pegó un golpetazo terrible con la maza en el lateral. «Esto te enseñará a mantener quietas tus manazas sucias». Harselaar no sabía que Wilbert S. estaba haciendo un curso que ofrecía el Servicio de Reinserción Social de los Países Bajos para controlar la agresividad, que estaba dirigido a tipos como él, que se encendían con facilidad. «¿Te enciendes fácilmente —leyó Aaron en la página web del Servicio de Reinserción—, pero no sabes a qué se debe? Sólo detectando los factores que desencadenan tu agresividad podrás empezar a controlarla. Dominar tu agresividad te proporcionará calma».

S. salió del barril con los oídos zumbando y se tiró al cuello de su jefe gritando como un poseso. Según los testigos allí presentes, tras un forcejeo

breve, consiguió arrebatarse la maza, alzó la herramienta rápidamente y le descargó tal golpe que emitió un crujido, entre el hombro izquierdo y el cuello de Harselaar, quien cayó al suelo gimiendo. Fue imposible intervenir. Uno de los dos laminadores que estaban presenciando el incidente, Ronald de H., de veintidós años, recibió lo suyo al intentar detener al atacante cuando éste blandía la maza hacia atrás: rotura de pelvis. Lo que ocurrió durante los treinta segundos siguientes debió de traumatizar a todos los presentes. Wilbert S. golpeó a Barry Harselaar al menos quince veces, profiriendo continuos gritos de «¡perro sarnoso!», hasta que el hombre se hubo transformado en un fardo desgarrado y sangrante de carne y hueso. Según la autopsia, el cuerpo de Harselaar contaba con veintiséis fracturas óseas. Lo único que le quedó intacto fue la tarjeta de donante de órganos.

Después de que Wilbert S. hubiera descargado su ira, arrojó la maza contra un muro y salió huyendo por el túnel de sección de laminado, abandonando el edificio por una salida de emergencias. Hora y media más tarde lo arrestaban en un almacén detrás de una de las fábricas de coque.

Como S. era reincidente (lo habían condenado en dos ocasiones por agresión en la vía pública con resultado de lesiones), y no podía aducir legítima defensa o provocación por parte de la víctima, el fiscal de Haarlem pidió diez años de prisión y tratamiento psiquiátrico forzoso vista la brutalidad de su crimen. Aunque el juez compartía el espanto del fiscal por la «furia incontrolada de S.», le impuso una condena de ocho años, con la deducción de los cuatro meses de prisión preventiva. Ni hablar de internamiento en un centro psiquiátrico o educativo, porque en opinión de los psiquiatras del hospital penitenciario Pieter Baan, S. se hallaba en pleno uso de sus facultades mentales.

La noche posterior a su visita a la biblioteca, Aaron cenó con Joni en su casa de la Vluchtestraat. Mientras fregaban los platos, él le comentó lo que había averiguado, y ella rompió a llorar. Era la primera vez que él la veía reaccionar de esa manera, y aunque sintió cierta ternura por ella, le costó bastante comprenderla. Le hizo preguntas, preguntas inapropiadas.

—¿Estás llorando por el jefe al que asesinó?

—No, no lo conocía.

—¿Porque te avergüenzas?

—No, por supuesto que no. ¿Por qué debería avergonzarme?

—Por los detalles escabrosos, por ejemplo. Son horribles de verdad.

—¡No! —Se puso a llorar a moco tendido—. Sí, también, lloro por todo, ¿no te das cuenta? Y no fue un asesinato, fue un homicidio. Estoy triste por

ese chico, por su destino, y ya está. A pesar de todo me toca muy de cerca. ¿Tan raro te parece?

Pues sí, le parecía raro. ¿Llorar por el chico que te había arrojado una bota llena de arena a la cara y que veinte años después destrozó a un hombre a martillazos? Sí, muy muy raro.

En la mesa todo estaba adquiriendo un cariz cada vez más surrealista. Después de que Tineke les contara a sus hijas que Wilbert se había interesado por ellas, Janis fue la primera que pudo articular palabra. Carraspeó y preguntó con una vocecilla inaudible, algo nada habitual en ella, si Wilbert había llamado desde la cárcel. Tineke respondió que estaba en libertad.

—¿Por eso Wijn se presentó en la recepción? —preguntó Joni de repente, con desconfianza.

Los doctores *honoris causa*. Aaron supo enseguida de quién estaba hablando. («¡No puede ser! —había exclamado ella cuando un hombre alto y mal vestido, con la cara ajada, subió al estrado—. Ese lerdo endomingado de allí —le había susurrado al oído—, ¿ése con el pelo gris a lo Schwarzenegger? Ése es Menno Wijn». Y ahí lo había dejado. «Así que tú eres el tío rico de Wilbert», había pensado él).

—Para decirnos que iban a soltar a Wilbert —contestó Tineke.

—¿Y por qué no me he enterado yo hasta ahora? —saltó Joni, con un tono extremadamente impertinente.

—La ciudad ha explotado —terció Sigerius—. ¿No te parece eso más importante?

Se había vuelto y miraba hacia fuera, sólo tenía la mano derecha sobre la mesa, y con el pulgar y el índice jugaba con un servilletero.

—Mamá, repite exactamente lo que dijo Wilbert —le pidió Joni, que se aferró al borde de la mesa con las dos manos.

Bien para molestar al obstinado de su marido, bien porque tenía miedo de que Joni fuera a volcar la mesa, Tineke lo hizo. Habían mantenido una conversación breve y lacónica: «¿Están vivas todavía esas dos?». «Sí, están vivas». No se habían dicho mucho más.

—¿Dónde está viviendo? —preguntó Joni.

—En Estados Unidos —respondió Sigerius sin alzar la vista.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tineke.

Los cuatro miraron aquella nuca arisca; las orejas de Sigerius parecían amputadas por una explosión de fuegos artificiales.

—No lo sé —dijo—. Sólo estoy expresando un deseo.

—¿Y cómo lo viste? —quiso saber entonces Joni.

Tineke dijo que se lo había preguntado en el último momento, cuando ya habían terminado (él había vuelto a llevarse el auricular a la oreja y había respondido con bastante sarcasmo que también él seguía vivo), y eso había sido todo. En ese instante, Sigerius se volvió hacia ellos.

—Menudo chasco —dijo con la cara aún arrebolada de tanto reír—. Nos habría ahorrado un montón de problemas que Wilbert hubiera llamado para comunicarnos que estaba muerto.

Aaron fue el único que se rió, y por torpeza. Janis y su madre guardaron silencio. La hija se quedó mirando al padre; le temblaba la boca. Se levantó de la mesa, cogió con las dos manos la fuente de porcelana de Wedgwood llena de croquetas de patata, se volvió noventa grados («¡Joni, qué haces!», chilló Tineke) y lo arrojó todo al suelo provocando un golpe estridente. El ruido fue demencial. Janis gritó. Oyeron los añicos de la porcelana al resbalar por el suelo, algunas croquetas chocaron contra los zócalos. Sigerius seguía sentado como un sordomudo.

—¡Qué puto comentario de mierda es ése! —gritó Joni, y aun así sonó como si estuviera conteniéndose.

Empezó a llorar entrecortadamente, más bien con un llanto infantil rabioso. Los cuatro la observaban; de pie, mientras le temblaban los hombros y miraba furiosa al padre.

—Cobarde. Eres tan falso...

Aaron no entendía por qué Sigerius no cortaba por lo sano ese espectáculo. El hombre que hora y media antes se había enterado de que iban a nombrarlo ministro, el hombre que dirigía un equipo de doce decanos insoportables. Era como si hubiera estado llorando en lugar de riendo.

—¡Joder! —gritó Joni.

Dio media vuelta y salió del mirador con paso rápido, ahora sí, llorando a moco tendido.

Los que se quedaron atrás oyeron cómo cruzaba el salón, entraba en el vestíbulo y subía corriendo por la escalera con las chanclas. Arriba se oyó un portazo.

Y luego los sonidos del jardín; el susurro de los chopos penetrando en el mirador, Sigerius frotándose la mandíbula con la barba ya crecida.

—Bueno... —dijo, y como nadie intervino, continuó haciendo como si nada, demasiado a la ligera—: Nosotros tendríamos que habernos quedado en

Estados Unidos. No tendríamos que haber vuelto. Nunca. Ojalá estuviéramos en Berkeley. ¿Qué te parece a ti, Tine?

Joder, otra vez tenía que ir a Dallas. Víctor Sotomayor se estaba poniendo quisquilloso con el aval bancario y se negaba a dar el visto bueno al notario que habíamos buscado Rusty y yo; además, una parte de los millones debía ir a parar a una sociedad limitada de Ámsterdam, pasando antes por un banco de La Habana; en fin, un montón de chanchullos que aceptamos mordiéndonos la lengua por miedo a que la Caserna se nos escapara de las manos. Así pues, no me libré de viajar una vez más a Dallas. Poco antes de dejar Sunset Boulevard para dirigirme a LAX, el aeropuerto principal de Los Ángeles, eché un vistazo a mis cuentas de correo electrónico y vi, con cierta inquietud, que Aaron me había enviado siete mensajes en los últimos días. En ese momento yo no necesitaba ninguna relación de amistad a distancia. El correo más antiguo era el más extenso, y lo leí en diagonal; el resto eran añadidos breves. «¿Por qué no me contestas?», decía en el último. «No estarás enferma, ¿verdad? O de vacaciones; sí, también podría ser, claro».

Decidí no responder de inmediato. Y en el avión reflexioné sobre lo que me había dicho. En el primer mensaje, bastante grosero, se había invitado a Los Ángeles, pero en el siguiente correo lo había retirado porque «probablemente» su «salud» no le permitiría realizar viajes largos. En el tercer o cuarto mensaje, sin embargo, consideraba la posibilidad no sólo de vernos, que sería algo «realmente especial», sino además de ir juntos a Berkeley, ahora que había pasado tanto tiempo y que las aguas parecían haberse calmado; estaba convencido de que tendría un efecto «purificador» en los dos y sentía una «ardiente curiosidad» por conocer los lugares donde pasé la infancia y la adolescencia, de los que tanto había oído hablar. Todavía recordaba lo feliz que yo había sido allí, tal vez pudiéramos ir juntos... etcétera.

No, por supuesto que no.

Finalmente, limé asperezas con Sotomayor en la última planta de la Stone Tower. Sin embargo, después no pude evitar pensar que lo único que había

querido había sido verme una vez más en su despacho, colmado de efluvios de productos de limpieza para sus muebles de caoba, para dejarme claro quién era el jefe. Las desavenencias comerciales quedaron resueltas en menos de tres minutos, tras una introducción exasperantemente prolija por su parte, y luego quiso mostrarme una sala contigua, a la que se accedía por una especie de esclusa de dos puertas. Lo que me iba a mostrar estaba reservado a las personas con quienes mantenía buenas relaciones comerciales, me dijo con una sonrisa de satisfacción. «¿Qué estás tramando, gordo cubano?», pensé, y por un momento temí que Víctor hubiera descubierto lo que estábamos pensando organizar en su caserna, que Rusty hubiera abierto la boca. Me invitó a pasar a un despacho de aspecto deprimente y anticuado: plantas grandes y polvorientas en macetas de barro, y frente a las ventanas unas persianas ocre que no había visto en el resto de la oficina. En una alfombra persa descolorida descansaban las patas en forma de bola de un macizo escritorio de roble. Sobre el tablero taraceado con cuero verde descansaba un ordenador enorme y antiestético que, según mis cálculos, debía de remontarse al siglo pasado, y que, como todo en la habitación, era del color del puré de patata. Había muchas fotos en marcos dorados. A la derecha, delante de un sillón alto y con el cuero agrietado, se podía ver una pila de papeles amarillentos, al lado unas gafas de lectura de carey y al lado, sobre un pañuelo de caballero extendido, un pequeño instrumento puntiagudo con pelillos negros enredados. Me costó darme cuenta de que se trataba de una maquinilla para recortar los pelos de la nariz.

Detrás del escritorio se elevaba un armario sin puertas en el que debía de haber más de cien carpetas de cartón negro, con los años escritos a mano en los lomos, llenas de expedientes que iban desde mediados de la década de los sesenta hasta 1991. Allí olía a muerte. Por eso le pregunté a Sotomayor, que estaba respirando con dificultad a mi espalda (no me encontraba relajada del todo, creía que en cualquier momento una pezuña peluda me agarraría por el cuello con la fuerza propia de un boxeador y me obligaría a inclinarme sobre la mesa), si su secretaria tenía el día libre. «Aquí, *miss* Sirius —respondió, haciendo vibrar de emoción su voz de pito—, en esta habitación para nosotros tan querida, trabajó en su día mi amado padre. Mi difunto padre fue el fundador y primer director de nuestra compañía...».

Tras terminar sorprendentemente pronto con Sotomayor y llamar a Rusty para informarlo de cómo había ido el encuentro, fui a comerme un filete al asador que había al lado del hotel. Con tanto silencio a mi alrededor —lo único que oía eran mis propias muelas masticando—, me invadió la sensación

angustiosa de que Aaron ya estaba de camino. Quizá le había dado el arrebato y había reservado un vuelo. A la mañana siguiente, de regreso a Los Ángeles, no descarté la posibilidad de encontrármelo frente a la puerta de mi casa en Sunset, dándome la bienvenida con los brazos abiertos. Por suerte, en casa me lo encontré todo en calma.

Volví a salir enseguida. Desde hacía cerca de un año iba a patinar por Santa Mónica todos los martes por la tarde con un grupo de unas cuarenta personas, con las que a menudo llegábamos hasta Hollywood Oeste o el centro de Los Ángeles. Eran salidas agradables que sólo me exigían la concentración necesaria para sentirme en armonía con el aire caliente que me acariciaba la cara y el asfalto que crujía bajo mis ruedas. El grupo, que no paraba de crecer, se reunía en la Pacific Coast Highway, justo después del muelle que había frente a Seaside Terrace, a algo más de un kilómetro de casa.

Me unté un bagel con mantequilla y, con los patines en la mano, subí al pequeño ascensor que me dejaba treinta metros más abajo, sobre el asfalto de Sunset Boulevard. Los primeros metros los hice patinando entre los pilares impresionantes sobre los que descansaba una buena parte de mi casa, luego doblé zumbando las curvas hacia Ocean Drive. El viento tibio me soplabla el cabello, pero en lugar de liberación sentía una melancolía nerviosa. No me quitaba a Aaron de la cabeza. Me crucé con dos taxis, y las dos veces lo vi en el asiento del pasajero. Continué por la carretera de la costa, zigzagueando entre el tráfico, que seguía siendo bastante denso, y me dirigí patinando a un ritmo cada vez más lento hacia el muelle.

Cuando divisé el grupo bullicioso en la lejanía, me lo pensé mejor. No tenía ganas de cháchara. Así que tracé una curva cerrada para acercarme hasta el muelle, me quité los patines y los calcetines y caminé por el suelo de tablones cálidos, entre cientos de turistas. Con la mirada en la madera nudosa, pasé por delante de los restaurantes de pescado y cerca de la noria gigante de Pacific Park, iluminada con luces de neón. Podía sentir el azote de la marea contra los postes que había bajo mis pies. Al final del muelle, adentrada medio kilómetro en el océano, me quedé media hora con la mirada perdida en la inmensidad resplandeciente. Luego emprendí el camino de vuelta a casa.

Cuando llegué, me reí de mis elucubraciones paranoides, porque entretanto Aaron me había enviado otro correo electrónico con un tono bastante agitado. «De momento no voy a ir —escribía—. De todas formas, lo de Berkeley me parece un mal plan. Seguro que ya has estado con Stol. ¿Me equivoco?».

Un sábado por la mañana, cuando Bo y yo llevábamos ya un tiempo viviendo en San Francisco, pusimos a Mike en la sillita del asiento trasero del Land Rover y salimos rumbo a Berkeley. Como Mike empezó a llorar desconsolado, hicimos una parada breve en Treasure Island, una especie de isla artificial en medio del puente de la bahía de San Francisco, donde nos preguntamos delante de una taza de café si no sería mejor dejarlo estar.

—¿Te parece sensato? —preguntó Boudewijn.

—¿Qué quieres decir?

—Todos esos recuerdos...

—No —dije—. Pero no ir también es una estupidez. Está a tiro de piedra. Es ridículo no hacerlo.

Seguimos la 80 por Oakland (una Oakland deteriorada, como pude constatar) y tomamos la larga University Avenue, que termina en el puerto de Berkeley. Aparcamos el Land Rover en la parte occidental del campus y Boudewijn metió a Mike, que estaba adormilado, en la mochila portabebés. Rodeados de estudiantes que tocaban el tambor con el jersey de los Bears, nos adentramos en la universidad. Boudewijn preguntó qué estaba pasando. ¿No lo sabíamos? Al cabo de una hora el equipo de fútbol de Berkeley jugaba contra el de UCLA. «*You guys need some tickets?*», nos preguntaban si queríamos billetes, sin saber que nuestro objetivo se encontraba en la zona oeste del campus. Yo quería ir al Evans Hall, la facultad de Matemáticas en forma de cubo donde mi padre se había encerrado con sus nudos durante aquellos dos años eternos. Reconocí los senderos de gravilla por los que caminábamos, los edificios neoclásicos de la facultad, blancos como la nieve, que habían resistido veinte años de agitación sísmica. Había estudiantes sentados bajo los robles y los sauces monumentales, charlando y riendo como actores de una serie de televisión ambientada en una universidad estadounidense. Bo, que con el pantalón de talle bajo de terciopelo rojo y la chaqueta de *tweed* tenía el aspecto de un antiguo alumno al que le habían ido bien los negocios, parecía impresionado por aquel esplendor pastoril. Cruzamos una plaza hexagonal en la que habían plantado una matriz de sauces desmochados, arbolitos de los que, según Bo, crecían premios Nobel; rodeamos un césped muy bien cortado y nos dimos de bruces con el feísimo Evans. Como si fuera ayer, abrí la puerta de acero marrón y cristal blindado y, adelantándome a Boudewijn y Mike, entré en el pequeño ascensor, revestido de madera oscura, que nos subió a la planta décima, la más alta. Sin tener que

pensármelo mucho, giré a la izquierda y caminé por el linóleo *beige* hasta el despacho donde podías encontrar siempre a mi padre.

—Llama a la puerta sin más —dijo Boudewijn cuando me vio mirar indecisa la puerta marrón.

La de la clase de al lado estaba abierta; vi pizarras blancas, pupitres y el cielo.

—Mejor entramos aquí —sugerí.

Pero él insistió:

—Llama.

No hubo respuesta; bajé el picaporte y empujé, pero el despacho que en su día había ocupado el doctor S. Sigerius estaba cerrado a cal y canto.

—¿Y ahora?

Boudewijn había sentado a Mike y arrancaba el Land Rover.

—Conduce sin más.

Le indiqué cómo llegar a Telegraph Avenue y después bajamos por Bancroft en dirección a la bahía, así teníamos que pasar por Berkwood Hedge, la escuela primaria de suelos relucientes adonde Janis y yo habíamos ido caminando agarraditas de la mano todas las mañanas durante dos años. También allí las calles eran típicamente californianas, y todas las casas distintas unas de las otras. Cedar Street ondulaba como un cinturón gris hacia la bahía, el resplandeciente punto de fuga al que parecía señalar todo en ese lugar. Los cruces por los que pasábamos, con semáforos que sólo estaban de adorno, me trasladaron inexorablemente a 1982, y de repente vi el colegio. No había duda, no, ahí estaba, aquella construcción con la pequeña plaza delante.

—¿Quieres que pare? —preguntó Boudewijn.

Iba a una clase llena de sabiondas estadounidenses, bastante antipáticas y rápidas como un relámpago. Seis meses antes de haber sido catapultada allí, me pasaba horas enteras de rodillas junto al tocadiscos, en Utrecht, escuchando el recopilatorio rojo de los Beatles y buscando en un diccionario de inglés el significado de *Love Me Do*. ¿«Amor a mí hacer»? Ése era mi nivel con siete años. Pero yo hacía como si lo comprendiera. Tres veces «yes» y una vez «no», a mí ellas no me la daban; y si tomaban el pelo a Janis, me pasaba todo el camino de vuelta a Bonita Avenue sermoneándola. «Déjate de tonterías». «No seas llorica». «¿Cómo vamos a ayudar así a papá y a mamá?».

—Tuerce aquí, a la izquierda —le dije a Boudewijn—, ya estamos cerca de nuestra antigua casa.

Un par de manzanas hacia el norte, cruzando la concurrida Martin Luther King Way, enfilamos Bonita Avenue, una calle tranquila, con postes de teléfono, coches familiares aparcados con cuidado y árboles de hojas oscuras y espesos. Siem decía que había elegido esa calle porque a mí me gustaba la palabra «bonita». Yo escribía la dirección en la portadilla de los libros de Enid Blyton que me había traído de Utrecht. «Joni Sigerius, 1908 Bonita Avenue, Oakland, California, EE.UU., el Mundo, el Universo». Quizá porque los árboles de los jardines y a lo largo de las avenidas eran más grandes que entonces, más verdes, y estaban más llenos de hojas, fui tomando conciencia poco a poco de que, por lo demás, todo parecía más pequeño. Qué callecita más insignificante. Boudewijn conducía a paso de tortuga por el asfalto manchado mientras yo miraba fijamente las viviendas de madera con un antebrazo apoyado en el techo caliente.

Dios, allí estaba. La casa con tablones horizontales superpuestos apareció por detrás de un seto silvestre y un olivo, con las dos ventanas pequeñas en la buhardilla, como dos ojos bajo el tejado inclinado. Cuando tenía diez años, siempre veía una cara de asombro en los tablones de la fachada principal, y ahora volvía a verla. Esa expresión estúpida se debía a la puerta, una boca que bostezaba justo en el medio, bajo la marquesina cubierta de alquitrán. También recordaba el golpe suave con que Sigerius cerraba la puerta por las noches al volver de la universidad y aparecía en el cuarto de estar de repente, bum, dejando caer la cartera de cuero y dándole dos besos sonoros a mi madre en la boca. «Hola, chicas, ya estoy aquí».

A la izquierda, separada por un sendero de gravilla, estaba la farmacia de los McCoy, un edificio de ladrillo deshabitado, con un anexo. En la fachada, un cartel de SE ALQUILA y en el mirador, pilas de cajas de mudanza, empapadas y puestas a secar, y dos cubos de basura con ruedas azul chillón. La señora McCoy, entonces postrada en cama, llevaría años muerta, naturalmente. «Cáncer de voz», según los chicos de la calle. Hablaba por su cuello enjuto a través de una especie de cajita, un gemido áspero con el que alguna vez, por las noches, me despertaba asustada y sudando en mi habitación. Cáncer de voz. Se le veía un agujero oscuro en el cuello. Nada que encajara con su trabajo de farmacéutica; la única casa de ladrillo en muchas leguas a la redonda, llena a rebosar de frascos de pastillas y medicamentos. «Eso le viene de fumar tanto», decía mi madre, así que durante un tiempo estuve tirando por el váter sus paquetes de tabaco de liar cuando estaba sola en casa. Los gemidos de la señora McCoy, aquellas quejas ásperas. El carraspeo por lo alto que estaba nuestro césped, por las manchas de aceite que

había en el asfalto, por el gallo que alguien tenía en algún lugar detrás de las casas de enfrente. «Mira cómo parlotea por el cuello», decía nuestro nuevo padre. Y aunque mamá no le permitiera burlarse de algo así, yo veía que ella hacía grandes esfuerzos para contener la risa. Los McCoy tenían un gran danés, una especie de caballo sin silla de montar que el farmacéutico, un hombre amable con gafas de pasta, sacaba a pasear por Live Oak Park. Y siempre llevaba del brazo a una mujer negra y pequeña. El perro corriendo arriba y abajo con palos en la boca y él radiante con aquella mujer pegada al cuerpo. «¿Sabíais que el señor McCoy tiene una hermana negra?», creo que llegué a decir en una ocasión.

—Para, es aquí.

Boudewijn se acercó al bordillo y aparcó. Se despegó un poco el polo de la barriga. Se oía el sonido de los grillos, un autobús acelerando en alguna parte.

—Vuelvo enseguida. Tú quédate con Mike.

¡Aquel aire enrarecido! Después de más de año y medio viviendo en California, me había acostumbrado a sentir la humedad a diario, veía palmeras cada día, olía siempre el mar, pero el ambiente de esa calle era distinto. El de un Estados Unidos más viejo. Tras las ventanas había unas cortinas venecianas bajadas hasta la mitad. Antes no estaban. Las nuestras eran ocre con unos pompones naranja, que había cosido mi madre, pues de repente disponía de todo el tiempo del mundo para hacer cualquier cosa. Hasta mucho después no me enteré de que no tenía permiso de trabajo. Recuerdo que al final se iba por las mañanas a trabajar a un astillero, sin papeles.

Mike empezó a llorar otra vez. Me deslicé entre dos parachoques relucientes y subí a la acera, que era bastante ancha. Toqué la verja del jardín, que seguía astillada. El césped daba pena; había una casita infantil de plástico con un estampado desgastado de Bugs Bunny y una bicicleta con una sillita para niño apoyada en un poste del cobertizo. Sin embargo, el jardín tenía bastante mejor aspecto que cuando nosotros vivíamos allí. ¡Menudos éramos! Con una madre que tenía un banco de trabajo Black & Decker Workmate. Cajas viejas, conglomerado, restos de serrín, herramientas, guantes de trabajo. En un santiamén todos los niños de la calle comprendían que ése era el lugar al que debían ir: en casa de Joni y Janis todo estaba permitido. En la parte de atrás de la habitación mi madre tenía un bote lleno de regaliz; el regaliz holandés que nos enviaban los abuelos. Y durante todo el día, también cuando

no había nadie, los niños entraban en casa e iban directamente a ese tarro. Mi madre sabía cómo engatusar a los golfillos estadounidenses.

Oí cómo Boudewijn tranquilizaba a Mike; su voz sonaba sorprendentemente cerca.

—¡Llama al timbre! —gritó por la ventanilla abierta—. ¡Tal vez te dejen entrar a echar un vistazo!

La persiana del tragaluz izquierdo se levantó. Una fornida mujer hispana de mediana edad abrió la ventana, sacó un brazo y sacudió el polvo de un paño. Me vio, aparté la mano de la verja y sonreí. Con la cabeza hizo un ademán apenas perceptible, se quedó mirando la calle un momento y volvió a cerrar.

En casa de los padres de Scotty, recordé entonces, siempre había una mujer que hablaba español, una sombra malhumorada que tendía y planchaba la ropa. Miré hacia su jardín delantero a través de la rampa de entrada, cubierta de vegetación. Scotty, el gordito rubio. Sus padres habían venido de Wyoming al puerto de Oakland. Siem decía que se parecía a Dik Trom, el personaje de los libros infantiles. Solía pasar a buscarme para ir a jugar, casi siempre justo cuando estábamos comiendo. Con sus dedos como salchichas agarrados a la cerca, gritaba: «¡Joni!». Era persistente y chillón. Hasta que mi madre dejaba el cubierto en el plato y se levantaba de la mesa suspirando. «¿Puede salir Joni?», preguntaba. «Joni todavía está comiendo, Scott». Y seguía: «Pues díglele que coma deprisa».

Dando un golpecito en el techo del Land Rover, le dije a Boudewijn que iba a seguir mirando y me dirigí hacia la casa de Scotty.

Naturalmente, también continuaba allí. El palacio decorado y reluciente en exceso, anticuado, de los padres de Scott. Con un mirador sobre dos plantas y un porche clásico en el que, al igual que entonces, había una mecedora pintada de blanco inmaculado; los marcos y los alféizares eran del azul que en los Países Bajos llaman «de Delft». Dentro, bandejas de cobre, pantallas de lámpara de cobre, carabinas con guarnición de cobre colgadas de la pared. Recuerdo que tenían un violín abierto por la mitad del que salían unas flores secas. Pero estuve muy pocas veces en esa casa. «Descálzate», «no rompas nada». La cuidadora, un ama de casa parlanchina que cada día aparecía en el porche a la misma hora, con guantes rosa y un cubo de agua con jabón para leer la cartilla a la suciedad del exterior, siempre mandaba a Scott y su hermana pequeña a jugar a la calle. Scotty tenía una bici de *cross*, y

cuando no íbamos los dos en bicicleta por el vecindario yo me ponía los patines y me agarraba a una cuerda que él se ataba a la cintura, para tirar de mí por las calles más empinadas, más hacia el norte, pasado el campus de Berkeley, donde los estudiantes iban a sus restaurantes, bares y cafeterías. A veces se detenía de manera inesperada, dejaba la BMX en el suelo y se sentaba en el asfalto con su pantalón corto y las piernas cruzadas.

—¿Qué haces?

—Termino enseguida.

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Aguanto hasta que ya no tenga ganas.

—¿Hasta que ya no tengas ganas de qué?

—De hacer caca. Pero se me pasará pronto. La empujo hacia dentro.

«Sentar la caca», así lo llamaba el muy marrano. Una vez, una tarde en ese paisaje de ensueño, le expliqué a Scott, tiza en mano sobre la acera, cómo se deletreaba su nombre. «Skot», escribí... S-k-o-t, con «K», y desde luego no con dos «T», pero ese testarudo apretador de cacas, que iba un curso por detrás de mí, seguía insistiendo en que «Scott» se escribía con «C», hasta que al cabo de media hora las lágrimas empezaron a correrle por los mofletes. Le mandé que se las secara y dije:

—Vamos, se lo preguntaremos a tu madre.

La madre de Scott me reprochó con mordacidad mi equivocación, me llamó «terca», «insolente» y «maleducada».

—Y quita la mano de esa silla.

—Eso no es una silla —respondí en un inglés intachable—, es un sofá.

Y aunque yo tenía razón, pues era un sofá, uno de dos plazas con un estampado de flores, creo que dejé de caerle bien.

Scott nos adoraba. Durante nuestro segundo verano en esa calle, solía entrar a eso de las siete de la tarde por la parte trasera del jardín. «Hola, Joni», nos decía a todos, a lo que respondíamos a coro: «Hola, Scotty». Entonces a mí me daba la risa y mi madre suspiraba, e incluso Janis, que tenía sólo cinco años, entendía por qué; todos, excepto Scott. Sus ojitos escudriñaban la hierba alta del jardín hasta que veía la pelota de fútbol que nos habíamos traído de los Países Bajos, y empezaba a chutarla en el aire torpemente con el pie, aplastando las plantas de mi madre y gritando «*Excuse me!*», mientras mi padre, a pesar de estar extenuado después de un largo día de acertijos matemáticos, se quitaba de encima, como una máquina de carne y hueso, todos los platos sucios de la pila con la ayuda de la mayor de sus flamantes hijas, cantando y haciendo bromas, o interrogándome sobre cómo me había

ido el día en el colegio. Yo salía al jardín de vez en cuando con un plato húmedo para inmiscuirme en la charla de mi madre y Scotty, que me susurraba al oído: «Pregúntale a tu padre si podemos ir a jugar al fútbol». Sí, a eso venía Scott, a jugar al fútbol con Siem. Lo que él sentía por ese hombre amable, gracioso, atento, fuerte y deportista, lo sentía yo también allí en la cocina. La rapidez y el buen humor con que Siem se encargaba de esos platos sucios, de las fuentes y las ollas, de los vasos y las tapas, todo me decía que mamá, mi hermana y yo habíamos sido muy afortunadas de tener un padre nuevo como él.

Nueve de cada diez veces terminábamos jugando al fútbol. En esas ocasiones, después de fregar, íbamos todos paseando hasta el Life Oak Park, o al campus de Berkeley, donde siempre encontrábamos un sitio libre para chutar la pelota. Mi madre se sentaba en el césped y miraba a cierta distancia el partidillo de fútbol, Scott y yo contra mi padre y mi hermana. Al cabo de un par de minutos, Janis se ponía a coger flores tras la portería que habíamos marcado con las chanclas de cuero de Siem y una chaqueta de chándal, mientras que a mi padre, con sus pies anchos descalzos, riendo y sudando cada vez más, le costaba lo suyo derrotarnos a mí y a Scott, que gritaba de emoción.

Ese rubito sin osamenta y con el cuerpecillo redondeado de fructosa no se parecía en nada al chico atlético y agitanado que habíamos dejado atrás en Culemborg. Sin embargo, o quizá precisamente por eso, nunca pude dejar de pensar en Wilbert durante esas tardes futboleras. Me lo imaginaba en los Países Bajos, asilvestrado y solo. Él quería venir con nosotros a Berkeley, me lo había dicho. «¿Vais a daros el piro a Estados Unidos? —me preguntó mientras estábamos desenterrando una tubería del alcantarillado en Griftpark—. Yo también quiero. Dile a mi padre que yo también quiero ir». Le prometí que se lo diría, pero cuando vi a Siem mantuve la boca cerrada.

Fue la única vez después del divorcio que volví a ver a Wilbert, un par de meses antes de que nos mudáramos a California, y no mucho después de que mi madre y su padre celebraran su sobrio matrimonio. Siem llevaba ya bastante tiempo viviendo abajo, con nosotras tres, y lo que en un principio parecía absurdo, que el vecino de arriba comiera en casa y semana tras semana se quedara a dormir, se había convertido con el tiempo en algo muy normal, incluso agradable. (Habíamos ampliado la familia, como en su día

con Janis. Pero ¿qué animal es el que te trae un padre nuevo? Desde luego la cigüeña no).

En realidad, yo casi había olvidado que Siem tenía un hijo que vivía con esa Margriet en Culemborg, hasta que Wilbert se presentó en la puerta de casa un viernes por la tarde. De su puño infantil ensortijado colgaba una bolsa de plástico de los antiguos supermercados Edah que contenía un cepillo de dientes desgastado y un jersey metido a presión. Venía a pasar la noche con su padre. Sin avisar. El primer inconveniente era que Siem no estaba, cosa poco frecuente, pero se había ido a un congreso de matemáticas a Berlín, o Múnich; en cualquier caso, sobre algo relacionado con su tesis. Así que mi madre y yo, incómodas, nos encontramos bebiendo limonada en la cocina con nuestro invitado, que contaba chistes, pero que también registraba al milímetro el interior de la vivienda y, con un tono de constatación, iba enumerando los objetos que le habíamos robado a su madre: el reloj de cuco verde, la silla de mimbre donde estaba sentado, las dos sillas de camello que al parecer su propia madre había comprado en Egipto, algo que incluso a mí me pareció un disparate. «¿Qué tal el viaje, Wilbert?», quiso saber mi madre. «Bien, bien, me ha traído mi tío con el carro».

Cuando la parte protocolaria hubo terminado, él y yo nos pusimos a jugar. «Vamos a la calle, Joni, a correr aventuras»; y, como si hubiera sido él, y no yo, quien había estado viviendo los dos últimos años en la Antonius Matthaeuslaan, me llevó de peregrinación por unos barrios de Utrecht en los que yo nunca había puesto los pies. Corrimos por los pasillos exteriores de unos edificios de apartamentos en Overvecht, luego encendió un fuego que se avivó peligrosamente cerca de un ascensor. También estuvimos siguiendo a un hombre con una maleta con ruedas, que al final del Blauwkapelseweg subió a un coche y al que, sacándole la lengua, Wilbert arrojó un buen puñado de barro. En un centro comercial apartado, tuve que esperar en la entrada de un estanco a que saliera; después de correr un rato a toda pastilla detrás de él, me dio tres paquetes de chicles y unos papeles de la bonoloto.

Por la noche, mi madre dejó a Janis con los abuelos en la avenida Professor Pullelaan y a nosotros nos llevó al cine de la Voorstraat. Había reservado entradas para *Herbie*, pero a Wilbert un Volkswagen que hablaba le parecía algo para bebés, así que entramos a ver *Grease*, una película que yo llevaba más de medio año queriendo ver, aunque, según Siem, todavía era demasiado pequeña. Wilbert olía a fuego y a sudor, y respiraba como un animal extraño. Yo sólo conocía a chicos como él de las ferias: eran los que aparcaban los vehículos en los autos de choque, conduciendo con

desenvoltura sentados con el culo en un lateral. «No cuentes que hemos venido a ver esta película», me dijo mi madre al salir del cine. Y no pudo pedirme nada más fácil, porque el domingo por la noche ya había un montón de cosas que comprendía que haría mejor guardándomelas para mí.

Con el pelo negro en un tupé que se le aguantaba con agua azucarada, Wilbert nos había contado, mientras comíamos patatas fritas y croquetas, que a menudo se plantaba con la bolsa de deporte en la parada de autobús de Culemborg, dispuesto a pasar la noche fuera. Echaba de menos a Siem, decía, pero su madre no lo dejaba venir a Utrecht y su tío le había guardado la bolsa en una caja fuerte del gimnasio. «Tal vez estaría bien que fuera con vosotros a Estados Unidos, tía Tineke», dijo. Estaba esperando a su padre, y cuando sonó el timbre se pellizcó los labios carnosos con los dedos sucios de mayonesa de pura excitación. Sin embargo, no fue Siem el que apareció, pues él tenía llaves, sino dos policías uniformados. La visita había tocado a su fin. Los agentes consignaron por escrito, mediante un formulario que mi madre tuvo que firmar, que Wilbert era Wilbert Sigerius, de nueve años de edad, cuya desaparición había denunciado Menno Wijn por la mañana. Estuvieron hablando por lo bajo con mi madre en la cocina y después se lo llevaron.

Más tarde, esa misma noche, cuando Siem llegó a casa cansado del viaje, se enteró (y de paso yo también, aunque desde cierta distancia) de toda la historia. La policía había localizado a Wilbert porque había robado un vehículo para minusválidos en Culemborg, uno de esos cochecitos que pueden alcanzar los cuarenta y cinco kilómetros por hora y que habían encontrado con el depósito de gasolina vacío en el Vaartse Rijn. El trabajador de una gasolinera lo había visto el viernes por la tarde saliendo con él de Culemborg en dirección a Utrecht.

Ese domingo por la noche estaba en la cama tesa como una tabla. Mi padre nuevo se peleaba por primera vez con mi madre, su voz era fuerte y se oía con nitidez. Las semanas que siguieron, marcadas por nuestra inminente travesía, nadie dijo una sola palabra acerca de Wilbert. Y en cuanto llegamos aquí, a este país nuevo, y nos instalamos en esta casa también nueva de Bonita Avenue, y todo en los Países Bajos parecía sorprendentemente lejano en tiempo y espacio, nos comportamos como si ese chico salvaje nunca hubiera existido. Desde luego, visto desde la distancia, en Estados Unidos pasamos los años más felices y con menos preocupaciones de nuestra vida, los mejores. Con diferencia.

Pero el asunto seguía rondándome la cabeza. Y exceptuando a Janis, probablemente seguía rondando la cabeza de todos. Cuando, sentada en el columpio que Siem me había colgado de la viga verde del porche, evocaba la planta baja de la casa de la Antonius Matthaeuslaan, el ambiente enrarecido, cargante y amenazador, y todo lo que había pasado, no sólo me sentía triste por la felicidad que evocaba, o al revés, sino que también se producía en mi cerebro un razonamiento inverso: empecé a creer que no es que hubiéramos dejado a Margriet, a Wilbert y a ese raro tío suyo en los Países Bajos, sino que habíamos huido de ellos. Debíamos empezar de nuevo. Y lo estábamos haciendo aquí, en este pequeño barrio, donde Siem tenía su trabajo en la universidad.

También en Estados Unidos, en nuestra casa de madera, que era una caja de resonancia, oía de vez en cuando las peleas de mis padres. En esas ocasiones, salía de la cama y me acercaba a la escalera con el corazón palpitante. A veces deducía de sus palabras que se trataba de Wilbert, que Menno Wijn había telefoneado y habían vuelto a mantener una de esas conversaciones que transformaban a Siem en un hombre seco y esquivo durante un par de días. Después de esos ataques de cólera me entraba el pánico porque pensaba que Wilbert terminaría por venir o, peor aún, que Siem tendría que regresar a los Países Bajos y que sencillamente no existiría ninguna posibilidad de que los cuatro formáramos una familia, o que tal vez al día siguiente tendríamos que tomar un vuelo a Holanda para vivir de nuevo en aquella casa horrible de la Antonius Matthaeuslaan.

¿Qué podía hacer yo? Guardar el secreto. Hice un juramento sagrado. Ahora que llamaba a Siem «papá» y yo misma me presentaba como «Sigerius», ahora que habíamos empezado una nueva vida en este lejano país y me daba cuenta de que mi madre era capaz de reír otra vez, nadie debía averiguar la verdad. Éramos una familia normal. Tineke y Siem me habían creado juntos y después habían creado a mi hermana. Así eran las cosas. Nunca debía apartarme de esa versión.

Alguien estaba dando golpecitos en la ventana central del mirador. Yo seguía en medio del sendero de hormigón de la casa vecina. El visillo se movió: una mano recorrió la tela traslúcida. Entonces reconocí los ojos de la madre de Scotty. Sin lugar a dudas, la memoria es algo asombroso. Ella pareció reconocermme también. Un rostro excesivamente maquillado y demacrado como una calavera me miraba desconcertado y alegre al mismo tiempo. Los

labios pintados de rosa se movieron formando una palabra. Yo miré hacia atrás: Boudewijn se había pasado al asiento del copiloto y se había sentado a Mike en el regazo. Me dirigía a la ventana por el césped bien cortado y aquellos labios arrugados exclamaron una palabra: «¡Tineke!», o eso me pareció oír. La mujer soltó el visillo y gesticuló para que no me marchara. Mientras esperaba, caí en la cuenta de que mi madre hacía veinte años estaba delgada.

—Joni, tesoro, ¿eres tú? Santo cielo... Habría jurado que estaba viendo a tu madre. Acércate, pasa, qué sorpresa.

Llevaba el pie izquierdo dentro de una bolsa de supermercado, atada en torno a su tobillo enjuto con una goma, y en el derecho una zapatilla gris de piel. Me guió hasta el cuarto de estar arrastrando ese pie de plástico. Un olor ácido me cortaba la respiración, una mezcla de olor a empapelado viejo, pulimento de cobre, tabaco, grasa derretida y anciano de asilo.

—Siéntate, tesoro. Dios santo, cómo te pareces a tu madre.

Me señaló una silla desde la que podía ver el Land Rover; Boudewijn seguía con Mike en el regazo y el brazo le colgaba por fuera de la ventanilla. Estaban dormidos.

—No hagas caso del pie —dijo—, me he roto un dedo, así sin más; me di contra ese armario de allí cuando estaba limpiando el suelo. Lo tengo inflamado y todo eso. ¿Quieres beber algo, tesoro? ¿Qué quieres beber? Dime.

Estaba nerviosa, sí. Aquella mujer inquieta llamaba «tesoro» a todo aquel del que sospechaba que no iba a robarle ni asesinarla. Su cara alargada se movía como un hormiguero en el que me hubiera puesto a hurgar con una rama. Tenía el pelo más fino, con las raíces grises, pero se lo teñía de un rosa violáceo.

Desapareció en la cocina. La sala de estar había cambiado tan poco como ella; el sofá floreado seguía allí, rodeado por las mismas butacas extrañas de terciopelo verdoso y piel de cordero con adornos de cobre. Cuando volvió, dejó la Coca-Cola *Light* con una mano trémula sobre la mesita baja.

«Me la tomo y me largo».

—Dios mío, Joni, cuéntame, ¿qué tal estás? ¿Qué te trae por aquí? Bueno, deja que te pregunte primero si tienes un momento, ¿no? Quizá tengas que irte ya...

Eso debía de estar deseando ella: ver cómo me largaba enseguida. ¿Cómo se llamaba? Se sentó frente a mí en un butacón verde moco y deslizó el pie

embolsado bajo la mesita del salón. Sus ojos saltaban de mis manos a mis chanclas, a mis rodillas, a la ventana del mirador y a mi nariz.

—Estamos de vacaciones —mentí.

—¡Vaya, eso es estupendo, tesoro! Pues habéis tenido suerte con el tiempo. Aquí siempre hace un calor infernal. Qué bien. ¿Has venido con tus padres?

—Con mi novio. Se ha quedado en el coche.

—¿Y no quiere entrar? Ve a llamarlo, tesoro.

Se incorporó un poco, apoyando las manos arrugadas y cargadas de anillos en sus muslos flacos, cubiertos por una falda azul marino. Por un instante me pareció una buena idea hacer pasar a un tío cincuentón, aunque sólo fuera para ver qué efecto le producía. ¿Cuántos años tendría ella? ¿Poco más de sesenta? Llevaba un collar de perlas con un medallón de oro y unos pendientes a conjunto le colgaban de los blandos lóbulos de las orejas. Una vez, jugando en el desván de la casa, Scott y yo encontramos un baúl con abrigos de piel, collares, pulseras, botas y zapatos. Me dio la impresión de que las joyas que llevaba en el cuello, arrugadísimo, y en la muñeca procedían de ese baúl.

—No, no te preocupes. Esperaré allí un rato. Como estamos pasando un par de días en San Francisco, se me ocurrió venir a echar un vistazo al viejo barrio. Esto ha cambiado muy poco.

—Así que todavía seguís viviendo en Ámsterdam... Erais una familia muy maja, natural y espontánea. Ibais a vuestro aire...

Mentía. Para ella éramos una espina en el ojo. Confundía los Países Bajos con Ámsterdam; de todos modos, Sodoma o Gomorra, qué más da.

—¿Y qué tal por aquí? —le pregunté—. ¿Y su esposo? ¿Sigue gustándole tanto navegar con el velero?

El padre de Scott. Un currante de primera, con un bigote rubio y caído, que todas las mañanas se subía con sus zapatos de puntera de acero a un descapotable y se dirigía a alguna parte, a una fábrica o un astillero o Dios sabe dónde, pero que durante el fin de semana se mostraba ausente e irascible en aquella sala de exposiciones que era su casa. Un domingo por la mañana Scott y yo estuvimos ayudando a ese padre suyo con pinta de lobo de mar. «Si arimáis el hombro, os ganaréis cinco pavos cada uno». Con la capota abierta, de manera que no pudiéramos entendernos bien y así no chocara tanto el hecho de que el padre de Scott fuera una morsa de pocas palabras, nos dirigimos a la bahía pasando por delante de un puerto deportivo y una empresa de contenedores. Nos detuvimos ante un cobertizo pequeño y

abollado, de chapa ondulada y repleto de tiras de hierro apiladas, todas de un metro de longitud. En perpendicular, junto al almacén y sobre unos bloques de madera, se veía el casco de una embarcación tan oxidada y triste que a mí, con nueve años, se me saltaron las lágrimas. ¿Estaba intentando construir él solo un barco? El fracaso seguro de aquella empresa hizo que se me ruborizaran el cuello y las mejillas.

Sin dar más explicaciones, el hombre se metió en el cobertizo y, maldiciendo en voz baja, iba separando tiras y dejándolas fuera. Por turnos, Scott y yo cogíamos una y arrastrábamos el metal, pesado y maleable, con su padre en el otro extremo, hasta el casco. El hierro afilado nos rasguñaba las palmas. A Scott, nada más empezar, se le cayó una y el borde oxidado le hizo un corte en la rodilla izquierda. «¡Aaayyy!», gritó, y empezó a llorar, consciente de que la culpa había sido suya y sofocado como una manzana roja de la que brotaba savia. «¿Quién es aquí la niña, ¿eh?», preguntó el padre.

—Malcolm —dijo la mujer.

Los saltarines ojos azul grisáceo encontraron de repente la calma, o al menos se detuvieron. Se quedaron mirándome.

—Lleva ya seis años muerto. Estoy sola desde mil novecientos noventa y seis. ¡Tenía cuarenta y nueve años! ¡Era muy joven para morir!

—Lo lamento...

—El corazón. Jamás comía verdura, pero se atiborraba de mayonesa. Hasta le quitaba el tomate a la *pizza*... Pero ¿qué estoy diciendo?

Nos quedamos las dos con la mirada clavada en el tablero reluciente de la mesa, como si tuviéramos que reflexionar sobre ese sucinto *in memoriam*. Qué pequeña y baja era esa mesa. Parecía increíble que aquella tarde de hace tantos años hubiéramos estado siete u ocho alrededor. Sin embargo, cabíamos, platos de postre y vasos de limonada incluidos, y en el centro, donde ahora había una fuente con manzanas arrugadas y plátanos pasados, la tarta de cumpleaños a medio repartir. La fiesta de cumpleaños de Scotty. Estábamos de rodillas. Siete u ocho amiguitos y una amiguita, todos con la piel bronceada, de los que yo conocía a menos de la mitad, porque Scott iba a un colegio evangélico a las afueras de Berkeley. Y en dos de estas sillas de burdel, su padre y su madre. Malcolm y... Betty. Así se llamaba esta mujer. Seguro que Betty también estaba recordando aquel día.

—Pero Scotty y Jennifer me ayudan mucho. Son unos chicos estupendos.

No consiguió sonreír, a pesar de que su boca pintada había probado todas las posiciones posibles.

—¿Qué hace ahora Scott?

—Espera un momento.

Se incorporó, se alisó la falda y arrastró el pie embolsado hacia un aparador de la otra habitación.

—Scott arregla e instala electrodomésticos —informó con voz chillona.

Oí un vaporizador.

—Secadoras, lavavajillas. Todo. Ese muchacho es un manitas.

—¿Está casado?

—¿Scotty? No. No, Scott no. Jenny sí. Jennifer tiene dos hijos. Dos muchachitos.

Betty, que ahora desprendía un olor fuerte a perfume, me puso un marco ovalado en las manos. Frente a un lienzo de fotografía de color caramelo se veían dos adultos: una mujer, sentada en primer plano, y un poco más atrás, un hombre, que le pasaba una mano delgada y alargada por encima del hombro. Jenny y Scott. El hombre alto y escuálido en el que se había convertido Scott —la redondez amanzanada del pasado no había sido más que un amago; los genes de Malcolm habían perdido— me llamó tanto la atención que Jennifer continuó siendo una mancha, una mujer tan normalucha que ni los conos ni los bastones de mi retina reaccionaban ante ella. Scott llevaba un chaleco de cuero y cada una de sus orejas estaba perforada por un trozo circular de metal negro. Esas orejas eran tan enormes que podrían colgarse en el perchero cuando su madre se excediera con el parloteo. A pesar de esa puesta en escena burguesa y de la pose clásica que habían adoptado sus hijos, saltaba a la vista que Scotty era homosexual. Dejé el retrato sobre la mesa, al lado de mi vaso de Coca-Cola echada a perder, con las burbujas muertas prematuramente.

—Qué bonito —dije.

Nada más empezar la fiesta infantil todos parecían cohibidos, o al menos yo lo recordaba así. La casa estaba tan limpia y ordenada que apenas nos atrevíamos a movernos. No tengo ni idea de qué estaría pasando por la cabeza de Scotty en aquel momento, pero antes de que todos tuviéramos nuestro trozo de tarta de mazapán en el plato, lo dijo. Estábamos uno frente al otro, alrededor de la mesita en forma de ojo, cada uno en una punta. Su comentario no venía a cuento, simplemente lo soltó, sin razón aparente.

«Joni, Siem no es tu padre de verdad».

En su cara redonda se dibujó una mueca triunfal, como si fuera una recriminación.

—Son unos niños encantadores —dijo la madre de Scott.

Se sentó, pero volvió a levantarse enseguida, como si la butaca le hubiera pasado la corriente. Cogió el retrato de la mesa y se lo llevó a la otra habitación.

—¿Y qué tal están tus padres, tesoro? Tu madre se integró muy bien. Me pareció terrible que tuvierais que marcharos.

—A nosotros también —contesté.

«Joni, Siem es tu padrastro», continuó Scott. Y tal vez porque todos se quedaron petrificados y sin saber qué decir, añadió: «¿Por qué mientes siempre?».

Abrí los ojos tanto como pude y se me llenaron de lágrimas por el esfuerzo.

«Es mi padre de verdad», balbucí.

Los otros niños me miraban y sus ojos decían que estaban de acuerdo con Scott.

«No es cierto», dijo éste.

«¡Sí lo es!», exclamé, y las lágrimas empezaron a rodar lentas y pesadas. Recuerdo cierto matiz de locura en mi voz, como si estuviera enlatada.

Betty movió la cabeza como un pajarito y preguntó:

—¿Y tu padre? ¿Todavía es catedrático, Joni? Qué cerebro tan privilegiado... ¿A que sí, tesoro? Es un hombre muy especial, un genio. Eso decíamos siempre Malcolm y yo. Scotty fue el que un día nos contó que no mucho después tu padre ganó el... —Tomó un poco de aliento, como si se avergonzara de algo—. El Premio Nobel. No nos enteramos hasta unos años después de que os hubierais mudado. El Premio Nobel de Matemáticas, ¿no?

—Algo parecido, sí. Es cierto.

—¿Y qué tal está, tesoro?

«Muerto, se ahorcó. El genio se despidió del mundo. No estaba enfadado, sólo desilusionado».

—Bien. Ahora está retirado... con una pensión de catedrático. Él y mi madre viven en la Dordoña.

—Italia... qué divino.

—Han abierto un hotelito. Y Siem ha empezado a tomar clases de saxofón.

—Ay, claro... —dijo Betty, ronroneando satisfecha—. Tu padre siempre estaba escuchando *jazz*, todavía me acuerdo. A Malcolm esa música lo ponía de los nervios.

La cara arrebolada de Scotty compuso una expresión sádica. «Siem es tu padrastro. Tu madre se lo dijo a la mía», insistió.

Mis lágrimas probablemente eran de rabia y el torrente de sangre que corría por mi cuerpo buscaba venganza, porque salté de rodillas y gateé por encima de la mesita del salón hacia ese chico del demonio, llevándome por delante la tarta de mazapán y los vasos de limonada, y me abalancé sobre él. Con las rodillas cubiertas de nata sobre sus hombros gordos, Scotty cayó hacia atrás, y yo encima de él; sin dejar de golpearlo y arañarlo, le gritaba en inglés y neerlandés: «¡Sí es mi padre! ¡Retíralo, cerdo de mierda! ¡Sí es mi padre! ¡Estás celoso! ¡A ti te gustaría tener un padre así! ¡Qué más quisieras tú que tener un padre así!».

Diez segundos, no pasó más tiempo antes de que la madre de Scott, esta mujer, esta Betty asustadiza, interviniera con dureza tirándome de la oreja para separarme de su hijito: «¿Te has vuelto loca de remate, o qué?! ¡Joder! —chilló—. ¡Maleducada!».

Y delante de todos los niños me arrastró de un solo tirón hasta la cocina, donde quitó el pestillo de la puerta trasera y me empujó escalones abajo hasta que di con mis huesos en el césped. «Fuera de mi jardín —ordenó—, y rápido. Ve a contarles a tus padres lo que acabas de hacer, pequeña bruja».

Después de que Tineke saliera corriendo del comedor detrás de su hija mayor en dirección a los dormitorios, y Janis y Aaron hubieran recogido las croquetas de patata frías, y Sigerius, callado como una tumba, hubiera barrido los fragmentos de porcelana, ordenado el lavavajillas y corrido toda la ristra de cortinas, cuando los únicos sonidos humanos que se oían eran los pasos, las narices que sorbían, las tosecitas avergonzadas al cruzarse, y cuando el mirador volvió a ser el mirador y Sigerius se hubo sentado en una butaca con un *whisky* en la mano y los auriculares en las orejas, y Aaron, consternado y de pronto muerto de cansancio, se arrastró al piso de arriba, se desnudó en la habitación de invitados, se tomó los temazepam en el cuarto de baño al principio del pasillo y se metió por fin en esa cama estrecha al lado de una Joni hecha un ovillo, después de todo eso empezó la larga noche del 20 de mayo de 2000.

—Explícame lo que ha ocurrido en la mesa hace un momento —le pidió, tras haberse dedicado un cuarto de hora a acariciar con cautela los hombros y las caderas de Joni.

Ella dormía, o fingía dormir. Él se tumbó boca arriba. La ventana era un acuario en el que flotaban las estrellas de mayo. Pasados unos minutos se levantó, tropezó con la ropa que ella había tirado al suelo en un ataque de ira y abrió la ventana de par en par. La brisa nocturna era caliente y densa, así que corrió las cortinas. La oyó sorberse los mocos.

—¿Y bien? —insistió él.

—De acuerdo —reaccionó ella cuando él volvió a tumbarse en la cama a su lado—. Para empezar, tienes que saber que Wilbert estuvo viviendo aquí un tiempo. Un año más o menos.

—¿Cómo? —dijo sorprendido—. ¿Dónde? ¿Aquí?

—Aquí. En la granja. En mil novecientos ochenta y nueve. Casi todo el año. Con nosotros.

Lo dijo como si le estuviera comunicando que a partir de entonces la basura había que sacarla los jueves. Con una mano sudorosa, él encendió la lámpara de su mesilla y examinó con los ojos como platos la cabeza rubia de Joni. ¿Acaso no sabía nada de su vida?

—Estás de broma —soltó él.

—Ojalá.

Aaron se quedó sin habla, pero al cabo de un rato preguntó:

—Pero ¿por qué? ¿Qué vino a hacer aquí?

—Vino a vivir. ¿No estás viviendo tú también aquí ahora? A veces la gente se queda sin casa.

Con el mismo aplomo sereno y desconcertante, nada que ver con el estallido de furia que acababa de tener lugar, empezó a contarle lo que había ocurrido cuando ella, Janis y sus padres regresaron de Estados Unidos. Durante el primer año en el campus de Tubantia se enteraron, por diferentes canales, de que a la madre de Wilbert le iba mal, muy mal, de hecho. Bebía mucho. Estaba siempre borracha. Los años en los que Margriet Wijn hacía honor a su apellido tomándose un litro de vino al día (no más, pero tampoco menos) habían pasado a mejor vida, ahora era el turno de bebidas más fuertes, *whisky*, ginebra, vodka barato, que bebía también por litros, haciendo que su apellido adquiriese un matiz nostálgico. Fue el hermano quien los informó de que Margriet se pasaba de vez en cuando un par de meses en la isla de Texel para desintoxicarse, recluida en una de esas clínicas Jellinek.

—Y un buen día —dijo Joni, dándole todavía la espalda—, se murió.

No habían pasado ni veinticuatro horas desde que la madre de Wilbert había estado empujando el codo hasta morir, por desgracia justo en el decimoséptimo cumpleaños de su hijo, cuando Menno Wijn había anunciado al chico que ya estaba harto de vivir con él. «Yo también», había contestado Wilbert. Un par de días después, Sigerius se encontraba en un cementerio de Utrecht contemplando cómo se daba sepultura al cuerpo de Margriet consumido por el alcohol. Cuando terminó el breve almuerzo que siguió al entierro, Sigerius se acercó a su hijo para saludarlo. Sin ninguna intención en particular, confesó a Joni años después. No obstante, pasando por alto el mal fario que pesaba sobre la familia de su ex mujer, y en un arrebato de paternidad guiado por el sentimiento de culpa, le había asegurado, consumido, a Wilbert que tenía abiertas las puertas de su casa en Enschede y que ya decidiría él lo que hacía.

La propuesta no cayó en saco roto. Dos semanas después del entierro de su madre, Wilbert se presentó en la granja. Sin avisar. Con diecisiete años y

sin hogar. No aparcó la moto en la carretera, como hubiera hecho cualquier persona normal, sino que la metió petardeando por detrás. Plantó el cacharro en medio del parterre de tréboles y se fue a tomar el sol de abril a la parte delantera de la casa mientras esperaba a que llegara su nueva familia. Aaron lo veía como si lo tuviera delante. La moto rodando al ralentí en la parte de atrás, y delante, el futuro asesino, en plena eclosión, lleno de espinillas, insolente, con una camiseta sin mangas de la que colgaban dos extremidades fibrosas, dos brazos bronceados con los que descargar barcazas del Rin, repartir hostias y estrujar a las chicas contra muros de ladrillo.

Aturdido, preguntó:

—¿Lo reconociste?

—Sí, claro. Tenía el aspecto que me había imaginado.

Once años después, su cara de sillín de bicicleta seguía siendo agitanada, pero sus lágrimas de cocodrilo habían dejado lugar a un rictus explosivo; suspicaz y desconfiado a la vez. Tenía el pelo negro como el azabache, casi azul, pero más largo y grasiento.

Para Joni, 1989 fue el año más loco de su vida, pero de eso Aaron sólo se enteró a medias, pues la noticia en sí ya lo sobrepasaba. Así que el aporreador de Ijmuiden había vivido allí... Joni no había soltado prenda durante cuatro años, Sigerius tampoco, nadie. Sigerius debió de suponer que él ya lo sabía, algo muy normal, porque ¿cómo no iba a saberlo si su relación con Joni había durado cuatro intensos años? Aaron estaba tan estupefacto que olvidó enfadarse. Sólo podía pensar en la idea absurda de Wilbert Sigerius tumbado en el viejo tresillo rosa de abajo, con sus calcetines blancos de tenis, o limando los cilindros de su vieja Honda en la terraza del jardín, o aclarándose las pezuñas grasientas en la misma ducha que él iba a utilizar por la mañana.

—¿Y dónde dormía?

Una pregunta estúpida pero que tenía muchísima importancia.

—Aquí al lado, en el estudio de mi padre. El día que llegó, los dos sacaron el escritorio y metieron esta cama. Estuvo durmiendo en esta cama.

—¿Bromeas?

—No. Las primeras semanas, sobre todo, fueron terribles. La idea de que ese chico viviera de repente con nosotros... Estar con él durante el desayuno, imaginarlo en la bañera, verlo por la noche acaparando el mando a distancia. Al principio me pasaba el día encendiendo velitas para que se marchara.

—¿«Velitas»?

Estaba enfadado, pero sentía curiosidad.

—No exactamente, mira aquí —dijo ella—, en el alféizar. Se las llama «mariposas». Me ponía a rezar para que liara el petate y volviera a atarlo a su moto. Su boca no podía estar callada más de diez minutos. Cuando me preguntaban en el colegio quién era, mentía diciendo que Wilbert formaba parte de un programa de intercambio.

Él suspiró hondo.

—¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Y cómo fue?

—Al principio todo el mundo se esforzaba al máximo, papá, mamá, Janis, yo... incluso él. Se presentaba con los regalos más raros. Una vez estábamos en el jardín y mi madre comentó que esa mañana se le había roto el secador. Al día siguiente le regaló uno. Porque nos estaba muy agradecido, dijo.

—¿Lo robó?

—Qué va. A Wilbert le sobraba el dinero y compró el secador más caro. Mis padres no supieron cómo reaccionar. Mi madre abrió el paquete envuelto en papel de regalo un martes por la noche. «Jo, vaya, gracias, Wilbert», le dijo. Mi padre no se fiaba; fue al V&D y al Blokker y al Scheer & Foppen, a todas las tiendas que vendían pequeños electrodomésticos, hasta que llegó al Kijkshop, y allí se enteró de que, en efecto, un chico con un casco y acento de los suburbios de Utrecht había comprado ese secador. «Ya veréis», nos dijo entonces. Los primeros meses mi padre era el que tiraba del carro. ¡Incluso se mostraba optimista! Y se proponía educar a Wilbert.

—¡Gran error!

—Tú ya conoces el desenlace —dijo ella—. Qué sabíamos nosotros. Yo, por ejemplo, ni siquiera sabía que ya había estado en prisión. Poco a poco los roces entre él y papá fueron aumentando. Era increíble cómo chocaban. Y ni siquiera era acerca de follones serios; quiero decir, los problemas con la justicia, las peleas en la ciudad, los robos, la cocaína. No, me refiero a cosas normales, a la vida cotidiana. Estaban siempre discutiendo de todo y de nada. Tenían discusiones eternas por sus gustos musicales; cuando pienso en ello...

Se oyó la sirena de una ambulancia. Al retomar la palabra, su voz sonó más ligera.

—A Wilbert le encantaba el rap y el hip-hop. Public Enemy, sobre todo. A mí me gustaban también. Chuck D, Flavor Flav, Terminator X, me los conozco de memoria. Álbumes como *Yo! Bum Rush The Show*, *It Takes A Nation Of Millions To Hold Us Back* sonaban todo el santo día y a todo volumen por los cuatro altavoces grandes que había conseguido en un santiamén de Dios sabe dónde. «¡Baja la música!», oía gritar a mi padre. Había tanta ira y desesperación contenidas en ese grito, al pie de la escalera...

Al volver a casa en bicicleta desde el colegio, yo siempre cogía el camino de Langekampweg para atravesar el campus, y cuando salía del bosque, antes incluso de que nuestra granja apareciera entre los árboles, ya oía esa música machacona. *Louder Than A Bomb*. Eso salía de esta pequeña habitación de aquí al lado.

—Yo también tenía broncas con mis padres por la música. Es normal.

—Créeme —dijo ella—, no era normal. Se mataban por las cosas más insignificantes. Por nada, por... por los refrescos de cola, por ejemplo. En casa no estaban permitidos. Llega Wilbert y resulta que es adicto a ese mejunje. Wilbert lleva bebiendo toda su vida dos litros de cola al día, y no de una cualquiera, sino Coca-Cola. Cualquier otra marca la tira por el fregadero, salvo la Pepsi: la Pepsi la tira por el váter. Lo he visto hacerlo. Si llegaba el domingo por la noche y no quedaba cola en la nevera, se iba con la moto a la cafetería más cercana.

—Estupendo —dijo Aaron—, porque la Coca-Cola acaba matando.

Ella hizo como si no lo hubiera oído.

—Así que, de acuerdo, muy bien, Janis y yo también podíamos tomar Coca-Cola. Un día estábamos sentados a la mesa hablando de los empastes de mi hermana. Janis acababa de llegar del dentista. Tenía doce años y dos caries. Así pues, la conversación giraba en torno a la higiene dental, los caramelos, etcétera, ya sabes. Wilbert dijo: «Yo tengo cero caries». «Vaya, Wilbert, qué bien», contestó mi madre. «Cero caries, por tanto, la Coca-Cola es buena para los dientes», repite. Una persona normal se hubiera reído de esa tontería, le hubiera hecho gracia o no ese «por tanto», pero en cualquier caso no se lo hubiera tomado en serio. Siem, sin embargo, sí se lo tomó muy en serio y su reacción fue excesiva. Llevaba meses pensando que Wilbert ejercía una influencia tan mala sobre sus hijas como dos litros de Coca-Cola al día en una dentadura. Y le sacó de las casillas ese «por tanto». Un muchacho normal hubiera dado marcha atrás y hubiera dicho: «Era una broma, no te pongas así», pero Wilbert no es un chico normal, Wilbert busca la pelea, siempre. Así que intentó salirse con la suya y siguió sosteniendo que la Coca-Cola es buena para los dientes. Que él había demostrado científicamente que la Coca-Cola es buena para los dientes.

—¿Y lo creía de veras?

—Pinchaba a mi padre. Y ya conoces a Siem: es razonable, inteligente, pero de sentido del humor, cero. Ya sabes lo fácilmente que se enfada. Perdió los estribos. Pero Wilbert no cedió ni un centímetro. Dijo: «El vodka es malo para la salud, sólo hay que ver a mi madre, pero la Coca-Cola no, de verdad

que no, la Coca-Cola lleva fluoruro», y se dio unos golpecitos en los dientes con un cuchillo, tic, tic, tic. Así era con todo, y por las cosas más insignificantes. ¡Y mi padre siempre mordía el anzuelo!

A Aaron le pareció que Joni no estaba haciendo justicia a Sigerius. Olvidaba, quizá porque seguía enfadada, lo mucho que afectaban las bromas de Wilbert a su padre. «La Coca-Cola es buena para los dientes...» ¡y una mierda! Aaron había estado hablando una vez con un estudiante de doctorado, un coreano bastante corpulento, al que Sigerius había evaluado la tesis. Aunque hablaba de forma confusa, acabó por entender sus explicaciones. «Tan *creuel*», había repetido el muchacho un par de veces antes de que Aaron comprendiera que estaba diciendo «tan cruel», haciendo referencia a la manera despiadada en la que Sigerius había echado por la borda su trabajo tan pronto como había podido refutar sus hipótesis. Meses de trabajo, años incluso.

—Con el tiempo, me enteré de que todo era mucho más complejo, más de lo que nos contaban a Janis y a mí. —Se sorbió la nariz y se tumbó de espaldas—. Montaban broncas por la Coca-Cola, pero entretanto tenían follones por la cocaína y porque a casa llegaban facturas de dentistas por culpa de las dentaduras que rompía Wilbert. También pasó algo con un trabajo que mi padre le había buscado en el Servicio Técnico de la universidad. Y porque robó y vendió dos lijadoras.

Mientras escuchaba, Aaron se preguntaba cómo se lo habría tomado él: ¡gentuza indeseable! ¿Qué habría hecho si a los quince años un macarra descontrolado hubiera ido a vivir a casa de sus padres? Alguien como... Pietje Suiker. Pensó en Pietje, un chico increíblemente fuerte e insolente que iba a su escuela, un fantasma en el que no pensaba tal vez desde hacía quince años. Piet Suiker, el *Pequeño Suiker*, *Suik* para sus amigos. El idiota más explosivo que uno pueda imaginar. Había dejado el colegio después de quinto de primaria, no hizo sexto; de todas formas, no le habría servido de nada. Era un loco que había desempeñado un papel importante en la Alta Edad Media de su vida y cuya presencia exasperante parecía haberse establecido allí para siempre, pero que de pronto se quemó y desapareció, como una verruga en un pie. El pequeño Suiker, al que le podías pedir por cinco florines las zapatillas de deporte que quisieras, que luego él se encargaba de mangarlas en la tienda de deportes Sijbers, pasando el puente de Venlo. El que después de clase de natación cogía las gafas que tenía más a mano y se las ponía en la picha. A los once años, por un florín, te mostraba tras los arbustos de escaramujo cómo podía sacar «lefa» (todavía con mucho la palabra más asquerosa que Aaron

conocía) de esa misma pequeña trompa espantosa y tiesa. Cuando le robaron la Zündapp, Suiker entró con un bate de béisbol en Genooi —el Bronx de Venlo, para entendernos— y salió de allí con la dichosa moto. Mientras Aaron estaba haciendo el bachillerato, Piet iba a toda pastilla por la Burgemeester Gommansstraat con un Opel Manta tuneado. Era un tarado de esos. ¿Qué habría pasado si Suiker hubiera aparcado por las noches ese Manta delante de su casa y hubiera dejado sus Adidas supercaras en la estantería de los zapatos junto a la puerta de la cocina? De eso se trataba. Suiker sentado a la mesa de la cocina. Suik en pijama con el Commodore 64 de su padre. «¡Chicos! —gritaría su madre—, que empieza *De la tierra, del mar y del aire*», tras lo cual no sólo él y Sebastiaan, sino también aquel chiflado fibroso, bajarían en tromba por la escalera. Eso era lo que le había pasado a Joni.

Ella se relajó. Sus cuerpos cálidos se tocaron de costado.

—Y mientras ocurrían esa clase de cosas, cosas desagradables de verdad, resultó que... que Wilbert me empezó a caer cada vez mejor.

Entonces fue él quien contuvo la respiración. Con un movimiento imperceptible, se separó de su piel.

—Era una sensación contradictoria porque yo no quería que me cayera bien. Pero era muy atento conmigo. Protector. Me llevaba en la moto a la estación. E insistía en ir a recogerme si sabía que iba a llegar tarde.

—Un chico adorable —dijo Aaron.

Ella guardó silencio. Él creyó oír que le rechinaban los dientes.

—Me enseñó a apreciar su música. LL Cool J, Run DMC, NWA... a todos los conozco gracias a él. Escucha esto, escucha lo otro. Me compró un *walkman*...

—Robó un *walkman* para ti.

—... un Sony muy caro. Me llevó a Ámsterdam de extranjis, a la discoteca Paradiso: fuimos a ver a Enemy, mi primer concierto. Mi padre todavía no lo sabe. Regresamos en el primer tren que salía de madrugada. Y yo le enseñé a montar a caballo. Lo que ahora es el taller, entonces era el establo de *Peggy Sue*. No había quien lo sacara de allí. Cuando no iba montado en su moto o deambulaba por Enschede, estaba con mi yegua. Quería aprender a cabalgar como fuera. Solía ir con él a Horstlinde para dar unas vueltas al trote en el picadero.

—Reinserción social con caballos —dijo, intentando sonar despreocupado.

—Pero lo peor es que era muy divertido. Ni Janis ni yo, tampoco mamá, podíamos evitar reírnos con él. De cualquier cosa hacía broma. Si mi padre le

pedía que rellenara la salsera, él no se levantaba, sino que cogía un trapo de cocina de la mesa y se lo colocaba con mucho esmero en el regazo, haciendo como si tuviera noventa años y su silla fuera de ruedas, emitiendo pitidos y rechinando, girando y dando vueltas, hasta llegar a la encimera. Cuando le regalaron a mi madre un cedé de Rob de Nijs, él se paseaba por la casa cantando: «Miro entre jadeos cómo te martillea mi verga, moviendo suavemente tus perolas»; adaptó la letra de la canción al dialecto vulgar de los suburbios de Utrecht.

Aaron no se rió. Sacó el brazo de debajo de la cabeza de Joni.

—Ahora no hace gracia, pero te aseguro que si hubieras estado allí...

Él observó la habitación, en silencio, las cortinas rosa claro con caballos blancos bordados. Sobre los asientos de dos sillas de oficina había sendos cojines que la madre de Joni había forrado con la misma tela. Con otra mirada, una de preocupación, examinó los animales de peluche alineados en la librería rosa donde descansaban, en ediciones de Grote Lijster y Zorzal Charlo, ejemplares de las novelas *Una bandada de zarapitos*, *Bougainville* y *Karakter*. Se imaginó a Joni en plena adolescencia, leyendo esos libros en la cama, y asustándose al oír que Wilbert entraba por el sendero derrapando con la moto. ¿O acaso se alegraba? En el armario blanco, que tenía abierta la puerta corredera, vio unas cajas de zapatos que seguro que contenían sus agendas del colegio, sus redacciones y cuadernos llenos de aes y oes como globos de chicle Bubblicious. Sintió la necesidad de revisar aquellas agendas en busca del rastro de Wilbert: su nombre, un símbolo de Public Enemy, algo semejante. Sobre un taburete divisó una pila de revistas *Elle*, los números de todo un año: por su quince cumpleaños, y tras mucho dar la lata, le habían regalado la suscripción, pero le habían parecido tan «irritantes» que al cabo de tres meses la anuló. He aquí el tipo de trivialidades que ella le había contado... ¡Joder! Sin embargo, por muy maravillosamente divertido que le hubiera parecido aquel canalla, 1989 debió de terminar mal.

—¿Y qué lo estropeó todo? —preguntó Aaron.

Joni no contestó, sólo dijo:

—Vamos a dormir, ¿no?

Palpó bajo la almohada y sacó un antifaz.

—Venga, dime, ¿cuándo se estropeó todo?

—Pues cuando se estropeó, porque sí, se estropeó.

Volvió a dejar el antifaz donde estaba y exhaló despacio.

—Fue en casa, en realidad. Todo ocurrió muy cerca, más o menos delante de papá, y fue la gota que colmó el vaso. Al cabo de once meses, Siem ya

estaba hasta las narices. Wilbert debía irse, había que sacar del cesto la manzana podrida, y rápido, antes de que esos dos llegaran a las manos. Hacía semanas que en casa se respiraba una atmósfera tensa. Alguien tenía que pagar el pato.

—Eso es lo que se dice cuando alguien es inocente —apuntó él, y deslizó una mano entre el edredón y su vientre, pero ella se la retiró.

Él apagó la lámpara de la mesilla con un suspiro.

—Por aquella época yo recibía clases particulares de Francés —continuó Joni—. Me las daba una señora, una mujer mayor, me parecía entonces, pero en realidad era una chica joven, más o menos de la edad que tengo yo ahora. Acababa de graduarse con matrícula de honor en la Universidad de Utrecht con una tesina sobre... ¿cómo se llamaba la marimacho de Sartre?

—Simone de Beauvoir.

—Sí. Ésa. Pero, joder, ¿cómo se llamaba aquella tipa? —dijo, esforzándose para recordarlo—, era algo con una B.

—¿Importa tanto cómo se llamaba?

—Era una estúpida, pero una estúpida guapa. Iba muy arregladita, muy a la última; vamos, que era una pija, una de esas institutrices de las películas. Palidísima, con lunares.

—Te daba clases particulares —dijo él, impaciente porque se ciñera al tema.

Pero Joni empezó a explicarle el sistema educativo que seguían en la granja. Tan pronto como Janis o ella sacaban menos de un seis en alguna asignatura, sus padres reclutaban a un profesor particular.

—Rendir a un alto nivel es el código secreto de esta familia, aunque ellos nunca lo admitirán. ¿Dejar el colegio? Venga ya. Nadie me pedía que fuera la mejor de la clase, pero tampoco estaba mal si lo era. En Berkeley no me mandaron al primer colegio privado que encontraron. Fui a Berkwood Hedge: clases pequeñas, mucha cultura, una matrícula de miles de dólares. Más tarde, en Boston, en secundaria, al Kids Are People Middle School, una escuela Montessori, donde cada año representábamos una obra de Shakespeare. Para un Sigerius, un seis era el equivalente a un insuficiente.

—Y mientras tanto, en el jardín había un delincuente juvenil trucando el motor de su moto —dijo él.

—¡Vivianne! Vivianne Hiddink. Mis padres la adoraban. Había estado viviendo en Estrasburgo, estudiado un año en la Sorbona, y aquí, en Twente, había empezado a organizar programas de actividades culturales para la universidad. Aún no habíamos comenzado con las clases particulares y a mi

padre le pareció oportuno invitarla a comer, a ella y a su novio. En Estados Unidos recibíamos la visita de Richard Feynman, ya sabes, pero bueno, la chica Hiddink también era interesante, por qué no iba a serlo.

—Sí, ¿por qué no? —dijo Aaron.

Le entraron ganas de echarle la bronca por esa arrogancia elitista; en ese sentido, ella tampoco se quedaba corta. Pero, por temor a frenarla, se contuvo.

—Su novio se llamaba Maurice y había hecho un doctorado en Física Teórica. Treinta y pocos años, pelo negro impoluto, una chaqueta de *tweed* británico, zapatos Van Bommel, el modelo calado, el que tiene agujeritos. Se pasó toda la noche superserio, mirándonos a través de sus gafitas a lo Schubert, y todo lo que decía era ingenioso. Desde entonces, no he vuelto a ver a nadie que sea tan exageradamente opuesto a Wilbert. Te dolían los ojos al verlos a los dos sentados a la misma mesa. No habría estado bien que Wilbert se hubiera comido su filetito en la cocina, aunque a papá le habría parecido estupendo. Recuerdo que Wilbert, que por lo demás estuvo bastante comedido, quiso saber qué hacía Maurice todo el día encerrado en uno de esos «institutos de investigación». «Me paso el día tumbado, reflexionando en el diván de mi despacho, donde no tengo nada más», le contestó mientras se limpiaba las gafitas con un paño suave. A Wilbert debió de sonarle: una habitación estrecha con tan sólo una cama y todo el día para reflexionar.

Joni se rió por lo bajo, probablemente de lo que acababa de decir. Era muy buena hablando y lo sabía.

—Vivianne venía siempre los sábados por la mañana, de nueve y media a once y media. A mí me parecía un calvario tener que levantarme temprano y vestirme a toda pastilla un sábado por la mañana. Dábamos la clase en esta habitación, ahí, en el escritorio del abuelo Sigerius. Ella lo llamaba *bureau ministre*, un nombre muy bonito que nosotros también empezamos a utilizar a partir de entonces.

—Y, por tanto, ahora yo también.

—Todos excepto Wilbert —precisó Joni—. Él tenía la mente ocupada en otras cositas francesas. A nadie se le escapaba que los sábados a primera hora, insólitamente temprano para él, ya merodeaba por la planta de abajo atento a cualquier deseo de Vivianne. Si tenía la oportunidad, le cogía el abrigo y lo colgaba con esmero en el perchero del recibidor. Nosotros le gastábamos bromas por esa actitud tan servicial; sin pasarnos, claro. ¡Me parecía tan encantador y previsible...! Vivianne, con su traje de chaqueta, era como... una aparición. La granja olía a Chanel hasta la hora de la cena.

Aaron acercó la nariz al cuello de Joni.

—Y entonces, un domingo al mediodía, Maurice llamó a papá por teléfono. Mantuvieron una conversación que desde fuera sonaba sumamente seria; al cabo de dos minutos, se trasladó arriba y me pidió que colgara el teléfono de abajo. Un cuarto de hora después, papá entró en el salón. Dijo: «Vivianne no volverá a venir». Nada más.

—Vaya.

—Más tarde, ese mismo domingo, después de que Wilbert hubiera salido con su moto no sabíamos adónde, Siem nos contó que ella había estado dándole vueltas a si lo denunciaba o no. —Joni tosió y volvió a tragar saliva —. Todo había empezado con la bufanda, que había desaparecido de la manga de su abrigo. Podría habérsela dejado en algún lugar, o podría haberla perdido. Son cosas que pasan. Pero la semana siguiente, le contó Maurice a mi padre, Vivianne, de camino a su casa, metió una mano en el bolsillo del abrigo para coger su pañuelo, de lino irlandés, un pañuelo de señora perfumado; conocía perfectamente todas las prendas con las que se emperifollaba. Pues bien, resulta que el elegante pañuelito se había transformado en una bola pegajosa. Ya no olía a Chanel, sino a semen. Aunque a ella le había parecido «muy muy desagradable», no dijo nada al respecto, ni siquiera a Maurice. Naturalmente, ella ya imaginaba de quién era el bañito de pegamento.

Joni hizo una pausa y se dio la vuelta para tumbarse de lado. La cama crujió.

—«No seamos infantiles», se dijo Vivianne; «este chaval es un adolescente, un adolescente descarriado», ella ya se había dado cuenta de eso, pero un adolescente al fin y al cabo. Y, además, a ella le gustaba nuestra familia y teníamos una buena relación. Quizá se sintiera incluso halagada, nunca se sabe. Un pegote así también se puede interpretar como un cumplido, ¿no?

—Como una muestra de atención, en cualquier caso.

—Dos semanas después de lo del pañuelo, del que nadie sabía nada, salvo ella y Wilbert, Vivianne estaba conmigo en la habitación. Como siempre, en algún momento durante la segunda hora, después de que mi madre nos hubiera llevado café y pan de pasas, Vivianne fue al lavabo; aquí arriba, al cuarto de baño pequeño. Se sienta en el váter, con el pestillo de la puerta echado, y enseguida oye algo tras la cortina de la ducha. La respiración de alguien, eso fue lo que contó en el juicio.

—¿En el juicio?

—En Almelo, sí. Oye una respiración y se queda de piedra. Por un instante piensa que se está oyendo a sí misma, su propio jadeo. Pero se sobrepone y descorre la cortina de un tirón. Y allí está él: desnudo, con los pantalones del chándal por los tobillos y en la mano la bufanda escocesa que ella había perdido hacía tres semanas. Se está masturbando a metro y medio de Vivianne mientras olisquea la condenada bufanda.

—Joder.

—Pero ¿qué hizo ella? No chilló. Le echó una mano, sin querer; sin ser consciente de ello, afirmó más tarde. Lo salvó al no chillar. «¿Qué estás haciendo?», susurra ella, y él se corre. Ella se queda ahí de pie mirándolo. Él ha dado un paso hacia delante, de manera que casi está encima de ella, y le ha derramado...

—Le ha lanzado.

—De acuerdo, le ha lanzado un chorro de semen en la muñeca y los muslos. «Estás chiflado», le susurra, y sigue controlándose, tal vez paralizada por el miedo, al menos es lo que dijo. Ella vuelve a correr la cortina de un tirón, se limpia con papel higiénico la porquería de las piernas, se sube las medias y la falda, se olvida de tirar de la cadena, se lava bien la muñeca y regresa a mi habitación.

—Qué cabrón —dijo Aaron.

—Bueno, sí, tal vez... —contestó ella, e hizo una pausa antes de continuar—. Pero Vivianne también era rara. Entra en mi habitación, se mira en el espejo, se arregla su blusa pija y se sienta. «Bueno, ¿por dónde íbamos? El *future du passé* siempre es complicado...», dice. ¡Y nada más! Ni una palabra sobre Wilbert. Hasta esa llamada no me enteré de lo que había pasado, de veras que no. Esa tipa terminó la clase, sin más, bajé con ella como siempre, incluso estuvimos hablando un rato con mi madre en el recibidor, y después se fue en busca de Maurice en su pequeño Renault.

Fuera, por encima del campus, probablemente desde la vía que lleva a la estación de Drienerlo, sonaba la bocina de un tren intercity. El sonido prolongado penetró en la habitación de invitados y los devolvió a la realidad, y él se dio cuenta de que no se estaba enterando bien. ¿Qué pensaba Joni sobre lo sucedido? Parecía estar culpando a esa mujer. ¿O no era así? Llevaba ya días cometiendo errores de apreciación en todo y con todos.

—Es evidente que Vivianne necesitaba reflexionar sobre lo que había pasado —dijo Aaron—. Tonta no era, eso está claro. Que no armara un

escándalo enseguida también puede considerarse como una muestra de serenidad.

—Ya lo sé —admitió Joni—. Pero también es extraño. Es muy raro no hablar cuando te pasa algo así. Como si no hubiera ocurrido nada en aquel cuarto de baño, así fue como se comportó. Claro que quién sabe si ocurrió algo de verdad.

En lugar de asimilar lo que Joni estaba insinuando y aparentar que, en cualquier caso, sopesaba la posibilidad, Aaron contestó:

—¿No lo dirás en serio? Nadie se inventa una cosa así. Por supuesto que ocurrió.

—Bueno, él nunca admitió...

—Pues claro. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Tú dices que nadie se inventa una cosa así, pero también se podría decir que nadie hace una cosa así. De hecho, inventárselo es más verosímil que hacerlo.

Él sentía que el fuego de su enfado se iba avivando.

—Yo alguna vez he pensado en hacer papilla a alguien con una maza, Joni. Sin embargo, no lo he hecho. Vuestro Wilbert hace lo que se le pasa por la cabeza. Ésa es la diferencia. Supongo que el juez estaría de acuerdo conmigo, ¿no?

Se apartó de él dándose la vuelta y golpeándolo en la pelvis con el trasero, como si fuera un guante de boxeo.

—Era su palabra contra la de ella —dijo Joni—. No se demostró nada. Nadie vio ni oyó nada.

Aaron se incorporó como un resorte y le miró la espalda, que le quedaba por encima de la sábana. ¿Creía eso de verdad? ¿De veras tenía dudas sobre lo que había ocurrido en el cuarto de baño?

—Joni —dijo—, no seas tan ingenua. ¿Y el pañuelo pegoteado de semen? ¿También se lo inventó? Sé razonable por una vez.

—Vaya, quién fue a hablar —espetó ella—. ¿Vas a decirme tú quién es razonable y quién no?

—Sólo digo lo que me parece, y desde luego me parece que no estás siendo nada razonable. ¿Cómo acabó el juicio?

—«Nada razonable...» —dijo ella, suspirando teatralmente—. Joder, tío, eso sí que no te lo consiento. —Arremetió contra él—. Llevas toda la semana portándote como un imbécil, hasta hace un momento de hecho, en la mesa, has estado haciendo el payaso con tus batallitas. ¿Y ahora dices que yo soy poco razonable? Tómate otra pastilla para dormir, Aaron. Buenas noches.

Tiró de las sábanas hacia sí y ahuecó la almohada. Él se alegró de que la luz estuviera apagada, porque sintió que se ruborizaba.

—¿«Batallitas»? —dijo con la mayor calma posible—. ¿De qué estás hablando?

Ella guardó silencio.

—Oye.

—Aaron, no pensarás que me he creído todas esas gilipolleces que has contado sobre ese tal Manus, ¿verdad?

—Pues no te las creas.

—No me creo una mierda de toda esa historia.

Se hizo un silencio. Cinco minutos. ¿Diez minutos? Él miraba las cortinas, ligeramente abombadas. Cuando creyó que ella ya se había dormido, se puso furioso. Joni sabía que él no podía dormir después de una pelea. «Tampoco duermes cuando no nos peleamos», le diría al día siguiente. Rodeado de silencio, tuvo de pronto la certeza de que ella le ocultaba algo. Lo entretenía con una versión de la historia amable y especialmente pulida para Aaron. Si se paraba a pensarlo, Joni se quedaba mirando a cualquiera que tuviera una polla colgando. Tras cuatro años, los celos se habían convertido en un mecanismo tan fuerte en su relación que ahora él sólo podía pensar en qué sentía ella en realidad por ese chico. Aunque hubiera tenido gemelos con el tal Wilbert, ella nunca se lo diría.

—Seguro que te enamoraste —le soltó furioso.

—Lo que tú digas —respondió ella.

Él contuvo la furia.

—Y todavía no me has contestado. ¿Por qué has montado esa escenita tan estúpida? ¿Por qué has hecho pedazos una fuente de croquetas de patata?

Ella no respondió. Él se quedó unos minutos mirando su cuerpo inmóvil, hasta que comprendió que estaba dormida por su manera de respirar.

Durante los días siguientes, Sigerius estuvo evitando a su hija mayor. Al menos a Aaron no le pareció casual que no llegaran a sentarse juntos a la mesa ni una sola vez, sobre todo porque Sigerius comía casi siempre fuera de casa. Joni parecía haberse olvidado de la conversación que habían mantenido por la noche. Su comportamiento lo sacaba de quicio. De pronto estaba ilusionada como una niña pequeña con la idea de ir a Estados Unidos, y un segundo después se ponía a lloriquear por Ennio.

Él tenía mucho trabajo para el *Tubantia Weekly*. Afortunadamente. No podía negarse que la catástrofe pirotécnica había hecho emerger lo mejor de él. A pesar de las noches de insomnio, se había superado a sí mismo durante las últimas semanas. Blaauwbroek se había quedado atónito. Su jefe era la primera persona a la que habían oído en el contestador de Joni, mucho antes que el pelotón de amigos y familiares que llamaron preocupados, y su voz sonaba como la de un niño de once años que veía entrar el circo en su pueblo. «Bever, buenas tardes, soy Henk Blaauwbroek. Supongo que sigues vivo. ¿Oíste tú también una explosión? Deja de hibernar, pequeñín. ¿Tienes fotos? Haremos una edición especial. Ya te lo imaginabas, ¿no?».

Su jefe y él mantenían una relación de amor-odio. Cuando salían juntos o iban de copas, se hermanaban con grandes aspavientos, pero en el trabajo no paraban de pelearse. Como él había estudiado en la Academia de Bellas Artes y no había ido a ninguna facultad de Periodismo, Blaauwbroek le echaba en cara que tuviera aspiraciones artísticas, una carta que no se cansaba de jugar. «No vamos a exponerla en un museo, pequeñín», o «Inténtalo con una velocidad de obturación más rápida», o «Aquí tenemos a nuestro fetichista de naturalezas muertas». Cuántas veces había dejado que le hiciera ese tipo de comentarios... Claro, él era un reportero abominable, le decía, y no tenía ningún reparo en admitirlo: era demasiado lento para el trabajo serio de verdad, estaba demasiado a la expectativa y no se desvivía por la noticia pura y dura; por eso, le contestaba con sorna a Blaauwbroek, trabajaba para él y no para Reuters.

Sin embargo, ahora caminaba por una Enschede plagada de medios de comunicación internacionales como si fuera el enviado de la revista *Time*. En casa de un importador chino, en Lieja, había fotografiado explosivos de la clase 1.1 (el tipo que había hecho saltar por los aires los búnkeres de Fireworks) antes, durante y después del estallido. Acompañado de dos antiguos habitantes del barrio y del jefe de policía de Enschede, se había adentrado en la zona catastrófica con un traje espacial. Una idea que, por una vez, había salido de él. Había realizado una serie de retratos a los vecinos de Roombeek que se habían quedado sin casa, a los que había convencido para posar con la ropa desgarrada y ensangrentada que llevaban puesta el sábado 13 de mayo (su foto de un hombre que, con unas pinzas de barbacoa en la mano, había deambulado durante horas por el barrio en llamas, con una sola chancla y medio desnudo, había aparecido en un folleto de ayuda a las víctimas). Desde el techo destrozado de la cervecería Grolsch había fotografiado para la posteridad la zona catastrófica calcinada, una foto de

guerra, de desolación, impresionante que le había comprado el periódico *Algemeen Dagblad*.

Dicho de otra forma, el aire de su pequeño planeta siniestrado estaba bastante enrarecido, y él tenía la sensación de andar a dos palmos del suelo. Afirmaba que los habitantes de Enschede que habían sobrevivido y tenían el cuerpo entero debían sentirse afortunados, y para demostrar que hablaba en serio fue la primera y única «víctima» que entregó los mil quinientos florines que el ayuntamiento había repartido al contado entre los damnificados. A Joni el gesto le pareció engreído, incluso ofensivo. «Deberías olvidarte de una vez por todas de esas tonterías que lo único que hacen es dejar en mal lugar a los demás», le dijo.

Los últimos días que pasaron en la granja, Aaron estuvo actualizando la página web en uno de los ordenadores del centro cultural universitario, una faena de mierda que no sabía muy bien por qué tenía que hacerla sólo él. La idea de abrir la página había sido de Joni, pero fue él quien hizo el curso de Dreamweaver; ella era la que hablaba de prostitución, pero era él quien se lo hacía en los pantalones cada vez que un estudiante entraba en la sala. Eran las últimas fotos de la serie que habían hecho en el hotel Golden Tulip, debían darse prisa en empezar una nueva.

Al salir de la biblioteca, la atmósfera pesaba como una campana de cristal sobre el campus. La satisfacción que le producía el deber cumplido ahuyentaba por un instante la visión en la que se imaginaba echando una breve siesta en una mesa de la biblioteca, que curiosamente se encontraba sobre las baldosas musgosas de la plaza central, frente al centro cultural. Sobre el azul profundo habían aparecido las primeras estrellas, por encima de las copas de los árboles, y unas ristas de color naranja se alargaban por el oeste. Mientras él quitaba el candado a su bicicleta, La Bastille escupía a un grupo de estudiantes, muchachas que, sin dejar de cotillear, habían devorado su ración semanal de salchichas con patatas fritas y verdura cocida y troceada. Todas iban a por sus bicicletas.

Decidió tomar un atajo. Un carril bici salpicado de hojas lo condujo a lo largo de la pista de atletismo. Tres corredores se deslizaban por los carriles de tierra batida produciendo unos crujidos amortiguados; en el centro, sentadas en el óvalo de césped, había unas chicas bebiéndose una botella de vino. El sol descendía tras el talud cubierto de vegetación que ocultaba a la vista la piscina descubierta. El aire cálido le acariciaba el cráneo. Cerró los ojos ante

una nube de mosquitos y se estaba preguntando si la piscina contendría suficiente agua como para extinguir esa bola naranja, cuando de golpe se le resbaló del hombro la bolsa de la cámara de fotos. La bolsa le quedó colgando del antebrazo y se iba introduciendo con un repiqueteo entre los radios de la bici. Una estudiante en una vieja bicicleta holandesa pasó por delante de él murmurando un «perdón» apenas audible.

—¡Hijaputa! —gritó él, y se asustó de la facilidad con que su paz se transformaba en furia.

Con la respiración alterada, dejó que la bicicleta terminara de rodar y se quedó de pie con las piernas abiertas. La culpa de todo la tenían siempre los celos. Todo era por miedo a perderla.

Cuando llegó a la granja, nevaba. Los chopos del extremo norte del jardín florecían con tanta intensidad que el cielo oscurecido estaba lleno de copos y el césped, cubierto de montones de pelusa transparente. Unos ovillos de pelusa mullida bailaban alrededor de los tobillos desnudos de Joni, sentada en la parte trasera del jardín, en la terracita con musgo al lado de los antiguos establos, como una... sí, como una ¿qué? Como una muñeca de nieve derriéndose.

Tineke estaba sentada frente a ella, al otro lado de la mesa de jardín hecha con madera reciclada; entre ambas, unos platos sucios vacíos y una jarra de agua. Mientras avanzaba hacia ellas, lo asaltó un sentimiento de repugnancia. No le costó adivinar lo que estaba pasando.

—Hola —dijo, sentándose al lado de Tineke.

Joni respondió al saludo sonándose la nariz prolongadamente con un trozo de papel de cocina. El ruido le recordó el burbujeo del café que acaba de subir. Tenía los ojos hinchados de llorar. La madre suspiró hondo y lo miró.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Hambre y sed —dijo.

Y en lugar de preguntar por qué Joni había estado llorando, cogió un vaso y lo llenó de agua. Se lo bebió de un trago y se secó la boca.

—Qué bien —dijo.

Tras un silencio incómodo, Tineke quiso levantarse.

—Ya lo hago yo —murmuró Joni.

Se puso de pie, se subió el tirante de la camiseta y cruzó el jardín cubierto de pelusas arrastrando los pies. Cuando ya estaba en la cocina, Tineke le puso una mano en la muñeca a Aaron y le dijo a media voz:

—Acaba de llegar de Groninga. Ha ido a visitar a Ennio. Sé un poco amable con ella.

Él asintió con la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Tineke miró un momento hacia la casa; desde la cocina llegaba el zumbido del microondas.

—Es una historia terrible —explicó—. Espantosa. Ese hombre se vio envuelto por las llamas. Por lo que he entendido, estaba durmiendo la siesta en el sofá cuando la ventana del cuarto de estar reventó hacia dentro. Se le clavaron cristales por toda la espalda y las piernas. La alfombra que había debajo de la mesita del salón prendió, y también el sofá en el que estaba tumbado, todo de material sintético. Salió rodando a través de la ventana rota y sólo cuando estuvo fuera se dio cuenta de que el pantalón también ardía. —Negó con la cabeza—. Y mientras intentaba apagarlo, junto a la cancela del jardín, lo alcanzó de pleno la chimenea de su propia...

Enmudeció de golpe cuando Joni abrió la mosquitera. Un buen problema de mecánica, pensó él mientras Joni se acercaba por el sendero. Datos: velocidad de rotación del hombre y el punto más elevado de la chimenea. Pregunta: ¿qué profundidad tiene el jardín? Joni miraba como si le doliera algo. Y en efecto, le dolía: gimiendo, dejó caer con estrépito un plato humeante de pollo tandoori delante de sus narices. Rodeó la mesa soplándose los dedos. Tenía mal aspecto.

—¡No imaginas lo que he tenido que volver a ver hoy! —se quejó él antes de que ella se hubiera sentado—. He fotografiado a tres estudiantes evangélicos, en su alojamiento provisional. Vivían en una residencia de estudiantes, justo frente a la fábrica de fuegos artificiales, en el número cuarenta y nueve de la Tollenstraat, que estalló por los aires con una ferocidad bíblica. Fotografías, tesinas, un piano nuevo, dos fracs alquilados: todo reducido a cenizas. Sin embargo, siguen creyendo en Dios, ya ves. Unos chavales muy simpáticos que dan gracias al Señor por no haber estado en casa. A pesar de ser evangélicos, esos chicos comprendían que el humor es la mejor manera de tratar con la adversidad.

—He ido a ver a Ennio —dijo Joni.

—Al cabo de dos días —continuó él—, ya habían incorporado a su repertorio chistes sobre el trece de mayo. Se pasan el día tropezando unos con otros en ese piso provisional de lo pequeño que es: «Anda, vaya, pero si tienes un jersey nuevo». Y así todo el rato, ya ves.

Sonrió, dio un bocado al tandoori y mientras masticaba miró a Joni.

—Ya me he enterado —dijo con la boca llena—. Pero si puede recibir visitas, eso quiere decir que va mejorando, ¿no?

Con un movimiento raro, una especie de espasmo, Joni tiró al suelo el rollo de papel de cocina.

—¿«Mejorando»? —Tomó aliento como si fuera una buceadora en busca de esponjas marinas y desapareció bajo el tablero—. Está en cuidados intensivos, Aaron. —Sonó como si estuviera debajo del agua.

Cuando volvió a emerger rolo en mano, se golpeó el hombro contra el borde de la mesa con la suficiente fuerza como para recuperar el llanto.

—También es que tienes mala suerte, cariño... —dijo Tineke—. Lloro, vamos, suéltalo todo.

(«Berreaba, doctora. Berreaba»). Aunque a Haitink no se lo contó así meses más tarde, sino de manera más eufemística: le parecía que Joni había tenido una reacción muy emocional frente a lo que había visto en el hospital de Groninga. Era como si le hubieran abierto quirúrgicamente los conductos lacrimales. Esos dos pequeños géiseres, constató, la hacían fea, a diferencia de lo que conseguían las lágrimas en sus novias anteriores, que no eran tan guapas, y eso a Aaron le resultaba enigmático. Sus ex mejoraban precisamente durante las crisis de llanto y sus lágrimas le resultaban enternecedoras. Comparó la cara llorosa de Joni con su habitual frescura escandinava. El rostro ancho, con la piel lisa y tersa; «debería tomar aire fresco más a menudo», pensaba mientras la miraba. La mitad superior de su cara irradiaba buena salud, al menos casi siempre, fuerza y oro genético. La astucia de Joni, la voluptuosidad, su femineidad inflamable estaban más abajo, alrededor de la boca, una franja pálida y trémula en ese momento, pero que normalmente era una anémona rojo oscuro cuyo labio inferior sobresalía un poco y parecía estar siempre húmedo. Un simple puchero y su frescura tan saludable se convertía en madurez, decadencia. Aunque era consciente de la efectividad de sus atributos físicos, a veces se apretaba la punta de la naricilla hacia abajo con el dedo índice. Decía que tenía la nariz grande. Pero no era así. Aunque le parecía increíble la cantidad de mocos que podían salir de allí).

«¿Y qué tal se encuentra ahora Ennio?». Debió de preguntar algo parecido, porque se enteró de que el hombre, además de quemaduras de tercer grado por todo el cuerpo, tenía cinco costillas rotas, el bazo perforado y varias heridas superficiales abiertas. Los médicos le habían injertado piel de donantes en las piernas, el pecho y buena parte de la espalda. «Como una lasaña», pensó. Cada mañana tenían que desinfectarle las heridas profundas, untárselas con ungüentos y vendárselas; un proceso muy doloroso para el que le daban calmantes y tranquilizantes especiales. Mientras tanto, Ennio perdía litros de fluidos en su selva de tubos, drenajes y aparatos, y varios órganos se

negaban a funcionar, por cuya razón debían alimentarlo con un suero que hacía que le salieran bultos en las partes más extrañas del cuerpo.

Joni se interrumpió. Con suavidad, apoyó la barbilla redondeada en los brazos, que había cruzado sobre la mesa.

—Pero sigue vivo, ¿no? —resumió él, tendiendo indeciso una mano por encima de la mesa para colocársela en el hombro. Cuando ella la sintió, la furia hizo que saltara como un resorte.

—¡Sí, sigue vivo! —chilló.

De una patada tiró la silla hacia atrás y se levantó.

—Joni... —dijo Tineke.

—Sigue vivo, pero no le dan muchas posibilidades, gilipollas. Tiene septicemia y neumonía. Ese hombre está a dos pasos de la muerte. Y todos están hechos polvo, todos en esa familia están hechos polvo. Pero tú crees que las cosas nunca son para tomárselas tan a la tremenda.

—Eso no es lo que piensa Aaron —dijo Tineke negando con la cabeza, intentando apaciguar la situación—. Es terrible que le haya pasado esto precisamente a él, tan poco tiempo después del divorcio. Primero lo ponen de patitas en la calle de un día para otro y ahora esto.

Echó un vistazo al jardín con cara de preocupación, estirando la barbilla por encima de la papada, y no se detuvo hasta que su mirada se posó en él... inquisitiva, le pareció a Aaron.

—¿No era Ennio el que se follaba a sus dependientas? —preguntó Aaron.

Se produjo un silencio cargado.

—Es lo que se dice por ahí.

Joni se sonó la nariz con papel de cocina, lo tiró hecho un gurrño sobre la mesa y clavó la mirada en el jardín.

—Hay personas —prosiguió Aaron— que ante un caso así dicen: «Ha sido un castigo divino». Pero eso nunca me lo oiréis decir a mí.

Sus comentarios cayeron del cielo como excrementos de gaviota, de eso sí se dio cuenta, pero le produjo cierta satisfacción. La falta de sueño lo volvía lúcido, e «insomne» también podía traducirse como «vigilante». Ese Ennio era sencillamente un cerdo. Cada año tenía una estudiante recién llegada de primer curso entre sus chutneys.

—Si fueras mi hijo, te daría una bofetada —soltó Tineke.

«Pero no lo soy», pensó él. Junió el último bocado de arroz y salsa, se lo llevó a la boca y dijo:

—Bueno, tengo que irme. El yudo me llama.

Cuando alrededor de la medianoche Sigerius y él regresaron a la granja, molidos, Joni ya estaba en la cama. Un halo de ira emanaba de su figura dormida.

Se acurrucó con cuidado junto a ella, preparado para otra noche de insomnio. Había sido la primera vez que estaba a solas con Sigerius desde la escenita de la mesa, y pronto se dio cuenta de que seguía lleno de resentimiento. Mientras estaban sentados al borde del tatami hablando sobre los *katas*, Sigerius le había preguntado si Joni le había comentado algo sobre «ese asunto». «¿Te refieres a lo de ese tal Ennio? ¿O al plan de irse a California?», había respondido él fingiendo ingenuidad. «No, no...». Sigerius se refería al follón con Wilbert, «ya sabes, en la mesa, el rollo sobre mi hijo». Le dijo que habían hablado brevemente del asunto y que Joni le había contado parte de lo que había ocurrido, aunque llevaban unos días sin comunicarse demasiado. Ése era un asunto entre padre e hija, le había asegurado Sigerius, y no quería involucrarlo, no, pero tenía una pregunta: ¿Sabía Aaron por casualidad si Joni había contactado con Wilbert? ¿Habían hablado por teléfono? ¿Había visto algo que le hiciera pensar que así había sido?

No, él no sabía nada.

«De acuerdo, está bien». Sigerius no había querido saber nada más, «echemos tierra de por medio, hala, a trabajar», con lo que para él parecía estar todo dicho, pero para Aaron era justo entonces cuando todo empezaba. El asunto se había desenterrado, sobre todo ahora que volvía a yacer completamente espabilado al lado de Joni. Por un momento, dejaron de asaltarle fantasías aterradoras sobre sus escapadas con el vendedor de chutney; por un momento, dejó de preocuparse de Stol y McKinsey. Sin embargo, no se podía decir que se sintiera aliviado. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se inquietaba tanto Sigerius? ¿Por qué ella no le había contado lo más importante? La noche se extendía ante él como un potro de tortura cargado de tiempo. El miedo de Sigerius se había convertido en su propio miedo, ahora era él quien quería saber a toda costa si había hablado con ese criminal y, sobre todo, *por qué*. ¿De qué iba todo eso?

Mientras Joni dormía plácidamente a su lado, en su mitad, lo más alejada posible, o así se lo parecía a él, Aaron se dedicaba a imaginar los escenarios más escabrosos. Wilbert la había violado. No, habían mantenido una relación amorosa. Bonnie y Clyde. Durante años había ido a visitarlo a la cárcel; una horita semanal de arrumacos en un cubo de cristal blindado. Por algún lugar correteaba un niño de ambos, ella lo había parido o, si no, había tenido que abortar... Y así se precipitaban sus pensamientos, se agolpaban, cada vez más

rápidos, cada vez más desbocados, hasta que el campo electromagnético fue lo bastante intenso como para despertarla. Abrió los ojos de golpe, asustada. Allí estaba, haciendo ruiditos con la lengua y jadeando, dejando atrás sueños que él sólo podía conjeturar. Encendió la lámpara de la mesilla y palpó con una mano en busca del reloj. «¡Joder!», dijo. Sólo entonces miró a un lado. Él estaba sentado, con la espalda desnuda apoyada en el cabecero. La mirada que le lanzó ella fue... indescriptible. ¿Qué contenía esa mirada? ¿Frialidad? Desdén, censura. ¿Odio? La ira había fermentado y lo que él percibía ahora era... repugnancia.

Sin embargo, consiguió pronunciar una frase completa.

—Joni —dijo con una voz gutural—, ¿te ha llamado Wilbert?

Ella se incorporó, peleándose con las sábanas, y lo miró con extrañeza. Esbozó una sonrisa despectiva, y por un momento él esperó una respuesta, pero ella dio media vuelta negando con la cabeza y, apartándose de su lado, esparció su cabello rubio en la almohada y dijo:

—Que descanses, capullo.

Él ya podía entrar en casa. «De vuelta al hogar», dijo con alegría después del último desayuno en la granja. Y sin mediar palabra, como si fuera lo más natural del mundo que Joni lo acompañara, cargaron sus cosas en el Alfa Romeo y salieron por el Langekampweg. Él iba al volante y Joni a su lado con la jaula de los conejillos de indias en el regazo. La mañana resplandecía de azul intenso sobre el campus. Recorrieron en silencio la Hengelosestraat. Él ya se conocía esa clase de peleas y sabía exactamente cuánto iba a durar.

No les gustaban las riñas. Los dos aborrecían los enfados prolongados. Claro que habían tenido muchas discusiones antes, incluso de las que terminan con un portazo, pero eran incidentes que ocurrían cada vez con menor frecuencia, a medida que aprendían a evaluar las debilidades y los mecanismos de ignición mutuos. Joni odiaba las peleas, era demasiado eficiente como para perder el tiempo en ese tipo de cosas; ella siempre buscaba el camino más corto hacia el éxito, que no consistía obligatoriamente en triunfar o en tener la razón a toda costa, como para él, sino en alcanzar una posición que le procurase alguna ventaja. A ella las trifulcas le parecían «¡impro-duc-ti-vas!», le había gritado a la cara con la suficiente ironía durante una discusión agotadora que se había salido de madre.

Al llegar a su calle recorrieron con la mirada los tabiques de madera, una empalizada de un metro ochenta de color amarillo pis que cerraba el

vecindario, a lo largo del Lasondersingel y girando en el cruce de la Blijdensteinlaan.

—Igual que el pueblo de Astérix y Obélix —comentó él—, sólo que menos invencible.

Ella no rió.

Él simplemente se desinfló. Prefería, si era posible, evitar los enfrentamientos; para él, pelearse con Joni era sinónimo de riesgo. Llevaba cuatro años diciendo a sus amigos que Joni sería la madre de sus hijos. Y para evitar que ese proyecto se fuera al agua, hasta ahora había conseguido deslizarse junto a ella de puntillas.

Desorientados, recorrieron el sendero hacia la puerta de entrada; la llave que le había entregado el ayuntamiento encajó sin esfuerzo en la cerradura de cilindro.

—De momento deja los conejillos de indias en el recibidor.

Trozos de cristal. Había oído hablar hasta la saciedad de la onda expansiva, un Atila invisible que había recorrido las calles que rodeaban Roombeek, arrasándolo todo sin saltarse un solo domicilio; sin embargo, se quedó estupefacto. Toda la planta baja, que tras quince días en Langekampweg parecía pequeña, estaba sembrada de esquirlas, cascotes, polvo y escombros. En la mesa del comedor, en los asientos de las butacas, en los centímetros sin cubrir de las baldas de sus librerías, en el mando a distancia, en los alféizares de las ventanas de delante, de las que una había caído en combate, en el fregadero, en los armarios, por todas partes había cristales. El ayuntamiento había tapiado con paneles de madera la puerta corredera acristalada, que había volado en pedazos.

—Doble cristal —ironizó él—, qué detalle.

Desorientados, estuvieron recorriendo la reverberante sala casi un cuarto de hora, y Joni seguía sin decir palabra. Los únicos guantes de goma que Aaron encontró en el armario del fregadero se los dio a ella; él se puso los de invierno. El deshielo comenzaría al cabo de una hora más o menos, calculó. Él recogió los cristales de los alféizares con la aspiradora. Ella metió los trozos en bolsas de basura, en silencio. Él recogió los dos platos del desayuno que habían dejado en la mesa la mañana de la boda y se los llevó a la cocina. Cuando pasó por delante de ella, le enseñó una rebanada de pan mordida con vidrio.

—¿Un bocadito? —le ofreció.

—¡Para ya! —chilló ella, y le apartó el brazo con un golpe furioso.

El plato salió volando por los aires y cayó con estrépito haciéndose trizas.

Él estalló, la agarró del mentón, apretó con fuerza y siseó entre los dientes:

—¿Qué pasa contigo y con ese puto Wilbert?

—¡Suéltame!

Él la apretó más fuerte; la saliva de ella le recorría la mano.

—¡Vamos, desembucha! —rugió él.

En lugar de responder, ella gruñó rabiosa, y él la apartó de un empujón.

—¡Estoy harto! —gritó—. ¡Harto de las verdades a medias! ¡Cuéntame de una puta vez lo que pasa!

Vio en sus ojos, abiertos de manera poco natural, que su arrebató la había asustado. La altivez había desaparecido de su rostro. Ella se dejó caer en la butaca que estaba más cerca de la puerta corredera destrozada, pero al notar los cristales que cubrían el asiento se levantó dando un respingo y maldiciendo.

—Date la vuelta —dijo él.

Para su sorpresa, ella obedeció. Con la mano abierta, le sacudió los trozos de vidrio que se le habían quedado pegados en el culo. Para sacar los fragmentos más pequeños del tejido de algodón de la falda tuvo que ponerse en cuclillas. La singularidad de la operación hizo que el ambiente se distendiera un poco, y al parecer también ella se relajó, porque antes de terminar le dijo:

—De acuerdo. Escucha.

Y suspiró hondo, pero guardó silencio.

—Estoy escuchando —dijo él.

Pasó un momento antes de que ella hablara.

—No quiero que se lo cuentes a nadie. Nunca. Lo que voy a decirte ahora es... No estoy orgullosa de ello, digámoslo así.

—Muy bien —convino él, preocupado pero ansioso—. Habla. Te habías quedado en lo del juicio.

Como ya no tenía más cristales, le puso las manos en las caderas, con los pulgares en los flancos de las nalgas.

Ella se dejaba hacer.

—Siem quiso que testificara ante el tribunal —dijo, directa y concisa de pronto—. Quería que declarara a toda costa que había oído lo que había ocurrido en el cuarto de baño. Que había salido al pasillo y había oído toda la escena. Los sonidos. Lo que se habían dicho. ¿Lo entiendes ahora?

Él se limitó a apretarle levemente las nalgas con los pulgares.

—Siem me exigió que acusara a su propio hijo, a mi hermanastro. Con quien no hacía ni una semana había estado paseando a caballo por el parque Rutbeek. Quería que lo... jodiera. Con un testimonio falso.

A Aaron el verbo «joder» se le atragantó y le dio un empujón en el culo. Ella dio un paso adelante.

—Estupendo —dijo él—. A eso se le llama coger el toro por los cuernos.

—¡Cabrón! —exclamó ella, y dio una patada a la butaca.

—¿Por qué? Ese chaval tenía que largarse. Tu padre tenía toda la razón del mundo.

Para su sorpresa, ella mantuvo la calma, cogió la aspiradora, la encendió y limpió el asiento de la butaca. Al terminar, susurró:

—La bolsa está llena.

Dejó caer el tubo y se quedó mirándolo.

—Aaron, intenta ponerte en mi lugar. Aunque sea por una sola vez. Di un falso testimonio. Contra mi voluntad, traicioné a un chico que me caía bien. Frente a un tribunal. Delante de él. Cometí perjurio en su presencia. Él me estaba escuchando, lo sabe.

—¿Y luego?

—¿Y luego? —repitió ella enfadada—. ¿Qué crees tú que pasó luego? Le cayeron diez meses. Por culpa de mi mentira. Por los tejemanejes de Siem. ¡Eso fue lo que pasó luego!

Él asintió con la cabeza.

—¿Te ha llamado Wilbert?

Ella iba a contestar, de nuevo llena de rabia, pero en ese instante le sonó el móvil. Mientras buscaba el aparato en el bolsillo de la falda, dijo con calma:

—No. Lo llamé yo. Hemos quedado.

Tras coger la llamada, se quedó escuchando tensa con el teléfono en la oreja, luego levantó una mano hacia él como un agente de tráfico y desapareció en la cocina. Cerró la puerta con un retumbo. ¿Con quién estaba hablando? La siguió con rapidez y vio por la ventana que andaba hacia el fondo del jardín, totalmente descuidado. No se oía lo que decía. ¿Hablaban con ese criminal?

En la calle reinaba un silencio extraño. Aaron necesitó un rato para darse cuenta de que no se oían pájaros. La fauna se había largado de Roombeek. Y él había huido de la casa para calmarse. En la mesa había dejado una nota

diciéndole que había salido a comprar bolsas para la aspiradora y algo de comida.

Quería pedalear hasta la Roomweg, donde había una pequeña tienda de artículos para el hogar frente a un puesto de patatas fritas, pero en cuanto vio la empalizada comprendió que la tiendecita ahora sólo existía en su memoria. Así que ella había quedado con Wilbert... Pasó por el Rijksmuseum, cruzó el Lasondersingel y se adentró en el barrio residencial que había detrás. ¿Debía ponerse celoso o preocuparse? En cuanto hubo dejado atrás la escuela de primaria de la Deurningerstraat, dobló a la izquierda y bordeó el ahora llamado «Monumento de las Flores», un pequeño jardín repleto de ramos envueltos en celofán en memoria de las víctimas. ¿Por que él era incapaz de sentir compasión?

Con una leve sensación de malestar, pasó por casa de Blaauwbroek y echó un vistazo por la ventana de la sala, pero no vio a nadie. Cruzó las vías del tren, pedaleó por el centro y siguió por la Langestraat hasta el supermercado Hema. ¿Se habría volatilizado del todo su capacidad de sentir empatía? ¿Era por culpa de esos celos patológicos, una esencia tenebrosa de la que no era consciente y que influía en su visión de las cosas, incluso de los hechos más serios?

Pagó las bolsas para la aspiradora, un trozo de queso y seis panecillos, y se dirigió, andando con la bici en la mano, a una tienda de lencería en el pasaje Haverstraat. No fue casual del todo que pasara por delante de la tiendecita de Ennio. En la puerta rojo oscuro había una nota: «Cerrado hasta nuevo aviso». Se detuvo ante el escaparate profusamente decorado y examinó una torre de potes: mostaza Colman's Original, tarritos minúsculos de mermelada de naranja Wilkin & Sons, frascos alargados de chutney Mrs. Ball's Peach, apilados de tal manera que la construcción parecía un hombrecito. Encima había colgado un bombín con hilo de nailon apenas visible, y al lado, en diagonal, un bastón de paseo. Se imaginó a Ennio trajinando encogido tras el escaparate, y decidió que era imposible que Joni pudiera haber tenido sexo con alguien que se inventaba semejantes gilipolleces y, encima, las materializaba.

¿Era demasiado celoso? ¿Debía resignarse? ¿Existía la posibilidad de que estuviera exagerando? Stol, Ennio, Wilbert, presente, pasado y futuro; dale que dale, follar, follar y follar. Tres tipos que le quitaban el sueño y le estaban enseñando algunas cosas sobre Joni... ¿O sobre él mismo?

Continuó andando y entró en la tienda de lencería. Como mucho al día siguiente debían hacer una nueva serie de fotos. Tal vez encontrara algo con

lo que demostrar su buena voluntad. La señora mayor que había tras el mostrador lo saludó con un gesto de la cabeza. De una estantería repleta, eligió un corpiño negro de tul transparente con unos bordados rojos en las copas, y en una caja de plástico encontró unas medias negras de reddecilla que, en opinión de la mujer, le quedarían de maravilla a la señora. Debían volver al trabajo, dejar las discusiones a un lado, y ya está. Se montó en la bicicleta y regresó al cráter, pensando con qué palabras le propondría subir al desván para cambiarse. Después de varias semanas, empezaba a sentir algo parecido a la excitación sexual.

Por segunda vez ese día, entró en su casa como si fuera la cosa más normal del mundo, pero esta vez estaba dispuesto a que se reconciliaran.

—¡Hola! —dijo al entrar en la sala.

Ella no respondió. Quizá todavía estuviera hablando por teléfono. Recorrió la sala, miró hacia el jardín por la ventana de la cocina, pero Joni no estaba allí. Volvió al recibidor y, contra toda lógica, dio unos golpecitos en la puerta del cuarto de baño.

Sonrió. ¿Habría tenido ella la misma idea que él, el viejo elixir de la reconciliación, y estaría en el desván? ¡Quién sabía! Quizá la conexión telepática había sobrevivido a la tormenta. Subió por la escalera y miró por el pasillo, donde comprobó que la escalera plegable seguía recogida. La trampilla del desván estaba cerrada a cal y canto. El candado cobrizo lo miraba impertérrito. La casa estaba vacía. Por la ventana del cuarto de baño vio que la bicicleta de Joni, que se había quedado allí desde el día de la boda en Zaltbommel, ya no estaba apoyada en las coníferas.

Desilusionado, bajó la escalera haciendo mucho ruido. Como había dejado encima las bolsas de la aspiradora, no vio la notita en la mesa del comedor hasta un par de minutos después. Debajo de su propia letra se leía la de ella.

Su reacción al leer la nota no fue la esperada teniendo en cuenta su carácter, la situación, el miedo profundamente arraigado a perderla, aunque sí fue la esperada desde un punto de vista patológico, porque cuando meses más tarde describió a Haitink su comportamiento, ella empezó a negar con la cabeza enérgicamente, como un péndulo que se balanceaba sobre el terreno de su psique. Él le contó que su conciencia no se había encogido hasta convertirse en una bola pequeña, dura y pesada de remordimiento, como habría cabido esperar y suponer, sino que se expandió hasta convertirse en un universo de rabia y celos.

—¡Joder, joder, joder! —gritó—. ¡Putas arpías de mierda! ¡Será zorra! ¡Maldita llorona!

Los tres minutos siguientes se dedicó a romper y hacer pedazos la caja de cartón que contenía las bolsas de la aspiradora, golpeándola contra el borde de la mesa del comedor, y acto seguido rompió e hizo pedazos cada bolsa por separado. Cuando el sudor había empezado a gotearle por la frente, cogió la nota de entre las trizas de papel, la arrugó y se la llevó al lavabo. Se meó en ella. Pero antes de tirar de la cadena, la repescó de entre su propia orina («Aaron —le había dicho Haitink—, intenta descubrir, por tu bien, por qué lo hiciste») y leyó por segunda vez lo que le había escrito:

Aaron, tengo una buena noticia para ti: acabo de enterarme de que Ennio ha muerto. Por lo demás, me alegro mucho de que vuelvas a tener casa, porque de momento no quiero verte más la cara. No me llames. Joni.

Ahora que por fin hay más tranquilidad en el campus —los últimos exámenes del curso han terminado, una gran parte de los miembros del Departamento de Dirección ya ha abandonado el país en caravana o en avión, y cuando por la mañana se dirige en bicicleta al rectorado le parece que Tubantia está como en sus pesadillas: a punto de desaparecer—, hace una excursión de reconocimiento a La Haya. Le gusta viajar en primera clase. En la mesa más apartada del jardín del restaurante Dudok, come con Frederik Olde Kannegieter, que ha pasado buena parte de la mañana en el Ministerio de Finanzas. Apenas disponen de una hora para hablar de cómo, según Kannegieter, funcionan las cosas en un consejo de ministros que dentro de poco deberá dar su aprobación al nombramiento de Sigerius. Se conocen de Boston, donde Kannegieter había llegado a impartir, por recomendación suya, un curso de Teoría de la Decisión. Se pasaron tardes enteras trabajando juntos en su despacho del MIT en un artículo sobre el problema del viajante, un texto que por razones que se le escapaban nunca había sido publicado. Luego Kannegieter se convirtió en rector de la Universidad de Groninga, estuvo un tiempo en el consejo de dirección de KPN, la compañía de telefonía nacional, y desde hacía unos cinco años era presidente de la Oficina Central de Análisis Económicos.

«Acéptalo —le había dicho una semana antes por teléfono, tras contarle Sigerius que habían estado tanteándolo—, acéptalo». Y, adulator, había añadido: «El Ministerio de Educación, Cultura y Ciencia necesita con urgencia un ministro competente, alguien cuya visión de la educación se base en la experiencia, pero que al mismo tiempo sea un tipo con valor, que se atreva a abrir caminos nuevos». Sigerius había expresado sus dudas acerca de la brevedad del plazo, que no llegaba a dos años: «¿Qué es un año y medio, Frederik?», pero de eso Kannegieter no quería oír hablar; los gobiernos siempre podían caer cuando menos te lo esperabas, uno nunca estaba seguro de cuánto tiempo iba a vivir en La Haya. («La Haya, Frederik, no es

Zoetermeer. ¿A quién se le ocurre construir un ministerio en ese rincón perdido?»). «Aprovecha la ocasión», le había dicho Kannegieter. «Tú sí que siempre aprovechas la ocasión, viejo buitres», había pensado él. Cuando Olde Kannegieter te aconseja no aprovechar la ocasión, significa que él mismo tiene la intención de aprovecharla.

Por supuesto que Sigerius va a presentar su candidatura. Sopesa detenidamente ambas posibilidades: la vida agitada en ese escaparate que es La Haya, o el confort de una granja en las lindes de una universidad de provincias donde ya ha dado todo lo que tenía que dar. Regresar a su propio instituto o, peor aún, a la facultad, es algo que no entra en sus planes. Ha estado pensando en Estados Unidos; Estados Unidos siempre es una opción. En Princeton lo reclaman, allí podría ser catedrático, pero no quiere engañar a nadie: hace unos diez años que sus habilidades matemáticas empezaron a decaer. Además, tiene que admitir que un cargo público es algo que lo motiva mucho y, bueno, también el poder.

Entretanto, Kruidenier parece duro de pelar, y sobrevive a una moción tras otra. La intuición de Sigerius le dice que el paso del tiempo no juega a su favor y ésta ha sido la razón por la que ha llamado a Kannegieter y le ha insistido en este encuentro. Entre bocado y bocado de sándwich triple se preguntan sobre sus respectivas familias, él responde a lo que Kannegieter quiere saber acerca de la situación en Enschede y finalmente entra en materia.

—El problema es —dice Sigerius despacio— que el primer ministro tiene a su propio candidato en la cabeza. Kok no quería a Kruidenier, fue una imposición del D66. Cuanto más tiempo tenga el primer ministro, más posibilidades habrá de que sea él quien proponga a alguien de su elección. A no ser que tal vez, he pensado, y por eso voy a pagar ahora mismo tu comida, Frederik, a no ser que hagas uso de tu influencia.

—¿Y tú crees que Wim me va a escuchar?

Su amigo se ha quitado las gafas enormes que lleva y las limpia con una pequeña gamuza dentada de color mostaza.

—Sinceramente, sí, sin duda.

Kannegieter no es sólo el maestro de los números en el gabinete, el hombre que irrumpe en la Torrecita, es decir, el despacho del primer ministro, con predicciones sobre las tasas de crecimiento del PIB, sino que también es un miembro destacado del Partido Laborista, el del primer ministro, un ideólogo que participa en la elaboración de un nuevo programa político, que le susurra el discurso a Kok cuando es necesario llegar al corazón de la gente trabajadora. Cuando el primer ministro cae en algún conflicto ideológico,

Kannegieter recoge ese conflicto y se lo lleva en bici a la Fundación Científica Socialista Wiardi Beckman.

El hombre examina los cristales de sus gafas a la luz del sol.

—Yo también lo creo, sí —dice—, yo también.

Vanidad fingida, ironía sarcástica; en Boston ya era su fuerte. Sigerius recuerda la recepción que había organizado un químico para celebrar su Premio Nobel; estaban en un grupito con un norteamericano que no dejaba de preguntarse si deshacerse o no de un fondo de inversión. «Vosotros sois matemáticos, ¿qué pensáis al respecto?», les había preguntado. «Yo tengo un consejo —respondió Kannegieter muy serio—. Pero sólo es válido para dólares complejos en un espacio de Hilbert de dimensiones infinitas».

Por unos minutos se quedan mirando en silencio a un camarero con un delantal naranja que está colocando una bandera con un león neerlandés en la fachada del Dudok.

—¿A qué hora empieza esta velada horrible? —pregunta Kannegieter.

—A las nueve menos cuarto es el pistoletazo de salida.

—Siem, te lo diré de otra forma. Estuve con Wim hace un par de días y hablamos de ti; él fue quien te puso sobre el tapete, por decirlo de algún modo. Como científico te tiene en un pedestal, créeme, y también te considera un buen gestor; lo único es que no sabe cómo presentarte políticamente, y por eso sigues siendo una apuesta arriesgada, claro.

De la boca de Kannegieter sale despedido un trocito de tocino. Tras describir una parábola, va a parar al borde del plato de Sigerius.

—Como me lo preguntó, le hablé de nuestra época en Boston, del trabajo que hicimos juntos, de las matemáticas, cómo no; pero también de nuestra amistad, Siem, de las excursiones en familia, de cuando los niños se quedaban a dormir en casa del otro... De hecho, un hombre como él sólo quiere saber si puede confiar en ti. No te preocupes demasiado.

En la cabeza de Sigerius sucede algo que parece ser recurrente las últimas semanas: en una fracción de segundo, el cielo se cubre de nubes. Los halagos de Kannegieter no lo tranquilizan, ni siente agradecimiento, en realidad lo ponen de mal humor, con una agresividad latente, ese tipo de discurso no le interesa en absoluto, le cae encima como una marea viscosa de indiferencia, y debe contrarrestar activamente sus neurotransmisores para no estallar. ¿«Amistad»? La prodigalidad y la generosidad que cruzan, al abrigo de sus palabras, la barrera de educación de los labios de Kannegieter es verdaderamente insoportable. Se miran un instante. ¿Qué queda de su «amistad»? ¿De esa relación tan estrecha y amistosa de hace unos años?

¿Cómo de unidos habían estado en realidad? Sí, claro, se encontraban a ciegas en las abstracciones etéreas de su trabajo, dos o tres veces al día uno se acercaba al despacho del otro para discutir, con emoción en los ojos, sobre álgebras unitales con predual. «¿Qué te parece, Fred, son únicos? Como espacio de Banach, me refiero, ¿o no siempre? Dejando aparte la isomorfía», y así durante horas y, claro, eso estaba muy bien. Pero ¿amistad? «¿Cuántas veces hemos hablado desde entonces, Kannegieter? ¿Qué sabemos el uno del otro?».

El hombre sentado frente a él esperaba otra reacción; entre el pulgar y el índice aprieta el cristal derecho de las gafas y lo frota sin cesar. La situación es embarazosa. ¿Qué pasaría si Sigerius le hiciera una confesión sincera? Así, sin más, bum, algo que lo preocupe de verdad, un auténtico problema. Por ejemplo: «Frederik, escucha, tengo miedo de que mi hija mayor esté prostituyéndose en internet». Le sudan las manos sólo de pensarlo. Es inconcebible. En algún lugar, tras la verja que los separa de la plaza Buitenhof, un coche toca el claxon, y durante un segundo los dos miran a la pared de hojas.

—Gracias, Fred —dice distraído—. Valoro mucho lo que estás haciendo.

Después de pagar, rodean el Hofvijver, el estanque del Parlamento, en dirección a la plaza, donde el chófer de Kannegieter está comiendo un sándwich en una terraza. El ambiente se nota enrarecido. Y ellos se despiden.

Sigerius se adentra por la Korte Houtstraat, hace viento, y, para matar un cuarto de hora, hurga un poco en la sección de *jazz* de *Plaatboef*, una tienda especializada en vinilos. ¿Sabe él realmente lo que es la amistad? ¿Conserva relaciones que podría decir sin dudarle que están unidas por lazos de amistad? Mientras se dirige lo más despacio posible al Ministerio de Sanidad, repasa mentalmente su agenda del día. Parece un hombre de colegas, con contactos presentados en bandeja de plata, pero en realidad elige compañeros de entrenamiento, contrincantes con los que competir. El otro es la vara de medir, la piedra de afilar.

Pasa por debajo de una puerta de arquitectura posmoderna y cruza el patio interior del ministerio. «Yo soy un egoísta —le había dicho Menno un día, camino de un torneo en Düsseldorf—, y tú también, Siem. Los de nuestra calaña somos unos solitarios. No tenemos amigos».

En el mostrador de recepción del enorme edificio de ladrillo rojo le dan una tarjeta de identificación. Sube en el ascensor hasta la quinta planta y sale

a un pasillo revestido con láminas de madera clara. Se pasa unas diez horas a la semana en reuniones. Pero ¿hablar? ¿Con quién coño puede hablar? Se detiene ante uno de los ventanales y se queda mirando los frontispicios escalonados de las torres principales hasta que dan las dos en punto.

El despacho de la ministra, que es también la vicepresidenta del gobierno, es luminoso y tiene el mismo revestimiento de madera que el pasillo. El escritorio de cristal está vacío y es la mitad que el suyo de Twente. Lo recibe con actitud cordial, con ese halo distraído que para él es característico de las personas que ocupan altos cargos. Se conocen de los apretones de manos obligados en los congresos del partido, donde ella es la presidenta. Sigerius quiere que presione al consejo de ministros, especialmente a Kok. La conversación es fluida, se pasan casi dos horas hablando. Ella está «loca de contenta» con su buena disposición y lo felicita por los artículos de opinión que ha escrito sobre la educación superior. «Ya no nos podemos permitir un nombramiento desafortunado», dice ella. Discuten algunos temas difíciles, él opina y ella menciona los puntos conflictivos y los comenta con inteligencia. De vez en cuando, él se mete la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y raspa con el pulgar los dientes rugosos de la llave.

La estación de La Haya Central está llena de grupos de aficionados de la selección holandesa de fútbol vestidos de naranja y cantando a voz en cuello. Sigerius tiene que correr para llegar al tren de las cuatro y seis. Cuando se baja dos horas y media más tarde en Enschede, va a una cabina telefónica y marca el número de casa de Aaron. Deja que suene hasta que el tono se transforma en la señal de comunicando. Después llama a Tineke con el móvil.

—Estoy en la estación central de La Haya —le dice—, al final veré el partido en casa.

—Estupendo —contesta ella con esa voz agradable y familiar—, a Janis le encantará. ¿Qué tal te ha ido?

—Ha sido útil. Frederik te envía recuerdos. Ha hecho lo que estaba en sus manos.

—¿Quieres que te deje comida?

—Sí, por favor. Ahora tengo que subir al tren.

—Buen viaje, cariño.

Sigerius sale de la estación. Delante de la librería Bruna, un muchacho de rizos, con el pelo mojado y una bolsa de viaje, lo saluda con la cabeza. Él le

devuelve el saludo sonriendo, siempre hay que devolver los saludos sonriendo, y decide coger un taxi.

Carraspea, y dice:

—A la Vluchtestraat.

El Mercedes se desliza como una raya por las calles llenas de guirnaldas naranja. Los niños han pintado las vallas con dibujos también naranja. Va dejando atrás hileras de casas de ladrillo rojo oscuro, que retiene el calor del día, y ventanas abiertas con mosquiteras. Aún faltan unas horas para que empiece a caer la noche. La calle de la que Joni y Aaron habían salido cargados con el equipaje cinco días atrás está plagada de banderines y globos naranja, como si allí nunca hubiera estallado nada. Enschede es una salamandra que ha perdido la cola.

Le dice al taxista que pare al principio de la calle, le paga y saca la llave antes de bajarse. Respira hondo una vez y se dirige sin demora a la Vluchtestraat. Primero pasa por delante de una especie de residencia de enfermeras, luego cruza la calle vacía en diagonal y se adentra apresuradamente por el sendero estrecho del jardín hasta la puerta de Aaron. Si llama al timbre, por pura formalidad, lo oirán los vecinos. No, debe hacerlo como cuando uno se arranca una tirita, de un tirón. Con la respiración contenida, introduce el acero inmaculado en la cerradura. Se niega a girarla. Saca la llave y la encaja sólo un poco, a la derecha, a la izquierda, suavemente, mientras el sudor le humedece los dedos.

La última semana que los dos estuvieron durmiendo en la granja, Aaron llevó una llave nueva. Mientras escuchaba lo que les contaba el novio de su hija —el ayuntamiento había puesto cerraduras nuevas en todas las puertas que habían sido forzadas—, Sigerius se fijó muy bien dónde la guardaba: en el llavero dentro del bolsillo de su chaqueta de verano, una americana de pana que colgaba todas las noches en una percha del armario ropero, junto a la puerta de entrada. Esa noche Sigerius se quedó solo en el salón y esperó a que todos durmieran para coger el llavero de la chaqueta de Aaron. Dentro del cuarto de baño sacó del aro la única llave que parecía nueva, sin usar, y al día siguiente le encargó a su secretaria que hiciera una copia en un Mister Minit.

¿Se había equivocado de llave? Si fuera supersticioso habría reconocido al instante un aviso del destino. («Te estás equivocando, vete a casa, olvídale todo»). Se seca las manos en el pantalón y mira alrededor. («Nunca hay que mirar alrededor»). Al segundo intento, el cerrojo se abre con suavidad.

Sigerius entra en el recibidor y cierra la puerta. Pasa un minuto largo antes de que perciba el silencio por encima de los latidos de su corazón. Percibe

también un vago olor animal. Respira profundamente y se pregunta si debería cerrar la puerta con llave. ¿Y si se cuele una vecina para llenar la regadera? Se imagina su reacción: está buscando los papeles del seguro, lo llamó su yerno, que está de vacaciones, no habrá problema, sólo será un momento.

En la escalera pintada de blanco hay un montón de trapos de cocina, un peldaño más arriba un par de zapatillas deportivas. Tiene que subir, pero antes abre la puerta que da a la sala para mayor seguridad. Es pequeña y está llena de polvo; se siente torpe, como si fuera a tirarlo todo. En la mesita de café, alrededor de la cual una vez al año se reúnen todos para comer pastel de frutas, hay unas raquetas de bádminton y un estuche lleno de volantes. Frente al televisor, un sofá de diseño tapizado de violeta, dos butacas iguales con forma de concha, dos torres de altavoces que Aaron y él habían ido a comprar juntos a Münster y un viejo tocadiscos Dual con una pila de elepés de *jazz* al lado que Sigerius reconoce como suyos. La fascinante pared cubierta de libros le arranca una sonrisa, pero es una sonrisa nerviosa. Con el rabillo del ojo izquierdo atisba un gran rectángulo oscuro con los bordes ribeteados de luz: las cortinas que dan al jardín están corridas. Algo empieza a zumbar. ¿El frigorífico? Las cortinas que dan a la calle sí están descorridas, por desgracia; una mujer marroquí que empuja un carrito de niño por la acera delante de la casa se lo queda mirando. «Sonreír y saludar», siempre. Tras ella, un edificio bajo de apartamentos, y un poco más atrás, la empalizada que rodea Roombeek. Se le para el corazón: alguien baja por la escalera haciendo ruido, bam, se cierra una puerta... ¿En casa de los vecinos? Hay que mantener la calma. Francia está muy lejos. Se las ha ingeniado muy bien para mandarlos fuera del país.

«Aquí tenéis mil quinientos florines, largo. Que lo disfrutéis, relajaos. Solucionad vuestros problemas». Entra en la cocina y coge un vaso de la encimera, lo llena de agua del grifo y lo vacía tragando ruidosamente. Había sido una solución de emergencia; él habría preferido esperar tranquilo a que se diera la oportunidad. La ocasión de usar la llave se presentaría por sí sola, porque esos dos se van de vacaciones cada dos por tres. De hecho, se preguntaba de dónde sacaban tanto dinero. Pero entonces Tineke le había contado que no estaba el horno para bollos. Era una crisis grave. La ruptura se veía venir. Tineke había ido al entierro de Ennio, una ceremonia triste, no muy concurrida, y había esperado encontrarse allí a Joni con Aaron, pero su hija había acudido sola. Cuando terminó, en el salón de recepciones, Joni le había contado la pelea con Aaron y que ella tenía sus dudas de que las cosas entre ellos fueran a arreglarse.

Eso lo complicaba todo bastante más. De momento no se irían de vacaciones, y quizá ya no volvieran a irse juntos. Así que difícilmente podría colarse en casa del ex novio de su hija... La semana anterior, durante su último entrenamiento, hasta cinco minutos antes del inicio estuvo convencido de que Aaron no iba a presentarse, pero luego lo vio entrar como si nada en la sala pequeña y polvorienta. «Deja que sea él quien empiece», pensó. Echaron las colchonetas al suelo, charlaron sobre la Eurocopa, que estaba a punto de comenzar, y calentaron los músculos en silencio; luego realizaron ejercicios de suelo y practicaron unas *katas*, pero en todo ese rato no intercambiaron ni una palabra.

—Aaron —le dijo por fin—, ¿tú qué crees? ¿Se arreglarán las cosas entre Joni y tú?

—¿Has hablado con ella?

El calvo larguirucho se estaba poniendo el kimono con su cinturón negro.

—¿Has hablado tú con ella?

—No. No quiere que la llame. Y ya conoces a Joni.

«¿Que yo conozco a Joni? No me hagas reír».

—Lo estoy pasando mal, Siem.

Se quedaron en silencio un instante. Aaron parecía estar dudando, pero finalmente le contó que había quedado con Wilbert. Que se lo había sonsacado durante la última pelea.

—Pero, Siem, por favor —le dijo con voz ronca—, yo no te he dicho nada.

Mientras Sigerius se recuperaba de la noticia, le llamó la atención el aspecto tan demacrado de Aaron. En lugar de estar rojo por el esfuerzo del entreno, estaba gris como una huevera de cartón. Como si la piel fuera a desprenderse de su cara de un momento a otro y caer sobre el tatami como un saco de yute.

—Confío en que todo se arregle, Siem. Esto nunca te lo he contado, pero siempre he visto a Joni como la madre de mis hijos. Desde el primer día.

Sigerius asintió con la cabeza. Mataría dos pájaros de un tiro. Con un poco de suerte, podría impedir ese encuentro. Se empieza por aplazarlo y al final se olvida, como todo lo que se va retrasando.

—Aaron, muchacho —le dijo con la hipocresía que hasta la fecha reservaba para sus decanos—, me gustaría ayudarte. Lo que te digo ahora también se lo diré a Joni, te lo prometo. Estáis hechos el uno para el otro, y lo que acabas de contarme no es ninguna tontería. No quiero que lo echéis todo a perder. Han sido semanas muy confusas para todo el mundo en Enschede,

también para vosotros. Creo que deberíais ir de vacaciones. Juntos. Y tan pronto como os sea posible. Pago yo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con el labio inferior temblándole—. Te lo agradezco muchísimo.

El chico casi se desmoronó, y Sigerius disfrutó de ese momento. Respondió al agradecimiento de Aaron con una sonrisa paternal, pero en el combate posterior lo hizo sudar la gota gorda. Siempre habían sido unos fanáticos, y al final de los entrenamientos acababan luchando en serio. Pero ahora él estaba a tope. La presa, en imagen invertida; un agarre de la solapa izquierda para sembrar confusión; su muñeca firme contra la nuca ardiente y rígida de Aaron. Cuando empezaron a entrenar juntos, Sigerius podía derrotarlo con un solo brazo, literalmente; se dedicaba a sacudir el tatami con ese cuerpo larguirucho, provocando estruendos que resonaban de un modo terrible en una sala tan vacía. Pero a medida que Aaron había ido conociendo mejor su estilo y descubriendo sus trucos, su arsenal, la ventaja fue reduciéndose. La forma física del joven mejoraba, cada día se movía con más destreza y los veinticinco años de diferencia pesaban cada vez más. (Todavía recordaba la vez que Joni había ido a ver uno de sus entrenos; sentía curiosidad y no quería perderse. Hasta antes de su combate final estuvo sonriendo y haciendo muecas en el banco largo que había junto a las espalderas, pero cuando Aaron y él volvieron a soltarse un cuarto de hora más tarde, ya había volado. Estaba arriba, en la cafetería del polideportivo, hermosa, exultante, tomando una Coca-Cola *Light* con una pajita. «¡Increíble, menuda mierda de deporte! —gritó desde su taburete—. O me largaba, o ya me veía poniéndome en medio para separaros». «Pues aún no has visto nada», había pensado él).

Sigerius estaba desatado. Algo muy lejano acababa de reavivarse en él: su instinto asesino. Aaron le despertaba sed de sangre. Le generaba una hostilidad que, desde 1972, casi no había vuelto a sentir. El tatami era más grande que los de competición del Nippon Budokan y se dedicó a arrastrar al chico de un lado a otro por la vasta superficie de lona; lo tiró hacia abajo, le barrió los pies, hizo pequeños avances, pero el muy canalla volvía a luchar con osadía, y él volvía a agarrarlo e intentaba derribarlo. Peleaban sin tregua, los golpes que lanzaba a la cara interna de los tobillos de Aaron eran muy fuertes, y varias veces le sacó el kimono por encima de la cabeza sudorosa. «Te voy a dar bien, macarra». Agarrar, liberar, agarrar de nuevo, Aaron está desequilibrado, es el momento, *uchi mata*: había enroscado su pierna en la del chico, imprimiendo mucha tensión, lo había cargado sobre su cadera, cojea,

sigue tirando fuerte... No, todavía no, mejor dejar de presionar y cargar de nuevo. Sí, ahora. De repente, la sensación fugaz de flotar, por un instante el único contacto que mantiene con el tatami es el dedo gordo del pie de su pierna de apoyo. Aaron voló, no pesaba nada, zas, golpea fuerte contra el suelo. *Ippon*. Nota el olor del polvo que su presa ha levantado del tatami. Así tumbó en su día a Kiknadze, así hizo papilla a Maejima. Sigerius saltó a continuación sobre una pierna, la buena, la que era una pizca más larga, y mirando al techo describió un semicírculo triunfal.

—Vamos, hombre. Levanta.

Vuelve al recibidor. Sube por la escalera con pasos cautelosos, el aire se va enrareciendo con cada escalón que pisa. Esto lo hace en aras de la verdad. El descansillo tiene cuatro puertas grises. Una luz tenue, barata, entra por el cristal opalino de los montantes superiores. Sólo ha estado aquí una vez, años atrás, cuando su propietario les hizo el *tour* típico por la casa. Una de las puertas está entornada y en el borde superior cuelga un tendedero, con camisetas, calzoncillos, dos vaqueros... nada de Joni. Al fondo, un kimono de yudo, su kimono de yudo, el que le había prestado. Lo invade una oleada de afecto inesperada, la reserva de simpatía que siente por su familia. ¿Qué coño está haciendo aquí? Quiere conservar esa sensación, recuperarla en cualquier caso, quiere regresar a la época anterior a toda esa mierda.

Pero no es momento de tonterías. Detrás de la puerta está el dormitorio. Nervioso, inspecciona la cama deshecha; debajo del somier doble tapizado hay pelusas de polvo, una camiseta arrugada y un tapón para los oídos; detrás de las puertas del armario, ropa de hombre tal como sale de la centrifugadora. Un caos absoluto. Alarga el brazo para palpar los montones. Nada. En la mesilla de noche hay libros, más tapones para los oídos y un blíster de pastillas casi vacío que coge y examina brevemente: temazepam. Cuando da media vuelta, se encuentra cara a cara con su persona en un espejo de cuerpo entero; el lino gris claro de su traje de verano está arrugado por el viaje en tren y el bigote erizado como una tercera ceja. ¿Tiene siempre esa mirada tan... lúgubre? Un inútil disfrazado de empleado asalariado, con la sombra de la barba, que ya ha empezado a crecer, y los ojos negros profundamente hundidos, turbios y enrojecidos por la tensión. ¿A quién se parece? Se estremece al darse cuenta: a Wilbert, tiene un aire al muchacho cuando llegó a casa después de tres semanas de prisión preventiva. ¿Qué aspecto tendrá ahora su hijo después de seis años en la trena?

Sale al pasillo, echa un vistazo rápido al cuarto de baño, que está al fondo. El techo encima de la ducha tiene mohos, el tambor de la lavadora está abierto y hurga en el cesto de plástico que hay junto a la puerta: toallas, manoplas y, de nuevo, ropa de hombre. En la balda de plástico de encima del lavabo amarillento hay un frasco de loción para después del afeitado con forma de bloque; sin pensárselo, lo coge, le quita el tapón y se echa un poco en el cuello; es un olor denso que reconoce vagamente.

Sólo ahora cae en la cuenta de que la mayoría de las fotos fueron hechas en un desván, bajo un tejado inclinado. Sale al pasillo y observa por primera vez el techo: una trampilla marrón cerrada con un candado cobrizo. En una argolla que cuelga de la madera hay una cuerda corta que puede agarrar si estira el brazo. En el suelo hay dibujados dos resquicios rectangulares: las huellas de una escalera plegable. Empujas la escalera hacia arriba y, hala, el desván pasa desapercibido.

Y ahora, ¿qué?

Se pone a buscar nervioso las llaves. Primero peina los cajones de ambas mesillas de noche. Billetes de tren, tarjetas de visita, revistas, bolígrafos, suplementos de periódico amarillentos, blísteres de pastillas, cajas de pastillas, pastillas sueltas, una botella de ginebra Bokma por la mitad en uno de los cajones; el otro vacío, salvo por una bolsa de agua caliente y dos antifaces que cogió de Singapore Airlines para Joni. Levanta los libros de las mesillas de noche, después vuelve a palpar todas las baldas del ropero, en vano; baja a la planta inferior, saca lo que tiene un tacto duro de los bolsillos de las chaquetas en el perchero del recibidor, registra cuatro cajones caóticos de la cocina con olor a ajo, abre todos los armarios, toca, palpa, mira y encuentra, entre un bote de canela en polvo y un paquete de un kilo de sal, una llave Abus.

Sube por la escalera con el corazón desbocado. De un cuarto diminuto, con una tabla de planchar y una montaña de ropa que necesita un planchado, saca arrastrando una silla de madera y se sube. Durante todo el trajín siente una punzada en la pierna corta. La llave es demasiado grande. «Dios, no me hagas maldecir». Se baja de la silla, la coge por el respaldo y la golpea contra el suelo. Una de las patas se astilla con un crujido fuerte. Jadeando por el resentimiento, acerca la cara a la ropa limpia que hay en la repisa. El aroma fresco a detergente le inunda el olfato. «Tranquilo». Agarra su kimono de yudo y muerde la solapa rígida recién lavada.

Esta situación lo ha sacado de quicio y su agresividad está fuera de control, más de lo que quiere admitir. Toda la vida orgulloso de saber canalizar la rabia, ¿y ahora destroza a golpes un mueble inocente e indefenso? Hay que controlar la electricidad interna, es lo que aprendió de Geesink en Jansveld. Explotar en el momento justo es igual de complicado que contener la explosión. Uno ha de saber cuándo debe recurrir a esa mezcla embriagadora de concentración y salvajismo, y si decide recurrir a ella, ponerse los cables de la batería directamente en los músculos; alimentarse día tras día con una práctica inteligente de yudo, con agresividad pura, nada de reflexión, olvidarse del neocórtex, voltio y amperio, dejar que las corrientes de electrones hagan el trabajo. Aún recuerda con nitidez la primera vez que había explotado en el momento justo; fue también en Jansveld, así que debía de ser en 1962. Lo quiera o no, por un instante se encuentra en esa sala no demasiado grande encima de un garaje en el centro de Utrecht. Geesink ya era campeón del mundo y él estaba haciendo el servicio militar; tenía diecinueve años y era inmaduro; inmaduro e increíblemente ingenuo, igual que ahora.

Sólo llevaba medio año practicando yudo cuando una tarde los visitaron tres tipos del club Tun-Yen, un gimnasio de Ámsterdam. Él sabía que allí entrenaban chicos fuertes, pero lo que convertía en espectacular la visita no anunciada era que Jon Bluming pertenecía al Tun-Yen. El famoso Bluming. A ése no lo veías por ninguna parte, pero siempre oías hablar de él. Desde que Geesink había puesto patas arriba el mundo del yudo en París, Bluming había desafiado públicamente al reciente campeón del mundo. No perdía ocasión para gritar a los cuatro vientos que se lo iba a comer crudo: «A Geesink lo voy a doblar como una silla de jardín». Hizo unas declaraciones para la revista *Panorama* en las que afirmaba que Geesink no era el mejor, y que en Japón conocía a muchos yudocas que despreciaban los campeonatos donde participaban europeos y aseguraba que a esos tipos les había dado su escarmiento en el tatami, uno a uno. Todo eso no impresionaba lo más mínimo a Geesink, que dejaba que Bluming siguiera diciendo gilipolleces. Le daba igual.

Pero a él no. Él se enervaba. Se ofendía. Se tomaba la fanfarronería de Bluming como algo personal. Para él significaba mucho estar en los tatamis de Geesink. Para él, lo mismo que para el resto de la humanidad, Geesink era un dios del yudo, un héroe, un guía. Cuando caía hecho polvo en el catre del cuartel de Kromhout después de haber pasado la tarde en Jansveld, le agradecía al buen Dios poder entrenar con Anton Geesink. Era formidable, por esa sala de encima del garaje se paseaban yudocas fantásticos, tipos

técnicos y explosivos todos ellos. Tenías a Theo Klein, a Joop Mackaay, a Menno Wijn, por supuesto. Los hermanos Sniijders, gemelos monocigóticos que hacían la mili en su mismo batallón, habían tenido que remover cielo y tierra para poder desplazarse cuatro veces por semana a ese *dojo*. Era increíble. Hacía poco que había visto a Anton Geesink convertirse en campeón del mundo en París, desde las gradas, cuando aún vivía en casa de su padre, en Delft. Había ido con unos cuantos chicos del gimnasio en un Renault Dauphine; habían comprado como cualquier hijo de vecino una entrada para el estadio Coubertin y vitoreado al holandés larguirucho que iba derrotando a un japonés tras otro. Y ahora, que no había pasado ni un año, ese mismo coloso estaba explicándole qué hacía mal en su proyección de hombro, le aconsejaba perfeccionar la técnica de izquierda, le parecía que ya era hora de que se comprara una barra de pesas y que se hiciera un hombre. «¿Así que eres de Delft? —le preguntó Geesink con su voz grave y monótona—. Bien. La próxima vez que te den permiso, Simon, no vengas en tren, ven en bici. Durante años he estado yendo a Amberes en bicicleta una vez al mes, a entrenar con Strulens. La bici es perfecta para mantenerte en forma».

A veces por la noche, antes de dormirse, tumbado en su catre de paja, se imaginaba un torneo entre Geesink y la bestia de Bluming. Naturalmente, cuatro de cada cinco veces Geesink le daba una buena paliza a ese tipejo, pero el combate terminaba dolorosamente de manera distinta: en el último asalto Bluming deshonoraba a su héroe; daba una buena tunda sobre el tatami al campeón del mundo, y éste la recibía sin piedad porque todavía no estaba listo. Si daba crédito a las historias que se contaban, Bluming no era precisamente un gallina, tenía heridas de bala de la guerra de Corea; aseguraba que no sólo era quinto dan de yudo, sino que también tenía cinturones negros en artes marciales asiáticas que aquí ni siquiera podían pronunciarse sin tartamudear.

Y ahora estaban en su vestuario esos tres armarios de Ámsterdam: Rinus Elzer, un tal Hoek y un oso rubio y sonriente con un torso de esos que en Roma desentierran con una pequeña pala. ¿Ése era Bluming? Más bajo pero más musculoso de lo que él había imaginado, y más joven también. Nadie hablaba. Se les dio la bienvenida cordialmente, eso por supuesto. Geesink había recibido a los caballeros con amabilidad, como un verdadero campeón. Estaba contento, era evidente, Geesink siempre se alegraba de recibir músculos nuevos; era la única forma de mejorar y ésa era la razón por la que iba tan a menudo a Japón, para medirse a sí mismo dando tundas a la mayor cantidad de carne desconocida que fuera posible.

Los de *Ámsterdam* participaron en el *randori*, pero Geesink se saltó el entrenamiento técnico. Luego, con las puertas de los balcones abiertas, y el aire fresco entrando en la sala, los combates se librarían con rotaciones cada cinco minutos. Aquéllos eran cualquier cosa menos malos, eso estaba claro; Menno ya había recibido un buen castigo del tal Elzer, y antes incluso de que Geesink hubiera tocado a uno de los invitados, Sigerius estaba enfrente de aquella mole amarillo pollito. «¿Vas a hacer trizas a Bluming?», le susurró Menno al oído.

Fue raro. Evidentemente, él ya sabía que el tipo rubio era el enemigo, una cosa así se sabe, pero una vez que estuvo seguro no sintió miedo, sino otra cosa; algo cambió en la relación entre el latido de su corazón y la tensión de sus músculos, y también en su cabeza. «¿Así que eres tú el que anda provocando a Geesink?». Los brazos, el pecho, las pantorrillas se le llenaron de ira ajena y, en nombre de su *sensei*, en nombre del campeón del mundo que toleraba su cercanía y se tomaba la molestia de enseñarlo a mejorar, agarró a Bluming. Cuadrado y compacto, sólido como un dolmen; en eso se reconoce a un auténtico yudoca, pesa cuatrocientos kilos y tiene los pies enraizados en el tatami, a varios metros de profundidad. Y él era uno de los auténticos. Duro y flexible a la vez, Bluming había empezado a vagar por el tatami, buscando un ángulo de ataque, y rápido como un rayo, le había hecho una *seoi nage* y Sigerius había caído bruscamente con el hombro en el suelo, pero se levantó y el segundo ataque de Bluming lo paró con un grito gutural. Se había estado entrenando los últimos meses, y sus series de técnicas de absorción, el ritmo de ejecución de sus proyecciones y la fuerza con que lanzaba por encima de la espalda a su rival, enviándolo un metro o dos sobre la lona rellena de paja, llamaron la atención de los hombres que los miraban. Los puntos siguientes fueron para él. Poseído por una pulsión salvaje, Sigerius propinó una paliza terrible a Bluming, alentado por una sed de sangre sobre la que había cimentado toda su carrera de yudoca y quizá toda su vida. Durante varios minutos había balanceado a su antojo a aquel barril hueco y su boca, *o soto gari, taio toshi*; hasta hacerle morder el tatami —menudo rey de las artes marciales—, y cuando lo tuvo en el suelo, hizo que ese tal Bluming se tragara sus mentiras.

Por la noche, después de que esos tres hubieran puesto pies en polvorosa, después de que Geesink hubiera continuado la fiesta con otro entrenamiento de castigo, cuando exultante de satisfacción regresaba en bicicleta a Kromhout junto con Jan y Peter Snijders, Siem se enteró de que aquel tipo de rizados rubios no era Jon Bluming. ¿Cómo? «No tienes que creerte todo lo que

te cuente Wijn, Sigerius —le dijo Jan Snijders—. Ese rubio del que hablas es mucho más joven que Bluming y se llama Ruska. Willem Ruska».

Son las ocho menos cuarto. Sigerius tiene que procurar llegar al campus antes de las ocho y media. Vuelve a colocar la silla rota en el cuarto de la plancha, enderezando como puede la pata astillada. Lo último que le queda por hacer es registrar el estudio, el cuarto que da a la calle. Tal vez allí encuentre la llave. La calidez de la luz del sol otorga un tono *beige* al suelo de madera, tan mal colocado que da la impresión de ser el aislante y que falten las baldosas o una moqueta. La habitación es un invernadero; le transpiran todos los poros de la piel y el calor le traspasa los zapatos. Desde la pared que hay frente a la ventana, lo observa su familia a través del cristal antirreflejo de la foto que les hizo Aaron para su vigésimo aniversario de boda. En medio de la estancia hay un colchón con ropa de cama revuelta y en las paredes, dos librerías baratas con libros de texto. *Análisis sintáctico*, *El aprendizaje infantil de la lengua*, un ensayo sobre el poeta Martinus Nijhoff. Ve unos archivadores con ejemplares del *Tubantia Weekly* y un montón de cómics de *Suske y Wiske*. En el rincón de la derecha, a media altura por debajo de la ventana, un escritorio de madera clara con patas de aluminio. Encima descansa un ordenador. Mira fuera de reojo y ve que la calle está vacía. Se sienta en una silla de oficina de plástico gris y tira de los cajones del escritorio; uno está cerrado con llave, y el otro a rebosar de facturas, correspondencia comercial, felicitaciones antiguas de cumpleaños. Revisa unas cuantas. Nada interesante. Ninguna llave.

De la pared que queda detrás de la mesa cuelga un tablón de corcho con recortes de periódico, viñetas humorísticas, postales, tarjetas de nacimiento y fotografías: Aaron con sus padres y un chico vestido muy formal que se le parece un poco, y una tira de fotografías de carnet de Joni. Luego empieza a hurgar de manera compulsiva en las bandejas de plástico que hay apiladas en la esquina del escritorio. Certificados de garantía, un contrato de teléfono, facturas para el *Weekly*, un ejemplar del *Vrij Nederland* al que le falta la portada. En la bandeja del medio, una carpeta alargada azul brillante llama su atención. Es más bien un folleto. Sobre yates de lujo. La coge y lee: «*Palmer Johnson, most desirable luxury high performance yachts in the world*». La foto de la portada muestra una vista aérea de un yate especialmente aerodinámico que surca las aguas de un océano oscuro; la proa azul metálico traza una cola de espuma blanquísima, los asientos en la parte de arriba del

barco y en la popa son de un color rosa pálido. Sólo cuando comprende que el pequeño dedal rosa en el castillo de proa —todo el barco parece una gran proa— es en realidad una piscina redonda, toma conciencia de la escala del yate, que, como informa el folleto, sí que parece uno de los más lujosos y potentes del mundo.

Se reclina y empieza a hojearlo. Encuentra dos fotos sueltas, una del mismo barco anclado entre otros yates igual de ostentosos en un puerto soleado, y la otra tomada desde la cubierta, en alta mar, con la línea de la costa refulgiendo a lo lejos, sin que se vea a nadie a bordo. En la misma carpeta: secciones horizontales y verticales del barco, especificaciones técnicas, fotos del interior: una salita más grande que el cuarto de estar de casa de Aaron, mobiliario empotrado de cuero de color crema, formas redondeadas y brillantes, iluminación ambiental incorporada, un dormitorio con la exquisitez de la *suite* de un hotel de cinco estrellas. Entre las últimas páginas encuentra la copia de un recibo, un resguardo del Port Privé de Sainte-Maxime. En escritura apenas legible ve dos fechas, y un nombre que se lee mal: «Bárbara...» y algo más, una «A» enorme y dos «W». Y luego un «Monsieur Bever» —¿ha leído bien?— que firma por una cantidad de 12.779,75 francos.

Se queda mirando el yate en la portada del folleto, después coge un bolígrafo de una cajita llena de lápices, bolígrafos y clips, y escribe en el reverso del recibo el nombre del fabricante y el número de serie del barco. Lo dobla y se lo guarda en la cartera.

¿Por qué alquilaría Aaron un yate así? Es una de las preguntas que lo atormentan de vuelta en casa, sentado con un cojín en la espalda, mientras ve el partido por la televisión. Holanda está dando un buen repaso a los daneses, y aunque celebra a gritos cada gol con su hija pequeña, en realidad tiene la cabeza en otro sitio, quiere saber qué pasa con ese barco. Después del partido, Janis decide en el último momento regresar a su habitación de Deventer y Tineke se ofrece a llevarla a la estación. Tan pronto como ve pasar el Audi por el amplio ventanal del salón, Sigerius sube y enciende el portátil de su estudio. Es demasiado tarde para llamar por teléfono al puerto de Sainte-Maxime, de modo que entra en la página web del armador, y lo que ve no lo tranquiliza. Él no sabe de barcos, pero tampoco es necesario; incluso un quesero suizo puede ver que se trata de la gama más alta. La web de Palmer Johnson ofrece exclusividad por un ojo de la cara. El corazón se le acelera

mientras examina los modelos, los interiores, las especificaciones. El yate que ha visto en el folleto es relativamente pequeño, unos escasos veinte metros de eslora, y si lo ha entendido bien, sólo hay tres como ése en el mundo, el último construido en 1997. Examina la pantalla milímetro a milímetro, pero no aparece un precio por ningún lado; obviamente, Palmer Johnson considera que tiene demasiada clase como para mencionar cantidades. Abre el buscador y teclea el número de serie del barco y añade «*price*». Llega a una página de North Miami Beach que no vende yates pero los alquila. En temporada baja puedes navegar por las costas de Florida con un yate PJ115 por ciento diez mil dólares; en temporada alta, por ciento treinta mil. A la semana.

Su hijo es su bien máspreciado. Y no es fácil conseguir una foto de clase bonita. Por suerte, en Bruselas y sus alrededores tenemos a Aaron Bever, que se dedica a la fotografía escolar desde 2002.

Por su forma de trabajar logra que el día de la sesión fotográfica sea un acontecimiento festivo para ellos. Aaron Bever se pone en el lugar de los niños y crea una atmósfera agradable para que sus hijos siempre salgan naturales. También consigue la decoración más adecuada para las fotografías de grupo.

¡Las fotografías escolares de hoy son los recuerdos de mañana!

La página web estaba llena de fotos de niños en pupitres, niños con juguetes y niños en coches de pedales, imágenes que me recordaron a mi propio colegio. Sin embargo, ni rastro del típico «amigo de los niños». Había un enlace a otra página web en la que se ofrecía como restaurador de fotografías antiguas en blanco y negro. («Aaron Bever trabaja con los equipos y las técnicas más modernos en el ámbito de la restauración fotográfica. ¡En los detalles es donde se ve la diferencia!»). En la imagen que había puesto como muestra reconocí la foto amarillenta de la boda de sus abuelos, un pedazo de papel abultado, lleno de círculos de agua, que había estado siempre en la librería y que a la menor corriente de aire caía al suelo como una hoja otoñal. Al lado, el retrato restaurado e impecable. Me quedé contemplando el vestido, confeccionado en tiempos de guerra, que tan mal le quedaba a su abuela. La cabeza del joven que había sido su abuelo ya empezaba a clarear, pero ni en el asilo de Venlo había llegado a estar tan calvo como su nieto.

La mía, en cambio, se resentía de la noche anterior. Después del trabajo, unas treinta personas subimos a tres furgonetas Chrysler que nos llevaron de Coldwater al Gold Digger, el bar del hotel favorito de Rusty en el centro de Los Ángeles. Invitaba él, ya que le parecía que la adquisición de la Caserna debía celebrarse. Ese mismo día, más temprano, ya habíamos estado él y yo con Debra, del Departamento de Personal, en South Hope Street para visitar un famoso estudio de arquitectura y decoración que tenía sucursales en todos

los continentes. Eran lo máximo, nos había dicho Rusty, esos tipos (resultaron ser dos mujeres y un hombre) habían decorado las oficinas de Amazon, Deutsche Bank, habían hecho la reforma completa del Sheraton... A alguien mejor seguro que no lo íbamos a encontrar, y estaba convencido de que iban a alucinar cuando vieran la Caserna. «Si tenemos que arruinarnos —decía—, hagámoslo a lo grande, Joy, pero yo preferiría aparecer dentro de un año entre las cien mejores compañías del *Fortune*, ¿lo entiendes?». Esa lista se había convertido en una obsesión desde su paso por Goldman Sachs, y aunque con cautela yo lo había preparado para un posible revés (me resultaba difícil imaginar que un estudio como ése quisiera subirse a nuestro carro), a esos tipos les pareció un proyecto estupendo, tras lo cual ya no hubo quien aguantara a Rusty. En el restaurante japonés al que fuimos a cenar, todos sentados alrededor de una plancha teppanyaki, Rusty pronunció un discurso cuando ya iba bastante bebido; nos contó una historia sobre la identidad corporativa de la empresa, el diseño revolucionario «en espacios abiertos» de las oficinas, los patinetes de titanio «superguays» con los que nos moveríamos por esas naves enormes. Hacia las doce de la noche se las arregló para meternos a todos en el Digger, donde estuvimos cogiendo frío hasta bien entrada la madrugada en su azotea *superfashion*. Cuando la furgoneta me dejó en Sunset, empezaba a amanecer.

Me tomé dos comprimidos de paracetamol con un sorbo de café y me puse a pensar en Aaron. ¿Qué tipo de vida llevaría allí, en ese pueblucho flamenco? Por alguna razón inexplicable, me daba pena imaginármelo en esos colegios. Me preguntaba además con qué derecho, vista la dedicación con la que mantenía su ridícula página web. Quien no lo conociera de antes, pensaría que había encontrado su vocación, pero no era mi caso. Si al Aaron de entonces le hubiera vaticinado este futuro, yendo en una furgoneta de una guardería a otra, guarderías flamencas para más inri, ni siquiera se habría reído de mí, me habría pedido que lo matara, por si las moscas.

Hice algunos estiramientos para relajar la espalda. La página, cuidada hasta el mínimo detalle, había avivado en mí un sentimiento de culpabilidad latente, más aún que esos correos electrónicos suyos tan absurdos. Llevaba algún tiempo rondándome la cabeza la idea de que había sido yo quien lo había «enredado» (como en las acusaciones contra Colin Powell y Tony Blair) en la historia de la página porno. Todo era culpa mía: de nuevo el viejo reflejo. Respiré profundamente por la nariz. Yo había entretejido nuestros destinos en el momento en el que ya había decidido apartarme de él... Esas cosas que pasan. Por un instante, me vi otra vez sentada a la mesa de comedor

frente a él, en la Vluchtestraat, la mañana en la que lo puse entre la espada y la pared. Llevábamos meses haciendo fotos para nuestro uso y disfrute personal, simplemente por amor al arte, afirmaba yo y creía él, y durante ese desayuno le solté mi plan. Veníamos de una noche infausta, en mitad de la cual me había despertado sobresaltada por un grito, un insulto, y había visto a Aaron en un rincón del dormitorio, sentado en la silla donde un par de horas atrás había dejado mi ropa. Estaba llorando. A su alrededor, desperdigados por el suelo, estaban los trozos de una libreta. Al instante reconocí el cuaderno escolar del que habíamos estado discutiendo hasta la saciedad esa noche. En el dorso de las tapas, desde los trece años, llevaba una lista cronológica con todos los chicos a los que, como mínimo, había besado: fecha, edad, nombre, lugar, color de ojos, color de pelo, longitud de pelo, qué sé yo. En total, más de cien nombres. A Aaron esa cifra le parecía «astronómica» y yo una furcia «astronómica» también, por lo que no dejó de darme el coñazo con la dichosa lista. Además, ¿por qué había dos nombres de chicas? («¿Tú qué crees?»).

Hacía tiempo que sus celos y victimismo me sacaban de quicio, y de hecho la semana anterior ya había tomado la decisión de dejarlo («lárgate de una vez, búscate la vida»), pero me impresionó verlo así, sentado en el suelo, entre pedazos y bolitas arrugadas de papel. Me impresionó la violencia que sus sentimientos eran capaces de desencadenar en él. Yo era consciente de mi fascinación sexual, había comprobado el efecto que ejercía en determinados hombres, pero ¿esto? Mi poder sobre él era absoluto. Me pertenecía. No sólo sería incapaz de abandonarme, sino que haría cualquier cosa para que no me fuera. Por esta razón, esa mañana, en lugar de romper con él, le dije, entre dos bocados de panecillo, que tenía que contarle algo. «Voy a poner en marcha una página de sexo —le dije—. En internet, ya sabes». Se quedó con la boca abierta, dejándome entrever una papilla de pan y queso. «Preferiría hacerlo contigo, naturalmente», añadí para tranquilizarlo.

Las voces de los invitados resonaban en el vestíbulo. Rusty los acompañaba, los oía hablar mientras bajaban ruidosamente la escalera. Aguardé a que volviera a hacerse el silencio para clicar en «Motivos», con la esperanza vaga de poder leer algo sobre cómo Aaron había ido a parar a ese mundo tan animado y gratificante de la fotografía escolar, pero me equivoqué, era un apartado en el que exponía fondos fotográficos: azul cielo liso, con rositas de color claro, colores pastel moteados, «¿y por qué no probar un soporte nuevo?

¡Un cuadro! Para conseguir un efecto especial, Aaron Bever imprime el retrato de su hijo o hija sobre un lienzo, para que su foto escolar adquiriera la textura de una pintura al óleo».

En cuanto a los niños... Un pensamiento tan doloroso que hizo llevarme la mano a la boca cruzó mi mente y la invadió. ¡Por supuesto! No había elegido esa profesión de manera arbitraria, lo había hecho por los niños. Ahora, revisando de memoria sus correos electrónicos, me daba cuenta de algo: no tenía hijos. Para un hombre que se acercaba a los cuarenta eso no era tan grave, pero yo sabía que Aaron tenía un instinto paternal casi tan viejo como él mismo. Sin embargo, con la enfermedad que sin duda padecía, su esquizofrenia, no debía de ser fácil encontrar a una mujer que se atreviera a quedarse embarazada de él. No es que un resfriado lo tuviera achacoso, ni un reuma; por lo que se desprendía de sus correos electrónicos, tenía un pie en el infierno. Podía hacerme una pequeña idea del mal que poco a poco lo estaba destruyendo. (Es más, Rusty me había contado la historia del esquizofrénico que vivía debajo de él cuando era un emprendedor en ciernes instalado en Redondo Beach. Rusty lo llamaba «la Voz», y aunque no era por Sinatra, también era famoso por su ritmo y fraseo: durante dos años, en cualquier momento del día, aunque preferiblemente por la noche, el tipo emitía un rugido sobrenatural y estruendoso. A veces se animaba con *Black Betty*, de Ram Jam, o con algo de AC/DC, pero casi siempre repetía, con la potencia de la megafonía de un estadio de fútbol, un mantra que Rusty gritó entonces sin poder reprimir la risilla de alivio de quien recuerda un suceso al cabo de unos años: «¡¡¡BIIIIILLL!!! ¡¿Me oyes, BILLL?! ¡¡¡Me debes mil doscientos millones de PUTOS DÓLARES!!! ¡¡¡BILLL!!!». Gritaba durante horas, sin parar, la mitad de la noche, sin pausas y sin que Clinton aflojara la mosca. Cuando Rusty llamó un par de veces a emergencias y puso el auricular en el suelo, la telefonista de la centralita le preguntó por qué el señor había invitado a su casa a un asiduo de los servicios psiquiátricos de Redondo Beach. No era una enfermedad que le permitiera seducir a nadie. No era una enfermedad con la que formar una familia).

«Quiero tener hijos». Es una de las primeras cosas que Aaron me confió. Si no me equivoco, fue durante nuestra primera cita, durante una conversación extraña que mantuvimos en la nieve delante de las aulas de la facultad de Ingeniería Industrial. Llevaba una cámara colgada del cuello y en la cabeza un gorro liso de lana. Me enteré de que deseaba ser padre de una familia numerosa antes de saber que era calvo. Sin embargo, no comprendí que iba en serio hasta cuatro años después, cuando estaba a punto de dejarlo.

«¿Sabes lo que me dijo Aaron? Que quería que fueras la madre de sus hijos», me contó mi padre poco antes de empezar nuestras últimas vacaciones juntos.

«Qué listo». Eso es lo que pensé, lo recuerdo perfectamente. «Viejo zorro». Durante las dos últimas semanas apenas nos habíamos dirigido la palabra, y de pronto allí estaba Siem, el asesor de parejas, armado con una excusa para romper el hielo. Estaba dándole vueltas a mi vida sin Aaron cuando entré en la gran cocina de De Heurne y dos compañeras de la residencia que estaban haciendo tortitas señalaron hacia arriba con el dedo: «Tu padre está en tu cuarto». En efecto, allí estaba el señor rector en mangas de camisa; había colgado la corbata de seda en el respaldo de mi silla de escritorio y bebía té verde de un vaso de plástico. «He pensado que te esperaría un rato; no te molesta, ¿verdad?».

Empezó con el tema correcto: Ennio. Me preguntó si ya dormía un poco mejor, que se había enterado por mamá de lo afectada que estaba, que se sentía orgulloso de tener una hija tan empática. Pausa. «Ahora viene el turno de Wilbert —pensé—. Venga, suéltalo». Me propuse no decir palabra sobre la exasperante conversación telefónica que había mantenido con él. (Wilbert se había mostrado distante, con la voz más grave que antes pero igual de impertinente, y todavía dura como la grava. «Cuando pregunto si todavía estáis vivas —había dicho—, no significa que lo espere». «¿Tienes casa?», le había preguntado yo, desconcertada. «¿Y tú? —Me había rebotado la pregunta—. ¿Tienes casa? Pásate por aquí, así podrás ver dónde vivo». Entre frase y frase hacía sonidos extraños, como si sorbiera algo. Cuando colgué, estaba extenuada, hecha polvo, empapada de sudor).

Sin embargo, mi padre no empezó a hablar de Wilbert.

—Joni, dime, ¿qué está pasando entre Aaron y tú?

De esa «noticia triste» también se había enterado por mi madre, y no es que estuviera muy sorprendido, ya que había podido ver por sí mismo que las cosas no iban bien y no sería él quien subestimara los efectos de una desgracia como la catástrofe pirotécnica. Porque todo había influido, concluyó, por eso había que evitar tomar decisiones sobre una relación en esas circunstancias. Quería que nos fuéramos de vacaciones.

—Os las pago yo.

—Papá —dije—, vete a la mierda, ¿quieres? No te metas donde no te llaman. Déjame en paz. No sabes lo que dices. Yo ya he acabado con ese tío.

Se puso en pie, negando con la cabeza, y recogió la corbata.

—Venga —dijo—. Vayamos a comer algo a De Beijaard.

Nos levantamos temprano por el calor. A las ocho de la mañana salíamos de la casa que habíamos alquilado. Dejamos atrás los matorrales y nos adentramos en la isla por unos senderos estrechos de piedrecillas puntiagudas, cogiendo limones y kiwis a nuestro paso. Cuanto más nos alejábamos de la costa, más nos quemaba el sol; hacía un calor despiadado en Córcega, y aunque la mayor parte del tiempo andábamos en silencio, arrastrando los pies, a veces iniciábamos una conversación seria, una de tantas durante esas vacaciones. La intervención de mi padre no había caído en saco roto. También hablábamos bastante de él, conscientes de que sin su mediación no estaríamos en Córcega en ese momento: sin Siem, seguramente habríamos puesto punto final a la relación. Estábamos de acuerdo en que debíamos agradecerle que el incendio se hubiera apagado.

Pero en ese bosque corso oímos a fuego de verdad. Aaron había leído en algún lugar que ése era el mes del lebeche, un viento del sur, sofocante y más traicionero que el mistral. Entre los pinos y alcornoques que nos rodeaban sentimos el breve temblor de suelo bajo los cascos de los jabalíes y el estremecimiento de las hojas con los saltos ingravidos de los muflones... Animales cuya presencia ni siquiera percibías. Y no pasó mucho tiempo antes de que divisáramos las llamas, una furia naranja que nos arrebatava el oxígeno, entre chasquidos y chisporroteos. En nuestra retirada apresurada hacia la costa, riéndonos nerviosos, mientras mirábamos hacia atrás, a veces resbalando, me deshice de la bolsa con limones y kiwis. «Qué lástima», pensé, mientras trepábamos por la pequeña colina junto a la casa. Allí estaba yo, en biquini, oteando el cuello de humo negro que rodeaba las montañas boscosas en la lejanía, cogida de la mano del chico al que en el viaje de ida todavía odiaba con intensidad.

Él había ido a recogerme el sábado por la mañana después de haber estado toda la semana sin vernos para nada. Dios, cuánto lo odiaba entonces, joder. Como de costumbre, primero tuvimos que pasar por la farmacia central de la Beltstraat, porque «estaba sin». Entró con una de esas recetas que un médico amigo suyo le imprimía en papel; mientras esperaba, me puse al volante del Alfa que habíamos aparcado en doble fila. Cuando se sentó en el asiento del copiloto con una sonrisa beatífica, le reproché que fuera un yonqui. «Cada vez tomas más somníferos —le dije, abriéndome paso entre el tráfico para salir de Enschede—. Y las pastillas son cada vez más grandes, ¿verdad?». Grandes como un árbol de Navidad para meter directamente a Aaron en la cama, y luego otra grande como una iglesia para saber, viendo sobresalir el campanario, cuál era su calle. Puse rumbo a Maastricht conduciendo como

una bruta, a toda velocidad, pendiente del volante como un cirujano maxilofacial sobre su pobre paciente, frenando tarde y bruscamente, pegándome a todos los parachoques que me encontraba por la carretera. Si Aaron subía el aire acondicionado una rayita, yo volvía a bajarla. Fuimos traqueteando en silencio por carreteras belgas llenas de baches, con mi rencor flotando como gas mostaza dentro del coche. Fuera, los complejos fabriles escupían asfixiantes nubes de caucho al cielo de junio mientras el asfalto se resquebrajaba bajo nuestras ruedas. Nos odiábamos. Para castigarlo, evité las autopistas de peaje y seguimos dando brincos a noventa por el pavimento reseco y provinciano, lo que hizo que acabáramos naufragando en un oscuro pueblo de mierda y durmiéramos en unas camas separadas de mierda en un hotel de mierda plagado de moscardones. Al día siguiente hicimos de mala gana y de un tirón el último tramo hasta Sainte-Maxime, donde el *Barbara Ann* nos esperaba sobre las aguas cristalinas del puerto, meneando la cola como un perro que sabe muy bien quiénes son sus amos. Zarpamos, seguimos la línea rocosa de la costa de Cannes, Antibes y Mónaco, y fondeamos en San Remo, donde llenamos los depósitos de combustible y compartimos una *pizza* con las caras bien largas.

Hasta que nos adentramos en mar abierto, rumbo a Córcega, la atmósfera no empezó a relajarse. Aaron sintió que le tocaba mover ficha. Yo estaba en el *jacuzzi* de la cubierta de proa y lo espiaba tras mis gafas de sol mientras él se aferraba al timón de madera de cerezo (en realidad, éste era más propio de un velero, pero encargué a los arquitectos navales de Palmer Johnson que lo cambiaran).

—¿Qué tal estuvo el entierro?! —gritó.

Yo hice como si no lo hubiera oído. Al cabo de cinco minutos salí de la bañera, rodeé el puente de mando manteniendo el equilibrio, atravesé el salón bamboleante, me puse otro bikini y subí.

—¿De puta pena, por supuesto! —le grité al oído al pasar por su lado.

Cuando una hora más tarde me dio el pésame por lo de Ennio, exploté. Furiosa, le eché en cara lo terriblemente rabiosa que me había puesto con sus celos, con sus groserías, con su comportamiento enfermizo... Sí, sí, lo comprendía, dijo. Y para comprobar si estaba siendo sincero, le conté acto seguido que en agosto empezaría a trabajar para McKinsey en Silicon Valley.

—¿Te llamó Stol?

Le respondí que poco antes de emprender el viaje había ido a montar a caballo con Boudewijn, y con Brigitte, por supuesto, añadí rápidamente, y al

ver que reaccionaba con más madurez de la que me esperaba fui a buscar una botella de vino blanco al salón.

—Ajá. Y disfrutaste un montón con el ricachón.

—Rima.

—Ya lo sé.

Para que no se hiciera mala sangre, puse el énfasis en la atmósfera que había en las dunas. Era algo especial. Había cogido el tren muy temprano y luego un taxi a la escuela de equitación Furia. Después de tomar unos panecillos con tomate y *mozzarella* en el bar, salimos los tres a caballo hacia la costa. Durante ese paseo ya pude comprobar que Boudewijn era peor jinete que Brigitte y yo. Tras un buen galope por la playa de Scheveningen, lo perdimos de vista; diez minutos de espera después, seguía sin aparecer. «No te preocupes por él», comentó Brigitte. Cuando regresamos por la tarde al picadero, nos enteramos de que hacía horas que había dejado a su yegua. Según el hombre que refrescaba nuestros caballos, «el señor Boudewijn» se había caído de la silla subiendo una duna y, como mínimo, se había hecho un esguince en un tobillo.

Fue la primera vez que Aaron rió esa semana.

—En vez de subirse inmediatamente a su Aston Martin —dije—, o al menos llamar a casa, Brigitte me hizo de guía por la escuela de equitación.

Más de una hora después, sentadas en su deportivo camino de Wassenaar, me miró de pronto con expresión preocupada: «¿Y cómo habrá llegado a casa?». El matrimonio vivía en una mansión de cemento gris que por dentro parecía un museo de gramolas. «¿Aún no has preparado la comida?», preguntó Brigitte cuando entramos en el salón de estilo minimalista y techos bajos y encontramos a Boudewijn con una bolsa de hielo en el tobillo. Estaba sentado viendo el Tour de Francia en un televisor de pantalla panorámica y con una caja de vinilos de 45 rpm al lado. «¿Tú qué crees?», ladró. Sentí lástima y me fui al baño, donde fingí que hacía pipí escupiendo agua del grifo por la boca y me pinté los labios con tanta lentitud como me fue posible. Cuando regresé, Brigitte estaba en la cocina sofriendo cebolletas y Boudewijn estaba poniendo la mesa, larga y de cristal. Durante la comida reinó una hospitalidad tensa. Él me habló, con aire huraño, de la reforma que acababan de hacer en la mansión y me dio un par de consejos por si al final conseguía las prácticas en Silicon Valley.

—Entonces ¿no es seguro todavía? —preguntó Aaron.

—De momento sí.

—¿Y hablasteis de mí?

—Por supuesto, fue de lo único que hablamos, de ti.

No le mencioné que Brigitte sí que me había preguntado por él, y que me había dado la razón con insistencia cuando les había dicho que quería pensármelo mejor si seguía con «ese, eh... chico», y luego, inevitablemente, estuvimos recordando durante un rato lo ocurrido en la boda de Etienne Vaessen. Yo, en cualquier caso, veía ante mí la imagen de Aaron cuando volvió del lavabo, donde se había pasado muchísimo tiempo, diez minutos, veinte, media hora, en realidad ya lo había dado por desaparecido. Los tres nos habíamos quedado mirándolo boquiabiertos, porque tenía un aspecto deplorable, pálido como el papel maché, con una especie de plumita blanca en la coronilla (papel higiénico, para cortar la sangre de una herida, me contó más tarde), con lo que su cabeza parecía un huevo de gallina.

—Entonces, te vas a Estados Unidos —dijo.

Asentí ligeramente con la cabeza y miré la inmensidad azul que nos rodeaba. A pesar del tobillo, Boudewijn había insistido en llevarme a la estación. La intimidad de su coche parecía sentarle bien. «Tan pronto como se sube a lomos de un caballo, Brigitte se olvida de todo», comentó. El modo de deslizar el volante de cuero entre las manos, la tranquilidad con que miraba la carretera y examinaba el retrovisor: escrutando con ironía, en lugar de sintiéndose acorralado. Así lo recordaba yo de aquella boda. Mientras íbamos por la autopista, me agradeció que le hubiera enviado el currículum, le parecía que podía ser una estudiante en prácticas excelente. El lunes le enviaría una recomendación a su colega de Silicon Valley. «¿Es majo?». «Es muy maja. Es decir, siempre y cuando entregues los ovarios en el Departamento de Personal y te olvides de los días libres hasta que finalice tu contrato». «Vaya expresión, “días libres”». «Es una expresión muy normal, pero no cuadra con la filosofía de McKinsey». «Vaya palabra, “ovario”». Sólo entonces se rió, casi en el instante en el que tomó una pequeña rotonda demasiado deprisa, haciendo que los dos perdiéramos la estabilidad y apoyara su mano en mi pierna. Sentí sus dedos calientes entre los muslos.

Aaron y yo brindamos por el mar de Liguria. Y por el *Barbara Ann*, nuestro yate de lujo que, como quien no quiere la cosa, era el fruto de nuestro puterío. Lo habíamos comprado en un arrebato de ostentación, sin saber muy bien por qué, tal vez porque dos millonarios de incógnito tenían que hacerse notar de alguna manera. Pero funcionaba. Era nuestro. ¿Con quién si no podría yo navegar por esos mares? Creo que esa misma noche hicimos una nueva sesión de fotos. Bordeamos Cap Corse, descendimos por la costa este de Córcega, pasando por Bastia, y atracamos en Santa Lucia di Moriani, un

enclave turístico donde se encontraba la casa que habíamos alquilado. Hablamos abiertamente sobre el futuro próximo, sobre Estados Unidos, y nos reímos por la cantidad de fotos que debíamos hacer antes de irme. Dijo que tenía la intención de venir a visitarme a California, que le habría gustado acompañarme.

—¿Quedarás con Wilbert? —me preguntó un par de días después.

—No —dije, tranquilizándolo—. El día que tendría que ir a verlo estaremos todavía aquí. Es mejor así. Papá sacó el tema cuando fuimos a comer. Tenía miedo de que fuera a cometer alguna locura. Pero no le dije que ya había hablado con él.

—¿Cómo conseguiste su número de teléfono?

Percibí un atisbo de desconfianza en su voz.

—Fácil, lo saqué del listín telefónico de mis padres.

Tampoco eso se lo había contado a Siem. Tenía un padre que había arrastrado a su hijo a los tribunales como un presidente en tiempos de guerra, y desde entonces los matices se habían perdido en nuestra casa. O estabas con nosotros, o contra nosotros. A partir de 1990, en la granja no se volvió a nombrar a Wilbert. Pobre del que se atreviera. Y ni hablar de llamarlo por teléfono, no digamos ya quedar con él.

—¿Lo has llamado ya para decirle que no irás?

—Todavía no.

La tarde del incendio, Aaron me preguntó que qué me parecería si él no volvía a la Vluchtestraat ni yo a la residencia De Heurne.

—Que nos envíen nuestros bártulos por mar; emigramos, sin más —dijo—. Y no regresamos en mucho tiempo. O mejor, que no nos envíen nada, dejémoslo todo atrás. ¿Qué te parece?

Y aunque nunca antes se me había ocurrido irme a vivir con él, además de que su propuesta estaba en clara contraposición con las conclusiones a las que había llegado durante las semanas anteriores, me gustó su temeridad. ¡Lo haríamos sin más! Cuantas más vueltas le dábamos, más atraídos nos sentíamos por el plan de irnos a vivir juntos a California. Para nuestra sorpresa, después de sólo seis días de vacaciones, a seis días de la locura de Enschede y de la crisis más profunda por la que había pasado nuestra relación, estábamos pensando en irnos a vivir juntos, fantaseando excitados con la idea de empezar de cero en Estados Unidos. Tras una crisis como ésa, nos decíamos, no bastaban los remiendos. No obstante, esa tarde, mientras

contemplábamos desde nuestra colina el incendio, me pregunté en silencio si el olor penetrante de millones de agujas de pino calcinadas había despejado nuestras cabezas llenas de hostilidad, o más bien las había ofuscado.

Aaron tenía una mancha de hollín en la cara. «Ya se irá», dijo. Me di la vuelta y a nuestros pies vi el pequeño puerto, donde había amarrados seis o siete barcos. El nuestro, azul y rosa, era el más grande con diferencia.

—Siempre podemos largarnos a toda máquina —dije.

Y sonriendo nos fuimos a refugiarnos en el frescor de la casa, construida bajo un par de pinos especialmente inflamables.

Mientras Aaron ponía la carne de cabrito en una olla de hierro fundido que había encontrado en un armario de la cocina, yo me enjuagaba el pelo en la ducha para quitarme el olor a corteza quemada e intentaba imaginar por primera vez en la vida cómo sería quedarme con él para siempre, formar juntos una familia. ¿Era posible algo así? ¿Cómo sería si a partir de entonces lo hiciéramos sin nada? Fantaseé con la idea de ir a la cocina, con la toalla enrollada en la cabeza, y decirle: «Cariño, te quiero. ¿Y si pasamos de los condones?».

La puerta de mi despacho estaba abierta, pero por el chirrido impaciente de las bisagras pude adivinar quién estaba apoyado en el marco.

—Joy, ¿tienes cinco minutos?

La sonrisa de Rusty me provocó un escalofrío en la espalda. Cerré la página web de Aaron, pero seguí mirando la pantalla. La jornada estaba tocando a su fin y quería llegar pronto a casa. Cuando empezó a contar hacia atrás desde cinco, me di la vuelta. Apoyado en el picaporte de la habitación 203 (nunca quisimos quitar las placas con los números en hierro fundido de color rojo de las habitaciones del hotel), Rusty se inclinó hacia dentro.

—¿Has llorado? —preguntó.

—No desde que nací. ¿Qué pasa?

—Dos cosas.

Se dirigió a la mesa de reuniones, arrastró una de las dos pesadas sillas al centro del despacho y se sentó. Como yo, cruzó la pierna izquierda sobre la derecha, pero luego se lo pensó mejor y las estiró, plantando sus dos botas camperas sobre la alfombra, alejadas un metro entre sí.

—Primero, vas a hacer esa entrevista.

—¿Ah, sí?

Me recogí el pelo, lo retorcí en un moño y lo até con una goma.

—Querrás decir si me apetece.

—Quiero decir: si te apetece. En cualquier caso, te lo mereces. A mí me gustaría hacerla, pero me parece que te corresponde a ti. Y claro que te apetece.

Un sentimiento que estaba en las antípodas del de apetecerme me recorrió el sistema nervioso, afloró mi aversión ancestral a todo lo que fuera poner las cartas sobre la mesa, a las preguntas de alguien cuya profesión era violar mi intimidad.

—¿Crees que puedo mencionar la Caserna?

—Va a ser difícil no hacerlo. Además, es para el suplemento. Antes de que se publique el texto, se habrán enterado incluso en Belfast.

—¿Y si sacan la noticia para publicarla en el diario?

—¿En el *New York Times*? No lo harán. Demasiado local. Preferirán obviarla antes que publicar una noticia de la costa Oeste. Lo que les interesa es el fenómeno, el *glamour*, el éxito.

—¿Van a venir aquí? Quiero decir: ¿a Coldwater?

—Esa periodista estará sentada en esta silla mañana a las diez.

—¿Cómo se llama?

Rusty me miró fijamente y levantó dos dedos.

—Tiene un nombre compuesto. Espera. —Se quedó pensando unos segundos—. Mary Jo nosequé.

—¿Y la segunda cosa?

Rusty se puso en pie y se acercó a la pared que le quedaba al lado. Levantó la ventana, embadurnada con una capa gruesa de pintura azul, y se asomó. Ante mí tenía la visión de los bolsillos traseros de su vaquero desgastado. En algún lugar debía de haber leído que un *founder*, un emprendedor puntocom de verdad, debe vestir de manera tan informal como le sea posible. («¿Un traje? —dijo en una ocasión en la que le llamé la atención al respecto—. Un traje a hostias puedo hacerte»). Tenía sólo un traje, una curiosa pieza azul cobalto con unos cactus bordados, un traje que había confeccionado especialmente para él un tal Nudie. «¿Quién es Nudie?». «¿No lo sabes? Nudie. Nudie Cohn. El sastre de Hank Williams. Nudie fue quien le confeccionó el traje dorado a Elvis. El traje con hojas de marihuana de Gram Parsons. ¡Mira que no saber quién es Nudie!»). Y tuve que admitirlo: funcionaba. Cuando Rusty y yo íbamos a ver a un anunciante, yo vestida de Gucci o algo por el estilo, y él con ropa informal, con una de esas camisas de diseño, en plan chico rebelde, nos reforzábamos el uno al otro e irradiábamos

la mezcla adecuada de anarquía y profesionalidad. El anarquista se acababa de tirar un eructo. Metió la cabeza dentro y volvió a sentarse.

—Dentro de dos semanas quiero estar rodando en la Caserna —anunció—. Tenemos que conseguirlo.

Ése era Rusty, sí señor: meses enteros poniendo trabas, atrasándolo, poniendo palos en las ruedas y aduciendo dificultades insuperables, para luego cambiar de opinión radicalmente y tener que aguantar sus bufidos de impaciencia y sus prisas.

—No lo lograremos ni locos. Ni siquiera tenemos electricidad.

—Entonces encontraremos una solución provisional. Lo haremos con generadores. O como tú veas. Y la periodista se llama Harland. Eso es: Mary Jo Harland.

Tecleé el nombre en Google: 162.000 entradas en 0,24 segundos. La primera era su propia página web.

—Escribe historias para el *New Yorker* —dije—. Y para *Granta*.

—Estupendo —contestó Rusty—, ni pienso ir ahora mismo a comprarlas ni voy a leerlas luego.

—¿Tú qué crees? ¿Está a favor o en contra?

—Joy, con tu caserna nos joderán de todos modos. Esta mañana los de Relaciones Públicas han recibido una llamada de Louis Theroux.

Una vibración extraña en la tráquea me dijo que debía rechazar la entrevista: «No la hagas, no estás obligada». Justo cuando estaba a punto de decírselo a Rusty, sonó mi teléfono. Vi que era una llamada interna.

—Theroux es un cabrón —solté mientras ponía el teléfono en manos libres—. Hola, Steve.

Rusty dejó caer la mandíbula y asomó la lengua sobre el labio inferior. Steve no le gustaba, le parecía un pelmazo. Yo se lo había robado a Google, donde había hecho un trabajo excelente para el Departamento de Recursos Humanos.

—Joy —resonó la voz metálica por el despacho—. Me ha llamado Kristin. Te ha apuntado para el miércoles once de junio.

Rusty sonrió asintiendo con la cabeza.

—¿Y por qué no me llama Kristin para decírmelo? —le pregunté.

El día antes, en el *Gold Digger*, Kristin Rose me había llevado aparte para contarme que Isis tenía problemas psicológicos, que estaba estresada, una crisis de identidad, yo qué sé, y que estaría fuera de circulación por lo menos un mes, y que si quería sustituirla. «Eres mi última esperanza, tesoro. Y lo haces tan bien...». Lo que me irritaba era que no había llegado a contestar y

ya tenía a Steve al teléfono. Kristin era una directora de más o menos mi edad que estaba presente cuando Rusty me hizo la entrevista de trabajo. Había empezado a llamarme «tesoro» inmediatamente después de saber que había entrado en la empresa. Exhibía una amabilidad estratégica, a la que sobre todo Rusty era sensible.

—Porque tienes que decirme si lo vas a hacer por los honorarios habituales —respondió Steve.

—Ni siquiera he dicho que sí. ¿Con quién es?

—Con... espera.

Steve tosió, lo que el altavoz tradujo en un chirrido repulsivo. Me pregunté si se habría dado cuenta de que había puesto el manos libres.

—Es para chicagolpeachica. Bobbi...

—Bobbi Red —terminé.

—Creo que sí, sí —confirmó Steve.

Rusty asintió con la cabeza y levantó los pulgares.

—¡Steven! —gritó.

Por un instante sólo se oyó una interferencia de fondo.

—¿Rusty?

—Steve... Sí que lo hará, descuida. Tendrías que verle la carita. Joy se vuelve loca con Bobbi.

Me dedicó una gran sonrisa. Tenía razón, Bobbi me volvía loca.

—Steven, aprovechando que te tengo al aparato, ¿está ya listo ese contrato para Vince?

—Casi. Quiero decir, está prácticamente terminado. En realidad, sigo esperando vuestra aprobación. A mi propuesta de honorarios.

—Siete, no más —dijo Rusty—. Preséntaselo bien.

—En Cleveland recibía un porcentaje —se quejó Steve.

—¿De la facturación? —pregunté.

—Eh... de los beneficios. Cero coma cinco por ciento.

Rusty me miró y negué con la cabeza.

—Está bien —aceptó—. Imprímelo y envíalo. ¿De acuerdo? Hala. Adiós, Steve.

Se levantó de la silla, que no dejó en su sitio, y se quedó frente a la puerta, con la mano en el picaporte.

—Pero ¿qué te pasa? —le pregunté, con resignación, después de colgar.

—Lo siento —dijo—, quiero a ese Vince sea como sea. Y tú también, créeme. A propósito, ¿sabes que Bobbi estará la semana que viene en el programa de Tyra Banks?

La información me sorprendió tanto que el enfado se me pasó de golpe.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Exorcismo. Satán ha enviado a su hija, que se llama Bobbi Red.

Consultó el Rolex.

—¡Joder! Joy, tengo que irme ya mismo. Tú y la mundialmente famosa Bobbi estaréis dentro de dos semanas en la Caserna. Te lo prometo.

Bobbi Red... En 2007 se quedó unos meses en casa, y fui tan hospitalaria con ella por la manera tan excepcional que tuvo de presentarse. Todo había empezado con la carta que envió a Rusty. Nada de un correo electrónico escrito de cualquier modo como los que solíamos recibir a diario, sino una carta bien redactada e impresa en la que nos ofrecía sus servicios, dentro de un sobre cerrado con su propia saliva, que me fascinó tanto que la guardé en mi escritorio. Una carta como las que recibíamos en McKinsey: un encabezado en cursiva, una línea reservada para el «asunto» y un texto que parecía sacado de un libro para jóvenes emprendedores, lo que hizo que nos preguntásemos si Bobbi, que por entonces todavía se llamaba Meryl Dryzak, nos tomaba el pelo, o nos estaba haciendo una propuesta seria, si era increíblemente ingenua, o extremadamente inteligente.

—Tienes que leer esto —me dijo Rusty.

«Estimado señor Wells —había escrito ella—: Hace ya unos cuantos años que disfruto enormemente viendo sus producciones en internet. Me gustaría trabajar como actriz en su empresa», tras lo cual seguía un párrafo en el que contaba que, por el momento, iba a un instituto universitario en Denver, Colorado, donde recibía clases de canto e interpretación, además de estudiar Historia del Cine y Literatura Moderna. Todo eso le parecía «muy interesante», pero desde que había cumplido dieciocho años, con la aquiescencia de la Ley Federal sobre la Obscenidad, consideraba que había llegado el momento de seguir los dictados de su corazón. Y lo que su corazón le dictaba era que debía actuar en películas pornográficas, preferiblemente en películas como las que producíamos nosotros, «duras, realistas y creativas». El segundo párrafo era un resumen de su trayectoria y sus habilidades. «La gente de mi entorno me describe como una persona en la que se puede confiar, con unas dotes comunicativas excelentes. Veo películas X desde los doce años. Puedo preciarme de tener mucha experiencia en sexo anal, garganta profunda, *squirting*, etcétera. Durante el coito me gusta adoptar una actitud sumisa, pero puedo asumir el rol de ama con el mismo placer. Por lo

demás, estoy rebosante de ideas creativas para contribuir a que su catálogo sea más interesante. Dentro de cinco años me veo como directora, detrás de la cámara, y tengo la esperanza de que sea su empresa la que me dé la oportunidad de forjar mi carrera profesional. Sólo me queda subrayar que atesoro unas cualidades excelentes para trabajar en equipo y que me parece esencial poder disfrutar de buen ambiente de trabajo. Me encantaría presentarles mi candidatura en persona. Atentamente, Meryl Dryzak».

Rusty no daba crédito a sus ojos. Y eso que aún no había visto el currículum de Meryl. Un A4 redactado con la misma pseudoseriedad que su carta de presentación, que evidenciaba que se reía de sí misma y del propio Rusty. Entre «Información personal» y «Aficiones» (practicaba atletismo e iba al cine; le gustaban Werner Herzog, Kurt Russell, Rocco Siffredi y Michelangelo Antonioni) había una sección de «Formación y estudios», pero en lugar de los datos de la escuela primaria y la secundaria que esperaba cualquiera, había enumerado con las fechas de inicio y final sus relaciones amorosas, con enunciados en negrita, tras los cuales explicaba, con comentarios claros y precisos, lo que había aprendido de «Rich» o «Josh» o «La Toya». Por si necesitábamos referencias, citaba tres nombres acompañados de sus respectivos números de teléfono. Para comprobar si los números de teléfono que proporcionaba existían realmente, Rusty llamó a alguien que ella había listado como «Joey F(ucking). Bastard». Cuando le saltó un contestador («Empresa de jardinería Joe Lightcloud: terrazas, patios y jardines»), se dibujó una sonrisa sarcástica en su cara, que mantuvo hasta el pitido final.

Una semana después, Meryl Dryzak estaba sentada frente a nosotros en el despacho de Rusty. No la chica de la carta, sino una chica como su carta: educada y atrevida. Llevaba una camiseta larga verde oscuro con un estampado de Led Zeppelin en el pecho, un cinturón ancho con herrajes ceñido a sus caderas estrechas, una minifalda deshilachada con estampado de camuflaje y unas Nike de baloncesto. Con el pelo castaño oscuro recogido en una trenza y la expresión serena, una mezcla perfecta de Mona Lisa, Kate Moss y heroína de cómic manga, no sólo se desmarcaba completamente del tipo *cheerleader* que infestaba el Valley por su aspecto (no llevaba los labios llenos de bótox, no lucía ni un tatuaje y no tenía la típica risita tonta) sino también por su comportamiento. Inteligente y seria. Su tono era formal, el timbre mesurado y un poco monocorde, pero desprendía mucha seguridad cuando hablaba con esa voz desganada; al igual que su carta, resultaba pervertida de un modo poco habitual.

Como siempre, Rusty fue quien llevó la voz cantante; no le gustaba ceder el papel principal en las entrevistas.

—Meryl —dijo tras hacer un par de bromas sobre el kilo de azúcar que siempre se echaba en el café—, por tu manera de hablar, la manera en la que te has presentado en tu carta, pensamos que eres una chica inteligente y con talento. Una chica que sin duda dispone de capacidades para convertir su futuro exactamente en aquello que ella quiera. Leí que estudias Cine y Literatura, pero supongo que habrías podido elegir por las mismas razones Derecho o Medicina, o Ingeniería Aeroespacial. Sin embargo, quieres trabajar para nosotros. ¿Puedes decirme algo de tus acreedores?

Rusty había dado por hecho que no lo entendería a la primera, pero lo entendió perfectamente.

—El dinero no me interesa —dijo sin sonreír—. El dinero no me excita tanto.

Y como si Rusty fuera Herbert von Karajan y ella una violinista que estaba haciendo una audición para la Filarmónica de Berlín, explicó que le atraía el negocio por el intenso placer que le producía el sexo, un placer que quería explorar hasta lo más recóndito. Lo hacía en primer lugar «por el placer sexual, que no es un objetivo trivial en absoluto», dijo con picardía; y en segundo lugar por su deseo de compartir con el máximo número de personas posible los resultados de esa exploración personal, ya que ella también tenía un lado altruista y consideraba la pornografía, «la buena pornografía», aclaró con el dedo índice levantado, una aportación infravalorada a la felicidad de mucha gente. Contó que había nacido en Steamboat Springs, un pueblo pequeño en las Montañas Rocosas de Colorado, y que durante dieciocho años había realizado un estudio detallado de todo lo que era aburrido, vulgar y soporífero. Y que ella quería empezar una nueva etapa.

—¿Tomas meta? —le preguntó Rusty.

Yo ya me había dado cuenta de que la entrevista se le estaba haciendo demasiado filosófica.

—Soy una jodida yonqui.

—Ajá.

Rusty simuló anotar algo. Nosotros las habíamos visto de todos los colores, en Coldwater se decían barbaridades de la mañana a la noche, sobre todo en el plató y sus alrededores, pero ¿así? Sin la vulgaridad espontánea que caracterizaba a sus compañeros de profesión (y quién sabe si también sin su hipocresía, su chifladura malsana, su mala fe caprichosa, que, debía admitir,

me parecían inevitables para sobrevivir en esta ciudad), sin sus bromas soeces, ni su manía de meterse de una vez paquetes enteros de chicle en la boca y masticarlos con insolencia, sonaba muy distinto, más irreal. Más duro.

En toda la conversación no soltó el libro de bolsillo de Houellebecq que llevaba en la mano, con el dedo anular entre dos páginas. Cuando Rusty le aconsejó que eligiera un *nom de plume* (dicho por él sonaba tan ridículo que no pude evitar reírme, pero me di cuenta de que le había impresionado el halo artístico e intelectual que ella desprendía), la chica le pidió que le sugiriera algo. Rusty se tomó su tiempo para pensárselo, pues tenía una reputación que mantener cuando se trataba de nombres artísticos.

—Gigi Green —propuso él al final.

—Bobbi Red no está nada mal —respondió ella en el acto.

Creía que ese «Green» fomentaría que la encasillaran en cierto tipo de papeles, algo que ya temía debido a su constitución delgada, de niña.

—Digamos que no estoy dispuesta a aparecer con braguitas blancas y calcetines a cuadros escoceses hasta los veinticinco años. *Papi se folló a la canguro* número tropecientos, ya sabes.

Vi cómo Rusty contenía la risa. No solían gustarle las que se lo tenían muy creído, lo normal era que a una niñata con ese tipo de ínfulas le hubiera arrojado un paquetito de calcetines de Harry Potter.

—Muy bien pensado, Bobbi —le dijo.

Pero también era muy guapa. Era fabulosa, de verdad. Después de desnudarse y haber dado la obligada vuelta sobre sí misma («ponte de rodillas un momento, sobre esa silla, sí, el culo hacia nosotros, así, sí, la espalda arqueada, mira hacia atrás... muy bien, así»), nos dijo que había venido a Los Ángeles con cuatro mil dólares que había ahorrado sirviendo mesas en un restaurante de Steamboat Springs. Desde hacía un par de días vivía en un apartamento alquilado en la parte alta del valle, sin aire acondicionado, sin cocina, sin nada en realidad. Me imaginé ese cuartucho y lo que le esperaba, la imaginé en los platós donde se pasaría los próximos meses, con sus tetitas escuálidas de adolescente. Y me invadió un sentimiento que nunca había aflorado en otras entrevistas: un deseo de cuidarla.

A Rusty le asaltaron otros pensamientos más prosaicos y abrió su agenda de piel de cocodrilo para reservar las primeras fechas. Como siempre que le gustaba el nuevo fichaje (¿y cuándo no le gustaba en realidad?), se programó él mismo como compañero de reparto. En eso era muy consecuente. Para eso había montado todo el chiringuito. Luego sacó su cajita sobre la mesa, la coca, el Viagra... sin sus polvitos, poco podía hacer Rusty Wells. Como a

Bobbi le pareció que tres o cuatro rodajes en un mes eran poca cosa, llamó a Kwimper Girls delante de ella. Guiñándole un ojo, no dejó de alabarla mientras hablaba con Toby Kwimper, líder de la industria desde sus inicios. Hacía ya treinta años que Kwimper llevaba el timón de su agencia desde un Buick que apestaba a tabaco en el que desde el mediodía hasta muy entrada la noche recorría las carreteras de San Fernando Valley. «Bobbi es una mujer especial, Kwimp, y ya sabes lo que eso significa cuando yo lo digo. Vamos a oír hablar mucho de ella».

Fueron palabras proféticas, sobre todo para Rusty. El destino le dio la razón. En poco tiempo, Bobbi Red, antes Meryl Dryzak, se convirtió en una figura de culto, en una estrella del porno de proporciones insólitas, fuera de lo común. Era en cierta forma *underground*, es verdad, pero sus películas se distribuían de manera generalizada y trascendían claramente los límites del género. «Bobbi se convertirá en la nueva Jenna Jameson», repetía Rusty como un loro a *Rolling Stone*, pero tanto Rusty como *Rolling Stone* lo enfocaban mal. Jameson era de la vieja escuela, una reina del porno a la antigua. Bobbi no. A Bobbi ya no se le podía colgar esa etiqueta, Bobbi trascendía todas las etiquetas. Aunque sus películas no eran menos *hardcore* (ganaba un premio AVN tras otro), esa chica misteriosa, perspicaz y frívola tocaba la fibra sensible del público, dentro y fuera del valle. Los creadores de tendencias en la red estaban locos por ella, los fotógrafos más prestigiosos la querían como modelo, los grupos de música indie le pedían que actuara en sus videoclips. Había aparecido en la portada del nuevo cedé de los Smashing Pumpkins. Había aceptado que un redactor de *Los Angeles Times* la siguiera durante medio año. Había creado un videoblog en YouTube en el que filosofaba, con su tono sobrio y resuelto, sobre la vida escabrosa que llevaba. Y ahora iba a aparecer en el programa de Tyra Banks.

Tras esa primera entrevista, Bobbi nos había tendido una mano huesuda, dispuesta a irse y yo la había acompañado al vestíbulo, bajando juntas la escalera de madera, impelida por esa necesidad de protegerla. Finalmente, una vez en la puerta, mientras ella cogía el móvil para llamar un taxi, le ofrecí que se viniera a vivir a mi casa gratis, sin compromiso, para que pudiera aclimatarse poco a poco. Me miró sorprendida y rechazó amablemente la oferta, pero insistí hasta que aceptó.

¿Por qué? Hasta el San Fernando Valley se arrastran cada año cientos de Bobbis; putas fracasadas, despreocupadas, estúpidas, avispadas, aventureras,

jodidas y heridas que se desperdigan como cucarachitas rosa bebé por los innumerables apartamentos para una persona que se alquilan por unos mil dólares entre la Ronald Reagan Freeway y Ventura Boulevard. Desoladores pisos pintados de blanco, donde haga frío o calor, se tumban en un colchoncillo de Walmart a esperar una llamada de su agente para que se pasen al día siguiente, o incluso esa misma tarde, por alguna mansión anónima con tresillos espantosos donde actuar en películas como *Comparte mi polla 12* o *Cum Dog Millionaire*. Quizá fuera porque quería observar más de cerca una de esas vidas. Quizá esa chica despertaba en mí una especie de sororidad genética, de la parte de mi genética que se estaba marchitando en un rincón apartado de mi ADN.

Bobbi se quedó dos meses. En una habitación grande con un balcón que daba a Sunset con vistas al océano Pacífico. Y aunque llegué a prepararle platos más nutritivos que las *pizzas tzatziki* que se pedía por teléfono y pasamos por lo menos diez noches sentadas la una frente a la otra a una mesa con mantel, nunca llegamos a hacernos amigas íntimas. Era demasiado reservada, o yo no le parecería lo suficientemente interesante. Le saqué con sacacorchos que había crecido con su madre y un hermano dos años mayor. Su padre había muerto en 1991, en la primera guerra del Golfo. «Fuego amigo», me dijo a secas.

Ella, por su parte, no paraba de hacerme preguntas, pero siempre eran de índole práctica, incluso cuando se trataba de mi pasado. «¿Qué has estudiado?». «¿Se puede ser directora también sin una carrera universitaria?». «¿Te gustaría regresar a Alemania?». «¿Te pones lavativas alguna vez?». «¿Ese Rusty tiene familia o algo parecido?». «¿Cómo se lo contaste a tus padres?». «¿Cuánto dinero cuesta esta casa?». «¿Cómo viniste a parar a este negocio?».

Cuando le respondí a esta última pregunta mostrándole en mi portátil el puñado de fotos que conservaba todavía de mi época en Enschede, no pudo evitar reír, al parecer con ternura, aunque también podría haber sido burla. «Pero esto no es porno», dijo.

En un taburete del cuarto de baño, donde a veces se pasaba dos horas seguidas metida en el *jacuzzi* leyendo un libro de uno de sus héroes literarios, con la puerta abierta pero en silencio absoluto, había un bolso Louis Vuitton que siempre se llevaba a los platós. Una noche se lo registré a escondidas: manoplas para el baño, gel de ducha, perfume, colutorio, un tubo de lubricante, cepillo y pasta de dientes, condones, un cargador de teléfono, consoladores de diferentes colores y medidas, un cepillo para el pelo y la

lavativa que yo le había recomendado en caso de que tuviera que hacer una escena de sexo anal. Me pillé a mí misma llevando la cuenta inconscientemente de las veces que Bobbi salía con ese bolso. Cuando al cabo de unas siete semanas me anunció con un mohín de pena que había encontrado un *loft* en Sun Valley, llevaba registradas ya treinta y ocho salidas. Treinta y ocho películas, cinco de las cuales las había hecho en Coldwater. Basándome en lo que ganaba con nosotros, calculé que debía de haber ingresado en su cuenta corriente unos cuarenta mil dólares.

—Cincuenta —me dijo—. Pero el dinero no es lo importante, Joy. Lo importante es la obra. —Y al pronunciar esa palabra se le escapó una risita enigmática—. La gloria eterna. Es maravilloso mostrar al mundo que sigo los dictados de mi corazón y que además quede para la posteridad.

Sí, claro, la vida en el valle era exactamente lo que ella esperaba; no, mejor incluso, y eso se debía también un poco, añadió con dulzura, a mi hospitalidad.

Una de las últimas noches que hizo uso de ella, oí una charla apagada en la sala de estar, al volver de Coldwater, aún con el pomo de la puerta de la entrada en la mano. Unas voces desconocidas hablaban con Bobbi. Oí las palabras «papá» y «absolución». Hasta que entré en el salón y vi a una mujer mayor sentada al lado de mi invitada, y frente a ellas, en el diván, a un mulato tatuado, no me acordé de que su madre y su hermano habían manifestado el deseo de visitar a Bobbi en su nueva ciudad. Una visita que había pospuesto una y otra vez, seguramente porque la asustaba un poco, pues tenía el firme propósito de aprovechar la ocasión para informar a la familia de su nueva carrera profesional. A todas luces, ya se lo había contado.

—Hola, Joy —me dijo al verme, y enderezó la espalda sonriendo—, voy a presentarte. Éstos son mi madre y mi hermano.

El chico, de aspecto rudo, se quedó sentado cuando me acerqué a él para darle la mano. Se parecía a la hermana tanto como pueden tocarse los contrarios: todo lo delicado, grácil y femenino que había en Bobbi, encontraba en ese vástago Dryzak su antípoda masculina. El muchacho tenía una musculatura exagerada y una nariz y unas cejas enormes. Miré desdeñosa sus hombros, macizos y cubiertos de tatuajes, que sobresalían de una camiseta sin mangas, cuya blancura inmaculada inflamaba dos ojos negros como el azabache. A pesar del rostro picado de viruelas en el que estaban enmarcados, era evidente que procedían del mismo tarro de aceitunas Kalamata que los de Bobbi. No se dignó a mirarme con ellos, sino que los clavó furioso en la muñeca femenina de la que salía mi mano.

—Acabo de llamar al fabricante —me dijo Bobbi—, pero no le quedan existencias en el almacén. Me temo que van a tardar un par de semanitas.

La madre, una mujer robusta, con el pelo negro, lacio y espeso, y unos pómulos elevados y prominentes, a pesar del vaquero y la cazadora de cuero parecía india. Para llegar hasta ella tenía que esquivar los trozos de cristal que había esparcidos como granizo sobre mi alfombra Flokati, de lo que me abstuve. Nos contentamos con un ademán de cabeza. El regazo ancho de la madre de Bobbi y el suelo alrededor de sus pies estaba plagado de pañuelos de papel arrugados procedentes de una caja de *kleenex* que se balanceaba sobre el reposabrazos de cuero de mi sofá. En medio de los restos de lo que había sido una familia se levantaba la estructura de tubos de aluminio negro que hacía de base del tablero de cristal de la mesa del salón. En el fondo de ese cubo tubular resplandecía entre añicos el portátil plateado de Bobbi, abierto y descoyuntado por una de las bisagras. Más allá, en la habitación, frente a la puerta abierta del cuarto de baño, se veía tirado en el suelo, como un ave abatida en pleno vuelo, el Louis Vuitton, con los tubos, los tarros, los condones y la lavativa esparcidos por el suelo a su alrededor.

—Joy es la directora de una de las productoras para las que trabajo —informó Bobbi con un entusiasmo que sonó exagerado. Como nadie reaccionaba, continuó—: Bueno, ¿no deberíamos...?

El hermano se puso en pie como si hubiera recibido una descarga eléctrica; en lugar de hacerse más alto, se hizo más ancho. Dio dos pasos vehementes en mi dirección y casi pegó su nariz aplastada de ravioli a la mía.

—Si fueras un hombre —dijo con un aliento que apestaba a calamares—, te rajaría de arriba abajo y te sacaría las tripas. El que no seas un hombre, sino una mujer, sólo puede significar que Dios no te ha abandonado del todo.

Después de decir esas palabras, salió disparado al recibidor y se quedó allí resollando sonoramente, esperando a que Bobbi y su madre se le unieran.

El sábado al mediodía, tras la búsqueda triste e infructuosa que había llevado a cabo en casa de Aaron, fueron a visitar a Ria y Hans, dos amigos de Tineke de la época en la que vivió en Utrecht. Dos horas dentro del Audi, con el aire acondicionado puesto y en silencio la mayor parte del trayecto. En Radio 2, un parlamentario debate con un defensor del ramo y un inspector estatal sobre la concesión de las licencias pirotécnicas. Él capta algo sobre la teoría de la gota. El muslo trémulo de Tineke empuja el suyo.

—¿Has oído eso? —le pregunta.

—¿El qué?

—Lo del nitrato de celulosa. Justo después de la catástrofe encontraron nitrato de celulosa.

—Gritan tanto... —dice.

Pero no tiene ni idea, no sabe qué es el nitrato de celulosa, está pensando en otras cosas. Sería mejor escuchar, porque el lunes habla ante la comisión Oosting. Pero no puede quitarse el yate de la cabeza. No deja de preguntarse qué sabe realmente de sus hijos. Un padre que lleva años sin ver a su hijo, y cuya hija mayor estudia, para colmo, en su propia universidad. ¿Y qué sabe él?

Por la mañana, cuando Tineke estaba en clase de cardiofitness, Sigerius había llamado al número que aparecía en la factura del puerto. Desde el móvil, por supuesto. Le había contestado un tipo que no hablaba inglés. Y había sido un desastre, ni siquiera había conseguido que le entendiera el «volveré a llamarlo» que le había dicho en su francés de colegio. Había subido por la escalera corriendo y, en el diccionario de francés que guarda en el estudio, había buscado tantas palabras de referencia como le había sido posible. Al siguiente intento, el tipo no le había cogido el teléfono. Sin embargo, un cuarto de hora después había conseguido hablar con él, aunque había tenido que mentirle diciéndole que era el padre de A. Bever. Así había averiguado, con su francés de *camping* —el hombre que quiere ser ministro

de Educación se expresa en un francés de *camping*—, que ese barco era propiedad de Aaron, «*propriété de monsieur A. Bever, oui monsieur, Bever de Enschede, né le 8 janvier 1972 à Venlo; oui, c'est ça*».

Al escucharlo, había sentido como si fuera él mismo a quien hubieran lanzado al mar, pero en el Ártico. Tras el primer susto, con una dolorosa sensación sofocante en el pecho, le había pasado de todo por la cabeza (drogas, mafia, trata de blancas, el traficante Klaas Bruinsma, sexo, sexo, sexo) y se había empeñado en negarlo: se trataba de un malentendido, era imposible que esos dos tuvieran un yate que costaba millones. ¿Un yate que se alquilaba en Florida por más de cien mil dólares a la semana? Era una locura... Mejor dicho, él estaba volviéndose loco.

Pero ahora se lo cree. Porque ¿qué sabemos los unos de los otros? Bien mirado, ¿qué sabe un padre de sus hijos? ¿Un yate? ¿Puede un hijo esconder que tiene un yate a su propia familia? ¿Qué sabe un padre de sus hijos?

Para conocer la respuesta sólo tenía que retroceder una generación: ¿qué sabía su padre de él? De pronto, ya no se encuentra en el coche, sino de vuelta en Delft, en la casa paterna de la Trompetsteeg, lleno de moratones y sin poder moverse por las agujetas, como solía ocurrirle los domingos. Pero el famoso domingo que está recordando en este momento el dolor le importaba un bledo porque el día anterior, en el Energiehal de Róterdam, se había erigido en campeón de los Países Bajos. ¿Y su padre? Su padre no sabía nada. Él estaba sentado en el piso de abajo, sin querer enterarse de nada.

¿1962? 1962. Desde la claraboya de su cuarto, aún pletórico por su éxito, miraba el callejón de su infancia, que apenas había quedado atrás. En el tocadiscos portátil Garrard sonaba uno de sus vinilos de 33 revoluciones, enmarcando la melancolía dominical que asomaba como una mano de gigante por el hueco estrecho de la escalera y tanteaba la planta superior. Ojalá estuviera en el cuartel. Ankie, su padre y él habían comido en la cocina. Después del postre de naranja y yogur natural de siempre que su padre les había servido tras esperar una eternidad (el hombre pelaba completamente la naranja, la separaba gajo a gajo y luego, con los dedos chorreando, la troceaba; una operación que duraba media hora), él había subido a su cuarto, donde esperaba el momento de recoger el petate y regresar en bicicleta a Utrecht. Debían de ser las siete, porque ya estaba oscureciendo en el callejón, cuando se abrió una puerta en la otra acera y uno de los hijos de Karsdorp cruzó en zapatillas los adoquines negros y llamó a la ventana de su casa.

—¡Ank! —bramó el padre desde el cuarto de estar.

Él oyó cómo su hermana descorría la cortina negra de terciopelo y luego se abría camino entre las bicicletas hacia la puerta de la calle. Los saludos, las voces que se apagan en el acto, Ankie que sube por la escalera y asoma los rizos castaños por el umbral de la puerta.

—Ven, rápido —le susurró—, sales en la televisión.

En estado de alerta, introdujo los pies con rapidez en el calzado de soldado. Abajo, en la sala de estar en penumbra, reinaba el silencio. Su padre, con el traje de los domingos, estaba sentado a la mesa leyendo. La lámpara de cobre del techo arrojaba un foco de luz sobre uno de sus libros de comercio, forrado con papel jaspeado, de la escuela nocturna. Con las gafas de lectura, miraba las páginas como si el chaval de los Karsdorp, que estaba de pie junto a la mesa, observando el desgaste de la moqueta, no existiera.

—Hasta la vista, señor Sigerius —se despidió el chico.

Y él y Ankie siguieron al vecino por los adoquines resbaladizos hasta la casa de sus padres, que parecían todavía más pobres que ellos, pero que eran los únicos de la calle que tenían televisor.

—Aquí se viene a mirar, no a comer —dijo el padre, para acotar ese libre albedrío improvisado.

El pequeño cuarto de estar olía a coliflor y salsa grasienta, y estaba lleno de niños y adultos en sillas, apretados unos contra otros. En el rincón, junto a la ventana, el ojo de un mueble barnizado proyectaba las imágenes de un partido de fútbol vespertino.

—Sentaos, chicos —dijo la señora Karsdorp, una madre entrada en carnes, de piel pálida y un cabello pelirrojo y espeso imposible de dominar.

También allí se hubiera oído caer un alfiler. Fue más tarde cuando cayó en que en realidad se había hecho el silencio cuando él había entrado en la habitación, los ojos de todos los presentes habían permanecido clavados en el programa *Sport in beeld*, como si él fuera la causa de su timidez, por ser campeón, o por su uniforme militar.

Después del fútbol, habían emitido un reportaje breve sobre una competición de natación, y a continuación las imágenes del torneo de yudo de Róterdam. La voz de Jan Cottaar pronunció el nombre del defensor del título Joop Gouweleeuw, también de Delft, y el cámara enfocó con el *zoom* la imagen del campeón del mundo Anton Geesink, «que había visto pasar el título nacional por delante de sus narices». Y allí estaba él, «Simon Sigerius, de diecinueve años», al borde del tatami, preparado para el combate final contra Jan van Ierland. Él estaba sentado en un sofá estrecho de dos plazas

junto a su hermana. Al lado tenían al señor Karsdorp, que fue el primero en abrir la boca.

—¿Vuestro padre no viene a verlo? —preguntó.

Siem vio que Ankie quería responder algo, casi seguro alguna disculpa.

—No creo que venga, señor Karsdorp —dijo Sigerius, adelantándose a ella; su voz resonó alta y dura en el cuarto de estar—. Mi padre piensa que el yudo es un deporte de traidores. Ni siquiera sabe que soy campeón.

Así estaban las cosas, y no había tiempo para una réplica, porque en el tatami ya se había empezado a vociferar. «Un formidable combate por el campeonato», había dicho Jan Cottaar, mientras todos los presentes en la habitación miraban preocupados al hombrecito en blanco y negro que acababa de pronunciar esas palabras extrañas en la vida real, y que en ese mismo momento estaba tirando y empujando a un tal Jan van Ierland en la pantalla. «Y no fue hasta el minuto tres que el soldado Sigerius, actualmente cumpliendo su servicio militar, lanzó a su oponente contra el tatami con una rapidísima décima de cadera, tras la cual se coronó campeón de los Países Bajos en la categoría de pesos pesados».

Ha olvidado si su padre, como un fósil atrapado en ámbar a la luz de la lámpara, había levantado la vista cuando Ankie y él, media hora más tarde, entraron en la sala de estar, por lo demás en penumbra. Pero lo que sí recuerda es que a su lado había una botella de ginebra. La hermana encendió las luces, él se demoró un poco junto a la puerta que daba al recibidor, y los dos se esperaron algo, un estallido, una reacción terrible.

Su padre, que moriría dos años más tarde de un ataque al corazón, dio media vuelta —su pelo, que clareaba en la nuca, estaba húmedo de brillantina— y se acercó al aparador que había a su espalda. Cogió tres copas, las puso sobre la mesa y las llenó grácilmente hasta el borde de ginebra.

—Ank, ¿vienes? —dijo—. Vamos a brindar por Siem.

Y cuando la hermana y él, incómodos, estuvieron junto a la mesa, el padre les dio una copa a cada uno.

—Yo no bebo alcohol, padre —dijo él.

—Hay demasiadas cosas que no haces...

El padre cogió la copa por el pie de plata y la levantó. Cuando Ankie y él lo imitaron, dijo:

—¡Por nuestro traidor!

Era cierto. Durante años había estado engañando a todo el mundo, entrenando como si fuera un miembro de la Resistencia. Aunque de hecho todos lo sabían: sus hermanos y hermanas, sus compañeros de clase, los vecinos de enfrente y, al final, todos los suscriptores del diario *Delfts Katholiek Dagblad*. Todos menos su padre. Durante años estuvo practicando yudo a hurtadillas; primero, una vez por semana, hasta que desgastó el kimono. Luego, tres veces, y al final, cuatro. Durante todo ese tiempo manejó un intrincado sistema de mentiras, tretas y compinches para poder hacer lo que más le gustaba.

A su padre lo sacaba de quicio. Se dio cuenta tras una visita a casa de su hermana mayor y su marido que acabó en desastre, y adonde padre e hijo habían transportado un escritorio de roble macizo extremadamente pesado. Era un mueble viejo que la empresa donde trabajaba el padre había tirado y que llevaba un par de semanas en el salón como un galeón encallado. Lo arrastraron desde la Trompetsteeg hasta la Kruisstraat. «Yo lo veo bien, me quedo con el trasto», había dicho Loes. Fue una tarea ardua; hacía un frío glacial y cada quince metros se veían obligados a apoyar la mole de roble en medio de la calle, vacía por ser domingo.

Tenía el rostro congestionado por el esfuerzo, pero quizá también por el trayecto que, de repente, su padre y él estaban recorriendo juntos. Hacía ya un par de semanas que lo seguía todos los martes por la noche a lo largo de esas mismas aceras, con cautela, como si fuera un detective privado vigilando de cerca a un jefe de los bajos fondos, cruzando el Beestenmarkt y enfilando por la larga Molslaan con una bolsa de papel de Spar bajo el brazo. Antes de que torciera a la izquierda por la Kruisstraat, la trenca de su padre ya era un óvalo gris oscuro en la lejanía, de camino a las clases nocturnas de la escuela de comercio, que estaba al otro lado de la estación de tren. Entonces, Siem llamaba a la puerta de la casa de Loes y Gerrit para que su hermana, con un pie en la acera y el otro en las baldosas de su pequeño recibidor, le metiera en la bolsa el kimono lavado y almidonado. Después él salía corriendo, rezando para conservar la ventaja que le llevaba a su padre, en dirección al canal de Oude Delft para llegar a tiempo al *dojo* de Uke-Mi.

Hacía seis meses que le había hablado por primera vez de yudo. Por entonces, ya había asistido a unas diez clases de prueba con el señor Vloet. Y como si tuviera un vago presentimiento de que su padre no compartiría su mismo entusiasmo, se preparó bien; le pareció buena idea empezar contándole algo de la filosofía que se escondía tras su nueva afición. El yudo era mucho más que lucha; el señor Vloet, que en París había compartido el tatami con

maestros japoneses, había dedicado toda una clase a explicarles los conceptos del profesor Kano, el maestro fundador de dicho deporte y cuyo retrato colgaba en una ubicación privilegiada en todos los tatamis. Había sido una velada fabulosa. Y aunque el señor Vloet podía hacértelas pasar canutas, si tu proyección de hombro no le parecía perfecta gritaba por toda la sala con una voz atronadora: «¡Eres un palo de escoba!», también podía hablar de manera amable y tranquila. Durante una hora por lo menos habían estado sentados a su alrededor, y esa misma noche, mientras cenaban, Siem se oyó a sí mismo repetir emocionado lo que recordaba de la clase.

Sus hermanos y su hermana pequeña lo escuchaban mientras masticaban, y también su padre guardaba silencio, con las coderas de cuero de su jersey apoyadas en el mantel bordado y mirándolo por encima del plato de berzas humeante. La expresión de su cara, demacrada y llena de arrugas, transmitía agotamiento. Quizá porque siempre estaba sentado, tanto en casa como en la oficina, los hombros huesudos le caían hacia delante y el cuello se le veía largo y viejo.

—Así que, padre, el yudo —dijo— tiene en realidad poco que ver con la lucha. Más bien nada. Lo importante es el control y el respeto por el adversario. El profesor Kano, el fundador, no lo llamó «yudo» porque sí, lo hizo porque en japonés significa «camino de la gentileza». Esperaba hacer del mundo un lugar mejor.

—¿«Mejor»? —preguntó el padre—. ¿Mejor con qué?

—Con el yudo. El profesor Kano nunca planteó el yudo como un deporte, sino como una especie de... de educación. En Japón lo aprenden en la escuela, padre, allí todos aprenden de muy pequeños los ideales y principios que se representan detrás, ¿lo entiende?

El padre hizo algo a lo que no estaba acostumbrado: sonrió. Su rostro fatigado se desencajó conformando una mueca que sorprendió a Siem, tanto como si le estuviera viendo las piernas desnudas. No era una sonrisa alegre. Lo que no había sido capaz de expresar con palabras a sus trece años, estuvo rondándole la cabeza como un vaho grasiento durante mucho tiempo: su padre era un hombre derruido. Había montado con su madre una tienda de artículos de escritorio en la Choorstraat, un negocio pequeño y tranquilo que funcionaba gracias al entusiasmo de la madre pero que, tras su muerte, de forma incomprensible para todos, se había ido a pique rápidamente, como el agua de una bañera si alguien saca el tapón. Tuvieron que mudarse. Y desde entonces, su padre vivía con cinco hijos y una nube de acreedores en esa casucha de mierda. Se esforzaba, pero había perdido toda la ilusión. Dijo:

—Nada se representa detrás de algo, Siem. Eso no se dice así. Pero cuéntame más sobre esos ideales japoneses.

—Vale —repuso su hijo, ansioso, y pensó en las palabras exactas que había empleado el señor Vloet—. Bueno, al profesor Kano la colaboración le parecía muy importante. Tanto sobre el tatami como fuera de él; los yudocas deben ayudar a otras personas.

Vio que Ankie disimulaba un bostezo. Freek hizo como si estuviera remando.

—El profesor canoa —apuntó.

—La colaboración aumenta el *benestar* de...

—«Bienestar» —corrigió el padre.

—El bienestar de todo el mundo. Cuando actúas con deportividad y respeto, aumentas la felicidad de los demás, y también la tuya propia. No es como en el boxeo. Los boxeadores sólo se pegan palizas entre ellos. Los yudocas se tienen respeto entre sí.

—¿Y por qué se estrangulan entonces? —preguntó Freek.

—Es un juego, zoquete —le espetó Siem—. Cuando se golpea el suelo, nos soltamos enseguida.

—¿Quién crees que ganaría —replicó Freek—, Floyd Patterson, o como se llame ese... ese Anton Geesink vuestro?

El padre se acarició el cuello escuálido con la mano izquierda.

—Siem está hablando como si llevara años practicando ese... deporte —dijo a los demás.

—Pues, mira, no es así —respondió Siem asustado.

Quería a su padre porque era su padre, porque hacía el esfuerzo de ir dos veces por semana a la escuela nocturna, porque era viudo y en cierta manera también la madre de todos. Pero le tenía miedo, quizá porque, de tan amargado que estaba por culpa de la vida, era imprevisible.

—Patterson dejaría a ese Geesink muerto y bien muerto —dijo Freek.

—No es así, padre —repitió Siem—, por eso le estoy contando todo esto, porque quiero preguntarle si me permite apuntarme. Me gustaría mucho aprender yudo. Hay un buen gimnasio en el Oude Delft. Ya he ido a un par de clases de prueba.

Al oír «clases de prueba», su padre se meció como si fuera en un tren que acababa de cambiar de vía.

—¿Cómo se llama ese profesor? —preguntó de repente.

Siem nunca olvidaría lo que su padre había dicho cuando Freek le perforó el pie a la pequeña Jet Kolf con una peonza. Le atravesó el botín con la punta

de hierro y la sangre le salió a borbotones. Alguien fue a buscarlo, no recordaba quién, y su padre salió sin abrigo al Bestenmarkt. «Si ya lo decía yo —rugió mientras le pegaba a Freek un buen par de bofetones—... Tendría que haberos metido a todos en un internado».

—Usted se refiere a nuestro *sensei*, padre. Así le llaman los japoneses.

—Te estoy preguntando cómo se llama ese hombre.

—Señor Vloet.

El padre negó con la cabeza como si el señor Vloet no se llamara «señor Vloet».

—Pobre chaval —dijo—, te crees todos los cuentos chinos que te sueltan. Esos rollos ridículos sobre respeto y virtud... Ese hombre no tiene ni puta idea de lo que está hablando.

—El señor Vloet tiene el tercer dan, padre. Eso no se consigue así como así.

Siem sintió una patadita en la pierna. Daan lo miraba fijamente con los labios apretados y negando con la cabeza de manera apenas perceptible.

—Me importa una mierda qué *dam* tiene o deja de tener ese señor Vloet —soltó el padre, de repente violento—. Lo que no aguanto son esas majaderías sabiondas sobre los japoneses. No le vengas a tu padre con cuentos, Simon. No me vengas con chorradas como lo virtuosos que son. O sobre la felicidad de los demás. ¡Dios me libre, eh!

Al pronunciar «Dios», el padre dio un golpe fuerte con el que rozó el borde del plato y lo partió en dos. Primero se produjo ese sonido estrepitoso, y luego se instaló un silencio absoluto. Freek y Daan miraban con los ojos muy abiertos sus respectivos trozos de salchicha. Ankie, con la boca llena, tenía la mirada clavada en su padre, que, como si el plato estuviera intacto, pinchó un pedazo de patata del mantel, se llevó el tenedor a la boca y masticó. Después de tragar, dijo con calma:

—Siem, escucha. Vas a decirle a ese Vloet que tu padre estuvo preso en Birmania. Le dices: «A mi padre lo condenaron a trabajos forzados y estuvo construyendo la línea férrea de Birmania». ¿Entendido? Así le quedará bien claro por qué de ahora en adelante no volverás a sus clases.

Cuando llevaban recorrida más de la mitad de la Molslaan, se habían parado y estaban soplándose los dedos. Cualquiera diría que transportaban a alguien metido dentro de ese escritorio.

—Vamos bien, muchacho.

A Siem el sudor le chorreaba por la espalda, por el esfuerzo pero también por la angustia. Confiaba en su hermana, sabía que ella nunca lo traicionaría, pero de su cuñado estaba menos seguro. Ese Gerrit siempre con las uñas negras de trabajar en el taller... le parecía un tipo raro, de esos que las matan callando. Le lamía tanto el culo a su padre que los hilillos de baba tocaban el suelo. Conocía los rumores de todo el mundo, asuntos de los que nunca hablaba nadie. La causa exacta de la muerte de su madre, por ejemplo. Siem se enteró de boca de Freek, que se lo había oído contar a Gerrit. Su madre, su dulce, cariñosa y bella madre, según Gerrit habría muerto por culpa de un forúnculo. Un forúnculo en la nariz. «¡¿Qué?!», había exclamado Siem alarmado. ¿«Forúnculo»? ¿«Forúnculo»? Sonaba como el nombre de un mono al que Rusia hubiera enviado al espacio.

—Una especie de grano lleno de pus —le aclaró Freek.

—Pero de eso no te mueres, ¿no? —balbució Siem asustado.

—Sí cuando... ¿cómo se dice? —continuó Freek—, cuando el pus se te mete en el cerebro por la nariz.

No le gustaba que Gerrit supiera que estaba yendo a yudo a escondidas. Que supiera que no iba a dejarlo. La tarde que se había pasado por casa de Loes y Gerrit para preguntar a su hermana si podía lavarle los kimonos, su cuñado había fruncido el ceño. Gerrit le había preguntado si tenía diez minutos, el tiempo que necesitó para explicarle con lujo de detalles por qué a su padre no le gustaba el yudo. ¿Sabía Siem algo de la guerra? ¿De la India? ¿Lo que le habían hecho a su padre esos caretos amarillos? ¿No?

—Ay, chaval —dijo Gerrit con una mueca—, lo dejaron muy mal parado a ese viejo tuyo. Ya lo creo. Primero lo hicieron caminar durante doscientos kilómetros, hasta Birmania, con los pies descalzos, siete noches seguidas. Luego estuvo dos años arrastrando traviesas catorce horas al día, sin nada de convenios colectivos, devorado por las úlceras y los piojos. Y los japos venga a darle palos. ¿Alguna vez le has visto la espalda a tu padre?

—No.

—Pues no quieras verla, chaval. Cuando tú llevabas pañales, tu hermana y yo vivíamos con vosotros. Cada noche, a las tres de la madrugada, empezaba todo. Tu padre se ponía a llorar como un bebé. Dormía en una habitación solo, porque tu madre necesitaba descansar. Debajo de su cama tenía una de esas, cómo se llama, una de esas espaditas, un sable, y si vuestra madre o yo...

Loes había entrado en la sala y estaba dejando el café sobre la mesa.

—¿Qué mentiras le estás contando al chico?

—... o tu hermana, aquí presente, íbamos a calmarlo, saltaba encima de la cama y se ponía a blandir ese sable de mierda. «¡Largo, sucio japo!... ¡Te voy a matar!». —Se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja—. ¿No es cierto, Loes?

Su hermana le ofreció una caja con pastitas.

—Tu padre logró escapar —continuó Gerrit—. Huyó del campo. Y se pasó dos semanitas por la jungla. Sí, sí. Todo un héroe. Tu padre es todo un héroe.

Tal vez porque sólo tenía catorce años y nunca había tenido piojos, no digamos ya recibido golpes bien dados con un palo, o tal vez porque se estaba sintiendo mal con el ceceo venenoso de Gerrit, a Siem le costaba trabajo seguir escuchando.

—El Kenpetai, a ésos sí que los conoces, ¿no? Puedes llamarlos tranquilamente la Gestapo Amarilla. Tu padre cayó rápidamente en sus garras. Pobre tipo. El resto de la guerra se lo pasó metido en una caja de hierro, una casita propia de un metro por un metro. No podía estar sentado, no podía estar de pie, no podía tumbarse. Un par de veces a la semana lo sacaban de allí para molerlo a palos un poco más... sí, sí.

Ya en la calle, de camino a casa, volvió en sí y reaccionó. Si todo lo que contaba Gerrit era verdad, le parecía terrible por su padre, de veras, pero ¿qué tenía que ver un club de judo de Delft con la guerra en Asia?

Su padre y él habían vuelto a levantar el escritorio, esta vez los dos por el tablero superior, habían doblado la esquina y entraban dando pasitos en la Kruisstraat, con su padre caminando hacia atrás y volviendo la cabeza de vez en cuando. Aunque le temblaban los brazos por el esfuerzo, no podía evitar seguir pensando en el judo. No le quedaba más remedio que reflexionar. Aún les faltaban unos veinte metros cuando por el otro lado se acercó haciendo un ruido agónico el Volkswagen verde oscuro de su cuñado. Gerrit aparcó en batería delante del número 23. Desde que su padre había dejado el mueble en el suelo y se había dado la vuelta, Siem había empezado a darle vueltas a la cabeza. Vio salir a Gerrit, como una paloma mensajera, de su cúpula verde oscuro. Hacía poco que Gerrit había llevado a su padre a Róterdam en coche. De pronto lo invadió una indignación jubilosa. Loes y su marido tenían un Volkswagen. Un trasto alemán, un coche que había encargado el puto Adolf Hitler. ¡Y su padre iba a meterse allí dentro sin más! ¡En un coche de Hitler!

Gerrit se dirigió hacia ellos.

—¡Ya lo cojo yo! —gritó desde lejos a su suegro, que tenía apoyada la espalda en el borde del escritorio.

—Padre —dijo Siem.

Pero él no se volvió.

—¡Padre! Dígame una cosa, ¿por qué Loes y Gerrit pueden tener un coche fabricado por los cabezas cuadradas, pero yo no puedo ir a yudo?

Todo pasó muy rápido. Su padre rodeó con dos zancadas el escritorio. Siem nunca lo había visto hacer nada con tanta rapidez y agilidad. A continuación, sintió un dolor palpitante. Dura e inmisericorde, la mano abierta de su padre había aterrizado sobre su oreja izquierda, una zona vulnerable que en los próximos dieciséis años de competición se transformaría en coliflor. Con la bofetada se le habían llenado los ojos de lágrimas, pero las contuvo. Las retuvo parpadeando hasta que volvió a ver con nitidez la madera nudosa del mueble. El padre le señaló con el brazo extendido la calle por donde acababan de llegar.

—Fuera de mi vista. ¡Andando!

Ria y Hans habían vivido en la segunda planta interior de una calle lateral de la Antonius Matthaesuslaan, pero luego se mudaron junto al Wilhelminapark, en una casa grande y reformada que Hans ha comprado gracias a su negocio de importación de vinos sudafricanos. Comen en el jardín, a la sombra. Tras un par de copas de tinto Kranskop, Sigerius se pone a discutir con su anfitrión, un ajedrecista con opiniones bastante rotundas sobre los méritos matemáticos del ajedrez. Al percibir el fanatismo acérrimo con que se empecina en su postura (que por otra parte ha tomado prestada de G. H. Hardy, quien afirma que el ajedrez, a pesar de todo su encanto, carece de algo esencial y es que no es importante, al contrario que las matemáticas: «Las matemáticas son bellas y relevantes, Hans, eso es algo que no puede decirse del ajedrez»), se da cuenta de lo mucho que lo exaspera ese yate. Debe encontrar la manera de subir a ese desván.

A la mañana siguiente, mientras se despiden, Sigerius y Tineke aceptan la invitación de celebrar la Navidad en los Alpes franceses, en el chalet que tienen allí Hans y Ria. Tineke se pone al volante y pasa, como siempre que están juntos en Utrecht, por la Antonius Matthaesuslaan, pero él apenas se fija en el entorno. ¿Debería volver a casa de Aaron? Toma como modelo a su padre y se pregunta si éste realmente no supo nada hasta la noche en la que se tomaron la copa de ginebra, el día del campeonato. No, por supuesto que lo sabía. En otra época, Siem interpretaba su tozudez a la hora de rechazar el yudo como una tara, como la miopía, y a medida que transcurrían los años como un puro y simple desinterés de viejo. Ahora, por primera vez, intenta

pasar por encima de todo eso y ponerse de verdad en el lugar de un padre, profundamente humillado y resentido, y ese ejercicio de empatía lo lleva a pensar que su progenitor consintió que él siguiera con el yudo, se lo consintió a pesar del trauma de guerra que sufría. Cuando su padre falleció, en 1964, en su fuero interno se sintió aliviado, pues Siem tenía miedo de enfrentarse a él después del año que había pasado en Japón. Fue un alivio absolutamente egoísta. Pero en los días ajetreados que siguen a este fin de semana, esa sensación antigua adquiere un matiz nuevo, por primera vez está contento porque su padre ya no va a sufrir más, por primera vez se siente aliviado por él. Quizá por eso ahora se pregunta si él también debería consentir, hacerse el sueco como en su momento se lo hizo su padre, saber pero no saber, esperar hasta que el hijo del vecino de enfrente fuera a contarle una tarde que su hijo es un campeón. Pero ¿qué irían a contarle a él una tarde parecida?, se pregunta Sigerius.

El miércoles por la mañana se reúne con la comisión Oosting y aprovecha la oportunidad que le brinda la tarde. A las cuatro y media pasa por el aparcamiento del rectorado con la americana bajo el brazo. Canturreando, sube a su coche y baja por la Hengelosestraat. Aparca delante del McDonald's, en la Schuttersveld, y se dirige al almacén de bricolaje Praxis.

Un chico tímido, con la cara llena de granos y vestido con el polo rojo de la empresa, lo conduce a una pared plagada de radiales y cizallas. Compra la segunda cizalla más pequeña, que aun así es enorme, y vuelve a casa. Para su satisfacción, se encuentra la granja vacía. En su dormitorio, en la planta baja, se quita el traje y va al cuarto de baño. Se da una ducha de agua templada. Al respirar hondo, siente en el pecho un nerviosismo nada desagradable. Se seca y entra desnudo en el vestidor, se pone un pantalón *beige* de algodón, unos náuticos sin calcetines y un polo naranja claro. ¿Está haciendo demasiado el payaso? Se estudia en el espejo del vestidor y decide volver a ponerse el traje.

Tras buscar un poco, encuentra en el armario empotrado del dormitorio una bolsa grande de tenis donde logra meter la cizalla en diagonal. En el salón le escribe una nota a Tineke: «Hola, cariño: ¿Lo pasaste bien con tu hermana? No he podido librarme de ir a comer con esos chicos de la asociación de estudiantes. Después iremos todos a ver el partido contra Francia. Hasta luego. S.».

Poco después de las seis recorre por segunda vez la Hengelosestraat. La hora punta ya está remitiendo, ha bajado las ventanillas de ambos lados hasta la mitad y ha puesto un cedé de Cannonball Adderley. Es una tarde cálida y sin viento, y un sol grande e indolente acaricia la ciudad, haciendo conexiones

como si fuera una maqueta dañada. Hay bastante gente por la calle, ciclistas que serpentean entre los peatones o los coches y hombres que juegan al fútbol en los parques con las perneras de los pantalones remangadas. Pero no es más que una película. El elástico saxo alto de Cannonball está tocando en esa película, no en su coche. Aunque la tibia brisa de la tarde entra por las ventanillas, él siempre se ha sentido un extraño en Enschede.

Se acerca al barrio de Roombeek por el Lasondersingel. Las empalizadas siguen allí, como si fueran más antiguas que la propia ciudad. Deja el coche en el aparcamiento que hay delante del edificio bajo de apartamentos, una fortaleza ancha que ha protegido la calle de Aaron de la onda expansiva. La bolsa de deporte le cuelga pesadamente del hombro y roza las ramas de las coníferas que flanquean el sendero del jardín. Esta vez la cerradura no se resiste.

Entra en el pequeño recibidor como si fuera un sueño que se repite: huele levemente a animal, roza con los pies los folletos de propaganda que la puerta ha arrastrado. Cierra y aguza el oído con la respiración contenida. Un millón de partículas de polvo cambia de lugar, el remolino del silencio. En la sala, la misma naturaleza muerta: las cortinas que ocupan todo el ancho de la habitación al fondo siguen corridas y las raquetas de bádminton que descansaban sobre la mesita de café no se han desplazado. Tiene la boca seca. Bebe con ganas del grifo de la cocina. Se queda un rato parado ante la ventana. La bici de Aaron está apoyada en la hilera de coníferas.

Con pasos silenciosos, cargados de adrenalina, sube la escalera hasta el rellano. Huele a polvo y ropa. Deja la bolsa de deporte en el suelo, llevado por la superstición toca su kimono y mira hacia arriba. La infinita paciencia de los objetos. ¿Se atreverá? Su plan de ataque es sencillo: cortar el candado cueste lo que cueste. Si no encuentra nada, entonces se habrá equivocado de manera escandalosa. En ese caso, abandonará loco de alegría esa casa adosada y se encargará de que el misterio acerca de quién ha roto el candado siga siendo un enigma eterno. Si encuentra lo que teme encontrar, entonces... que el candado esté roto ya no importará.

Saca con dificultad la cizalla de la bolsa. El pico virgen es de acero brillante. Los mangos cubiertos de goma son tan largos que no necesita ninguna silla. Con el corazón desbocado levanta la tenaza y pone el pico en la «U» reverberante. El corte requiere fuerza y le tiemblan los brazos; la cizalla es pesada. Le imprime la máxima fuerza de que es capaz. Entonces la tenaza penetra en el acero como si se tratara de una tira de regaliz. Para sacar el candado de las argollas de la trampa y el marco tiene que ir al estudio por

una silla, a la que se sube con los brazos temblorosos. Deja caer el candado roto, con un sonido apagado, dentro de la bolsa de deporte. Respira hondo y tira hacia abajo de la escalera plegable, que emite un crujido infernal.

El hueco rectangular que da al desván es como una pompa de jabón seca en los bordes de una madera, una membrana molecular recalcitrante, un último rayo de esperanza. La esperanza de que todo haya sido una paranoia, de que todo acabará bien, una pátina de jabón suave y brillante que sigue poniéndolo a prueba con cada peldaño, cada crujido bajo sus pies, hasta que los ojos escudriñan el desván y la pompa revienta.

«¿Qué esperabas?».

No puede caerse. Como si lo hubieran crucificado, extiende los brazos sobre la moqueta rojo sangre. Dos clavos le atraviesan las palmas. Por unos segundos, sólo tiene cabeza y brazos: las piernas, el torso, la escalera, la casa, Enschede... El mundo entero ha desaparecido bajo sus pies.

Lo que conoce de las fotografías se despliega rápidamente en tres dimensiones, lo que en esas fotos carecía de olor, y en el fondo era inofensivo, ahora adquiere el aroma mortal de la madera sin pulir, del polvo y de algo suave, algo femenino, de unos polvos de talco caros. Lo que experimenta guarda un parecido enfermizo con la evidencia matemática, con aquello a lo que se refería su querido Hardy al hablar de la sorpresa ligada a lo ineluctable, a la eficiencia, a la elegancia: la lámpara potente que se enciende de golpe cuando presentas una prueba. Por ahora todo se vuelve negro.

A lo lejos percibe un jadeo pesado: su propia respiración. El desván es más amplio de lo que esperaba, la moqueta roja le escuece los brazos. Una suave luz crepuscular entra por una claraboya cerrada. En el centro hay una cama de madera de estilo campestre y romántico, con unas almohadas de encaje, un edredón blanco, abombado como la nieve fresca en una adaptación cinematográfica de una novela de Dickens. A ambos lados se levantan sendos pies de foco. La profesionalidad de esos dos espantajos lo aturde: no es un desván, es un estudio fotográfico. De las paredes inclinadas cuelgan unas láminas; las han escogido cuidadosamente, comprende enseguida. Láminas que, con toda la intención, no tienen nada que ver con Joni ni con Aaron: una foto panorámica del Gran Cañón del Colorado, otra con los dos gatitos, el póster de Céline Dion en Las Vegas. En la pared del fondo, revestida con un papel a rayas rosa y blancas, reconoce la pequeña librería con libros de

autores estadounidenses que vio en las fotos en Shanghái. Lo atraviesa una oleada de amargura y consternación cuando constata la minuciosidad, la perfección sibilina con que han compuesto aquella librería.

A la derecha, debajo de la claraboya, ve un escritorio pequeño con un ordenador; más abajo, a la altura de los ojos, allí donde el techo inclinado desaparece en un ángulo oscuro y agudo, hay dos armarios de tela con un perchero y unos cajones llenos a reventar de ropa. Vestidos, lencería... Ésas son entonces las prendas que incrementan el volumen de suscripciones. Al otro lado de la habitación, un tocador verde con un espejo ovalado y, encima, unos aerosoles y desodorantes en barra y, delante, un nostálgico maniquí de cuatro patas con ruedas en lugar de piernas. En la cabeza de madera sin rostro ve la peluca negra y lacia que despertó sus sospechas. Como si le hubieran dado una bofetada, se da cuenta de que lo que hay en el tocador no son aerosoles sino réplicas en plástico de penes. Los ojos se le llenan de lágrimas. Consoladores. Es capaz de pensar en la palabra, pero nunca podrá pronunciarla.

Durante un par de minutos, que se pasa jadeando, clava la mirada en el caballete del techo. El olor a talco lo envenena. Una viga de carga recorre el desván a lo ancho. Podría pasar una soga por ahí. Tan pronto como se da cuenta de que sus ojos están buscando un taburete, golpea con fuerza con los puños en la moqueta, casi pierde el equilibrio, y la escalera se tambalea y rechina a sus pies.

Él sabe cuánto esfuerzo cuesta hacer un trabajo que deje a los demás sin palabras, aunque a menudo sea por un tiempo decepcionantemente breve, quizá porque la gente no es consciente de todo el trabajo previo que hay que realizar para conseguirlo. La primera vez que percibió en Joni un talento parecido, la capacidad de trabajar concentrada durante mucho tiempo con un objetivo a largo plazo, fue en Boston. Le habían mandado escribir un artículo de final de curso sobre un tema de libre elección, y ella apareció a sus once años con un trabajo de veinte páginas sobre Dwight D. Eisenhower. Mientras que sus compañeros de clase habían optado por hablar de galgos afganos, volcanes o los Red Sox, ella escribía acerca de West Point, del desembarco de Normandía, las Naciones Unidas, Ike en la Casa Blanca... La información la había recabado consultando diversas fuentes en la biblioteca del MIT, cuyos pasillos estuvo recorriendo un par de tardes enteras gracias al carnet de su padre, y donde hizo fotocopias de láminas y páginas de libros. Aquel trabajo,

por el que Joni obtuvo un «10 bajo» (ese «bajo» lo achacaba él al contraste entre su inglés regular y el inglés demasiado perfecto de los artículos que había copiado con entusiasmo de las voluminosas biografías de Harvard, según le había contado ella misma), lo conmovió y le hizo confiar en el futuro de su hija.

Lo pone enfermo saber que se ha inventado ese prostíbulo virtual con la misma resolución, con la misma inteligencia y obstinación... ¿Para eso la animó a que se tomara en serio el colegio? ¿A que terminara lo que había empezado? ¿Para rellenar una librería falsa? ¿Para hacer de puta en un desván?

A su espalda descubre una estantería llena de zapatos de tacón. Reconoce todos los modelos de las fotos, uno a uno: los de charol en todos los colores posibles, los blancos con los lacitos, los Burberry, los de la tirita en el tobillo, los de la puntera abierta. Calzado que nunca en la vida ha visto puesto en los pies de su hija. Con un esfuerzo supremo, alarga una mano hasta la estantería y coge uno de satén negro que alza hacia sí con el dedo meñique. El tacón es estilizado y delgado, sobre la puntera abierta hay una roseta de tela suave. «Karen Millen», pone en el interior. Acaricia el talón con el dedo índice y luego arroja el zapato con fuerza contra la librería, que hace un sonido hueco antes de caer al suelo.

Ordena a sus piernas insensibles que bajen por la escalera plegable. En el rellano mete bruscamente la cizalla en la bolsa de deporte y quiere empujar la escalera hacia arriba, pero se lo piensa mejor. Necesita estar más rato solo. Nada de personas. Le entra el pánico ante la perspectiva de tener que ver el fútbol en un club estudiantil lleno hasta los topes. Coge la bolsa de deporte, baja y entra en la sala de estar como si lo hiciera en una tumba. Deja la bolsa en una de las butacas de cuero en forma de concha y se tira en el sofá violeta. Vuelve a levantarse y se pone en cuclillas frente a un armarito de roble con puertas de cristal esmerilado; en un estante hay vasos, y en el vientre de madera, botellas de alcohol. Coge una ya abierta de Jim Beam, se tumba en el sofá con un vaso lleno y la botella. Bebe con los ojos cerrados. ¿Y ahora? ¿Qué debe hacer? Se da cuenta de que sus reflexiones todavía no han pasado de ese punto; durante las últimas semanas, de manera inconsciente, ha estado atrincherándose en la idea del mal menor. Esa dimensión se ha pulverizado, desarticulado, retirado: es un habitante de la llanura, su nueva realidad es plana y desoladora. Ya no puede ignorar por más tiempo que su hija y su novio han montado una página... No quiere utilizar la palabra «porno», no, no puede utilizarla, es demasiado infame, le provoca una tristeza insondable.

Quiere descomponerla y quemar cada letra por separado, para esparcir luego las cenizas por los cinco continentes. Con el fin de evitar lanzar el vaso contra la pantalla del televisor, vuelve a llenárselo. Encima del aparato cuelga un cuadro grande, un paisaje de pinceladas gruesas que seguro que han cogido de un centro de préstamo de obras de arte. Tiene que romper algo. Lanzar el vaso de *whisky* contra algo; en su imaginación lo ve estrellándose, el alcohol disolviendo la pintura. Recuerda que una vez fue a un *sex-shop*, a uno de esos locales con los cristales negros, un sitio que no soportaba la luz del día. «Ve a alquilar una de esas películas», había propuesto Tineke; no, una amiga de Tineke. «Tenéis que alquilar una de esas películas». «¿Por qué vas hablando por ahí de nuestra vida sexual?». «¿Qué vida sexual, Siem?». Bien, al final va. Pero ¡qué asco da entrar en uno de esos sitios cerrados y sellados con lubricante! Va en contra de sus principios traspasar la puerta de un local donde han pintado una mujer desnuda, pero entra. Una vez allí, no deja de pensar que debe irse enseguida. Huele a cintas de vídeo, sudor de hombre, moqueta. A esperma. Luego ve al típico ratilla que hay tras el contador de semen. Las cintas expuestas, las pollas de plástico, los hombres que salen de las cabinas como escarabajos. Empieza la búsqueda de la película, «rápido, decide, por Dios». Y mientras está allí, escarabajo entre escarabajos, sintiéndose torpe, infeliz, cachondo, entra un tipo con una gabardina. Deja una pila de cintas sobre el mostrador. «Las traigo con retraso», murmura. Con el rabillo del ojo, Siem ve que el ratilla las recoge y teclea en una calculadora. «Son mil cuarenta y tres florines con treinta céntimos». Para una vez que va a uno de esos sitios, y mira lo que ocurre. El de la gabardina rebusca en los bolsillos, paga con once billetes de cien y se va. «Eso es el porno, Joni».

El *whisky* le surca el esófago. Tiene que procurar responder unas cuantas preguntas en el orden adecuado. ¿Es tan grave? Empieza por ahí. ¿Es realmente grave tener una hija que se prostituye? Debe evaluar el daño. ¿Qué gravedad tiene lo que hace su hija? ¿Y es realmente prostitución? Sí, le parece que sí. Y enseguida se ve abrumado por la indignación: ella, con lo inteligente que es, con la de oportunidades que la esperan. Su hija está vendiendo en internet primeros planos de sus partes íntimas. Es un desastre. Se está arruinando la vida. Y la de Siem también.

Un poco más de Jim Beam. El trago desciende como una daga, e intenta calmarse. Esa botella se la llevó él mismo de Shanghái. De pronto, se da cuenta de que no ha pensado en Aaron ni un solo segundo. ¿Qué papel desempeña él en todo eso? Se encuentra en casa de Aaron, es su desván, su ordenador, su equipo de fotografía. ¿La está coaccionando? Se incorpora

como un rayo, agarra una de las raquetas de bádminon y golpea con fuerza el borde de la mesa. ¿La está forzando? No, conoce a esos dos demasiado bien como para creer eso, es imposible. Joni no se deja presionar, es demasiado fuerte, demasiado dominante. La encarnación del libre albedrío. Al contrario, Aaron no hace más que obedecer, piensa para su sorpresa. Y en ese momento, sólo entonces, se detesta a sí mismo por haberse preocupado tanto por ella. Cuando todavía confiaba en un final feliz, se preocupaba sobre todo por Joni, sentía tanto amor por su hija que antepone su futuro a todo lo demás. ¿Tenía algún problema mental? ¿Se drogaba? ¿Sufría estrés? Pero ya no es el caso. Está rabioso, ahora que la verdad le ha escupido en la cara, está furioso. Pero ¿qué se ha creído esa zorra? ¿Cómo puede ser tan tonta? Tan zafia, tan perversa. ¿Cómo se atreve? «¿Sabes dónde te estás metiendo, Joni? ¿Los riesgos que corres? Desde un punto de vista social. ¿Qué pasa si esto sale a la luz? ¿Quieres ser una marginada, Joni Sigerius?».

Beber y pensar. Está tirado como un zombi en el sofá del salón. Por un instante le entran ganas de ceder a esa fatiga extrema y profunda, pero entonces se sienta de golpe. La sangre le sube a la cabeza: ¿y qué va a pasar con él cuando todo se haga público? Un ministro de Educación con dos marcas de infamia en filigrana sobre su papel de carta: asesinato y prostitución. Tiene un hijo que mató a mazazos a un hombre y una hija que comercia con su cuerpo en internet. Pornografía multiplicada por asesinato, he aquí la fórmula de su vida. Y ya se encargarán de cabrear a Wilbert, echando leña al fuego. Lo provocarán para que salga a la palestra, lo acosarán y humillarán hasta que no quede nada más de él. «¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Dónde está mi suerte?». El sudor le recorre la espalda, las piernas se le pegan a los pantalones.

Intenta seguir razonando de manera analítica. Piensa en soluciones. Es una crisis, no una catástrofe... Al menos de momento. Apenas tiene una semana para tomar medidas. Antes de que regresen, debe urdir un plan de actuación, una estrategia para conjurar esta crisis que todavía no es una catástrofe. ¿Debe enfrentarse a ellos? ¿Tratarlos con mano dura, injuriarlos, desenmascararlos y castigarlos? Sí. No. No lo sabe. Tal vez sea mejor unirse al complot; «Si quieres que entren en razón, no puedes convertirte en su enemigo —piensa—. Lo que están haciendo es legal y son adultos. No es un homicidio. Si te los pones en contra, los habrás perdido. Y les darás más razones para continuar con todo este tinglado. Debes enfrentarte a ellos y negociar a cara descubierta».

Los sonidos de fuera le llegan a través de una neblina ética. En alguna parte del jardín, los seguidores de naranja se preparan para el partido inminente. Él va superando el *shock* inicial. La rabia se amortigua, el *whisky* lo relaja un poco. Los pensamientos cambian de rumbo y se acercan de nuevo a su padre. ¿Estaría equivocado como lo estaba su viejo? Igual que entonces, ¿hay dos realidades? ¿Es posible que dos verdades colisionen entre sí? ¿Sigue comprendiendo el momento en el que vive? ¿Y si ese desván no es más que una locura de juventud? Vuelve a agarrar la raqueta y da un golpe tremendo en el borde de la mesa. «¡No seas tan indulgente, joder! No estamos hablando de yudo. Mierda, se trata de...».

Sin embargo, hay algo que lo escama, una desazón leve y furtiva que, conforme va bebiendo, le resulta más difícil de ignorar. El hecho, ambiguo por otro lado, de que él... de que él haya descubierto toda esta depravación como consumidor, como cliente de Joni, que no se lo haya contado escandalizada una tercera persona, sino que él pagaba, ingresaba a esos dos dinero por lo que ahora juzga tan duramente. Este embrollo enfermizo e hipócrita empieza a afectarle. La luz blanca de su indignación moral incide sobre un prisma y se abre en abanico en un espectro de pensamientos incisivos, pesimistas y emocionales.

Los años en los que floreció la femineidad de Joni. La rigidez absurda con la que se comporta con ella para evitar la más mínima sensación de interés erótico. La relación de Woody Allen y su hijastra; Tineke y él están viendo el telediario y él apaga el televisor a toda prisa, incapaz de escucharlo. No lo puede soportar. Su negativa remilgada a entrar en el cuarto de baño cuando Joni se está duchando, a las cosquillas y los retozos en el jardín y en el sofá. Recuerdos que acumula contra el destino sorprendente que ahora lo fulmina, la terrible certeza de que él a esa misma muchacha, que es ya una mujer, la ha espiado y deseado inconscientemente.

Reflexiona con amargura sobre internet, en la que ha creído desde el primer día. Como científico y rector universitario la ha promovido, pero ahora se ha infiltrado en su campus como un burdel. Reflexiona con amargura sobre Aaron, sobre el muchacho que se hace pasar por su amigo, al que ha admitido en su círculo íntimo. ¿Quién es Aaron Bever en realidad? Observa con más atención los trastos que tiene a su alrededor, el amplificador y el reproductor de cedés Luxman, un equipo carísimo, las cajas acústicas electrostáticas, los cientos de libros, los muebles que de pronto le parecen extraordinariamente caros y exclusivos.

Reflexiona con amargura sobre su papel como educador. ¿Qué ha hecho mal? ¿Se le han pasado por alto algunas señales? ¿Se ha concentrado demasiado en los logros? ¿No ha hablado lo suficiente con ella? Su cerebro inicia con urgencia un proceso para debatir acerca de lo innato versus lo adquirido. Finalmente, llega a un acuerdo amistoso: todo es innato y adquirido. No educó a su hijo, ni engendró a sus hijas; y en vista de los resultados, se echaría a llorar si no estuviera anestesiado por el alcohol. Reflexiona con amargura sobre el año en el que Wilbert y Joni estaban bajo su responsabilidad, sobre las sospechas que le despertaba su hijo, su preocupación por la reacción hormonal de Wilbert ante el esplendor repentino de su hermanastra. Y una pregunta venenosa se mezcla en esa corriente de pensamientos: ¿Qué puede esperar de unos genes que no son los suyos? ¿Es realmente su hija? ¿Quién es Joni?

Mientras tanto, el *whisky* lo ha ido... reblandeciendo. Deja que aflore una actitud de *laissez faire* nada propia en él. El corsé de su decoro, la camisa de fuerza de su posición social, las restricciones de su... ¿generación? empiezan a aflojarse. Está relajado. Pero si él los quiere, ¿no? Quiere a Joni con toda su alma, incluso quiere a Aaron. «Ponte en su lugar». La intimidad de la casa de Aaron lo invita a ponerse en su lugar. La pregunta que se impone es: ¿Por qué lo hacen? Eso. ¿Por qué lo hacen? ¿Experimentan algún placer? Y la respuesta es evidente: naturalmente que sí. Les parece excitante. Son jóvenes y ricos. Lo hacen sin más. Lo hacen por deseo y codicia. Son impulsivos. ¿Y él? A él le gusta Jim Beam.

Son las ocho menos cuarto. Se pone en pie mascullando, se tambalea hasta el armarito de las bebidas y coloca el *whisky* dando un golpe cristalino a la botella de al lado. Se limpia los labios con la manga. Su estado de ánimo entra en una fase nueva, una fase sombría, en la que nada tiene demasiada importancia. Siente escalofríos cuando sale de la habitación. La escalera que lleva a la primera planta suena hueca, será rápido. Con el corazón acelerado, cierra todas las puertas del rellano: el cuarto de la plancha, el cuarto de baño, el estudio, el dormitorio. Respira hondo, agarra la escalera plegable, vuelve a soltarla y se seca las manos sudorosas en el pantalón. Colmado de una autocompasión maligna, «me lo tengo merecido», empieza a subir por los peldaños chirriantes. El olor dulzón a polvos de talco aviva su propósito. Él no es Woody Allen, él no es el ministro de Educación.

El desván es un desván en Kentucky. Conteniendo la respiración, cierra la trampa y mira a su alrededor. ¿Cómo lo va a hacer? Hay muchas opciones. El silencio es absoluto, sin embargo, lo oye. De un rincón lejano le llega una melodía procedente del estante de los zapatos, del abigarrado órgano de tacones de aguja. Quizá ha esperado el momento preciso, el estante, quizá ella estaba esperando a que se le pasara el enfado. Quizá ha estado cortejándolo desde el principio.

Resoplando, se desata los cordones y se descalza de mala manera. El suelo se le imprime naturalmente, con suavidad, en las plantas de los pies. No consigue tragar saliva. El pantalón y el bóxer le caen sobre los tobillos desnudos y, jadeando, se saca la camisa por encima de la cabeza. Rodea la cama, de pronto sintiéndose terriblemente desnudo —es una desnudez nueva que por lo visto estaba oculta bajo su desnudez habitual—, y coge del suelo el zapato de satén. Mientras se sujeta el prepucio con el pulgar y el índice, como si su miembro fuera un globo inflado, observa el zapatito desde todos los ángulos. Se aprieta el tacón afilado contra los huevos y deja una marca en la base de su erección. Busca algo suave, unas braguitas, una camiseta. Con el zapato en la mano se dirige al otro lado del desván y se agacha frente a los cajones de lencería, abre el del centro: medias de nailon, pantis de rejilla, ligas, bodis con transparencias, tops, falditas, sujetadores, infinidad de braguitas. Mete una mano, palpa, mira, saca una media negra finísima y hunde en ella la nariz: ese mismo olor a talco, exquisito y libidinoso. El tacto de la tela tejida con una delicadeza infinita lo arroja, impelido por unas fuerzas misteriosas, a la década de los cincuenta: desciende planeando en el dormitorio de su hermana, en Delft, y aterriza de barriga en la cama individual. Cuando se quedaba solo en la casa de la Trompetsteeg, se controlaba tanto como podía, pero al final sacaba de debajo del somier la sombrerera donde su hermana guardaba las medias. Las observaba, las palpaba, respiraba su suave aroma femenino para hacerse una idea de lo que sería tocar las piernas de esas mujeres inaccesibles que veía por la calle, en el tranvía, durante las clases de inglés de la señorita Recourt. Se sentía avergonzado por lo que hacía, creía que estaba enfermo, se veía a sí mismo como un chico raro, sobre todo cuando descubrió que existía una palabra para esos comportamientos extraños, una palabra que lo seguía horrorizando después de todos esos años.

Con la media en la mano derecha, continúa escarbando por el cajón hasta que encuentra un tanga elástico rosa pálido. Reprime las lágrimas y se lo pone, subiéndolo por sus pantorrillas abultadas de yudoca y por encima de los

muslos peludos. El pequeño triángulo se desliza sobre sus testículos, entablillándole el miembro contra el bajo vientre.

«Bien», dice. La voz le suena gruesa y cercana.

Introduce el brazo izquierdo, el que más utiliza, en la media hasta más allá del codo. La fascinación. Quizá sea la delicadeza. El tejido finísimo, más femenino que la misma mujer. De este modo camina sobre la moqueta rojo sangre hasta el estante de los zapatos, frente al que se arrodilla. Dieciocho pares, cuenta, a cuál más exquisito. Nada de porquería ordinaria, ningún exceso prostibulario. Con estilo, femeninos. Sin ellos, ni siquiera le interesarían las series fotográficas. En realidad, el desnudo integral no le gusta. Tampoco le gustan realmente los cuerpos. En ese sentido, todavía tiene doce años. Va cogiendo los zapatos del estante, par a par, y los coloca en un círculo a su alrededor, como si fueran locomotoras de juguete.

Le entran unas ganas tremendas de orinar. Intenta ignorar la presión de la vejiga, pero no, el Jim Beam es implacable. Se levanta, baja rápidamente por la escalerilla que cruje, y luego por la escalera, con los pies descalzos, haciendo ruido en cada peldaño. En el recibidor, en silencio absoluto, abre la puerta del lavabo. Pequeño defecto evolutivo: o mear o eyacular. Para que se le pase la erección, mira el calendario que hay colgado junto al papel higiénico: «El calendario de Mister Proper». Esto no es muy propio de Aaron. Busca el día de su cumpleaños y ve que hay escrito «Sigerius» con lo que parece letra del chico. En cuanto le baja un poco la erección, empieza a fluir la orina, con el tanga aún apretándole los testículos.

Antes de acabar, el pene le salta como un muelle, zas, contra el vientre. Cerca, oye un ruido que le hiela la sangre. Una llave hurgando en la cerradura, una llave girando: la puerta. Por un instante sólo siente hielo, se le coagula la sangre. Zapatos cruzando el umbral. Tiene que apoyar las manos en la pared para no desmayarse. La vecina. Tineke. Los padres de Aaron.

—¡Cuánto correo, oye! —Es Joni.

En un acto reflejo, apaga la luz. Tiene la boca abierta del todo, como si en la oscuridad oyera con la boca. Pasos. Roces contra la puerta del baño. Siente espasmos en el pecho, va a sufrir un ataque al corazón. Se está muriendo. Empuña el pene; cuando las cosas se ponen difíciles se aferra a él. Si lo suelta, caerá hecho pedazos. Una puerta se abre chirriando, ¿la de la sala de estar? Joni entra en la habitación. Luego: pasos vigorosos, zapatos restregándose. Toses como címbalos. Aaron. Todo suena como si lo estuvieran perforando. Ha quedado atrapado en una trampa embaldosada: los intestinos son los cerebros primitivos, y los de Aaron y Joni saben que están

en casa y querrán descargarse. Aaron va hacia él. Pero Aaron también desaparece en la sala. Siem quiere soltar el aire, pero en su lugar respira más hondo y amasa su erección con una mano resbaladiza por el sudor. «¡Joder, piensa en algo!». No se le ocurre nada.

«Huir. Tienes que huir».

Alguien enciende el televisor, sonidos de un campo de fútbol, la voz de un comentarista.

—Vamos a descargar el coche. —Es Aaron.

Eyacula. Una ola palpitante le recorre los riñones. Pasos en el recibidor. El semen caliente le cae en el pie izquierdo. Le sube su propio olor. Un silencio, luego pasos de nuevo, salen. Están en el coche.

«Huye. Ahora es el momento. Largo, ahora». La cocina es la única salida. Abre la puerta del baño y con tres zancadas llega a la sala.

—Ya salgo a ayudarte, cariño.

Joni, de pie junto a la mesa del comedor, de espaldas a él, revisando algo, una pila pequeña de sobres y periódicos. Tiene el cuello moreno, lleva el pelo recogido y más rubio de lo habitual. Ha descornado la cortina. El cuarto está bañado en una luz crepuscular clara y devastadora.

—Tu hermano te ha enviado una postal.

A él le castañetean los dientes. Su hija se vuelve, los músculos de la cara bronceada por el sol se le tensan, vuelven a destensarse... y se le desencajan en todas direcciones. Su hermoso rostro se descompone. Joni se cae de culo, se cae literalmente de culo. Él se ve a sí mismo en la mueca de ella: desnudo, peludo, con un brazo enfundado en una media de nailon. La boca torcida de ella emite un grito ronco.

—¡No! —exclama él—. ¡No es...!

—¿Qué no es, papá?

Se encuentran en sus respectivas pesadillas.

El jardín, debe salir por el jardín, no puede quedarse ahí. Joni sigue sentada en el suelo, con las manos en la cara, como dos anteojeras. Niega con la cabeza, todo su cuerpo tiembla.

—No es lo que piensas —responde. Y añade—: Ya está, se acabó.

Se dirige dando zancadas hacia la luz. Avanza en línea recta hasta que todas las partes de su cuerpo se ponen de acuerdo para acelerar a la vez. Vuela. La rodilla y justo después la frente acalorada son las primeras en alcanzar la pared de aire y luz. Una mano de cristal lo empuja hacia atrás. El aire es un muro de cristal, pero ni siquiera un muro debe detenerlo. La puerta corredera cede ante su empuje, vibra y se desmorona como una catarata

tintineante. Los fragmentos se le clavan en los hombros desnudos. Agujas. Cuchillos. Nada lo detiene, él sigue corriendo. Sin disminuir la velocidad, aplasta el césped alto y suave. Describe una curva; tierra blanda y suelta bajo sus pies. Choca contra algo duro, algo cae al suelo. Su cuerpo ensangrentado culebrea entre la niebla de coníferas.

Incluso a Linkebeek había llegado la primavera. Por la ventana entreabierta de encima del escritorio se había colado un zancudo gigante. Aaron giró la silla para seguir los movimientos del insecto, que rebotó contra el techo y chocó un par de veces contra el marco de la puerta que comunicaba las dos estancias; luego se propulsó por debajo del umbral y voló por el elegante cuarto del fondo, entre los armarios llenos de libros. Algunos los había comprado en Linkebeek, otros los había rescatado de la quema de la Vluchtestraat.

Se volvió y revisó el correo electrónico. Todavía nada, y eso que en Los Ángeles ya eran más de las diez, pensó al comprobar la hora en el despertador de viaje que tenía junto a la pantalla. Fuera graznaban los patos; levantó la cabeza, ya apenas podía ver la torre de la iglesia a través de la copa verde clara del arce del jardín delantero. El clima suave iba acorde con su estado de ánimo. Últimamente, cuando se despertaba por las mañanas, sobre las diez, un optimismo poco habitual le recorría el sistema nervioso. A menudo se sorprendía a sí mismo imaginándose escenas de la vida cotidiana de Joni en California. Los mensajes que había recibido de ella habían desatado en su interior una mezcla de nostalgia y deseo, una sensación que no había previsto cuando le envió aquel primer correo electrónico febril. ¿Qué era exactamente? La añoranza de los tiempos que pasaron juntos en Enschede, pero también el anhelo de algo, todavía indeterminado, en el futuro. Era patético y ridículo, lo sabía muy bien. Pero no podía evitarlo, seguía pensando en Joni, en cómo le irían las cosas allí, en esa ciudad gigantesca, qué puesto ocupaba exactamente en esa fábrica de *frisbees*, qué clase de amigos tenía, si estaba bien instalada. En fin, ¿cómo era su vida ahora? Lo que, por instinto de supervivencia, no había hecho desde el año 2000, lo iba a hacer en ese momento: buscarla en internet. Introdujo su nombre en tres buscadores, rastreó de arriba abajo toda la red, pero encontró poca cosa. Aparecía en un par de páginas antiguas de Tubantia que él ya conocía, en páginas de la memoria caché de su asociación

de estudiantes. Encontró unos cuantos informes de McKinsey en PDF en los que había colaborado para empresas como eBay e IBM, pero todo databa de 2001 y 2002. No tenía cuenta en Facebook. Tampoco en LinkedIn. Sí que había una tal Joni Sigerius que vendía cosas en eBay, sobre todo vestidos y zapatos, y de hecho algunas piezas le resultaban familiares. Descargó las fotos en el escritorio del ordenador. La otra «Joni Sigerius» más o menos reciente aparecía en una lista larguísima de miembros de un club de patinaje en línea de Santa Mónica. Y eso era todo.

Le parecía bastante extraño. Hoy en día tenías que acorazarte con plomo para conseguir no aparecer en internet, incluso un ermitaño como él tenía su propia página web. Para alguien como Joni, era casi estrambótico. Ella había estado siempre muy apegada a internet, e incluso hubo una época en la que se veía a sí misma como una pionera. ¿Y acaso no lo había sido?

Esta ausencia tan llamativa alimentó su imaginación. ¿Arrojaba luz sobre su situación actual? Su trabajo en la fábrica de *frisbees* debía de ser bastante penoso, y todo apuntaba a que, por una razón u otra, su carrera fulgurante habría llegado a un punto muerto. La veía allí, trabajando a media jornada en el Departamento de Facturación. Quizá fuera una lástima, o quizá no.

Así, poco a poco, fue construyendo en su cabeza la imagen de una Joni que, igual que él —aunque a su manera más alegre—, había perdido el norte. No pudo evitar regodearse al imaginarla inmersa en un proceso de divorcio agotador y doloroso con Stol, y luego, sin blanca y con una carrera profesional fracasada, viviendo en un barrio ventoso de Los Ángeles, probablemente con una pareja de niños que estaban creciendo sin padre. Sin embargo, también como él, aún debía de tener dinero de la época de la página web y también de la venta del *Barbara Ann*, aunque quizá se lo había pulido. No todo el mundo se cubre el riñón antes de quedarse tieso. Probablemente habría vivido en San Francisco a lo grande, invirtiendo en empresas emergentes fallidas, perdiendo millones en Wall Street...

¿O estaba con alguien? A lo mejor utilizaba el apellido de su esposo. Releyó por enésima vez los correos electrónicos, pero, a excepción de Stol, no mencionaba a ningún hombre.

Cómo podía ser tan tonto a veces. ¡Tan estúpido! Esa noche se había despertado sobresaltado en medio de una pesadilla ambientada en Enschede, aunque en realidad el escenario de su sueño no se parecía en nada a esa ciudad. Al principio de esa pesadilla angustiosa, Wilbert era su hermano y vivían juntos en un apartamento; de pronto, sin saber cómo ni por qué, él mismo se convertía en Wilbert y viajaba en moto por unos senderos forestales

largos y solitarios hasta llegar a un entierro en Venlo, o algo así, había vuelto a olvidarlo. Por desgracia, se había levantado de la cama de un salto y se había sentado al ordenador, todavía medio dormido. Sin cortarse un pelo, le había enviado un correo electrónico a Joni en el que le contaba ni más y ni menos ese sueño. «¿Has vuelto a saber algo de Wilbert? —le había preguntado, y había terminado con una sospecha—: ¿Al final llegaste a quedar con él (en aquella época, me refiero)? Pondría la mano en el fuego a que sí».

Por la mañana había intentado reparar los daños. Antes de desayunar (en Los Ángeles eran las dos y media de la madrugada), le había enviado un segundo correo que en ese momento le había parecido desenvuelto y su tono, correcto. «Hola, ex: en Linkebeek ha empezado la primavera, así que ya no tenemos pueblo, sino un bosque con sauces llorones. Tú allí tienes palmeras, ¿no? Envíame un coco, por favor, que lo plantaré aquí». Puede que sí que fuera desenvuelto, no obstante, dos horas después, le envió uno bastante más duro: «Estas últimas semanas he estado dándole muchas vueltas a lo que ocurrió. Me parece demencial lo que ha sido de todos nosotros, Joni. En primer lugar, lo de tu padre, naturalmente. Tú allí, yo aquí... Tu madre con un marido nuevo. Me gustaría saber cómo lo ves tú ahora. ¡Me encantaría charlar de todo esto contigo, aquí o en tu casa! Una cosa más: lo de Wilbert sólo era curiosidad. Besos, Aaron».

Y ahora ya llevaba horas esperando. Desde las siete de la mañana de allí (quizá ella consultara el correo antes de irse a la oficina), Aaron actualizaba cada poco su bandeja de entrada; la pantalla lo tenía absorbido, parecía la serpiente de un encantador. Pasaba de la vergüenza a la euforia al recordar el atolondramiento con que le había propuesto ir a visitarla; se sonrojaba y luego se regocijaba en silencio mientras la falange del dedo, la mano, los tendones que iban hacia el hombro derecho se tensaban de tanto clicar el ratón. Allí ya era casi mediodía.

¿Qué esperaba? Que su vida diera un giro inesperado. Confiaba en que Joni aprovechara la ocasión y lo invitara a visitarla, o mejor aún: que tuviera que ir a los Países Bajos en breve, por algún motivo. Quizá se había puesto en contacto con su madre, gracias a él, y ahora las dos se habían reconciliado. Y ella, para agradecérselo, le propondría ir a Linkebeek. Pero detrás de ese anhelo se escondían muchos más, lo sentía en el dedo índice, que entretanto había adquirido el mismo color blanco que el plástico del ratón. En su fuero interno confiaba en que ella estuviera pensando en él, se la imaginaba

pasando el rato haciendo cábalas acerca de su vida y milagros, y que la idea de... En ese momento sintió que le faltaba el aire.

Se levantó, cruzó la habitación a tientas y se quedó frente a la librería. Que a Joni la idea de volver a intentarlo le pareciera no sólo una locura maravillosa sino también, como a él, un paso razonable. Respiró profundamente; la idea absurda pero fabulosa de llevar una vida sencilla junto a Joni, la vida que debería llevar un hombre de treinta y ocho años, le procuró una sensación de bienestar en la boca del estómago que empezó a expandirse poco a poco; le hubiera gustado levantarse de un salto, salir corriendo, bajar la colina y llegar a la calle con los brazos extendidos para inhalar la mayor cantidad posible de oxígeno. Parecía tan... natural. Tuvo una sensación arrolladora al pensarlo, una sensación de... cómo podría decirlo... final feliz. ¿Quién sino Joni sería capaz de salvarlo?

El mosquito patilargo pasó por delante de él aleteando y Aaron lo atrapó ágilmente con una mano. Volvió a la mesa patinando con los calcetines y en la ventana liberó al bicho, que se agitaba en el hueco de su puño.

En realidad, él ya había renunciado al amor. Era capaz de vivir sin nadie, pero ese «sin nadie» en el fondo significaba solo, solitario, en soledad, abandonado. Después de Joni había tenido novias, sí, lo había intentado, pero si enamorarse era tentar a la psicosis, convivir era tirarse a ella de cabeza. Todo podía salir mal. En 2005 estuvo viviendo unos meses con Lieke, una flamenca, un tesoro de mujer, funcionaria en la Comisión Europea, pero tacaña, tacaña hasta rozar lo patológico. Tan tacaña que desde la cama le gritaba «¡cierra el grifo!» cuando él se estaba lavando los dientes; tan tacaña que le arrebatava los tiques del supermercado para ver si de verdad compraba las latas de los estantes más bajos, las marcas blancas, o mejor aún: las marcas transparentes. Cuando se ponía a calentar carne en conserva albanesa, ella se inclinaba junto a él y empezaba a espiar desconfiada lo que había en las ollas. Cuando él estaba cocinando algo, bajaba el fuego de los quemadores. Y no soportaba que no tuviera un empleo fijo. «Joder, que soy millonario», le había dicho él un día tras entrar en un restaurante sin haber mirado los precios. «No se trata de eso —susurraba ella—, se trata de que no voy a pagar treinta euros por un trozo de carne». Si se hubiera dado el caso, habría preferido mear ella en la escalera del sótano si con eso se ahorraba la compra de un gato.

Se peleaban con violencia por ese motivo. Siempre por el dinero, cuando además él lo tenía a raudales. Y con el recrudecimiento de sus discusiones, empezó a cavilar y a dormir mal, a dormir cada vez peor y a darle cada vez

más vueltas a la cabeza. Al cabo de un par de semanas, había llegado a tal punto que salió de casa a media noche y se puso a vagar por Linkebeek, por las calles suavemente onduladas, flanqueadas de árboles, setos y aligustres, levantando capas gruesas de hojas otoñales en todos los matices de rojo y amarillo. Imaginaba que eran billetes de euro. Se zambullía en los arceles y albañales repletos de billetes, riendo y llorando con tanta riqueza... ¡Mira, Lieke! Reconoció a Wim Duisenberg al volante de un Volvo y corrió detrás de él hasta la mitad de la calle. Estuvo desaparecido dos días y dos noches. Deambulaba alucinando por los bosques y los campos, temeroso de que lo robaran, mataran, torturaran, devoraran. Estuvo escondido veinticuatro horas, con los hombros encogidos por el miedo, en una acequia llena de euros putrescentes. La tercera noche regresó a casa con unos cuantos kilos de menos, magullado, manchado de barro y sangre, y tosiendo como un perro. Sacó la carretilla del cobertizo, agarró la pala y la llenó de euros. La llevó al salón y derramó su tesoro por el suelo de roble.

—¡Dinero! —gritó al pie de la escalera—. ¡Dinero!

El correo electrónico es un instrumento de tortura más terrible que el gota a gota. Todavía nada. ¡Joder! En el pasado había usado alguna que otra vez ese papel ultrafino para el correo aéreo. Escribías una carta, la doblabas, la metías en un sobre, lo cerrabas y luego, tras dar un paseo que te ayudaba a tomar un poco el aire, lo introducías en un buzón. El resto de la semana podías llevar una vida normal. Intentó controlarse, pero le envió otro mensaje. «Dime al menos si estuviste con Wilbert. ¿Cómo fue?».

Golpeándose la calva, se puso una cazadora y cerró la puerta. Saltó el muro de su parcela. Aún hacía buen tiempo. En los jardines, los arbustos de saúco, los majuelos y las hayas empezaban a adquirir espesura. Su vecino de arriba, un holandés rubio con una carretada de niños, llegaba del trabajo en una bici de carreras antigua. Se saludaron con un gesto de la cabeza. A grandes zancadas se adentró por la Grasmusdreef, una avenida soleada a esas horas, dibujó la curva suave de la Kasteeldreef, continuó un kilómetro en línea recta y cruzó la vía del tren. Dio una patada a un guijarro y lo mandó al arcén. Allí también podría patinar. Para eso no se necesitaban palmeras.

Un atajo, a través de una franja de bosque, lo condujo a un sendero que serpenteaba bajo un techo de ramas reciente pero espeso. Aire musgoso que olía a tierra húmeda; escuchaba su respiración. Al cabo de unos cien metros, vio a lo lejos el claro con el Molino Rosa, un edificio ruinoso de piedra molar

que, en efecto, podía considerarse rosa. Lo rodeó y observó la rueda hidráulica que asomaba en el arroyo, como venía haciendo después de tantos siglos. Hasta hacía un par de años había sido la sede de un albergue juvenil que con la rueda generaba su propia electricidad.

Paseó campo a través pensando en Haitink. Ella le había dado la idea de ir a vivir allí. Porque, ¿qué podía hacer? Enschede se había acabado para siempre, pues todo lo que lo unía a esa ciudad había emigrado, estallado o — y de esto estaba muy convencido— quería su cabeza. «Imagínate que estás en el lugar donde más a gusto te encuentras, o te has encontrado», era lo que le recomendaba Haitink para cuando se sentía ansioso. Un truco psicoterapéutico que él había escuchado de mala gana y que ahora lo había llevado directamente a ese montón de piedras.

Más o menos en el lugar donde ahora se encontraba, bajo las ramas en ristas de quizá el mismo sauce, sus padres, su hermano y él habían acampado por casualidad en la década de los setenta. Una mañana temprano, tras varios intentos desafortunados por hallar un hospital en Bruselas, habían ido a parar precisamente allí con su furgoneta dos caballos rojo frambuesa. En su recuerdo, su padre se había pasado la noche recorriendo a toda pastilla autopistas arriba y abajo, perdiéndose una y otra vez en barrios periféricos mal iluminados, con su madre al lado lamentándose, mientras él y Sebastiaan iban en la parte de atrás callados como tumbas, con los ojos clavados en el bulto impresionante que salía del hombro de su progenitora. Habían dejado Venlo por la tarde en aquella lata de conservas chirriante rumbo a un *camping* de Bretaña con la idea de que él y Sebastiaan durmieran todo el trayecto. Sin embargo, se habían pasado el viaje fastidiándose e incordiándose, riñendo, golpeándose, escupiéndose, hasta que Aaron arrancó varias páginas de un libro que su hermano había cogido de la biblioteca. La madre, que perdió los estribos e intentó pegarle una bofetada volviéndose hacia atrás, se dislocó el hombro y empezó a gemir como un alma en pena. Culpa suya.

Así estuvieron dando vueltas durante horas: la madre llorando con cada bache, muerta de dolor, y él aterrorizado por si el hueso acababa desgarrándole la piel blanca y tensa. Al final, el padre se detuvo en un sitio cualquiera, sin más. Echó el freno de mano y salió corriendo, sin poder disimular su pánico, hacia un bloque de piedra poco iluminado (ese molino). Ellos pensaron que iba a pedir que le indicaran el camino, pero regresó con un tipo corpulento, un tal Jean-Baptiste, que cogió en brazos a la madre y, sin dejar de decirle palabras tranquilizadoras y seguido por el padre, se la llevó hasta esa casa de piedra rosa e imponente. Allí, fuera del alcance del oído de

sus hijos, empujaron y tiraron del hombro de su madre hasta volver a encajarlo en su sitio.

Esa misma tarde, tan remota en el tiempo, su padre y su hermano montaron las tiendas en las matas de hierba donde ahora él estaba sentado, y su madre fue al médico de cabecera de Jean-Baptiste, en la plaza del pueblo de Linkebeek. Entre sus padres, el molinero y su mujer hubo tanta conexión que se quedaron acampados allí una semana. Para él fue una semana inolvidable. Él y su hermano se hicieron amigos de la hija y el hijo de Jean-Baptiste y su esposa, unos gemelos que apenas tenían un año más que él y que los llevaron por los campos, huertos y arroyos de los alrededores, y a las ruinas de un castillo donde pasaban las horas librando batallas medievales. La muchacha se llamaba Julie, tenía el pelo castaño, como de peluche, y le enseñó en un rincón de ese bosque algo que llamaba «besos de cine»: dos bocas de pez abiertas que se insuflaban aire húmedo. Al año siguiente, y también al otro, ya en abril empezaba a tantear el terreno: «Papá, mamá, ¿vamos a ir este año al Molino? Sería una buena idea, ¿no?», etcétera, etcétera. Nunca volvieron a ir. Años después, Sebastiaan le contó que su madre se había enamorado del tal Jean-Baptiste. El padre había descubierto que ella recibía cartas suyas en un apartado postal de una oficina de correos cerca de su trabajo.

¿Habrían descubierto a Joni?, pensó de pronto. Ésa era una posibilidad que aún no había considerado. Tal vez su carrera profesional se hubiera truncado en McKinsey... Tal vez hubieran aparecido las fotos. Seguro que algunas circulaban por páginas gratuitas. Tal vez la hubieran reconocido y se lo hubieran echado en cara, lo que en Estados Unidos, tan puritanos ellos, significaba el despido fulminante. ¿Sería eso? Al menos explicaría por qué vivía escondida.

Cerró los ojos. La corteza rugosa del sauce le irritaba la nuca. La pena que sintió por ella le llenó los conductos lacrimales. Él no fue el único que salió perdiendo, por lo visto el año 2000 había sido un campo de batalla. Y precisamente por eso la echaba de menos; podrían hablar de ello y él la consolaría. Compartían un pasado salvaje y catastrófico y podrían cerrar ese episodio juntos. Joni podría irse a vivir con él, transformar como por arte de magia en un hogar la casa absurda, vacía y triste que habitaba ahora. No le costaría encontrar un trabajo en algún lugar de Bruselas, o en Linkebeek mismo. La semana anterior había visto que estaban buscando a alguien para trabajar en la biblioteca, no una madre que quisiera reincorporarse al mercado

laboral después de mucho tiempo, sino alguien que quisiera cuidar la colección. Y en Bruselas sobraba trabajo de administrativa.

Le parecía una idea fantástica. Ella lo conocía perfectamente, sabía cómo era antes de enfermar. Podría llevarse a sus hijos, él los educaría con amor, como su padrastro la había educado a ella. Y quién sabía. ¿Cuántos años tenía ahora? ¿Treinta y cinco? Como mucho treinta y seis. Intentó imaginársela con treinta y seis años. ¿Qué aspecto tendría? (Llevaba toda la semana tratando de recordar sin éxito su cara normal, relajada). Intentó imaginar si ella... Intentó imaginar a Joni en Linkebeek... Intentó imaginarla embarazada.

Sin embargo, vio otra cosa distinta. Como solía ocurrir cada vez que pensaba en ella, sólo veía su boca abierta del todo en una mueca de estupor. La cara que había puesto durante los últimos segundos en los que habían tenido un futuro juntos.

Estaba sentada en el suelo, casi debajo de la mesa. Alarmado por el ruido, Aaron entró en el salón, con la bolsa amarilla Oilily, en la que habían metido la ropa sucia de Córcega, colgada del hombro, y allí la vio, abrazándose las rodillas, con la mesa del comedor a modo de marquesina, como guareciéndose de la lluvia de cristales. Encima y a su alrededor había sobres, periódicos y vidrio, un bodegón ordenado y sereno comparado con su rostro, que parecía que lo hubiera alcanzado algo muy alto en la escala de Richter. Se estuvieron mirando con la boca abierta durante un tiempo indeterminado, con los ojos desorbitados y los párpados recogidos como las mangas de un jersey. Con voz grave, ella le dijo que era su padre, que lo sabía todo, y que acababa de salir atravesando la puerta corredera: «Acaba de lanzarse sin más a través de la puerta». Se quedó sentada, petrificada.

Aaron no. Él soltó el bolso Oilily mientras el corazón le latía a golpetazos, pateándole el pecho, y un jadeo intenso le impedía pronunciar palabra. «¿Te ha pegado?», quiso preguntar. Ella estaba en el suelo como si la hubieran derribado de un puñetazo, pero sin decir palabra; él se sentía mareado y por eso saltó a la terraza a través del marco astillado de la puerta corredera. «Sangre», balbució. Entre los fragmentos de cristal que había diseminados sobre las baldosas se veían unas salpicaduras gruesas de sangre. Avanzó hasta el césped. «¡Joder! —maldijo afónico—. ¡Joder, joder!», pero se calló de repente, algo se movía, un destello de sol, entonces hizo un gesto como para defenderse, «no me pegues», y volvió rápidamente al salón. Desde dentro, miró al jardín respirando con aspereza y vio que sólo se trataba de su

bicicleta: el sol incidiendo en su bicicleta. Joni seguía sentada en el suelo como una estatua, mirando al vacío con los ojos aún desorbitados, y sorbiéndose la nariz. Aaron fue al cuarto de atrás y corrió las cortinas de una sola vez, golpeándose la espinilla con la mesita de café. Luego fue al recibidor y cerró la puerta de la calle sin mirar fuera. Se quedó de pie con la espalda apoyada en el vidrio ondulado. Entonces empezó a lamentarse; sin poder evitarlo, comenzaron a salir de su boca los clichés proféticos que anunciaban el desastre, palabrería, diarrea verbal, era de esperar, era lo que se habían buscado, coño, Joni, coño, tendrían que haberlo dejado antes, es más, no deberían haber empezado. Agarrándose la cabeza bronceada por el sol, entró en el salón.

—Lo sabía, lo sabía... Esto es lo que siempre me había temido. ¿Por qué...?

—¡Cierra el pico! —le espetó ella.

Para su asombro, se había levantado; rígida como un palo, pescó con el pulgar y el índice una esquirra que se le había quedado clavada en el hombro.

—Espero que comprendas —añadió con una calma estremecedora— que tenemos que dejarlo. Se acabó, Aaron.

Los brazos le habían resbalado de la cabeza como si fueran de goma. Se puso a llorar, un sollozo profundo, y asintió. Sí. No había discusión posible. No sólo entendía lo que decía Joni sino que ya lo sabía. Estando fuera ya lo había sabido, mientras sacaba del maletero la bolsa Oilily en medio de la calle desierta y oía la cacofonía del vidrio rompiéndose: en ese instante supo que todo había terminado, con seguridad y de forma irrevocable. Supo que había sido Sigerius quien había hecho añicos la puerta corredera recién colocada. Un acorde final cristalino que ponía fin a todo, a él y a Joni, a su reconciliación incipiente, a su amistad con el padre, a la vida en la granja, a la ciudad donde le habían permitido vivir durante años. (Por extraño que parezca, le dijo después a Haitink, el auténtico estruendo sonó por dentro, una especie de tintineo que se oyó en su interior. En la cabeza también hubo algo que se hizo añicos. Él mismo se astilló. «Esto es lo que crees ahora», dijo Haitink. «Estuve seguro ya entonces», dijo él. «Ahora crees que entonces ya estabas seguro», repuso ella).

En la televisión estaban cantando el himno nacional. Se quedaron mirando a los futbolistas.

—¿Qué ha dicho tu padre?

—Me voy —respondió ella con voz apagada—. Necesito estar sola. Tal vez te llame.

Sacó algo de ropa de la bolsa Oilily, cogió el asa de su maleta de ruedas y salió.

¿Ocurrió eso en realidad? Diez minutos antes estaban en el coche como los muñequitos de una tarta de bodas, pensando acaramelados en un futuro por el que habían interrumpido las vacaciones: «Nos vamos a California, tú y yo». Él se lo había creído, y Joni también. La mañana siguiente de que el incendio forestal casi los hubiera obligado a adentrarse en el mar, en la cala de guijarros, ella había emergido de la resaca de las olas como su Ursula Andress particular. «¿Sabes qué? —le había dicho mientras se dirigía hacia él escurriéndose el pelo y lanzándole a los pies el tubo y las gafas de bucear con las aletas—, quiero irme a casa. Tenemos que hacer un millón de cosas. Vamos a ver el partido contra Francia tranquilos en Enschede». ¿Y ahora salía de su vida?

Los primeros días y las primeras noches le daba miedo todo. Quien había salido de la casa de esa manera también podía volver a entrar en cualquier momento. Cada hora del día y de la noche, que pasaba en vela, Aaron se esperaba que Sigerius apareciera para exigirle cuentas. Tumbado a oscuras sobre el cuero húmedo del sofá del salón, se quedaba petrificado ante cualquier pequeño ruido del exterior. Para que no lo pillara por sorpresa, se llevaba el teléfono al baño, y cuando se duchaba, lo dejaba en el borde del lavabo amarillento por el pis. Volvió a sacar del cobertizo los paneles astillados con que el ayuntamiento había tapiado el hueco de la anterior puerta corredera, devastada por la explosión, y los clavó sobre el nuevo agujero. (La primera vez había sido un presagio, nada más, un aviso).

Mientras reforzaba la puerta con torpeza a pleno sol del mediodía, hizo que la escena que debió de haberse producido entre Joni y su padre alcanzara unas dimensiones monstruosas. Se imaginaba una y otra vez el momento en el que Sigerius le pegaba un bofetón («¡por puta!»), y lo sentía en su propia cara; una hostia incandescente que en realidad iba dirigida a él, tras lo cual veía a Sigerius, como un vikingo con traje, hacer añicos la puerta corredera de un cabezazo furibundo. La violencia de ese acto superaba lo que había imaginado en sus peores pesadillas, reducía a la nada las represalias que había intentado reprimir en su imaginación, en la medida de lo posible, en sus momentos de remordimiento.

Cuando tropezó con la bolsa de tenis que escondía la cizalla, empezó a ver claro que su suegro había ido en misión de reconocimiento. Comprendió que

Sigerius no los había enviado de vacaciones al extranjero sin más, sino que ésa había sido una acción bien calculada. Pero ¿cómo había entrado en la casa? Dejó caer de golpe la herramienta, sintió que se mareaba y tuvo que sentarse. ¿Desde cuándo se había estado oliendo su suegro el chanchullo? Prefería no entrar en el desván, así se ahorraría ver los cajones destrozados con la ropa, los consoladores y las pelucas desgarradas por el suelo.

La partida de Joni había abierto un abismo cuyo fondo blando de algas a veces llegaba a tocar. El último atisbo de esperanza de poder conciliar el sueño a unas horas normales se desvaneció, el cuerpo sólo se le paraba cuando las pilas agotadas empezaban a sulfatarse. Por las noches se envolvía con una manta en el sofá y durante el día unos cuchillos de luz se colaban por los paneles astillados. Cuando todo se hubo acabado, hasta la última miga, hasta el último trozo de papel higiénico, salió a hacer la compra. Las tiendas que solía frecuentar habían explotado o se habían quemado, así que emprendió largas peregrinaciones en bicicleta hacia otros barrios, de los que regresaba consumido más por los nervios que por el esfuerzo físico. Los veía continuamente, caminando, sentados, parados, a Sigerius o a Joni, a veces a los dos. Marcaba su número de teléfono en los momentos de más debilidad, pero por supuesto ella no contestaba, y él no sabía qué decirle a su contestador. La tristeza se transformaba en celos iracundos, y al revés.

En el felpudo encontró un sobre con las llaves del Alfa. Una noche vio que la página web había cerrado; lo sorprendió que hubiera conseguido hacerlo ella sola. Supuso que ya se habría ido a Estados Unidos. Por la noche, cuando allí era de día, controlaba la cuenta bancaria que tenían en común examinando tan a fondo la cantidad de siete cifras antes de la coma que pronto pudo enumerar la ristra como si se tratara de un número telefónico. Hasta que, en efecto, los dólares empezaron a evaporarse. A raíz de ciertas transacciones, dedujo que Joni había dado órdenes a la empresa que gestionaba sus cobros para que devolvieran el dinero a los clientes. La confirmación de que estaba en Estados Unidos le llegó al comprobar las retiradas de efectivo con tarjeta en cajeros de grandes superficies, tipo Sunnyvale Plaza y los cobros a débito de Border's Bookstore, Trader Joe's, cantidades que no distaban mucho de los billetes de cien florines que él mismo sacaba de los cajeros para pagar la comida italiana o china que le llevaban a casa. La desconfianza empezó a volverlo loco. ¿Lo había reemplazado? Una tarde llamó a las oficinas de McKinsey en Ámsterdam y se inventó una excusa para que le pasaran con Boudewijn Stol. Cuando éste cogió el teléfono, Aaron se quedó en silencio unos segundos y colgó.

Aaron flotaba en el tiempo como una medusa, impulsado por saltos letárgicos, como si además de Roombeek, también la Tierra hubiera explotado y su salón fuera lo único que seguía orbitando alrededor del sol. Dio rienda suelta a su insomnio hasta que el día y la noche perdieron su significado y el estado de vigilia fue transformándose en una cadencia imprevisible de sueños breves. Soñaba con intensidad. Pedía toda la comida por teléfono y sólo el timbre de la puerta lo sacaba de su inframundo agitado. De vez en cuando se hartaba de sí mismo e intentaba leer algo, o se quedaba viendo la televisión, o ponía un disco de *jazz* a todo volumen, aunque luego se despertaba asustado cuando la aguja se detenía al llegar al surco final.

Las raras veces en las que sonaba el teléfono pasaba un buen rato antes de que le desapareciera el susto del cuerpo y se atreviera a escuchar el contestador. Si alguien había llamado a la puerta, carteros o vendedores ambulantes (una vez llamó su amigo Thijmen), se ponía de rodillas delante del radiador y espiaba por debajo de las cortinas a aquellos que lo amenazaban. La angustia de que fuese Sigerius siempre estaba presente.

Un día se le llenó el contestador con mensajes de Blaauwbroek, bromas sobre las aguas que volvían a su cauce, la crema bronceadora que debía limpiarse de las orejas, si se había vuelto a poner pantalones largos... Era como si su jefe le estuviera hablando en un idioma extranjero. No reaccionó. Hasta el tercer mensaje, «Bever, métete algo de magnesio por el culo y ven a la redacción», no se obligó a ponerse en movimiento. Quizá el mundo seguía girando como antes, se dijo. Se afeitó la barba, se puso la única ropa limpia que pudo encontrar y se subió a la bicicleta.

Entornando los ojos por el exceso de luz natural, rodeó la empalizada en dirección a los bosques de Drienerlo. Los rayos deslumbrantes del sol le quemaban la retina y los coches que pasaban a toda velocidad le reventaban los tímpanos. Tenía la boca seca como un corcho. El campus seguía ejerciendo todavía una fuerza magnética sobre él, pero el polo había cambiado. Le parecía estar pedaleando cuesta arriba y tuvo que tirar el cigarrillo porque jadeaba como si se estuviera ahogando. En la Horstlindelaan, el corredor verde que separaba la ciudad de la universidad, ralentizó el pedaleo. Incapaz de recobrar el aliento, y aunque ya casi se había detenido, parecía como si le estuvieran lanzando un chorro de arena. Se apoyó en la barrera acústica. Ruidos estridentes, pájaros, hojas, insectos, el rumor de las hormigas. El viento silbaba insultos en las copas de los árboles. Su caparazón estaba sufriendo una agresión espantosa; todo le picaba y le pinchaba, se le humedecieron los ojos.

A unos doscientos metros delante de él, en una curva cerrada de follaje espeso, apareció Sigerius con un collie sujeto con una correa. Mareado por el susto, Aaron se dirigió con la bici al arcén, pasó por detrás de un roble y unos matorrales y se detuvo frente a un terraplén de arena blanca. Con la barra entre las piernas, vomitó. Se quedó allí, escupiendo saliva agria, jadeando en su guarida frondosa. El hombre y el perro pasaron de largo.

Le iba a resultar imposible recorrer el campus en bicicleta. Y ni pensar en la posibilidad de subir la escalera hasta la redacción, entrar en el despacho de Blaauwbroek y sentarse en la silla frente a él. Todos los lunes por la mañana, a la misma hora, Blaauwbroek salía de su despacho y cruzaba todo el campus hasta el rectorado, donde se sentaba frente a Sigerius y le administraba su «dosis de prensa». Mientras eso siguiera así, y seguía siendo así, no podía volver a reunirse con su jefe. Mirar a Blaauwbroek significaba mirar a Sigerius, y lo mismo valía para todos en ese campus de mierda, una gran pirámide en la que todo el mundo apuntalaba a su manera a la piedra de la cúspide... salvo él. Lo habían expulsado.

Volvió a limpiarse la boca, se sobrepuso y empujó la bici por el arcén empinado hasta el sendero. Dio media vuelta. Y, justo antes de montarse, vio que dos ciclistas acudían a su encuentro desde el lado de Enschede. Murk van der Doelen y Björn Knaak; en cuanto los reconoció, desvió la mirada. Una sensación de parálisis se le propagó por las extremidades. «Ahora no». Con Knaak y Van der Doelen llevaba años charlando (casi siempre cuando iban medio borrachos, tanto ellos como él) en los numerosos cócteles y fiestas que organizaban las asociaciones de debates, juntas directivas y agrupaciones estudiantiles. Sus encuentros le parecían superficiales, fastidiosos, ruidosos, groseros, de camaradería insustancial. Ellos eran miembros del mismo club que Joni; a menudo los veía entablar conversación con otros estudiantes en mesas, bares y demás estrados. Gastaban una palabrería descarada y elocuente, pronunciada con una soltura que él aborrecía pero de la que, al mismo tiempo, estaba celoso.

Eran las últimas personas a las que quería encontrarse en ese momento. Ambos sufrían de una autoestima insufrible; escamosos y pálidos como el chocolate pasado. Knaak y Van der Doelen vivían con una decena de incondicionales de Siem en la Residencia Stoof, una casa señorial en la Oldenzaalsestraat, donde se pasaban veinticuatro horas al día entrenándose en arrogancia estudiantil. Él había estado unas cinco veces en aquella casona, casi todas para fotografiar su esplendor cuando se acercaba la fecha del baile

anual de la residencia, una fiesta pedante «para darle algo de color a la ciudad».

Entretanto, ya lo habían reconocido. Murk iba un poco por delante: un montón de neumáticos de queso Gouda los unos encima de los otros, encorvado en la bici como un anciano. Tenía la cabeza con forma de judía, encajada en el pecho sin intervención de cuello alguno. Él seguía parado, con la bici en la mano y sin vía de escape a la vista. Sonriendo con burla, Murk apretó los frenos provocando un chirrido estridente.

—¡Bever! —exclamó Björn Knaak, dejando que su bicicleta continuara hasta que las ruedas delanteras de ambos chocaron.

Björn era un hombrecito rechoncho con la cabeza afeitada, unos ojos crueles y llamativamente bajo de entrepierna. Jugaba al *rugby*. Aaron no sabía qué estaba estudiando, pero debía de ser algo concreto y facilón. Al igual que Joni, Björn consideraba la universidad como el manual de instrucciones de la vida empresarial.

—¿Qué hay, tíos? —dijo Aaron en voz baja, extendiendo apático una mano.

Según el protocolo, siempre hay que estrechar la mano. Y tampoco es que los odiara.

Murk van der Doelen lo examinó de los pies a la cabeza.

—Bever —dijo—, ¿estás muerto? Tienes el aspecto de alguien que ha fallecido de forma terrible.

Murk estudiaba piano clásico, lo último que podrías esperarte de él. Como preludio a una gala estudiantil, Aaron lo había escuchado cuando dio uno de esos recitales refinados con sus dedos regordetes y velocísimos asomándole de un frac informe. Beethoven, Liszt, Prokófiev, todo con mucha clase, y al terminar, un aplauso prolongado y canapés con unas tostadas microscópicas. Pero en lo más profundo de sus capas de grasa, Murk era un patán. Todos los años tenían que hacerle un lavado de estómago en el hospital universitario después de la competición de bebedores de cerveza de su hermandad: veinticuatro botellines que, por técnica y carácter, él era el más rápido en meterse entre pecho y espalda. Durante las pruebas anuales de admisión de miembros aspirantes, Murk defendía el acceso a la escalera que llevaba a la taberna como un Hulk pálido, maldiciendo y vociferando, con el torso desnudo y fofo untado de aceite, estrujando las cinturas flacas y los cuellos escuálidos de unos chavales asustados que acababan de alcanzar la mayoría de edad y se habían imaginado una prueba más llevadera.

—Vengo del trabajo —explicó Aaron—. No me encuentro muy bien.

—Pues da media vuelta, Bever —dijo Björn—. Hay un cóctel. Allí te repondrás. Vamos a celebrar que has recuperado tu soltería.

—¿Quién dice que esté soltero?

—Yo —respondió Björn, y se pasó una mano por su morro de hurón.

—Todo el mundo —corroboró Murk.

—Me lo ha dicho tu amiguita —añadió Björn—. Tu ex amiguita.

«Sí que os odio», pensó Aaron. Quizá esa clase de gilipollas fuera la razón por la que había huido en su día de Utrecht, algo que Joni no habría entendido (si él se lo hubiera confesado, claro). Como Björn y Murk siempre andaban juntos, Joni los había apodado Björk. «Ayer estaba en De Kater ¿y quién crees que entró? ¡Björk!». Con qué facilidad se metía en el bolsillo a esos fanfarrones...

En cualquier caso, Joni sabía poco de la catástrofe que él había padecido en Utrecht, y con la que se seguía martirizando, sobre todo esas últimas semanas. Sin embargo, cuando hablaba de ello, lo hacía de manera muy vaga. Cuando terminó el bachillerato, armado con un libro de cocina para estudiantes y un abrazo de su madre, se había ido a estudiar Filología Neerlandesa a Utrecht. Fue una tragedia. Suspendió dos terceras partes de los exámenes. Como había desertado en plena novatada de una asociación de estudiantes, se perdió la semana de presentación, y de pronto no conocía a nadie que pudiera ayudarlo a sobrellevar el invierno de allí. Así que fue marchitándose en la habitación que había alquilado en casa de su tía abuela en Overvecht, un barrio periférico con apartamentos plagados de amianto donde las calles se llamaban *dreven* en lugar de *straten* y una estación de tren con dos vías en las que podías tumbarte. La ciudad real, la de las calles bulliciosas y las salas de conciertos, no llegaba hasta allí. Desde su sexta planta tenía una panorámica de un océano de hierba verde oscuro; el balcón de granito de su tía abuela estaba en los confines del suburbio. Allí se le manifestó el insomnio. A menudo se despertaba a las cuatro o cuatro y media, recorría el pestillo de la puerta del balcón y se sentaba en una silla de jardín de plástico, cogiendo frío hasta que llegaba el momento de ir a clase. Horas más tarde, se dirigía al centro de la ciudad en la bicicleta de mujer de su tía abuela, atravesando la ventosa zona norte en unos esláones deprimentes que, viéndolo ahora, le recordaban mucho a sus excursiones en bicicleta por el Enschede posterior a la explosión. Ya había visto en las fundas de almohada de su tía abuela que estaba empezando a caérsele el pelo, como al cepillo de dientes suave como la seda de la anciana señora, que él utilizaba a escondidas porque siempre olvidaba comprarse uno.

—Hablé con ella hace unos días —ceceó Björn.

—¿Con quién? —preguntó él.

—¿De quién estamos hablando? Con tu chavalita. La vi en el Gat despidiéndose de su grupo de debate.

HetGat indeMarkt, «el Agujero del Mercado», era una cueva etílica, subterránea y húmeda, literalmente perforada en la plaza mayor. Si había noticias sobre Joni en el Gat, forzosamente tenían que ser malas.

—Un sorbito de Bacardí —continuó Björn, arrastrando la voz— y ya te pone las tetas encima. Te cuenta todo lo que quieras saber. Y lo que no quieras también. Y sin dejar de rozarte con las tetas. Es una pena que se haya ido a Estados Unidos.

Entornó los ojos, que tenían amarillo lo que debería ser blanco. De un modo u otro, aquella rata siempre acababa hablando de los pechos de Joni. No podía evitarlo. Sí, odiaba a Björn, más todavía de lo que odiaba a Murk.

—«Pues parece que estás libre otra vez», le dije. «¿Y cómo sabes tú eso?», me preguntó ella. Ya conoces el tono que gastan las chatis a las cuatro de la madrugada en el Gat. —Björn impostó una vocecilla—: «¿Y cómo sabes tú eso?». «Por dos cosas», le contesté. «Noto dos firmes indicios que me lo confirman».

Murk relinchó en voz baja. Björn, que sólo reía por razones estratégicas o para regodearse, se puso serio. Aaron, para su sorpresa, no sintió celos, nada de la bocanada de bilis que notaba en otras épocas, ni la ira explosiva e infantil ante la visión de dos pezones que rozan el cuerpo masculino equivocado... Sólo sintió odio. Le habría encantado contar a esos dos que era millonario y gracias a qué tetas lo había conseguido. Pero, para evitarlo, para mantener el control, cogió con los dedos la punta de la corbata de Björn. Aquella tela azul y naranja estaba anudada con un doble windsor, el típico nudo de paleta, según Ian Fleming.

—Suéltame la corbata, cateto —dijo Van der Doelen, haciendo como si quisiera darle una colleja.

Aaron decidió seguirle el juego y se la soltó. Aquellas corbatas indicaban a los profanos que Knaak y Van der Doelen eran miembros de la junta de la asociación de estudiantes; como si hubieran sido coronados, significaban la culminación de su época en Tubantia. Era Murk sobre todo quien tenía la manía de evocar su vida de estudiante como un ministro de Estado, como un muchacho de veintitrés años que hace balance mientras se fuma un puro. Desde luego, esa corona se la había puesto Sigerius en la cabeza; siempre era él. Tres años atrás se consideró de absoluta necesidad que hubiera a cualquier

precio una organización que «encauzara» todo el «activismo estudiantil». Una asociación de estudiantes según el modelo inglés y norteamericano. Aaron vio de primera mano cómo Sigerius atornillaba ese nuevo estrato administrativo a la vida estudiantil, más o menos como en Hak, la empresa de legumbres en conserva, te envasan al vacío un tarro de guisantes. Su intención oculta era poner freno al éxodo del campus. El problema era que los estudiantes, casi siempre influidos por el entusiasmo de sus padres, si bien al principio se dejaban seducir por el campus de Drienerlo, compacto y acogedor, donde todo estaba organizado hasta el aburrimiento, con el tiempo decidían irse a vivir cada vez con mayor frecuencia al centro de Enschede, a una auténtica residencia, cerca de los bares y las fraternidades de la Oude Markt. En el año 2000, uno no podía pretender recluir a los jóvenes holandeses en un campo con césped. Entretanto, en dicho campo se habían invertido cientos de millones en bienes inmuebles: apartamentos para estudiantes, viviendas para profesores, un comedor, un restaurante, un supermercado, un centro médico, una clínica dental, una peluquería, una piscina, una biblioteca, cafés, teatros, salas para fiestas, campos para practicar deporte, obras de arte... Tubantia era «el campus». Y su asociación de estudiantes había sido diseñada para atraer a los jóvenes. Sigerius había reservado una partida de dinero para ello. Y había reclutado a Björk para empezar a ejercer presión.

—Ven con nosotros, no seas cagado —dijo Murk—. Tu suegro también estará allí.

Aaron negó con la cabeza.

Björn se rió de algo, pero su risa se ahogó en el impresionante susurro del follaje que los rodeaba.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Sigerius es tu amigo del alma, ¿no? ¿O es que no te atreves?

De pronto, Aaron tuvo mucho calor, el aire parecía haberse recalentado, a punto de inflamarse. Estaba avergonzado. Muerto de vergüenza. Pero ¿por qué? En los caretos de Knaak y Van der Doelen podía leer su mal aspecto, pero la vergüenza no tenía nada que ver con las tetas de Joni en el Gat, ni con el hecho de haberlas diseminado *urbi et orbe* por propia voluntad, unas tetas que flotarían en la red por los siglos de los siglos como los restos de un naufragio... Se avergonzaba porque esos dos tenían razón: no se atrevía a acompañarlos.

—¿Cómo va esa asociación de estudiantes? —preguntó de improviso—. Suena muy formalita. En Utrecht nunca hubiera tenido éxito; en una ciudad universitaria de verdad los estudiantes no permitirían que una asociación de

ésas les dijera cómo tienen que hacer las cosas. Creía que las asociaciones de estudiantes precisamente buscaban apartarse de sus universidades.

Como hacía a menudo, estaba repitiendo como un loro los razonamientos de Etienne Vaessen. Frente a su amigo, que había desempeñado un papel importante en la asociación de Utrecht, defendía el campus con uñas y dientes, pero cuando estaba en la barra de un bar con alguno de éstos, se transformaba en una especie de Etienne en miniatura y se hacía el veterano de Utrecht. A veces no podía contenerse y les contaba que había sido miembro de su asociación, y si le seguían preguntando, fanfarroneaba un rato, extrayendo anécdotas de las historias de su amigo.

—Una asociación de estudiantes de verdad se ríe de la junta directiva de su universidad —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Björn.

Al contrario que Murk, que no sabía qué hacer con su cuerpo larguirucho y descansaba agachado sobre el manillar como una salchicha torcida, Björn estaba en posición de firmes, con las piernas separadas como un militar y la barra de su bicicleta llena de pegatinas apoyada en la entrepierna. Tenía los pies gigantes; sus zapatos de piel con cordones estaban tan bien encerados que parecían salidos del manual del estudiante perfecto. Sus ojos claros, extraños, reptilianos, lo miraban con hostilidad.

—Que a los miembros de una asociación de estudiantes de verdad les importa un carajo la dirección que lleve su universidad —dijo Aaron, crispado—. Van a su bola.

Antes de responder, Björn movió sus enormes labios dejando entrever una dentadura perfecta.

—¿Oyes eso, Van der Doelen? —dijo—. Al parecer, Bever sabe de qué va el asunto. Y nos dice cómo deben hacerse las cosas. Ahora que Sigerius lo considera menos que una mierda de perro, nos va a explicar cómo se hacen las cosas. —Negó descontento con la cabeza de rata—. El fotógrafo del periódico escolar cree que debemos ir a nuestra bola. —Miró a Aaron, burlón—. Lleva años lamiéndole el culo a Sigerius y ahora le parecemos demasiado formalitos. ¿Lo has oído?

—Lo he oído —dijo Murk, serio—. Siempre de palique en los bares, Siem esto, Siem lo otro...

Aaron volvió a sentir náuseas. Era cinco años mayor que ellos, pero a su alrededor todo giraba como si estuviera en una atracción de feria. El techo de ramas susurrante se convirtió en una ciénaga verde que le hacía de apuntador: «Cuéntaselo».

—Sigerius se irá —dijo. Sonó ronco, carraspeó—. Ya está harto de vuestro campus. Será el nuevo ministro de Educación. Hace meses que lo sé.

—No digas gilipolleces, Bever —repuso Björn—. ¿Dónde estabas el día de la barbacoa en casa de Sigerius? ¿Tu amigo del alma ya no te invita?

—Lo nombrarán ministro. Pero de momento todavía es un secreto.

Björn se sorbió la nariz y escupió al terraplén.

—Ahora que su novia está en Estados Unidos follando con Jim... —le dijo a Murk.

—Con Jeff —lo corrigió éste.

—Ahora que su novia está en Estados Unidos follando con Jim y con Jeff —concedió Björn—, y papá ya no quiere ni ver al lameculos, el lameculos va por ahí chivando sus secretitos.

Aaron quiso responder algo pero se le adelantó el estómago. Se encogió como un puño y los últimos restos de bilis le subieron por el esófago. El ácido amarillo le salió en un borbotón por la boca, goteándole sobre el manillar. Björn apartó su bici de un tirón.

—Has estado pimplando, Bever —comentó Murk—. Confiésalo. —Rió incómodo—. Vete a dormirla, tío.

Björn montó en la bicicleta. Antes de irse, le dio una patada al portaequipajes de Aaron.

La intensidad de la luz de junio cortaba en franjas afiladas el suelo de linóleo de la antigua aula. Los dos estábamos observando el crucifijo de madera veteada y brillante que colgaba de la pared enjalbegada. Tan grande y en tres dimensiones, atraía todas las miradas: Jesucristo, como un atleta, tallado a mano, con el estilo bucólico de esos pastores tiroleses entre sus ovejas que recordaba de mis vacaciones de esquí en Val Gardena. Cada gota de resina debía parecer una gota de sangre.

—¿Lo has colgado tú? —pregunté para romper un silencio que Wilbert parecía soportar mejor que yo.

Estábamos sentados uno frente al otro; yo en una silla incómoda y dura de madera, él repantingado en un butacón sin forma con retales de cuero *beige* cosidos.

—No, los romanos —respondió.

No entendí la broma de lo tensa que estaba. Apenas recuerdo de qué hablamos durante la primera media hora, o mejor, de qué hablé yo, acelerada y desorientada, como un ratón de juguete al que le hubieran dado cuerda. Wilbert chasqueaba los nudillos y hacía alguna pregunta de vez en cuando, mientras que yo no dejaba de verme a mí misma a través de sus ojos. Lamentaba haber caído en la coquetería de ponerme una minifalda y abominaba de mi historia rimbombante sobre las prácticas de fin de carrera en California. Abominaba también de la revista *Forbes* que había comprado en la estación central de Ámsterdam y que se había salido del bolso cuando éste se me había caído al suelo.

Mantuve la mirada clavada en el crucifijo, quizá porque estaba avergonzada, pero también para no tener que mirar esa otra escena de la Pasión: el rostro de Wilbert. ¿Qué le había pasado? Parecía el de dos personas distintas. La mitad derecha, su lado intacto, mostraba a un hombre mal afeitado y airado que con el tiempo se había convertido en el vivo retrato de su padre: las mismas facciones carnosas de Siem, la misma nariz pequeña con

la aleta derecha moviéndose mientras hablaba. El ojo seguía siendo negro como el petróleo, pero se veía más apagado y pequeño que antes, y tenía una ojera marcada. Me resultaba difícil apreciar si esa mitad del rostro sana proyectaba resentimiento, incluso crueldad, porque el lado izquierdo, el espantoso, reclamaba toda la atención. Parecía fundido de lo retorcido que lo tenía. La mejilla izquierda y la comisura de la boca estaban hundidas y dobladas, como si no hubiera cráneo debajo, la piel pálida le colgaba como una bolsa de goma. El párpado inferior le quedaba holgado por el peso y dejaba a la vista el interior, de un rojo blancuzco. Cuando parpadeaba, sólo se le cerraba el ojo bueno, mientras que el izquierdo seguía abierto con el globo ocular girando a blanco. Cada poco amenazaba con escapársele la baba por la comisura de la boca colgante, y entonces sorbía produciendo el sonido que ya había oído al teléfono.

—¿Hay que ser creyente para que te dejen vivir aquí?

—No precisamente —dijo.

—No precisamente. Muy bien.

Como siempre, me miraba evaluándome, en la medida en que le era posible con ese ojo caído.

—Algunas veces me pregunto —dijo— qué quieren en realidad. Qué los lleva a acoger a escoria como nosotros. Nadie se enriquece con esto, ya sabes. Y siempre tienen pasta.

Miraba como si estuviera reflexionando y me alivió que se explayara sin esperar respuesta.

—Lo que quieren al fin y al cabo, pienso entonces, son almas. Para estos de aquí cada conversión es un punto más. Y ya que estamos, mejor que sea de pecadores de verdad. Tienes que estar muy podrido para que te admitan.

Aunque me llamó la atención que su neerlandés hubiera empeorado, sus argumentaciones no me parecieron erróneas. Además, se conocía a sí mismo lo bastante como para definirse como «escoria» —un apelativo en absoluto mal elegido— y admitir, aunque fuera de manera indirecta, que estaba podrido.

—¿Quieres quedarte aquí?

—Sí, claro. Todo el tiempo que pueda. Aquí no nos dejan hacer nada. Nada de fumar, nada de beber. Nada de drogarse.

—Ya. Es bueno que te ayuden en tu proceso de reinserción.

«Génesis; tu puente a la sociedad». Antes de subirme al tren de Ámsterdam lo había buscado en internet; eran católicos y estaban en diez ciudades. El proceso de admisión empezaba ya en la cárcel y los ex

presidarios sólo podían entrar si estaban «motivados» para «darles un nuevo sentido» a sus vidas. Me parecía que aquello sonaba muy bien.

—No se trata de eso —ladró Wilbert—. Yo puedo rellenar sin problemas esos formularios de mierda. Puedo vivir donde quiera. No los necesito, ¿sabes? Sólo utilizo su... ¿cómo lo llaman? La palabra que usan es... «misericordia».

Bostezó, estiró los brazos por encima de la cabeza y sacó pecho. La camiseta, desteñida, le amarilleaba en las axilas, llevaba un pantalón militar y unas zapatillas de deporte sin marca, y tenía un cuerpo fornido y regordete. Por encima de sus muslos gruesos sobresalía un vientre redondo y duro: un regalito de su padre. Nos separaba una mesita de mimbre polvorienta sobre la que había un ejemplar de la revista *Nieuwe Revu*, mondaduras de mandarina secas y una cosa rara: dos palos cortos, en realidad dos mangos, unidos por una cadena de unos cinco centímetros.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando el artilugio con un gesto de la cabeza.

Durante todo el trayecto de Enschede a Ámsterdam había estado preguntándome qué iba a decirle. ¿Qué se le puede decir a alguien al que has difamado bajo juramento? Habían pasado casi diez años, diez años había tenido para pensar en ello, ¿y no se me ocurría nada?

—Palos de kárate. Todos somos distintos. Y estos creyentes son gente desinteresada. Jacob, por ejemplo, es uno de ellos, el dinero no le interesa.

—¿Jacob?

—Mi mentor. Se levanta todos los días a las seis.

Se quedó mirándome. ¿Qué pretendía, que me pusiera a silbar de admiración?

—Luego recorre en bicicleta los siete kilómetros que hay desde Watergraafsmeer hasta aquí y se sienta en la cocina a esperar al panadero y a los chicos del supermercado Dirk. Todas las mañanas, ¿sabes? Prepara el pan, la leche, las manzanas y los plátanos. Se toma un café. Pero no desayuna hasta después. Media rebanada de bizcocho con mantequilla.

Asentí con la cabeza.

—El resto del día se lo pasa solucionando mierda. La mierda de otros. Esta mañana había dos yugoslavos en el vestíbulo grande que querían hablar con alguien de aquí. El tipo debía de haberse olido que habían venido a buscarlo, o algo parecido, porque ha salido por la ventana. Se ha subido al tejado por el canalón, y allí se ha quedado, pegado a las tejas.

Aunque parezca extraño, fue a él, a Wilbert, a quien imaginé estirado y pegado al tejado inclinado, como un cubretetera, de la mansión donde estábamos, un edificio tan hermoso como pretencioso que hasta la década de los ochenta había albergado una escuela Waldorf. Aulas de techos altos con molduras y ornamentos de acabados fabulosos, y máximas antroposóficas en las paredes embaldosadas, en otro tiempo destinadas a niños de ambientes intelectuales. Hoy en día nadie estaba contento con los tipos que se paseaban por las aceras del Overtoom.

—Y luego Jacob se libra de esos tíos y se concentra en bajar al huésped del tejado con una escalerilla. Y así seis días a la semana, ¿sabes? Veinte años lleva ya. Si le preguntas por qué lo hace, te dice: «Porque Jesús me ama y a ti también». Es un hombre desinteresado. Ni siquiera le pagan, ¿sabes?

Eso último me pareció absurdo, no podía creer que el tal Jacob no recibiera ningún salario. En cualquier caso, todo me sonaba muy sentimental, pero pensé que tal vez le hubiera tocado la fibra sensible de verdad. Miré el crucifijo. ¿Se habría vuelto creyente? Una vez fuimos todos a Drenthe, él y nosotros cuatro, en unas vacaciones cortas. Fue a principios del año en el que se vino a vivir a la granja. Alquilamos una casita de la Red Forestal del Estado, imagino que para habituarnos los unos a los otros. Allí estábamos, en esa casita en medio del bosque, alrededor de una mesa que cojeaba tanto que mi madre le dio la vuelta y serró un trozo de pata con un cuchillo de cortar el pan. Wilbert estaba asombrado, claro, él creía que las madres sólo eran capaces de abrir los envases de vino del Aldi. Como no dejaba de llover, estuvimos jugando al Risk y al Monopoly, y también al Trivial, para disgusto de Wilbert, porque incluso Janis sabía más que él. Durante esas horas se manifestó por vez primera su naturaleza religiosa, o lo que fuera aquello: al hilo de una pregunta sobre hinduismo o budismo, Wilbert explicó con toda solemnidad que debía de haber algo entre el cielo y la tierra, que él creía en un dios, y además el espíritu de su madre debía de estar en algún sitio, ¿no? Entonces Siem intentó interrumpirlo afablemente (pero en realidad le saltó encima; nuestro ateo de cabecera echó los restos para convencer a Wilbert de que el más allá no existía, restregándole por las narices estudios de científicos a los que «conocía en persona»), lo que sacó de sus casillas a Wilbert. «Sabiondo», le dijo impasible, y nada más. Al día siguiente, según mi recuerdo, pero también pudo haber sido más tarde, dimos un paseo por el bosque hasta un dolmen, y junto a esa mole enorme Wilbert encontró una cavidad en una roca que estaba llena de agua de lluvia, y en esa bañerita vimos nadar a tres renacuajos. Él me preguntó si veía al renacuajo con el

«cabezón gordo»; ése era Siem, dijo, y la bañera pequeña por la que nadaba era el universo del que sabía contarle todo de manera tan precisa. Y los otros dos éramos él y yo, a quienes Siem gritaba que, exceptuando nuestra piscinita, no existía nada más.

—¿Sigues creyendo? —le pregunté.

—Te pareces a Jacob —contestó él—. Quieres saber por qué tengo este careto, ¿no? Los doctores lo llaman «parálisis facial». Un nervio destrozado de la cara. Se me va a quedar así.

—¿Por una pelea? —dije sin comprender por qué salía ahora con eso.

Wilbert soltó una risa nada liberadora.

—Creo que allí, en vuestra granjita, todos pensáis que voy paseándome de puerta en puerta con una maza. Por una otitis normal y corriente. La cogí en el trullo por ponerme a hacer de doctor con un palillo de plástico para remover el café.

Se inclinó hacia delante y me acercó un dedo a la cara; por un momento pensé que iba a tocarme.

—Desde el oído hasta la mejilla hay un cable fino, un hilillo, una especie de nervio, y ese hilillo se encarga de que sigas teniendo esa cara tersa de muñequita. El mío se cortó. ¿Ves esa gasa?

Hizo un gesto hacia la cama elevada que había a mi espalda, un mueble de madera blanca de Ikea que sólo llegaba hasta la mitad de la pared singularmente alta. Todo allí era inmenso, el aula original debía de tener dos puertas para dividir el espacio con una pared de escayola. Mis ojos examinaron el escritorio infantil de debajo de la cama; sobre una capa de papeles de impuestos y sobres abiertos, había un trozo de venda y un rollo de esparadrapo.

—Todas las noches tengo que untarme pomada en el ojo y después vendármelo. De lo contrario se secaría, ¿sabes? Pero cuando estoy comiendo, me empieza a llorar solo. Jacob quiere que me ponga a trabajar, «tienes que encontrar algo», y bla, bla, bla. Eso es otra cosa mala de los de aquí: son unos ingenuos. ¿Quién crees que me va a contratar con este careto? Ni Dios. Incluso él contrataría a otro. Si el de ahí —como un autoestopista, señaló con el pulgar el crucifijo de madera que había en la pared— hubiera tenido esta jeta, habrían crucificado a otro.

—¿Y si te operas? —le pregunté—. Me refiero a una operación de cirugía estética.

—¿La pagas tú?

—Intento pensar un poco para ayudarte.

—No intentes ayudarme.

Volvía a gotearle la baba por la comisura de la boca, pero en lugar de sorberla, la atrapó con la muñeca y arrojó la saliva al linóleo con un movimiento enérgico.

—Ahí tienes al buen Dios —dijo—, no hay otro.

Y allí estaba... el aplomo, la insolencia con la que había convertido, como por arte de magia, a la niña buena de papá en una adolescente intratable que se atrevía con todo, que pensaba que todo debía probarse, siempre que no se pagara con la muerte. Pero que ahora experimentaba lo que mi padre había tenido que soportar durante todo un año: me molestaba el gesto, su manera de pensar, su manera de no pensar. En la televisión había escuchado cómo un obispo neerlandés contaba la enfermedad muscular misteriosa que había padecido. El cura había estado un tiempo sin poder andar. Había pasado una época terrible en silla de ruedas, y como consecuencia su fe se había debilitado seriamente. ¡Así son los papistas! Se pasan la vida rezando para ahuyentar terremotos y genocidios, pero se ponen enfermos y empiezan a dudar.

Wilbert se había levantado para estirar las piernas. Estaba detrás de mí.

—¿Quieres algo? —preguntó—. ¿Algo de beber o así?

—No, gracias —le dije, justo cuando sonó un golpe seco.

Miré hacia atrás y lo vi tomar impulso para dar un segundo puñetazo a un saco de boxeo que se balanceaba, colgado de una cuerda fijada al techo con una argolla. ¿No era ese morro torcido y baboso precisamente una prueba de la existencia de Dios, una muestra débil y puntual de la justicia divina? Dios había hecho de Wilbert la caricatura de un asesino. Sentí crecer en mi interior una irritación cercana a la ira. Él realizó un par de movimientos pugilísticos. Su cuerpo parecía haber empequeñecido y estaba más rollizo, aunque también más fuerte. Detuvo el cadáver de cuero colgante, le abrió la cremallera y metió un brazo como si fuera un veterinario. Vi cómo con los dedos rebuscaba dentro de aquella piel azul oscuro y cómo una comisura de sus labios esbozaba una sonrisa cuando sacó un paquetito envuelto en papel higiénico. Dijo: «A mí sí que me apetece algo», y se dirigió a un armario. Se puso de cuclillas y cogió un neceser que daba pena. Cuando se dejó caer en el butacón, extrajo un espejito de afeitarse y la cuchilla de una Gillette. Cuando desenvolvió el bulto de papel higiénico, apareció un saquito con polvos blancos. Volcó un poco sobre el espejo y lo cortó con la cuchilla, con unos movimientos breves y formando una línea recta. Del bolsillo posterior del pantalón sacó un billete de diez aplastado, lo enrolló y se inclinó hacia la

mesa con el tubito pegado al orificio nasal. Mientras esnifaba el polvo con dos inhalaciones fuertes, le miré el pelo negro y fino que llevaba recogido en una coleta grasienta. Volvió a incorporarse.

—Hecha por mí mismo —dijo beatífico—. Esto también se aprende aquí. Sin quererlo, la indignación se abrió paso en mi interior.

—¿Por qué te metes esa mierda? —me oí ladrar—. Dime, Wilbert, ¿por qué eliges siempre el camino más fácil? ¿Por qué estás aquí otra vez esnifando a escondidas? ¿Por qué coño haces las cosas que haces?... ¿Wilbert?

El rostro se le había anquilosado, levantó la ceja derecha, en un gesto de sorpresa exasperada. Percibí que la agresividad empezaba a acumularse. Cerró el ojo derecho y movió la cabeza como si tuviera tortícolis. Se desentumeció el cuello ancho, típico del que ha estado en el talego. Al cabo de unos segundos, abrió el ojo y me miró, en silencio.

—Primero explícame tú a mí una cosa —dijo—: ¿Qué hacías en la sala de audiencias? Pedazo de puta de mierda.

El disparo de salida. Había llegado el momento. Ahora iba a empezar aquello contra lo que mi padre me había prevenido hasta la saciedad. Lo que él había temido durante diez años... y lo que yo, absurdamente, no había temido hasta entonces. Me ruboricé, se me secó la boca. ¿Para eso había cruzado el país tambaleándome sobre mis tacones? ¿Por qué había ido al Overtoom como una boba? ¿Por qué no lo había llamado para cancelarlo? ¿Por qué coño le había telefoneado? Preguntas, preguntitas. Pero la suya era buena, oye. ¿Qué se me había perdido a mí en la sala de audiencias?

«Cuenta la verdad —me había dicho mi padre—. Cuéntale simplemente la verdad al juez». Estábamos sentados uno frente al otro en La Bastille, que estaba casi vacía. No me pidió más. ¿Y cuál era la verdad? Según mi padre, lo que le había explicado Vivianne a Maurice y lo que, acto seguido, Maurice le había dicho a él por teléfono. Y eso iba a contarme él otra vez en ese momento, para que yo, por mi parte, meses después pudiera volver a delatarlo por carta, así, al contárselo a un abogado volvería a convertirlo en un... ¿cómo se llaman esos escritos? Todo sin posibilidad de réplica. Cuenta simplemente la verdad, ¿vale?

Era lunes al mediodía, el lunes tras la lacónica llamada telefónica del lacónico novio de Vivianne. Mi padre y yo estábamos sentados a una mesa con individuales de papel rojo sobre un mantel blanco y roído de tela gruesa

que te hacía pensar más en un restaurante chino que en uno francés. Él mismo había llamado al colegio, consiguiendo el efecto «profesor Sigerius»: el jefe de estudios en persona había ido a buscarme exultante a la puerta del aula de química. Mi padre ya estaba allí cuando entré en el bar, sudada de pedalear y de subir por la picuda escalera de piedra. Junto a la ventana, con el camarero a unos quince pasos, se acariciaba la barba negra y espesa que se había dejado crecer por aquel entonces. No me vio hasta el último momento.

—Toma asiento —dijo, con un tono formal, como si no fuera su hija sino una de sus doctorandas.

Junto a un platito con el logotipo de Tubantia, había una taza de café vacía sobre el mantel. Tenía aspecto de estar cansado, y bajo la intensa luz natural su traje se veía arrugado.

—¿Qué quieres comer, pequeña?

—Papá, ya tengo mis bocadillos.

—Tíralos a la basura. Yo pediré sándwich de solomillo. Aquí es excelente. ¿Qué tal te ha ido en Economía?

—Bien.

Cerró la carta, encuadernada en cuero, hizo una seña al camarero y pidió dos sándwiches de solomillo. Dijo algo acerca de nuestro jefe de estudios, que le parecía un arrogante. Y luego, más para sí que para mí:

—Bien. Y ahora...

Sin mayor transición, empezó a exponer lo que Maurice le había contado el domingo por la tarde. Al menos, lo intentó. Primero se enredó con una introducción confusa, e incluso en un momento dado pareció que iba a desistir, pero luego carraspeó y volvió a centrarse. Rojo como un tomate, me habló del pañuelo, todavía con eufemismos y torpeza, y cuando llegó a la bufanda, a la cortina de la ducha y a lo que Wilbert había estado haciendo detrás, las palabras se le quedaron bloqueadas en la garganta: su boca era redonda y lo que quería decir, cuadrado. ¿Por qué nos cuesta tanto hablar de sexo con los padres? Los dos estábamos avergonzados, yo sobre todo por él, hasta que se decidió a expulsar como a martillazos toda aquella mierda que le había impedido dormir tantas noches.

Creo que dije «jelines» en un tono de sorpresa. Una maldición infantil y simpática como resultado de al menos dos emociones que habían estado tirando de mí durante el discurso torpe y crispado de mi padre. Lo peor eran mis ganas de romper a reír por lo que sonaba como el colmo de lo que Wilbert consideraba una diablura, lo que en mi fuero interno había empezado a parecerme cada vez más interesante y excitante, sobre todo en ese ámbito

tan candente relacionado con lo que las chicas podían hacer con los chicos y viceversa. Al mismo tiempo, era precisamente eso lo que ahora me impedía reír, porque la segunda emoción era el miedo. Mi padre sentía alergia por el comportamiento de Wilbert en su totalidad, eso estaba claro, pero de todas las cosas que lo exasperaban de su hijo había una en él que parecía más profundamente enraizada y, a la vez, era la más visible: el, cómo decirlo, ¿libertinaje de Wilbert? Sí, porque era más que desinhibición. Su agresividad, su holgazanería y su tozudez (estupidez, le parecía a mi padre) eran una fuente inagotable de disputas entre ellos, razón más que suficiente para que se destrozaran a cara descubierta, pero su maldita necesidad de fornicar, de decir obscenidades, el constante bramido de sus hormonas... Desde su llegada, la granja se había convertido en un acelerador de partículas. Wilbert y las chicas. Eso a Siem lo ponía nervioso, lo volvía loco. Antes de que el hijo pródigo regresara al seno paterno, nuestra granja tenía con las palabrotas el efecto disuasorio de una cerca electrificada para el ganado: en un radio de doscientos metros se nos cerraban las gargantas y las dos sufríamos una afasia temporal de palabrotas. Pero a Wilbert todo le parecía desde el primer instante «la hostia» o «jodido» o «de puta madre» o «para cagarse en Dios», o simplemente «un coñazo» si algo no le salía bien a la primera, y así durante todo el día. Al tercer sábado, por la noche, ya había traído a una chica de la ciudad; por la mañana había una bici de abuela roja y azul apoyada en el castaño que había junto a la terraza. Mis padres se quedaron en casa todo el domingo, como un matrimonio de calvinistas ortodoxos, esperando a ver qué bajaba por la escalera. Pero pasaban las horas y nadie aparecía, hasta que a las cinco de la tarde Wilbert y la chica entraron medio desnudos en el salón... «Vamos a zamparnos un par de huevos fritos».

Sin embargo, en lugar de dejar que se frieran un huevo mi padre masculló, lleno de resentimiento reprimido, que la cocina estaba cerrada. «Una ducha y a la calle, los dos». Después de eso ya no volvimos a ver más ligues (a partir de entonces, el pequeño Wilbert se las arregló fuera de casa), pero sí muchas más revistas porno y cajitas de condones tiradas por todas partes. Un día mi padre entró hecho una furia en su habitación con una astronómica factura telefónica en la mano; detallada, naturalmente. Números de teléfonos eróticos. Esa clase de follones se estaban dando en una casa en la que hasta la llegada de Wilbert podrías haber demolido de arriba abajo sin toparte con un solo librito de educación sexual, ni siquiera sin ilustraciones ni notas a pie de página, no digamos ya con algo que tuviera el objeto de excitar los sentidos. Ni un *Panorama*. Pero ¿vosotros no veníais de los años sesenta? ¡Dios, cuánta

mojigatería! El sexo brillaba por su ausencia en casa. Sí, es verdad, tenían una novela de Jan Wolkers. Pero ni siquiera era la buena.

—¿«Jolines»? —repitió mi padre con la boca llena de pan blanco y solomillo—. Ese idiota, ese cabrón, ese canalla ha agredido sexualmente a tu profesora. En nuestro cuarto de baño, en mi propia casa.

Estaba enfadado, se sentía humillado, lo veía en su cara, pero esa Vivianne y su Maurice estaban furiosos, sobre todo Maurice, que hablaba de traumas de por vida y de un juicio. Y mi padre no podía quitarles la razón, al contrario, incluso estaba de acuerdo con ellos.

—Si desisten, seré yo quien recurra a los tribunales.

—Papá, espera; ¿quieres llevar a juicio a tu propio hijo?

—Ya está bien, Joni. Se ha pasado de la raya. Esa escoria nos está haciendo la vida imposible. A todos nosotros. A tu madre, a mí, a Janis, a ti. Tu hermana no puede dormir. Janis ahora tiene miedo de todo. Y por ti, por tu...

—¿Por mí? ¿Qué pasa conmigo?

Mi padre tragó primero lo que tenía en la boca. Viéndolo se diría que masticar ese trozo de solomillo, engullirlo y reunir la saliva suficiente para poder seguir hablando, conllevaba más esfuerzo que la ceba y el sacrificio de la ternera. Tenía la frente perlada de sudor.

—Por ti es por quien estoy más preocupado —dijo.

—Papá, ¿por qué? ¿Por qué te preocupas por mí? ¿Qué tiene que ver ese chico conmigo?

Volvió a callar. Se miraba la mano derecha, con la que agarraba el vaso de agua, y yo lo miraba a él. ¿Estaba reflexionando? Me inquietaba ver a aquel hombre barbudo y fatigado tan pensativo; se estaba quemando las neuronas por cosas para las que tenía menos talento que para las matemáticas.

—Cariño —dijo—, sabes que no tienes por qué avergonzarte ante mí. Nunca.

Hizo algo que no era propio de él: puso su mano sobre la mía.

—Cómo puedo decirte esto para que me entiendas... Mamá y yo tenemos la sensación de que Wilbert... eh... siente un afecto especial por ti. ¿Comprendes a qué me refiero si te lo digo así? Nos parece que para él tú eres... más que simpática. Y probablemente él tiene... cómo puedo decirlo para que no suene mal... Mamá y yo tenemos la sensación de que él... de que vosotros...

—¡Papá! ¿Qué insinúas? ¿Qué quieres decir?

Aparté de golpe la mano que descansaba bajo la suya y corrí la silla hacia atrás.

—Compórtate, papá. Te refieres a que... ¡No, por supuesto que no! ¿Cómo te atreves a pensar algo así?

Aunque sabía que estaba siendo exagerada, me levanté y di un palmetazo con ambas manos en la mesa.

—¡Joni! —susurró—. Siéntate. Espera. Quédate sentada. Tranquila. Escúchame. Suele ocurrir que la víctima de algo así... se avergüence, quizá tanto que...

—¡Papá, cierra el pico! No quiero que digas nada más.

—Escúchame. Y baja un poco la voz. Me resulta muy desagradable tener que obligarte a enfrentar esta situación, pero tu madre...

Se bloqueó. Para ocultar su vergüenza, empapó el último pedazo de pan con carne en la salsa y lo pinchó, pero se le cayó del tenedor al regazo. Sin maldecir, recogió el bocado y lo dejó en el borde del plato.

—Tu madre y yo sabemos que vosotros... pasáis mucho tiempo juntos. Y eso está, eso estaba... bien. No te imaginas cuánto... te lo agradezco. Eres mi hija. Te has esforzado para que Wilbert... para que se sienta como en casa.

Para mi espanto, vi que se le estaban humedeciendo los ojos en zonas que deberían permanecer secas. «¡No! ¡No te pongas a llorar!».

—Cariño, escucha. —Pareció recuperar la compostura—. Es evidente que le gustas, yo lo comprendo muy bien, gustas a todos los chicos, así que a él... así que a Wilbert también. Lo entiendo, sí. Pero es inadmisibles. Es peligroso. Él es peligroso. Ese chico no conoce la diferencia entre gustar y...

—¿Y...?

—Joni —dijo cortante de golpe—. Respóndeme: ¿Wilbert te ha... acosado? Quiero saberlo. La pregunta no es tan absurda. El juez querrá saberlo también. Dime la verdad, por favor.

No. No podía. No iba a hablarle de la cantidad de veces que, después de haber vuelto juntos de la ciudad el sábado por la noche, nos sentábamos en el sofá, un poco borrachos, a susurrarnos historias, o chistes malos, mientras zapeábamos por todos los canales de la tele en una casa dormida. Y que yo había sido quien había intentado que cayera en la tentación. A mis quince años era perfectamente capaz de poner en aprietos a un chico de diecisiete, no podía haber nada más fácil. Los chicos de diecisiete raras veces se encontraban en plena noche tumbados en un sofá con una chica que se sintiera a gusto en su presencia saturada de feromonas... Ni siquiera Wilbert Sigerius. Así que yo encogía las piernas con indolencia, o las separaba demasiado,

mientras le contaba riendo lo que un tío cualquiera acababa de jadearme al oído en el tugurio en cuya barra Wilbert se había acodado para mirar todo lo que yo hacía en la pista de baile. O me soltaba el pelo suspirando, le tiraba la goma en sus partes y luego me tumbaba en el sofá con las piernas sobre su regazo. Si no me ponía las manos en las piernas desnudas, o las ponía demasiado dubitativo, me incorporaba tirando de uno de sus brazos, magníficos ya entonces, y me subía a horcajadas encima de él haciéndome la ofendida, con las rodillas a ambos lados de sus muslos, le pellizcaba sus caderas firmes, le hacía cosquillas. «Bruja», siseaba él. Le pinchaba con el dedo índice bajo el mentón, donde tímidamente empezaba a salirle la barba. «Mírame a los ojos... ¿Qué has dicho, chavalito?», le soltaba mientras los dos sentíamos cómo mis braguitas de algodón le presionaban la cremallera de los vaqueros, y yo, lo siento, papá, sólo podía pensar en eso.

Pero nos quedamos allí. Nunca fue a más.

—Papá, ¿sabes lo que puedes hacer? —le dije tan alto que el camarero levantó la cabeza—. Ve a mentirle tú al abogado. Cuéntale que fue a ti a quien agredió sexualmente Wilbert.

Su labio inferior, ancho y carnoso, le tembló cuando asintió con la cabeza y se levantó.

—Vuelvo enseguida —dijo, y en una parodia patética de sus andares renqueantes se fue al servicio de caballeros, al fondo del bar.

La piel de las piernas se me puso de gallina. Encima de los ventanales, que daban a un patio de colegio con una cancha de baloncesto, había unas ventanas abatibles alargadas. Estaban abiertas. Luego, cuando me marchara, Wilbert las cerraría con la vara larga de aluminio que había visto tirada bajo el radiador junto al suelo. ¿Qué podía contestar la puta de mierda?

Para mi sorpresa, empezó a hablar él. Se había vuelto a recostar en la butaca de retales con las manos entrelazadas detrás de la nuca, para que le viera las axilas desteñidas. Con el ojo bueno mirándome fijamente, me contó que aquella vez le habían caído diez meses de reclusión en un correccional, lo que naturalmente yo ya sabía, y que lo habían enviado al Hunnerberg, a las afueras de Nimega. También eso lo sabía, y que había estado allí entre retrasados mentales, y que me había odiado. Eso último no lo sabía, sólo lo suponía.

—Cuando nos despertaban a golpes a las siete de la mañana y nos metían a patadas en las duchas, me ponía bajo el chorro sin importarme que el agua

estuviera congelada o ardiendo. Era la única manera de no pensar en la venganza durante cinco minutos, ¿sabes? Tan pronto como cerraba el grifo, pensaba: «La odio».

Se detuvo y se sorbió la nariz. Crucé las piernas. No sabía qué decir.

—Os imaginaba desayunando en la granja. Tu mami con su bata, tu papi contando las cucharaditas de café, Janis y tú... Joder, cómo os odiaba. Yo era peligroso. —Se sorbió ruidosamente la saliva y rió por lo bajo, negando con la cabeza—. Pero entre esos retrasados de allí tenía un colega, ¿sabes? Durante las clases que nos daban me sentaba junto a un tipo grande y rubio. Camaradería de circunstancias, un poco de afecto, qué sé yo. Ronnie, diecisiete años, atraco a mano armada. Ronnie Raamsdonk. Me dijo que era primo de Pedro van Raamsdonk, que si esto y aquello, pero ¿dónde se había quedado la aristocracia de ese «van»? —Me miró como si hubiera dicho algo muy gracioso—. «¿Dónde se ha quedado la aristocracia de ese “van”, colega? Sólo te llamas “Raamsdonk”, ¿no?», le dije. No tenía ni idea. Pero, bueno, a él le conté cómo me la habías jugado. Cuando estás allí dentro necesitas hablar, necesitas...

—Wilbert —lo interrumpí, mareada por ese testimonio tan cargado de odio—, no sabes cuánto lo he sentido, yo...

—Sólo escucha. No digas nada. —Hizo una pausa antes de continuar—. Así que le conté a ese Ronnie que te odiaba. «Quieres devolvérsela», dijo él, «quieres salir para joderte a tu hermanastra». Tenía razón, empecé a sudar y tiritar de excitación sólo de pensarlo. Me dijo que en un bosque de Zwolle había enterrados diecisiete mil florines. Se pasaba todos los minutos del día pensando en ese dinero, y para ahuyentar la miseria a veces intentaba contar hasta diecisiete mil, me dijo, de tanto que pensaba en los billetes. Ese tío estaba gilipollas. Creía que tenía que ir a ese bosque antes de cumplir los dieciocho porque de lo contrario fijo que no encontraría la pasta, ¿sabes? «Vamos a ayudarnos a salir de aquí, y ya sé cómo», me decía.

Wilbert me contó que alrededor del lugar donde los sacaban a tomar el fresco se levantaba una valla de acero de cuatro metros, infranqueable sin una pértiga, pero que al lado habían colocado una especie de marquesina de autobús para refugiarse cuando llovía. Si Ronnie podía subirse a sus hombros, luego izaría a Wilbert al tejado.

—Ese tío tenía unos brazos impresionantes, ¿sabes? Si vieras lo que el colega levantaba en el gimnasio... Me dijo que si lo acompañaba al bosque de Zwolle me daría mil florines.

—¿Por qué diablos querías escapar? —le pregunté—. Si te cayeron diez meses; ¿no habías cumplido ya la mitad? No lo entiendo, de veras que no.

Se rió en silencio.

—Tú no sabes nada del tiempo. Nunca has estado mal más de una hora. No tienes ni idea de lo que es la ira. Que te corroa durante una semana, un mes, tres meses. No tienes ni idea de nada de eso, así que mejor cierra esa boquita. Estuve semanas enteras sin poder dormir hasta el amanecer.

Con la mano simuló una pistola.

—Mientras fuera amanecía, yo te metía esto de aquí en la boca... Bang.

Una tarde glacial de enero, él y su amigo fortachón rompieron el cristal antibalas de la ventana de un cuarto de baño, y en menos de tres minutos estaban al otro lado de la valla. Corrieron por la Berg-en-Dalseweg hacia abajo y subieron sin billete al tren que iba a Zwolle. Él se hizo un corte importante en el hombro, pero no sentía nada. «La venganza, ya sabes».

—Pero tú... —dije.

Me miró de forma inquisidora.

«Pero tú tampoco eras inocente del todo, ¿no? Estás loco y eres peligroso. Joder, tío, ¿no agrediste sexualmente a Vivianne? ¿No te cargaste a un hombre con una maza?». Las palabras se me agolpaban detrás de los dientes, pero yo las empujaba hacia dentro. Mientras lo miraba, volvían a juntarse en forma de pensamientos más profundos y arriesgados. ¿Cómo podía explicar a Wilbert lo que había pasado por mi cabeza mientras nuestro padre estaba recomponiéndose en los servicios de La Bastille? Ni yo misma lo sabía del todo. ¿Cuál fue mi razonamiento? En los cinco minutos que estuve sentada a aquella mesita preparada con tanto esmero medí apresuradamente los pros y los contras. Y decidí traicionarlo. Esperé a que mi padre se sentara, tenía el aspecto de un anciano. Sin pestañear, le dije: «Papá... tenéis razón. Es cierto. Wilbert me acosa». ¿Por qué? ¿Por qué lo dije?

—Pero yo, ¿qué?

—Nada —dije—. Continúa.

—Así que Ronnie y yo salimos de la estación de Zwolle. No llegamos al bosque hasta bien entrada la noche, ¿sabes? Y el tío se pasó horas buscando. ¡Horas! Detrás de cada árbol. Me volvía loco, loco. Estábamos helados. Él golpeaba los árboles con las manos desnudas. «Tranqui, tío», le dije, «vamos a esperar a que se haga de día y haya luz».

«¿Por qué?». ¿Me había impactado el asunto del cuarto de baño más de lo que quería admitir? ¿O mi orgullo herido se mezclaba con la preocupación?

¿Qué se le había perdido con esa Vivianne? ¿Tanto le gustaba como para tener una reacción de esa naturaleza?

—Y por la mañana, el muy pajillero vuelve a empezar. Como si lo hubieran educado los lobos de Zwolle. Ronnie saca un bolso de cuero escarbando el suelo congelado del bosque, abre la cremallera y ahí están los diecisiete mil floripondios. Y sí, oye, me da mil. «Para ti, porque somos colegas. Y ahora vamos a Enschede. Tú vas a hacer guarrerías con tu hermanastra, ya lo sé, tío. Pero yo también quiero», dice.

Se quedó en silencio, mirándome.

—¿Por qué te callas? —dije, pero en realidad no quería seguir escuchando.

Quizá la respuesta fuera mucho más simple y todo se redujera al aspecto que tenía mi padre al irse. El cansancio de un hombre abatido que antes de la llegada de Wilbert siempre nos había impresionado con su vitalidad. Ya en Estados Unidos, cuando por la mañana saltaba de la cama en la que mi padre nuevo me había arropado la noche anterior, yo desbordaba una alegría de vivir que era eco de la suya. En Berkeley, en la cúspide de su creatividad matemática, uno podría pensar que entre las nueve de la mañana y las cinco de la tarde había estado tumbado en algún lugar del campus conectado a un enorme cargador de baterías. Siem era increíble. En Bonita Avenue, un año, antes de la Navidad, había esperado a que Janis y yo estuviéramos en la cama para serrar, clavar y pintar maderas con las herramientas de mi madre y hacernos una casita de muñecas. Los domingos nos preparaba espaguetis con tomate. En menos de una hora fabricaba un cometa con una bolsa de basura y unos listones de madera de contrachapado. De regreso a los Países Bajos, cuando acabábamos de instalarnos en la granja junto al campus, construyó en el jardín un gallinero para cinco gallinas leghorn y una conejera. Cada sábado cogía desinfectante y agua hirviendo y los limpiaba a fondo mientras canturreaba. Con la respiración contenida, lo vimos ir y venir por la casa con el remolque lleno de los ladrillos viejos que estaba recuperando del internado para chicos que habían demolido detrás de Boekelo. Los usó para construir, también canturreando, una jardinera grande con argamasa. Pero a finales de 1989 no quedaba ni una gota de todo ese combustible. Wilbert lo había consumido todo... Creo que me di cuenta de eso cuando mi padre regresó del servicio y se sentó frente a mí como un recipiente vacío y abollado. Había que ponerle freno a ese muchacho.

—A Ronnie le podían dar por culo —decía Wilbert ahora—. No quería ver a ese mono ni en pintura. Así que le digo «pues va a ser que no», y él me

dice «pues va a ser que sí», y yo digo «que te jodan», y él me arrastra del cuello hasta el suelo y dice «trae aquí la pasta, hijo de puta», así que le digo «vale, ven conmigo, pero te costará mil florines más». Así que me suelta y me da otros mil, ¿sabes? Joder, era un imbécil.

Y un lerdo, según Wilbert. Un matón torpe al que siempre dejaba atrás en el test de Cooper en la Hunnerberg, por eso apretó el paso hacia la carretera nacional, a lo lejos, por la que habían llegado la noche anterior. En el carril bici enfiló aposta por el lado equivocado, no de vuelta a la estación de Zwolle, sino alejándose del casco urbano, y Ronnie se detuvo: «¡Tío! ¡Por ahí no es!». Entonces Wilbert empezó a correr, a trotar más bien, a buen ritmo, sacándole cada vez más distancia, hasta que Schwarzenegger se rindió y fue convirtiéndose en un puntito cada vez más pequeño. En el primer pueblo que encontró, dilapidó mil florines en un supermercado y cogió un taxi a Almelo. No el tren, porque temía que al salido de Ronnie se le hubiera ocurrido la misma idea. Una vez en Almelo, estuvo dando vueltas y tiritando de frío hasta que abrieron las tiendas. En los grandes almacenes V&D compró ropa y un abrigo grueso que ya no se quitó. En una tienda de bricolaje se hizo con cuerda, un cúter, una especie de machete, «una media espada, tía», y cinta adhesiva ancha de plástico negro. Y en Deportes Perry compró una bolsa donde guardó todos los trastos.

—¿Todo eso es cierto? —le pregunté.

Me estaba contando una película, algo que se había ido inventando sobre la marcha, uno de los sueños con que se había estado masturbando en el trullo.

—No me creo nada. Te lo estás inventando.

Me observó burlón, se sacó la camiseta del pantalón y se limpió la baba que le colgaba de la boca.

—Sí —admitió—, miento siempre. Hago que las cosas parezcan más bonitas de lo que son, para la gente, así soy yo. Les ahorro algunos detalles, ¿sabes? No me crees. ¿Y lo de mi jeto? ¿Lo de la otitis? ¿Te crees eso?

Se agarró la mejilla de goma y tiró de ella.

—Esa gilipollez del oído te la crees y lo que te acabo de contar no. —Negó compasivo con la cabeza—. Esto de aquí —dijo— me lo hizo un negro al que le pasaba droga. Heroína muy cortada, auténtica mierda. Maldito orangután. El tío pagaba siempre demasiado tarde, ¿sabes? Siempre con mandangas, así que le di mierda. Y una noche el negro estaba esperándome junto a mi coche. Que si esto y aquello, ya sabes. Que quiere su dinero. «Que te den por el culo», le dije. Bam, me jodió el parabrisas con un martillo de

carpintero, así que salté por encima del capó y lo cogí del cuello. Pero ese cabrón me aporrea con el martillo en la sien.

Se tocó con el dedo la sien derecha. En efecto, pude ver una media luna roja. De pronto, tenía un aspecto horrible.

—Me rompió el hueso temporal. Cuando recuperé el sentido, estaba en una ambulancia.

Quise decir algo, pero Wilbert me lo impidió:

—Chist.

Se recostó en el asiento y en su rostro apareció una mueca de satisfacción.

—Pues bien, meses después iba por la playa con mis perros, en Zandvoort, ¿sabes?, y de repente veo al tío ese, el de Surinam. En una playa vacía, comiendo bacalao rebozado. Así que me puse a seguirlo. Gritando, lo agarré por detrás, por las greñas rizadas, y lo metí en el mar. El tío no entendía lo que pasaba. Le di un par de cabezazos y venga a hundirlo una y otra vez bajo el agua. Una y otra vez, hasta que casi se ahoga, ¿sabes? —Me mira satisfecho—. Eso es lo que hago con los tíos que me joden.

«¿Sabes, sabes?»... y dale con el «sabes». Ya tenía bastante, ¿sabes? Ya no podía más. No quería estar más tiempo en la misma habitación con Wilbert y sus «sabes». Me levanté, podía largarme en cuanto quisiera, hala, unos segundos y ya estoy en la acera de la Overtoom. Pero, en lugar de eso, pasé por detrás de él y me detuve frente a los ventanales. Lo oí deslizarse en la butaca.

En el alféizar derecho vi dos fotos enmarcadas, cogí la que me quedaba más cerca: una mujer joven riendo, en blanco y negro. Tenía el pelo oscuro recogido en la coronilla, con un mechón en medio levantado como una espiga, y estaba en un jardín con una valla blanca. Debía de ser su madre. Sin darme cuenta, empecé a llorar en silencio, calmada. En el otro marco, vi a través de las lágrimas a la misma mujer. Aquí Margriet debía de tener unos años más. Estaba sentada en un sofá a cuadros, en un salón de los años ochenta, con el pelo cortado al rape, la cara exageradamente delgada. Junto a ella: Wilbert. Unos once años, los incisivos cuadrados sobre el labio inferior, el pelo demasiado largo, alegre y serio a la vez. El hombre de la casa. Ése era el aspecto que tenía cuando los que lo traicionaron vivían en Estados Unidos. Era mi deber escuchar el final, cumplir esa condena. «Concédele al menos eso».

Tal vez adivinara mis pensamientos porque dijo:

—Fue un jueves. Sabía que trabajabas en el picadero los lunes y los jueves. Nunca faltabas. Ese tramo último, oscuro como boca de lobo, sin

casas, el kilómetro que pasa por el bosque y los campos. Por allí ibas a pasar esa noche. Fijo.

Dios, tenía razón, nunca había faltado a una de esas tardes. Nunca. Si le echaba cuento y me ponía enferma para no ir al colegio, me ocupaba de volver a sentirme perfectamente bien antes de la hora de ir al picadero. Ensilaba caballos, montaba los que habían llegado nuevos y regaba los establos. A los deiciséis años no había nada que me gustara más.

—Antes de las nueve te ibas para allá y después de las once estabas de vuelta. Y allí iba yo a tirarte de la bici. Por la tarde estuve merodeando por Almelo. En la biblioteca, en el V&D, en un restaurante cerca de los jodidos tribunales. Allí comí por cien florines, tía.

Rió entre dientes y me contó que se había subido a un taxi «con el pantalón desabrochado» para que lo llevara a Enschede y pidió que lo dejara en una zona en penumbra, entre el campus y la ciudad. Eligió para esconderse una curva suave, con unos arbustos altos. Aún tenía un par de horas y recorrió el terreno que había detrás. Descampados de tierra grisácea llenos de raíces muertas. A lo lejos había un estanque congelado, y junto al embarcadero, un cobertizo.

—Entre los trastos viejos encontré un bote neumático y lo inflé. Para echarme un poco, ¿sabes? Me quedé allí tumbado una hora o así. Estaba... cachondo.

Sacó de la bolsa de deporte la cinta adhesiva y los cuchillos, y volvió a la curva. Veía las luces de las bicicletas a lo lejos, pero necesitaba paciencia para comprobar si era yo o no. Entonces me reconoció, con el pelo rubio saliéndome por debajo del gorro.

—Reconocí el modo en el que te inclinas sobre el manillar cuando pedaleas, ¿sabes?

Me senté de nuevo. Me sorbí la nariz.

—Estás loco —le dije—. Estás como una cabra.

Respiró inquieto. Los dedos se aferraban como garras al cuero blando de su butaca.

—Estabas a un par de metros, zorra.

La diferencia entre la mitad izquierda de su cara y la derecha se acentuó. Era imposible decir con qué ojo me estaba mirando.

—Sólo entonces vi que alguien venía detrás de ti. Una tía sin luces. Y dudé.

—¿Dudaste? —dije—. Te lo estás inventando. Sólo dices gilipolleces, Wilbert. No hiciste nada de eso. ¿De qué estás hablando? Ni siquiera sabes

cómo terminar la historia.

Sí, así es como se ponía. Había olvidado cómo se enfadaba. Bum. Saltó como un resorte de la butaca, con tanta fuerza que ésta se cayó con estrépito y las cuatro patas de hierro quedaron en el aire.

—¡Zorra! —gritó—. ¡Zorra! ¡Putra zorra! Te habría cortado en rodajas sin pestañear; joder, qué zorra eres, tía. Te habría cortado en putas rodajas, créeme. Te olí, ese olor tuyo de traidora. Olí tu peste de niña buena, fiel a su papaíto, fiel a su nidito, tu...

—¡Siem y yo ya no nos vemos! —grité por encima de él.

Me asusté a mí misma. Yo también me había levantado, estábamos cara a cara, las cuatro tibias contra la mesita de mimbre. Me odiaba a mí misma, me lo había propuesto: nada de escaladas de violencia, nada de follones.

—Y no volveremos a vernos nunca más, ¿te enteras? —resoplé.

Pero ¿por qué? ¿Por qué se lo dije? ¿Quería impresionarlo? Era como en los viejos tiempos: él echándome en cara que era una modosita y yo queriendo demostrarle lo contrario. Vi que Wilbert aguzaba el oído y fruncía el trozo bueno de la boca.

—¿Y cómo es eso?

De repente sonó tranquilo, como si nunca hubiera estado enfadado. Estiró un brazo, me puso una mano en el hombro y la dejó resbalar hacia abajo en un movimiento que pretendía ser una caricia.

—¿Me lo cuentas?

Volví a sentarme en la silla.

—No soy tan... buena niña como crees.

—¿Y qué tiene que ver eso con él?

Catarsis. Ya sólo el simple hecho de verbalizar, de poner en palabras la catástrofe de la Vluchtestraat, la pesadilla aún fresca en mi memoria que me había postrado en cama, entre sábanas febriles, días enteros, el simple hecho de contar lo que Aaron y yo habíamos estado haciendo durante cuatro años como dos agentes dobles... Sólo eso ya me proporcionó un alivio extraño e intenso. Pero la satisfacción auténtica me la produjo ver la perplejidad y la admiración ansiosa en el rostro de Wilbert; se veía incluso impactado, le había parecido todo «bastante retorcido y asqueroso». Había vuelto a colocar bien la butaca y se había sentado, escuchándome con las manos en las rodillas.

—¿Eres rica, zorra? —quiso saber.

—No, qué va.

—Sí que lo eres.

—De verdad que no.

—Muy bien. Cuéntame entonces qué tiene que ver él en todo esto. Yo a ti también te cuento cosas, ¿sabes?

Se mostraba muy agudo cuando era necesario. Quizá porque me alegraba de que dejara de hablar de dinero, quizá porque me parecía que tenía algo de razón, le conté sin rodeos lo de las vacaciones, lo de nuestra vuelta a casa y, por fin, lo de la puerta corredera.

—¿Qué dices? ¿Y lo sabe todo?

—Sí. Lo que te cuento pasó hace dos semanas, ¿entiendes? Volvimos antes de lo planeado y allí estaba él. Y me di cuenta en el acto de que lo sabía todo.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Y luego va y sale haciendo añicos la cristalera. Y ahora me voy a Estados Unidos. Salió disparado sin más, bum, por ese cristal.

—Pero ¿por qué me lo cuentas, zorra?

Sangra como un cerdo. Percibe un latido leve bajo el pie izquierdo, pinchazos en la cadera y los antebrazos; si apoya la barbilla en la clavícula derecha, puede ver el tajo abierto en diagonal sobre la curva del hombro. Pero apenas siente nada. Un malestar mucho más profundo neutraliza el dolor físico. ¿Por qué se ha desnudado, por qué no se ha ido enseguida? Se culpa a sí mismo, su arrepentimiento parece ya una enfermedad crónica. Aprieta la espalda contra el muro tras el que están Joni y Aaron, tras el que deben seguir. Reza para que no lo sigan. Tiene el cerebro como un bazar después de un atentado con bomba; sus pensamientos son miembros amputados. Su desnudez es insondable. Por las huellas de sangre que hay sobre los adoquines grises se da cuenta de que se ha adentrado en el callejón y que luego se ha dado la vuelta. Uno de esos trazos hacía desembocar su existencia en la Vluchtestraat, el otro en la Lasondersingel. En un primer momento, en un poderoso acto reflejo de huida, el pánico lo había hecho precipitarse hacia la segunda. Hace poco iba por ahí paseando tranquilamente y ahora está desnudo en esa callejuela. Desnudo en una callejuela con un tanga de su hija en el culo. «Que sólo sea una pesadilla, por favor». De nuevo se desliza hacia la procesión de huellas y se ve a sí mismo saliendo de la callejuela sin ropa, se mira a través de cientos de miles de ojos: parece un loco colérico. Su ropa se ha quedado en el desván, pero volver es imposible. Se ve una y otra vez en aquella estancia, ve su desnudez a través de los ojos de ella. ¿De dónde volvían? Joni, atónita, se cae de culo. Una y otra vez la misma imagen de ella cayéndose al suelo, desplomada por el estupor. «Tómame un segundo para pensar. Tienes que irte de aquí y rápido». Pero ¿cómo? No ve la manera. El muro de ladrillo le pica en la espalda. «Piensa en sólo una cosa a la vez». Tiene que esperar a que oscurezca. Como si lo hubieran oído, la luz desaparece, y mira hacia donde ha desaparecido: por el lado de la Vluchtestraat ve una silueta en el callejón. Sigue pegado al muro un instante, es una estatua en un lugar absurdo. Oye el eco de un balón de fútbol que rebota; es un niño, que se acerca corriendo,

coge la pelota y mira. Siem se pone en movimiento, se arrastra por la callejuela, la planta del pie izquierdo le arde, y al cabo de unos metros los muros de ladrillo se transforman en un seto de coníferas. Se escabulle entre dos coníferas de su altura en el jardín de los vecinos de Aaron. Por segunda vez esa tarde se hunde entre miles de dedos que lo pinchan y la arena granulosa se le mete por la herida de la planta del pie. Se detiene en el punto más estrecho. Se encoge. Aspira arena con cada inhalación, las ramas le hormiguean en las orejas, las nalgas, el ombligo, nota un intenso olor a resina. Vuelve la cabeza hacia el jardín, las ramas rechinan, ve una terraza con la puerta trasera abierta. Como un autómata, retrocede un poco hacia la callejuela y aguza el oído. Pasos, el eco de un balón que rebota, cada onda sonora se repite diez veces yendo y viniendo entre las dos paredes. El niño se acerca. Siem cierra los ojos con fuerza, aguza el oído, convertido él mismo en una conífera, pero sólo oye su torrente sanguíneo. El eco de la pelota desaparece. Cuando vuelve a mirar, ve al niño a través de la maraña verde oscura de ramas. Está delante de él, lleva la camiseta naranja de la selección holandesa y le mira con los ojos como platos... ¿el torso?

—Vete —le susurra.

El niño retrocede, en realidad es un crío y del susto se le ha caído la pelota, la recoge de prisa antes de alejarse corriendo y botándola hacia la Lasondersingel. Siem se queda rígido en el sitio, no suelta el aire hasta pasado un rato, en un susurro trémulo. Aguza de nuevo el oído: por algún lugar pasa un autobús, oye el fútbol en las casas, la voz de un comentarista, el público. Dios bendiga el fútbol. «Mantén vacía mi callejuela». Suelta algo de tensión, pero vuelve a anquilosarse. Sobreestima su invisibilidad: sólo con que esa gente salga al jardín, todo habrá acabado. ¿Y qué hacen Aaron y Joni? Sigue sangrando, una sangre tibia que le baja por el brazo. Tiene que dejar de pensar y hacer algo. No puede seguir así, parado. Pero ¿hacer qué? Un alboroto repentino le provoca sudores. Gritos en la casa, vítores por todos los jardines: las hordas van a por él. Han metido un gol. Se da cuenta de que todavía aprieta la media en el puño y la suelta como si fuera una serpiente de cascabel. Siente las ramitas como miles de hormigas sobre la piel. ¿Qué puede hacer? Las calles están vacías y nunca lo estarán más. Intenta controlar la respiración, mueve un poco los pies de lugar y visualiza la Vluchtestraat. Quizá pueda llamar a alguna puerta. Decir que lo han atracado. La idea de encontrarse en el sendero de un jardín con ese tanga lo pone enfermo. Pero no se lo puede quitar. Todo está perdido. A él lo han humillado y a ella también.

Es lo que piensa, pero ¿es cierto? ¿La ha humillado? Tiene que largarse de ahí.

Reflexiona: la mitad de los vecinos está de vacaciones. Se imagina el edificio bajo de apartamentos al final de la calle. A la izquierda, el museo; a la derecha, ese bloque. Detrás, las empalizadas. ¿Podría llegar a uno de esos balcones? ¿Y a cuál? Lógicamente, donde estén cerradas las puertas, allí no habrá nadie. Abierto: fútbol; cerrado: vacío. ¿Puede correr hasta allí? ¿Puede ver bien desde la callejuela cuándo es el momento adecuado y echar a correr? Intenta calcular la distancia. Cuarenta metros. Cincuenta. Lo ha de hacer en seis segundos. «¿Y cómo llego a uno de esos balcones?». Piensa en su propia casa, en el caos de hierba que hay detrás de la granja, en la tranquilidad, en el amparo. Debe hacerse noche cerrada antes de que pueda... ¿irse caminando? Joder. ¿Tiene que irse caminando? «Estás en un sueño, estás en la peor de todas las pesadillas». ¿Hay atajos? Todas las rutas que ha hecho corriendo durante los últimos veinte años se le despliegan a la vez en la cabeza: un ovillo de senderos forestales y arena fina. Pero la ciudad está en medio. ¿Un taxi? «Ni siquiera tienes teléfono». Ni llave, ni dinero, nada. Sus pensamientos se detienen en Tineke. No puede presentarse así delante de ella. No, no puede irse a casa antes de la medianoche. ¿Y habrá una llave de repuesto en el jardín?

«Tienes que subirte a uno de esos balcones».

Mueve la cabeza para desentumecerla, se frota fuerte los párpados y las mejillas, tiene el cuello extrañamente rígido. Apoya el mentón en su propio hombro ensangrentado, mira la callejuela, y aguza el oído. En ese lado, el mundo está tranquilo. De nuevo la indiferencia de las cosas lo golpea: las baldosas grises de la acera absorbiendo su sangre, los muros impasibles. Coge aire como si fuera a zambullirse en el agua y sale deslizándose de entre los árboles. Corre. La adrenalina se le disuelve en la sangre, se le agolpa en las heridas. Nota el aire en su piel desnuda. Va mirando hacia atrás cada cierto número de zancadas, intenta reprimir el jadeo. Detrás de ese muro de ladrillo está ella.

La calle se aferra al sol crepuscular. La amplitud de espacio repentina lo abrumba. El cielo violáceo es infinitamente alto y su propia desnudez se intensifica. Alrededor del borde de ladrillo de la casa vecina espía el edificio, los balcones anchos. Está más lejos de lo que creía. Los balcones tienen los paneles de minio. Quiere estar detrás de uno de esos paneles. En perpendicular al portal, junto a los buzones, se ve un colector de basuras de hormigón enorme, un pequeño búnker para bolsas de basura. Desde su

trinchera, siente el asfalto cálido bajo los pies, los granos en la planta herida. Un coche enfila la calle y Siem vuelve disparado a la callejuela. Aguantando la respiración, espera hasta que el vehículo rugiente ha pasado. La calle está vacía.

Ahora.

Primero las baldosas de la acera, luego cinco zancadas para cruzar el asfalto en diagonal, deja de mirar arriba o atrás, el edificio se va haciendo más grande, arroja sombra. Salta como un babuino sobre el contenedor ancho y macizo; encima hay unas tapas de acero por las que asoman unas bolsas de basura recalentadas. No hay que pensar, hay que actuar. ¿Por qué siempre se está viendo a sí mismo desde fuera? Un hombre desnudo se sube encima de las tapas con hendiduras, se afianza con los dedos de los pies en el borde de cemento y grava. Calcula la altura: metro y medio lo separa de la barandilla del balcón más cercano. Si no se agarra bien a ella, aterrizará en el jardín delantero del edificio. ¡Ya vuela, es un mono que vuela! Va a hacer ruido. Están viendo el fútbol. Se golpea las rodillas contra el panel de minio, los dedos se aferran a él como garras; una mano sale disparada y la otra se agarra al borde. El cuerpo desciende, se estira. Su peso tira de la mano derecha, siente como si se le fuera a desgarrar más el hombro, como si el esqueleto fuera a escurrírsele de la piel, se afianza con la segunda mano a la barandilla. Por un instante se queda colgado en un silencio absoluto con el vientre pegado a un panel cálido. A través del dolor, se ve a sí mismo colgado, y las náuseas le aportan energía. Había estado muchísimas veces colgado de la barra fija y hacía ejercicios en las barras paralelas, el caballo de arcos: él era el mejor gimnasta, mejor que Snijders, mejor que Geesink... Pero de eso hace cuarenta años. Con toda su fuerza tira de sí hacia arriba hasta que supera el antepecho. La puerta del balcón está cerrada y el piso a oscuras. Balancea la pierna izquierda hasta colocarla sobre la barandilla, pasa el cuerpo por encima y aterriza en hormigón frío. Se pone en cuclillas tras el panel.

Y así se queda, jadeando como después de un combate, con el hombro bueno apoyado en el panel y la mirada fija en los pies sobre el hormigón. Espera. Si hay alguien en casa, lo habrá oído; si hay alguien en ese piso, abrirá la puerta enseguida. Espera. Se le va apaciguando la respiración. Desde los balcones de arriba y de al lado llega el sonido tranquilizador del partido. ¿Lo han visto? ¿Y desde la calle? Hay muchas posibilidades de que la policía esté de camino. El hombro derecho vuelve a sangrarle bastante, ve gotas sobre el hormigón. Se sienta y se examina la planta del pie. En el pulpejo, bajo el dedo gordo, tiene un agujero en forma de estrella. Es la pierna corta:

nunca recuperó del todo la sensibilidad en el pie tras el accidente con la moto. Ahora se alegra. Se saca una astilla. Y al instante vuelve a sangrar.

Empieza a convencerse de que no hay nadie en el piso. Mira mejor a su alrededor: el balcón tiene un buen metro de profundidad y es tan ancho como el apartamento. A su derecha hay una puerta rojo oscuro. En cuclillas, puede ver la sala: un tresillo a cuadros verdes y blancos frente a un televisor viejo; al fondo hay una tabla de planchar desplegada y una pequeña cocina detrás. ¿Es un piso de estudiantes? Se pregunta qué es peor: que lo reconozca un estudiante o que un habitante de Enschede lo tome por un loco peligroso.

En el balcón hay dos sillas de plástico, al lado tres botellas de cerveza Grolsch abiertas y en el rincón más alejado unas cajas con papel viejo. Frente a las cajas, colgado de la barandilla con unos ganchos, hay un tendedor amarillo: la colada. Pasa a gatas por delante de una de las sillas. Dos paños, una toalla, unos calcetines de mujer a rayas rosa y negras, unas bermudas rojas de hombre. Se saca el tanga y se pone el bañador. Una oleada de alivio le recorre el cuerpo. Se guarda el tanga en el bolsillo trasero. El paño más seco se lo pone en el corte del hombro y se lo anuda con mucho esfuerzo debajo de la axila. Como no tiene otra opción, en los pies se pone con dificultad los rígidos calcetines recién lavados.

Luego se tumba de espaldas. El hormigón le apuntala el cuerpo fatigado. Permanece así tal vez media hora. La balaustrada no llega hasta el suelo, de modo que si pega la mejilla al hombro vendado puede mirar por el resquicio. Al volverse un poco de costado y apretar el mentón contra el suelo, puede ver incluso la casa de Aaron. A lo lejos divisa los arbustos que hay delante del sendero y la parte superior de la puerta de entrada. Sintiendo el peso del arrepentimiento, la contempla un rato. Lentamente, se calma y recupera su raciocinio. ¿Cómo de grande era esa casualidad?, se pregunta. ¿Cuántas posibilidades había de que lo sorprendieran así? En el momento más comprometido de su vida. Así funcionaba el capricho del destino: la casualidad casi siempre influye menos de lo que uno pensaría, y el partido, que tanto había agradecido a los dioses hacía unos segundos, probablemente era en buena parte responsable de su perdición. Sin duda. Sin la coartada del fútbol no habría ido allí ni hoy ni a esas horas. Y conociendo a esos dos, lo mismo valía para ellos. Habían vuelto para ver el partido; nada más entrar, habían encendido el televisor. De nuevo estalla un griterío enorme tanto a su lado como por encima de él. Aunque se siente relativamente seguro en ese balcón (una suerte de refugio rudimentario), anhela la oscuridad. Es el cumpleaños de su hermana menor. El día más largo del año. Intenta posponer

los pensamientos sobre las consecuencias de todo lo ocurrido (¿qué significa para él y para Joni, para su familia?). «Soy la que tengo el cumpleaños más largo», solía decir Ankie. Ahora debería encontrar la forma de meter ese cuerpo magullado en su cama.

Pero el tiempo se congela en ese balcón, los acontecimientos se repiten en bucle como imágenes de televisión. Con absoluta nitidez, se ve a sí mismo atravesando la cristalera sin parar. Y cada vez intenta imaginarse lo que debe de haber visto Joni y cuáles deben de ser las conclusiones a las que ha llegado. Funestas, eso seguro.

Empieza a caer la noche, por fin. Una brisa le provoca la primera piel de gallina de la tarde. Se prepara para bajar su cuerpo abollado del balcón. Para camuflarse más, se anuda otro paño alrededor de la cabeza. Ya sabe qué atajos tomará, pero de nuevo su paciencia se pone a prueba: el partido ha terminado, y no cabe duda de que han ganado. La gente sale a la calle en masa. Le llegan las voces de hombres hablando con entusiasmo y el portazo de un coche. Debe esperar a que la calle recobre la tranquilidad. Pero existe la posibilidad de que el habitante de ese piso esté ahora en algún lugar dando las gracias por lo bien que se lo ha pasado y que después de despedirse se suba a la bici... Ya se ha levantado. Sin sentir el cuerpo, sin sentir el hormigón bajo los pies, sin tocar la barandilla, sin tocar la hierba contra la que ha chocado, se encuentra ya frente al edificio y se pone en movimiento de inmediato. Se escabulle como una rata, cojeando por las empalizadas hasta llegar a la Deurningerstraat, y luego se adentra en un apacible barrio residencial.

Siente tirones y punzadas en el pie, pero el dolor resulta purificante. En la medida de lo posible se mantiene en la oscuridad, que se extiende con rapidez. Si fuera necesario, se haría el borracho. Sigue caminando, cada paso es uno menos. La gente lo adelanta en bicicleta sin prestarle atención. La planta del pie le escuece y el dolor le sube por la pantorrilla. Elige calles tranquilas, camina por la Mendelssohnlaan pasando por delante de unas casas imponentes con las cortinas corridas. Al llegar a la Horstlindelaan, siente un ligero alivio. Se sienta en un banco, pero se levanta en el acto como un resorte.

Es una sensación rara. La lentitud con que el paisaje se despliega frente a él, su piel expuesta a la tibieza de la noche estival. Ese caminar transforma las proporciones de casi todo. El contacto directo de sus pies con la tierra, el asfalto desmenuzándose, el musgo esponjoso del arcén. La noche estrellada es

de una claridad absoluta y sus ojos parecen más sensibles de lo habitual. Como un animal nocturno, percibe lo que sucede a su alrededor. Oye una marta escarbando con el hocico bajo un arbusto, el color de los árboles y los campos es más intenso a la luz dorada de la luna.

¡Joder! ¡Es la segunda vez! La segunda vez que lo pillan in fraganti. Y al igual que entonces, los cimientos de su vida se tambalean. Mientras se dirige al campus por el carril bici, emboscado como un penitente, piensa en la primera vez que lo cogieron con las manos en la masa. Rememora esa fiesta de cumpleaños de Tineke en Utrecht de hace tantos años, para cortocircuitar su memoria a corto plazo. Tineke Beers-Profijt, se llamaba entonces. Le parece una locura pensar que existió una época en la que su esposa era su vecina de abajo, ¡y estaba casada con otro hombre! Margriet y él eran dos de los invitados, junto con otros quince vecinos y amigos. Se encontraban en el piso de Tineke, donde ella vivía con su difuso marido. Los habían invitado a tomar una copa entre semana. Y allí estaban también los compañeros de su taller de muebles, ubicado en el Sweder van Zuylenweg. Vino, cerveza, Campari. La hermana de Tineke, que vivía en Amersfoort, curiosamente no dejaba de poner una y otra vez un elepé de Mojo Mama, el grupo de Theun, al que ya nunca volvería a ver. Una selección musical curiosa, ya que el vecino de abajo brillaba precisamente por su ausencia, como si no hubiera sido invitado al cumpleaños de su propia esposa o, más probable aún, como si simplemente no fuera a aparecer. Así iba el matrimonio de *rock and roll* de Tineke a mitad de los setenta.

El suyo era peor, si cabía. Recuerda que Margriet y él habían tenido una trifulca antes de la fiesta: bajo el suelo de la cocina donde ellos dos estaban discutiendo Tineke recibía a sus primeros invitados con cerveza y morcilla de hígado (¿cuántos años cumplía?, ¿veinticinco?). Vuelve a sentir el resentimiento con que bajaron la escalera del 59-B y llamaron a la puerta del 59-A. Recuerdos de la celebración propiamente dicha apenas conserva, ya que por aquella época había montones de fiestas en la Antonius Matthaesuslaan. Como todos tenían que madrugar al día siguiente, la mayoría de las parejas se marcharon antes de las doce, salvo un par de pesados, Margriet y él. Y cuando los pesados también se largaron, Margriet empezó a tirarle de la manga (se había acabado la bebida), pero él, en contra de lo que tenía por costumbre, decidió que no, le dijo que quería acabarse la copa, y ella, también en contra de lo que tenía por costumbre, se fue sola a casa, al piso de arriba. «Voy a meterme en el sobre, cariño», le dijo a Tineke.

Tras lo cual llegó el desastre... o la bendición, claro. Finalmente todos se fueron, y los dejaron solos, a Tineke y a él, que se quedó sentado al lado de esa vecina jovial, risueña, inteligente y atenta. Juntos en el tresillo naranja de Theun, entre copas vacías y ceniceros llenos, su pierna pegada a la de ella, un muslo ancho y cálido contra ese muslito aún esbelto... Y entonces ocurrió por fin lo que se venía gestando desde hacía dos años. Antes de que se dieran cuenta, se estaban besando con pasión (Siem arriba y Tineke abajo), pero en silencio, sin risitas ni murmullos introductorios. Habían cruzado la frontera, algo que ya se veía venir desde que él estuvo en cama con la escayola, desde la primera vez que Tineke había ido a visitarlo durante el día para ofrecerle compañía mientras él convalecía en el lecho recuperándose de aquel accidente con la Vespa. ¿Y por qué iba en realidad? Porque sí, para tomarse un café con alguien muy distinto, con un hombre, para no tener que hablar de los niños de las amigas, quién sabía... Ya entonces se había puesto en marcha esa huida hacia delante.

Y cuando se encontraron, sin pasaporte, en ese fabuloso país extranjero, abrumadoramente exótico, decidieron quedarse más rato, sin pararse a pensar demasiado. Se habían levantado, él y su serena y amable vecina de abajo, y se besaban cada vez con más pasión. «No está bien», susurraba él. «¿El qué no está bien?», decía ella. «Esto; esto no está bien». Pero era un cuchicheo poco convencido, más pasional que culpable, y se fueron al dormitorio a trompicones, pasando por el recibidor, donde empujaron una puerta (¿quién dormía en la de al lado?, ¿la pequeña Joni?) y entraron en el dormitorio, donde se dejaron caer en esa cama de matrimonio que llevaba años esperándolos, una cama bajo un póster inmenso del festival de Kralingen, recuerda: Mojo Mama entre Dr. John, The Night Tripper y T. Rex, nada menos. El triunfo del pequeño Theun Beers, por el que el vecino de arriba no había tenido ninguna consideración, un triunfo que palideció en el momento en el que Siem tumbó a Tineke sobre la colcha de ganchillo.

Aunque está tentado de coger el camino más corto, prefiere rodear el campus por seguridad. Trastabillando, con los pies nudosos embutidos en los calcetines de mujer, camina por el sendero que ya está oscuro como boca de lobo, y atraviesa el bosque al norte del Langekampweg, desde donde se ve el puerto. Pero ¿qué puerto? Conoce a Tineke lo suficiente como para saber que estará dormida cuando llegue. Pero ¿qué pasará mañana? Tendrá que contarle algo, aunque sólo sea para adelantarse a Joni y Aaron. Esos dos son del todo imprevisibles. ¿Darán por hecho que él hablará con Tineke? No tiene ni idea. Se palpa el hombro con cuidado. ¿Podrá ocultarlo? ¿Podrá mentir otra vez a

esa mujer en quien él tuvo que depositar en un momento de su pasado una confianza absoluta, ciega e inmediata?

Cometieron un error. Sus mentes obnubiladas por la pasión no tuvieron en cuenta un pequeño detalle. Eran humanos. La puerta de la calle no estaba cerrada. Al cruzar el recibidor en pleno amartelamiento no se dieron cuenta de que la puerta estaba entornada, Margriet la había dejado abierta. Margriet Sigerius si bien era simple, menos jovial, atenta e inteligente que la mujer a la que él estaba desnudando, no tenía un pelo de tonta. Alcohólica e inestable sí, pero no ciega.

Y por eso, cuando estuvo en el rellano (al menos así reconstruyó él sus pasos *a posteriori*, minuciosamente), Margriet subió de una vez la escalera empinada hasta su piso, y luego también la escalera de caracol hasta la buhardilla. Allí entró en el dormitorio que daba a la calle (¿quién dormía en ese cuarto?: Wilbert, chupándose el dedo gordo) y miró con la respiración contenida a su hijito, tal vez durante un minuto, como si pudiera escuchar lo que soñaba el niño. Como una buena madre. «¿De verdad lo soy?». Pero en realidad no estaba pensando en Wilbert, sino prestando oídos a lo que pasaba dos pisos más abajo, en la casa de la vecina, y entonces volvió a bajar, esta vez despacio. Hizo un alto y se obligó a entrar en la cocina, servirse un vaso de vino, bebérselo despacio, tranquila: «Dales tiempo». Cinco, incluso siete minutos más de contención. Y mientras bebía (un vaso, dos vasos), iba pegando la oreja al suelo de la cocina como una ventosa de goma. Tras esos siete minutos de martirio, se quitó las botas y bajó sin hacer ruido por la escalera hasta la puerta entornada de su vecina. «¡Cucú! ¡He vuelto!».

Llega al Langekampweg. Pasa por delante de las cuatro primeras casas aisladas desviando la mirada. Apenas tiene relación con esa gente, que piensen lo que quieran. Tan pronto como aparece la fachada de la granja por debajo del follaje, se detiene. La luz de la planta baja está encendida, un resplandor débil, es la lámpara que ella ha dejado encendida para él.

Margriet Sigerius, veintitrés años, se deja guiar por esos sonidos sórdidos, repugnantes, apenas audibles por encima de los latidos de su corazón. Su corazón, él también, es más grande de lo normal, su corazón es una máquina trepidante, pero a través del estruendo de su inquietud le llegan los crujidos de una cama bajo el golpeteo de unos cuerpos ávidos en la habitación contigua a la sala de estar, con su decoración cursi, con sus pufs y sus mimbres, y donde el ambiente aún caliente delata la presencia de invitados y de la lectora de *Marie Claire Maison*. Una vez ante la puerta del dormitorio, pone la mano trémula y sudorosa sobre el picaporte, pero se bloquea. No es capaz de entrar.

Escucha petrificada. Entonces, respira hondo y chilla. Fusionado por primera vez con su vecina, Sigerius oye gritar a su esposa en su registro más agudo, en falsete y estridente. «¡Siem!», tres veces, y después: «¿Qué estás haciendo?, ¿qué estás haciendo?, te odio!».

Se quedaron el uno sobre el otro, rígidos como dos cadáveres, Tineke y él, la felicidad nunca había existido. En el recibidor se hizo el silencio. Un silencio mortal. «Quizá ya estemos muertos».

Entonces la puerta se abrió de golpe, chocando contra la pared y haciendo saltar el vidrio opalino, que se hizo añicos contra el suelo. Él miró los ojos como platos de Tineke. Ella los está observando.

«¡Nunca volverás a entrar, cabrón! Nunca más, ¿lo oyes? ¡No te atrevas a volver a entrar en casa en tu puta vida!».

Se quedó mudo, con la lengua petrificada. No la oyeron marcharse de lo fuerte que cerró la puerta de la calle: una explosión. La del 59-A, su propia puerta, la suya y la de su hijo, antes la puerta de Siem Sigerius, la cerró con dos vueltas de llave.

La granja, por fin. Entra por el patio de grava de la parte de atrás, se desliza a tientas por la hierba del jardín. Desde que Janis se dejó un par de veces la llave en Deventer, esconden una copia en la pajarera de la terraza del fondo. La encuentra sin mucho esfuerzo y se dirige al contenedor de basura que hay junto al taller. Se da un golpe fuerte con el tocón sobre el que corta la leña para la chimenea, aguanta el dolor y se quita los calcetines agujereados. El izquierdo está empapado de sangre. Los envuelve en el paño de cocina que lleva en la cabeza y lo apretuja todo en el fondo del cubo de plástico, bajo las cajas de cartón y los restos de madera desechada.

Resulta extraño que anhele más a Tineke que la protección que le ofrece su casa. Siente un deseo intenso de tumbarse pegado a su cuerpo dormido. Pero todavía le queda mucho para eso. En la cocina se quita con cuidado el paño que le rodea el hombro mientras la sangre, impaciente, llena al instante el corte rosa salmón. Se venda con gasas y esparadrapo. Tiene todo el cuerpo manchado de sangre coagulada y los pies marrones como las pezuñas de un macho cabrío. Apaga la lámpara junto a la ventana del salón y se dirige al dormitorio calzado con sus zapatillas de correr. Entra despacio. «Hola, cariño», susurra para ver si está dormida, y en dos zancadas alcanza el cuarto de baño. Respetando en la medida de lo posible el hombro, se limpia el cuerpo en la ducha, tarea que le lleva veinte minutos. El pie le duele y palpita.

Mañana tendrá que mentirle sobre su hija, y no será fácil. Un remordimiento terrible aviva un afecto profundo por su esposa. Cierra los

grifos. Al fin y al cabo, se trata de su hija.

El verano llega a su fin. Durante los meses siguientes a su descenso a los infiernos apenas ocurre nada remarcable. Y eso lo pone de los nervios. La falta de acontecimientos es una carga implacable. Tineke no ha sospechado nada acerca de sus mentiras, y eso lo alivia, pero que ella lo ignore todo aumenta su sensación de soledad. Pudo ocultarle la herida en la planta del pie, pero le dijo que el tajo en el hombro se debía a una caída desafortunada en el local de una hermandad donde había cristales rotos por el suelo; en realidad, tendría que haber ido de urgencias a un ambulatorio. De Joni no sabe nada y Aaron no ha vuelto a aparecer para entrenar. Vale, perfecto. A continuación, Sigerius envió una carta a la Federación de Yudo para cancelar el examen al que iban a presentarse los dos para la obtención del dan.

Joni tuvo la gran idea de irse a California justo cuando ellos estaban pasando unos días de vacaciones en Creta. Aunque Tineke se quedó atónita, él justificó la partida repentina de la hija. «McKinsey no espera a papá y a mamá», dijo, mordiéndose las uñas. No pasó un solo día de esas vacaciones en las que no estuviera a punto de poner las cartas sobre la mesa y contar sin tapujos a su mujer cómo se había hecho realmente esos cortes tan raros, pero se contuvo. De hecho, en ningún momento sacó el tema. Estaban comiendo *souvlaki* cuando Joni llamó al móvil de Tineke. Él dejó que se le enfriara la comida mientras trataba de forzar una sonrisa; e incluso cuando era evidente que madre e hija estaban manteniendo una conversación neutra, de lo más trivial, fue incapaz de tragar bocado.

De vuelta en Enschede, lo espera una buena noticia, la confirmación de que ha actuado de manera inteligente: callar, esperar, ver qué sucede. Y lo que sucede es que deja de haber movimiento en la página web. Durante un par de semanas no suben fotos nuevas y después desaparece por completo. Está claro que se han curado en salud. Se relaja un poco. ¿O es porque Joni se ha ido a Estados Unidos?

Entretanto, todo sigue tranquilo. Sin señales de vida desde California. Desde luego, Tineke está muy sorprendida. Que Aaron ya no se deje ver por la granja sí le parece comprensible, aunque él no se ha atrevido a contarle que el ex novio de su hija también ha dejado el yudo. «Siem, cariño, ¿no te parece raro que no tengamos noticias de Joni?». También deja pasar esa oportunidad de aclarar las cosas; de hecho, en realidad hace lo contrario. (Para su sorpresa, parece que está dispuesto a todo para evitar que Joni lo traicione). Así que

hace algo extremadamente cobarde, ridículo. Y arriesgado. Abre una cuenta de correo electrónico en Yahoo con el nombre de su hija, y desde esa maldita cuenta falsa envía de vez en cuando un mensaje a su propia dirección, casi siempre breve, a veces un poco más largo. «Queridos papá, mamá y Janis: Esto es estupendo, he estado en el Golden Gate Bridge, pero por desgracia todavía no tengo teléfono aquí, menos mal que existe el correo electrónico. McKinsey está bien, pero hay que trabajar mucho. Besos. Joni». Esa clase de tonterías, y como Tineke no usa el ordenador, le imprime en papel esas mentiras despreciables. Le repugna hacerlo, se odia por ello, pero lo hace.

Como si lo hubieran castigado, tampoco hubo movimiento desde La Haya. Revisa los periódicos y las revistas de opinión hasta que se le ennegrecen los dedos; antes de acostarse, lee memorias de hombres de Estado ilustres. Corre el rumor de que se encuentra en la sala de espera para entrar en el gobierno; ha habido una filtración. En un programa de entrevistas de Radio Este alguien ha dicho, un estudiante ni más ni menos, que Sigerius va a ser el próximo ministro de Educación. Al día siguiente, tiene que sacarse de encima a cuatro periodistas.

Este período de su vida tan vacío y desquiciante hace que dude de sí mismo, lógicamente. ¿No está siendo más papista que el Papa? A veces se pregunta si no fue una soberana estupidez equiparar aquella maldita página web con el hecho de prostituirse, porque en realidad no es lo mismo. Hay momentos en los que se siente un vejistorio estrecho de miras, pero al cabo de un minuto el tabú vuelve a quitarle el aliento; entonces le entran ganas de gritar de desesperación y obsequia a su esposa con otro correo falso. Y de nuevo lo asaltan las dudas: «¿Y si el problema es que soy un reprimido? ¿Que estoy paralizado bajo el yugo de la moral y la moralina? ¿Que soy demasiado mojigato para llevar un vida sexual plena?».

Mientras cumple con su responsabilidad en la universidad de manera rutinaria, reflexiona sobre sus hijos. Llega a comprender el descarrilamiento de Wilbert; con una madre así, con un padre así, un padre que escurre el bulto. Ha puesto todo de su parte para tener un hijo como él. Pero Joni es otra historia. Y se cuenta una y otra vez la historia de Joni, que es la suya propia: una chica a la que él mismo ha encauzado para que sea feliz, una hija a la que ha ofrecido amparo y el máximo de atención que se le puede pedir a un hombre como él, tan centrado en sí mismo. En parte para acallar su mala conciencia con Wilbert, no le da vergüenza admitirlo, pero eso no ha

impedido que a ella le haya dado todo su amor: a raudales de hecho, muchísimo más del que él mismo había recibido de niño.

Miércoles por la tarde, 11 de octubre. Tineke y él están sentados con un plato en el regazo viendo las noticias en la televisión. Llama De Graaf. En una conversación que dura más de dos horas, Sigerius se entera de que el D66 retirará oficialmente la confianza a Hildo Kruidenier después del fin de semana, o quizá antes. La realidad es que sus constantes meteduras de pata están hundiendo al partido en los sondeos y no pueden continuar así por más tiempo; hay que cerrarle la boca a ese hombre cuanto antes. Kruidenier dimitirá, no hay otra solución, y por eso De Graaf quiere presentarlo un día después como su sucesor. Que si está dispuesto. Más que eso, responde Sigerius, y sí, puede ir mañana por la mañana al despacho del primer ministro, Kok quiere verlo. Le pregunta si tiene algún inconveniente en que el Servicio de Seguridad Nacional examine su historial. Por supuesto que no. «Adiós, Thom; sí, claro, gracias, yo también me alegro mucho».

Cuando al día siguiente regresa a Enschede después de su encuentro con el primer ministro, De Graaf vuelve a llamarlo. Utilizando algunos eufemismos, le dice que el Servicio de Seguridad Nacional se ha topado con Wilbert; quieren investigarlo para descartar que pueda ser susceptible de chantaje.

«Chantaje»... La palabra desencadena algo en su interior. Una noche en la que no logra conciliar el sueño se pregunta qué pesa más: Wilbert o Joni. Se plantea una pregunta perversa: ¿qué tiene consecuencias más graves para él, el asesinato o la pornografía? Por primera vez desde su caída en desgracia, se levanta de la cama y se pone a mirar páginas web de chicas jóvenes. Trata de imaginarse sus circunstancias. Sus motivos son un misterio para él; los motivos de Joni, los de todas esas muchachas. Las mira a los ojos buscando leer en ellos desesperación, atisbos de autodestrucción, tal vez locura, arrepentimiento, depravación visceral, dientes podridos, huellas de abuso y abandono, o estupidez lisa y llanamente... Pero lo único que ve es belleza. Casi sin excepción son todas guapas. Quizá no sean unas virtuosas del piano o no estén redactando una tesis doctoral, pero son mujeres extremadamente atractivas, por encima de la media; se podría decir que son especímenes bien logrados, unas pura sangre, con ojos, cabello, pies, piernas y manos con los que podrían llegar lejos en el mundo civilizado, conseguir esposos fuertes y sanos, y obtener buenos trabajos. Él no es sociólogo ni biólogo, pero ¿sería

descabellado suponer que esas chicas, precisamente, sean de buena familia? ¿Hijas de padres y madres guapos, con genes sanos y resistentes, con material genético productor de esas mujeres que todo hombre quiere poseer, o como mínimo tocar, y si eso tampoco se puede o se consigue, por lo menos mirar? Detrás de cada fotografía pornográfica que se paga hay unos padres que han engendrado una criatura deseable. Detrás de cada página de sexo se encuentra un hombre como él.

Mejor dicho, un hombre como Theun Beers. Al día siguiente hace algo absurdo, algo en lo que no había pensado antes de que ocurriera todo ese follón. Va a la tienda de discos de Drienerlo e intenta recordar el nombre del grupo del progenitor de Joni; cuando lo consigue, busca sin demasiadas esperanzas los elepés de Mojo Mama en los estantes. Al final encuentra uno: *Stupid City Blues*, de 1973. La portada es una foto de la catedral de Utrecht en la que se ha apoyado una guitarra eléctrica igual de alta.

Con una fascinación que cabría esperar de Joni, pero que ella siempre ha negado (con una fascinación ajena pues), estudia la foto del hombre cuyo aspecto casi había olvidado, pero al que reconoce enseguida como su padre, porque, joder, cómo se parece Joni a ese Theun... La misma rubicundez sana, la misma mirada orgullosa y engreída, el rostro ancho, el porte erguido. Es clavadita a él, son como dos gotas de agua ella y el tipo rubio y varonil que camina por la ribera de un río, probablemente el Vecht, en la foto de la contraportada de *Stupid City Blues*, con la guitarra colgada al hombro como si se tratara de una espada vikinga, un roquero que puso a sus hijas el nombre de Joni Mitchell y de Janis Joplin. Eso sí es familia. ADN por doquier.

Antes de ponerse a escuchar el disco con los auriculares en la parte de delante de la tienda, antes de constatar que Theun Beers tiene una voz plana y vulgar, se queda mirando fascinado la foto. Según el pie, le siguen a pocos pasos el batería, el bajo y el pianista: al igual que Beers, veinteañeros con patillas, sombreros, o tocados tipo Sandokán cubriendo sus melenas, pero chicos que en cuanto a carisma y fotogenia sucumben ante el líder. Theun Beers lleva un pantalón de cuero, y entre las solapas de la chaqueta de ante asoma con descaro un torso tan brillante que también parece de cuero.

El domingo Tineke y él pasean por el parque Het Rutbeek sumidos en una calma artificial. Discuten del futuro inmediato, en el que parece inevitable que él tenga que dormir entre semana en un apartamento de La Haya. De pronto todo va muy rápido: el lunes por la mañana se entera por el propio Kok de que al consejo de ministros le gustaría contar con él. «El semáforo está en verde». Un día después, el telediario del mediodía abre con la noticia de la

retirada repentina de Kruidenier. El resto de la tarde los espacios informativos se dedican a especular abiertamente sobre quién lo sucederá, y el nombre de Sigerius se menciona una y otra vez. A los miembros del claustro y las personas más importantes de su equipo ya los ha puesto al corriente por teléfono. Habla con su portavoz sobre lo que tendrá que hacer al día siguiente por la tarde, tras el comunicado de La Haya. En una reunión especial de la junta directiva y el consejo de administración discuten el traspaso de poderes, hay champán, se da una vuelta de despedida por el rectorado y empieza a recoger las cosas de su despacho.

Sobre las dos están en medio del ojo del huracán. El campus se llena de medios de comunicación, da un par de veces la misma respuesta breve y abandona el rectorado por una salida lateral. A la mañana siguiente pasa a recogerlo su nuevo chófer; para su sorpresa, en el asiento trasero va el secretario general de su ministerio. Charlan tranquilamente mientras se dirigen al palacio Huis ten Bosch, una de las residencias reales, donde tras prestar juramento toma dos tacitas de té con la reina. El mundo vuelve a girar, pero el doble de rápido.

Reconoce el patrón. Las primeras semanas son extremadamente agitadas, hace jornadas de catorce o quince horas, se pasa el día volando arriba y abajo entre su ministerio en Zoetermeer, en las afueras de La Haya, y el Binnenhof, en el centro de la ciudad, donde está el Parlamento y trabaja el primer ministro, para ver a más funcionarios, asesores y dirigentes de sindicatos de lo que la salud de un hombre puede soportar. Supera el primer debate parlamentario, se mata a trabajar en docenas de expedientes, pero conserva la calma. Siempre lo ha hecho así. Los problemas personales desaparecen en el trabajo, que exige lo máximo de él. Disfruta de ese escenario nuevo, de la responsabilidad, de los intereses nacionales que irrumpen, como una masa de *hooligans*, en el consejo de ministros al que pertenece de repente.

Por la noche, en su apartamento en el Hooikade, mientras se deshace de su nueva realidad bajo la ducha, la Vluchtestraat parece más lejos que nunca y le cuesta imaginar que atravesara de veras aquella puerta cristalera. Desde su acogedor apartamento en La Haya, aquel balconcito donde estuvo desangrándose parece una invención, un sueño, una anécdota. Lleva ya un par de días barajando la idea de llamar a McKinsey para pedirle la dirección de correo electrónico de Joni: la auténtica. Quizá encuentre fuerzas para enviarle algo, algo sensato, algo... ¿paternal?

Pero es él quien recibe algo. El mensaje de texto entra en su teléfono personal durante una sesión de control parlamentario. El especialista en educación del CDA, el partido democristiano, lo ha convocado a la Cámara para pedirle explicaciones sobre la competitividad de los institutos de investigación neerlandeses. Ha llegado temprano; es la segunda vez que asiste a una de esas sesiones. Antes que él, el ministro de Defensa responde una serie de preguntas sobre el programa militar Joint Strike Fighter. La Cámara, casi vacía, parece inmensa, más grande que en la televisión, y las personas que preguntan van entrando y saliendo. La respuesta del ministro desencadena otra pregunta. Entra Kok y pasa por detrás de las cámaras de televisión. El primer ministro masculla algo parecido a «¿qué tal?», se sienta a su lado y empieza a hojear una pila de folios. La discusión entre su colega y un especialista en Defensa sobre un avión de combate que requiere dicho programa se alarga. Para matar el tiempo, coge su teléfono personal del bolsillo del pantalón. El mensaje de texto no tiene remitente, sólo es un número de móvil. Lo abre.

«Escucha, pajillero. Sé que te la meneas viendo a tu hijastra en internet. ¿Tengo que guardarte el secretito?».

Mira al primer ministro. El campo magnético que rodea al jefe de los Países Bajos desaparece y él se siente desfallecer. Debe agarrarse al tablero contrachapado de la mesa para no caerse. Por desgracia, olvida guardar antes el maldito teléfono, que suelta sin más; el aparato golpea el borde de la mesa y cae al suelo. Le dedica una sonrisa borreguil a Kok, que lo mira con mala cara. Después corre la silla un poco hacia atrás y desaparece bajo el tablero. Le palpitan las sienes, trata de recuperar el aliento.

Mierda. Sólo le faltaba eso.

Ve brillar la pantalla del móvil, al menos la mitad; la tapa gris antracita se ha separado y ha ido a parar a los pies de Kok. El presidente de la Cámara anuncia su nombre, es su turno y está a cuatro patas. Sigerius alza la vista hacia el primer ministro como un perrito. «Lo siento —murmura, señalando bajo el escritorio de Kok—, tengo que cogerlo». Coge la pieza de plástico, entre los dos sólidos zapatos negros de cuero, un robusto calzado sindicalista que le costaría escaños a un Berlusconi, y se levanta con dificultad. Deja el teléfono desmontado encima de la mesa y se dirige apresuradamente a la tribuna. Un doble muy competente responde las preguntas con que lo acribillan.

Tan pronto como termina, sale del Parlamento sin mirar nada ni a nadie y pide que lo lleven a Zoetermeer en el Volvo. Hasta que ha cerrado la puerta de su despacho, en lo más alto de la fortaleza de su ministerio, no vuelve a montar el teléfono. El aparato busca cobertura y enseguida empieza a vibrar: dos mensajes. El primero es de Isabelle Orthel: «Oye, acabo de verte en la tele, cuánto tiempo. ¿Estás bien?». El segundo es del mismo número desconocido: «Te has quedado muerto, ¿eh, pajillero de mierda? Hazme una primera oferta».

Deja el aparato con un golpe sobre la mesa, se queda mirándolo un rato y vuelve a cogerlo. En cinco minutos tiene una reunión con su secretario general y su secretario de Estado; en lugar de prepararse, teclea: «¿Quién eres?».

Se pasa el resto de la semana devanándose los sesos con esa pregunta. Llama unas cuatro veces al número, y siempre le salta una voz femenina que recita los dígitos, tras lo cual suena un pitido. En una ocasión deja un mensaje, firme y claro: «Date a conocer, amigo, o ya puedes olvidarte de este maldito asunto». Descuelgan sólo en una ocasión, pero no dicen nada, y él vuelve a preguntar con quién está hablando, hasta que se corta la comunicación después de oír una risita despectiva, una risita ronca de hombre.

Hay pocas opciones. Además de él, la única que sabe el modo «especial» en el que él está implicado en el asunto es Joni, y quizá también lo sepa Aaron. Él preferiría tragarse la lengua antes que divulgarlo. Así que a uno de esos dos debe de habersele escapado, pero descarta la posibilidad de que sean ellos quienes estén detrás de esos mensajes de texto perversos. ¿O está subestimando a Aaron? ¿Es posible que haya despertado su ira? «¿Qué hacías en mi casa? ¿Qué buscabas al ofrecernos esas vacaciones?». No, no lo cree. Ese chico no está loco. No, pero alguno se ha ido de la lengua sin darse cuenta, él o ella. El que lo acosa está muy seguro, sabe que Joni es esa Linda y sabe lo suyo; en otras palabras, lo sabe todo, y eso lo enfurece, siente rabia contra ese cabrón, pero también contra Joni y Aaron: ¿por qué han hablado?

A menos que... ¿Está yendo demasiado deprisa? Estudia los mensajes un poco mejor. ¿Podrían provenir de alguien que haya reconocido a Joni, alguien que la haya reconocido como la reconoció él (podría ser) y ahora esté probando suerte a ciegas? Un disparo en la oscuridad. ¿Quién podría hacer algo así? ¿Alguien de Tubantia? ¿Un estudiante?

Sea como fuere, ese desconocido ha dado en el clavo. Salen a la superficie los viejos miedos. Una mezcla paralizante de angustia por sus intereses

personales, eso en primer lugar, y de verdadera preocupación paterna. No sólo está en juego su propio pellejo (un pellejo mutante, el pellejo de Siem Sigerius que se ha metastatizado en un sistema de intereses, contactos, expectativas, obligaciones; una reputación como una lucerna de cristal que bajo ningún concepto puede bajarse), también el de Joni. La ilusión de que Joni saldría indemne, de que todo volvería a la normalidad, el atisbo de esperanza que lo había reconfortado estos últimos meses se está desvaneciendo.

En la siguiente comparecencia parlamentaria a la que se lo convoca, ocurre lo que tanto ha temido en los últimos días. Quizá, precisamente por eso, el golpe es más duro. «Te estoy viendo, pajillero. Estás pálido. ¿Te la cascás demasiado, o es que duermes mal?».

Al mediodía pide a su chófer —que lo está llevando, en medio de una tormenta otoñal, a Utrecht, donde debe hablar en una reunión del Sindicato Nacional de Estudiantes— que pare en un restaurante de la cadena AC. Aunque se ha propuesto ignorar el acoso, entra en los lavabos para llamar a su antigua secretaria, temblando de ira, apenas capaz de pronunciar unas palabras amables. ¿Quién le ha pedido en los últimos meses su número de teléfono? Sólo periodistas. ¿Nadie más? No, nadie que recuerde, y además ella nunca da números de teléfono, eso él ya lo sabe.

Él ya no sabe nada. Esa noche las paredes de su apartamento amueblado se le caen encima. Una lluvia torrencial barre las aceras hacia las profundidades del muelle de Hooikade, él está con las piernas pegadas al radiador humeante. Se siente encerrado en una celda de cristal; nunca antes se ha visto tan expuesto, tan vulnerable. Todas las miradas se posan sobre él, compite por la confianza de la Cámara, la de la prensa, del partido, del votante. Su acosador ha sabido elegir el momento, eso hay que reconocérselo.

En la cama, no deja de darle vueltas, el viento silba alrededor de esa habitación extraña, impersonal, piensa en la intimidad de su hogar, en Tineke, en su vida anterior... y de pronto se da cuenta.

«Wilbert. ¿Quién si no?».

Dios, ¿cómo ha tardado tanto? ¿Cómo ha podido estar tan ciego? Su hijo está en libertad, su hijo llamó preguntando por Joni. ¡Su hijo! La única persona sobre la faz de la Tierra con quien tiene una cuenta pendiente. Enciende la lámpara de la mesilla y echa un vistazo al pequeño dormitorio. No puede decir que lo tranquilice la idea. «Qué estúpida», sisea. ¿De verdad Joni se lo ha contado todo? ¡Menudo error! ¡Tremendo, increíble, enorme! Aunque en la habitación hace frío, el sudor le chorrea por la espalda.

A menos que Wilbert la haya amenazado. Si es que es él. Se queda inmóvil unos minutos, en plena noche, con la mirada perdida. Luego coge el teléfono, busca el número y llama.

—Wilbert —dice después del tono—, sé que eres tú, chaval. Por lo visto estás enfadado. Después de diez años sigues furioso. Bien, nada que objetar. Yo también me enfado de vez en cuando. Pero date cuenta de que estás jugando con fuego. Además, estás diciendo tonterías. Estás insinuando muchas cosas, pero ¿puedes demostrar algo? Por supuesto que no. No hay nada que demostrar. Tranquilízate, chaval. ¿Vale? Haz algo de provecho.

Le resultaba imposible detener el curso de los sueños; lo pinchaban con sus picos puntiagudos, y cuando se despertaba, sobresaltado, los cuervos estaban posados en las pantallas de las lámparas, esperando a que volviera a dormirse. Se veía a sí mismo en todas partes: en la cama, en el sofá, a la mesa, con las mejillas sin afeitar sobre un trozo frío de *pizza*, en la escalera con una rampa en el pie.

Le parecía que nunca dormía más de un cuarto de hora o veinte minutos, sin embargo a veces percibía que la noche lo envolvía todo, o al contrario, de pronto una luz cegadora lo sorprendía al penetrar por los resquicios de las cortinas. Viajaba en el tiempo y el espacio por todas las casas que habían desempeñado un papel importante en su vida. A menudo estaba en Venlo, en casa de sus padres, en una versión lúgubre del chalet adosado donde había crecido, y siempre había alguien enfadado (la mayoría de las veces su padre). O en su pequeña habitación en casa de su tía abuela, en Overvecht, donde vivía con un miembro de la familia Sigerius que sufría de un tumor maligno o estaba en fase terminal, o si no era él quien yacía en su propio lecho de muerte en una zona de la granja abandonada —ese sueño también era recurrente—. A veces se despertaba porque los conejillos de indias se le meaban encima, y pensar que hacía años luz se los ponía en el pecho... O con el aullido distorsionado de unas sirenas procedentes de la ciudad.

El timbre de la puerta sonó dos veces. En algún momento se había despertado sobresaltado por un redoble eléctrico que se repitió hasta en tres ocasiones mientras estaba tumbado en el sofá, tragando y parpadeando, con un recipiente de pasta carbonara tibia sobre el pecho. Se dejó caer al suelo y gateó hacia el radiador. En la penumbra, atisbó dos personas: un hombre y una mujer. El tipo vestía traje azul y corbata; la mujer, traje chaqueta gris ceniza. Ambos tenían una bufanda enrollada al cuello, pero no llevaban

abrigo. Bajo el brazo sujetaban una cartera de cuero. Testigos de Jehová. Siguió espiándolos a la espera de que se decidieran a echarle un *Atalaya* por el buzón y siguieran hacia la siguiente casa. Pero no lo hicieron. El hombre recorrió la fachada con la mirada mientras la mujer llamaba al timbre de nuevo; más fuerte, le pareció. Aaron se agazapó más y los oyó cuchichear. Cuando llamaron por tercera vez, se levantó y se dirigió a la puerta.

Los visitantes se presentaron con unos nombres que olvidó de inmediato. Afirmaron trabajar para el Ministerio de Justicia. Querían hacerle algunas preguntas sobre «el señor Sigerius». Por un momento estuvo plenamente convencido de que acudían a comunicarle que su ex suegro había muerto.

—¿Tan triste es nuestro aspecto? —repuso amablemente el hombre.

A primera vista parecía simpático: unas arrugas benevolentes surcaban su cara recia, pero el apretón de manos lo delataba, lo notó hidráulico. Oía a una mezcla de loción para después del afeitado y aceite para engrasar armas de fuego.

—Han nombrado a su amigo para ocupar un cargo importante —añadió la mujer.

Ella no sonreía, sólo deslizó la punta del zapato por el umbral.

Algo le decía que ante esas personas debía mostrarse como un hombre estable y en el que se podía confiar.

—Pasen —dijo.

En el recibidor, la mujer aspiró ruidosamente por su nariz triangular y preguntó: «¿Caballos?», y en ese momento ocurrió algo muy extraño. Aaron, que iba delante, tuvo la sensación de que los tres entraban en aquella casa por primera vez. Estaba soñando, o eso parecía. El olor del estiércol fresco, un olor que hasta entonces apenas le había llamado la atención, era soñado. Como si, desde el sofá, se viera a sí mismo entrando en la habitación gélida y de pronto se diera cuenta de su atuendo, un poco excéntrico, por no decir algo peor: llevaba la chaqueta de judo de Sigerius como si fuera una bata, otrora blanca y ahora llena de manchas y restos de comida. También supo, por el latido acelerado de su corazón, que la sala proyectaba de todo salvo confianza y estabilidad: había estado vaciando los estantes de la biblioteca y por todas partes se veían pilas de libros con los que pensaba alimentar la estufa el próximo invierno, ya que cada vez hacía más frío y su calefacción central no bastaba para calentar las habitaciones. Además, ya era hora de que comprara bolsas de basura.

—No se fijen en el desorden —masculló casi para sí.

El hombre apartó con el pie unos excrementos de cobaya, lo que produjo un sonido chirriante. La mujer enarcó las cejas perfiladas y echó una mirada a su alrededor. Él se apresuró a recoger unas cajas de *pizza* que había apiladas en el sillón en forma de concha situado junto a la cortina.

—Siéntense —dijo, señalando el sofá violeta, el único sitio de la habitación donde no había nada tirado, porque hasta hacía un instante él estaba allí tumbado.

Colocó las cajas cuadradas sobre la mesita de café, encima de una pila de libros, y fue a sentarse en la butaca que acababa de despejar. Junto al pie derecho de la mujer, descansaba boca abajo el recipiente de pasta del que estaba comiendo hacía un momento. La lengua se le había solidificado con la salsa *beige*.

—¿Es cierto que usted es el novio de la hijastra del señor Sigerius? —preguntó el hombre, sentado en el sofá como si fuera la taza del váter de una estación de servicio—. Según la información que tenemos en nuestro poder, el señor Sigerius y usted son buenos amigos.

Señaló la raqueta de bádminton que sobresalía de la pila de cajas.

—Practican deporte juntos y mantienen una relación de confianza.

—Es cierto.

No vio ninguna necesidad de matizar la situación. ¿Cómo podría explicárselo? No era culpa suya que todo hubiera salido mal.

—Nos interesa el hijo de Sigerius —dijo el tipo—, su hijo biológico.

Aaron asintió con la cabeza. El reparto de papeles estaba claro: la mujer tenía un bloc de notas en el regazo, preparada para apuntar todo lo que él dijera. Vio que miraba con interés la estaca del jardín. El palo estaba apoyado en la librería vacía de libros como si se tratara del mondadientes de Gulliver.

—No tanto en el propio hijo —aclaró el hombre— como en el contacto que el señor Sigerius mantiene con él. ¿Qué puede decirnos usted al respecto?

El hombre lo trataba de usted, pero daba la sensación de que en cualquier momento podía pasar al tuteo. Emanaba agresividad. En su despacho, en lo más profundo de los sótanos de un complejo de hormigón con pasillos interminables y puertas de seguridad, una lámpara brillaba con luz intensa y monocroma encima de una mesa.

—No mantiene ningún contacto —dijo Aaron—. Cero. Como usted tal vez sepa, es un chico... ¿cómo decirlo para que no suene demasiado duro? Raro.

El hombre asintió con gravedad, pero a la mujer se le escapó una sonrisa que ocultó llevándose una mano a la boca. Al percatarse de que él la estaba

observando, preguntó:

—¿Qué es ese palo de allí?

—Lo necesito para mis expediciones —respondió Aaron, haciéndose el interesante.

Pero se arrepintió enseguida, y como no siguió hablando, los tres se quedaron mirando la estaca enlodada que había arrancado de la tierra en una de sus idas al supermercado. En la parte superior, en las clavijas bajo las cuales antes corría alambre, había atado un trozo de cuerda.

—¿«Expediciones»? —repitió el hombre.

Pronunció la palabra como si no tuviera ningún significado científico, sino uno desafiante y peligroso para la seguridad del Estado, un significado que además lo ofendía personalmente.

Aaron asintió con la cabeza.

—Si tenemos que esperar a las autoridades —respondió con tanta sinceridad como le fue posible—, nunca llegaremos a esclarecer cómo se produjo la catástrofe pirotécnica. Por eso en mi tiempo libre trato de encontrar una explicación más profunda para lo ocurrido.

El tipo lo atravesó con la mirada, una mirada incandescente que obligó a Aaron a bajar los ojos.

—Desde un punto de vista escatológico —aclaró, dirigiéndose a la mujer, que le sonrió como lo haría a un bebé en una cuna.

—¿Y qué tiene que ver la estaca con todo eso? —le preguntó.

Todo. ¿Acaso debía contarles que, cuando las casas de su calle estaban a oscuras, iba con la estaca a la Blijdensteinlaan? En esa avenida elegía un punto de la empalizada frente al muro del Rijksmuseum, colocaba la estaca contra ella, se subía encima y alcanzaba con esfuerzo el borde de madera. Con la cuerda levantaba el palo y saltaba al terreno árido y oscuro del otro lado. Un par de veces anduvo por ahí furtivamente, estornudando por la ceniza y levantando nubecillas con los pies, mientras iluminaba zonas con una linterna. Se rompía la cabeza pensando en el significado de todo eso, en los cientos de consecuencias y los cientos de causas, husmeando en las máquinas colosales con que se paseaban durante el día los equipos de limpieza, y examinaba como un dentista los cimientos de las viviendas arrasadas. Cuando se sentía cansado, o cuando las voces de su cabeza empezaban a agobiarlo, buscaba el cráter donde un día estuvieron los búnkeres de almacenamiento de Fireworks, un hoyo arenoso rodeado de cintas de seguridad. Y se echaba con cuidado en el suelo. Allí, tumbado boca arriba, observaba las estrellas desde su observatorio privilegiado, sucumbiendo a la estampida de su cerebro. Era un

lugar angustioso. ¿Era sensato contárselo a esos investigadores de Justicia? El miedo que sintió en el centro de su enclave hollinado. Y a lo lejos, el halo de la ciudad silenciosa, ajena a todo.

—Nada —dijo.

—¿Recuerdas que se produjera algún conflicto entre Sigerius y su hijo? —preguntó el tipo.

La escatología le interesaba un pimiento.

—¡Claro que sí! —respondió—. Se peleaban por todo. Tenían sus buenas trifulcas, discutían hasta por un vaso de Coca-Cola.

—Antes has dicho que no mantienen contacto.

—¿Eso he dicho? No, no mantienen ningún contacto, desde hace ya mucho tiempo. No lo he dicho a la ligera.

Las preguntas con que lo estaba acribillando aquel tipo le parecían inquietantes. Trataba de averiguar si se había producido algún conflicto entre Wilbert y su padre. Quería algo. Le habría gustado oír que Sigerius y Wilbert habían llegado a las manos en esa misma sala de estar, haciendo añicos los dos la puerta corredera. Mientras tanto, le vinieron a la memoria ciertos detalles. «Puedo irme de la lengua —pensó—, puedo contar lo que sé sobre el juicio contra Wilbert y las mentiras que entretejió Sigerius». De momento, dejaba que aquel tipo hablara, se oía a sí mismo respondiendo con evasivas, y para su espanto a veces se relajaba y se adormilaba. ¿O eran éstos precisamente los momentos en los que estaba despierto? Se preguntó más cosas: a quién le entregaban sus informes Hernández y Fernández, por ejemplo, y si al día siguiente Sigerius encontraría la transcripción en su despacho. El fortachón le había garantizado el anonimato; era una investigación normal y corriente, había dicho, pero los servicios secretos solían ocultar cosas.

—¿Quién se presenta a sí mismo diciendo que es del servicio secreto? —preguntó.

—Las preguntas las hacemos nosotros —dijo la mujer.

El agente secreto se levantó suspirando, aplastando con sus zapatos italianos las cajas de *pizza*. Maniobró por las librerías tiritando de frío.

—Pues esto no es nada —dijo Aaron—. Esta noche va a helar.

—¿Te mudas? —le preguntó el tipo mientras señalaba con su barbilla en forma de váter las pilas de libros repartidas por todas partes.

No, no iba a mudarse, es que no aguantaba más que esos miles de lomos lo miraran fijamente desde las baldas.

—Tal vez —dijo.

Al principio le gustaba responder a su llamada, pero últimamente lo deprimía, incluso ahora que su amigo de hombros anchos se encontraba allí frotándose las manos, con la espalda cuadrada enfundada en la americana, a punto de comenzar uno de sus saqueos: de puntillas, en cuclillas, haciendo preguntas, una y otra vez preguntas nuevas. ¿Los había leído todos? ¿Qué le parecía Vestdijk? ¿Había leído ése? ¿Estaban asegurados esos libros, y por cuánto? ¿Por qué no montaba un servicio de préstamo? ¿Cómo los mantenía en orden alfabético? ¿Qué primeras ediciones tenía? Y Naipaul, ¿estaba bien? Y, vaya, su suegro blandiendo de nuevo una de los miles de novelas que Aaron había arrastrado a su nido en los años posteriores al desastre de Utrecht, una montaña de libros, imposible de leer en su totalidad, que ejercía un gran poder de atracción sobre Sigerius. ¿Y por qué le parecían ése y aquél tan buenos? ¿Y ése no está sobrevalorado? «¿Tengo que leerlo entonces? ¿Qué debo leer sí o sí antes de morirme?»... Un interés inmenso que Aaron al principio se había preguntado si sería sincero, o si Sigerius le estaría haciendo un favor, pagándole con la misma moneda el desmedido interés que él profesaba hacia su persona.

Sigerius era sincero, si no, no habría vuelto. Parecía que echaba de menos su intercambio intelectual. Y sí que tenía que ponerse al día, sí. La literatura no era su fuerte, en realidad en su caso se podría hablar de «ignorancia supina» en ese campo. El hombre que había dado media vuelta y lo miraba creía que Dostoievski era un compositor. ¿Faulkner? Ni idea. En los discursos con que Sigerius abría el año académico nunca faltaban las citas: Bellow, Böll, Bordewijk, Borges, todos con «B» de «buenos», nombres que quedaban bien y que no lo comprometían. Hubo un momento en que tuvo ganas de decirle algo, poseído por una virulencia extraña. «Realmente, has leído muy poco. De hecho, casi nada».

Él, por su parte, había seguido leyendo tras el ridículo que había hecho en Utrecht, durante semanas, meses y años (por rencor, por frustración), cientos de novelas, y a veces se preguntaba, antes de conocer a Sigerius: «¿De qué te sirve todo esto? ¿Cuánto tiempo ha de pasar para que esta rabia desaparezca y te demuestres a ti mismo que no eres un perdedor? ¿Cuándo aceptarás tu derrota?». Hasta que ese hombre entró en su vida. Fue Sigerius quien, de forma retroactiva, le otorgó una utilidad clara a su furia lectora. «Aaron —le había dicho—, yo no soy ningún intelectual. Ayúdame a llenar mis lagunas». Esa certeza le colmó los ojos de lágrimas. Se levantó de la butaca y dio un paso hacia Sigerius, dispuesto a rodearlo con los brazos...

—¡... preguntado algo! —gritó el hombre.

Aaron puso unos ojos como platos. No había oído nada. ¿Se había dormido? ¿O estaba soñando? Se quedó mirando a ese individuo.

—Sigerius y yo nos profesamos un afecto especial —musitó al buen tuntún, con la voz temblándole de manera inaceptable—. La gente a veces piensa que soy hijo suyo.

La mujer no apuntó nada, por desgracia. Se cerró el botón superior de la blusa. Aquellos dos no habían ido a su casa a investigar los antecedentes de Sigerius, sino que el propio Sigerius los había enviado. Eran sus representantes. Cayó en la cuenta de que ya llevaba mucho tiempo siendo ministro y, de hecho, probablemente ya fuera primer ministro.

—Fíjate tú —dijo el tipo. Volvía a estar sentado con actitud engreída al borde del sofá—. ¿Y qué revela eso sobre Sigerius y su auténtico hijo?

La mujer levantó la vista y consultó un reloj de pulsera de oro blanco, notablemente grande. ¿Era un reloj? La angustia se extendió por su sangre como un chorro de tinta secretada por varias glándulas a la vez, un arsenal de guerra: el pánico anuló los sentimientos de hacía sólo un minuto, ¿cómo podían cambiar tan rápido? Apretó los puños húmedos contra el reposabrazos de cuero. Puede que ese reloj fuera un instrumento, una cámara web probada por la NASA, y tal vez Sigerius y la mujer estuvieran mirándose en ese momento pensando: «Nuestro amigo de aquí cree que nos ha calado», ignorando que él sabía lo que estaban pensando. La gran vigilancia había empezado.

—Wilbert no desempeña ningún papel en nuestras vidas —dijo con la voz más queda que pudo—. Sigerius lo abandonó cuando era pequeño.

Ahora que los había descubierto, le llamó la atención que Hernández llevara un anillo mastodóntico. Su puño cerrado de boxeador parecía la cabeza de un cíclope; miró dentro del ojo y se abrió un diafragma. Nadie había tenido un papel relevante en la vida de nadie, se daba cuenta de eso una vez más. Se oyó un castañeteo de dientes, una ráfaga de viento movió los tabiques que tapiaban la puerta corredera destrozada y los tres miraron hacia allí. Sigerius también lo había abandonado a él, ¡y de qué forma! Era bastante extraño que no fuera capaz de recordar la razón exacta, pero estaba seguro de que había una. Lo que estaba claro, en cualquier caso, era que su amigo lo había dejado colgado. Lo invadió el resentimiento. ¿Por qué Sigerius dejaba en la estacada a sus seres queridos una y otra vez? Lo estaban espiando en ese mismo instante, pero también podía revertir la situación: ¿por qué no cogía la sartén por el mango? Ésa era su oportunidad, el canal estaba abierto, ése era el momento de desahogarse. Como un hijo auténtico, tenía que decirle a Sigerius

cuatro verdades, preferiblemente sin que Hernández y Fernández se dieran cuenta. No era ningún mensaje agradable, pero a la larga su amigo lo apreciaría. Quería decir que quería a Sigerius como a un padre, pero que se sentía terriblemente abandonado, y así lo hizo, pero lo que salió de su boca sonó tan quedo e incomprensible que el tipo inclinó hacia él su cabeza de adoquín.

—¿Qué dices, chico?

Se sobresaltó, de pronto sintió el poder estremecedor de Sigerius, un olor fresco a chicle. Sus lágrimas, que ya se habían movilizado, empezaron a salir de verdad, y lloró de desesperación. El hombre volvió a preguntarle qué quería decir, acercó su oreja pequeña y plana a la boca de Aaron. Él musitó algo sobre el amor paterno y el menosprecio.

El hombre se incorporó de golpe, con el ceño fruncido.

—Probablemente no sea para tanto —le dijo.

La mujer cerró el bloc de notas. Miró alrededor de la habitación arrugando la nariz.

—Vámonos ya —dijo.

De acuerdo con las reglas de la física clásica, el tiempo pasó. Y llegó el frío, con tormentas sibilantes que soplaban agua de lluvia y remolinos de hojas otoñales dentro de la casa. Sus conejillos de indias temblaban apaciblemente, si aguzaba el oído podía oír cómo roían y friccionaban sus patitas en el suelo. Las noches se alargaban.

La tarde de la segunda visita (¿o era de noche?), el sonido del timbre se abrió paso entre el silencio viscoso que lo rodeaba. ¿Estaba despierto? Sí, tenía una mano en el picaporte del baño. ¿Había pedido comida? No podía recordarlo, además estaba ansioso por aliviar una necesidad básica. En lugar de hacer lo más sensato, encerrarse en el baño, se precipitó a la sala de estar, se puso en cuclillas ante el radiador helado y espionó el sendero del jardín por debajo de la cortina. La visión era mala, así que descorrió un poco la cortina izquierda. Tuvo que apretar la sien contra la ventana gélida: ¿había alguien bajo el tejadillo de madera? La confirmación llegó en forma de golpes fuertes en la puerta. Se cayó de culo por el susto. Gateó de vuelta a la rendija que había quedado bajo la cortina. La sombra (por el porte se trataba de un hombre) rebosaba impaciencia, retrocedió tres pasos y miró hacia arriba, para volver a acercarse a la puerta y zarandear el buzón, lo que produjo un ruido

desagradable. En la espalda llevaba algo, una mochila pequeña. Por la boca expulsaba nubecillas nerviosas.

Los intestinos de Aaron rugieron. ¿Por qué no se había sentado en el váter? Algo oscuro pasó volando por delante de la fachada. Aaron contuvo la respiración y el hombre se acercó a la ventana de la sala de estar. ¿Qué significaba eso? Al instante siguiente: un golpe inmisericorde contra el cristal. Su corazón se escabulló como un perro bajo el sofá. Dos puños planos como los piececillos de un niño se apoyaron en el cristal y formaron un halo de vaho alrededor. Completamente desequilibrado, Aaron se cayó hacia delante; logró evitar rajarse la barbilla contra el borde de granito del alféizar, pero sus rodillas chocaron contra el radiador con un ruido sordo y metálico. Cuando levantó la cabeza, su mirada se topó con dos ojos hundidos y nerviosos: los pozos de petróleo de Sigerius, en llamas. Se apartó enseguida; apretó la barbilla contra el pecho. ¿Ya había llegado el momento? Allí estaba, en cuclillas, petrificado, conteniendo los pedos como el pequeño Hansje Brinker en *Los patines de plata*, luchando furiosamente con la imagen que se le había pegado a la retina. ¿Qué le había pasado en la cara a Sigerius? ¿Había sido la puerta corredera? ¿O la pena, la consternación, la humillación? Su rostro se veía retorcido, como si hubieran utilizado su antigua cara para hacer una máscara demoníaca.

¿Estaba soñando? Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. «Revienta también este cristal —pensó—. Destrózalo. Y párteme después la cabeza». El miedo lo había vuelto insensible: las rodillas, las piernas, todo el cuerpo había dejado de existir, todos los nervios convergían en la coronilla, a la espera del golpe. «¡Golpea!».

Ruido de cristales rotos. Él se había caído hacia atrás gimiendo. Estremecedoramente lejos y al mismo tiempo aterradoramente cerca, había oído el cristal hacerse añicos. Sin embargo, no sintió ningún dolor. Ningún crujido de huesos partidos, ni el calor de la sangre manando a borbotones. ¡No sentía nada! En su lugar, oyó que en el recibidor se abría el cerrojo de la puerta. El alivio fue reemplazado por una nueva sensación de pánico: «Viene a por mí».

Entonces ocurrió algo inesperado. Sigerius no entró en el salón, sino que subió los escalones de cuatro en cuatro. Con el culo pegado al suelo, fundido con el suelo, de hecho, Aaron escuchaba los sonidos que llegaban de arriba. Tras un silencio, oyó el chirrido bestial de la escalera plegable y después unos pasos amortiguados. ¡Sigerius estaba en el desván! Él no se había atrevido a subir desde aquella tarde terrible de junio. Un par de veces había estado en el

rellano con una mano sudorosa en la pesada cizalla y la otra en un peldaño de la escalera plegable, mirando hacia arriba desesperado, con la intención de desmantelar todo el chiringuito. Pero había sido incapaz.

¿Qué se le había perdido a Sigerius allí? ¿Habían llegado a casa antes de que él hubiera podido husmear bien? ¿Se había dejado algo olvidado?

—Siem —lo llamó con un susurro.

Le castañeteaban los dientes, como si estuviera metido en una bañera de agua fría, y apretó con fuerza los incisivos sobre el labio inferior. ¿Qué iba a decir ahora?

Pasó una eternidad, que en realidad fueron unos segundos, hasta que volvió a oír la escalera plegable, el chirrido, un golpe fuerte. ¿Había saltado el último tramo? Unas pisadas fuertes bajaban como redobles de tambor por la escalera. ¡Estaba furioso!

Aaron carraspeó.

—Siem —susurró, incapaz de subir la voz.

Alzó las manos para mantenerlo a distancia. Quiso gritar... pero se cagó encima. El bóxer se le llenó de mierda caliente y resbaladiza.

—Siem... —sollozó—. Lo siento. Lo siento tanto...

La mierda se le desparramó por fuera del calzoncillo, entre los muslos.

La puerta de la calle se cerró con un estruendo y los pasos se alejaron por el sendero embaldosado del jardín. Soltó aire. Un portazo, un coche arrancó y salió disparado.

Cuando se despertó, la oscuridad seguía siendo total. Ya apestaba en su sueño, pero el olor de ahora era insoportable. Vomitó. Los excrementos se habían enfriado y se le habían pegado como lava solidificada entre las nalgas y la tela del pantalón de chándal. Se levantó con bilis en la boca, aguantando con las dos manos el pastel tibio en su sitio. Estornudando de asco, fue al recibidor. Subió por la escalera tropezando y en el cuarto de baño abrió los grifos de la ducha, que se pusieron en marcha titubeando. Habían pasado muchos días desde la última vez que los había utilizado. Se desnudó, dejó caer al suelo la ropa sucia y entró en la ducha como si entrara en un lagar a pisar uvas. El agua caliente caía pesada; siguió pisando, y una y otra vez se echaba champú y gel de baño entre los pies. Media hora, una hora, todo el tiempo que hizo falta hasta que el agua apestosa y espumeante hubo desaparecido por el sumidero y tan sólo quedó el aroma a Palmolive.

Acto seguido, se enjabonó el cuerpo, restregándose hasta enrojecer la entrepierna, los hombros, los brazos, el vientre, las piernas. Lavó el sudor que se le había coagulado en las axilas y se echó Nenuco en la fina corona de pelo que le rodeaba la cabeza.

Se secó despacio, mecánicamente. Luego se anudó una toalla a la cintura y fue al pasillo. Bajó la escalera plegable, respiró hondo y subió al desván. Estaba hecho un desastre. Las estanterías con los zapatos de Joni parecían derribadas a patadas, los zapatos de tacón alto esparcidos por el suelo. Las cajoneras blancas con ruedas habían sido desplazadas y estaban en medio del cuarto, rodeadas de tangas, camisetas y medias por el suelo. Los cajones del escritorio con el ordenador estaban abiertos. Se acercó a la cama revuelta. Se mordió la yema blanda del pulgar, arrugada como una pasa. ¿Qué había ido a hacer Sigerius? ¿No había estado ahí arriba la primera vez? ¿O la buhardilla llevaba meses así?

Su mirada se topó con un bulto de ropa a la derecha, junto al hueco de la escalera. Se dirigió hacia él. Era ropa de hombre. Un traje gris claro de raya diplomática, americana y pantalón, todo el atuendo. Bajo el pantalón, un bóxer blanco. La camisa blanca tenía una franja rosa pálido y los gemelos todavía estaban en los ojales. Esos zapatos... eran los carísimos Greves de Sigerius; no cabía duda, uno tenía una pequeña alza en una suela. ¿Qué diablos hacía esa ropa allí? ¿La habría llevado él? ¿Por qué? Tanteó los bolsillos del pantalón y los interiores de la chaqueta. Llaves, la llave suelta de una casa, una cartera, un teléfono móvil muerto.

Se acercó de nuevo a la cama y se tumbó. Permaneció así Dios sabe cuánto tiempo. Quizá se durmió. En cualquier caso, cuando se incorporó estaba helado y fue directo al montón de ropa. Dejó que la toalla le resbalara de las caderas, y empezó a vestirse, tiritando.

El primer fin de semana de diciembre, Sigerius no llega a Enschede hasta el sábado por la tarde. Como a Tineke le parece una pena «no hacer nada por San Nicolás», este año él le ha comprado en una joyería de La Haya, en el Denneweg, una pulsera de plata con perlas de agua dulce. Ella lo lleva a un restaurante vegetariano que acaba de abrir en la Hengelosestraat, y después de pedir desenvuelve el paquete de papel jaspeado. Cuando, con las cejas arqueadas, se abrocha la joya alrededor de la gruesa muñeca, a él le parece que hay más sorpresa que alegría en su reacción.

—Esto no es propio de ti —dice Tineke.

Y tiene razón. Los regalos espontáneos no son algo propio de él, siempre esconden algo. Son perlas de indulgencia, y una equivale a un año menos de purgatorio. Él se queda ahí, sonriendo como un marinero de agua dulce.

Le cuenta algo sobre el consejo de ministros, comen un plato con *pak choi* y garbanzos, y él casi se atraganta cuando ella le dice:

—He hablado con Joni.

—¡Ah! ¿Te ha llamado?

La iluminación del restaurante es tenue y confía en que no haya visto su cara de consternación.

—Yo a ell...

—Pero si no tenemos ningún número, ¿no?

«No te pongas demasiado tenso —piensa—, no vas a cambiar nada».

—Estaba harta de esperar.

Se limpia la boca con una servilleta de papel.

—Entiendo que a ella se le pase el tiempo volando, pero a mí me parece que cinco meses...

—Cuatro. Te llamó cuando estábamos en Creta.

Se queda mirándolo, perpleja.

—¿Qué importa eso ahora? Bueno, pues cuatro. En cualquier caso, a mí cuatro meses me parecen bastante. He llamado a McKinsey, por probar. ¡Y

bingo!

Él se frota el mentón rasposo para relajarse un poco. Preferiría oír exactamente lo que se han dicho, palabra por palabra, pero no de boca de Tineke, sino de una cinta de casete que pudiera rebobinar a solas a su antojo. Necesita tiempo para pensar qué hacer a partir de ahora. Todo iba tan bien... Lleva ya un par de semanas intentando persuadirse de que con su ofensiva nocturna había dado en el clavo. Desde que llenó de amenazas el contestador de Wilbert, o al menos el contestador que creía que era de Wilbert, todo está tranquilo. Pero no las tiene todas consigo. No ha vuelto a ir a una sesión parlamentaria, por ejemplo.

—¿Y bien? —Sonríe—. ¿Qué se cuenta?

—Bah, fue muy breve. Creo que la abrumé un poco. Sonaba cansada. Pero me parece que lleva bien lo de las prácticas. Cree que van a ofrecerle un trabajo.

—¿Viene a Francia?

—Se teme que no. Va a estar ocupada todo el mes con un cliente importante.

—Entonces tendrá que seguir trabajando muy duro entre Navidad y Nochevieja —observa él, e intenta disimular el alivio que le recorre las tripas—. ¿Con quién estaba?

—¿Con quién estaba? En la oficina.

—Con qué empresa. En Navidad.

La inocencia con que su mujer rebusca en la memoria lo hace sentir bien.

—¿IBM? —dice—. Sí, IBM.

—Ya —asiente él—. Tampoco sé si se lo pasaría muy bien con Ria y Hans.

—A ella siempre le ha gustado esquiar. También le he preguntado, con cautela, si las cosas siguen igual entre ella y Aaron.

—Ajá. ¿Y qué?

—Me ha dicho que es mejor así.

Llovizna cuando vuelven en coche a la granja. A veces en La Haya, por las noches, añora Enschede, pero ahora, al imaginar a Tineke trasteando sin cesar por este animal disecado y vacío, quiere regresar al ajetreo febril y adormecedor del ministerio. Aparca en la grava y entran por la galería de la cocina, que huele a lavadora recién terminada. Tineke abre el tambor y saca la ropa húmeda, mientras él sigue hacia el salón a oscuras y enciende las luces.

—¿Había mucho correo? —pregunta, pero Tineke no lo oye.

Sigue andando hasta el recibidor, huele el aroma familiar a pizarra y nogalina fresca. Enciende la luz del aparador y ve que la pila de sobres y revistas llega hasta el borde de la foto de Marsella, al lado de los periódicos que Tineke ha conservado a petición suya. Entre los sobres hay un paquetito con un libro que había pedido hacía tiempo, un sobre de Japón, el último número de *Pythagoras*, varias felicitaciones tardías por el nombramiento, dos números de una revista de fútbol, facturas, una carta de la Real Academia de Ciencias de los Países Bajos, y un sobre abultado de tamaño medio cuya dirección está tachada con bolígrafo rojo y debajo, escrito con la letra de Tineke: «Dirección incorrecta». Contiene algo duro. Al ver a quién va dirigido el sobre suelta un grito ahogado: «Sr. Tyfus Pajillero —escrito con una caligrafía infantil—, Langkampweg 16, 7522 CZ Enschede». «Langkamp» en lugar de «Langekamp».

Primero nota calor en la mano, luego humedad y frío, el sudor impregna el sobre. Así pues, su mujer cree que el señor Tyfus Pajillero no vive ahí. Siente el impulso de correr a la galería de la cocina y abrazarla, confesárselo todo, decirle que lo siente, pero al mismo tiempo tiene miedo de que pueda aparecer en cualquier momento... Está paralizado. Se mira en la foto de Marsella: un gigantón con un tronco en los brazos. «No me vencerás, amigo».

Aprieta el sobre contra el pecho, va al baño y, suspirando, se sienta en el váter. Mientras le sale el chorro de orina, abre el paquete por abajo; la solapa está cerrada con una cinta adhesiva marrón muy gruesa. Con los dedos temblorosos, va sacando cosas terribles: una media de malla negra, un tanga rojo y un pañuelo de algodón arrugado... Su propio pañuelo, ve a través de unos destellos blancos de terror. Cruje en el medio, quizá sean mocos, pero es probable que se trate de otra cosa, algo que lo enfurece y entristece al mismo tiempo. Una cosa dura resbala del sobre y cae con un ruido sordo encima de la alfombrilla de goma del baño. Es un consolador negro.

Respira profundamente, sorprendido, furioso. También con temor. Lo estremece esta insolencia desenfundada. Se levanta y vuelve a sentarse. «Cabrón», masculla. Esto ya pasa de castaño oscuro, está yendo demasiado lejos. ¿Ha estado ese desgraciado en el desván? Apenas le cabe en la cabeza. Después de decirle que no tenía pruebas, ¿le responde esto? ¿De verdad que ha estado en la Vluchtestraat? ¿O eso lo ha enviado... Aaron? No. ¿No? Joder, no tiene ni idea. ¿Aaron ha dejado entrar en su casa a Wilbert? ¿O ese loco ha infringido la ley, sin más, y ha cometido allanamiento de morada?

Recoge el chisme venoso de las baldosas e intenta partirlo en dos con todas sus fuerzas. En vano. Luego lo envuelve en papel higiénico, con la esperanza inocente de que desaparezca al tirar de la cadena, y el resto también, todo, fuera con todo. Pero se lo piensa mejor. Tineke echará en falta el sobre. Ha de andarse con ojo.

Entonces mira dentro. Y en el fondo ve otra cosa, una nota. La coge con los dedos. Papel pautado, de una libreta. Lo desdobra. Una caligrafía temblorosa que se corresponde con las letras vacilantes del sobre. «Móntatelo como sea para conseguir cien mil florines, pajillero —lee—. Muestra algo de responsabilidad ministerial». Por lo demás, pone que el jueves 14 de diciembre, a las ocho de la tarde, debe enterrar en la playa de Scheveningen («te lo pongo fácil, cerca de la madriguera donde te matas a pajas»), en el borde de la duna que queda justo enfrente del mojón 101 de la playa, una bolsa con cien billetes de mil. «Si no encuentro el dinero allí, empezaremos a enviar fotos».

De nuevo está cubierto de un sudor frío, por la ira, pero también por un malestar que raya en el pánico. Esto ya no es ejercer presión, esto es chantaje, chantaje con todas las letras. Su hijo lo está extorsionando. ¿No tendría que ir a la policía? Sí. Pero... no. Se le tensan las pantorrillas, aprieta los dientes con tanta fuerza que casi se rompe las muelas. Así que esto es lo que uno siente cuando lo chantajean...

Debe actuar con inteligencia y calcularlo todo bien. Debe calmarse un poco. Así no puede ir al salón, con ese sobre. Mejor arriba, a su estudio. Vuelve a meter las cosas en el plástico con burbujas. Debe llevarse todo el correo arriba y esconder el sobre allí. Aguza el oído para ver si Tineke anda cerca; cuando está seguro de que no es así, tira de la cadena y se desliza fuera del baño. Coge la pila de cartas y revistas del aparador y sube la escalera a grandes zancadas.

Hace frío en el estudio, se sienta y aparta el correo normal, que deja en un rincón de la mesa. Antes de guardar el sobre bomba en uno de los dos cajones de acero verde con cerradura, saca la nota extorsionadora y relee una vez más el mensaje. El concepto «responsabilidad ministerial» le despierta serias dudas: ¿su hijo domina esa terminología? Pero ¿tiene a su propio hijo en tan baja estima que duda de que conozca dichas palabras? Sí, así es.

Dobla la nota y la esconde en la parte más honda de la cartera. Con un suspiro leve de alivio, gira la llavecita del cajón. Mira absorto al vacío unos minutos; la ventana que hay detrás de la mesa, con su marco verde abeto, está oscura como boca de lobo. Gira la silla hacia la habitación, pero los únicos

metros cúbicos en el mundo que le pertenecen sólo a él, su celda, su lugar para pensar... precisamente ese espacio que debe aportarle seguridad le recuerda a su acosador. Allí dormía el áspid, la serpiente que él había arrojado fuera con una rama mientras se retorció. Ahora, diez años después, se encuentra sentado en el mismo sitio, sudoroso, estresado, hostigado. Ahora es él, el muy canalla, quien le hace sentir lo que es el poder.

Ya es suficiente. Basta. Respira hondo y se da un palmetazo en el muslo. En cualquier caso, tiene que decir algo a Tineke. «Cuéntale cualquier media verdad, éste es el momento». Ahora hay un sobre con cosas comprometedoras, pero la próxima vez ese necio se presentará en la puerta de casa, delante de sus narices... ¿y entonces? Sus tejemanejes y evasivas ya han puesto en peligro a Aaron, algo que lo enfurece todavía más. Siente el instinto de proteger a Aaron. En este culebrón demencial en el que se ha convertido su vida, ¿tiene que proteger a su yerno de su hijo? Ya es hora de confesar.

Tineke no está abajo. Andará como siempre por su taller, en la parte trasera del jardín. Bebe un vaso de agua en la cocina. Indeciso, escruta la oscuridad detrás de la galería, enciende la luz de fuera y se pone a caminar por la hierba invernal y asilvestrada, en la que ya están creciendo los cardos. A mitad de camino oye los ruidos de la sierra circular de mesa y la máquina de succionar virutas. Abre la pesada puerta y se queda en el umbral. A unos veinte metros de él, bajo un panel de tubos fluorescentes que cuelga de unos cables finos de acero, su esposa desliza una tabla por la sierra. No advierte su presencia; lleva protectores auditivos en las orejas.

¿Cómo empezar? Aspira el olor amable y constructivo de la madera recién serrada. Agradece que ella no lo esté viendo. Como siempre, la mira embargado de admiración por su creatividad; si a su mujer se le ocurre algo, lo dibuja, lo crea con sus manos y lo vende. Mientras contempla cómo trabaja (concentrada, eficaz, rápida, su sobrepeso es una ventaja entre las máquinas, como si fuera una condición necesaria para dominarlas), la urgencia se retira como una marea.

¿No debería acercarse a ella? ¿Darle unos toquecitos en la espalda y decirle «cariño, siéntate un momento, tengo que contarte algo»? Lo que a él lo conmueve en este preciso instante, este instante insufrible, es el pragmatismo alegre con que ella lo ha apoyado todos estos años cuando se trataba de su hijo. El muchacho iba acumulando cada vez más desastres, grandes o pequeños, pero siempre era ella la que relativizaba las cosas y aportaba

soluciones, puntos de vista que a él le servían para no hundirse en lo que muy probablemente hubiera desembocado en una depresión. Él no habría sido nada sin ella. Pero Tineke es la primera en apartarle esta idea de la mente, igual que ahora aparta las virutas con un gesto de la mano. Sin embargo, él cree sinceramente que sin esta mujer aún estaría tirado en la Antonius Matthaeuslaan, con la pierna escayolada colgando de la polea, una barba que le llegaría hasta Tokio y sumido en sus ambiciones olímpicas frustradas.

Durante meses había sido un caso perdido. Cuando veía el kimono se le saltaban las lágrimas. A veces Margriet y él la oían reírse a carcajadas, fuerte, ligera, con una alegría irresistible, a través del suelo de la cocina, a través de su propio silencio malhumorado y amargo. Debajo de su casa se había instalado un motor de combustión, una fuerza femenina que hacía temblar las ventanas de su piso. Después de haber sufrido ese accidente con la Vespa y de que Margriet se hubiera visto obligada a ponerse a trabajar, y de que ella empezara a hacerle esas visitas tan afectuosas, a partir de ese momento él comenzó a olvidar a su mujer y su hijo. Eso tiene que admitirlo. Dejaron de existir. Estaba postrado en un catre, con Tineke sentada a su lado.

Todavía hoy recuerda muy bien por qué se enamoró de ella: por su vitalidad. Las ganas de vivir, su jovialidad. Por la manera en la que está allí al lado de la máquina que en su día compraron juntos en una fábrica de Münster, donde vio que ella lo sabía todo acerca de las marcas y los modelos, y en un alemán perfecto interrogó al vendedor sobre el número de revoluciones y las posiciones de las hojas. Ella era su nuevo inicio, le había reparado la voluntad. Por eso no puede acercarse y desmontarse ante sus ojos.

Durante sus visitas matutinas, Tineke no sólo había logrado sacarlo de su malsana tendencia al victimismo, sino que además sin ella nunca habría llegado a las matemáticas. Por lo menos una vez por semana, a veces dos, llamaba al timbre, casi siempre cuando Margriet se encontraba junto a la máquina clasificadora de correo en la plaza de Neude, y entonces él tiraba de la cuerda que bajaba con poleas por la escalera y llegaba al cerrojo de la puerta, y ella subía arrastrando los pies con Joni en brazos o sin ella: rubia, grande, bonita, alegre, atenta, inteligente. Le vaciaba el termo en el fregadero de cinc y le preparaba café; lo ayudaba a llegar al balcón cuando hacía sol y siempre llevaba consigo la pata de una silla o de una mesa que se ponía a pulir mientras estaba junto a su cama, y mientras tanto le hablaba de cómo le había ido el día, de su vida, de lo que habían avanzado en la ciudad las obras de la estación de Hoog Catharijne. Una de esas mañanas en las que iba a reconfortarlo, le llevó una caja con revistas (*Libelle*, *Ariadne*, *Privé*,

Panorama) y más porquería por el estilo que lo dejaba asombrado, preguntándose cómo era posible que las leyera, por qué el cantante de *blues*, su marido, leía eso.

—Por mi madre —le dijo.

Y le contó que sus padres vivían en Tuindorp, el barrio donde había crecido.

Hasta que estuvo muy avanzada la semana, no se puso a husmear en la caja, y quizá fue esa vez, o puede que más tarde, cuando descubrió tres libritos de color verde musgo con los anillos olímpicos impresos, un símbolo al que ya no podía mirar sin ponerse de un humor de perros. De hecho, esos anillos casi le impidieron hojearlos.

Matemáticas. Problemas de aritmética. Hacía mucho tiempo, en Delft, se le habían dado bien el álgebra y la geometría. Por eso había escogido el ramo de ciencias en la enseñanza básica ampliada: el menor número de letras posible, el menor número de asignaturas posible para poder salir airoso sin estudiar. No había tiempo para otra cosa que no fuera el yudo. Todo quedaba en un segundo plano ante el yudo: el deseo de tener una moto o un coche, el ajedrez, el bachillerato, que su padre esperaba que terminara. A la larga, era extraño que a nadie, ni a él mismo, le pareciera cuando menos curioso que llevara a buen fin los exámenes de matemáticas y física sin hacer los deberes ni los ejercicios. Sí, sin conocimiento previo. «Veamos qué quieren de mí», así afrontaba él los exámenes. Sacó un ocho sobre diez por haber inventado la rueda de cero, en el acto: en la misma aula del examen averiguó cómo se podía descomponer en factores una ecuación de segundo grado.

El hecho de que empezara a resolver los ejercicios de aquellos libritos tuvo también que ver con su aburrimiento inconmensurable, con el mayor fiasco de todos los fiascos que había sufrido en la vida. Por primera vez en doce años, por primera vez desde la enseñanza básica ampliada en el Oranje Nassau, se enfrentaba a las matemáticas. Analizó los problemas de aritmética, las figuras tridimensionales, los dibujos geométricos, e hizo los cinco que se proponían. Con el bolígrafo había intentado resolver el primero en la tapa que le había arrancado a una revista, trabajando un poco con los datos que deducía de la pregunta, y había hecho un esbozo. Como se inventa un chiste, o surge la idea para un poema humorístico, así brotaba en él un planteamiento. «Esto tiene que ser así. Y si no es así, pues así». Al cabo de tres cuartos de hora, ya había doblegado el problema y el resultado encajaba como las piezas en el engranaje de un reloj suizo, estaba seguro. Enseguida se había entregado al siguiente ejercicio, y después a otro, y pronto todo su ser se había imbuido de

la precisión de ese reloj. Si no hubiera estado escayolado, habría bajado corriendo por la escalera para llamar a la puerta de Tineke y mostrarle su logro.

Las horas de su condena solían hacérsele eternas. Parecía que a esa cocina nunca llegaba el atardecer, y cuando lo hacía, la que nunca llegaba era la hora de irse a la cama, pero ahora lo interrumpían Margriet y Wilbert, que aún no iba al colegio y durante el día se quedaba en casa de la abuela, en el Distrito C. Ya era de noche, pero la realidad cotidiana no lo afectaba, la había perdido de vista en algún recodo del camino, ahora él vivía en un mundo opaco y radiante donde los fenómenos estaban íntimamente relacionados, fueran o no verdaderos, y de una forma tan pulcra que conseguía extraer de ellos una energía asombrosa. En lugar de mirar huraño a su alrededor, o enzarzarse en rencillas con Margriet —quien tampoco había elegido tener a un accidentado malhumorado en casa—, se quedaba el resto del día sumergido en los libritos verde musgo, y también parte de la noche. Hacía frío, eso todavía lo recuerda; helaba en la cocina, pero él dejaba que se le aterieran los dedos y los brazos. Cuando había respondido a todas las preguntas, volvía a repasar los problemas, y llevado por un estallido de euforia matemática trataba de resolverlos de un modo más elegante, por pura empatía con los problemas mismos (¿qué clase de sentimiento era ése?), y si era necesario afinaba los cálculos que antes había hecho rápidamente para abordar las ecuaciones con calma.

Nunca olvidará uno de los problemas, no tanto por las connotaciones olímpicas o su inventiva como porque se le ocurrió una variante. El enunciado decía «ADA/KOK = NADANADANADANADA...», y la pregunta era por qué dígitos podían sustituirse las letras empleadas para que la ecuación fuera correcta. La resolvió bastante rápido; sin embargo, encontrar un novio para Ada, «PELE X REY = METE X GOL», supuso un rompecabezas increíble que lo mantuvo absorto hasta que oyó a Margriet entrar en la ducha por encima de sus sesos a punto de estallar.

Pelé y su gol fueron prácticamente las primeras palabras que oyó del padre de Tineke. Sin avisar y para su sorpresa, una semana más tarde ese hombre se encontraba junto a su cama improvisada. Era más bien un caballero, llevaba un chaleco impecable de color amarillo limón y tenía un pelo blanco y suave que parecía haberse lavado y cortado para ir a verlo. «Así que éste es el autor», dijo el señor Profijt, su futuro suegro, profesor de Matemáticas en la Escuela Cristiana de la Diaconessenstraat. Su mano bien formada, en la que llevaba una alianza discreta, sostenía en alto la cubierta

llena de garabatos que, ahora lo comprendía, le había mostrado una Tineke entusiasmada. «Joven —dijo seriamente—, he dedicado todo mi fin de semana a “Pelé multiplicado por Rey”. Y no he conseguido resolverlo. Explíquemelo». Tras lo cual, el padre de Tineke se sentó junto a la cama y Sigerius le mostró paso a paso, en un archivador de anillas que el hombre había sacado de una cartera de cuero con solapa, cómo había solucionado el enigma.

—¡Magnífico! —dijo el abuelo de Joni—. Osado y elegante a la vez. También travieso. Mi hija afirma que usted no es matemático. Pero sé que se equivoca. ¿Dónde ha estudiado, si se me permite preguntar?

—En Delft. Enseñanza básica ampliada en el Oranje Nassau.

Se produjo un silencio breve.

—Eso es imposible —reaccionó Profijt entonces, con esa voz tan agradable con la que envolvía sus frases de maestro de escuela—. Es imposible que sólo haya cursado la enseñanza básica.

—Pues es así, señor Profijt.

—Entonces le habrán ayudado. ¿Es ésta su letra? ¿Sabe usted qué es esto? Dio unos golpecitos en uno de los libros verde musgo.

—¿Problemas de aritmética?

—En estos cuadernos están los problemas de la llamada «segunda ronda de las Olimpiadas Matemáticas Neerlandesas», los de mil novecientos sesenta y nueve. Estas cinco preguntas abiertas, joven, han sido planteadas por los mejores profesores de Matemáticas de nuestro país. Los alumnos más talentosos se preparan durante todo un año para estrellarse contra este muro de la inventiva matemática.

—¿Ah, sí?

—La mayoría de ese cuerpo de élite, la flor y nata de la nación, puedo asegurarle, consigue resolver dos de cinco. A lo sumo. Veinte puntos de cincuenta. Y pueden regresar a casa con la cabeza bien alta. Los diez mejores logran entre treinta y cuarenta puntos. Y a veces, muy de vez en cuando, digamos que una vez cada cinco años, hay entre ellos un muchacho especialmente dotado, por desgracia siempre son chicos, que lo resuelve casi todo. Y una sola vez, en toda la historia de las Olimpiadas, creo que fue en el sesenta y tres, alguien los solucionó todos. Como usted. Cero fallos. Cincuenta puntos. Impecable.

—¡Eso es formidable!

En medio de la pequeña cocina, que de repente le pareció insoportablemente sucia, con la atmósfera cargada y pobre, estaba Tineke

mirándolo y asintiendo radiante, como si lo acabaran de distinguir con una condecoración. Se parecía a su padre; ambos tenían una expresión cándida por la redondez de sus facciones.

—No es formidable —dijo Profijt—. Es increíble. He estudiado sus respuestas con sumo interés. A veces son osadas, la mayoría de las veces sorprendentemente elegantes. Y siempre acertadas. Es como si algunas operaciones y fórmulas generales se hubieran inferido, mejor dicho, ideado, sobre la marcha. En este trozo de cartón hay dos, repito, dos demostraciones distintas de Pitágoras. —Guardó un silencio breve y elocuente—. Una de ellas es la primera vez que la veo. La otra cuenta con tres siglos de antigüedad. Si fuera verdad lo que usted dice, debería felicitarlo.

—Papá, por supuesto que es verdad lo que dice Siem. Felicítalo —dijo Tineke.

El padre le tendió una mano.

—Mis felicitaciones.

Fue el primer matemático que le estrechó la mano. Le seguirían cientos, miles quizá, pero el padre de Tineke fue el primero. La mano no era callosa, como la de un yudoca, y también era distinta de las de su familia política, que eran sudorosas y temblaban cuando no estaban agarrando una botella.

—¿Le aguardan todavía un par de meses de postración?

Profijt se puso la cartera en el regazo y sacó con cuidado unos libros.

—Me he tomado la libertad de traerle provisiones.

Además de cuatro libritos de las Olimpiadas, a los que denominó «golosinas», el padre de Tineke le entregó lo que había conservado de su época de universitario: libros forrados con papel marrón sobre cálculo integral, álgebra lineal, teoría de los números, pero también el *Curso de análisis matemático*, de G. H. Hardy, un libro de texto para el examen final del instituto, *Historia de las matemáticas*, de Struik, e incluso una novela sobre matemáticas: *Planilandia*.

—Estúdielos a fondo y coménteme sus impresiones. Prométamelo. Cuando los termine, le traeré más. A cambio, desearía que tan pronto como pueda volver a caminar me acompañe al Uithof.

—¿El Uithof?

—Es el nuevo campus donde se encuentra la facultad de Matemáticas de Utrecht. Y, por favor, recupérese rápido. No tiene tiempo que perder.

Tineke lo ve. Apaga la sierra, se quita los amortiguadores de ruido de las orejas. «¿Café? ¡Sí! ¡Perfecto!», grita sonriendo. Deja los guantes en un banco de trabajo, del que cuelgan tornos, y pasa sonriendo por delante de un armario futurista. Se le acerca, despreocupada e ignorante. Los pensamientos de él se retrotraen a las innumerables discusiones que han tenido por culpa de Wilbert. A finales de los ochenta vivieron la época más desesperante, con enfrentamientos durísimos en los que se cuestionaban mutuamente como padres. Tras el juicio, su matrimonio estuvo a punto de romperse, devastado por ese elemento perturbador. Sí, justo cuando Wilbert fue eliminado, empezaron a tener broncas por todo. De rebote, ella se puso gordísima, había abandonado cualquier tipo de disciplina. Tras un año repleto de hostilidades, Tineke se fue a Inglaterra, a un curso superior de ebanistería en una escuela de verano. Sin duda era una oportunidad que Tineke no podía dejar escapar, pero en realidad se trataba de una huida. Estuvo tres meses en Dorset, y él la echó muchísimo de menos. Tanto que antes de que ella regresara se gastó una pequeña fortuna en remodelar el establo: sacó fuera pesebres y tabiques, e instaló mesas de sierra, estantes para los materiales, compresores para pensar al vacío, grapadoras de aire comprimido y una máquina de enchapado mastodóntica.

—Oye, ¿qué te pasa? —pregunta ella alegre, mirándolo bajo una luz halógena tan intensa que él teme que pueda verle los pensamientos.

¿Ahí? ¿Ahora? Qué equivocación pensar que podría ofrecerle ahí su confesión triste y apestosa, bajo las alfardas de ese cobertizo plagado de esperanzas. Desde hace diez años ese taller es el símbolo del éxito de su matrimonio; cada mueble que sale de él les recuerda que han escogido esta vida y que juntos pueden afrontarlo todo. ¿Y justo ahí quiere ponerse a hablar de Wilbert y Joni? Quizá porque se ha quedado callado con la boca entreabierta y dejando escapar unas nubes de vaho, Tineke empieza a hablar.

—¿Sabes lo que estaba pensando hace un momento? —le dice, cogiéndole las manos entre sus dedos sorprendentemente cálidos—. ¿No sería una buena idea ir a California en febrero, para los carnavales o así? Joni se llevaría una sorpresa enorme. Es una idea estupenda, ¿verdad?

Ella ha alquilado dos películas y él tiene que elegir. *Secretos y mentiras* no le parece buena idea (no dice por qué), así que se ponen a ver, tumbados el uno junto al otro en la parte más larga del sofá, *Magnolia*, una película que no es lo suficientemente lúgubre como para evitar que se adormile. No recuerda

bien lo que estaba soñando, que se encontraba en un barrizal bastante agobiado, en La Haya, pero también en el Delft de su juventud, no se acuerda, cuando de repente le retumba la voz de Tineke en el oído.

—¿Sabes qué?!

Se despierta sobresaltado de lo cerca que suena; su coronilla le hacía cosquillas en la barbilla.

—¿Sabes lo que se me había olvidado por completo comentarte?

Pone en pausa el reproductor de deuvédés.

—Estaba dormido...

—¡El correo! —grita, ¿o sólo parece que grita?—. Esta semana ha llegado un sobre raro. ¿Has mirado ya el correo?

Toma aliento y a la vez intenta decir algo.

—No —balbucea quedo—, bueno, sí, por encima.

—Ese sobre marrón de burbujas, el grueso. ¿Lo has visto? Se han equivocado de dirección. No tenía sellos y tampoco remitente, lo vi después, alguien debió de meterlo en el buzón.

—¿Por qué has parado la película?

—Porque me he acordado de pronto. Llegó el lunes, creo. No sabía qué hacer con él, así que lo abrí. Es un paquete muy raro, Siem. Me pareció tan raro... —Había un matiz de alarma en su voz, como si una angustia reprimida emergiera ahora a la superficie— que te llamé.

Él nota como si tuviera arena en la boca, no puede decir nada y sin embargo se oye preguntar:

—¿Qué había dentro?

—Voy a buscarlo —dice ella, haciendo ademán de levantarse—. Lo volví a cerrar con celo sin más. Está claro que...

—Espera —la detiene él, totalmente despierto ahora—. Está arriba, creo. Me he llevado el correo al estudio.

Antes de que ella pueda responder, se levanta y se va al vestíbulo sin mirarla.

—¿Quieres una copa de vino?! —le pregunta ella, gritando en su dirección.

Aturdido, sube a trompicones por la escalera, con la cabeza como un reactor nuclear. ¿Tirar el sobre? ¿Confesarlo todo? ¿Hacerse el tonto? ¿Tineke leyó la nota? Abre el cajón de la mesa como un zombi.

—¡Ah! —le dice ella cuando él regresa al salón—. ¡Ya lo has abierto!

Deja dos copas de vino sobre el posavasos de corcho.

—Bueno, ¿qué te parece?

—No lo he mirado todavía —contesta él.

Antes de que se siente, ella le coge el sobre de las manos y vacía el contenido en el sofá, entre los dos. La media, el tanga y el pañuelo caen sin hacer ruido en el asiento, mientras que el objeto negro como el azabache rebota y va a parar al dorso de su mano izquierda. Parece un insecto grande, una oruga gigantesca, un escorpión negro; él retira la mano y el objeto rebota por la mesita de café y cae al suelo, donde por fin se detiene.

Silencio.

Él es muy hábil, socialmente hablando; sabe cómo debe disimular si toma un sorbo de té hirviendo en presencia de la reina, es capaz incluso de debatir en el Parlamento cuando lo acaban de llamar «pajillero de mierda», pero ahora le ha comido la lengua el gato. Se deja caer hacia atrás, gimiendo, con la espalda ardiendo sobre el cuero frío.

Horas más tarde, paseando por lo que hace tiempo que no es su campus, le parece que le ha contado una historia consistente, y en cierto sentido incluso más lógica que la verdad. Aunque está siendo una noche desagradable, que además aún no ha terminado (y tal vez nunca termine, pues Tineke tampoco dejará de darle vueltas al asunto, la conoce; también ella empezará a devanarse los sesos, quizá ya se los esté devanando, quizá se haya ido a la cama y esté tumbada con los ojos abiertos como platos y la mirada clavada en el techo), siente al mismo tiempo el alivio y la satisfacción que le produce la confesión de la mentira bien cincelada.

El viento otoñal sopla en ráfagas sobre el césped, el campus es un mar furioso de hojarasca y el olor a tierra húmeda y moho le invade la nariz. Aislado del resto del mundo, camina por la tierra batida de la pista de los cuatrocientos metros, reblandecida por la lluvia y escasamente iluminada, al abrigo de un anillo de alisos y avellanos azotados por el viento. Se lo ha endilgado todo a Wilbert, por supuesto, y sin el menor remordimiento. El muy cabrón se lo merece; todavía sirve para algo. Ahora que reflexiona con relativa calma sobre el asunto, al final la intromisión de Wilbert no le parece tan perjudicial... Siempre que él sepa llevar las riendas con firmeza, claro, no como durante la conversación que acaba de tener y que se ha escapado a su control.

En realidad, si Tineke estaba convencida de que el paquete no iba destinado a ellos, era porque inconscientemente se había engañado.

—¿Siem? —dijo—. ¿Tienes algo que ver con todo esto? No irás a contarme que sabes algo, ¿verdad?

La solución se presentaba como una demostración matemática, lógica, irrefutable, orgánica...

—Sí, cariño, sí, sé algo —admitió.

Sin embargo, en lugar de comenzar por A, empezó más o menos por Z; a él mismo le pareció bastante natural esa huida hacia delante, y se dijo que debía mantenerse lo más cerca posible de la verdad. Y así, con tono sombrío, le contó que había recibido los primeros mensajes de texto en verano, apenas una semana después de la recepción en la que apareció Menno Wijn. Al principio no tenía ni idea de quién los enviaba, ni a qué se referían, pero no le hacían ninguna gracia. Joni era una puta, básicamente se resumían en eso, y que si él ya lo sabía, y que se lo tenía merecido. Sí, todo muy asqueroso. Y luego, más adelante («y ahora agárrate, Tine, esto no es nada agradable»), le enviaron también en un mensaje de texto la dirección de una página web: tenía que verla, le decía. Y eso fue lo que hizo.

—¿Y...? ¿Qué viste? ¿Adónde quieres ir a parar? ¡Siem, no te pongas tan siniestro! ¿Qué está pasando?

—Deja que te lo cuente, cariño.

Y le cogió una mano.

Ella reaccionó con relativa tranquilidad a lo que le contó a continuación sobre esa página web, quizá porque fue explicándoselo con calma, con eufemismos, evitando la palabra «porno», mientras la distraía con sus sospechas supuestamente simultáneas de que Wilbert estaba detrás de todo: matemos al mensajero.

—Sí —dijo—, me llevé un susto de muerte. Para mi gran sorpresa, era cierto, Tine, era una página de ésas, aunque al principio no podía creer que apareciera Joni.

Lo extraño fue que Tineke no se mostró indignada con Wilbert (de tan acostumbrada que estaba a los follones en los que siempre andaba metido, probablemente), ni con Aaron ni con Joni (esa parte parecía comprenderla sólo a medias), sino con él. «¿Por qué no me lo contaste antes?». Claro, era mucho para asimilar de una sola tacada: ese revoltijo erótico y agresivo entre ellos, ese «pajillero de mierda». («Pero ¿por qué te llama así?». «Ya sabes lo grosero que es». «¿Me estás ocultando algo? ¿Siem? ¿Qué estás tramando?». «¿Yo? Nada, cariño, cálmate»). Eso, el motivo de su largo silencio, eso es lo que inquieta a Tineke, ese agujero enorme que existe entre mayo de 2000 y hoy.

—Medio año, Siem, medio año.

Llega al terraplén que queda entre la piscina del campus y la pista de atletismo. Entre arbustos y ortigas sube por el sendero hacia el punto más elevado, donde uno de sus predecesores había hecho instalar, con gran acierto, un banco para descansar. Iba a sentarse allí a veces, cuando tenía que tomar alguna decisión importante.

Tineke le preguntó:

—¿Se lo dijiste a ella?

—Sí —respondió a secas.

Así había sido, ¿no? Su esposa estaba a un metro de él y tenía la mirada perdida en lo que parecía el mayor de los estupores.

—Pero ¿cómo no se te ocurrió contármelo? ¿Te parece normal?

—Quería ahorrártelo, cariño, quería...

—¿Qué querías ahorrarme? ¿La verdad? ¿Los hechos? ¿Qué es todo esto?

Él le pidió disculpas sin poner mucho empeño. Ella no debería olvidar que él había cargado con una preocupación enorme y que hablar de un asunto cómo ése es muy delicado. Además, después de haber sermoneado a Joni, esa página web ya era historia.

—Pero ¿qué pretende Wilbert entonces?

Cogió la media y volvió a arrojarla.

—Las fotos todavía existen. Nunca desaparecerán.

En lugar de profundizar en esa observación inquietante, Tineke quiso saber todo lo que él le había dicho a Joni.

—Lo normal —refunfuñó—, las cosas que se dicen en un caso así. Tuvimos una larga conversación.

Esa respuesta no la satisfizo y desató una perorata que pareció pasar por encima del problema, una ira centrífuga que no concernía a Joni, sino a ellos dos. Lo hizo sentir como el bobalicón anticuado y remilgado que ciertamente es; un tipo con tan poca sexualidad en las entrañas que a ella le preocupaba bastante el tono de sus charlas edificantes.

—Al menos confío en que no la pusieras verde como si fueras un cura —le dijo—. Ahora comprendo por qué no viene por Navidad. —Y luego—: ¿No te parece raro que esos dos se hayan separado?

Él sintió la necesidad de defenderse, no tanto porque ella ponía en tela de juicio su tacto, sus, digamos, aptitudes paternas, como porque no parecía entenderlo.

—¿Te das cuenta de lo que te estoy diciendo? —le preguntó—. Te estoy contando que nuestra hija aparece como una... ¿cómo se llama a alguien así?

Como una puta en internet. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—¿Y tú te estás oyendo? ¿Quién eres tú para decidir que mi hija es una puta?

—Tineke... —dijo él, asustado por el tono que había utilizado al pronunciar «mi hija».

—¿Puedes enseñármela? La página web. ¿Me permites que lo juzgue por mí misma?

—Fotos. Ya no hay ninguna web...

—Pues enséñame las fotos. Probablemente no sea para tanto. No creo que tú sepas distinguir quién es o no es una puta. Enséñamelas de una maldita vez.

—Cariño, cálmate. No vamos a ponernos a ver juntos esa porquería. Y sí que es para tanto. Que yo, que nosotros ya no... bueno, sí, eso no significa que yo no sepa lo que...

—¿Y bien?

—Lo que es el porno.

—¿«Porno»? ¿De modo que ahora de repente estamos hablando de pornografía?

Esta vez fue él quien se enfadó.

—¿Por qué crees que ese cabrón me envía esta clase de basura?

Con la mano apartó de un latigazo la lencería del asiento y el tanga fue a caer sobre la mesita de café.

—¿Por unas diapositivas de las vacaciones?

—Enséñamelas. Ahora.

—Tine... el lunes te enviaré un par. Ahora no puedo. Aquí no.

Cuando se despierta el domingo por la mañana, ella ya se ha levantado y encuentra una nota en la mesa del desayuno. Ahora es ella quien ha salido a dar un paseo, tiene que reflexionar. Él se alegra. Después de desayunar, enciende la chimenea del salón y se sienta en el mirador con una pila de expedientes, pero lo único que hace es inventarse películas: imagina que vuelve a llamar a Joni y le pide explicaciones; ¿qué posibilidades hay de que su hija lo suelte todo? ¿Y qué pasaría si fuera él mismo quien llamara a Joni? Así se adelantaría a los acontecimientos. Intenta imaginarse esa conversación: de una u otra manera, debe decirle claramente, convencerla, de que él... de que no era ella quien lo había puesto... cachondo.

Intenta averiguar cómo puede conseguir esos cien mil florines sin llamar la atención. Todavía tiene una cuenta en Estados Unidos con algunas decenas

de miles de dólares, MeesPierson gestiona la mitad que le queda de su premio Spinoza, más un par de cientos de miles de florines que tiene ahorrados. Enciende el televisor para ver un programa sobre política, pero es incapaz de concentrarse.

Tal vez pueda negociar con Wilbert. Sólo la idea de negociar con su hijo ya lo pone enfermo. ¿Está perdiendo la cabeza? Por suerte, está convencido de que Tineke no ha visto la nota del chantaje. Ahora le gustaría estar en La Haya. Inmerso en el fragor de su departamento ministerial. Llama a su chófer y le pregunta si puede pasar a recogerlo esa misma tarde.

Ya es mediodía cuando Tineke vuelve a casa, oculta completamente bajo un gorro y la bufanda de él, pero aterida, y con los ojos enrojecidos por haber estado llorando. Él le calienta un poco de sopa de guisantes, se la ve menos desquiciada que la noche anterior, y le pregunta por qué no acude a la policía, porque las amenazas le parecen lo suficientemente graves y provienen de un reincidente. «Dame una buena razón, una sola, para no hacerlo».

—Joni.

—¿Joni?

—Joni, sí. Piensa en ella. Ha hecho todo lo posible por mantener en secreto esa página web, ¿y vamos a ir ahora a la policía con su secreto? Tendríamos que contarle todo. Quizá haya un juicio. Y tendríamos que hablar de esto con ella, justo lo que no quiere. Eso lo entiende hasta Wilbert. Por no hablar de la posibilidad de que luego se produzcan filtraciones.

Ella está con la espalda pegada a la chimenea, las palmas hacia el fuego.

—Esa gente está obligada a guardar silencio.

—Tineke, no seas tan increíblemente ingenua —le dice, haciendo teatro—. Es la hija del ministro de Educación. ¿Quieres algo más jugoso? Lo hay, pero tendrías que remontarte a Bill Clinton.

—No te pases, Siem.

—Cariño —le dice—, estamos hablando del futuro de Joni. Eso es lo que me preocupa.

—¿Qué tal fue la entrevista?

—Coge la próxima salida.

—¿Fue dura?

—Ahora por aquí. No, no especialmente. Es inteligente. Mostró interés.

—Pero es una mujer. Las mujeres nunca te dicen las cosas a la cara.

—¡Mentira!

—Una mujer se pone a charlar contigo y parece que está de acuerdo en todo. No te liquida hasta que llega a casa, con una taza de té y delante del portátil: entonces te despelleja.

—Aquí la velocidad máxima es ochenta.

—Nos despelleja.

—Rusty, yo soy una mujer. Estás diciendo tonterías. Por otra parte, sé exactamente lo que le he contado.

Demasiado, le había contado demasiado. Esa Mary Jo Harland sabía lo que se hacía. Primero había mostrado un grado altísimo de empatía, y a continuación me había dado la vuelta como a un barreño de agua de fregar los platos. Al cabo de media hora ya tenía grabado en la cinta que mi padre se había suicidado y que yo no había asistido al entierro. Tuve que llamarla varias veces por teléfono para convencerla de que no lo publicara. La empatía de antes probablemente se le había quedado olvidada en el coche de alquiler.

—¿Le hiciste una visita guiada?

—Por supuesto. Fuiste tú quien la invitó a Coldwater. ¿Cuál era tu idea? ¿Decirle «lo siento, no se puede pasar, aquí es donde fabricamos nuestras armas de destrucción masiva»?

—Creía que te la llevarías a ese sitio de enfrente. O a Starbucks. Eso es lo que habría hecho yo.

Permanecimos en silencio durante un par de minutos.

—Yo iría ahora por Alameda —dije—. Y después ya cogería Little Tokyo Harbor. Oye, ¿por qué no vamos a recoger a Vince? ¿No aterriza en LAX?

Sería un detalle.

El protegido de Rusty tenía su propio sitio en algún lugar de Cleveland, Ohio. La primera entrevista de trabajo había sido muy extraña; Vince parecía un tío muy capaz, sabía expresarse con claridad y concisión... cuando se dignaba a hacerlo, claro, porque hablaba con el laconismo propio de un oráculo y con tanto acartonamiento y poco entusiasmo que temí que fuera a entrar en coma. En la página del archivador de anillas que tenía delante de mí durante la entrevista sólo escribí una palabra en mayúsculas gruesas: «SOSO».

—¿Crees que soy majo, Joy? Que se coja un taxi. ¿Qué dijo?

—¿Quién?

—Harland, quién si no. ¿Qué dijo mientras le hacías la visita guiada?

—Pues no es que se explayara demasiado, Rusty. Se le ocurrió la idea a ella solita, fue ella quien quiso hacer el reportaje. Le pareció fabuloso, créeme. Ya conocía el lugar y no vio muchos cambios. Por cierto, espero que Bobbi se haya enterado de que tiene que ir a Compton...

—¿Cómo? ¡Distingo una nota de preocupación en tu voz! ¡Vaya, vaya! Joy preocupándose por nuestros nuevos exteriores. Muy interesante...

Me callé. Naturalmente, nadie se había puesto a dar saltos de alegría por tener que trasladarnos a Compton, eso era cierto. Una semana antes de la mudanza me había encontrado en mi mesa un plano del sur de Los Ángeles dividido en bloques rojos y azules sobre el que aparecía escrito: «División territorial por bandas». Una leyenda contaba que las partes azules pertenecían a bandas de Crips y las rojas a Bloods. El cagón anónimo que había imprimido su mapita había utilizado una de nuestras impresoras a color, algo bastante ingenuo por su parte: en menos de tres minutos ya había encontrado a un administrador de sistemas que me dijo que se trataba de Deke, un cámara negro que vivía con su familia en Burbank, un barrio tranquilo cerca de Hollywood, pero que parecía haber nacido con una camiseta de N.W.A. «Ves demasiado la MTV —le escribí en un correo electrónico—. El sur de Los Ángeles es un producto, querido Deke, el Disney de hoy en día. Desde hace veinte años tus pósteres de *Fuck Tha Police* se pueden comprar en cualquier pueblucho de Europa. ¿Nunca te ha llamado la atención lo mucho que se parece Snoop Dogg a Goofy? Deja ya de cagarte en los pantalones».

—No me preocupo. Sólo me pregunta cómo va a entrar.

—Si todo va bien, llegaremos antes que ella.

Apenas había terminado la frase cuando el tráfico empezó a avanzar más despacio hasta que prácticamente se detuvo. Rusty bajó la ventanilla de su

Maybach y sacó el cuerpo hasta la cintura. Las emanaciones de gasolina penetraron en el habitáculo de cuero rojo. La policía estaba cerrando los dos carriles de la izquierda. Era muy probable que Bobbi tuviera que esperarnos media hora en las calles de Compton; la idea no me pareció muy buena, tuve que admitirlo. Por supuesto que me había echado un farol con Deke. ¡Yo qué sabía! Los Ángeles era una metrópoli de diez millones de habitantes en la que nueve millones hacíamos como si Compton, Hawthorne e Inglewood no existieran. Yo nunca iba por allí. Tres veces al año pasaba por esos suburbios como una exhalación, a noventa por hora, de camino a casa de una amiga que vivía en Long Beach, y eso era todo. Deke y su plano me habían dejado tan intranquila que me pasé una noche entera viendo vídeos en YouTube de Bloods y Crips, y tuve que reconocer que Goofy ya no era el simplón de antes. Los Goofy de Compton deambulaban por las calles deterioradas de ese barrio desmembrado con el torso desnudo y la cara tapada con un pañuelo. Serraban los cañones de sus escopetas y vociferaban, sin que viniera a cuento, a quiénes tenían pensado asesinar o follarse. (A la policía, a nuestras putitas, a nosotros).

Con un movimiento ágil, Rusty se dejó caer en el elegante asiento de cuero cosido a mano.

—Hay un semirremolque atravesado en la carretera. Están intentando arrancar un saco de arroz de la barrera de seguridad.

Así llamaba él a cualquier producto de fabricación japonesa; en realidad, a todos los coches que eran más pequeños que el suyo, un grotesco cochazo alemán del que ni siquiera había cien modelos recorriendo las carreteras de Estados Unidos, la mayoría conducidos por ancianos millonarios que los utilizaban para trasladarse de su barrio residencial con control de acceso a otros barrios residenciales con control de acceso. El Maybach de Rusty tenía los acabados en negro brillante y estaba ribeteado con tiras de pan de oro, un coche fúnebre para transportar tartas de boda.

—¿Pudiste ver a Bobbi el viernes? —preguntó cuando volvimos a ponernos en marcha.

—¿En el programa de Tyra? Sí, claro. Estuvo bien.

—Pero ¿te lo crees?

—¿Qué tengo que creer?

—Lo que contó sobre esa película.

—Podría ser cierto. Bobbi no es de las que se inventan historias.

—Pues me temo que estaba bromeando.

—¿Por qué? No me sorprendería nada que hubieran contactado con ella. Por esta salida.

Rusty miró por encima del hombro, y maldiciendo sorteó un todoterreno con los cristales tintados y la frase *MUSIC IS MY LIFE* impresa en letras doradas y rizadas.

—Tal vez lleguemos a tiempo.

La visión es sobrecogedora, aunque la vean por décima vez. Ya en la curva de hormigón desmoronado de la salida hacia Harbor, teníamos una vista aérea de la Caserna, que se recortaba en un horizonte resplandeciente. A nuestro lado circulaba un Dodge abollado de color crema que aceleró a toda pastilla para luego frenar de golpe; en el asiento del copiloto iba un muchacho negro con una media a modo de gorrito que miraba el Maybach como si fuera medio pollo asado. Tras recorrer ochocientos metros de Rosecrans Avenue (flanqueados por edificaciones bajas, tipo chabola, parcelas de arena en barbecho, restaurantes de comida rápida con paneles de madera delante de las ventanas, una gasolinera casi oxidada), vimos alzarse en el cruce con Avalon Boulevard una fortaleza oscura de unos buenos cien metros de largo y ciento cincuenta de ancho: una vista lateral.

—Ahí es donde yo trabajo, mamaíta —dijo Rusty.

A medida que nos acercábamos, en los muros de la fortaleza iban perfilándose cientos de ventanas altas y estrechas. Todas con los cristales rotos, sin excepción. Me había metido yo solita la sogá por la cabeza y ahora la tenía en el cuello: en una conversación fatigosa con el ayuntamiento, había prometido que en menos de un año las tendríamos todas con cristal y los marcos pintados. Había prometido plantar árboles en estas aceras vacías que cada día, en cuanto terminaba *Barrio Sésamo*, se llenaban de traficantes y prostitutas, aceras que ahora estaban llenas de cartón de embalaje, vidrios, cacas de perro y excrementos humanos. Instalaríamos farolas de acero inoxidable en los muros exteriores, frente a los que ahora estábamos circulando, para que los marginados de esta jungla urbana (los locos, los sin techo, los yonquis agazapados en los portales) ya no tuvieran que encenderse sus propios fuegos y pudieran leer algo antes de irse a dormir.

—Ahí lo tienes —dijo Rusty.

En la puerta principal no estaba Bobbi de Steamboat Springs, sino Vince de Cleveland, Ohio. Parecía un enano, apoyado en el marco de esa puerta de varios metros de altura. Rusty pasó a toda velocidad por delante de él justo cuando bostezaba, y frenó a la altura del gran arco cilíndrico que se tendía sobre el patio de instrucción.

—¿Vas a aparcarlo dentro?

—No hay tiempo.

El calor llenó el Maybach como un fluido y el olor a orina me cortó la respiración. Un perro delgado y fibroso atado a una correa me olisqueó el pie que asomaba buscando el bordillo de la acera. «Buenas tardes», dijo Rusty a una negra corpulenta que tiró del animal como si fuera el motor de un fueraborda. Mientras andábamos, la mirada de Rusty trepó por la inmensa pared de ladrillo.

—¿Sabías que Joe Louis y Rocky Marciano estuvieron boxeando aquí atrás? —preguntó.

—Sí, fui yo quien te lo contó.

Me pareció percibir la expectante mirada de cachorro de Vince a lo lejos, y lo saludé agitando un brazo, pero no reaccionó. Cuando estuvimos cerca de él, Rusty se dirigió al nuevo fichaje levantando una mano.

—Maestro —le dijo jovial—, *how's the form?* ¿Cómo andamos? ¿Has tenido un buen vuelo?

Vince asintió con la cabeza.

—Bueno, me alegro. Tienes un aspecto estupendo.

Vince no tenía un aspecto estupendo, para nada. De hecho, parecía como si acabaran de atracarlo, y no los Crips o los Bloods, sino la banda de Guillermo el Travieso. No llevaba un traje que le sentara mal, como la primera vez, sino un pantalón de chándal con las rodilleras marcadas y una camisa hawaiana con unos botones de broche esmaltados entre los que se le ensortijaba el vello del pecho, por la tensión que el tejido ejercía sobre su cuerpo de pera. A pesar del calor insoportable, llevaba unos zapatos negros enormes, con punteras reforzadas, que debían de hacerle sudar los pies de lo lindo. La cara, también con forma de pera, un eco genético de su cuerpo inactivo, no estaba afeitada y los pelos negros y gruesos casi le alcanzaban los pómulos de cobaya. A todas luces, para Vince un «segundo encuentro» significaba que ya podía comportarse sin ceremonias.

Rusty, canturreando, quitó el cierre de la puerta de hierro fundido y abrió tirando de una de las hojas con un lento movimiento oscilatorio. Por allí podía pasar un tanque.

—Pasen y vean —dijo con tono familiar.

Los tres entramos en la fría sala de recepción.

—Tenemos luz —agregó, y encendió con un anticuado conmutador de pared tres viejas lámparas de techo que se iluminaron a regañadientes—. Por lo menos aquí.

Ante nuestra vista se extendía un suelo reluciente de baldosas de gneis veteadas en cuyos bordes, en algún momento del siglo pasado, se había colocado una moldura de granito negro. Globos encogidos y montoncitos de serpentinas por doquier, además de una barra de bar que tenía que devolverse, eran los restos de la fiesta de apertura que habíamos celebrado la semana anterior. Como troneras de un billar americano, seis huecos de escalera nos miraban con la boca abierta, con dos puertas anchas de roble barnizado entre cada uno.

Con su nariz inquisidora, Vince percibió un aroma pétreo de dulzona putrefacción.

—Huelo a aguas subterráneas —declaró.

Aquel tipo me repugnaba. Rusty lo había «repescado», como él mismo decía, de uno de esos números especiales sobre sexo de *Cosmopolitan*, donde se le podía ver amarrar a las modelos haciendo gala de verdadero oficio e imaginación.

—Tienes una nariz muy fina —le dije—. Bajo los cimientos fluye un brazo del río Los Ángeles. Una parte de los sótanos está inundada.

Vince se palpó brevemente el órgano olfativo. Estudió el panelado de nogal en silencio. Como su vuelo a Cleveland no salía hasta la noche, después de la entrevista lo había llevado a un bar en el que servían bagels en Ventura Boulevard. Callando sobre todo aspectos de mí misma y haciéndole una pregunta tras otra, me había enterado de algunas cosas sobre ese hombre de cuarenta y tres años. Por ejemplo, que seguía viviendo en casa de sus padres, un matrimonio que llevaba medio siglo entregado en cuerpo y alma a los Cleveland Indians y, por lo que deduje de sus palabras, rozando la locura. La madre de Vince trabajaba en una de las tiendas de *merchandising* del estadio; su padre era el responsable del material, admirado por generaciones de jugadores de béisbol que cumplían unas expectativas que claramente Vince junior jamás igualaría. Quizá eso explique por qué el hijo había dejado atrás una impresionante serie de fracasos sin inmutarse: tras una prolongada etapa profesional en una empresa de seguridad (que le produjo trastornos graves del sueño que desembocaron en un estado depresivo), y los subsiguientes años de paro laboral forzoso, Vince (a pesar de sucesivos intentos de reciclaje profesional) había conseguido la baja permanente por sufrir reuma y psoriasis.

Rusty cruzó la estancia y puso un pie en el primer peldaño de la escalera que teníamos enfrente.

—Una visita guiada con el propietario —dijo, y su voz reverberó en la sala—. Ya veo que nuestro invitado ha venido con el calzado de senderismo

puesto.

Dejé que Vince pasara delante.

Las ínfulas de pseudoprofesional que se daba Rusty frente a su nuevo amigo, el entusiasmo con que le contaba los detalles arquitectónicos de la Caserna —que también era un poco mi caserna, aunque de eso no parecía acordarse— me molestaban y divertían a la vez. Hablaba de su intención de exponer allí su colección de arte: se le había ocurrido en el Getty, en un destello de inspiración. Me lo imaginé en la cima de esta especie de Monte del Olimpo, con su bebé Rembrandt bien calentito a la espalda, Los Ángeles a sus pies, soñando con un museo que lleve su nombre, un antimuseo, un museo hedonista en el lugar más feo del mundo, en el pedazo de roca más inexpugnable, húmedo y carente de luz que uno pueda imaginar.

Vince lo seguía arrastrando los pies, la expresión de su cara oscilaba entre la relajación apacible y la sonrisa lela, mostrando su aprobación de vez en cuando con un movimiento de la cabeza, o mascullando algún monosílabo tipo «ya», «sí», «bien», «no», lo que me irritaba bastante. En Cleveland, me había contado, se pasaba un par de tardes a la semana en un hangar del puerto en el que sus padres creían que había un taller para disminuidos psíquicos donde se cableaba maquinaria. En realidad lo que él cableaba eran jovencitas, con la ayuda de dos colegas, uno más ducho en los negocios y el otro artístico-perverso. Éste había sido el único adiestramiento serio que había recibido durante todos esos años de soledad.

También esa historia podría haberme conmovido hasta las lágrimas si Vince no me hubiera parecido tan repugnante. Era físicamente repulsivo, pero además había algo que no funcionaba bajo ese cráneo escamoso. El contacto con las mujeres no era lo suyo («Costras y caspa —masculló—, por todas partes», mientras movía las manos como un magnetizador por encima del tronco y los hombros). Una vez tuvo una novia, pero el romance duró poco, él mismo le puso fin cuando los padres de la chica le pidieron que dejara los zapatos en la puerta de casa. Su deseo visceral de atar a mujeres venía de mucho tiempo atrás; a los once años, confesó con los ojos humedecidos, tuvo una erección al ver a «una tipa» tumbada en la cama esperando a Roger Moore con una mordaza en la boca. Internet lo había liberado. Los años de su pubertad, masculló, y en realidad también los primeros de la edad adulta, los había pasado leyendo libritos japoneses de *bondage* que conseguía en el Asiatown de Cleveland, cuyo arte había imitado y perfeccionado consigo mismo en la buhardilla donde seguía viviendo hoy en día.

—¿Contigo mismo? ¿Quieres decir que te atabas a ti?

Se restregó los ojos descamados y asintió con la cabeza.

—¿A quién si no?

¿Tenía yo algo que objetar? En realidad, no; a partir de ese día sólo se pasearían tarados por la Caserna. Todos estaban como una cabra a su manera. Y a Rusty, que era sordo y ciego, le traía sin cuidado con qué personajes trabajaba, siempre que estuvieran tan chalados como él. Y así era, en efecto. Al igual que nosotros, Vince había llegado a una ciudad que aplaudía todo lo que fuera temporal, frívolo y extravagante. Vivíamos sobre un terreno en decadencia, sobre placas tectónicas que se restregaban entre sí, en una ciudad que podía desplomarse en cualquier momento, sacudiéndose y temblando, para desaparecer en una grieta, indiferente ante un pequeño Vincent más o menos.

Me dolían los pies desde hacía un rato. Justo cuando quería retirarme («Caballeros, tengo cosas que hacer»), me sonó el teléfono. Sin dejar de mirar la pantalla, salí de la bóveda donde estábamos. Para mi sorpresa vi que era Boudewijn. Atendí la llamada, pero antes de que me llegara el aparato a la oreja, la comunicación se cortó. Vi que lo había intentado ya un par de veces. Boudewijn nunca llamaba, sólo si pasaba algo con Mike. De la última vez hacía más de seis meses, y un día después me encontraba en un hospital de San Francisco junto a la cama de mi hijo: meningitis. No conseguí devolver la llamada, no tenía cobertura. Así que me quité los zapatos y caminé por un vestíbulo largo y oscuro, con los pies chapoteando ligeramente. A izquierda y derecha, puertas de madera brasileña tras las cuales se escondían establos abandonados, salas de máquinas rezumantes donde unas calderas gigantescas y oxidadas volvían a tener llama. A lo lejos, la luz del día penetraba por el hueco de la escalera. Subí por los fríos peldaños de granito e intenté escuchar mi buzón de voz, pero tampoco conseguí conectar con él. La preocupación es lo primero, el sentimiento de culpa viene a continuación. Yo era una mala madre, eso era indiscutible, y había sido mi elección. Pero pagaba un precio por ello. De momento lo pagaba con pesadillas en las que a Mike le pasaban las cosas más terribles: accidentes, asfixia, siempre lo peor. Pero un día esas pesadillas se harían realidad, eso la muerte se había encargado de dejármelo bien claro.

El hueco de la escalera llevaba a un corredor de granito, una especie de pasarela, supuse. Torcí a la izquierda, doblé un recodo al cabo de treinta metros y reconocí los marcos estrechos de las ventanas del muro exterior: para quien quisiera lanzarse a plomo al vacío. Como había destellos de trozos de cristal en el suelo, volví a ponerme los zapatos, y oí por encima de mis

tacones resonantes un zumbido mecánico que se hizo más fuerte cuando doblé un recodo y pasé por debajo de una construcción ancha en forma de arco. Intenté llamar de nuevo, pero otra vez sin resultado. Boudewijn se encargaba de la educación de nuestro hijo desde hacía años, le prestaba toda su atención y dedicación. Mike adoraba a Boudewijn, y por nada del mundo habría querido vivir en casa de su madre, y en realidad era mejor así. La decisión, que se había impuesto de forma completamente natural, de dejar a Mike con su padre, había sido la mejor para los tres.

De forma inesperada, el espacio se amplió y percibí un olor a hierro y arena: entré en el inmenso patio de instrucción y empequeñecí como una ardilla. Al lado izquierdo, sobre la superficie de hormigón, resguardado por una plataforma vacía sostenida por unas alfardas, al estilo de la torre Eiffel, había aparcados tres coches, no mucho más grandes que unos de juguete. En el lado diametralmente opuesto a ellos, uno de nuestros camiones y una camioneta desconocida portaban temblando, sobre sendos palés, dos generadores de alta frecuencia. Mi móvil trataba desesperadamente de conseguir cobertura. Escribí un mensaje («¿todo bien con Mike?») que logré enviar tras tres intentos. Sabía que Boudewijn se estaría preguntando por qué no lo llamaba. Comparada con su presencia constante, mi implicación dejaba mucho que desear y parecía insuficiente. Pero debía reconocer sin reservas que Boudewijn era un padre fabuloso para el pequeño. Ya desde antes, desde el embarazo, cuando me habían impresionado sus conocimientos, de nivel casi científico, sobre lo que pasaba en mi útero. Por iniciativa propia se iba con el coche a San Francisco a comprar píldoras homeopáticas contra las náuseas, cosméticos con pocos ingredientes químicos y té diurético para las contracciones que me preparaba con diligencia. «Sharon, de secretaría, dice que las clases de yoga para embarazadas de Valencia Street son magníficas». Probablemente estuvo tan encima de mí porque sospechaba, no sin razón, que yo podía llegar a padecer una depresión prenatal y temía que me tirara escalera abajo.

Volví a descalzarme y rodeé la planta generadora móvil. No había nadie, la instalación funcionaba sola. Mirando de reojo al teléfono, empecé a seguir los gruesos cables eléctricos negros.

—¡Ah! Allí la tienes —dijo Kristin.

Tras cruzar una sala de gimnasia polvorienta, con cuadriláteros y espalderas, y el enésimo vestíbulo largo de piedra, fui a parar a una zona en plena actividad. Ella y Q estaban en el umbral de la puerta de un salón de baile que aún recordaba de la visita que habíamos hecho con la asistente de

Sotomayor: una habitación enorme con franjas estrechas de *parquet*, como el suelo de una escuela de baile anticuada. Dentro estaban los chicos de iluminación colocando un foco.

—Hola, tesoro —dijo Kristin—. Qué bonito es esto.

—Gracias —respondí.

—Por cierto, me parece superguay que vuelvas a ponerte delante de una cámara. ¿Tienes ganas?

—Me muero de ganas.

Sonreí a Q, que bajó la mirada y se acarició la mejilla con su mano grande y blanca. En realidad, se me hacía una montaña. No me sentía precisamente muy sensual, y la llamada de Boudewijn me había desmotivado por completo. Quizá Bobbi tuviera cocaína.

—¿Dónde están Rusty y el nuevo?

Kristin se me acercó y me tomó la cara entre las manos. Le vi las lentillas.

—Están dándose una vuelta por el edificio. Wells se dedica a hacer visitas guiadas.

—Anda a cambiarte tranquila —dijo Kristin—. Llevas una camisa muy bonita.

Por encima del satén, me agarró el pezón izquierdo entre el índice y el pulgar, y lo giró como si sintonizara el dial de una radio.

—Macy's —dije—. En las rebajas.

Kristin sonrió.

—Es por esa puerta. Bobbi ya está allí. Tenemos que apañárnoslas como podamos, Joy. ¿Te encargarás de que se ponga algo fresco y alegre?

Era evidente que disfrutaba dando órdenes a la mujer que le había quitado el puesto. Hacía tiempo, en la recepción del festival de cine independiente en la que conocí a Rusty, él mismo me había presentado a Kristin como su mano derecha. Media hora después, ante el visible disgusto de ella, me nombraba inesperadamente codirectora. En la actualidad soy su jefa y ella es mi mano derecha.

En el enorme bloque sanitario en el que entré no había rastro de la comodidad habitual de los camerinos de Coldwater. Nada de terciopelo violeta oscuro en las paredes, nada de tocadores barnizados, nada de espejos con las bombillas suaves alrededor, como en los teatros. Las paredes encaladas reflejaban la luz intensa de los tubos fluorescentes, el suelo era un panel de baldosas hexagonales por donde miles de oficiales y cadetes habían desfilado por los meódromos colocados en batería, alejados por un instante de la disciplina militar, un momentito a solas con el líquido amarillo y ese olor a

jabón granuloso procedente de un cubo. Alguien, probablemente Q, había colocado sobre una hilera de doce lavabos unas cuantas maderas anchas a modo de tocador. Había dos sillas desvencijadas delante de un espejo medio empañado en el que se atisbaba un azogue herrumbroso. En una de las sillas colgaban un vaquero y una camisa. A la derecha, en dos colgadores galvanizados, perchas con ropa erótica y complementos que reconocí de los camerinos de Coldwater. Me picaba la nariz por el olor a jabón de lavanda y el vapor de agua. A la derecha, tras una puerta abierta de vidrio opalino resquebrajada, se encontraban unas duchas con pinta de matadero con ocho alcachofas goteantes colgadas del techo. En medio de las baldosas húmedas estaba secándose una chica con una toalla blanca de hotel. Bobbi se dio la vuelta, parecía asustada.

—Hola... —dijo, haciéndose la tímida.

También ella se había leído el guión de Kristin.

—Quédate ahí un momento.

Entré en el suelo húmedo de la ducha y le examiné la espalda y las caderas, llamativamente estrechas. A izquierda y derecha, justo por encima de las nalgas, se había tatuado dos estrellas cuando vino a vivir a casa: una roja con el perfil negro y fino y la otra negra con el perfil rojo. Seguro que era un símbolo a lo Dr. Jeckyll y Mr. Hyde. En esta ciudad es difícil encontrar una persona de menos de veinticinco años que no esté tatuada.

Hizo el gesto de darse la vuelta, pero le di una buena palmada en la nalga izquierda; ella respiró hondo, un gorro de ducha cayó sobre las baldosas.

—¿No me has oído?

Le agarré y apreté con fuerza las nalgas (ahora teníamos diecinueve años); en la izquierda la huella de mi mano se imprimió roja como una diapositiva incandescente.

—Abre más las piernas.

Separó los pies un poco más, dando unos pasitos. Me puse de cuclillas, le metí los pulgares en la raja del culo y tiré de las dos nalgas; su ano, bien limpio, se abrió como la boca de un mono. Le escupí dentro y le introduje los pulgares hasta el fondo, cerrándose el esfínter a su alrededor en un reflejo de succión.

—Hola, Bobbi, me alegro de volver a verte.

Desde el incidente con la mesita de café, que más bien parecía haberla animado antes que frenado, nos llamábamos cada dos meses. Cuando venía a rodar para una de nuestras páginas web y yo estaba en Coldwater, siempre me pasaba por su camerino, si ella no había venido antes a saludarme.

—Sí... señora —dijo—. Es estupendo trabajar con usted, trabajar de verdad por una vez.

—Yo no me alegraría demasiado. ¿Qué tal con Tyra, Bobbi?

—Tyra Banks es una... zorra. ¿Lo viste?

Saqué el pulgar izquierdo.

—Señora —la corregí, y le di cuatro buenos azotes en la nalga izquierda—. ¿Lo vio usted, señora?

Mientras soltaba el aire, dijo:

—¿Vio usted el programa, señora?

—Fue fantástico.

—Pero, Joy —dijo de repente con su voz normal—, todo el programa era una puta farsa, tía.

La solté y me puse en pie. Ella dio media vuelta y me miró. Quería detener el juego.

—Cuenta.

—El programa se hace en Nueva York —dijo—. Y cuando me llamó por teléfono uno de los asistentes me dijo: «Ponte algo que te parezca bonito».

Tiritó un poco, se dirigió hacia el espejo y se sentó en una silla. Le cogí la toalla de las manos y me puse a secarle los hombros.

—Así que vuelo a Nueva York por esa gente un día antes y por la tarde me voy de compras a Madison. Me compro unos vaqueros ajustados y un top. Pendientes. Quiero estar guapa sentada en ese sofá delante de todo el país. Así que me compro dos pares de Louboutin, porque no puedo decidirme por uno. Todo con mi propio dinero. Llego al día siguiente al estudio, ¿y qué crees que pasa?

«Que estuviste fantástica», pensé. Mientras me desnudaba, nos mirábamos en el espejo. «Joder, soy una vieja a tu lado». Los ojos castaño intenso de Bobbi estaban entornados, como siempre, y en las comisuras de su pequeña boca se dibujaba una sonrisa de *geisha*: una expresión de malicia contenida, la máxima indignación que permitían sus facciones estoicas. Era fabulosa. No era raro que esa estrella de culto hubiera llamado la atención de Steven Soderbergh (si era cierto lo que había contado en el programa de Tyra Banks).

—¿Cómo va lo de Soderbergh? —le pregunté—. ¿Te lo ha pedido de verdad?

—Enseguida te lo cuento —respondió—. Así que llego, y la gente de producción dice: «Ése no es el aspecto de una chica de dieciocho años». «Cierto, es el aspecto de una chica de diecinueve», digo yo. «Puede ser, pero Tyra va a hablar hoy de adolescentes en la industria del porno, y tú estás aquí

por eso», dicen ellos. Me llevan a un armario con ropa de niños. Oilily. Me obligan a disfrazarme de... de...

—Gretl von Trapp, la de *Sonrisas y lágrimas*. ¿Me dejas tu jabón?

Me dirigí a las duchas.

—¿Viste el jerseicito rosa?! —me gritó—. ¿Y las bailarinas?! Incluso tuve que quitarme los pendientes. Esa bruja de producción me dio unos botoncitos rosa para las orejas.

Recogí el gorro de baño del suelo y abrí los grifos calcificados. Las tuberías de las ocho duchas empezaron a vibrar y refunfuñar. El chorro de agua caliente me cayó con fuerza sobre los hombros. Ella se apoyó en el marco de entrada de la ducha y se quedó mirando cómo me enjabonaba.

—El pelo peinado hacia atrás y recogido en una coleta, apenas sombra de ojos, demasiado colorete, en fin, ya sabes. «Espera —pensé—. Vais a joderos».

En efecto, parecía la Virgen María el Sábado de Gloria, pero eso lo único que consiguió fue aumentar el impacto de su intervención. Qué encanto, qué serenidad glacial. Explicó tranquilamente su elección de vida, igual que si estuviera fuera de las cámaras, sin justificarse, y Tyra no consiguió desestabilizarla con las preguntas que habían preparado los guionistas. Como siempre, la voz de Bobbi sonaba monótona y seca, arrastrando ligeramente las vocales, y en sus palabras, saladas como la cecina, vibraba una sabiduría nueva y una condescendencia sutil que incomodaban a Tyra. («Bobbi, esta pregunta no tienes por qué responderla, pero voy a hacértela de todos modos: ¿abusaron de ti en la infancia?». «¿De mí? No, qué va. Tuve una infancia estupenda. Pero ¿por qué? ¿De ti sí abusaron, Tyra?»).

Sin embargo, el fuera de combate se produjo con la película de Soderbergh. Justo tras una recopilación censurada de imágenes de Bobbi en plena acción, Tyra le preguntó cuánto tiempo pensaba seguir en el negocio, y cuando respondió que continuaría hasta que dejara de divertirse, Tyra le preguntó cómo se imaginaba su vida después. Bobbi le respondió que estaba considerando seguir una carrera de actriz convencional, y Tyra casi no pudo contener una risa burlona. Luego le preguntó si creía que Hollywood la estaba esperando, y Bobbi dijo que eso nunca se sabía, por supuesto, pero que en cualquier caso al día siguiente iba a almorzar en Broadway con Steven Soderbergh.

—¿Steven Soderbergh?! —exclamó Tyra—. ¿Te refieres a Steven Soderbergh, el director?

—*Ocean's Eleven, Twelve, Thirteen* —respondió Bobbi—, esas películas con George Clooney y Brad Pitt.

Y como Tyra se quedó mirándola un par de segundos como un auto de choque sin ficha, le dio otra pista:

—¿*Sexo, mentiras y cintas de vídeo*?

—¡Ya sé quién es Soderbergh! —ladró Tyra—. ¿He de entender que tienes una audición?

—Tengo un papel. Soy la protagonista de la nueva película de Steve.

Habían invitado a Nueva York a la estrellita equivocada. Qué gusto ver el rostro sabiondo de Tyra deslizarse hacia la más profunda desesperación. En la tribuna, una delegación del Movimiento Contra el Porno con expresión boquiabierta: un perro guardián de la cristiandad y una feminista que habían hecho una tesis sobre el daño psíquico y sociológico que gente como Bobbi, Rusty y yo causábamos a la sociedad. «¿Tenemos que creernos a esta putita? ¿A esta chupapollas depravada que ha sido elegida Superzorra 2008 por la chusma del inframundo de Los Ángeles? ¿Que ha ganado un premio por la mamada más guarra del año, el trío más guarro del año, a saber qué más cosas guarras del año...? ¿Tenemos que creérnosla por sus ojos de melaza?». Mientras tanto, Banks debía de pensar: «¿Por qué yo no estaba al corriente de esto? ¿Por qué no estaban al corriente mis redactores?». Y esa desesperación, lo vi, se propagó entre el resto del público y a continuación entre todos nosotros, en casa. «¿Está mintiendo?». En el estudio tuvieron poco tiempo para pensar en algo, *the show must go on*, el espectáculo debía continuar, así que la pregunta quedó flotando sobre Tyra como un águila ratonera: «¿Es cierto? ¿O es que se la han follado tanto que vive sumida en el delirio? Y si es verdad lo que dice, ¿qué sentido tiene este programa? ¿Qué quiero contar exactamente a Estados Unidos?».

Cerré el grifo. Fue Q (no lo había oído entrar) quien me trajo una toalla. Volvió a llamarme la atención lo mucho que su cara arrugada se parecía a la de Larry King, aunque sin gafas.

—¡Pero ¿es verdad?! —grité.

—¿El qué?

—Lo de la película, qué va a ser si no.

Oí a Bobbi reírse por lo bajo.

—Pensé: «Por lo pronto voy a hacerme un poco de publicidad». Claro que es cierto.

Fui hacia Q, que estaba trasteando en una caja de plástico que había colocado en el tocador improvisado.

—¿Y cómo ha sido?

Mientras Bobbi me contaba que hacía un par de semanas había recibido un mensaje en su MySpace de alguien que se hacía pasar por Steven Soderbergh (no una vez, sino cuatro, y que luego resultó que en realidad sí era Steven Soderbergh), Q me colocaba una especie de arnés de cuero en las caderas. Una semana después, Bobbi había hablado con «Steve» por teléfono, que conocía su trabajo, así se lo había dicho, porque había leído la historia en *Los Angeles Magazine*. Steve estaba buscando a alguien para su nuevo proyecto, una película sobre una *call girl* de lujo ambientada en Manhattan. No la quería para un papel secundario, como creía al principio, sino que se trataba del premio gordo. Ella había sido la primera en quien había pensado. No le creyó. Al día siguiente, tomaron un café en el zoo de Los Ángeles, y aunque el hombre era el vivo retrato del director Steven Soderbergh seguía sin creerle. El plan era que la película inaugurara en febrero el Festival de Berlín.

A Q le crujieron las rodillas cuando se puso de cuclillas para ceñirme las correas a la cintura y los muslos. Con cara de sepulturero, había sacado un pene verde de plástico duro de la caja y ahora lo atornillaba a una muesca del arnés, a la altura de mi monte de Venus.

—A propósito, anteayer salió en *Newsweek*.

—¿Lo sabías antes de ir a Tyra?

Me miró con expresión burlona.

—Si no, ¿cómo habría podido contarle?

—Ya, pero no lo mencionaste en la conversación previa. ¿Te callaste la boca adrede?

—Me callé la boca adrede.

Alguien llamó a la pesada puerta industrial y un negro delgado entró con una reluciente camisa azul claro.

—Damas, caballero.

—Hola, Ralph —saludó Bobbi.

—Porque sabías que llegaría tu momento —le dije.

—Estaban ansiosos por decirme que había echado mi vida a perder. Ansiosos. Nada más sentarme en ese sofá, puse el dedo en el gatillo.

Estiró un brazo, con la manita transformada en una pistola.

—Bang. Entre los ojitos de Tyra.

Ralph se dirigió a los lavabos y puso una pequeña maleta de cuero marrón sobre la tabla. Me agarró el pene de plástico y tiró de mí con la boca fruncida

y los ojos cerrados. Le di un beso. Sólo entonces abrió el maletín y sacó los cepillos, los perfiladores y las cajitas ovaladas de maquillaje.

—Pero ¿es un papel serio? —pregunté.

—¿Soderbergh? —dijo Bobbi, más fuerte de lo que era habitual en ella—. Por supuesto. Me he leído el guión; es sutil.

Cogió entre el pulgar y el índice el folio de Kristin que tenía delante y lo mantuvo en alto.

—Aunque no tan sutil como esto, naturalmente —añadió con una risita.

El plató era un termitero. Todo el mundo se movía, salvo Bobbi. Desde el vestíbulo vi que estaba de rodillas sobre una cama de hierro en la que esa noche perfectamente podría haber dormido Oliver Twist. Inclinado sobre ella, Vince la ataba con varias vueltas de cuerda gruesa. Tenía los brazos sujetos a la espalda y la cuerda le pasaba por el torso cortándole los pechos, que le colgaban por fuera de la blusa roja abombada. Llevaba unos zapatos preciosos, de lona bordada sin puntera; unas cuñas de corcho con cintas de lino atadas a la pantorrilla. Tenía las muñecas sujetas a una cuerda que estaba anudada a una anilla en el techo.

Alrededor de la cama de orfanato se movían dos cámaras y un fotógrafo. Kristin estudiaba en un portátil el enfoque aéreo de una cámara que habían colocado en un soporte elevado. Clint, un chico que llevaba escrito en su tarjeta de visita «asistente de suelo», estaba agachado al otro lado de la cama, donde la cabeza de Bobbi colgaba incómoda apenas fuera del colchón. Bromeaba con ella y de vez en cuando le daba de beber de una lata de Red Bull de la que él también bebía.

Vince, completamente entregado a su tarea, sudaba a chorros a pesar del fresco que hacía en el salón de baile, y las playas de su camisa hawaiana parecían anegadas por un maremoto. Con la velocidad de un navegante de catamarán, pasó la cuerda alrededor de la rodilla izquierda de Bobbi, que al igual que la derecha descansaba en el lateral de la cama, y la lanzó por el barrote más alejado de la izquierda. Tiró de ella con fuerza y le hizo un nudo con la destreza y habilidad de un viejo lobo de mar. Las nalgas de Bobbi se encendieron como la cabeza de una esfinge bajo la cruda luz artificial. Rusty, que se deleitaba con la obra maestra de su nuevo fichaje, estaba dándome la espalda.

Nadie se percataba de mi presencia. Estaba en el quicio de la puerta, alejada unos veinte metros de Bobbi y Vince, la distancia suficiente como

para sentirme como si yo no pinchara ni cortara nada en lo que se estaba cocinando allí. Algo, quizá el deseo de una noticia liberadora de Boudewijn, quizá las últimas palabras de Bobbi (la frase me había impactado por su arrogancia, un poco demasiado desdeñosa para mi gusto), me mantenía indiferente y fría. Por mucho que me esforzara por ponerme en situación (me golpeaba ansiosa en el muslo con el látigo que Q me había dado, buscando el estado mental necesario para hacer lo que se esperaba de mí en esa cama de orfanato), por mucho que intentara concentrarme en Bobbi, mi cerebro seguía a lo suyo como si nada. Dentro de mi cabeza se estaba produciendo una paradoja, dos pensamientos me desenroscaban la conciencia del cuerpo como si fuera una tuerca de mariposa. Por una parte, aquel fuerte de ladrillo en el que estábamos se comportaba como una jaula de Faraday: yo era inaccesible, estaba fuera del alcance del radar, inexistente para mi ex y hasta para mi hijo, sus llamadas telefónicas y sus noticias rebotaban. Y por la otra, allí estaba Bobbi Red esperándome y, lo quisiera o no, mi cerebro radiografiaba su futura fama, una fama que aún no existía pero que en breve existiría, una fama de naturaleza y dimensiones inciertas. Me mareaba la idea de que aquella muchacha introvertida que se había estado lavando su culito anónimo en mi lavabo de Sunset fuera la nueva musa de Soderbergh, que dentro de poco más de medio año caminará junto con ese hombre por la alfombra roja de Berlín y, al final, quizá también fuera a parar al Kodak Theatre (a partir de ahora todo era posible). «Es probable que esa película desaparezca enseguida en el circuito de los deudé —me musitaba a mí misma—, y Bobbi en la oscuridad». Aún más probable sería que la hundieran, que la crítica la destrozara, que la expulsaran, la mandaran de vuelta al Valley mofándose de su actuación... pero algo me hacía pensar que todo transcurriría de manera muy distinta: iba a triunfar. Sería una revelación, una de esas estrellas que Hollywood llevaba mucho tiempo anhelando. Bobbi se convertiría en una Mae West radiactiva del siglo XXI, una Nicole Kidman explosiva.

Kristin me vio y me hizo señas.

—Joy, tres minutos.

«Imagínate que ocurriera de verdad», pensé mientras entraba en el salón de baile con un taconeo hueco. ¿En qué afectaba eso a la escena que íbamos a rodar? Para Bobbi sería una escena más, una de las que contribuirían a ensalzar su reputación de artista que transgredió los límites de los géneros, una peliculita que al final todo el mundo querría ver, quizá simplemente para satisfacer el apetito sexual, pero sobre todo para observar a Bobbi Red, esa *geisha* extraña y bellísima de reacciones imprevisibles. Bobbi convertía la

Caserna en una mansión de cristal, descorría las cortinas, levantaba la tapa de la alcantarilla y entonces el mundo veía a... ¿la madre de Mike?

Acabábamos de salir de la Caserna con el Maybach de Rusty cuando los mensajes de Boudewijn, tanto de texto como de voz, fueron entrando en mi móvil uno a uno. Mientras dejaba atrás ese circo, oí una voz en mi cabeza: «Déjate de tonterías: dejar a Boudewijn fue todo un acierto». Íbamos los tres en el asiento trasero de cuero: yo detrás de Rusty, que, a pesar de su nerviosismo de cafeinómano, conducía como una vieja; Bobbi en el medio y Vince al otro lado. Y en el asiento del copiloto, Kristin, que hablaba muy alto. Ni rastro de tristeza poscoital. El estado de ánimo general era, como casi siempre tras una toma, amistoso y desinhibido. Nos dirigíamos a Coldwater para asistir al final de otras dos sesiones. «Largarte fue lo mejor que has hecho nunca». Bobbi deslizó sus pequeños dedos entre los de mi mano derecha y se acurrucó contra mí, a lo mejor para alejarse al máximo de Vince.

Podría haber muerto de aburrimiento. Antes del nacimiento de Mike, Boudewijn y yo habíamos sido infelices juntos en San Francisco: meses en los que deambulábamos heridos y desplazados en nuestra nueva ciudad y nos buscábamos para obtener consuelo y compañía. Pero tras el parto, a Boudewijn le entró de repente la alegría, y un Boudewijn contento leía en voz alta libros infantiles (las pocas veces que lo oía hablar), se dedicaba a sus aficiones (las únicas salidas que hacíamos eran largas excursiones en coche por el estado, a veces hasta Nevada, que solían terminar en el granero de un campesino con pantuflas que tiraba de una manta para mostrar una gramola medio destartada) o discutía. Conflictos aquí, conflictos allá; tras dos años de convivencia con Boudewijn Stol, el mero hecho de oír la palabra «conflicto» me ponía de los nervios. Al acabar mi jornada en Silicon Valley, cuando llegaba por la tarde a Russian Hill, solía encontrarlo con su pijama de seda y escribiendo correos electrónicos: misivas furiosas dirigidas a sus colegas miembros del Consejo Directivo del Golden Gate Park Golfclub, al personal de la guardería de Mike, a sus socios de McKinsey, al abogado que le llevaba el divorcio y al que a su vez había denunciado. Yo era la única a la que no disparaba granadas electrónicas desde su trinchera cibernética.

«Llámame cuanto antes, joder», leí en el primer mensaje que abrí. Me recorrió una nueva oleada de inquietud. Mike iba mucho en kart últimamente. A menos que no fuera para tanto y sólo se tratara de una cuestión de dinero. ¿Me había olvidado de hacerle alguna transferencia? A pesar de todo no se

me ocurrió llamar en el acto a San Francisco, simplemente porque estaba demasiado cagada, demasiado cohibida, demasiado angustiada, y además temía que Rusty me arrancara el móvil de las manos y le soltara al padre de mi hijo las barbaridades que desde hacía media hora estaba soltando a todo el mundo sobre mí, cosas que él decía para halagarme y que, vale, también para mí eran halagos, pero por las que me retirarían para siempre la custodia.

—¡Joder, Joy, mira que puedes llegar a ser cabrona! —había gritado Rusty nada más acabar las tomas.

En su opinión, mi actuación había sido «fascinante», casi desconcertante. Por un momento, se había preocupado cuando vio aparecer en los muslos de Bobbi esos verdugones rojo sangre. Ojalá se curaran antes de que tuviese que desnudarse en el plató de Soderbergh. Me abstuve de comentar de dónde había sacado el sadismo que había requerido mi actuación; Bobbi, que apoyaba la mejilla en mi hombro como un animalito, no lo habría comprendido. En pocas palabras, había logrado odiar a Meryl Dryzak por ser quien era. Porque estaba celosa. Todos los celos que llevaba dentro los había movilizado para poder odiarla por su resolución y desenvoltura, por la osadía implacable con que a los dieciocho años se había convertido en quien quería ser, sin máscaras, acojonamientos ni timidez mezquina: «Esto es lo que hay, allá vosotros». Y fíjate hasta dónde había llegado. Y fíjate, sobre todo, en lo que a mí me había costado lo contrario. Mi cobardía, mi indecisión, ya me había salido cara una vez, pero ahora volvía a llevar una doble vida y de nuevo tenía muchas cosas que ocultar. Había permitido que el *New York Times* me entrevistara, pero sin foto. Intenta explicarle eso a Bobbi.

(A Boudewijn no le había contado nada en su momento. Me había ido sin más. Los pretextos, falsos por supuesto, se los había dicho luego por teléfono. Después de dos años y medio sanos y salvos en su nidito de águila en la colina, con el pequeño guarecido bajo sus plumas, me había largado sin avisar).

El segundo mensaje de texto me hirió como una bala. «Aaron Bever nos ha llamado. ¿Qué pasa? Explícamelo, por favor». Aparté la mano de la de Bobbi y me la llevé a la boca. Ella me miró asustada.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó.

—Sí, claro —balbucí—. Lo siento... de pronto me he dado cuenta de que...

—¿De qué, cariño?

Me dio un beso en el hombro y cogió mi mano para apartármela de la boca.

—Creo que me he... dejado las puertas del jardín abiertas.

¿Estaba Aaron en Estados Unidos? ¿Tendría intención de visitar a Boudewijn y Mike?

—Seguro que no —dijo Bobbi—. Y si te han desvalijado la casa, siempre puedes venirte conmigo a la mía.

Volvió a apoyar con suavidad la cabeza en mi hombro.

Miré por la ventanilla y en el horizonte vi las torres Watts: dos caperuzas negras hechas de basura y chatarra. Tecleé el número de mi contestador y me apreté el móvil al máximo a la oreja que me quedaba del lado de la ventanilla. ¿Por qué había cambiado mi familia por esta panda? «Tú y tu intuición», de nada le habían valido los modelos para la toma de decisiones de McKinsey.

Boudewijn me hablaba desde el buzón de voz de mi compañía telefónica. Era el único que aún se dirigía a mí en holandés. Tuve que esforzarme para entender sus palabras; Vince explicaba a Kristin y Rusty sus planes de mudarse a Los Ángeles. «Joni —decía Boudewijn—, esto va a acabar mal. Bever ha estado hablando con Mike por teléfono».

Bobbi seguía agarrándome la mano y se sobresaltó cuando se la apreté con fuerza.

—¿Te han entrado en casa? —preguntó.

«¿Tú sabes algo de todo esto? —continuaba Boudewijn—. Le ha sonsacado a Mike tu dirección de Los Ángeles. ¿Qué está pasando por la cabeza de ese cabrón? ¡Lláname, joder!».

Antes de meterse en la cama, una individual, estrecha y dura, busca en la bolsa de su portátil el cedé con fotos de la página web. Encuentra el disco con el que consiguió engañarse a sí mismo la primavera pasada en Shanghái. Luchando contra la tristeza y la autocensura, selecciona cinco imágenes y se las envía a Tineke tal cual, sin poder evitar un sabor amargo en la boca, a la dirección de Hotmail que habían abierto juntos pero que nunca habían llegado a utilizar.

A la mañana siguiente hay revuelo en su ministerio por un editorial del programa *Buitenhof* que se perdió el domingo, un comentario sobre el Studiehuis, el bachillerato que estimula el aprendizaje entre estudiantes, en el que a él lo llaman «hipócrita», pues iba a poner en práctica una política contra la que se había opuesto firmemente cuando era rector de universidad. Lo cual es verdad. Después de haber determinado la estrategia junto a su portavoz y encontrarse de nuevo solo en su despacho, llama a MeesPierson, su banco, donde lo atienden con la discreción habitual. La mención de la cantidad («Michael, escucha, mañana necesito cien mil, en metálico») suena sospechosa, como si con ella fuera a comprar explosivos en Kandahar para hacer saltar por los aires la residencia del primer ministro. Elige una sucursal de La Haya donde al día siguiente, a partir de las ocho y media, podrá ir a recoger los billetes.

—Me temo que debo hacerle unas preguntas indiscretas —dice el empleado.

—¿A causa de...?

—La ley, señor Sigerius. Debo hacer constar su retirada de efectivo como una transacción no habitual.

Resulta que hay que rellenar un formulario y enviarlo a la oficina central.

Él le pregunta si puede volver a llamar al día siguiente, porque ahora tiene que irse.

Esa noche, al regresar de una cena a la que no podía faltar con los miembros del consejo de cultura, recibe una llamada de Janis. Por un momento se asusta. «¿Será por las fotos?». Primero hablan del editorial, porque varios medios querían hablar con ella; luego dice que llama para decirle que ella y su madre van a adelantar una semana el viaje a Val-d'Isère, que ya está con Tineke en la granja y al día siguiente por la mañana saldrán juntas con el coche, no con el Audi, sino con el suyo; ya han metido los esquís en el portaequipajes, ¿le molesta tener que ir solo? «Me parece fatal», dice él.

Después de colgar, Sigerius casi se lamenta de que no se tratara de las fotos. Le gusta la sobriedad directa de Janis, y le habría encantado saber lo que ella tenía que decir al respecto, al igual que también siente curiosidad por su opinión acerca de la extorsión a la que está a punto de sucumbir. En la cama vuelve a pensar en las conversaciones serias que mantenían los dos en el pasado, que podrían contarse con los dedos de una mano, pero que siempre eran, cómo decirlo... ¿esclarecedoras? Janis es una chica que puede estar repantingada en el sillón, viendo ciclocrós durante horas, y luego apagar el televisor poco antes de que termine la competición y preguntar: «Oye, papá, ¿por qué te casaste en su día con esa Margriet?». Ocurrió un domingo lluvioso, estaban los dos en casa y ella siguió preguntando. Cuando él hubo terminado con la reconstrucción de ese matrimonio desastroso, ya era demasiado tarde para ir por comida al restaurante chino que tanto les gustaba.

Con la voz de Janis todavía en la cabeza, se revuelve durante horas bajo unas mantas que no dan suficiente calor, hostigándose con preguntas, las preguntas de ella: «¿Por qué tuviste un hijo, papá? ¿Por qué tuviste un hijo con esa mujer?». Ya puede ir olvidándose de dormir: esta vigilia agitada cobra la forma de sueño. Mientras da vueltas y más vueltas, llegan las imágenes, que van ensartándose entre sí hasta convertirse en un nudo que empieza con cien mil florines para comprar un silencio y termina en ese matrimonio en el que se vio enredado. ¿Cómo ha permitido que lo liaran de esa manera? Intenta bloquear los recuerdos, pero no hay forma de parar: allí está ya, Margrietje Wijn, de cabello rizado y negro como el azabache recogido al estilo de las Supremes, y unos ojos siempre un poco turbios. «¿Qué viste en ella, papá?». Naturalmente, se defiende. «No seas tan dura conmigo, señorita, tenía veinticuatro años. ¿Yo qué sabía?». Lo habían casado, ésa era la verdad; fue su cuñada quien lo casó. «Échale las culpas a otro, papá». «Joder, fue así. ¿Por qué siempre te gusta decirle a la gente lo que tiene que hacer?». «¿Tu cuñada fue la que te casó? Te escucho». Quiere

dormir, pero la memoria satisface los deseos de su hija menor, o mejor dicho: despierta a los muertos. En lugar de hundirlo a él en las sombras, saca a los muertos con la draga. Su padre. Acababa de llegar a Japón para pasar allí medio año cuando su padre murió de manera inesperada; «Janis, tu abuelo (bueno, sí: mi padre) se cayó de una mesita auxiliar cuando intentaba colgar una lámpara. Paro cardíaco, un poderoso amperio le atravesó el corazón». Meses después regresa a Delft —se había perdido el entierro, naturalmente— y se encuentra con que la casa del número 14 de la Trompetsteeg ha sido confiscada por su hermano Freek y su esposa; de repente, hay dos personas de casi treinta años en esa sala apenas ventilada haciendo como si fueran sus padres. Esa Mieke y él no se llevan bien, lo obliga a ponerse a gatas en el cuarto de baño con una bayeta y un cubo de agua con jabón. «Pasas en la ducha demasiado tiempo y te duchas demasiado, Siem, una vez por semana es más que suficiente, y tu kimono, llévalo a la lavandería de ahora en adelante... ¿No te parece, Freek?».

Los sábados por la tarde lo saca a la calle casi a patadas: «Ve a explorar, en Delft hay muchos cafés, ¿no vas a echarte novia?», una pregunta que le hace cada cuarto de hora seguida del «¿no-te-parece-Freek?», así que para que lo dejen en paz dice que conoce a una chica maja, a la hermana de Menno Wijn, que es de Utrecht, la ciudad a la que sigue yendo en bicicleta cuatro veces por semana para practicar yudo. Cuando llega a casa un viernes por la tarde del centro de educación física y deportiva donde imparte clase desde hace poco, se lleva el susto de su vida: allí está ella, Margrietje Wijn, sentada con la espalda recta en la butaca de su padre muerto, de palique con Mieke, como si fuera lo más normal del mundo. Tiene un aspecto distinto, le explica a Janis, la ve menos paleta, más señorita; le brilla el pelo, como si se lo hubiera barnizado, lleva sombra de ojos en los párpados medio caídos y en el regazo sujeta un bolso de mano de cuero blanco. Una trampa de Mieke, eso es, pero una trampa agradable. Hasta entonces no habían ido mucho más allá de sonrojarse y farfullar un poco en la puerta de atrás cuando iba a buscar a Menno, mientras que ahora se pasan charlando dos horas por lo menos, y también es divertido; hablan de los grupos de música *beat* que les gustan, de la bodega del Oude Gracht donde ella está trabajando de cajera; tiene una voz queda, algo melancólica, pero cuando él hace una broma, se ríe a carcajadas, un poco más fuerte que de las bromas sarcásticas de Freek. A las nueve y media, Mieke da una palmada. «Siem, ¿quieres acompañar a Margriet a la estación?», aunque habría preferido decirle a Freek que les entregara los anillos de boda.

De su época de novios recuerda poco. El día que Margriet le presentó a sus padres, un encuentro exasperante en un cuarto de estar lleno de humo en el Distrito C (luego ella le dijo que se había zampado demasiado deprisa todas las rodajas de bizcocho untadas con mantequilla que había en el platito esmaltado); los paseos de los domingos por el parque de Amelisweerd en los que intentaban charlar relajados, hasta que consideraban que se tenían merecidos unos besos detrás del dique de Vossegat.

Se casan al cabo de tres meses. Pero pasa un poco más de tiempo antes de descubrir quién es exactamente la persona con quien se ha casado, al igual que Margriet no llega a verle el tatuaje hasta la noche de bodas, en el piso de arriba de la Antonius Matthaeslaan: los dos caracteres japoneses verde azulado que se tatuó en el pecho después de un torneo en el puerto de Marsella y que, según Menno, significan «yudo». («O sea, huevos fu yung», dice ella, uno de sus contados chistes que lo hacen reír). ¿Qué saben el uno del otro? Él eyacula antes de darse cuenta.

Ella resulta ser terriblemente vaga. Las mañanas que él da clases de defensa personal en Ámsterdam, llega a eso de la una a la estación de Utrecht Central y va en bicicleta a su nueva casa en la Antonius Matthaeslaan para untarse un par de rebanadas de pan antes del entrenamiento de la tarde, ve ya desde la calle las cortinas corridas en la ventana de su dormitorio. Como probablemente todos los días de entre semana, Margriet estará todavía en la cama que han heredado del padre de Siem. Sobre la mesilla de noche hay un plato sopero vacío con restos de licor de huevo Zwarte Kip, procedente de la bodega donde ella dejó de trabajar el día de la boda. Cuando él le reprocha su dejadez extrema (él ha estado en un campo de entrenamiento japonés donde se dormía poco, pero profundamente, sobre unas esteras tan gruesas como papel de carbón; se levantaban con los demás animales de la selva virgen, y desayunaban después de correr seis kilómetros), ella apenas muestra remordimientos.

La obliga a hacer lo que hoy llamaríamos un test de orientación profesional, tras lo cual consigue que entre de aprendiz en un taller de costura en una bocacalle del Vleutenseweg: aprenderá a confeccionar vestidos, a prender alfileres en chaquetas o a arreglar trajes a máquina con retales que puede comprar el sábado por la mañana en el mercado de telas del Begijnhof por muy poco dinero, como él mismo ha averiguado. Con su salario de instructor, le compra una Singer que instala cerca del enchufe en la mesa de la cocina. Resulta un éxito, ella dice que le gusta, que está entusiasmada con la costurera, y le cuenta historias de las otras mujeres, casi

siempre intrigas complicadas sobre amor y traición de las que él deduce que Margriet es la confidente del taller. De vez en cuando vuelve a casa con una falda hecha por ella misma, o una chaqueta. A veces incluso le cose algo a él. Tiene talento para el oficio, sus piezas parecen salidas de una tienda. Por eso es difícil describir lo que él siente cuando un año después descubre que esa ropa, en efecto, proviene de tiendas, la ha comprado con el dinero destinado a los gastos domésticos, con el dinero de las clases... Margriet admite sin titubear que sólo ha ido dos veces a ese taller.

No puede engañarse por más tiempo, ha contraído matrimonio con un desastre de mujer. Con una sardina que se pasa el día durmiendo o bebiendo. Y además fantasea, practica una forma creativa de mentir, porque Margriet Wijn no hila verdades a medias ni simples mentiras, ella cultiva realidades nuevas.

—Así que dejaste embarazada a esa mujer —dice Janis.

—A esa chica. Sí.

Hace una lista de las distintas formas que, en 1970, podría haber evitado tener un hijo (podría haber salido a buscar tabaco, podría haberse embarcado en alta mar). Las pone todas una detrás de otra como si fuera a sumarlas. Y aunque con el tiempo ha comprendido que se trataba del cálculo más importante de su vida, suma bien todas las opciones y, para su sorpresa, el total que obtiene es: «Hazle un hijo».

Por la mañana, a las seis y media, suena el móvil. Es Tineke. Antes de cogerlo, respira profundamente.

—¿Por qué llamas tan temprano? —dice con la voz ronca.

Espera cualquier cosa, apenas ha dormido.

—Janis se está duchando. Nos vamos ahora mismo.

—¿Qué te parecieron las fotos?

Se ríe, un relincho compasivo que a él le parece un tanto forzado. Luego dice:

—Has dejado que te tomaran el pelo. Es una chica guapa, lo admito, una puta especialmente vulgar de la que no me compadezco, eso también, y sí que se parece un poco a Joni. Pero no es ella.

Se queda callado, perplejo.

—Además de que no es Joni —continúa Tineke—, tiene los ojos azul claro y un pelo diferente por completo. No es ella. —Vuelve a reírse.

Por un momento, le parece sensato reírse él también, como te ríes con alguien que no está bien, hacer como si acabara de comprenderlo todo, como si se le hubiera caído la venda de los ojos. En cambio, suspira.

—¿No tienes nada que decir? Es de Estados Unidos, Siem. Tu putita. ¿Y cómo conseguiste esas fotos?

—No seas tan simple —le suelta—. He hablado con ella. Lo ha admitido. No hay discusión posible. ¿Has perdido el juicio?

—¿Y tú has perdido el tuyo? La entendiste mal, y ya está. Creo que te entró el pánico y eso te llevó a malinterpretarlo todo. Wilbert te ha dado un buen susto. Te ha gastado una broma de mal gusto. Es lo que a mí me parece.

Aunque él espera que esa capa fina de autoengaño caiga en cualquier momento tintineando y haciéndose pedazos, ella insiste. Lo cree de verdad. Ni siquiera trata de protegerse, está convencida.

—Tú mismo dijiste que fue una conversación breve; seguro que estabas turbado, furioso, tal vez, yo qué sé. Has dejado que ese hijo tuyo te llene la cabeza de fantasmas. Y te equivocas, cariño. De veras. ¿Quieres que la llame?

—¡Ni se te ocurra, joder! —estalla él.

Ella permanece en silencio... sorprendida, o eso cree él.

—Lo siento —se disculpa—. Ya la llamo yo, cariño. Yo me encargo. Tú vete tranquila a Francia.

Él también debe irse, a Leiden, para inaugurar el Congreso Nacional de Profesoras Universitarias, así que enciende la lámpara de la mesilla; ya puede ir olvidándose de volver a conciliar el sueño. Pone un pie en el suelo frío y saca de la cartera el discurso que ha encargado que le escribieran. De vuelta en la cama, deposita los papeles delante, sobre la manta.

¿De verdad piensa dejar cien mil florines enterrados en la playa de Scheveningen?

Una hora después no le dice al chófer que lo lleve directamente a Leiden, sino que le pide que primero pase por la sucursal de MeesPierson, y se disponen a cruzar La Haya en hora punta. De mala gana se ha inventado una excusa para sacar el dinero, algo relacionado con unos cuadros y unas casas de subastas en Niza y Marsella, domicilios fijos donde los marchantes quieren que se les pague al contado, una historia que baste y resulte convincente. Mientras el Volvo se queda esperándolo con el motor encendido, él entra en la oficina con una bolsa pequeña de cuero, marca Puma, que ha comprado en el Denneweg. La joven del mostrador de información llama a alguien y luego

aparece una chica sonriente que lo lleva a una sala de reuniones con olor a moqueta nueva. Allí, con unas palmeras pintadas en las uñas, cuenta los cien billetes de mil florines, un montoncito de apenas centímetro y medio de grosor. Se avergüenza de haber llevado aquella estúpida bolsa de deporte.

Más o menos media hora después, Sigerius está hablando ante trescientas mujeres, posibles futuras catedráticas, con cien mil florines en el bolsillo interior de la chaqueta. Responde preguntas sobre la tasa de paridad en las universidades neerlandesas, lamentable si se compara con cifras internacionales; sobre la falta de transparencia de los procesos de nombramiento, sobre el blindaje de la élite académica para los puestos importantes, y por extraño que parezca, allí, en ese estrado, mientras responde a ese bombardeo, lo invade una sensación liberadora. «¡Es así de simple!», se dice, sin dejar de responder. Y es en ese preciso instante, justo entonces, con un micrófono delante, como espécimen masculino expuesto en vivo, frente a trescientas mujeres escépticas, cuando consigue comprenderlo todo. ¡La propia madre de Joni no la reconoce! Él dice: «Mira, lo siento, pero ésta es tu hija», y ella responde: «Estás chiflado».

—De lo que tenemos que librarnos en los Países Bajos —dice— es de los decanos y los gestores de las cátedras a los que se permite nombrar catedráticos. En países como Estados Unidos y Noruega, empiezas como profesor adjunto, y que termines como catedrático depende de la cantidad de publicaciones que hagas, no de tu jefe.

«No reconoce a su propia hija». ¿Eres alguien si nadie te reconoce? Tal vez no. Si Tineke, después de una confesión semejante, después de ese consolador expedido por correo, sigue sin creer que Joni es la de esas fotos, entonces será que no lo es. Salvo él, nadie la ha reconocido. E incluso él no llegó a creérselo hasta que estuvo en aquel desván. Es ella y no lo es, un caso de ser y no ser, onda o corpúsculo.

—En Noruega y Estados Unidos —dice con un corazón que casi sucumbe a la excitación—, nadie constituye un impedimento para nadie, y a eso debemos aspirar en los Países Bajos.

¡Desde luego que no es ella! Los aplausos que se elevan hasta él en el atril lo envalentonan, legitiman su sonrisa, lo inundan de alivio: no puede evitar reír. «¡Vete a la mierda, Wilbert! ¡Muérete! ¡No es ella! ¿No lo ves? Llama a tu madrastra, capullo. ¿Tienes una venda en los ojos? ¿Es que no ves que no es ella?». ¿Alguien se va a creer a Wilbert Sigerius? Claro, si lo dice Wilbert Sigerius... Exultante por la victoria, mientras le ofrecen una botella de vino piensa: «Ojalá pudiera hablar con Joni»... Si tuviera su número, la llamaría

ahora: «Cariño, escucha, olvida lo sucedido. No sé si ya te has enterado, pero no eres tú. Mamá y yo estamos seguros. Ven a Francia con nosotros, por favor, y tráete a Aaron. Dile a ese muchacho que no eres tú».

Justo una semana después, Sigerius despacha las dos últimas llamadas telefónicas en el caldeado asiento trasero del Volvo. Afuera, las calles de La Haya, con sus raíles de tranvía hundidos en el asfalto y sus casas señoriales de ojos grandes e impávidos, dan paso a barrios periféricos y parques empresariales llenos de edificios de oficinas negros y relucientes. El silencio que lo envuelve, la tarde de diciembre profunda como la noche, un hombre silencioso al volante que lo conduce suavemente en hora punta a la autopista A12. Pronto podrá sacarse el hábito de ministro. Anhela lo que en los Países Bajos llaman el «receso parlamentario navideño». El coche oficial que lo transporta del Parlamento a Enschede es un *fader* sobre una mesa de mezclas, a medida que pasan los kilómetros siente que se va transformando en un hombre de familia, bastante maltrecho, cierto, pero a pesar de todo tiene muchas ganas de pasar las fiestas en un pueblo francés practicando deportes de invierno.

Aunque no puede esperar a ponerse los esquís y deslizarse con Janis por los Alpes, también se alegra de la velada que lo espera esa noche. Solo, en su propia casa, con su propia música, durmiendo en su propia cama. Hace siete noches que se liberó de sus demonios, pero la libertad no siempre es fácil, también puede ser muy exigente. Después del aplauso de las profesoras universitarias vinieron días extáticos, días confusos y agitados en los que sus pensamientos parecían haberse ido ya de vacaciones. Tras apagar su ira triunfal en el apartamento con el cabernet sauvignon cortesía del congreso, había escrito con bolígrafo en un bloc del ministerio un *mea culpa* patético a Aaron y Joni, por duplicado. Una carta que había pensado seriamente enviarles por correo, pero que a la mañana siguiente volvió a leer en la atmósfera gélida de su cuarto de baño y tiró al váter en el acto.

Era el día que debía presentarse en la playa. Por la tarde, a las ocho en punto, decidió que no iría al mojón 101 y que no enterraría ninguna bolsa con dinero. Era el resultado de esa visión felicísima que había tenido, un razonamiento por el que estaba más que agradecido a Tineke. Ya no se sentía en absoluto expuesto al chantaje, y para dar consistencia y firmeza a esa idea había estado escribiendo a escondidas en el ministerio una carta para Joni. En ella se ponía muy serio y le hablaba del intento de extorsión por parte de

Wilbert, le preguntaba si podía contar con que hicieran un frente común, ellos dos juntos, en caso de que Wilbert llevara adelante sus amenazas. Pero ya fuera porque tenía demasiado trabajo y siempre lo estaban interrumpiendo, o porque se bloqueaba sin más, no había sido capaz de teclear una palabra acerca del incidente con la puerta corredera.

Tal vez por eso había sentido que su ánimo cambiaba a lo largo del día. El triunfalismo decayó y él se volvió más indulgente, más conciliador, más sentimental incluso. Ahora que había desaparecido la amenaza directa, salía de su búnker y sentía la necesidad de ponerse en el lugar de su hijo por primera vez desde hacía años. Al fin y al cabo, se trataba de un chico de veintinueve años, la misma edad que tenía él cuando dejó plantada a Margriet. Más joven, de hecho. Su lengua tanteó el concepto «responsabilidad ministerial» como si tanteara una muela que ha perdido su empaste. Durante el día, en su despacho de Zoetermeer, con la mente ocupada en las cuestiones urgentes, aún era capaz de sobrellevarlo, pero camino de su apartamento lo asediaban escenas de distintas etapas de la vida de su hijo: lo veía de pequeño, en la sillita para niños de su bicicleta, mientras él pedaleaba frenético por las calles vacías de Utrecht porque no quería presenciar el fracaso de la selección naranja en la final del mundial de fútbol; luego, como el chico rebelde que quince años después se había presentado en su casa para revolucionar su familia de chicas; se vio a sí mismo agarrándolo por las muñecas, para jugar, detrás de la granja, la fuerza conmovedora de aquel cuerpo adolescente, que era como una réplica de sí mismo; vio su cabeza torva y gacha en el tribunal de Almelo menos de un año después... Mientras todo esto emergía a la superficie, se preguntaba: «¿Cuál es mi parte de culpa en todo esto? ¿Qué clase de vida ha tenido este chico? ¿Y por qué? ¿Para quién?». A Sigerius no lo hacía especialmente feliz pensar en todo eso, pero sintió crecer una brizna de compasión por él.

Ha empezado a nevar y el Volvo se abre camino entre los remolinos de nieve que levanta la ventisca. Lo llama su secretario general. Mientras hablan, en la oscuridad van apareciendo carteles cubiertos de nieve con nombres de poblaciones y distancias. Cerca de Deventer, le indica a su chófer que pase por un McDrive. En un área de servicio se comen unas hamburguesas con patatas fritas mientras charlan tranquilamente sobre la tormenta de hielo que han anunciado, sobre estaciones de esquí y la mejor época del año para visitarlas.

«Joder... ¡es sangre de tu sangre!». Él había intentado mostrarse comprensivo ante la furia desenfrenada de Wilbert, un ejercicio de empatía

fatigoso que, por lo demás, le permitiría anticipar futuras desgracias, algo útil ya que se verían condenados a estar juntos de por vida... pero también para poder juzgarse a sí mismo: ¿qué errores había cometido? Intentó hacerse una idea del impacto que habría tenido en un chico de diecisiete años como Wilbert encontrarse con su nueva familia. Pasar de aquella buhardilla deteriorada de los servicios sociales a esa granja majestuosa rodeada de un bosque de chopos donde personas bien alimentadas, vitales y responsables vivían sus vidas estables y prósperas.

Esa clase de pensamientos habían ocupado su cabeza la última semana en el ministerio, y por la tarde, cuando el chófer lo dejó en el Hooikade, había tomado una decisión. Cambió el traje por unos vaqueros y un forro polar, y luego cogió del hueco de la escalera la bicicleta vieja de su mujer. A la playa, finalmente. Con resignación nerviosa, pedaleó a través del frío hacia Scheveningen; sin el dinero, pero con el propósito firme de plantarse en el mojón 101 a esperar a su hijo. No le pareció descabellado que Wilbert fuera ese mismo día a desenterrar su botín, quería arriesgarse. Debían mantener una conversación de hombre a hombre, tal vez lograra hacerlo entrar en razón. Trataría de calibrar el peligro, ver si el chico parecía agresivo. Había decidido no llevarse el cuchillo afilado que antes de salir por la puerta había tenido en las manos en su pequeña cocina de expatriado. Lo primero que quería aclarar a Wilbert era que no estaba haciendo lo correcto, que a la familia no se la chantajea... pero sin violencia, con la intención de asegurarle que él formaba parte de ella, de esa familia, sea como fuere, a pesar de todo, a pesar del pasado. En su cabeza, ambos mantenían esa conversación extraña, padre e hijo, una conversación que empezaba con aspereza y que probablemente terminaría de la misma forma. Sin embargo, quería volver a tenderle la mano.

Así que allí estaba Sigerius, el 14 de diciembre de 2000 a las ocho en punto, en la playa de Scheveningen, oscura como boca de lobo, tiritando de frío, o mejor dicho, de nervios. Con el aire gélido de la resaca del mar a su espalda, estuvo deambulando por los alrededores del mojón 101, dando de vez en cuando una patada a la madera salina para liberarse de la tensión, ensayando lo que diría al cabo de un momento, escrutando la duna oscura para distinguir los matices del negro: una oscuridad densa en la que nada cambiaba realmente. Wilbert no aparecía. Dejó que dieran las diez, las once; la marea subía... Y entonces se dijo que era un perfecto imbécil. Un gilipollas sentimental e ingenuo.

Pasó el fin de semana en La Haya; no se le había perdido nada en una Enschede desierta. Trabajó un poco en la mesa de esa sala de estar que

todavía no sentía como suya, con los zapatos llenos de arena sobre un periódico viejo, y para su sorpresa no recibió nada más, nada, ningún mensaje de texto acerca de una bolsa de dinero no enterrada, nada. Y cuando estaba sumido en la vorágine de los días previos a las vacaciones del Parlamento, con jornadas laborales eternas llenas de aperitivos de fin de año y decretos de última hora, lo asaltó una duda enorme, casi existencial: quizá todo había sido una paranoia suya, ¿quién le garantizaba que se las estaba viendo con Wilbert? ¿No estaría siendo presa de un loco anónimo que de un modo u otro había averiguado las proezas de Joni y sólo pretendía darle un buen susto? Bienvenido a la realidad de La Haya. Cuando el martes por la tarde fue a entregar sus cien mil florines intactos a la misma chica de MeesPierson, se sintió como un paleta. Quizá llevara ya semanas viviendo en una fantasmagoría de culpa, quizá sus miedos le estaban dando un buen repaso a su sobrecargada mala conciencia, quizá su descendencia perturbada lo estaba atormentando hasta el punto de sufrir delirios referenciales.

Su chófer y él han descubierto la manera de poner música en el coche para que apenas se oiga delante pero en la parte de atrás se disfrute sin trabas. Está escuchando *Everybody Digs Bill Evans*, su trío favorito: cortes trepidantes y virtuosos alternan con otros magistralmente opuestos que recuerdan a... mmm, ¿los Nocturnos de Satie? Aaron... ¿qué habrá sido de él? Durante el último tramo de autopista retoma su propósito de enviarle un correo electrónico a Joni, si puede lo hará antes de salir al día siguiente a Francia. Debe encontrar un término medio entre el tono serio y la carta de borracho que tiró por el váter la semana pasada. Será un mensaje en el que pondrá las cosas en su lugar, de manera inteligente, práctica, paternal, una carta donde le dejará claro que él le ha guardado el secreto, que él no la juzga ni condena, que todo el mundo cuando es joven comete errores.

Le dice al chófer que pare en la entrada principal del campus, porque el último tramo quiere hacerlo paseando. Con el portátil en una mano y en la otra el maletín repleto de documentos, pasa por delante del rectorado y mira sin ninguna emoción especial el ventanal amplio de su antiguo despacho. Su sucesor tiene las láminas de las persianas cerradas y hay una luz encendida. El campus es una tarjeta de Navidad azucarada, las zonas verdes están cubiertas con un manto blanco a medida, sólo se resiste el asfalto. Delante de una de las residencias de estudiantes, un grupo de chicos de bocas humeantes está librando una batalla de bolas de nieve algo prematura. Sus gritos ronc

carecen de eco. Se adentra en el bulevar y pasa por delante del polideportivo, cruza el bosque y llega a su calle, la Langekampweg. Los copos revolotean en lo alto de las farolas, la nieve cruje bajo sus pies. Un silencio amortiguado que no puede ser silencio por los miles de copos que están cayendo.

Allí está, la granja, su granja, cubierta de blanco, paciente, firme frente a los embates de la vida. Le relampaguea un dolor por la pierna mala: el cansancio de los días pasados, el cansancio de los últimos ¡seis meses!, los pinchazos no cesan, está destrozado, necesita una copa de vino y una ducha bien caliente. Cuando compraron la casa en 1985, de la fachada principal colgaba un cartel de madera donde se leía MON REFUGE. Por apropiado que fuera, en cuanto firmaron la escritura, cogió una escalera, desatornilló ese cartel cursi y pretencioso y se pasó la noche alimentando la chimenea con él. Los primeros años tuvo que acostumbrarse a la amplitud de los espacios, a los acabados lujosos; ¿quién había decidido que él podía envejecer allí, en ese ambiente aristocrático? Él, con un padre que se había caído muerto en una chabola de la Trompetsteeg.

Como llevaba los zapatos llenos de nieve, Tineke le habría pedido que entrara por la puerta de atrás, pero no tiene energía para nada. Empuja la puerta suspirando, y uno de los gatos sale disparado entre sus piernas. Patalea para desprender la nieve de las botas, pero al final decide quitárselas. Nota la calefacción del suelo a través de los calcetines. Sus esquís están bajo la escalera, apoyados en el aparador; Janis se los ha bajado del desván. Recoge del felpudo un puñado de felicitaciones de Navidad, camina silenciosamente hasta la sala de estar, deja la cartera con sus papeles en el suelo, entre el revistero y una lámpara de pie que emite una luz cálida y suave. Después de que entraran a robar en el taller de Tineke tres años atrás (botín: una taladradora, más de doscientas herramientas y todo lo que pudieron llevarse que tuviera enchufe), ella se empeñó en instalar un temporizador en casa que encendiera las lámparas al anochecer, un aparato del que él se eximió de toda responsabilidad. En un impulso de anhelo hogareño, enciende las lucecitas del árbol.

Coge una botella de vino tinto del estante que hay junto al mueble bar, se llena una copa y se deja caer en la rinconera del sofá, con los pies sobre la mesita. Raras veces está allí solo. Agotado, recorre con la mirada la estancia, espaciosa, decorada con esmero, y lamenta tener que abandonar a Tineke allí, a su suerte, toda la semana. Junto a sus pies hay una revista *Nouveau* abierta. «Aunque a lo mejor le encanta quedarse sola», piensa.

Saca el portátil de la maleta y lo enciende. La carta. Quiere escribirla ahora porque a la mañana siguiente no debería salir demasiado tarde. Al mediodía, en el ministerio, ha mirado la ruta que tiene que seguir: Metz-Nancy-Lyon-Grenoble, casi como ir a Sainte-Maxime. Piensa hacer alusión al yate, pero todavía no sabe cómo. Quizá con una frase que le permita mostrarse bondadoso y sorprendido. En Val-d'Isère, en cualquier caso, quiere ser portador de buenas noticias; siempre que encuentre el tono adecuado, decide que terminará el mensaje con la propuesta de Tineke de ir a visitarla a Silicon Valley.

Antes de que Word se abra, se queda adormilado. ¿Mucho rato?, no lo sabe, pero por su cabeza pasan fragmentos de sueños como recuerdos de otros recuerdos. Sueña con un niño, con los ojos muy hundidos, vestido en camiseta interior. Cuando se despierta de un sobresalto, está molido, tiene la cara pegada al sillón (le ha crecido la barba, necesita un buen afeitado) y se le ha dormido la pierna mala. Vuelve a tener hambre; percibe un ligero olor a comida, algo grasiento que antes no había advertido. Son las nueve y media, se aparta el portátil de las piernas y decide ducharse. De camino al cuarto de baño, piensa en cómo formular el párrafo de la «reconciliación», con frases que expliquen de forma convincente por qué apareció desnudo ante ella en casa de Aaron. Tal vez deba ser lo más sincero posible, escribir simplemente lo que ocurrió.

En el vestíbulo se acuerda de algo que dijo Tineke dos semanas atrás, un comentario que lo asustó bastante: «Me alegra tenerlo prácticamente todo abajo, porque las rodillas casi me estallan cuando subo por la escalera». Quizá debería mantener una conversación seria con ella para plantearle algo drástico, una reducción de estómago o algo así, aunque no sabe cómo podría formularle semejante sugerencia.

«En cualquier caso, es cómodo», piensa, mientras se desnuda en el dormitorio. Fue una de las sorpresas agradables que les reservaba la casa: desde la cama llegas al baño en un paso, y cuando has terminado, puedes entrar por una segunda puerta al vestidor, que a su vez conecta con el dormitorio. Tirita de frío. El cuarto está helado. Las cortinas siguen corridas, su lado de la cama está deshecho. La idea de que su mujer durma allí cuando él no está no lo conmueve, en realidad le despierta un sentimiento cercano a la ternura: un estadio anterior a la compasión. Se desabotona el pantalón con un suspiro de alivio. La porquería del McDonald's le ha inflado el vientre. En el espejo que hay junto a la puerta del baño se examina el torso y se frota el tatuaje del pecho.

¿No podría hacerle una descripción minuciosa de los hechos? Un par de folios, como si fuera un relato. Desde aquella noche en la habitación del hotel en Shanghái, cuando creyó reconocerla, hasta el registro en casa de Aaron, o quizá debería retroceder más en el tiempo... Llena de agua templada uno de los dos lavamanos y saca su jabón de afeitarse. ¿No es un poco ridículo hacer semejante confidencia? El día antes le salió una mancha roja y dolorosa en la aleta izquierda de la nariz, tiene la piel tirante. De niño, en Delft, cuando todavía estaba en el colegio y su hermano le acababa de contar la historia del forúnculo de su madre, no se atrevía a tocarse las espinillas de la cara y mucho menos a sacárselas. Pero eso ya pasó; apoya la yema de los dedos corazón en la aleta nasal, se inclina hacia el espejo y aprieta. ¿Qué es lo importante, al fin y al cabo? La aleta se tensa, cambia de rojo a blanco, produciéndole un dolor local. Lo importante es que Joni comprenda que no fue por ella por lo que él...

Algo se mueve en la esquina superior derecha del espejo. Como bizquea al enfocar, al principio vislumbra sólo una mancha rosa. ¡Hay alguien detrás de él! Se le congelan los pies y las nalgas, contrae los hombros. Arrastra la mirada como por un peñasco hacia ese punto del espejo. Con la respiración contenida, se queda mirando un rostro desfigurado.

—Pajillero de mierda, tú y yo tenemos una cuenta pendiente.

En cuanto estas palabras explotan en sus oídos, el aire se llena de un sonido sibilante. Algo tan duro que parece incandescente le golpea el costado derecho y la caja torácica. El objeto con que lo ataca Wilbert le provoca un dolor agudo en el bajo vientre, una punzada que sobrepasa con mucho la sensación de la aleta de la nariz. Da un manotazo hacia abajo y se agarra al borde del lavabo, que cruje en las juntas. La jabonera cae al suelo de baldosas. Tiene que sujetarse con todas sus fuerzas para no derrumbarse.

—Así que ya te has desnudado...

Responde algo, pero no sabe qué.

—¿A quién esperabas, pajillero? ¿A la zorrilla de tu hijastra?

La segunda vez, el nunchaku le alcanza la nuca, un golpe duro, paralizante: un dolor que se expande rápidamente y se eleva hacia la mandíbula. («Nunchaku», así se llama el arma vulgar y sobreestimada con que los ataca, dos mangos de acero unidos por una cadena corta, un mayal doble que debe su popularidad a las películas de Bruce Lee. Antaño había sido muy popular entre cabezas rapadas henchidos de testosterona que iban a fiestas o a partidos de fútbol en busca de pelea). Mientras abre la boca de dolor, ve en el espejo que Wilbert quiere decir algo. El muy cabrón cree que

hay tiempo para hablar. No puede estar más equivocado. «Si supieras a quién te estás enfrentando, desgraciado, no te me acercarías tanto».

Es increíble cómo funciona, pero realiza todas las estimaciones necesarias en el primer segundo. Justo después del primer golpe: una serie de cálculos encadenados. La distancia entre él y el marco de la puerta. Las relaciones de fuerza: su enemigo es un luchador y está armado, él ha entrenado bastante, pero es viejo y está cansado (un estremecimiento de inseguridad lo recorre: ¿tiene alguna posibilidad frente a ese prófugo de la justicia que se encuentra en la flor de la vida?). Su desnudez lo hace vulnerable y parece un inconveniente, pero, por humillante que parezca, es una ventaja: no hay por dónde agarrarlo. El momento: «Este cabrón quiere luchar, ha podido elegir el momento y es ahora». Supone que ha sido él, al cruzar el vestíbulo, quien ha despertado a Wilbert, y que las mantas del lecho conyugal las ha revuelto ese cerdo. Ese pensamiento le recarga las pilas.

—Ya basta de gilipolleces, pajillero, vengo a por mis...

Con un gemido, Sigerius se impulsa hacia atrás apoyándose en el lavamanos: la pierna izquierda da una zancada hacia el quicio de la puerta, la otra le sigue, cae sobre Wilbert, su hombro izquierdo, como un ariete, le golpea la masa compacta del tórax, que trata de resistirse al empuje sin poderlo evitar. Empiezan a caer, y como había previsto, agarra las perneras de su adversario, las manos se aferran al tejido holgado de algodón que rodea pantorrillas y corvas, lo más abajo posible, y enseguida da un tirón: le arrastra los tobillos hacia arriba, en un gesto explosivo, una técnica eficaz e implacable. Como un solo cuerpo, se desploman en el vestidor. Wilbert no tiene tiempo de sujetarse al marco y una milésima de segundo después se da un batacazo en la nuca contra el zapatero que hay frente a la puerta, un golpe seco y duro. El hombro de Sigerius vuelve a machacarle el tórax carnoso, algo cruje, unas cuerdas vocales gimotean, una vaharada de alcohol le entra por la nariz.

Se quedan tumbados boca arriba, aturcidos, él encima de su acosador.

Entonces, algo frío y duro le golpea el mentón: la cadena del nunchaku; los eslabones le restriegan la piel. En un acto reflejo, aprieta la barbilla contra el pecho y el hierro le resbala por la barba incipiente, produciéndole un dolor punzante. Wilbert intenta estrangularlo con la cadena, pero él la agarra con los dedos de su mano izquierda, y se queda con las yemas fijas como cepos entre los eslabones y su nuez. La respiración entrecortada de Wilbert le resuena en el oído izquierdo, lo oye sorber la saliva, su hijo tira de los mangos con un gruñido, aplastando la nuez de Sigerius, que bate los brazos con

violencia hacia atrás. Con el codo aporrea el hombro y el brazo de Wilbert, pero cada vez le llega menos aire, carraspea y se le acumula la sangre en la cabeza palpitante. Hace rato que tiene miedo, desde que ha comprendido que el muchacho está fuera de control y no conoce límites. Teme que todo esto se le vaya de las manos.

Haciendo un esfuerzo extraordinario, contrae los abdominales. Tiene los abdominales de un gorila. Sube las rodillas, las encoge y las echa hacia atrás con todo el impulso de que es capaz, y logra que la derecha golpee a Wilbert en toda la cara. «Toma, cabrón». El golpe es duro y el muchacho gime; la mano izquierda suelta el nunchaku y el chisme se cimbría cayendo como plomo en el pecho de Sigerius. Tosiendo, escupiendo mocos, agarra la muñeca izquierda de Wilbert con ambas manos, que son como cepos, y como en un sueño (es como si estuviera soñando con yudo, como tantas veces le ocurre), emplea la que fue su técnica estrella: una luxación clásica de brazo, una *juji gatame*, palabras que en él resuenan semejantes al nombre y apellido de un amigo del alma. Como un rayo, se da la vuelta y se pone encima de Wilbert, le pasa la pierna izquierda por el tórax y la derecha por la garganta y los hombros: una palanca infalible que ha logrado con un movimiento fluido. Lo inunda una sensación de felicidad: por la poca resistencia del chico, se da cuenta de que allí sólo hay un yudoca. Wilbert lo golpea como un salvaje con el nunchaku, el mango de acero le da en el muslo, pero él apenas lo nota. La muñeca sudada de su hijo está presa entre sus manos: fuerza el brazo de Wilbert (un brazo fuerte y entrenado, lo percibe bien) sobre su propio vientre y pecho; todo ocurre muy rápido, el brazo queda extendido, no, sobreextendido. Si quisiera, podría arrancarle el pulgar. Pero no es necesario: sólo tiene que tensarle la espalda, arquearla un poquito, para que el vientre duro del chico se abombe bajo el codo y se ponga a gritar. Wilbert levanta el rostro ensangrentado, intenta morderle la pantorrilla, patalea salvajemente contra el zapatero. Sigerius suelta una mano de la muñeca de su hijo y le echa la cabeza hacia atrás tirándole del pelo. Le tensa la espalda. Y enseguida oye un grito espeluznante que sale de la boca ensangrentada. «Sí, esto duele, lo sé, nadie puede resistirlo, ni Geesink, ni Ruska, ni tú». Más gritos, pero Sigerius no siente compasión, sino una satisfacción profunda. Oye crujir la articulación. ¿O es placer? Es puro placer. Un goce sádico e interminable. «¡Paaaraaaaaa, paaaraaaaaa, hijo de puta!». Sigerius sigue hasta sobrepasar el punto en el que se detuvo cientos de veces en el pasado mientras los gritos se convierten en chillidos animales; arquea más la espalda («vamos, grita, nadie te oye») y cruza la frontera como en un sueño: echa hacia delante su barriga,

inmisericorde, con los talones clavados en la alfombra. Oye un crujido sordo, espeluznante, rodeado por unos berridos roncós, el hueso se ha roto como si fuera la pata de una mesa; el codo se ha partido en dos formando un ángulo antinatural de casi noventa grados. El brazo de Wilbert pierde toda la fuerza, se queda flácido, como un trapo, y la manga del jersey se le empapa de sangre. Sigerius siente el fluido caliente en el vientre, además de notar algo puntiagudo, seguramente el hueso, que ha desgarrado la piel.

—¡Tú te lo has buscado, joder! —grita exultante.

Primero le hace una torsión en el antebrazo, brutalmente, como si quisiera arrancárselo del todo, y lo aparta de sí con una patada. La marioneta chillona se queda inmóvil unos segundos, luego se pone de cuclillas con dificultad, como un pollo que sufre convulsiones. Su cara repulsiva tiene un aspecto terrorífico; la boca parece un tomate pisoteado. Debe de sentir un dolor insoportable, a juzgar por sus gemidos; es un llanto sin lágrimas. Wilbert parece haberse dado por vencido. Perplejo, se mira el codo destrozado, con la mano del brazo sano sujeta la articulación astillada y la sangre se le escurre entre los dedos.

—Voy a matarte —lloriquea.

Pero empieza a salir del vestidor como un cangrejo y tropieza con la pata galvanizada de la burra de la que cuelgan los vestidos de Tineke. Rueda entre telas de colores brillantes en medio de un gran estruendo; se levanta con dificultad, carraspea y escupe, y se precipita al dormitorio.

¿Tendría que seguirlo? Sigerius continúa tumbado de espaldas. Un segundo después, oye gemidos y sollozos que retumban por el pasillo, y el eco de unos pasos vacilantes. Un portazo: la puerta del salón. El enemigo está allí. Él está ahí, tumbado en la alfombra del vestidor.

Se queda allí unos minutos, como muerto. El pecho le sube y le baja. Le castañetean los dientes, por el esfuerzo, el susto, el frío: se está congelando. Unas punzadas gélidas le invaden el cuerpo sudoroso. Entonces recobra el sentido con un estremecimiento: ese desgraciado puede volver. Con un cuchillo. Con una pistola. ¿Cómo ha podido ser tan tonto de dejarlo marchar? Debería haberlo retenido allí, con una llave, inmovilizarlo. Ha dejado escapar a un psicópata. «Mierda», susurra.

Se incorpora, le duele todo el cuerpo, los tendones parecen habersele acortado a la mitad, está lleno de rasguños y hematomas, le sangra la barbilla, se le ha desgarrado la piel... Entra en el dormitorio a través del cuarto de

baño. ¿Qué podría haber hecho? ¿Retener a esa escoria hasta después de las vacaciones? Aguzando el oído, escrutando el pasillo por la puerta abierta, se pone la ropa interior y el pantalón del traje lo más rápido que puede. De la silla que hay en el rincón de la habitación coge un jersey a rayas, sin perder de vista la puerta. Se pone también los calcetines y los zapatos. A lo lejos se oyen unos sonidos, unos golpes en el salón, como si unos objetos pesados estuvieran cayendo al suelo... ¿Qué estará haciendo ese loco? ¿Y qué debe hacer él? ¿Llamar a la policía? ¿A emergencias?

Dejando aparte la cuestión de si quiere hacerlo, o no, o de si es sensato, todos los teléfonos están en el salón. Sus llaves también. Puede salir de la casa por la puerta de entrada y refugiarse en algún sitio. Sí, puede ir caminando al campus. O buscar ayuda entre los vecinos. ¿Y luego? ¿Sacrificarlo todo?

Se ata los cordones sin perder de vista la puerta. No. De momento decide no hacer nada. Sube a la cama y tantea el suelo que queda debajo del lado de Tineke. En efecto, hay un palo de *hockey*. El viejo *stick* de Joni está allí desde que él duerme entre semana en La Haya. Pero se lo piensa mejor y vuelve al vestidor. Ve el nunchaku entre los zapatos que se han caído del estante. Lo coge y se asoma al pasillo desde la puerta del dormitorio; escruta el agujero oscuro del recibidor alrededor del hueco negro de la escalera. Al final hay luz: un resplandor amarillento sale del cristal esmerilado de la puerta del salón. Espera unos minutos. A veces cree oír algo por encima de su propio jadeo, un barullo suave, pisadas. Está bien jodido, le escuecen los hematomas que le han salido por el impacto de los mangos de acero; varias costillas contusionadas, tal vez rotas. Tiene tanto frío que se pone de cuclillas, tan cerca como puede de las baldosas tibias. Repasa una y otra vez el combate, el momento en el que ha seguido tirando del brazo, esa sensación irreal. El cuerpo convulsionado de su hijo sufriendo debajo del suyo, su olor, la fuerza inerme de ese brazo, el crujido.

No puede quedarse eternamente de cuclillas en la habitación. Con el nunchaku colgando del puño, se dirige lo más sigilosamente que puede al salón. Hay un rastro irregular de manchas de sangre sobre las baldosas de pizarra. Pasa por delante de la puerta de la calle y ve que la ha cerrado con llave: ni siquiera puede salir de su propia casa. O sí, por la ventana, como un ladrón. Se detiene ante la puerta del salón; con ojos de búho, trata de ver algo a través del cristal grueso, pero no distingue nada. Decide esperar. Darle tiempo para que se largue, quizá ya se ha ido, hundido, derrotado, con su sed

de venganza aplacada para siempre. Quizá todo se resuelva por sí solo. Quizá deba dejar de pensar.

Hay sangre en el picaporte, sus dedos húmedos se enfrían con el contacto del latón. Abre la puerta y retrocede un paso. Desde el vestíbulo echa un vistazo a su salón, otrora un remanso de paz y seguridad. Está en silencio y rezuma calor. No hay nadie en las sillas. Los sofás rosa están vacíos. Se ven manchas brillantes por todas partes: sangre. El único lugar donde puede esconderse el peligro está justo a la derecha, al lado del quicio de la puerta. Avanza un paso y hace oscilar el nunchaku con fuerza, los mangos golpean las piedras de la mampostería, haciendo que se desprenda un poco de argamasa. Con tres zancadas se planta en medio de la habitación y mira a su alrededor.

Wilbert ha sacado y vaciado los cajones con tiradores de acero del aparador; no está nada mal para alguien que tan sólo puede mover un brazo. El suelo está sembrado de papeles, archivadores con extractos de cuentas, bolígrafos, una perforadora que ha soltado su confeti. Percibe un olor fuerte a alcohol. El mueble bar, en la otra pared, está abierto; delante, en el suelo, hay dos botellas rotas en su propio líquido.

Puede que esté en el mirador, o en la cocina. O en la bodega. Los teléfonos móviles siguen en la mesa del salón, donde los ha dejado. El fijo no está en su base, no lo ve. Si el muchacho tiene un arma, hace mal en quedarse ahí tan expuesto, es un blanco perfecto. Pero si tiene una pistola, ¿por qué no la ha utilizado desde un principio?

—¿Wilbert? —llama; su voz suena turbia, vacilante; carraspea y espera.

La nieve golpea suavemente las ventanas.

—¿Wilbert? Sé que me estás oyendo.

Habla sin tener un plan. En el fondo siempre ha estado convencido del poder de las palabras. ¿Y eso no demuestra su ingenuidad?

—¡Si sigues aquí, cálmate, sé que me estás escuchando! No tienes por qué decir nada. Sólo escúchame. No tengo ese dinero. Lo he devuelto al banco. Pero escucha. Si lo que quieres es dinero... —Le falta el aliento, la tensión es demasiado fuerte. Traga saliva, hace una pausa—. Si lo que realmente quieres es dinero, tenemos que hablar. Como dos hombres adultos. Ya hemos luchado. Y ya estoy cansado de luchar, créeme.

Silencio absoluto. Gritos salvajes y disparos rebotan en su cabeza, pero todo está en silencio.

—No tenemos que luchar, Wilbert. Tenemos que hablar. De ti, del futuro. ¿Wilbert?

Para hacer creíbles sus palabras, se agacha y se deshace del nunchaku deslizándolo por las baldosas. Es un gesto vacilante e irracional: está improvisando. Levanta las manos vacías a la altura del pecho, con las palmas en dirección al hueco oscuro del mirador.

—Wilbert. He pensado mucho en ti. Tal vez no me creas, pero es cierto. No precisamente ahora, no, durante los últimos años. ¿Qué digo? Desde el principio, siempre te he tenido presente. ¿Me oyes?

Deja de hablar. Esto es patético. Ya es demasiado tarde.

Sin embargo, continúa:

—Sé que me guardas mucho rencor, lo sé. Pero eso es algo recíproco. Yo te lo guardo por todo. Pero escucha, todavía somos jóvenes, los dos, y tú todavía jovencísimo. Eso es lo que he estado pensando. Cuando yo tenía tu edad, Wilbert, tú aún no habías nacido.

Eso no es del todo cierto, y se pregunta cuánta verdad hay en sus palabras. Parece como si estuviera en un escenario y se observara a sí mismo desde un palco. Y lo que ve es un actor mediocre, un hombre que intenta salvar el pellejo con un falso texto teatral mal ensayado. Sin embargo, cada palabra le sale del corazón.

—Aunque todo parezca perdido, todavía no hay nada perdido en realidad. Tú eres un hombre libre y yo soy tu padre. Wilbert. Me gustaría muchísimo que empezaras a llevar una vida normal. Y quiero ayudarte a conseguirlo. ¿Me oyes? Hagamos que esa... que lo que ha sucedido hace un momento... sea el fondo. Hemos tocado fondo, Wilbert. Hagamos que...

En ese momento suena el teléfono y casi le da un infarto del susto. La llamada suena primero en la base vacía y luego resuena como un eco en la cocina. Allí está el teléfono. ¿Estará él también allí? La melodía electrónica sigue sonando. ¿Lo espera allí con el teléfono en la mano? El contestador se activa y el altavoz está encendido, como siempre, nunca han conseguido averiguar por qué. Oye su propia voz, grave, extraña y autosuficiente diciendo sus nombres y pidiendo que se deje un mensaje. Después suena la señal acústica, y luego la voz de su esposa:

«Hola, cariño. ¿Cómo estás? Te llamo para desearte un buen viaje mañana... pero debes de estar en la cama. Seguro que estás agotado; espero que por lo menos duermas bien y que mañana te subas como nuevo al coche. Bueno, eh... esto está muy bien, la nieve es buena. Hans y Ria llegaron anteayer y nos lo estamos pasando de maravilla. Te echamos mucho de menos. Bueno, hasta mañana. Ponte una bolsa de agua caliente. Hans dice que en casa hace más frío que aquí. Adiós, cariño. Conduce con cuidado». Cuelga,

y ese sonido le provoca el mismo efecto que una bofetada; el tono de línea «ocupada» resuena irritante en el salón.

Lo asalta una sensación de malestar. La voz de su esposa le ha caído como un jarro de agua fría; por lo íntimo de su mensaje, pero sobre todo por la voz: su familiaridad, el tono reconciliador, ajena a todo lo que está pasando. Todo subraya la locura de esa tarde, las tonterías totalmente fuera de lugar que ha dicho hace un momento en el salón, el crujido del codo de Wilbert... La voz de Tineke en contraposición al crujido.

Cuando se acerca al mueble bar, los añicos de vidrio crepitan bajo sus zapatos. Hay Baileys entre los restos. Se pone de cuclillas al lado, con la espalda apoyada en la pared fría de ladrillo visto, escuchando, aguardando. Moja el índice en la bebida *beige* y se lo chupa.

¿Cuánto tiempo lleva en esa postura? ¿Una hora? No lo sabe, se le duermen las piernas y tiene los pies insensibles. Sigue así hasta que está seguro de que el muchacho se ha ido. Debe de estar en un ambulatorio desde hace rato, ya lo habrán escayolado. No hay nadie en esa casa, aparte de él.

Se incorpora y va al mirador. Encuentra a tientas el interruptor de la lámpara de mesa: explosión de luz. Nada. Se sienta a la mesa jadeando por la tensión. En el techo de cristal hay algo que parece más oscuro que la noche: nieve, por supuesto. En el vidrio, que tiene la anchura de la habitación, ve su reflejo. Está en un escaparate; se levanta para oscurecerlo. La escarcha se acumula en los cristales que lo rodean. ¿De verdad teme a un hombre que sólo tiene un brazo, una mano? Sería inofensivo incluso si tuviera una sierra o un martillo. En tensión, pero un poco más tranquilo, entra en la cocina: nadie. La luz de la encimera está encendida y en la superficie hay una cajita de paracetamol con un blíster al lado del que faltan cuatro pastillas. Se toca la mejilla lastimada y se pone un trozo de papel de cocina en la herida sangrante. Se toma tres paracetamoles.

El teléfono se encuentra en el fregadero (qué raro que esté allí) y al lado hay una botella de ron. Es la que había en el lote de obsequios de la última fiesta de la primavera. Ron Lust, embotellado especialmente para Tubantia: alcohol barato. Al coger la botella, ve que sólo queda un cuarto. Estaba sin abrir, eso es seguro. Falta un cuchillo del bloque que hay junto al microondas, se da cuenta en el acto. Se vuelve de golpe, mira a su alrededor. Se relaja. El cuchillo está en el lavavajillas, como Dios manda. Wilbert se ha marchado. No obstante, saca del bloque un cuchillo corto de carne. Se dirige a la escalera de la bodega, pero regresa a la encimera. Le duele todo. Toma un trago de ron, que le sabe a rayos, y vuelve a dirigirse a la bodega. Los peldaños crujen.

En los últimos meses apenas ha ido por allí, y por el polvo que hay en el suelo de hormigón ve que no ha bajado nadie. Aun así, mira detrás de todos los estantes.

Por último, va a trompicones a la galería, detrás de la cocina. Allí hace más frío de lo normal, exhala nubecillas de condensación. La puerta que da a la terraza está entornada y uno de los cuadrados de cristal se ha roto. De modo que así fue como entró. Cierra la puerta, hace girar la llave y la saca. Corre los pestillos.

¿Y ahora? Está agotado, pero no puede dormir. Tiene adrenalina suficiente para llenar el depósito de su coche y conducir hasta Francia. Y ni pensar de correr las cortinas, bajar la calefacción y meterse en la cama. Ha leído bastante novela negra y visto bastantes películas de Hollywood como para saber que esa casa es el último lugar en el mundo donde puede permitirse bajar la guardia. Ponerse el pijama, lavarse los dientes y tumbarse a esperar el desenlace. Un incendio provocado con gasolina en el taller de Tineke. Un cañón helado en la nuca cuando arranque el coche al día siguiente. Un hacha... Se despertará asustado en mitad de la noche con un dedo golpeándole la frente, tic, tic, «despierta, colega», tras lo cual le partirán el cráneo con el hacha que utiliza Tineke para cortar leña y encender la chimenea en otoño.

Tiene que recoger y ordenar. Tarda un rato en comprender su funcionamiento, pero luego los cajones se deslizan dócilmente dentro del aparador. Apila sobres y papeles, barre el confeti y coge de una vez todos los bolígrafos y lápices que se han desperdigado por las baldosas. Con cada movimiento que hace, se le desplazan de lugar las costillas. Recoge los trozos de cristal y friega el suelo con un trapo húmedo. No se atreve a pasar la aspiradora, tiene que estar atento a cualquier ruido que pueda producirse. En la galería, tiritando de frío, arranca un pedazo de cartón de una caja de botellas de vino y lo pega con cinta adhesiva en el hueco que ha dejado el cristal roto de la puerta.

Ha decidido ponerse en ruta esa noche, eso es, tan rápido como le sea posible. Mientras borra todas las huellas de la grotesca pelea (con un producto de limpieza saca todas las manchas de sangre del vestíbulo y el salón; luego cuelga los vestidos de Tineke con esmero, ordena los zapatos en el zapatero y pasa un trapo húmedo para eliminar la sangre de los bordes), se calma y medita sobre el hecho de que el episodio de esa noche carezca de desenlace.

Allí se ha representado una tragedia inacabada, sin atisbo de catarsis. No se ha resuelto nada, sólo se ha ahondado en la desesperanza. ¿Y ahora? Ahora se supone que se reunirá con su familia, con Ria y Hans, se saludarán, ¿y luego? Será Navidad, se lo confiará o no a Tineke, ¿y luego? Después de año nuevo volverá sin más a La Haya, y si los miembros de su equipo le preguntan cómo han sido las vacaciones, él les dirá: «reconfortantes».

Por la mañana temprano cogió el tren a Bruselas. Antes de ir a la consulta del psiquiatra, entró en una agencia de viajes. Sentado a una mesa redonda de madera contrachapada, se dejó atiborrar como un ganso de folletos sobre California llenos de rutas pintorescas por la autopista 1, parques nacionales que no se podía perder, el Valle de la Muerte y mucho más. Sólo cuando la chica terminó de parlotear le dio a conocer su interés específico por Los Ángeles.

No había reservado nada aún, de momento sólo recababa información. Su plan era pasar una parte del verano en Santa Mónica, quizá en un apartamento en la playa, o a lo mejor en un hotel... Para hacer unas prácticas de fotografía, es lo que le dijo esa misma mañana más tarde a Herreweghe, el psiquiatra al que llevaba acudiendo unos ocho años por recomendación de Elizabeth Haitink. Pero no se lo tragó. Herreweghe no era del tipo observador pasivo, como Haitink, sino que intervenía, era un médico con alma de tutor. Sobrio, sin sentido del humor, Herreweghe cogía a tu psique de la mano.

La sala de consultas acolchada le pareció típicamente belga, decorada como si Jung o Reich estuvieran en el cuarto contiguo pesando un opiáceo, con mobiliario macizo e inamovible y austeras librerías de olmo con cristal tras las que había revistas médicas encuadernadas en cuero para recordarte que no sabías nada de tu propio yo.

—Llevas años sin poner un pie fuera de Bélgica —le recordó Herreweghe.

—He ido a Venlo —respondió él.

—Ajá, a Venlo. Y ahora a Los Ángeles.

Aaron se andaba con rodeos al contestarle, lo que arrojaba dudas sobre la naturaleza de sus planes. Le habló un poco de la correspondencia que mantenía con una amiga que había emigrado a Estados Unidos, de la forma tan sugerente en la que ella le hablaba de su nueva patria (tan sugerente que lo había contagiado). Le dijo que llevaba toda la vida queriendo ir a Estados

Unidos, y más majaderías de ese estilo. Y por un momento le pareció que se había salido con la suya, porque empezaron a hablar de cartillas sanitarias y números de teléfono de emergencia. A aquel hombre no lo incumbía en absoluto que él quisiera ir a Santa Mónica para ver a Joni, pero le daba vergüenza decírselo. Sabía que Herreweghe estaba vinculado como catedrático a un instituto estatal que trataba a acosadores y tipos obsesivos que la justicia le entregaba en una furgoneta, así que tenía miedo de que la palabra «sexo» saliera de pronto en la conversación. No había motivos, es cierto, pero probablemente sería difícil de evitar.

—¿Cómo se llama esa amiga? —quiso saber el psiquiatra.

Intentó darle un nombre falso. Por desgracia, ese hombre sólo necesitaba el movimiento espasmódico de un músculo para atraparte en sus redes.

—¿Es Joni?

—No tenía pensado ir a visitarla.

Sintió que palidecía. Sin embargo, en cierto sentido decía la verdad: un encuentro concertado con Joni era poco probable, pues ella mantenía las distancias y eludía el asunto. Y tal vez una visita oficial fuera inapropiada; demasiada emotividad, pensó. Por eso quería viajar a Los Ángeles por su cuenta, quedarse allí, pasar las vacaciones... ¿Había algo malo en ello? Y a partir de esa situación relajada, intentaría restablecer el contacto.

—Pero tienes su dirección de Los Ángeles.

Herreweghe era un maestro haciendo preguntas imperativas: en hacer como si se aproximara un signo de interrogación, pero en el último segundo estampar un punto. Aaron era incapaz de recordar que alguna vez le hubiera hecho una pregunta normal.

—No. ¿Por qué?

Sunset Boulevard 14023. Santa Mónica, al borde de Beverly Hills. Consiguió averiguarlo de manera bastante hábil. El tono de sus correos electrónicos no era como para preguntarle la dirección; además, habría acabado con la espontaneidad y la posibilidad de hacerle una visita sorpresa, por ejemplo, o de provocar un encuentro casual delante de su casa, algo que sí le apetecía mucho. Como ella no figuraba en las guías telefónicas, había tenido que procurarse otra táctica, así que había buscado a Stol en la guía de San Francisco. Y Stol sería lo que quisieras, pero al menos podías encontrar su número de teléfono en internet. Le pareció que esa llamada podía interpretarse incluso como una especie de revancha sutil.

Sin embargo, en lugar de Stol, fue un niño de unos siete años quien contestó al teléfono, dedujo Aaron, y le dijo que su padre estaba jugando al

golf. Así pues, ¿esos dos habían puesto huevecillos? «¿Y está entonces tu madre en casa?», había preguntado en un tono de falsa inocencia. «Mi madre vive en Los Ángeles», respondió el chico. «No se llamará tu madre por casualidad Joni Sigerius, ¿verdad?». Intentó mantener la voz tan imperturbable como le fue posible, y tras la confirmación sacó el tema de la dirección. El ansia excesiva hizo crecer la desconfianza en la voz infantil. «Pero ¿tú quién eres?», preguntó con una naturalidad enternecedora. Obviamente había dicho «you» porque allí no existe ningún «usted», había sido claramente un «tú». Sorprendido, repitió su nombre.

La rotundidad de Herreweghe era una pala que penetraba directamente en el alma. Joni... Él quería saber cómo le iba a Joni, un nombre que después de tantos años todavía le disparaba las alarmas. El psiquiatra miró brevemente su reloj.

—Supongo que querrás verla cuando estés allí —dijo—. Cuéntame algo de la última vez que os visteis.

Su gran error fue enredarse en responder en serio la pregunta, colocando de propia iniciativa los recuerdos de ese diciembre de 2000 bajo la mirada de rayos X de Herreweghe, un hombre especializado en dictar órdenes de alejamiento. Era un episodio del que nunca se acordaba en detalle, una papilla sin fecha, una guarrada abstracta de impresiones angustiosas, vuelos rasantes y maníacos sobre lo que por aquella época consideraba una existencia humana. «Inténtalo —insistió Herreweghe (el de socorrista en el trampolín más alto habría sido también un buen oficio para él)—, ¿cuándo hablaste con ella por última vez? ¿Y cómo fue?».

Cómo fue... ¿De veras quería saberlo? En cierto sentido, había sido excitante estar casi muerto. Pero había sido Joni quien lo había ido a visitar y la Muerte había pasado de largo. Cómo fue... La caída libre de aquel mes de diciembre. ¿De veras lo quiere saber? ¿Ahora? Estoy aquí con un bolso lleno de guías de viaje. Ella lo había salvado, no cabía duda. Primero lo había llamado por teléfono desde Estados Unidos. Sí, también esa conversación telefónica estaba oculta en algún lugar de su memoria, y había sido un pequeño milagro que no hubiera desistido en sus intentos de dar con él. ¿Qué habría sido de él sin Joni? Ella lo había abandonado pero luego había vuelto.

Entretanto, en Roombeek, los casquetes polares se rompían y las placas tectónicas se montaban unas sobre otras. Hacía un frío glacial y oscurecía pronto por culpa de las lluvias radiactivas, la atmósfera estaba saturada de

residuos de todo tipo en suspensión, o a merced de la fuerza de Coriolis. La sensación era amenazadora. En lo alto del cráter, el sol titilaba como una estrella agonizante, de forma esporádica y cada vez menos. Las excavadoras y los *bulldozers* encargados de transportar los escombros se habían quedado parados mirando al epicentro, abandonados, oxidándose. El frío se agudizaba. Nadie se atrevía a salir a la calle, y sin embargo había ruido por todas partes: árboles de coníferas que se movían con furia, tejas que sobresalían de los techos y segundos después estallaban en el suelo como granadas, bolsas de plástico y periódicos que el viento arrastraba por las cunetas. Durante semanas los radiadores tibios de su casa habían estado gorgoteando y repiqueteando en hueco hasta que el golpeteo cesó de pronto, muerto, frío, y entonces su dentadura retomó el castañeteo. Oía portazos en casas medio desmoronadas.

El fuego de la estufa estaba siempre a punto de extinguirse, y él se quedaba de rodillas delante de la boca de hierro fundido. Las pesadas portezuelas articuladas colgaban de sus bisagras abiertas como tenazas de centollos negros y salía humo de los dos tiradores cobrizos de la tapa de arriba. A cada rato, alimentaba las llamas con tiras de cartón que desgarraba de las cajas que había tiradas alrededor. Mientras tanto, hojeaba apresurado el libro que iba a ejecutar, escaneando las páginas en diagonal para ver lo que debía conservarse a toda costa. Los libros impresos en papel biblia ardían como turba, al menos durante tanto tiempo como las patas de las sillas y los estantes de los armarios. Las páginas imprescindibles las arrancaba con tirones secos, las doblaba y, tosiendo y jadeando, las metía en sobres viejos de correspondencia bancaria.

Apenas podía soportar el humo de la pólvora. Los ojos le picaban y el polvo negro y fino le afectaba a la tráquea. Meses atrás había olido el primer rastro, un perfume vago que le había evocado su niñez: el olor de los petardos de carretilla, o de pistola fulminante, un olor que por momentos se convertía en pestilencia. Desde que habían empezado las heladas, el humo solía pender de manera visible en la habitación y las moléculas de azufre se introducían como nubecillas por la puerta corredera. Ese humo punzante y pesado tomaba posesión de todas las habitaciones.

Vivía aterrorizado. De pronto sentía que le faltaba aire, lo que le provocaba ataques de pánico en su propia casa. A veces se despertaba con la garganta seca y la boca abierta del todo como un filtro de café con pólvora. Otras veces, pocas, la pólvora le había penetrado con tanta profundidad en los pulmones, la ropa, la conciencia... que se olvidaba del olor; entonces olía a lo

sumo elementos sueltos: carbón vegetal, azufre, salitre, y finalmente, nada más... ¿Había desaparecido? En esos momentos el miedo a morir se apaciguaba, sí, cuando no olía nada, se calmaba. En el cráter era aún peor, y ya no se atrevía a ir hasta allí, porque resultaba insano. Además, hacía un frío de muerte, e incluso si se ponía tres capas de ropa (ropa interior, un pijama, un jersey, el traje de Sigerius, la chaqueta del kimono, una chupa forrada, calcetines de esquiar, botas de montaña, guantes con manoplas), incluso entonces, se moría de frío.

Así que se quedaba junto a la lumbre, aunque la chimenea fuera un riesgo, lo sabía: si las concentraciones de salitre eran demasiado elevadas, toda la calle saldría volando por los aires. A veces lo deseaba: un solo golpe devastador que terminara con todo. Sin embargo, mantenía su fuente de calor tan controlada como le era posible (pequeña, compacta) y seguía alerta a la alarma establecida por las autoridades. Las veces que sonaba (un quejido chillón y electrónico que siempre le daba un susto de muerte) se levantaba de un salto e iba tropezando a la cocina, llenaba una cazuela con agua y la echaba sobre las llamas.

Sonaba un teléfono. Un simple y viejo teléfono. ¿El suyo? Alarmado, se levantó con dificultad del sofá donde estaba incrustado, y fue vadeando hasta el cuarto de atrás. Con la respiración contenida, miró la cortina cerrada. ¿Qué sucedía? El aparato de plástico que había detrás era un intruso en potencia, sólo necesitaba descolgar el auricular para que cambiara su naturaleza: algo de fuera entraría dentro. ¿La mujer de Limburgo que había intentado sonsacarle información? Rebuscó detrás de la cortina y descolgó el aparato. En lo más profundo del plástico pululaban los electrones.

—¿Hola? —dijo una voz.

Él aguardó, escuchando con atención.

—¿Aaron? Soy Joni. Te llamo desde Estados Unidos.

Era un estetoscopio: Joni había conseguido que se pusiera ese instrumento en el cráneo; por un momento, supo cómo funcionaba: habían tendido un largo cable transatlántico de kilómetros y más kilómetros de longitud por el fondo del océano y a través de pinares hasta su casa; una operación militar para diagnosticar a Aaron, pero la imagen se desvaneció tan rápido como había llegado, tal vez porque la voz le removió el ánimo, un ánimo que había empezado a tocar fondo como los posos en un vino añejo embotellado. ¿Una botella de Sigerius? La voz lo sacudió con fuerza, los recuerdos emergieron

como nubes y le enturbiaron el cerebro, que llevaba semanas focalizado en su lucha contra los elementos.

—¿Estás ahí? —preguntó.

Tosió pólvora de la garganta.

—Sí —dijo.

Pero ¿dónde estaba ella? ¿En Estados Unidos? ¿De verdad?

—Bien. Hace mucho tiempo que no nos vemos... ¿Qué tal te va? No puedo extenderme mucho.

Él asintió con la cabeza. Hacía tanto que no hablaba con nadie que fue incapaz de responder algo, ella tenía que comprenderlo, sólo sabía escuchar: el parloteo de la gente en los supermercados (a los que, en realidad, ya nunca iba), los chirridos y gruñidos de los bichos bajo los muebles, los reproches que le lanzaban desde las estanterías de su librería; tal vez fuera el silencio en casa, su propia quietud, la que provocaba los siseos y gruñidos. Sólo tenía que mirar un lomo cualquiera de los que había en la librería y estallaba una perorata; una manipulación tóxica, eso es lo que era, y él se dejaba difamar con resignación. A veces, todo quedaba en pequeñas calumnias («¡A ver si alguna vez te compras algo normal de comer, patán, algo que puedas pelar y cocinar tú mismo!») o insultos vulgares («¡Inútil! ¡Apesta a la mierda de tu culo!»), pero a menudo eran ataques a su carácter («¡Traidor, nazi, muérete, púdrete!»); eslóganes retóricos que lo obligaban a esconderse arriba, en la cama o en la ducha, pero el maldito frío al final siempre lo hacía bajar de nuevo por la escalera, el mismo frío que le había susurrado el modo de deshacerse de sus demonios, una pira...

—¿Aaron? Me queda poco saldo.

¿Saldo? Saldo a favor. Le dio un sofocón: ¿a qué se refería? Intentó agarrarse a algo. Los saldos fluctúan como la enfermedad; de cada sobre que llenaba con páginas que merecían el indulto, sacaba extractos de cuentas, la casa estaba plagada de extractos, los sobres se salían de los cajones y los armarios, o los tiraba en el desván procedentes de archivadores grises, sobres alargados con ventana remitidos por bancos de los Países Bajos y, principalmente, de Luxemburgo. Una vez había un debe de 284,30 florines, la vez siguiente tenía disponibles 2.438.749,63 dólares, luego tenía que apañárselas con cinco florines y catorce céntimos... No entendía nada y podía pasarse horas dándole vueltas; ¿dónde estaba ese maldito dinero, de dónde provenía?

—Lo hago lo mejor que puedo —respondió—. Pero sigue siendo difícil.

No oía nada, sólo un zumbido.

—Lo comprendo —dijo una voz—. A mí también me resultó duro, créeme. En cualquier caso, tengo buenas noticias. Te llamo porque he encontrado un comprador. Para el barco.

Para su yate... En su cabeza se extendió un océano negro y liso, un barco hundido, trillones de moléculas de agua heladas bajo un débil claro de luna, hay poco oleaje, él se aferra a un trozo de pecio viscoso, a su alrededor ve cadáveres flotando contra el techo del mar.

—Me preguntaba si querrías acompañarme a Sainte-Maxime. Que vayamos en el Alfa al *Barbara Ann*. Tengo que contarte muchas cosas.

La confusión se transformó en miedo. Hacía un momento su corazón le parecía demasiado grande para su cuerpo, pero ahora él se estaba derrumbando y su corazón se había empequeñecido como una cereza, el vacío succionó su cavidad torácica, una implosión que, según sencillas leyes, repercutía en toda la habitación: las paredes se encogían hacia dentro, la puerta corredera rota era una boca que inhalaba vapor marrón herrumbroso. Estaban en el Alfa, él pisaba el acelerador, pero salían del yate. Iban a toda pastilla hacia arriba, hacia los Países Bajos, hacia allí. Hacia el cristal que debía romperse.

—Está bien —balbució.

—Estupendo —dijo ella—. Tengo un vuelo para el veintiuno de diciembre. Al día siguiente puedo estar en Enschede.

Él tosió, carraspeó y escupió un gargajo de polvo.

—Está bien.

Antes o después, no sabía en qué dirección estaban viajando (¿el tiempo seguía transcurriendo, o se había detenido?), en cualquier caso, en un momento especialmente frío, levantó el objeto marrón por sus bordes estrechos sobresalientes y lo arrastró hacia una pared gimiendo por la tensión. A mitad de camino, el costado del objeto marrón se abrió de golpe, como una puertecita, y empezaron a salirse las entrañas, cayendo con estrépito al suelo. Se rompieron como el cristal. Aaron gritó aterrorizado mientras unos vapores penetrantes se elevaban. Como un resorte, huyó a la habitación contigua.

Cuando se despertó, sobresaltado, no veía nada. A oscuras, encontró a tientas la abertura rectangular, y estuvo escrutando las tinieblas hasta que pudo distinguir de nuevo el objeto marrón. No se movía. Lo rodeó, con cautela, e intentó cogerlo por los bordes suaves con sus manos enguantadas;

se inclinó más hasta que por fin pudo recogerlo. Como si no existiera la fuerza de la gravedad, colocó el cadáver junto a una pared.

Abrió los ojos y constató que todo era visible de nuevo. «¿Estoy aquí?». Con un rotulador entre los dientes, se encaramó al mueble bar (¿lo había colocado allí él mismo?) y se halló de repente muy por encima del nivel del suelo, el borde de las baldas vacías de la librería, íntimamente cerca, le oprimían el pecho y los muslos de un modo agradable. Tiritando, se cogió el rotulador de la boca y escupió el capuchón al suelo. Con trazos grandes y abiertos, dibujó una «A» en el empapelado y la coloreó de rojo. Después escribió «ROOM»; le resultaba difícil e iba extremadamente lento con la mano enguantada. Antes de cerrar la segunda «O», tuvo que bajar del mueble porque le temblaba el brazo y sentía pinchazos en el hombro. Luego volvió la oscuridad durante mucho tiempo.

Fuera, una capa de ceniza pálida de varios centímetros de espesor cubría las viviendas y la vegetación devastadas. Debía de haber ocurrido algo terrible, una catástrofe nuclear a la que sólo él había escapado. Desde hacía horas, una ceniza blanca bajaba del cielo revoloteando como nieve. Probablemente se habría librado de la radiación porque su casa estaba en una coordenada peculiar, una rareza termodinámica impermeable al calor. Todo estaba abrasado en el cosmos, excepto las casas de su calle. Algo, o alguien, lo apreciaba todavía.

«WITH A»... Estaba ocupado coloreando la segunda «A» solitaria —una letra que le despertaba una simpatía intensa, más que la primera—, al borde de las lágrimas, cuando olió a pólvora. Enseguida vio la causa: el estante superior estaba cubierto de una capa alarmantemente gruesa. Todos los músculos se le tensaron a la vez, se apartó del muro dando un grito y su cuerpo salió volando por los aires. Flotaba, quizá pudiera salir volando hacia fuera a través de los tabiques, pero antes de poder cambiar de rumbo, el brazo izquierdo topó con un objeto duro. Cayó al suelo dándose un golpe seco, con la cabeza hacia atrás. Sin perder la calma, se puso a girar en la misma dirección que la Tierra calcinada, sintiendo un dolor palpitante en las nalgas y la zona lumbar.

Más tarde, alguien habló. Aaron abrió los ojos y vio una figura en la penumbra. Las palmas se le pringaron de una sustancia cenagosa. La criatura, que estaba en medio del espacio cubierto, dio un paso y estiró un tentáculo enguantado que sostenía una bola extraña y brillante. «Tranquilo», le dijo ella. Él se hizo a un lado rápidamente, gritando, y se deslizó con la espalda en el suelo hasta que se golpeó la cabeza contra la pared.

La criatura se había hinchado, llevaba una especie de traje espacial, la ropa de una brigada alienígena de desactivación de explosivos. Aaron no podía reconocerle la cara porque cambiaba constantemente. En la penumbra parecía una máscara antigás de piel humana, un rostro con ojos grandes y redondos y un morro de goma. La bola brillante era una bomba de neutrones que desprendía llamas doradas: la criatura le estaba ofreciendo el fin de los tiempos, el Armagedón. Dio un paso en su dirección y él volvió a resistirse de nuevo, apretándose un poco más contra la pared.

—No —susurró.

—Aaron —dijo una voz aterciopelada—. Tranquilo. Soy yo.

Al oír mi nombre, sus ojos empezaron a moverse a un lado y a otro como discos de *hockey* sobre hielo, y se apartó de golpe. Luego se levantó farfullando, pataleó con los zapatos en la cochambre como si fueran las patas traseras de un perro que sale disparado. Parecía querer hundirse en la pared.

—No tengas miedo —dije con voz suave, si a él o a mí aún no estoy del todo segura.

Le tendí una mano para ofrecerle el regalo que le había comprado en el aeropuerto, una gran bola de Navidad de chocolate amargo envuelta con celofán y cintas doradas que, siguiendo mis indicaciones, la dependienta de una bombonería Leonidas había rellenado de bombones artesanales belgas. Medio kilo de completo desacierto, comprendía ahora. En la penumbra de aquella habitación apestaba demasiado como para que te apeteciera precisamente el chocolate.

Él movía convulsamente la cabeza hasta que de repente me miró. Su mirada me asustó tanto (sus ojos parecían unos transformadores lanzando chispas) que dejé caer la bola de Navidad y el regalo fue a parar con un golpe sordo sobre algo que parecía de cartón. La reacción de Aaron fue totalmente desconcertante: se tapó la cara con los brazos mientras chillaba y se encogió como si tuviera a los pies una tarántula, o incluso al mismo diablo.

—¡Llévatelo! —aulló—. ¡Llévatelo, joder!

Lo único que había que llevarse de allí con urgencia era a él mismo. Tenía que verlo un médico, y rápido.

—Tranquilízate —le dije—, no te vayas.

Y retrocedí hasta el recibidor, tropezando y arrastrando hacia la luz del día mi maleta con ruedas a través de la basura que me llegaba al tobillo.

Alcancé la nieve jadeando y cerré la puerta de la calle, que había tenido que abrir yo misma un par de minutos antes porque mis timbrazos no habían obtenido respuesta. De no haber percibido un murmullo vago a través del cristal roto de la puerta, habría pensado que se había olvidado de la cita y que

estaba en Venlo celebrando la Navidad, o algo parecido. En ese momento comprendí por qué me había parecido extraña la conversación que mantuvimos por teléfono. Lo que había tomado por resentimiento (parecía enfadado y molesto, como si mi llamada lo hubiera despertado) debió de ser pura confusión.

Entré por la callejuela que había al lado de su casa y saqué el móvil. Llamé a Boudewijn Stol, que llevaba meses siendo mi paño de lágrimas y al que, para mi sorpresa, encontré en la sala de llegadas del aeropuerto esperándome, así sin más, porque tenía curiosidad por ver a quién le enviaba correos electrónicos todos los días. Le pedí que me buscara el número de unas urgencias psiquiátricas.

—¿Quieres que vaya? —me preguntó—. ¿Quieres que te acompañe a Francia? ¿Qué ha dicho Arend?

—¿De qué?

—Bueno, pues de eso.

—Nada —dije—. Sólo se ha puesto a gritar.

En el teléfono de urgencias me atendió una señora con un acento desabrido de Twente que me dejó claro que no iban a ir a buscar a Aaron, pero que podía llevarlo a la clínica Tulp de Twente, un psiquiatra en las afueras de Enschede. Mientras hablaba con ella, me llegaban gemidos inquietantes de la sala de estar. Me adentré un poco más en la callejuela gélida y, entre dos coníferas, observé la parte trasera de la casa. Aparte de los tabiques podridos, no vi mucho más. El cristal de la puerta de la cocina tenía un aspecto mate por la grasa. Regresé, apresurada de repente; la nieve estaba suelta, pero peligrosamente resbaladiza, y cerca del sendero del jardín casi di con mis huesos en el suelo. Al entrar en la sala, volví a vadear un montón de papel viejo y correo sin abrir. Junto al marco de la puerta, palpé la pared y encendí la lámpara de techo que había sobre la mesita de café. Lo que no había percibido bien en la penumbra lo vi ahora con claridad. El desorden era increíble. La moqueta apenas se veía y hasta la entrada de la cocina todo estaba cubierto de basura. Envoltorios de galletas, bolsas de patatas fritas, jerséis, cajas de patatas, guantes, papeles de cocina estrujados, envases de leche vacíos, propaganda, sobres abiertos, bocadillos mordisqueados, fruta medio podrida, bolsas de plástico de todos los formatos, innumerables cajas de *pizza* de las que asomaban cortezas roídas, por todas partes el mismo dibujo verde y rojo de un pizzero con una sonrisa de oreja a oreja. Pero también los muebles estaban llenos de todo tipo de basura, como si hubiera llovido toda esa cochambre. Aquí y allá, en las paredes, había textos

garabateados con rotulador que me ahorré el esfuerzo de descifrar. Sobre el sofá de dos plazas, una estaca de jardín medio carbonizada. Las librerías, en otro tiempo su orgullo, parecían haberse vaciado en un arrebató; había libros por todas partes, cientos, desgarrados en pedazos, o boca abajo y con el lomo resquebrajado. No parecía que se los hubiera leído, sino asesinado, estrangulado. El Aaron de antes solía ponerse guantes blancos cuando leía un libro. Ahora veía junto a la estufa de hierro fundido una pila de bloques calcinados y medio incinerados de... ¡libros!

Esa clase de abandono sólo la había visto por la televisión, en programas voyeristas sobre personas que habían roto todos los vínculos con la especie, pero lo que nunca había visto, ni siquiera en la televisión, era lo de la mierda de los conejillos de indias. Era demencial. Cagarrutas, miles de mierdecillas ligeramente curvadas, todas del mismo tamaño, como fideos gigantes de chocolate en los rincones, a lo largo de los zócalos y alrededor de las patas de la mesa, en el pasillo que daba al recibidor y en la cocina, apisonadas hasta convertirse en cieno marrón negruzco. A los conejos no los vi... tampoco a Aaron. Había desaparecido.

Fui al recibidor y puse un pie en el primer peldaño de la escalera. Antes de empezar a subir, oí la ducha, un sonido nada desagradable y cargado de esperanza. ¿Quería adecentarse? ¿Habría recordado quién era yo y qué había venido a hacer? Mientras tanto, podía aprovechar para buscar las llaves del Alfa Romeo. En medio de ese estercolero sólo tenía una oportunidad: mis ojos buscaron sobre la chimenea de obra el bote de cacao donde solía guardarlas. Para ver mejor, descorrí las cortinas de la ventana que daba a la calle. El cristal estaba lleno de manchas rojas que ya había percibido vagamente desde fuera, pero ahora retrocedí asqueada. En el alféizar había un pequeño cadáver peludo y ensangrentado. Era el negro de sus dos conejillos de indias, lo vi enseguida... decapitado; bueno, en realidad, lo habían rajado a lo largo. Respiré hondo (por la boca: el hedor en esa cueva, el animalito...) e intenté reprimir el vómito.

Conmociónada, retrocedí hasta la chimenea y me quedé mirando los recipientes vacíos de comida para llevar y otra porquería que había allí. Al mismo tiempo, me invadió un intenso sentimiento de compasión por él, además de un sentimiento de culpa no menos intenso: qué obnubilada había estado conmigo misma durante los seis meses que había pasado en California, qué pocas veces me había preguntado cómo le estaría yendo a él entretanto. «Seguro que se las arregla bien —pensaba—. A fin de cuentas tiene dinero, ¿no?».

Cuando me hube recuperado un poco, encontré el bote de cacao y saqué de él un sobre cerrado: era el que le había metido yo misma en el buzón hacía meses, y las llaves seguían dentro. ¡Llevaba medio año sin utilizar el Alfa! Me guardé el sobre en el bolsillo del abrigo y me dirigí al recibidor. Seguía duchándose. Tenía que venirse conmigo.

Dándome ánimos, subí por la escalera y me detuve en el rellano, perdido de ropa y toallas.

—¡Ya estoy aquí otra vez! —grité.

Llamé sin mucha fuerza a la puerta del cuarto de baño, pero no hubo reacción. Al cabo de un rato, me di cuenta de que el chorro sonaba fuerte y monótono, demasiado monótono y demasiado fuerte... como si nadie estuviera debajo. Abrí la puerta empujando y el vapor de agua salió en unas nubecillas al rellano. En el suelo de baldosas, entre una roña peluda difícil de describir, vi el celofán y la cinta dorada de la bola de Navidad. La cortina de la ducha estaba sucia pero se veía a través, y no había nadie detrás. La describí a un lado y me puse a llorar de inmediato ante tal espectáculo; en realidad, fue una reacción estúpida, ya que una bola de Navidad de chocolate derritiéndose era una insignificancia comparada con el horror de abajo. La bola, o lo que quedaba de ella, sucumbía en el plato de ducha en un baño de agua de chocolate que iba escapándose poco a poco por el sumidero, y el cuchillo de carne que le habían clavado (con saña, así me pareció) yacía como decepcionado con el mango en el desagüe. El agua caliente había derretido un agujero cónico en la bola y los bombones se habían fundido. Hubiera preferido no estar allí. «No con esta barriga». Por un momento, tuve una necesidad irreprimible de despotricar contra Boudewijn, de culparlo de todo. «Por tu culpa estoy aquí; si no hubiera sido por ti, ahora no tendría esta barriga». Sollozando y maldiciendo, cerré el grifo de la ducha.

Sólo entonces oí a Aaron.

—¡Lárgate! —gritaba—. ¡Vete al infierno!

Salí del cuarto de baño; los gritos roncros procedían del dormitorio. Resistí la tentación de acceder a lo que me pedía, irme al infierno para siempre, y abrí la puerta. Estaba sentado en la cama con las piernas encogidas, apenas reconocible con ese mechón de pelo rubio y pringoso por detrás de las orejas. Exclamaba y farfullaba a toda velocidad, moviendo los hombros y la cabeza en espasmos violentos. Cuando entré, empezó a rugir, manteniendo el edredón amarillento y sin funda pegado a la barbilla con los puños apretados.

—Por favor —dijo ronco—, déjame. Déjame solo. Tienes hocico.

Como si estuviera haciéndole frente a un huracán, me subí a la cama de matrimonio y le agarré con suavidad el pie calzado a través del edredón. Mordió el borde de algodón aullando, puso los ojos en blanco y se sacudió como si le estuviera marcando la carne con un atizador al rojo vivo. Jadeando yo también de terror, lo solté.

—Lárgate. Por favor.

De nuevo, para contenerme y no largarme lejos de esa casa apestosa, me lo imaginé en su Batavus negra. «Esfuézate en recordar quién es». Lo vi sentado en esa bicicleta grande con barra doble, su abrigo de borrego abierto y debajo una camisa de seda que muy bien habría podido pertenecer a una mujer. Ese saltamontes despreocupado sobre su bici, con las botas grandes apoyadas en los pedales, pedaleando lentamente conmigo para ir a comprar juntos esa cama. Con ese Aaron en la retina y con máxima cautela, posé una mano en su muslo empapado y le dije «cariño». Con ese Aaron en la retina había ido a Enschede, y con ese Aaron en la retina había decidido tener el bebé.

Durante semanas Boudewijn fue el único que supo de mi embarazo. Evitaba cualquier contacto con Enschede (y Enschede conmigo), y en McKinsey mantuve la boca cerrada tanto tiempo como pude. Desde el momento que empecé con las prácticas en Silicon Valley, Boudewijn y yo nos escribimos correos electrónicos a diario, una rutina con la que él concluía sus tardes en Ámsterdam y yo empezaba mis mañanas en California. Al principio comentábamos sobre todo noticias sosas, a veces inesperadamente francas, con un matiz por su parte difícil de malinterpretar que me parecía gracioso. «Eres el único en quien confío», le escribí un día de octubre. «Claro, claro», respondió él casi exultante, tras lo cual le conté que estaba embarazada y enseguida le confesé que estaba «considerando» muy seriamente la posibilidad de abortar. Un eufemismo para la cita que ya había concertado en una clínica abortista que se denominaba a sí misma Servicio de Planificación Familiar de la Universidad de Stanford. Nada más oírlo, Boudewijn dejó a un lado ese tono de flirteo poco entusiasta y se transformó en una esponja que quería absorber toda la información, hasta el mínimo detalle, así que se lo conté todo; pero ¿qué era ese «todo» si no mencionaba la puerta de cristal hecha añicos y la página web?

Me sorprendió su reacción: me prohibió explícitamente ir a la clínica de Stanford. «Aplaza la decisión tanto como te sea posible —me escribió—. Tómame un período de reflexión». «Eso ya me lo piden allí». «Muy bien, pues tómame un período de reflexión para ese período de reflexión», y me recordó

que tenía obligaciones, no sólo con la «vida», sino también con el padre de la criatura. ¿Cómo? Lo decía muy en serio: sin que Aaron estuviera al corriente, un aborto le parecía, «cómo decirlo de la mejor manera», un crimen. «Pero yo ya no quiero volver con ese chico», le respondí. «Eso no tiene nada que ver —escribió—. ¿Quién dice que tengas que volver con él? ¿Quién dice que él desea tener un hijo?».

Lo que Aaron deseaba era una pastilla que lo atontara. Su miedo era aterrador; sin embargo, continué: fui ganando terreno, le acaricié con movimientos prolongados los brazos, que llevaba cubiertos con mucha ropa, los hombros, y eso parecía resultarle cada vez menos horrible. En ambas mesillas de noche, en los cajones abiertos, en el suelo... en realidad, allí donde mirara, había blísteres de pastillas y botellas de alcohol. Los repasé todos, pero no quedaba nada. Tras una búsqueda frenética, encontré dos somníferos en una mesilla.

—Ten —le dije—, tómatelas.

Las escupió y volví a introducirle las pastillas húmedas en la boca, apretando con los dedos. Le puse en los labios una botella de ginebra Bokma en la que quedaba un poco de alcohol; tragó y consintió que me acurrucara junto a él. Seguí acariciándole los brazos, la cara y el pecho, hasta que empezó a respirar más despacio, a tranquilizarse. Y sólo entonces, cuando yo también estaba un poco más calmada, me di cuenta de la realidad: él no lo veía. Aunque me quitara el abrigo grueso que llevaba, aunque me quitara toda la ropa y apretara la barriga desnuda de seis meses contra su regazo, Aaron seguiría sin ver que estaba embarazada, no digamos ya la posibilidad de que llegara a comprenderlo.

Bajarlo por la escalera fue una tarea agotadora: se resistía, se quedaba encajado entre la pared y la barandilla, su penetrante olor corporal me provocaba náuseas. Delante de la casa se dejó caer de rodillas en la nieve. Mientras preparaba el Alfa tan rápido como me fue posible, se ensortijó en posición fetal, llorando y desvariando, y tuve que convencerlo con paciencia y firmeza, al tiempo que sonreía a la gente que pasaba, para que por fin se sentara en el asiento del copiloto.

Antes del anochecer, que en esa época caía pronto, encontré la clínica Tulp de Twente, al sur de Enschede. Nunca había estado allí. Era un hospital psiquiátrico en medio del bosque, con un árbol de Navidad gigantesco plantado en la entrada, de piedra natural. Tras muchos ruegos y explicaciones

por mi parte, aceptaron que por lo menos pasara una noche en observación. Yo estaba a su lado cuando se tragó tan dócil como una oveja dos neurolépticos morados con un vaso grande de agua, y tuve la sensación de estar calmando mi propia sed, una sed de días. Sólo cuando me pidieron sus datos («¿quiénes son los padres del señor, tiene trabajo?») comprendí lo que Aaron había tenido que pasar hasta llegar a ese estado lamentable. Seguramente nadie había ido a su casa en meses. Sus padres vivían en lo más profundo de Limburgo y llamaban poco por teléfono, por lo que yo sabía. ¿Y su trabajo? ¿Era ése el destino de un trabajador autónomo? En el móvil encontré el número de teléfono de Cees e Irma Bever y se lo di a un enfermero.

Quería irme. Debía continuar. Así que, mientras Aaron estaba en la consulta de uno de los psiquiatras, me marché discretamente. Una vez fuera, levanté la vista hacia los robles y plátanos nevados, a la profundidad infinita del cielo glacial, y me pareció que era un lugar donde la locura tendría la oportunidad de evaporarse.

Conduje hacia el sur por una carretera enfangada, con el abrigo abrochado y la ventanilla bajada. Perpleja. ¿Había vivido ese episodio realmente? La primera parada la hice en Lieja, poco después de medianoche, donde cogí una habitación de hotel, la más cara. ¿Habría tenido que prever que se volvería loco? En mi *suite* había esos almohadones pequeños que una mujer embarazada puede colocarse bajo la barriga tumbada de lado, pero no conseguí dormir.

Creo que ya era septiembre cuando lo descubrí. Por aquel entonces vivía, junto con universitarios, becarios de posdoctorado y consultores recién titulados, en una especie de comunidad de estudiantes en el bosque, entre el campus de Stanford y el parque empresarial donde McKinsey tenía sus oficinas. Compartía un piso en la planta superior con dos francesas bastante desagradables que me habían asignado una pequeña habitación cuadrada con vistas por tres lados a unos abetos altos y puntiagudos. Las primeras semanas en California me sentía sola y compungida, echaba de menos Enschede, echaba de menos a Aaron, echaba de menos a mi padre. Ahora que estaba sola, el sentimiento de culpa se me metía en la conciencia. ¿No era yo, a fin de cuentas, la culpable de que todo se hubiera ido al garete? ¿No había sido mi exhibicionismo codicioso el que había separado nuestros caminos, una alianza tan fuerte como una molécula de agua? Demasiadas veces para mi

gusto veía la imagen de Siem atravesando aquella puerta corredera, absolutamente consciente de lo que se había hecho añicos en realidad... Pero, al mismo tiempo, me sentía liberada: mi trabajo y experiencias en el Nuevo Mundo desterraban los pensamientos más melancólicos sobre Enschede, me distraían de la irreversibilidad de la situación, de su resolución imposible. Hacía jornadas largas y los fines de semana los colegas me arrastraban a San Francisco, donde nos pasábamos el día tumbados en la playa y por las noches salíamos de bares. «Esto está bien, es bueno que estés en California». Justo cuando empezaba a pensarlo, a decírmelo a veces incluso en voz alta, descubrí que estaba embarazada.

«Prosaico» era una palabra demasiado hermosa para describir el modo en el que todo se precipitó. Aun sintiendo mareos, fui la empleada más joven en asistir a la videoconferencia del equipo McKinsey que repasaba página a página el informe final para un cliente asiático. Casi me moría de la comezón que sentía en los pechos. «No te rasques, no te rasques»; si alguien me hubiera preguntado algo, le habría respondido eso: «no te rasques», pero no me preguntaban nada, de manera que tuve todo el tiempo del mundo para relacionar ese picor con la ausencia de la menstruación y con cosas que ya me había sacado de la cabeza: que Aaron y yo habíamos hecho el amor en Córcega muchas veces sin protección.

Me levanté lívida, y el director adjunto que presidía aquel aquelarre de brujas me preguntó si estaba bien y si quería que llamaran a un médico. «A un abortista», pensé, y me limité a salir de la sala de reuniones cubriéndome la boca con una mano, bajé en el ascensor de cristal, asentí levemente a la recepcionista y seguí hasta una farmacia en Palo Alto Square, donde compré dos test de embarazo diferentes que llené de pis en cuanto llegué a la comunidad. Dos franjas rosa bien gruesas. Me quedé sentada en el váter hasta que se me durmieron las piernas. ¡Mierda! Aaron Bever me había dejado embarazada.

El resto de esa semana estuve en cama. Demasiado enferma como para trabajar. Por la noche, me hinchaba como un zepelín de tanto llorar de remordimiento, y cuando me despertaba por la mañana, asustada por mis sueños cenagosos, ese dirigible negro como el carbón pendía por encima de los pinos, proyectando su sombra, como si estuviera a punto de ponerse a arder. No me levantaba hasta el mediodía, comía algo y caminaba durante horas por el bosque, furiosa, confusa, pateando piñas, tambaleándome en mi ateísmo: me costaba esfuerzo no ver la mano reprobatoria de algún dios en ese castigo, aquel dios de mierda de Wilbert. Maldecía ese pedazo de madera

en la pared de Wilbert e imploraba al mismo tiempo un aborto espontáneo: «Dios mío, haz que me fluya por entre las piernas, por favor, no lo quiero». En foros sobre embarazo leí lo que las futuras madres no debían hacer ni por asomo, y en consecuencia hice tantas horas extraordinarias como me fue posible, y en consecuencia dormía menos de lo recomendable, y en consecuencia bebía todo el alcohol que podía en casa, en la habitación de arriba, vino, *whisky*, vodka. Los fines de semana comía con las dos francesas, que hablaban entre sí con un acento parisino incomprensible, tal vez sobre mis artes culinarias (siempre cortaban en dos la carne que yo les preparaba, la husmeaban con sus naricillas pálidas y después una de ellas iba a la cocina a pasarla un poco más por la sartén), tal vez sobre mis náuseas recurrentes. Llamé al Servicio de Planificación Familiar de la Universidad de Stanford y escribí a Boudewijn un correo electrónico.

Cuando a la mañana siguiente estaba comiendo pan con Nutella en el salón de desayunos vacío del hotel, me llamó.

—¿Dónde estás?

—En Lieja.

—¿Y...? ¿Qué dijo? Le dieron una pastilla y se tranquilizó un poco... ¿y luego? Cuenta.

—Y luego no mucho, Bo. No hay nada que contar. Mi ex novio sufre una psicosis, una psicosis de narices. Cree que el sol está hecho de mermelada amarilla que puede untar en el bocadillo. Es realmente terrible.

—Bueno, entonces al pequeño, de momento, no va a echarlo de menos.

Meses más tarde, cuando empecé a respirar un poco, cuando ya no me importaba que Boudewijn averiguara que intentaba vender un yate por un millón y medio de dólares, cuando ya no se me hacía una montaña volver a ver a mis padres, cuando vivíamos tranquilamente en nuestra colina de San Francisco... sólo entonces me percaté de lo que estaba tramando. Entonces comprendí por qué me había aconsejado con tanta paciencia, el tono tan serio de sus correos electrónicos, que habían logrado convencerme de anular la cita en esa mandanga de Planificación Familiar y ponerme a meditar «cada día al menos cinco minutos» sobre «la suerte de la maternidad», un concepto que él, un hombre de cincuenta años sin hijos, no se cansaba de emplear literalmente. Entonces comprendí la satisfacción que sintió cuando dejé pasar la barrera de las doce semanas y hablé de mi embarazo en McKinsey. La naturaleza de su sonrisa en el aeropuerto de Schiphol, donde me llevó a uno de esos reservados

de clase preferente de KLM que a mí me provocaban rechazo, y por qué se rió a carcajadas en medio de ese club mientras comía ensalada de cangrejo. «Tengo malas noticias —dijo acalorado—, he pedido el divorcio. Brigitte y yo vamos a separarnos. Nos estamos volviendo locos». Después me dejó en el tren que iba a Enschede, y al despedirnos me puso brevemente su mano ensortijada en la barriga. (Entonces yo no me daba cuenta de nada, no tenía idea de que ya estaba preparando su traslado a San Francisco y que tenía la intención de sostenerme la cabeza durante el parto. Hace un par de años volví a releer sus correos electrónicos de esa época y lo vi claro. Ya en octubre de 2000 Boudewijn había escrito que para Brigitte era un problema su esterilidad, y con razón, le parecía a él).

Ahora decía:

—Dentro de nada verás a tus padres. Transmítele a tu padre mis saludos más cordiales.

—Así lo haré.

El yate. El maldito *Barbara Ann*. Teníamos que deshacernos de él como fuera, y a ser posible de inmediato, en la primera visita, porque yo no pensaba volver otra vez desde Estados Unidos para venderlo. El armatoste seguía en el puerto deportivo donde lo habíamos dejado en verano. Al cabo de dos días me encontraría en Sainte-Maxime con el posible comprador, un norteamericano acaudalado del ramo de las TIC que había conocido a través de un cliente de McKinsey, un hombre que pasaba los inviernos en Mónaco y llevaba ya un año al acecho de un ejemplar como nuestro Palmer Johnson.

Crucé la frontera francesa antes del mediodía y decidí seguir hasta Lyon para llegar a Sainte-Maxime al día siguiente, razonablemente a tiempo, y poder adecentar el barco con tranquilidad. Yendo sola en el Alfa, la *route de soleil* me resultó bastante deprimente: una franja gris y monótona a través de colinas frondosas y agitadas, con los restaurantes y aparcamientos en una duermevela soporífera, nada de girasoles, nada de atascos, nada de ilusiones. Me resultaba difícil dejar de pensar en la Vluchtestraat y en lo que me había encontrado allí. ¿Por qué las cosas siempre salen de manera distinta de como las planeas? Tras horas de circular por autopistas de peaje oscuras y llenas de camiones, encontré en el centro de Lyon, engalanado de iluminación navideña, una habitación de hotel. La cama tenía el colchón tan maltrecho que no pude pegar ojo.

A finales de noviembre mi madre había llamado a McKinsey y me había pillado completamente desprevenida. De pronto, me encontraba en una oficina de planta abierta repleta de gente y hablando con mi madre por teléfono. No tenía ni idea de lo que me esperaba, y de hecho nunca he llegado a averiguar si se estaba haciendo la inocente o era inocente de verdad. Se la oía muy cariñosa y aparentaba no saber nada del incidente de la puerta corredera. Me preguntó si iba a ir a pasar las Navidades a Val-d'Isère. Gracias al retraso de medio segundo que había en la línea, logré inventarme una excusa: «Tengo mucho trabajo entre Navidad y Año Nuevo, lo siento, mamá». Hasta transcurridos unos días no empecé a lamentarlo realmente, porque desde que había decidido tener al niño, en mi interior iba creciendo algo más, una idea, un plan, un pensamiento que había empezado a acariciar, como si estuviera embarazada de gemelos y tomara ácido fólico para fortalecerlos.

A la mañana siguiente, con la cabeza embotada, emprendía la ruta por la Provenza. El tiempo no era malo, pero tenía frío. Una melancolía insondable empezaba a calarme los huesos. En Chambéry, la salida que debía tomar al cabo de dos días si quería volver al norte para llegar a Val-d'Isère, vi refulgir un fogonazo. Un agujerito minúsculo en mi percepción, como si un calor blanco más intenso picara la pantalla de cine del día. Miré al salpicadero, a mis manos en el volante deportivo de tres radios, y de nuevo a la carretera.

—¡Mierda!

Ya estábamos otra vez. Llevaba semanas rondándome, lo intuía. El último ataque me había dado antes del desastre pirotécnico, y ahora llevaba medio año sin dolores de cabeza, una Pax Migraña que había conseguido tocando madera e implorando piedad. Pero había vuelto. En un par de minutos el punto deslumbrante se expandiría hasta convertirse en un diamante de luz móvil del tamaño de un puño... y parecía que con más intensidad de la habitual, como si alguien tuviera prisa por acabar conmigo. «La fase del aura», así denominaban los médicos esta desgracia. Conocía el proceso desde la escuela secundaria: dentro de un cuarto de hora sólo vería fuegos artificiales, todo se pondría a bailar, una luz ardiente con la anchura de una pantalla. Al cabo de un rato, el diamante daría paso a una media hora tranquila. Después, el dolor de cabeza agudo me introduciría a martillazos un clavo en el hueso temporal.

Demasiado mareada y ciega como para seguir conduciendo, me metí con el Alfa en el primer aparcamiento que encontré, apagué el motor y apoyé la cabeza en el volante. En el bolso sólo tenía paracetamol, ningún Imigran, el

medicamento que ahora necesitaba. La caja ya estaba vacía antes de irme a California. En el yate tal vez hubiera algún ibuprofeno de seiscientos miligramos. Me puse las gafas de sol, pero los fogonazos parpadeantes se hallaban dentro de mi cabeza, marcaban mis pensamientos con fuego candente. Me tomé tres paracetamoles y me concentré en cómo sería pasar la Navidad en Val-d'Isère.

«El bebé lo arreglará todo». No se lo había dicho a Boudewijn sencillamente porque a él ni le iba ni le venía, pero esa idea me había apartado por fin del propósito de abortar. Durante noches enteras había estado en la comunidad echando piñas a la chimenea sentada en el sofá comunal (esa aspereza extraña de las escamas, el chasqueo y el silbido cuando el fuego avivado acababa con ellas), meditando, razonando, tratando de escuchar mis sentimientos. Mientras se me borraba la cintura y se me hinchaba la barriga, había empezado a comprender cada vez mejor cuál era el as que tenía en la manga. Por primera vez desde la escena de la puerta corredera me permití pensar en Córcega, intenté evocar las emociones de esas vacaciones. ¿No habíamos hecho el amor en pleno uso de nuestras facultades? En el barco, en el viaje de vuelta en Nancy. Queríamos este niño. Ni siquiera lo habíamos engendrado por accidente. Conocía a Aaron lo suficiente para saber que lo reconocería de inmediato y dejaría todo de lado para educarlo. Y, joder, el bebé estaba en camino... era irreversible. Y tal vez esa irreversibilidad pudiera compensar la otra irreversibilidad. Un hijo mío y de Aaron... ¿Era consciente de lo que estaba a punto de hacer? Estaba tumbada en un sofá de Silicon Valley haciendo abuelo a Siem. Y cuando fui consciente de eso, ya no tuve ninguna duda: el fruto de mi vientre sería más fuerte que lo que nos había separado. Nos convertiríamos en padre, en madre y en abuelo. Ya me encargaría yo de volver a unir a ese trío con el parto.

El fuego del purgatorio se extinguió. Conduje hasta Hyères a ciento sesenta kilómetros por hora. Allí terminaba la autopista de peaje y empezaba el dolor de cabeza. La carretera de la costa, que sobre el mapa parecía tentadoramente corta, en realidad era como un intestino delgado: curvas interminables que bordeaban acantilados rocosos donde había que acelerar y frenar continuamente. El Mediterráneo no estaba azul celeste sino que mostraba su verdadero rostro: la inmensidad negra e indiferente que era. Bajé una ventanilla y una brisa marina fría se me atornilló en las sienes palpitantes. Salida Saint-Tropez, ya empezaba a ver el final del túnel. En cuanto entrara en Sainte-Maxime, iría derecha al puerto con el Alfa, tan cerca del *Barbara*

Ann como me fuera posible. Pensándolo bien, me zambulliría en el agua y nadaría como un delfín hasta el botiquín.

Giré en la esquina de una pared de roca y de pronto, al fondo a la derecha: barquitos blancos junto a lo que parecía un número interminable de mesas con mantel. Crucé un puente a toda mecha y descendí hasta donde esa carretera nacional exasperante se transformaba en el paseo marítimo, el lugar donde se encontraba el puerto deportivo. Entretanto, me había puesto a gemir monótonamente de dolor.

Aquí mandaba el invierno, las terrazas frente a los muelles de amarre estaban llenas de sillas apiladas y sombrillas cerradas. Pude elegir entre todas las plazas de aparcamiento. Paré el motor, por fin silencio, y desentumecí la cabeza y los hombros. Durante unos segundos creí que iba a vomitar. Respiré tranquila. Me solté el pelo. Respiré de nuevo, tragué, simplemente tragué saliva. Tomé un sorbo de agua y bajé del coche.

La brisa marina me traspasaba el abrigo y lo poco que llevaba debajo. ¿Dónde estaba el condenado yate? Con catorce grados, no quedaba mucho de la cursilería esmaltada que irradiaba ese puerto deportivo con treinta. Las filas de yates preparados para el invierno se mostraban con austeridad: el plástico blanco moldeado, la madera pulida, los cristales tintados, todas señales distintivas de velocidad, de lujo, de exclusividad... y de insolencia, que al fin y al cabo eso eran, un insulto flotante a la sobriedad y el autocontrol que nos habíamos sacudido de encima.

Aaron lo había echado todo a perder. ¿Ése iba a ser el padre de mi hijo? ¿Quién querría a un hombre así como padre de su hijo? Todo habría resultado tan lógico... Los dos juntos yendo a Val-d'Isère de improviso, aunque ya no sería una sorpresa sino... Me dirigí a las oficinas del puerto por el suelo adoquinado, un pequeño edificio blanco con una terraza en el tejado. La puerta estaba cerrada. Fuera de temporada, abierto sólo de tres a cinco. Muy bien, nada de farfullar con un capitán de puerto ininteligible. Me imaginaba que llegaríamos al aeropuerto sin avisar, nos veía entrando en la casita alpina de Hans y Ria, serios pero de buen humor. Me observé a mí misma en el reflejo del escaparate de la oficina: cabello despeinado, mechones rebeldes rodeando una carita pálida que deseaba fervientemente que se compadecieran de ella. La misma muchacha que iba en bicicleta del colegio al campus, en caída libre a convertirse en mamá. De ella había heredado la migraña, pero ese legado tan directo no implicaba más empatía. «Yo también tengo dolor de cabeza a veces, Joni. Y eso no me impide hablar».

Cuando él me viera así, su hija mayor con el cuerpo de una embarazada, confiaba en que todo lo que se había interpuesto entre nosotros se desvanecería. Ya no tendríamos que gastar más saliva en balde acerca del verano pasado, o sí, quizá debiéramos discutir precisamente sobre los acontecimientos entre montañas de millones de años de antigüedad. Podríamos decidirlo nosotros. Nos esforzaríamos. Y en Año Nuevo, Aaron y yo nos subiríamos al coche y conduciríamos hasta la granja. Y al igual que tras la catástrofe pirotécnica, nos quedaríamos allí. Y yo daría a luz en la granja de mis padres.

Con las sienes palpitantes, cogí las llaves del bolso y me dirigí al tercer muelle; si no recordaba mal, lo habíamos amarrado allí. Y, en efecto, casi al fondo de todo, tras un recodo de cuarenta y cinco grados en el pantalan, entre los otros mastodontes, vi el balanceo de una popa familiar. El lujoso culo del *Barbara Ann*. Con paso apresurado, caminé bordeando el agua negra, haciendo caso omiso del graznido insoportable de las gaviotas. Los analgésicos estaban en la cubierta superior, en uno de los compartimentos de la caseta del timonel; o, si no, en el cuarto de baño del camarote grande, en la proa del barco. «Hola, *Babs*», decía siempre Aaron mientras subíamos por la popa, y yo me oía a mí misma repetirlo como un loro. La escalerita que llevaba al solárium estaba llena de cagarrutas de gaviota y en las ranuras y rincones había un agua marrón. Ojalá hubiera podido quitarles la lona a las tumbonas púrpura para echarme allí un rato. En lugar de eso, abrí las puertas de la cabina del timonel, y de pronto me invadió la nostalgia. No pude evitar recordar cómo, a las órdenes del instructor de Palmer Johnson, Aaron y yo habíamos aprendido en una semana a pilotar estos veinte metros de eslora de un puerto a otro sin provocar un estropicio.

Me senté en una de las butacas de cuero del capitán y abrí un armarito a la izquierda del timón. El botiquín. Tiritas, gasa, unas tijeras, el temazepam de Aaron... y el ibuprofeno. Desgarré el sobre y me vertí el polvo en la boca, tragándomelo con un par de sorbos de la botella de agua. Y ahora a echarme. Al cabo de cuatro horas aparecería ese tipo. Y qué si está desordenado. Me imaginé a mí misma sobre la gran cama redonda, sentí el efecto reparador del colchón, las persianas bajadas, el teléfono apagado.

Descendí por la escalera, quizá demasiado rápido, porque cuando pasé por el salón, delante del sofá en forma de «U» tuve que agarrarme al tablero de la mesa. El vómito se me quedó en la boca. Fui tambaleándome por la cocina y lo escupí todo en el fregadero. El grifo de lujo funcionaba como si se hubiera usado el día anterior; me enjuagué la boca, confiando en que los polvos

mágicos no hubieran salido también. Ahí, en la cubierta inferior, había bastante desorden, y todo evidenciaba que nos habíamos marchado a los Países Bajos de prisa y corriendo: dos bañadores de Aaron estrujados, los platos sucios lavados pero no guardados y herramientas que no recordaba que hubiéramos usado. Ahí también hacía frío. En la mesa del comedor, una botella de rosado vacía sin corcho.

¿Cuál era el grado de enfermedad de Aaron? ¿Cómo sería recibida esa sorpresa? ¿Qué podía decir sobre el padre de mi hijo?

Pasado el salón había un compartimento para invitados que tenías que atravesar para llegar al dormitorio principal, un paso amplio con dos sofás cama laterales que nunca se habían utilizado y una cabina de ducha pequeña. Me deslicé dentro y abrí la puerta del camarote grande. Justo entonces noté la peste de mi propia boca: un olor denso, dulzón y pútrido. En tres zancadas alcancé la cama redonda, sobre la que sólo había una sábana fina, aparte de un par de zapatos de tacón... Lástima. Dejé caer la botella de agua al suelo, me eché sobre el lado izquierdo y hundí la cabeza en una almohada. Me quedé así medio minuto hasta que me incorporé sobresaltada con sensación de ahogo.

¿Acaso valía el «bien está lo que bien acaba»? ¿Era suficiente con un abuelo y una madre para conseguirlo?

«No pienses, relájate». Saqué la cabeza de la almohada. Joder, cómo me dolía... Las gaviotas, el susurro de la resaca más allá en la bahía, el tráfico en el embarcadero... Nada de eso se oía desde ahí, y como si de pronto la fuerza de la gravedad se hubiera duplicado, me quedé profundamente dormida. Viajaba en coche por carreteras estrechas y oscuras, rodeada de un paisaje conocido, parecía el campus, avanzaba penosamente con el Alfa por campos de cultivo, con mucho esfuerzo, porque las ruedas se quedaban atascadas. Ironías de la vida, también acabé muerta de cansancio. A lo lejos vi a alguien que reconocí como Aaron. Su cabeza calva, brillando a la luz de la luna como una segunda luna, reflejaba la luz en el lecho de arena que lo rodeaba. Parecía contento, llevaba el abrigo de borrego abierto. «¿Dónde estabas?!», gritó.

Sentí como si hubiera estado horas durmiendo, pero probablemente habían sido un par de minutos comatosos. La jaqueca iba extendiéndose por el cuello y los hombros. Volví la cabeza al otro lado.

Quizá fuera ese olor insoportable lo que hizo que mis ojos recorrieran la madera reluciente de los armarios roperos de arriba abajo, los primeros y vacilantes pasos de una mirada indagadora. Me detuve en una prenda que había tirada sobre la moqueta de color crema como un río rojo de tela. Esa centésima de segundo enigmática en la que pasas de la calma a la sospecha. A

velocidad neuronal, el cerebro envía mensajes de socorro a todo el cuerpo, a los músculos, las glándulas sudoríparas, el corazón, los pulmones... Se me cortó la respiración. Mis ojos siguieron el curso del río, corriente arriba: la prenda de abrigo (era una prenda roja, gruesa) estaba atascada en la puerta del cuarto de baño, de vidrio esmerilado, que por eso se había quedado entornada. Eso no debería estar ahí. Seguí mirándola, petrificada. Un año, tal vez un siglo, permanecí tumbada sin quitarle los ojos de encima a esa prenda... y entonces me levanté despacio.

El dolor de cabeza había desaparecido de lo extenuado que estaba mi cerebro. Había alguien escondido en el cuarto de baño. Un yonqui que había venido a celebrar la Navidad. Un asesino en serie que había venido a celebrar la Navidad. Con dos pasos sigilosos, me acerqué a la puerta entornada y la abrí un poco más. El mismo hedor terrible saltó sobre mí como un mono. Para un barco de apenas veinte metros de eslora, el cuarto de baño era inmenso, una extravagancia típica de los nuevos ricos y su ansia de lujo: inodoro suspendido, doble lavabo, bañera y cabina para ducha, cuya puerta corredera de cristal, como vi rápidamente, estaba abierta.

Un instante después todo se llenó de moscas, cientos de moscas metálicas, una nube pestilente que se dispersó volando y volvió a posarse como a una voz de mando. Tapándome la nariz, di dos pasos. Las moscas estaban adheridas a un cuerpo que colgaba de un cabo de nailon naranja, el cabo con que amarrábamos el yate. Estaba vestido; el torso, como una fruta madura, dentro de un jersey de lana, parecía a punto de explotar. Del calzado de montaña con cordones gordos salían dos piernas gruesas, supurantes, húmedas. En un rincón de la ducha salpicado con un líquido oscuro había un cubo volcado. La cabeza... era su cabeza. El cabo, que había sido atado con un nudo impresionante a la bisagra de la ventanilla abierta de la ducha, estaba puesto a través, y el cuello mostraba una inclinación nada natural. Y la cara...

Me tragué mi propio vómito. Además de verde azulada, la cara estaba hinchada y le asomaba la lengua por la boca desencajada. En la barbilla tenía una costra enorme. El ojo izquierdo estaba cerrado, pero el derecho no y se le salía de la órbita. Estaba más fuera que dentro. Miraba como si contuviese todo el miedo que un hombre puede sentir.

Vomitó, demasiado tarde para alcanzar el inodoro. El contenido de mi estómago restalló en el suelo entre la cabina y la taza. Me puse de cuclillas, volví a vomitar dos veces más y me levanté. ¡Por Dios, mi cabeza! El corazón se me había subido al cráneo. Me incliné sobre el lavabo y abrí un grifo.

«No llores, joder. No llores».

El agua seguía fría. Me lavé la boca y la cara. Me quedé mirando el desagüe. Papel, le sobresalía un papel del bolsillo interior de la chaqueta. ¿Lo había visto bien? ¿Un sobre, una servilleta?

Hice acopio de todo mi valor y volví. Di un paso hacia la cabina. Sin mirarle la cara, metí una mano en el bolsillo; primero toqué el pecho muerto, sentí la pesadez mórbida y retiré la mano, asustada. Jadeando, me agarré de la jamba de cristal. «Pero ¿qué has hecho, papá?». Luego cogí el cadáver por las caderas y lo sujeté para inmovilizarlo.

Era un sobre, en efecto. Me lo llevé fuera del cuarto de baño, crucé el dormitorio y subí la escalera hacia cubierta. En la caseta del timonel me senté en el sofá y tomé aliento. Intenté respirar tranquila y me quedé mirando una boya roja a lo lejos, en la frontera entre el puerto y el océano. No fue hasta que sentí un frío helador (¿media hora, una hora más tarde?) que miré la mano en la que aún sostenía el sobre. Era de formato estándar, como para una tarjeta postal. Sentía la barriga pesada. Intenté abrirlo, pero los dedos me temblaban demasiado. Y la cabeza me iba a estallar. Lo dejé en la mesita y me levanté. «¿Por qué suicidarte? ¡Y yo que creía que eras un luchador!». Me vertí en la boca un segundo sobre de ibuprofeno y tragué los polvos con saliva.

De pronto, un montón de preguntas se agolparon en mi cabeza, preguntas absurdas, e incluso muy estúpidas, todas mezcladas. ¿Cómo entró? ¿Tenía una llave? ¿Por qué tenía que suicidarse? ¿Tenía ya la llave cuando regresamos de vacaciones? ¿Tenía yo un cuchillo o unas tijeras? No podía dejarlo así colgado. ¿Por qué lo hizo? ¿Lo estarán echando de menos ya? ¿Mamá? ¿El Ministerio? Había que ahuyentar esas moscas. «¿Ha sido por mi culpa?». Tenía que llevarlo a la cama. Quitarle la cuerda del cuello. ¿Avisar a la policía? «¿Por qué no me llamaste?». Tenía que ir a Sainte-Maxime, a la comisaría. Tenía que llamar a Val-d'Isère.

Pero no me levanté, seguí sentada donde estaba.

«Si realmente lo estabas pasando tan mal, papá —dije—, ¿por qué coño no viniste a pedirme explicaciones?».

Con unos dedos que apenas podía mover, abrí el sobre. Dentro había una postal, un antiguo cartel modernista de Sainte-Maxime, con una palmera y una playa; yo misma la había comprado en verano y la había dejado sin utilizar en el barco. En el dorso había algo escrito con bolígrafo. A través de

las lágrimas reconocí su letra sorprendentemente infantil. En lugar de leer lo que había escrito, la desgarré y tiré los trozos de cartulina al agua.

Horas más tarde, Sigerius cruza el Mosa por Venlo. En los bordes del agua negra como grafito flotan unas placas de hielo enormes, en el medio hay una chalana larga con montañas de arena. A ambas orillas del meandro ve las edificaciones provinciales donde miles de familias despiertan a la luz grisácea de diciembre. Por enésima vez esa noche, el espesor de la capa de nieve ha vuelto a crecer. ¿No vivían los padres de Aaron en Venlo? Los vio una sola vez, en casa de su hijo. Gente afable con ideas simples. Tiene que llamar a Val-d'Isère; prometió llamar antes de salir. Un mensaje simple de un esposo afable. Mientras siga enfriándose... Baja un poco más la ventanilla de atrás.

Los gases de los tubos de escape penetran en el Audi. Ha empezado la hora punta de la mañana, el tráfico de camiones sigue aumentando y los neumáticos cecean por la papilla marrón de sal y nieve. Desde Duisburgo va a la cola de un camión italiano con remolque a paso de tortuga, pero todavía no lleva retraso. Los esquís descansan sobre el asiento del copiloto, abatido, porque la noche anterior no tuvo energías para montar la baca. Las bolsas de viaje, que van en el asiento trasero, las ha atiborrado con pantalones y camisas sin planchar; no se percata hasta ahora de que la ropa que lleva puesta (un jersey de lana raído, un vaquero gastado y botas de montaña) no es muy adecuada. Su aspecto es, cuando menos, curioso.

Por el este rompe el alba y el cielo plomizo parece anunciar la región minera a la que se dirige. «No pienses». La imagen se parece a muchos otros lugares que tiene almacenados en la memoria, y surge tronando desde los rincones más olvidados para instalarse en su retina. Reserva hotel en Francia. Se obliga a imaginar la cama de un hotel en Metz o Nancy en la que dormir un par de horas. Adecentarse para la normalidad de Val-d'Isère. Un hombre duchado, que hace gala de un mínimo de respeto hacia sus anfitriones. Unas horitas que le sentarán bien en la habitación de un hotel. Pasa por Geleen y se para en una gasolinera. Llena el depósito y quita la nieve del parabrisas.

Dentro, en la cola para pagar, estira las extremidades para entrar en calor y no le quita ojo al Audi. Compra un paquete de chicles y se mete tres en la boca.

Apenas se atreve a respirar mientras cruza la frontera belga y saluda con un gesto de la cabeza a dos aduaneros que están enzarzados en una discusión. No tendría que haber bebido ron. Cuando ya no está al alcance de sus miradas, pisa el acelerador. Desde hace aproximadamente una hora está tenso, es una sensación desconocida, angustiada, tiene los nervios alterados, como si alguien le restregara con un cepillo los extremos enredados de sus neuronas. Aprieta los dientes, que empiezan a castañetearle en cuanto afloja la presión de las mandíbulas. Evitar Lieja, ésa es la consigna; antes siempre se perdían en esa ciudad caótica y ahora quiere rodearla. Necesita estar en un lugar nuevo, al que quiere llegar cueste lo que cueste, aunque parezca fuera de toda lógica. Bélgica siempre desafía la lógica, y por eso en ese momento decide desviarse de la ruta.

¿Por qué no se habrá llevado las cadenas para la nieve? Están en el armario de la antigua habitación de Joni, y al principio de la noche le había parecido demasiado arriesgado subir. Luego se le olvidó. Dentro de nada estará en los Alpes sin cadenas. ¿Habrá empezado el deshielo?

Bordea Lieja por una especie de carretera de circunvalación. En lugar de mantener rumbo al sur, en dirección a Metz, opta por el oeste, toma la A15 dirección Namur. Es imposible no pensar. Para deshacerse de la imagen, evoca otros pensamientos, pensamientos que en circunstancias normales son agradables, visiones suyas esquiando, de las comidas copiosas que prepara Hans, de operaciones matemáticas complejas... pero se volatilizan, son demasiado etéreas como para producir algún efecto. Se palpa la cabeza, como si llamara a algo más intenso, algo con lo que consiga creerse que está haciendo lo que debe hacer, pero no encuentra nada. Se aprieta la barbilla despellejada con el dedo índice.

Pasado Namur, sale de la autopista. Por carreteras provinciales que pronto se transforman en caminos de adoquines, conduce a través de bosques caducifolios donde alrededor de los troncos grises de los árboles se acumula una gruesa capa de nieve endurecida. Ése es un mundo distinto, ahí la naturaleza es siniestra, como en casi todas partes salvo en su propio país. En los Países Bajos la naturaleza se adentra en la tierra como el metro y sólo sale a la superficie en Escandinavia. Es su vida la que es siniestra. A veces esa vida atraviesa la calle de un pueblo con casas grises como fregonas fibrosas, luego vuelve a recorrer kilómetros sin ver edificaciones, sólo bosques y

campos, a veces en la profundidad de un valle divisa un tejado de tejas moteadas.

Descendiendo por una colina, gira hacia un sendero nevado que lleva a un bosque de coníferas negro verdoso. Al cabo de un par de minutos, ya completamente rodeado de pinos altos, detiene el coche a un lado del sendero, lo más apartado posible. Se queda un cuarto de hora allí sentado, está demasiado cansado para moverse. Tineke, tiene que llamar a Tineke. Marca el número y escucha las interferencias de la transmisión en el extranjero. Después de siete tonos, cuelga; la sangre le palpita en las orejas. Intenta ensayar la conversación, ¿qué es lo que quiere decirle en realidad? Antes de que se haya inventado algo que suene normal y corriente, llama ella. «Buenos días, cariño», dice con voz ronca. No se le ocurre nada mejor que dejarla hablar. Están desayunando, le cuenta su esposa, y puede ver cómo todavía no han acabado de preparar las pistas... Él apenas escucha. Ella quiere saber cuándo llegará y él le dice que se le ha hecho tarde, que acaba de salir de Enschede, calcula que a medianoche. Ella tiene clase de esquí. Él masculla algo afable, pero las ideas se le escurren; está a punto de vomitar. El auricular negro le hace pensar en un dedo gangrenoso y calcinado. «¿Qué comiste ayer? —le pregunta ella—. ¿Pusiste la calefacción en el modo anticongelante?». Mientras él respira hondo, ella habla mucho y deprisa, quizá porque Ria y Hans están escuchando en silencio, quizá para reprimir las imágenes de las fotos que él ya casi ha olvidado. Le dice que tiene voz de cansado, «¿pasaste frío anoche?». No. Sí. No se ha acostumbrado aún a la actitud de normalidad de su mujer al otro lado de la línea, a su terca resolución de actuar como si nada hubiera sucedido, todavía no. Luego, más tarde.

—¿Te ha cabido todo en la boca?

—Ahora voy a intentarlo —responde.

Y nada más colgar, calcula cuánto tiempo ha pasado desde que ha salido de la galería de la cocina con los esquís bajo el brazo. ¿Seis horas? También podrían haber sido seis años. Deja caer el teléfono sobre el regazo.

Por extraño que parezca, había hecho varias idas y venidas de la casa al Audi, aparcado en el lateral de la fachada, primero con la bolsa de viaje, luego con el portátil y el maletín, abriéndose camino con cautela, con pasos que crujían sobre la capa de nieve suavemente ionizada bajo la luz de la lámpara del mirador. Intenta recordar cuál era su estado de ánimo en ese momento, el desasosiego cansado con que había sometido la granja a un último control de rastros de sangre y otras irregularidades. Por último, con los esquís en la

mano, había ido a la galería de la cocina. ¿El alivio que sentía estaba alentado por un optimismo cauteloso? Había encendido la luz de fuera (¿no la había encendido antes?) y visto toda la terraza iluminada con el resplandor amarillento. Empezaba a nevar con más intensidad; abrió la puerta de la cocina y salió. Del tejado de mimbre y del castaño enorme del jardín caía polvo blanco. Mientras el viento glacial le calaba los huesos a través de la ropa, observó las huellas que habían dejado sus propios pies en paralelo al mirador, y se percató de una ramificación más estrecha que se adentraba en el jardín. Sus ojos siguieron los pasos, ligeramente cubiertos por la nieve, que llevaban a una elevación al borde de la terraza, unos seis metros más allá. Allí había algo. Un bulto alargado, cubierto de nieve, más o menos donde las baldosas de la terraza, ahora invisibles, se transformaban en hierba. Los esquís se le escurrieron entre los dedos, pero la nieve amortiguó el golpe. Allí estaba, sí. Joder. Dio un paso y miró detenidamente. Wilbert. De espaldas, con el brazo roto abombado bajo la chaqueta de piloto. La nieve empezaba a acumulársele sobre la ropa, tenía las piernas algo abiertas, con los pies hacia fuera y las puntas de los zapatos blancas. La cabeza estaba de cara a la granja, pero en un ángulo raro hacia atrás. Miró el rostro maltrecho, el ojo izquierdo con hendiduras. Por la nariz, constató con un estremecimiento súbito, salían nubecillas de condensación.

¡Esa cara, por Dios, esa cara! Apretándose la herida supurante del mentón, echa un vistazo a su alrededor. «Vamos, piensa en otra cosa, joder, piensa en... ¿Joni?». Está jadeando, dentro de un coche parado en un sendero forestal de las Ardenas belgas, a punto de desmayarse. «Piensa en algo... positivo». El juego que le gustaba a Joni en Bonita Avenue, uno que ella llamaba «la hija más simpática de Estados Unidos». Asomaba su cabecita rubia por la rendija de la puerta de su dormitorio conyugal, una cara radiante que anunciaba el nuevo día fresca como el rocío: «Papá y mamá, ya está aquí la chica más simpática de Estados Unidos. Lista para la primera ronda. Quedaos en la cama». Descansa la cabeza extenuada en el reposacabezas, cierra los ojos unos segundos. Desde la cama, la oían abajo, en la cocina, exprimiendo naranjas, preparando café, tostando pan; había una variante vespertina en la que volaba por la pequeña sala como en una película a cámara rápida, una abejita laboriosa con cerillas para las velas, corriendo las cortinas, el trajín enternecedor con el sacacorchos y una botella que no...

Es contraproducente. Los recuerdos felices lo sumen en una tristeza profunda. Abre los ojos, baja la ventanilla y escudriña el bosque unos

minutos. Los troncos negros están tan juntos que la visión no le llega más allá de unos treinta metros. A lo lejos: oscuridad.

Se había quedado inmóvil, sólo era capaz de mirar. ¿Cuánto tiempo llevaba ese bastardo ahí? Parecía haber resbalado, probablemente trataba de escabullirse, tal vez se había caído de cabeza, o sobre el brazo. ¿Habría intentado levantarse? La nieve a su alrededor no parecía removida. ¿O estaba durmiendo la mona? ¿Era eso? El ron, claro. Debía de estar como una cuba y se había caído, habría agitado el brazo ileso en vano y habría pensado: «Dulces sueños». El muy idiota estaba durmiendo la mona a treinta grados bajo cero.

Lo consultó con la voz de su conciencia. ¿Cuántas veces, en los últimos tiempos, había consultado a la que era la mejor versión de sí mismo? En esa ocasión estuvieron de acuerdo rápidamente. Se quedó un rato más mirando fascinado el cuerpo dormido en medio del frío siberiano y luego volvió sobre sus pasos. Recogió los esquís tirados en la nieve, los dejó en el fregadero, sobre el felpudo, y cerró con llave. En la cocina volvió a sacar del bloque el cuchillo de la carne. Entró en el mirador y encendió la luz por acto reflejo, pero volvió a apagarla enseguida. Con los ojos fijos en el cuerpo que había sobre la nieve, rodeó la mesa larga sin chocar con nada y giró con sumo cuidado una silla hacia la puerta acristalada y se sentó, con el cuchillo en la mano y la mano en el regazo. Su hijo tenía una calva fea.

Al principio no supo muy bien qué hacía allí sentado. ¿Estaba protegiendo su fortaleza? ¿O tenía otras intenciones? A medida que pasaban los minutos, se dio cuenta de que sólo le interesaba una cosa: el vaho. En el halo de luz más lejano de la farola veía elevarse la respiración húmeda de Wilbert. Tiritaba, así que se subió la cremallera de la chaqueta de esquí por encima de la nuez. Vigilaba de forma obsesiva esa respiración. Suave, como en filigrana, vislumbraba su propio reflejo en el espejo, un contorno diez veces más débil que el rostro iluminado de allí fuera, un rostro deformado, insólito, que pertenecía a un cuerpo que estaba paralizado por el alcohol, cada vez más frío y necesitado de auxilio.

Debería haberse hecho monje. ¿Cómo podía quedarse mirando indefinidamente una misma cosa, sin pensar en nada, en un estado de máxima concentración? Apretó la rodilla izquierda contra el cristal gélido. En su cabeza no había más que vaho, pequeñas nubecillas que le llenaban la conciencia. «Desconecta, ya le has dado suficientes vueltas». Y entonces lo consiguió, en su cabeza se instaló la calma, nada de pensamientos recurrentes, ninguna reflexión como tal, sólo retazos —«lo que puedes llegar a hacer con

quince mazazos»—, y cuando éstos se escapaban de su cerebro, él los ahogaba en las nubecillas de allí fuera. Ni una sola vez apartó la mirada del volcán humeante, de esas fumarolas emisoras de azufre que salían sin cesar, bajas, incansables. Pero también seguía helando: entraba frío, salía calor, entraba frío, salía calor...

Lo levantó y lo abrazó, y notó la barbilla seca y estriada sobre su frente sudada. Después, un hombre al que no conocía lo condujo al borde de la tarima esponjosa. Estaba tumbado de espaldas, hundido en el tatami; los otros chicos lo rodeaban, en silencio, inclinados sobre él y haciendo gestos con la cabeza. Había uno rubio y delgado que gemía. Sentía su cara diferente y se la palpó, tenía hinchazones por todas partes, como pequeños tomates calientes, la notaba ardiendo y gigantesca. «No avises a mi esposa», decía él llorando. «De acuerdo», dijo el señor Vloet, quien, se daba cuenta ahora, parecía la versión avejentada de uno de sus vecinos, el anciano de arriba de la Antonius Matthaeuslaan, que ahora veía cruzar el *dojo*, que a su vez se transformaba en su despacho de Zoetermeer, pero más amplio, con menos muebles...

Lo despertó un golpe metálico. «¿Dónde estoy?». Hasta que vio su propio reflejo, estuvo dando vueltas por un universo negro sin referencias. Se pasó las manos por la cara; el cuchillo de la carne había caído al suelo embaldosado. Cuando lo recogió y lo empuñó de nuevo con fuerza, notó sus músculos rígidos por el frío. Asustado, escrutó la terraza. La pierna corta se le había quedado dormida. La noche seguía negra pero más desvaída. La cara continuaba allí, parecía haberse vuelto un poco, y por un instante pensó que tenía los ojos abiertos. Se restregó enérgicamente las sienes.

La respiración se había detenido.

Permaneció sentado. Estuvo así un cuarto de hora más por lo menos, o eso le pareció; sentado en esa silla como si se hubiera congelado, mirando inmóvil el cuerpo aún más inmóvil en la nieve. Ahora resultaba imposible no pensar, cualquier atisbo de pensamiento brotaba de inmediato hasta convertirse en una guirnalda de triunfo y culpa. Dejó que la confusión proliferara como si no fuera con él. «Así que eres un asesino... Así que sois asesinos los dos, pero tú eres el que ha sobrevivido, el fugitivo, el impune...». Se levantó de la silla e intentó abrir la puerta corredera de cristal; no fue fácil, el lubricante parecía haberse congelado. «No, no mezcles las cosas, a él no puedes llamarlo “asesino”...». Hundiéndose en la nieve, se dirigió al cuerpo; se detuvo cerca de él y lo miró. «Tú no tienes el derecho de matarlo, y tampoco el de difamarlo, a él no lo condenaron por asesinato...». Tenía la chaqueta empapada de sangre, la nieve bajo el costado izquierdo se veía

comprimida y marrón. «Fue homicidio, quince golpes histéricos, quince golpes que causaron una muerte en el acto, pero no fue asesinato; tienes que ser preciso. Tú sí eres el asesino de la familia, tú lo has asesinado...». ¿Estaba muerto? Inhaló profundamente, retuvo el aire frío en los pulmones, le empujó con la punta de la bota el hombro derecho, primero con cuidado y luego con más fuerza. Le chasquearon las rodillas cuando se agachó. Inhaló profundamente de nuevo, y luego le clavó la punta del cuchillo en la palma de la mano abierta.

Se apea del coche. El golpe de la puerta al cerrarse retumba en el silencio helado del bosque. Abre el maletero, duda un momento entre la mochila y la bolsa de la tienda de campaña, y saca esta última con esfuerzo. La sujeta bajo un brazo y cierra el vehículo. La lona está gélida, pero sabe que el hielo está empezando a derretirse; fuera, pero también en su cabeza: allí arriba está cambiando algo. Lo que había conseguido durante toda la madrugada, de hecho durante toda la noche (razonar con frialdad y, a continuación, actuar con frialdad) ahora le cuesta cada vez más. Vuelve a mirar a su alrededor y se adentra en el bosque con la bolsa pegada al pecho. Lo hace con dificultad, no hay sendero y a veces debe esquivar las ramas rebeldes. La nieve es fina y dura, tropieza con las raíces y el abrigo tosco se le queda enganchado en los matorrales espinosos. No oye pájaros. Sólo ramas y agujas rompiéndose bajo sus botas de montaña, a veces el susurro de animales invisibles, pero sobre todo su propio jadeo. Los treinta, quizá cuarenta kilos que lleva en los brazos quieren bajar, pero él mantiene la bolsa agarrada con torpeza. Y vuelve a pensar en el rostro desfigurado, las manos empiezan a transpirarle, tiene que hacer un alto. «Piensa en otra atrocidad». El codo, piensa en el crujido, en la resistencia de la articulación; las células que se estiran y resisten, el momento de la rendición, el crujido. «Vamos, continúa».

Le faltó muy poco para salir pitando con el coche sin más. Tras haberse asegurado de que Wilbert estaba muerto, había recogido los esquís y los había colocado dentro del vehículo. «Lo dejaré ahí sin más; ha muerto como ha muerto». De pronto lo invadió una explosión de testosterona, sintió la euforia de la victoria, tanto que casi tuvo miedo de sí mismo. «Les contaré que estaba durmiendo, y ya está. Como cualquier persona normal, me encontraba por la noche en la cama, y ese cabrón murió congelado mientras dormía; así es. Los

borrachos sólo mueren congelados cuando nadie los ve. Y por la mañana me levanté y me fui de vacaciones. No vi nada, así de simple». Ya había apagado las luces y la calefacción del suelo, y los radiadores estaban en el modo anticongelante cuando se dio cuenta de que en absoluto era tan simple. No hay nada de simple en que aparezca un cadáver en tu jardín. ¿Cómo es que no había visto a Wilbert allí tirado? Las pisadas en la terraza: la nieve estaba plagada de pisadas de ese cuerpo y de otras que iban en su dirección, las de Sigerius. Y aunque existía la posibilidad de que se derritieran a tiempo, ese bastardo no se derretiría. Nunca.

Exhausto y desesperado, se había tumbado boca abajo en el sofá. No necesitaba cerrar los ojos para verse en la pista de esquí recibiendo una llamada de la policía: «Hemos encontrado un cadáver en su jardín». Ya veía las cintas rojiblancas tensadas alrededor de su granja cuando llegaron a casa después de un viaje en coche extenuante. Se había puesto a tiritar como alguien con fiebre aguda, un tembleque incontrolable debido al... cansancio, la tristeza, el miedo.

Sí, tenía miedo. De querer escapar a toda costa se había pasado al otro extremo: iba a presentar una denuncia. Para minimizar los daños debía ir a la policía enseguida. A la comisaría central de Enschede, y allí ofrecer una versión aceptable de los hechos. «Pillé a mi hijo delincuente entrando a robar en mi propia casa. Nos liamos a golpes, en una pelea a vida o muerte, hasta que él logró escabullirse. Y justo esta mañana, cuando me iba de vacaciones, me lo encuentro allí, en la terraza, bajo la nieve, muerto, congelado». Durante un minuto le había parecido que la historia era clara y convincente. Estaba en el salón con el teléfono en la mano, y habiendo marcado el número, cuando pensó: «Pero ¿por qué no has llamado enseguida? ¿Querías irte de vacaciones? ¿Tras un incidente así? ¿Por qué no has llamado a la policía enseguida?». «Ya han pasado varias horas; ¿por qué no ha llamado usted hasta ahora?». Es lo primero que le preguntarían, seguro. ¿Y qué podría responder?

Mientras estaba tumbado en el sofá, medio inconsciente, lo había asustado un ruido de motor. ¿Una moto? La del repartidor de periódicos: se acerca, para, vuelve a irse y se desvanece en la lejanía. ¿Era ya tan tarde? Al cabo de pocas horas el mundo se levantaría, al cabo de pocas horas sus vecinos se levantarían. La hija de los Teeuwen se encargaba de los gatos, iría a ocuparse de ellos. Ya la veía en el jardín, horrorizada, tapándose la boca con una mano.

El cadáver debía desaparecer de allí, sí, ésa era la única solución. Se había levantado con la respiración agitada. En la galería se había puesto una trenca

de unos cuantos inviernos atrás y embutido las manos en unos guantes de lana. El frío sin estrellas le mordió la cara. Sin mirarlo, pasó por delante del cadáver, adentrándose en la oscuridad crujiente del jardín, con una leve pendiente. Maldijo la nieve en la que se le hundían las botas, condenado como estaba a dejar huellas. Al final del jardín cubierto de blanco, resbaló y se golpeó la rodilla contra la mesa que había junto al taller. Encontró a tientas el candado robusto en la puerta, la abrió y buscó un interruptor. Echó un vistazo al espacio crudamente iluminado: islas de serrín sobre el hormigón, herramientas profesionales en los paneles perforados, máquinas indiferentes al frío. Podía depositar el cuerpo tras la prensa de enchapado.

Regresó valiéndose de la luz de los fluorescentes y con los dientes castañeteando. Siguió su propio rastro, que había creado zonas más oscuras en la nieve levemente clareada. Se puso de cuclillas al lado del cuerpo. Ya iba perdiendo la sensibilidad en los dedos de los pies, debían de ser las horas más frías de la noche. El rostro tenía un aspecto irreal a la luz de la farola, con un color parecido al papel de periódico, mientras que la sangre que le salía de la nariz era negra.

Nunca hay que arrastrar un cadáver. No soporta los programas de televisión sobre crímenes, reconstrucciones de asesinatos y violaciones, no puede ni verlos, sin embargo se le ha quedado grabado que las huellas de arrastre son las peores. Colocó los pies a los lados del cadáver y se puso en cuclillas. Olor a ron y algo rancio. Se sobrepuso a la repugnancia, le pasó un brazo por las axilas y el otro por debajo de los muslos. El frío húmedo le penetró por los guantes. Intentó levantarse, pero un dolor agudo le recorrió la maltrecha caja torácica. El cuerpo se había desprendido de la nieve, pero se comportaba de una manera extraña: en lugar de ceder en las corvas y el diafragma (como una hija dormida que sacas del asiento trasero del coche para entrarla en casa, subirla por la escalera y meterla en la cama), se rebelaba contra la gravedad como la traviesa de una vía. El centro de gravedad se hallaba en un punto extraño, lo había calculado mal; las piernas, rígidas, se inclinaban hacia abajo. Para no resbalar y caer, tuvo que volver a ponerse de cuclillas y los talones del cadáver aterrizaron en la nieve con un golpe fuerte. Sigerius resbaló hacia delante y sus rodillas dieron contra la cazadora de cuero, que tenía algo duro debajo, como si hubiera caído sobre la roca de un río.

El segundo intento resultó mejor, aunque la mole extendida era más pesada de lo que parecía. Con pasos vacilantes, lo llevó al taller y entró dando un giro de noventa grados. Fue jadeando hacia el centro del suelo de

hormigón y, antes de esconder el cuerpo tras la prensa de enchapado, supo que había cometido un error.

«¡Qué imbécil! ¿Cómo puedes ser tan tonto de ir paseándote por ahí con un cadáver?». La conciencia de lo que se le venía encima lo mareó, así que tuvo que sentarse. Sospechar de él como autor del asesinato era lo más lógico, lo acusarían de haber abandonado a propósito a Wilbert en medio de la noche helada. Fue tambaleante hacia la sierra circular, una especie de máquina de coser de gran formato, y se desplomó sobre el asiento. A través de los ojos de un fiscal vio cómo él mismo, como hacían los bomberos, sacaba al jardín el cuerpo inconsciente y herido, mientras los móviles iban cayéndosele de las mangas como naipes. ¿Un cadáver congelado con un brazo medio arrancado? ¿Y luego llevárselo al granero? ¿Por qué? No tenía ninguna razón de peso. Además, era verdad; había abandonado a Wilbert a su suerte. Lo había dejado pudrirse a sabiendas. Con la cabeza entre las manos, miraba fijamente las salpicaduras de pintura en el suelo de hormigón.

Debía deshacerse de él. Debía deshacerse del cadáver. Mientras se palpaba la herida del mentón con los dedos, llegaron las ideas estúpidas, las soluciones comodonas y evidentes que, en realidad, no eran soluciones. «Entiérralo detrás del taller, en el terreno baldío donde las niñas tenían antes el huerto». ¿Y vivir sobre la tumba de su propio hijo? El resentimiento lo llevó a estrujarse la barbilla y el dolor le resultó beneficioso, aunque la herida le supuraba. De repente se le ocurrió: el Rutbeek. ¡Claro, el parque del Rutbeek! Todavía quedaban un par de horas de oscuridad, podía lastrar el cadáver, llevarlo en el coche al lago y hundirlo allí... Se dio un puñetazo en la rodilla ante tanta estupidez. «No puedes ir por ahí con un cadáver a cuestas, idiota». En realidad, nunca tendría que haberlo tocado. ¿Arrojar un cadáver en un parque? Joder, si ahora incluso se podía patinar sobre hielo en el Rutbeek.

«Continúa andando». La primera vez que vuelve la cabeza, el Audi parece muy lejos, una mancha plateada apenas perceptible tras una maraña de ramas y troncos. ¿Y a él? ¿Se le puede ver a él con el abrigo rojo chillón? ¿Los valones van por allí? Claro que van. Un día llegarán allí. ¿Y dónde estará él entonces? Tiene la sensación de que la bolsa de la tienda de campaña cuelga de unos ganchos sujetos a sus costillas. «Vamos, sigue caminando». A pesar del dolor, la ve ante sí, pero no puede permitirse pensar en esa cara. ¡Siente los colgajos húmedos en los labios, en la frente! Tras cincuenta metros por la vegetación, el suelo del bosque desciende bruscamente. Está ante una especie

de hoyo, un agujero de un par de metros de profundidad. En el suelo hay nieve en la que se ven huellas de patitas de pájaros. Al borde del hoyo hay un pino grande, algo inclinado hacia delante por los hundimientos producidos a sus pies: la corona de raíces se halla casi suspendida sobre el borde. Da un par de pasos tanteando y resbalando y echa un vistazo debajo de las raíces. Hay espacio. Una cavidad para ocultar dentro su conciencia.

Primero había ido a por las bolsas. Se obligó a volver a la granja y subió por la escalera. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y el pequeño fluorescente encendido. Pezuñas fangosas sobre las baldosas verdes y en el inodoro un óvalo de orina sobre el que flotaba un rebujo de papel higiénico. Tiró de la cisterna y se dirigió a la antigua habitación de Joni. Las cortinas rosa estaban corridas. Notó un olor ácido, sudor, pero se negó a martirizarse con la idea de que ese bastardo hubiera estado allí también. En la parte de abajo del armario encontró su mochila vieja, que ella había llevado de adolescente a los campamentos de deporte y en las vacaciones con el Interrail. Una puerta más adelante, en su estudio, apartó un panel tras el que guardaban los bártulos de acampada. Con la barriga pegada al polvo, tiró de una bolsa alargada que contenía una tienda de campaña tamaño familiar, y dando sacudidas extrajo el suelo de lona, la tela mohosa y las varillas. Bajó con la bolsa y la mochila, cogió de un cajón de la cocina un rollo de bolsas de basura, cruzó el jardín y las colocó sobre la larga mesa de trabajo del taller de Tineke.

Bajo la luz intensa, se dirigió a una estantería metálica azul donde había unas veinte tablas de diferentes clases de madera esperando a ser trabajadas. Madera fibrosa, una especie de conglomerado, una tabla con capacidad absorbente. Sacó del estante una tabla de serrín prensado del tamaño de una puerta doble y se la llevó a la mesa a duras penas. ¿Cómo podía Tineke manejar algo así? Apoyó la tabla en el banco de trabajo y desplazó un poco los ejes móviles de acero, volvió a coger la tabla y la colocó sobre el armazón como se lo había visto hacer a ella. Aquellas acciones precisas le recordaron la manera en la que una vez había hecho la maleta tras una pelea: con gestos ostensibles, decididos, pero sin creer ni por un instante que iba a irse.

Rodeó la prensa de enchapado y observó el cuerpo que yacía en el suelo en esa extraña postura anquilosada. ¿Seguía enfriándose? ¿Estaría ya congelado del todo? ¿Una persona podía llegar a congelarse en seis horas? ¿Qué haría si...?

Ya no había sitio para ningún «si». Se puso de cuclillas junto al cadáver y lo levantó por segunda vez. Ignoró los pinchazos en las costillas y lo colocó de golpe sobre el conglomerado. Desplazando y fijando la superficie horizontal (la carga era bastante elevada, lo notó por el chirrido de los cojinetes), giró el panel de tal manera que la sierra quedara perpendicular a la cadera izquierda. Fue al banco de trabajo y en una caja de plástico encontró un rollo de cinta adhesiva plateada. Con trozos largos y pegajosos, sujetó el cadáver a la madera por varios puntos.

Lo veía por primera vez a plena luz y desde tan cerca: las zapatillas de deporte deformadas, blancas y con doble lazada en los cordones, el vaquero manchado de sangre, el rostro tumefacto. Esos rasgos, Koperslager ya lo había advertido hacía algunos años, y sin embargo... eran sus propios rasgos. La sangre coagulada pegada como caviar alrededor de los labios agrietados. Los bordes de las orejas, la nariz chata de boxeador, la mejilla izquierda, todo estaba negro y arrugado como una pasa. Tenía abierto el ojo derecho y alrededor de la boca torcida aún olía a alcohol. También estaban ennegrecidos los dedos de la mano que quedaban a la vista. El meñique, consumido, parecía una cerilla quemada por completo.

De nuevo lo invadió esa satisfacción terrorífica por lo que había hecho. O más bien por lo que no había hecho... Hasta ahora, hasta ese momento se había distinguido por su dejación, por haberse mantenido al margen de esa vida podrida. Accionó un botón de goma roja y puso en funcionamiento la sierra. Los dientes silbaron en el aire seco y helado. El motor emitía un ruido espantosamente alto. Miró asustado hacia la puerta del taller: ¿hasta dónde se oiría? Luego conectó el brazo aspirador, pero al punto volvió a desconectarlo, asaltado por un espanto profundo: en lugar de serrín, volarían por los aires trocitos de... carne. Salpicaduras orgánicas, colgajos que bajo ningún concepto podían entrar en ese mecanismo extractor, porque se descompondrían, se pudrirían y apestarían. Cada pedacito, cada fragmento, debería recogerlo meticulosamente, con rigor profesional, sin olvidar ni uno, como una prueba pero a la inversa.

«Aférrate a la emoción que te provoca tu crimen. Piensa en los quebraderos de cabeza que siempre te ha causado, el estrés, la vergüenza, un año sí y otro también. Una y otra vez el bofetón de otra decepción, otro delito, uno más, y otro, y otro más...». Vertió toda esa miseria en su interior como si fuera un cubo con pescado podrido, y antes de darse cuenta estaba empujando la tabla como loco contra la sierra. Con una estridencia violenta, la hoja se deslizó por la madera desconchada y el serrín salió difuminado como rocío.

Olió el aroma falso de la carpintería, y en menos de diez segundos la acerada aleta de tiburón devoró el medio metro que la separaba de la cadera. «Ya no pienso seguir sangrando por ti, ¡bien sabe Dios que no me volverá a ocurrir!». La sierra circular rompió rápidamente el tejido andrajoso de mezclilla; la hoja rotatoria se abría camino sin dificultad por el muslo congelado, sin embargo una tonalidad más grave se había sumado al sonido estridente, un matiz húmedo, casi susurrante. Desde la sierra volaban salpicaduras blancuzcas y moradas. Gritando como si se tratara de su propia pierna, Sigerius iba empujando cada vez más hacia ella. El motor pareció atascarse un poco, las salpicaduras aumentaron, granizó sobre la tabla y su cazadora. Sintió unos golpecitos blandos contra el cuello, la boca, la mejilla, la sien derecha... hasta que retrocedió.

«¿Éste soy yo? ¿Éstos somos nosotros?». Como si lo estuvieran devorando las llamas, intentaba quitarse los trocitos de cara y cuello escupiendo y maldiciendo. Se sacó el jersey, ofuscado por el pánico, y se le saltaron los botones de la camisa; sentía adheridos a las manos fragmentos de carne húmeda. Haciendo movimientos espasmódicos por el asco, dio un paso hacia la sierra y la paró pulsando violentamente el botón de goma. A continuación se precipitó fuera del taller. Cegado por las lágrimas (en algún lugar de su interior se estaba produciendo un deshielo), fue arrastrando los pies por la oscuridad, trazando ochos y ceros, hasta que resbaló y cayó de bruces sobre el suelo nevado. Tumbado en su propio molde, aplastó la cara contra la nieve y sintió cómo se le congelaban las lágrimas. Cerró los ojos y se incorporó con dificultad. El frío le quemaba el rostro, se dirigió gimiendo a la galería. Ya en el salón, se sacó la camisa por la cabeza y se soltó el cinturón. Todavía escupiendo, fue al dormitorio y entró en el cuarto de baño. Se desnudó con furia. Se enjuagó la boca y abrió el grifo de agua caliente de la ducha.

La bolsa de la tienda de campaña al borde del hoyo parece una vesícula sanguinolenta. Trepa un trecho de la pendiente, agarra el cordón del cierre y tira hasta que la bolsa empieza a rodar por el margen musgoso. Aguanta el peso y lo deja resbalar hasta el fondo. Se queda de pie jadeando. Mientras introduce, retorciéndola, la pesadísima bolsa en lo más profundo del agujero formado por raíces debajo del pino, le suena el teléfono.

La melodía ridícula resulta tan disparatada en el silencio matutino que se sorprende a sí mismo haciendo una mueca. Tiene los músculos de la cara

rígidos y oxidados. Suspirando, se deja caer de culo y estira las piernas hacia delante en la nieve. Se queda así un rato, sin pensar en nada, hasta que el teléfono enmudece. Por un instante, el bosque permanece en silencio. Luego vuelve a sonarle, y esta vez saca el aparato del bolsillo interior del abrigo. Ve que es su asesor. Hendrik, un veterano de la política, que tras la investigación parlamentaria por la catástrofe del Boeing israelí en Bijlmer había sido desterrado a Educación. A pesar de su agotamiento insondable, vuelve a dibujársele una especie de rictus de sonrisa en la boca. Esa alma devota lo llama desde un universo paralelo en lo más profundo de su miseria.

—Hola, Hendrik.

—Hola, Siem. Lamento tener que llamarte un sábado por la mañana. ¿Te pilló en mal momento? —La voz del hombre le llena el alma como el aroma a pan recién horneado.

—No, dime.

—Siem, verás, ya sabes que estaba previsto que Karin participara mañana en el programa *Buitenhof*, pero tiene gripe. Acabo de enterarme. Ha perdido la voz. Mi pregunta es: ¿quieres sustituirla? En mi opinión, es la oportunidad ideal para acallar las protestas por la reforma del bachillerato. ¿Qué piensas?

—Estoy en una pista de esquí, Hendrik. Para serte sincero, no pienso mucho.

Lo que piensa es: «No me dejes solo, habla conmigo».

Hendrik maldice. Luego se ríe, sí, ya le parecía que estaba llamando al extranjero; y ahora que lo dice, ya sabía que se iba a Francia.

—Entonces nada, Siem. Sólo me queda desearte felices fiestas.

—Igualmente, Hendrik, igualmente.

Por lo visto, lo dice con un tono que impide al hombre cortar la comunicación. Por un momento se produce un silencio titubeante. Hendrik es un barco al que ve navegar desde las profundidades, tiene que llegar a la superficie, y rápido.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta.

—¿Yo? Acabar unos asuntos sin importancia. Tengo un almuerzo con ese nuevo chico tan educado del diario *nrc*.

—Me refiero en Navidad, Hendrik. —Entre las palabras que pronuncia le castañetea la dentadura, se pasa los labios por los dientes de arriba y de abajo—. Y en Nochevieja.

—Nada especial, Siem.

—¿Y los niños? ¿Qué van a hacer? —Más castañeteo.

Hendrik aguarda un momento. Luego, dice reacio:

—El día de Navidad vienen a casa las hijas de mi esposa. La menor tiene novio nuevo. —Tose y espera un instante mínimo antes de añadir—: Un chico de la antigua Yugoslavia. A mi mujer le da un poco de miedo, creo. Así que eso, Siem.

Nada más colgar, se sumerge en lo más hondo de una profundidad abisal, fría y cada vez más oscura.

Se restregó bien con una crema granulosa que sacó de un tubo pequeño para pulirse la piel del cuello y la cara; debía quitárselo todo y que se marchara por el sumidero. Con cada moquillo carnosos que le resbalaba, se encogía de la repugnancia y el horror que sentía por sí mismo. El chorro caliente le escocía las zonas donde había sido alcanzado por el nunchaku; debajo de la axila tenía un hematoma enorme y en el cuello una franja dolorida. Se lavó dos veces el pelo con la palma de la mano llena de champú, utilizando los dedos como un cepillo de alambre para frotarse el cuero cabelludo. Echó pasta de dientes en el cepillo que había en la repisa de cristal y se frotó la dentadura, escupió la espuma entre los pies y repitió la operación una vez más hasta que se hizo sangre. Cogió del soporte la alcachofa de la ducha y se puso de cuclillas. En el sumidero había una sustancia blanda y rosa que apretó con la parte posterior del cepillo para que desapareciera por la rejilla. No supo por qué, pero mientras lo hacía no pudo evitar pensar en el cuarto de estar abarrotado de la Antonius Matthaeuslaan, la semana después del nacimiento de Wilbert. Toda su familia política al completo, fumando, incordiándose los unos a los otros, devorando los bizcochos con gránulos de anís blancos y azules que él había estado incrustando con su hermana en la cocina americana mientras el padre de Margriet estaba en el váter, demasiado rato en su opinión. Había podido oler al viejo Wijn. Le molestaba que aquel patán estuviera en su baño; le recordaba que su hijito, que se encontraba allí arriba en la cuna, llevaba los genes del hombre que estaba cagando en su inodoro. Se había sentido muy desdichado.

«Y lo has cortado con una sierra». Intentó ponerse en pie, las costillas se le clavaban como sables en el torso y tuvo que agarrarse al marco de la puerta. La fuerza aniquiladora que lo desgarraba por dentro ya no era algo localizable, algo medible en la escala de su vida cotidiana... sino algo inmenso. «Lo has asesinado y luego lo has cortado con una sierra».

Recordó el malestar y la alegría que sintió cuando nació el niño. La alegría, por tener al fin algo para hacer frente al clan de los Wijn: sus padres

ya estaban muertos y enterrados, y hasta entonces había sido él solo contra el Distrito C. El malestar, que era mayor, por haber tenido que mezclar sus genes con la gentuza de Utrecht; pero el niño, al menos, era un Sigerius. Cuando fantaseaba sobre la posibilidad de poner pies en polvorosa, lejos de Margriet, en su imaginación siempre se llevaba a su hijo con él...

Su hijo congelado, el hijo serrado de Siem Sigerius, tendido como carnaza en su granero, una carne que iba a descongelarse y a apestar y a traicionarlo. La cólera de La Haya lo devoraría, la condena alcanzaría dimensiones nacionales. Su sistema nervioso evocó imágenes del coloso gris de Justicia, donde se demostraría rápidamente que había sido asesinato. Y detrás surgía algo más cruel: los medios de comunicación, los malditos medios de comunicación, la prensa babeante, la prensa internacional, titulares de periódicos con negritas grasientas, columnas chorreantes sobre su proceso penal. El matemático y sus hijos, chantaje, fotografías pornográficas, una sierra circular. Apretó la barbilla escocida contra el pecho y dejó que el agua le repiqueteara en la nuca.

«Sigue reflexionando, por favor». Giró el grifo del agua caliente y el chorro se enfrió. Bajo el agua tibia podía pensar con mayor claridad. Era lo que hacía en el MIT, ducharse cuando se encontraba en un callejón sin salida. No pensaba darse por vencido sin más. En el Departamento de Matemáticas había una ducha vieja y olvidada al final del pasillo, pasado el despacho de Quillen. Cuando, al igual que ahora, era incapaz de avanzar o retroceder, cogía la toalla y se iba a ese cuchitril. No podía seguir serrando, era incapaz. Hizo ademán de poner el agua más caliente, pero se contuvo. El agua caliente era de cobardes, tenía que enfriarse. Pensar fríamente. En el pasillo que llevaba hasta allí, los zapatos producían un sonido fuerte de taconeo; en las paredes había retratos de los mejores matemáticos de los siglos pasados: Euler, Gauss, Riemann, Hilbert, Fermat, Galois. Se encuentra inmóvil bajo el chorro tibio, piel de gallina en todo el cuerpo. ¿Y ahora qué? «Deshazte de él. Conviértelo en un puzle». En aquella ducha del MIT estaba hasta la coronilla de las álgebras de Von Neumann, por decirlo con suavidad, hasta que en su cerebro se produjo la fusión nuclear. La conexión entre esas álgebras y la teoría de nudos; tuvo que apoyarse con los dedos extendidos en la pared de azulejos para no caerse. Sin embargo, ahora no se fusiona nada, ahora se escinde. Primero viene el pánico y después el instinto de supervivencia. «Primero escíndete a ti mismo». Cierra del todo el agua caliente. «Congélate a ti mismo». La frialdad, la frialdad de Wilbert Sigerius. Un hijo que espera hasta que su padre está desnudo y entonces lo apalea con una porra. «La

médula fría y despiadada de ese canalla, bébetela como nitrógeno líquido». Vuelve a pasarse las manos por el pelo y sale de la ducha.

Volvió al taller, desató el cadáver de la tabla y arrancó el muslo de la sierra. Reflexionó un momento, luego metió los brazos bajo el peso muerto y lo llevó a rastras hasta el jardín. Anduvo cada vez más rápido a lo largo del muro ciego del taller, donde había leña apilada bajo un tejadillo de tablas desechadas. En la nieve inmaculada se perfilaba el roble serrado, un tocón sobre el que Tineke cortaba la leña. Despejó a patadas la nieve del tocón y colocó el cuerpo anquilosado encima, con el trasero en el centro de la superficie circular, la coronilla y los talones en la nieve. El farol que había sobre la pequeña terraza arrojaba luz suficiente. Regresó al taller y sacó de la mochila el rollo de bolsas de basura. En el rincón izquierdo había un cesto para la leña con un hacha dentro. La cogió y salió.

Era un hacha enorme con una hoja de acero pintada de rojo y un mango arqueado, elegante, casi atlético. Primero apartó la mano izquierda de una patada, alejándola de la inglete, y a continuación tiró un poco hacia arriba la rígida cazadora de cuero. Había traído al mundo basura peligrosa. Tuvo que repetírselo en voz alta un par de veces antes de levantar el hacha: «Has traído al mundo una inmundicia peligrosa». El primer hachazo lo dirigió a la herida que la sierra le había hecho en el muslo, pero el hacha rebotó contra algo duro y se clavó en el tajo. «Y ahora vas a destruirla». Se agachó junto a la pierna e introdujo una mano en el pantalón grasiento. Era su obligación. Primero sacó un paquete de chicles Sportlife y casi se cortó al coger una navaja abierta. El niño tenía tres años; Karin, la hermana menor de Margriet, vivía con ellos. Tenía problemas con el padre. Era una chica apática con vestidos de lunares que se pasaba el día entero masticando chicle Bazooka. Por toda la casa había tirados envoltorios con viñetas, resbaladizos como el aceite, y un domingo por la tarde oyeron en el rellano unas risitas jadeantes. Allí estaba Wilbert: en su garganta diminuta había una pringosa bola de chicle del tamaño de una pelota de golf, el chicle que había dejado Karin al borde de la mesa de la cocina. «¡Un paquete entero!», chillaba ella mientras Wilbert se moría, lívido por la asfixia. Él le había sacado en el acto aquella porquería. Examinó el arma, el hacha debía de haber rebotado contra el mango porque tenía una muesca profunda en la empuñadura de madera. Ojalá hubiera dejado que se asfixiara con el chicle.

Se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo certero en el pequeño estómago, luego lo levantó por los tobillos —el niño se había quedado inconsciente— y al final, metiéndole tres dedos hasta el fondo, consiguió sacarle de la garganta el pegajoso grumo rosa chillón.

Levantó el hacha por encima del muslo. Lo golpeó cuatro o cinco veces. El odio levantaba el hacha, el odio y la gravedad la descargaban. Así cercenó la pierna ya serrada; la carne estaba llena de gránulos pequeños, como un sorbete. Oyó el crujido del hueso. Se convirtió en una cosa rara suelta con una zapatilla de deporte en un extremo. Brotaba sangre oscura del corte deshilachado, que era lo que menos quería ver pero no podía dejar de mirar. La superficie rojo chillón respondía a lo que él se imaginaba que podía ser la sección de una pierna: piel alrededor de carne alrededor de hueso. Aturdido, echó la pieza en una bolsa de basura que envolvió con la cinta adhesiva plateada y llevó al taller.

Su intuición había sido acertada: la bolsa de la tienda de campaña era lo bastante larga. Regresó al tajo con la mochila en la mano. La oscuridad parecía menos profunda. Contra toda lógica, midió a ojo la abertura de la bolsa y después la anchura de los hombros. El torso era demasiado voluminoso. Su hijo tenía su misma constitución, achaparrado y macizo; había que quitar el brazo sano. ¿Y la cabeza? Pues también. No podía relajarse, el tiempo volaba. ¿A qué hora iba la hija de los Teeuwen? «Empieza siempre con la tarea más desagradable», les había aconsejado a sus hijas durante toda la juventud. Primero fregar los platos, luego ver la televisión. Primero los deberes, luego montar a caballo. Primero la cabeza, luego las extremidades. Reprimió un deseo repentino de coger el hacha y arrojarla con todas sus fuerzas contra el mirador; en su imaginación, oyó tintinear los cristales. La espantosa idea de tener que cortarle la cabeza... ¿No habría arriba una bolsa más grande? ¿Una bolsa más larga para poder dejarle la cabeza en su sitio?

Le gustaría cerrar los ojos unos minutos, pero el tiempo apremia. La mochila... Tiene que llevarla al coche. Con pasos cortos, sale escalando del hoyo y empieza a abrirse camino de vuelta entre los troncos. Incluso sin el peso de treinta kilos, sus pies congelados no paran de tropezar con raíces y ramas; los sonidos que produce adquieren un volumen antinatural. Tan pronto como tiene el Audi a la vista, cuya pintura plateada se ha avivado al sol del invierno, aprieta el paso, los últimos cincuenta metros los recorre con

lágrimas en los ojos por los pinchazos que siente en las costillas. Sin mirar a derecha o izquierda del sendero, se sienta al volante y bloquea el cierre de las puertas. En la guantera encuentra un mapa de carreteras de Francia. Dentro de nada, descenderá en picado hacia el sur por Reims y Dijon, al encuentro de la familia. Pero antes tiene que encargarse de la mochila. Arranca y conduce hacia la carretera provincial, a demasiada velocidad y con poca precaución para un sendero como éste. Tuerce hacia Charleroi.

Desde el viaducto, la calle larga y desnuda parece vacía, pero ahora un chico camina por allí con él. Es grácil y fibroso como un perro callejero. Viste ropa que no le queda bien, un chaleco asqueroso y acolchado casi hasta las rodillas y zuecos blancos de enfermero con agujeritos, como de sandalia de niña. En una mano lleva un guante grande de motorista, de cuero negro y rojo. Es ropa que no le quedaría bien a nadie.

El muchacho camina por el asfalto granuloso y él por la acera alta. Aparenta unos doce años, aunque sus ojos apenas visibles se hallan profundamente incrustados en las cuencas escamosas, negros desagües de fregadero con los que no deja de mirar la mochila, que ha empezado a gotear y le tira de los hombros. Mira de reojo el coche; el Audi sigue en el arcén, casi bajo el viaducto de hormigón.

Él mira a su alrededor como si no percibiera al chico. Es una calle ruínosa y pobre, tras cada par de casas abandonadas aparece un solar sembrado de escombros y cascos de botellas. Están a unos treinta metros de su objetivo: un vertedero pequeño para trastos viejos que ha visto desde la circunvalación. Tresillos, televisores, bicis rotas, bolsas de basura... por todas partes hay bolsas de basura vomitivas. Para responder a la mirada inquisitiva del chico, señala hacia el montón de basura. En el rostro serio y cansado del chico se dibuja el espanto, y los labios morados se mueven como lombrices: «*Non*», le dice haciéndole señas con el guante de cuero: «*Non. Venez!*».

Pero él no quiere ir. Tiene que tirar la mochila. El chico parece comprenderlo, pero también parece conocer un lugar mejor. Se le acerca y con un movimiento rápido su guante grotesco le agarra la muñeca. Entonces le indica el otro lado de la calle con un gesto de la barbilla. Él cede y baja de la acera; el asfalto se granula bajo sus zapatos. El chico tira de él para cruzar la calle en diagonal, casi corren, los zuecos blancos chascan como cascos contra el pavimento asqueroso. Él se preocupa por la mochila, con su peso danzando arrítmico arriba y abajo. Las correas le cortan los hombros. La

sangre gotea cada vez más rápido y va dejando un rastro. De un momento a otro, la cabeza saldrá rodando por la calle. ¿Por qué la ha metido en el compartimento inferior? ¿Lleva la cremallera cerrada?

Se detiene ante el bordillo sin subir a la acera, pero el muchacho tira de él con la fuerza de un burro. Entran en un café que tiene sobre la puerta un neón fundido que anuncia una marca de cerveza. El muchacho aparta a un lado una cortina de terciopelo y lo que ven es una ruina. No es ninguna terraza trasera cerrada, la luz cegadora del día ilumina la pared desmoronada. Entra en una sala por un suelo de tarima que se transforma en malas hierbas. Ante ellos se extiende una estación de maniobras de ferrocarril tan amplia como el horizonte, hay innumerables vías paralelas oxidadas cubiertas de ortigas, dientes de león, amapolas. Aquí y allá se distinguen vagones de carbón polvorientos y carruajes arrumbados en los que resplandece el sol. Parece primavera. Detrás, a lo lejos, hay un canal gris que quizá sea una alberca. En el horizonte, un complejo de fábricas humeante con torres anchas de color gris de las que ascienden columnas de un humo denso y amarillo.

«*Allons*», dice el muchacho, y añade algo en un francés rapidísimo que él no llega a entender. Está en el tercer peldaño de una escalera; el chaleco acolchado parece una especie de vestidito. Pone los ojos en blanco, impacientes, dentro de sus órbitas herrumbrosas. En ese momento Sigerius se da cuenta de que hay una segunda planta muy rudimentaria. Encima de su cabeza hay un techo medio derruido del que asoman sueltos unos tubos de cobre y una tela aislante deshilachada. La sangre fluye ahora de la mochila, allí hace demasiado calor, y se filtra por la tarima. «*Bouffer*». El muchacho hace un gesto breve, como de comer, y vuelve a agarrar rápido el pasamanos desconchado. Con un sobresalto, él ve que le falta el otro brazo: justo por debajo del hombro tiene un muñón pálido y suturado. Va hacia la escalera y sube con dificultad tras el chico.

Arriba hay un hombre y una muchacha sentados a una mesa, comiendo una especie de guiso rojo oscuro. Huele a manteca. Una mujer gorda está de cuclillas delante de un horno abierto. La habitación no tiene techo, pero está amueblada. Hay lámparas y una oscura pintura al óleo colgada de la pared. El chico ya ha ido hacia la mesa y se sienta junto a la chica, que lo ayuda y le saca de la mano el guante de motorista. Es el vivo retrato de Janis, lleva el mismo pelo corto, los ojos un poco juntos. Ella mira hacia la estación de maniobras sin fijarse en él.

—Soy Siem —dice.

El hombre, ahora se da cuenta de que es un antiguo decano de Tubantia, levanta la vista y le hace una seña con la cabeza para que se siente: «*Asseyez-vous*». De repente, es consciente del hambre que tiene. No hay cosa que desee más en el mundo que un plato de esa comida. Podría llorar de agradecimiento.

Intenta quitarse la mochila (ha dejado de sangrar, ¿o ya se ha desangrado del todo?) para arrimarse a la mesa, pero se lleva el susto de su vida: las correas tienen otro tacto y ya no son correas, sino brazos pequeños que se resisten. Unos dedos finos le estrechan los hombros. Grita de miedo y las personas de la mesa lo observan impasibles. Cada vez que agarra un bracito por la muñeca delgaducha y lo separa, la otra mano vuelve a aferrársele con fuerza al abrigo. «Soy yo, Simon», oye que le dicen al oído. «Tu madre. Muchacho, no querrás deshacerte de tu madre, ¿verdad?».

Ya antes de abrir los ojos recuerda dónde está: en su coche. Se encuentra tendido en el asiento abatido del copiloto, entablillado con los esquís, en un aparcamiento a las afueras de Lyon. Está extenuado. En el reloj del salpicadero ve que son las cinco menos cuarto de la tarde. Ha dormido tres cuartos de hora, como mucho. Vuelve a anochecer. La pesadilla sigue dándole vueltas en la cabeza unos diez segundos, luego las veinticuatro horas pasadas le crepitan por todo el cuerpo como una descarga eléctrica.

El efecto es dramático. Naturalmente, ni pensar en reservar una habitación de hotel, por eso se ha echado allí para dar por concluida la noche pavorosa que, no obstante, se eterniza también a la luz del día. A menudo las cosas parecen menos graves durante el día. Ahora no. La noche es cada vez más profunda.

Pone el respaldo del asiento en posición vertical, se traslada al volante por encima de la palanca de cambios y lo agarra con fuerza. Cuando vuelve a conducir, sus neuronas lo sorprenden haciendo algo similar: se agarran con fuerza a preocupaciones y problemillas; entiende la estrategia de su cerebro. Repasa los protocolos como un neurótico: ¿Dejó el taller completamente limpio? ¿Quedó alguna gota de sangre en el tocón? ¿Por qué tiró el conglomerado en casa? ¿Volvió a dejar las bolsas de basura en la galería de la cocina? ¿Lo ha visto alguien caminar por Charleroi? «¿Por qué atendiste la llamada en medio del bosque?». Habían conseguido dar con los sospechosos de la catástrofe pirotécnica por las llamadas de móvil. «¿Fuiste rector de una universidad politécnica durante siete años y no se te ocurre nada mejor que contestar el teléfono alegremente en el bosque?».

Son maniobras de distracción. Ya se ha esfumado la embriaguez apresurada con que ha viajado a toda pastilla desde Charleroi hasta Lyon, a todo gas, a ciento sesenta, con *Mingus at Antibes* a todo volumen, un estado de ánimo anárquico, sin leyes, furioso, maniaco. Como si nunca hubiera existido. No lleva ni un minuto despierto cuando se da cuenta de que algo se le abre bajo el alma, un vacío aterrador sobre el que su núcleo más profundo, el hombre que él es, el hombre que debe seguir siendo, intenta mantenerse a flote. Encontrar una columna térmica.

Su coche devora el asfalto que lo separa de la normalidad. Dentro de poco más de una hora puede estar en Val-d'Isère, una hora más y podrá empezar la farsa en la que va a convertirse el resto de su vida. Pero empieza a hundirse. Lo intenta todo. El codo, los colgajos de carne... eso ya está resuelto, son lo que son. Lo que quiere hacer en política, la carta a Joni, otra vez. ¿Puede llamar a Aaron? Isabelle Orthel, intenta evocarla... pero unas imágenes nocturnas en toda su crudeza anulan sus fantasías al tuntún. El sueño febril lo ha dejado exhausto, y entre el tráfico de las afueras de Lyon, al coger una curva suave, casi se va contra la valla de seguridad.

Todo había salido mal. Había metido la pata. Había arrastrado el torso repugnante por el tocón, con la espalda apoyada en la parte plana, la cabeza todavía echada extrañamente hacia atrás, y luego había cortado la bufanda con la navaja. Para que hubiera suficiente cuello para terminar la faena. Pero el ron que había bebido... El ron, además de todo lo que se exigía a sí mismo. Hizo que fallara el primer golpe. Tenía todo el espacio del mundo para atinar en el cuello pálido y estirado, pero no miró bien, o titubeó. Sea como fuere, la hoja del hacha impactó demasiado arriba, alcanzando de lleno la parte inferior de la cara. El hacha hendió un corte profundo en la comisura izquierda de los labios, el labio superior y un trozo de nariz... todo se abrió, oyó cómo se rompían los dientes de arriba y tal vez hasta las muelas. Por un momento pareció que el hacha se había quedado atascada en el maxilar superior. Jadeó. Cuando consiguió soltar la hoja, moviendo el hacha a un lado y otro, empezaron a temblarle el cuerpo, los brazos y las manos.

Todo va tan rápido... Debe encontrar una columna térmica. Las matemáticas. ¿Claridad absoluta, simultaneidad de belleza y comprensión? El éxtasis que podía alcanzar. Hueso amarillento y carne. La raja en diagonal se llenaba de fluidos que manaban del cuerpo: sangre, pero también algo grisáceo. Los problemas de Erdős, que antes resolvía en un periquete. En las recepciones, cuando se sentía perdido; en el cine, cuando la película era mala. Cuando vivían en Bonita Avenue y se quedaba mirando en las clases de

natación a Janis y Joni desde la cafetería del YMCA. Pero ahora Erdös se le escurría como la arena entre los dedos. Joni se entregaba por completo en esas clases. «¿Qué le ocurre?». Janis no, ella miraba cada dos por tres para ver dónde estaba él, le sonreía y lo saludaba con la mano. La visión del maxilar, la lengua cortada, los estragos que le había causado en el rostro. Intentó volver a levantar el hacha, pero pesaba cien kilos y ya a la mitad tuvo que dejarla caer. Durante un par de segundos se le vació la cabeza, hasta que volvió a oír el sonido crepitante de los dientes rompiéndose, un ruido extraño en medio del impacto cenagoso del hacha. Los dientes. Estaban por todas partes. Uno solo sería más que suficiente para un médico forense. Sacar toda la porquería del cubo de la basura, ése fue su primer impulso, quiso ir a por la pala, pero de pronto lo dominó el pánico. Se derrumbó sobre las rodillas, se quitó los guantes y empezó a hurgar en la nieve sin ton ni son. Cuánto dolor en sus piernas congeladas.

Estaba hozando la nieve como un cerdo en busca de trufas cuando alguien entró en el jardín. La hija de los Teeuwen (llevaba horas intentando acordarse de su nombre) apareció en su campo visual. Unas manchas negras le nublan la visión.

La circunvalación está llena de coches, se acerca a la salida de Val-d'Isère. Se sabe bien el camino, llevan mucho tiempo yendo por allí. A ella la conoce desde que nació. La hija de los Teeuwen, ¿era ya tan tarde? Estaba dejando la bici en la parte de atrás y en el portaequipajes llevaba una cartera gruesa. Puso la pata de cabra y comprobó un instante que la bicicleta no fuera a caerse, segundos que él aprovechó para estirar las piernas y tumbarse a lo largo en la nieve. Allí estaba, preparado para el descrédito más absoluto. Con los ojos abiertos como platos, miró por encima del torso ensangrentado, con la vista palpitante. Treinta metros más allá, la chica se dirigía bien abrigada a la puerta de la galería de la cocina. La vio retroceder cuando ya casi había llegado. La mano enguantada palpó el cristal con cinta adhesiva. ¿Cómo se llamaba? Ella miró en derredor, él cerró los ojos. Cuando volvió a mirar, ella ya había abierto la puerta de la galería. Su voz sonaba seca en el aire de la mañana: «¿Hola?». Él imploró, rezó para que siguiera su camino. Para recoger los comederos de los gatos tenía que ir al recibidor a través del salón. ¿Lo había recogido todo lo bastante bien? La chica desapareció dentro de la casa.

Tiene que dejar la autopista. En la salida de Chambéry. El instinto de supervivencia, el impulso primario que ahora le va goteando como el álcali de una pila de linterna, lo había hecho ponerse en pie. Se había levantado rápidamente y había cogido el torso del tajo, cargando con él sin respirar hasta el taller. Embriagado por la adrenalina, rodeó la mesa grande y colocó la pesadilla tras la gran prensa de enchapado y se tumbó al lado. A esperar. Sin moverse. Esa niña tenía que ir al colegio, daría de comer a los animales y se iría al colegio. ¿Cómo coño se llamaba? Joni había cuidado de ella alguna vez, Joni había sido la canguro de los Teeuwen.

Pasado Chambéry queda todavía un cuarto de hora. Pero ocurre lo que desde hace un buen rato sabe que ocurrirá: sigue adelante. Los dos habían cuidado juntos de la niña. Se pasa la salida y sigue conduciendo. Joni y Wilbert iban juntos a casa de los Teeuwen. Ahora su Audi es una gota de agua que se desliza hacia el Mediterráneo.



PETER BUWALDA (Bruselas, Bélgica, 1971). Fue periodista y editor de varias editoriales. Fue cofundador de la revista literaria de música *Wah-Wah* y escribió cuentos y ensayos para *De Gids*, *Vrij Nederland*, *Bunker Hill* y *Hollands Maandblad*. En septiembre de 2010 debutó con la novela *Bonita Avenue*. Recibió una magnífica acogida y se convirtió en un éxito de ventas. Fue galardonada con los premios *Academica*, *Selexyz*, *Tzum* y *Anton Wachter* en los Países Bajos.